

LA QUINTA COSA SAGRADA



Starhawk

La quinta cosa sagrada, es la primera novela de una trilogía de ciencia-ficción ecologista, feminista y anarquista que hasta ahora no ha sido traducida (salvo este título que el lector tiene en sus manos), al castellano.

Ambientada en el año 2048, cuando los autoritarios Stewards herederos de la sociedad capitalista actual tras el colapso, han establecido un Estado de apartheid y una región se ha declarado independiente: el Área de la Bahía de San Francisco y su zona Norte. Al elegir la vida en lugar de las armas, han creado una ecotopía simple pero rica, donde nada se desperdicia, la cultura y la cooperación son primordiales y las Cuatro Cosas Sagradas se valoran incondicionalmente.

Esta prestigiosa novela, estableció un nuevo estándar para la ficción, sigue siendo ampliamente leída y se utiliza en numerosos cursos universitarios. Fue ganadora del Premio Lambda de ciencia ficción.

Predestinada a ser una de las grandes novelas utópicas visionarias del siglo XX.

Marion Zimmer Bradley

"SLATED TO BE ONE OF THE GREAT VISIONARY UTOPIAN NOVELS OF THE CENTURY."
— MARION ZIMMER BRADLEY, AUTHOR OF MISTS OF AVALON

"A RIPPING GOOD READ." — LOS ANGELES TIMES BOOK REVIEW

THE FIFTH SACRED THING



STARHAWK

BESTSELLING AUTHOR OF *THE SPIRAL DANCE* AND *DREAMING THE DARK*

Starhawk

LA QUINTA COSA SAGRADA

Año de publicación: 1993

Título original: *The fifth sacred thing*

Cubierta original: Susan Sedon-Boulet

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Florence Ida Dabo Kemp es mi recordatorio diario de lo que está en juego. Este libro está dedicado a ella, a su nueva hermana, Aminatou Kaira Dabo Kemp, a mis nuevas ahijadas, Casey Cooper Quirke y Emily Sunrise Iverson, y a todos aquellos que deben vivir en el futuro que creamos o destruimos con nuestras opciones hoy.

Contenido

Declaración de las cuatro cosas sagradas

Capítulo 1. En la época seca del año

Capítulo 2. Cuando Bird despertó

Capítulo 3. Maya se despertaba

Capítulo 4. Era extraño, pensó Bird

Capítulo 5. Encima del lavabo

Capítulo 6. Un cuervo negro

Capítulo 7. Realmente, pensó Maya

Capítulo 8. Bird había reconstruido

Capítulo 9. Bird durmió durante tres días

Capítulo 10. En la cima de una colina

Capítulo 11. A finales de octubre

Capítulo 12. El Consejo de Sanadores

Capítulo 13. Madrone puso otro palo en el fuego

Capítulo 14. Un viento seco soplaba

Capítulo 15. Había pasado demasiado tiempo

Capítulo 16. En su mente

Capítulo 17. A Maya le pareció

Capítulo 18. Estoy cambiada

Capítulo 19. Cruzar la autopista

Capítulo 20. Maya siempre estaba

Capítulo 21. Las carreteras en ruinas

Capítulo 22. Maya le había preparado

Capítulo 23. “Este parece el lugar”

Capítulo 24. Un silencio desacostumbrado

Capítulo 25. Bird cerró los ojos

Capítulo 26. “Hoy”, dijo Madrone

Capítulo 27. Madrone se obligó a caminar

Capítulo 28. “¡Quiero verlo!”

Capítulo 29. Madrone estaba sentada

Capítulo 30. Si pudiera tener cinco minutos

Capítulo 31. A Maya le dolía la cabeza

Capítulo 32. A la luz de la luna

Capítulo 33. “¡Lu!”

Capítulo 34. Madrone estaba apretujada

Capítulo 35. “No puedo soportar esto”

Capítulo 36. “Tiene que comer, señora”

Capítulo 37. Encendieron hogueras

Expresiones de gratitud

Sobre la autora

Críticas a *La Quinta cosa Sagrada*

DECLARACIÓN DE LAS CUATRO COSAS SAGRADAS

La Tierra es un ser vivo y consciente. En compañía de culturas de muchas épocas y lugares diferentes, denominamos sagradas estas cosas: el aire, el fuego, el agua y la tierra.

Ya sea que las veamos como el aliento, la energía, la sangre y el cuerpo de la Madre, o como los dones benditos de un Creador, o como símbolos de los sistemas interconectados que sustentan la vida, sabemos que nada puede vivir sin ellas.

Llamamos sagradas a estas cosas, es decir les atribuimos un valor que va más allá de su utilidad para los fines humanos, de forma que ellas mismas se convierten en los estándares mediante los cuales deben ser juzgados nuestros actos, nuestra economía, nuestras leyes y nuestros propósitos. Nadie tiene derecho a apropiarse de ellas ni a

lucrarse con ellas a costa de otros. Cualquier sociedad que no los proteja pierde su legitimidad.

Todas las personas, todos los seres vivos, son parte de la vida terrestre y, por tanto, son sagrados. Ninguno de nosotros está más arriba o más abajo que otro. Sólo la justicia puede asegurar el equilibrio: sólo el equilibrio ecológico puede sostener la libertad. Sólo en libertad puede florecer en toda su diversidad esa quinta cosa sagrada que llamamos espíritu.

Honrar lo sagrado es crear condiciones en las que puedan prosperar el alimento, el sustento, el hábitat, el conocimiento, la libertad y la belleza. Honrar lo sagrado es hacer posible el amor.

A esto dedicamos nuestra curiosidad, nuestra voluntad, nuestro coraje, nuestros silencios y nuestras voces. A esto dedicamos nuestras vidas.

Capítulo I

En la época seca del año, la época peligrosa, la época de riesgo, una anciana subió a la colina. Como la mayoría de la gente en la zona sur de la ciudad, llamaba a la temporada *El Tiempo de la Segadora*¹. Las colinas estaban secas, los jardines dependían de las menguantes aguas de las cisternas y aún faltaban semanas para las lluvias. Era una época de maduración, pero aún no de cosecha, en la que nada era seguro.

Subió la colina como antes había subido montañas, paso a paso, plantando su bastón firmemente frente a ella y dejando que soportara su peso mientras ascendía. Tenía noventa y ocho años y había nacido a mediados del siglo XX. Dos años más y llegaría a la mitad del XXI. En su época había

¹ Las palabras en cursiva, intercaladas entre texto normal, están en castellano en el original. [N. d. t.]

escalado muchas cosas: picos de serranías, pirámides, vallas metálicas y el camino de regreso de la desesperación a la esperanza. Y esta colina, alzándose sobre la esquina sur de la ciudad, se eleva como un vientre preñado sobre el mosaico verde de casas, jardines, senderos y las aguas azules de la Bahía de San Francisco. ¡Por Dios, todavía podría subir esta colina!

Maya se detuvo para recuperar el aliento. A su alrededor había una multitud de personas en movimiento, vestidas con los verdes y dorados colores de la temporada, chismorreando alegremente o cantando solemnemente según el temperamento. Llevaban cestas con ofrendas: pan, fruta, queso y verduras frescas de los jardines.

Abajo se extendía un panorama de colinas esculpidas coronadas por casas de juguete, acunando los viejos rascacielos que se elevaban desde el terreno bajo junto a la bahía. La ciudad era un mosaico de colores como joyas engastados en verde, veteada por arroyos y salpicada de estanques y piscinas relucientes. Vistos desde arriba, bloques de antiguas casas adosadas definían calles que ya no existían. En cambio, bicicletas, carritos eléctricos y algún que otro caballo se movían a través de un laberinto de senderos estrechos que serpenteaban y se entrelazaban a través del verde. Por encima de los tejados, góndolas como cubos pintadas de alegres colores colgaban de cables, deslizándose de una a otra colina, moviéndose entre altas torres donde giraban molinos de viento. Hacia el noreste,

Maya podía ver un largo tren moviéndose a través del piso inferior del Puente de la Bahía, llevando granos tempranos al mercado central. Más allá, las aspas de los generadores eólicos en lo alto del puente Golden Gate parecían suspendidas en el aire, invisibles sus soportes bajo un manto gris de niebla.

Hermoso, pensó Maya. Había adorado la ciudad desde que la vio por primera vez en el Verano del Amor, más de ochenta años antes. Tenía entonces diecisiete años, encantada por la niebla que ocultaba y revelaba misterios como los velos de una bailarina exótica, gozosa por las calles abarrotadas donde la gente parecía estar perpetuamente disfrazada: gitanos, piratas, indios, hechiceras saltando por las aceras al son de las melodías de los Beatles cantando “Love, Love, Love”.

Has sido mi amor más constante, le dijo a la ciudad en silencio. No monógamo pero nunca infiel, a veces un poco vulgar pero nunca aburrido. Y todavía no has muerto en mí, como los demás.

“All you need is love” (amor es todo lo que necesitas). La canción sonaba en su mente. Pero los Beatles nos engañaron, dijo al aire, llena de los fantasmas de sus propios amantes muertos. No era todo lo que necesitábamos. Queríamos amar, libremente y sin barreras. Tuvimos que rehacer el mundo para poder hacerlo.

Suspirando, continuó subiendo la empinada pendiente. La verdad es, admitió, que esto es un tremendo ascenso para una vieja bruja como yo. Podría haberme ahorrado el esfuerzo y dejar que Madrone visitara los santuarios.

Los santuarios de las Cuatro Cosas Sagradas rodeaban la base de la colina sobre los puntos cardinales. Maya había hecho un laborioso circuito. Dejó semillas de hierbas raras en el santuario de la tierra, plumas de aves marinas y gallos en el santuario del aire. En el santuario del fuego, regaló salvia blanca, salvia negra y cedro, y en el santuario del agua, dejó una jarra con agua de lluvia guardada de las primeras tormentas del otoño anterior.

Pero Madrone probablemente no tendría tiempo. Sé cómo va, refunfuñó Maya. Probablemente esté cubierta de sangre y vérnix hasta los codos, y tendrá suerte si puede subir corriendo la colina en el último minuto. Soy quisquillosa en mi vejez. Como pagana ortodoxa, me gustan estos rituales bien hechos: una visita tranquila a cada santuario, un paseo por el camino procesional, tiempo para meditar, contemplar, entrar un poco en trance...

El camino serpenteaba por encima del pequeño depósito excavado en la ladera de la colina. Ahora podía oír el pequeño arroyo que descendía por un curso de agua esculpido para alimentar los jardines a lo largo de su propia calle. Hoy en día había muchos más jardines. Por necesidad,

ahora que las tierras de cultivo del Valle Central estaban arrasadas por el calor y los incendios.

¡Mírala! Maya hizo una nueva pausa, respirando con dificultad. La ciudad era un lugar de flores desenfrenadas, enredaderas y árboles trepadores, cuyas ramas estaban cargadas de frutos maduros.

Se ve tan exuberante. Respiró larga y profundamente, una y otra vez. Uno pensaría que tenemos de todo en abundancia, mucha tierra, mucha agua. Mientras que simplemente hemos aprendido a no desperdiciar, a usar y reutilizar cada gota, a alimentar a las gallinas con maleza y a los patos con caracoles y a dejar que los gusanos se coman la basura.

Nos hemos convertido en tales artistas del reciclaje, que casi podemos compensar el daño. Casi. Si no pensamos en los cuerpos momificados en fosas comunes sobre las colinas de la East Bay. Si ignoramos a los ejércitos de Stewards o mayordomos como los llamamos en castellano, que es posible que se estén reuniendo, por lo que sabemos, justo al otro lado de la frontera.

“Bueno, hicimos nuestra elección” –empezó a subir de nuevo. Elegimos la comida antes que las armas, y por eso estamos aquí sentados, encantadores pero tan desarmados como la Venus de Milo.

A medida que se acercaba a la cima, el camino serpenteaba por el lado oeste de la colina. A lo lejos, podía ver Twin Peaks, asomando por encima de una mancha de niebla como dos pechos marrones que sobresalían de un baño de leche. Le recordaban a Johanna.

“¿Has oído eso, Johanna? Twin Peaks me recuerda a tus pechos”.

Johanna, muerta, no respondió, pero pensar en sus pechos hizo que Maya pensara nuevamente en la nieta de Johanna. Madrone trabaja demasiado, pensó Maya. Todos los sanadores lo hacen. Pero desde la muerte de Sandy, casi no ha parado. Ella misma se enfermará si no descansa más. Ojalá se hubiera tomado el día libre, como dijo que haría, pero siempre surge algo... Diosa, ¡espero que no nos espere otra epidemia! Por favor, madre, ¿nos volverías a hacer eso? Estamos en tu equipo, ¿recuerdas? Somos los buenos.

¿Dónde estaba Madrone?

¡Dale un poco de líquido!, dijo Madrone. “Aviva, revisa su dilatación. ¡Santa Madre, se está quemando! ¡Juro que la bolsa de hielo está humeando! Tenemos que bajar esta fiebre”.

“Solo ha dilatado unos tres centímetros”, dijo Aviva. Por encima de su mascarilla blanca, sus ojos marrones parecían preocupados. Su habitual nube de cabello oscuro estaba bien recogida bajo una gorra. Madrone había dejado libre su propio rostro. Creía que una mujer en pleno parto necesitaba ver un rostro humano y ella tenía otras formas de protegerse.

“¡Mierda! ¿Cómo vamos a sacarle este bebé?”

“¿Cesárea?” Sugirió Aviva.

Madrone negó con la cabeza. “Ella moriría”. Tenía una mano en la garganta de la mujer, leyendo su pulso rápido, la otra en su sien, alimentando su energía vital *ch'i*².

“Ella se está muriendo de todos modos”, dijo Aviva, leyendo el monitor. “Su presión arterial está por las nubes. Ninguna de las drogas la ha tocado”.

“No podemos perderla”, dijo Madrone. “Ella es mi vecina y es la mamá de Rosa. Me niego a creer que la vamos a perder. ¡No la perderé!” Perdí a Sandy por esta enfermedad, pensaba; eso es suficiente. ¡Debería ser suficiente!

2 En la cultura china tradicional el qì (leído ch'i, es el principio activo que forma parte de todo ser vivo y que se podría traducir como "flujo vital de energía". Es similar a conceptos occidentales como *energeia*, magnetismo animal, élan vital o energía vital (vitalidad).

“Yo no haría declaraciones como esa en el Día de la Muerte”, dijo Aviva.

Lou llegó corriendo, empujando un carrito intravenoso. Sus dedos estrechos y delicados encontraron expertamente una vena e insertaron la línea de goteo.

“Lou, trabaja en su punto de presión para la dilatación. Voy a alimentar su *ch'i*”.

“Ten cuidado”, dijo Lou. Su propia máscara ocultaba la mayor parte de su rostro, pero sus ojos negros como alas de gaviota eran sombríos.

Madrone asintió, mientras respiraba profundamente y repetía su propia rima secreta que rápidamente la llevó al trance. Su cuerpo era como un árbol con el tronco hueco; sus raíces podían llegar hasta las grandes reservas de *ch'i* en el manto fundido de la Tierra y sacarlo a la superficie. La energía latía a través de ella, moviéndose desde sus manos hacia el cuerpo de la mujer, alimentándola, manteniéndola viva. ¿Por cuánto tiempo? Mientras pueda sostenerlo, pensó Madrone, y ese podría ser un tiempo casi infinito si descansara, si pudiera mantenerme aislada y no ser más que un tubo hueco, un cable, un vehículo. Lo que nací para ser.

Dos chispas de luz parpadearon, la madre y el bebé, luchando por sostenerse en un lugar oscuro, ardiente y humeante. Madrone cambió el fuego de la Tierra por agua

fría, dejando que se derramara a través de ella, siempre llegando más profundo, buscando más. Ahora estaba tan profunda que las voces a su alrededor eran tenues murmullos, gritando sus letanías de alarmas y demandas. Abajo y abajo. Pero fue como tirar agua por un desagüe abierto. No se mantuvo nada.

Una de las luces se escapaba de su alcance, alejándose de ella. Luchó por sostenerla, pero empezaba a sentirse cansada.

“¡Está hiperventilando!”

“¡Pulso débil!”

Madrone hizo un último esfuerzo desesperado, aprovechando su propia energía vital y acercándola hacia la luz. Pero la luz se atenuó y se disolvió en la oscuridad.

“Se ha ido”, dijo Lou suavemente.

“Tomad al bebé”, dijo Madrone. ¿Qué tan avanzada estaba Consuelo? ¿Treinta y cinco, treinta y seis semanas? El bebé sería pequeño pero viable si se apresuraran antes de que la placenta se rompiera. ¿Por qué no se movían o hacían algo?

Entonces se dio cuenta de que ningún sonido había salido de su boca. Estaba vertiendo todo su poder en el bebé y no le quedaba energía para hablar. Aun así, lo intentó de nuevo.

“Tomad al bebé”.

“Madrone está diciendo algo”, dijo Aviva.

“¿Qué? ¿Qué es?” –Preguntó Lou. “¿Estás bien?”

“Toma al bebé”, dijo de nuevo, esta vez en voz alta.

Lou le dirigió una mirada penetrante y asintió.

Ahora estaba luchando por aferrarse, no sólo a la vida del bebé sino a su propia vida. *Diosa*, había descendido demasiado, estaba demasiado cansada para esto, demasiado débil. Pero el bebé sobrevivió, ella lo sabía, y si pudiera aguantar...

De repente sintió una mano cálida en la nuca. La inundó el *ch'i*. Era Aviva, respaldándola, alimentándola como ella alimentaba al niño mientras Lou lo levantaba a través del útero abierto de su madre muerta. El bebé agitó sus débiles extremidades y dejó escapar un débil llanto mientras accionaba sus pulmones.

“Es una niña”, dijo Aviva.

“Dámela”, dijo Madrone, quitando las manos de las sienas de la mujer muerta y abriendo su propia camisa. Lou cortó el cordón umbilical y le entregó el bebé. Madrone estrechó a la niña mojada y ensangrentada contra su pecho, acurrucándola entre sus pechos y continuando bombeando

ch'i a través de sus manos. El cuerpecito estaba caliente, febril. Cogió un cubo de hielo de la cubeta y le frotó el pequeño lomo, dejando rastros en la sangre. Necesitaba frescor y calidez al mismo tiempo, consuelo y leche. *Diosa*, ¡le hacía tanta falta!

“¿Estás bien?” –Preguntó Lou.

Madrone asintió, aunque ella misma se sentía enferma y débil. “No, quédate”, le dijo a Aviva, que había empezado a retirar las manos. “No estoy *tan* bien”.

“¿El bebé?” –Preguntó Lou.

“Respira por sí sola”, dijo Madrone. “Ella es pequeña y prematura, pero puede que esté bien. No te la lles todavía, déjame trabajar en ella un poco más. En un momento podrás revisarla y pesarla”.

“Respira hondo”, dijo Aviva.

Madrone inhaló lentamente, deseando que su cuerpo se relajara. Pero su mente no quiso obedecer. “¿Quién tiene leche? ¿A quién podríamos conseguir para que amamante a esta niña?”

“Sería más seguro conseguir voluntarias para extraerse un poco de leche. No sabemos cuán contagiosa es esta cosa”, dijo Lou.

“Eso existe”, dijo Madrone con cansancio. “Es muy malo. La enfermería la ayudaría”.

“¿De verdad crees que vivirá?” –Preguntó Aviva.

“No sé. Todavía no sabemos lo suficiente sobre esta fiebre”.

“Apuesto a que mi vecina la aceptaría”, dijo Aviva. “Acaba de perder un bebé y sus pechos todavía gotean. Y me daría cuenta si empezase a mostrar signos de fiebre”.

“Eso sería bueno”, dijo Lou. “Es una buena idea”.

“Espera”, dijo Madrone, mientras Lou comenzaba a cerrar los ojos de Consuelo. Echó una última mirada al rostro de la mujer muerta. “Lo siento, Consuelo. *Lo siento. I'm sorry*”.

“Llevaré a la hermana Marie para los ritos”, dijo Lou.

Aviva negó con la cabeza. “Ella ya le dio la Última Bendición, cuando empezó el parto. Por si acaso”.

“Que el aire lleve suavemente tu espíritu”, susurró Madrone al cadáver. “Que el fuego libere tu alma. Que el agua te limpie de dolor, sufrimiento y tristeza. Que la tierra te reciba. Que la rueda vuelva a girar y te lleve al renacimiento”.

“Bendita sea”, murmuró Aviva.

Lou levantó la sábana y cubrió la cabeza de Consuelo.

“Déjame llevarme al bebé ahora”, dijo Aviva. “Madrone, estás aniquilada”.

Madrone lo consideró por un momento. El niño todavía estaba caliente, pero ya no ardía. Su fuerza vital parecía bastante fuerte y estable, mientras que la de Madrone se sentía agotada. Le entregó el bebé a Aviva, quien retiró sus manos del cuello de Madrone para tomar a la bebé y abrazarla. Sin apoyo, Madrone sintió todo el impacto de su propio agotamiento. Había una silla en la esquina de la pequeña habitación desnuda, y ella tropezó hasta ella antes de que sus piernas cedieran.

“Tienes un aspecto terrible, Madrone”, dijo Lou.

Ella asintió en reconocimiento. “Fui demasiado lejos”.

“Son riesgos que no deberías correr”. Los ojos de Lou se redujeron a astillas oscuras. “Te he dicho esto antes”.

Los ojos de Sandy tenían esa forma, pero se habían reído, bromeado y seducido para que acariciara su cabello negro de seda y buscara sus labios con los de ella. No más.

Madrone cerró los ojos. “No puedes ser mi papá, Lou. Eres más joven que yo”.

“Necesitas un padre”.

“Nunca tuve uno. No sabría qué hacer con uno”. “Murió luchando por liberar a Guadalupe, donde yo nací. O eso decía mi mamá. Creo que mintió. Creo que fui un parto virginal”.

“Ave María”, dijo Aviva desde el fregadero, donde estaba lavando al bebé.

“Más bien como la gran Diosa encarnada”, la corrigió Madrone. “Autofertilizante, autocreadora. Así era mi madre”. E inmortal. Ella debería haber sido inmortal. No tan rápida para desaparecer, morir y dejarme. Pero basta de eso. Miró a Aviva. “¿O crees que soy Jesús, con un cambio de sexo?”

“Jesús fue crucificado”, le recordó Lou. “Si no reparas tu aura, estarás lo suficientemente enferma como para desear que te hubiera pasado a ti”.

Madrone lo miró a través de sus pestañas. “Sé un ángel, Lou. Hazlo por mí”

“No debería, ya sabes. Sólo te incita al exceso”.

“No quería perder a Consuelo”, dijo Madrone, alejándose de la forma blanca en la cama. Tenía los ojos llenos de lágrimas que se sentía demasiado cansada para derramar. Aviva estaba pesando al bebé y probando sus reflejos. “Ella era una amiga. Su familia vivía cerca de la mía. Crecí

cuidando sus hijos. ¿Y ahora qué va a hacer Rosa? Su padre murió hace seis meses”.

“Cierra los ojos”, dijo Lou. Madrone se hundió en la silla, escuchando a Aviva cantarle al niño y dejarle reparar las roturas en el campo protector del *ch'i* que la rodeaba. Podía sentir sus manos moviéndose alrededor de su cabeza; suspiró cuando hundió sus fuertes dedos en los nudos de su espalda.

“Es una bebé linda”, dijo Aviva. “Espero que viva”.

“Tendré que decírselo a Rosa”, dijo Madrone. Si mantenía los ojos cerrados el tiempo suficiente, tal vez cuando los abriera todo sería diferente. Estarían de regreso en la Buena Realidad, como le gustaba decir a Maya, en *El Mundo Bueno* donde nada de esto habría sucedido.

“Que alguien más se lo cuente”, sugirió Aviva.

“No puedo hacer eso. Soy su amiga”, suspiró. En realidad, casi podría quedarse dormida por un momento, mientras Lou le quitaba la tensión del cuello. Volver a su sueño de anoche ¿o fue ayer por la mañana? No recordaba cuándo había dormido por última vez, sólo recordaba haber soñado con Bird, y el sueño le dejó un dulce sabor en la boca. Estaban de regreso en las montañas, en su año decisivo, el año que se entregaron a los bosques, cuando ambos tenían dieciséis años. Habían trabajado muy duro, haciendo

cortafuegos y plantando nuevas especies de abetos y píceas resistentes a la sequía. Pero eran jóvenes y su sudor parecía sólo una invitación a saborear todas las corrientes saladas del cuerpo.

Era curioso, todavía no había soñado con Sandy, aunque hacía un mes que había muerto. Pero Bird le había venido varias veces en los últimos días. Quizás Maya tenía razón; ella dijo que todavía estaba vivo en alguna parte. Pero nadie lo había visto durante casi diez años, desde la gran epidemia cuando se fue con Cleis, Zorah y Tom y desapareció en lo profundo del territorio de los Stewards, los mayordomos.

Lo más probable es que Bird estuviera muerto. Como los demás hombres de mi vida, pensó Madrone: mi padre, Sandy, Rio. Y un buen número de mujeres.

¡Para! se dijo a sí misma con firmeza. Deja de regodearte en la autocompasión. Suspiró de nuevo y luego dejó escapar un graznido cuando Lou tocó un punto sensible. “¡Ay! ¿Qué me estás haciendo?”

“¿Eso duele?” –Preguntó Lou.

“Ve con calma, ¿quieres? ¡No pedí que me torturaran!

“Ese es un punto relacionado con el sistema inmunológico. Necesita fortalecerse”.

“¿Es esa alguna razón para atormentar a la pobrecita? Deberías llamar a ese punto La Venganza de Lou”. Su dedo se mantuvo, fuerte e inflexible, y a pesar de sus quejas, Madrone sintió que recuperaba algo de energía.

“Muy bien, Madrone, responde esta pregunta correctamente y dejaré de hacerlo. ¿Que vas a hacer después?”

“Ya que no he podido curar a los enfermos, tal vez debería aprender a resucitar a los muertos. ¡Ay! ¡Realmente me estás lastimando! ¡No estoy bromeando!”

“¿Que vas a hacer después?”

“¡Descansar! ¡Dormir! ¡Lo juro! Ah, eso es bueno”. Ella suspiró cuando sus dedos se relajaron y comenzó a masajearle los hombros. “Tan pronto como se lo diga a Rosa”.

“¿Qué pasa con la ceremonia?” –Preguntó Aviva. “¿No representas al Consejo de Sanadores?”

“Oh, Diosa, lo olvidé por completo. ¿Qué hora es?”

“Hacia la una de la tarde del primero de agosto o, si lo prefieres, la Tercera Luna Brumosa”, dijo Lou. “El día de la muerte. El día en que se supone que nos representará a nosotros, tus compañeros de gremio, en las grandes y gloriosas celebraciones del vigésimo aniversario del

Levantamiento. Si sigues adelante, todavía estás a tiempo de subir la colina. No sé si son buenas o malas noticias”.

“Oh, son buenas”, dijo Madrone. “Dado que el Consejo, por sus propias razones insondables, me ha elegido a mí como su representante en lugar de al Doctor Sam, será mejor que ponga el culo ahí arriba”.

“Sam lo sugirió”, dijo Lou. “Dijo que sería como un tributo a Sandy”.

“Lou, si me quitas ese nudo del cuello yo... ¿qué haré por ti? Te daré un hijo. Te prepararé una cena. Te nominaré para el próximo honor público”.

“Eso no son promesas”, dijo Lou, masajeándole los hombros con destreza, “eso son amenazas”.

Me parezco a la bruja de la muerte, pensó Madrone mientras se miraba en el espejo del cuarto de aseo. Mechones de su rizado cabello negro se habían escapado de su espesa trenza; había círculos azules debajo de sus ojos y un tinte grisáceo en su piel bronceada. Rayos de sangre cubrían sus mejillas y su pecho. Se quitó toda la ropa y la arrojó al desinfectante solar, se soltó el cabello y se metió en la ducha. El agua caliente le sentó bien en la piel y le devolvió la sensación de estar de nuevo en un cuerpo. Se frotó

minuciosamente, hasta la raíz del cabello. Podía protegerse de la fiebre, pero hasta que no supieran cómo se transmitía, no se arriesgaría a transmitirla.

Limpia, con el pelo mojado pegado a la espalda, se puso nuevamente la ropa de calle y fue a buscar a Rosa. La niña esperaba en el pasillo con Marie, otra vecina, una de las Hermanas de Nuestra Señora de las Aguas que tenía una casa comunitaria en la manzana de Madrone. Rosa estaba acurrucada, medio dormida, en brazos de Marie, y Madrone se agachó para tomar su mano y despertarla suavemente.

Rosa abrió los ojos, grandes y oscuros en su rostro delgado. Su cabello colgaba en dos largas trenzas, un poco encrespado y despeinado después de la noche de insomnio, y Madrone recordaba las manos de Consuelo moviéndose hábilmente en el cabello de su hija, tejiendo los mechones negros y brillantes. Nunca más.

“Lo siento, Rosa”, dijo simplemente Madrone. “Estoy muy muy apenada. *Tu mamá ha muerto*. Tu madre está muerta”.

Los brazos de Marie rodearon con más fuerza a la niña y sus ojos azules se entrecerraron con preocupación. Ella también había sido paciente de Madrone; ella también era alguien a quien Madrone no había podido curar y que perdería. La piel blanca como la leche de los antepasados irlandeses de Marie no estaba hecha para resistir los rayos ultravioleta que atravesaban el debilitado escudo de ozono

de la Tierra. Madrone notó un nuevo crecimiento junto a la nariz de la mujer mayor. Su piel, con aspecto de cáncer, era parecida al papel, transparente.

“Lo siento”, dijo Madrone de nuevo. “Hicimos todo lo que pudimos. Simplemente todavía no entendemos esta fiebre”.

Ahora Rosa pareció comprender lo que decía Madrone. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Enterró la cara en el hombro de Marie y empezó a sollozar.

“*Pobrecita*”, la tranquilizó Marie. “Lo siento mucho”. Miró inquisitivamente a Madrone. “¿El bebé?”

“Está viva. Por ahora. Honestamente no sé cómo resultará. Le encontramos una nodriza. Ojalá pudiera ser más optimista”.

María asintió. Madrone apoyó una mano en la espalda de Rosa. A ella también le hubiera gustado acurrucarse y llorar. Odio esto, pensó. Realmente odio esto.

“Pareces exhausta”, dijo Marie. “Yo me ocuparé de Rosa. Ve y descansa un poco”.

Madrone asintió y se puso de pie. Si se daba prisa, tendría tiempo suficiente para correr a casa, ponerse la ropa del festival y encontrarse con Maya antes de que comenzara el ritual.

En la cima de la colina, la gente descendía de las góndolas en forma de cubo. Sus gruesos cables abarcaban la ciudad como una telaraña metálica. Le recordaron a Maya a Río, cómo se había quejado cuando le propuso matrimonio por primera vez después del Levantamiento.

“¡Está más allá de nuestros recursos!” había objetado. “Todavía tenemos gente a la que no podemos alimentar; ¿Cómo podemos darnos el lujo de convertir la ciudad en una eco-Disneylandia?”

“Me gusta”, dijo Maya. “Será divertido. Animará a la gente”.

“¡Circos! Sería más barato alimentar a los leones del zoológico con algunos millennials. ¡Eso *me animaría!*”

“No seas un viejo idiota”, le había dicho, pero luego notó que las lágrimas se acumulaban en sus ojos. Las cataratas les daban un aspecto azul lechoso que le recordaba la mirada vidriosa de un bebé. Entonces todavía era un hombre apuesto, de poco más de ochenta años, apenas unos años mayor que ella. Su cabello rubio se había vuelto blanco sedoso y formaba un marco tupido para los planos toscamente esculpidos de su rostro. Aún podían terminar una discusión haciendo el amor, enterrando en la carne del

otro su dolor por todo lo que se había hecho, demasiado poco y demasiado tarde.

Quizás tuviera razón, pensó Maya. Nos dejamos llevar por nuestro propio optimismo, en los primeros arrebatos de la victoria, pensando todavía a la antigua usanza, en términos de proyectos masivos y esfuerzos heroicos: los diques marinos, las góndolas. Sin embargo, al final las góndolas resultaron bastante prácticas, dado el laberinto impenetrable en que el Levantamiento había convertido a la ciudad. Y hermosa, embellecida durante las últimas dos décadas con colores brillantes y diseños sagrados: espirales, triángulos entrelazados, lunas, estrellas, animales y pájaros.

“Hola Maya. *¡Que nunca tengas hambre! ¡Que nunca tengas hambre!* La saludaban los transeúntes sonriendo con la bendición ritual, y a cada uno ella respondía cortésmente: “*¡Que nunca tengáis sed! ¡Que nunca tengas sed!*” A algunos los conocía por su nombre. Otros la conocían de vista o a través de los libros que había escrito. Algunos parecían dispuestos a detenerse y charlar, pero ella les asentía y se daba la vuelta. Demasiada admiración resultaba agotadora a su edad.

La terminal era una alta torre escultórica forjada con el metal extraído de la vieja torre de microondas que una vez había coronado la colina. Brillaba con suaves tonos metálicos, levantaba los brazos extendidos a modo de bienvenida. El gran remolino de viento en su parte superior

trazaba mandalas en movimiento con sus aspas mientras generaba energía.

Una figura emergió de la entrada de la torre y saludó a Maya. Por fin, Madrone. La forma en que se movía, su andar mientras caminaba rápidamente hacia donde esperaba Maya, hicieron que Johanna volviera a vivir vívidamente por un momento. A Johanna también le gustaban los pantalones sueltos y las blusas y túnicas con drapeados elaborados, en esos mismos colores: granates, morados y azules intensos. No había mucho más de Johanna visible en Madrone, sólo ese toque de África en la exuberancia de su cabello y un toque de chocolate bajo el bronce de su piel. Y cuando Madrone se giró para mirar a Maya con una ceja levantada y los labios fruncidos, cambiando su canasta de ofrendas de su cadera derecha a la izquierda, ella era la encarnación de Johanna, y tal vez más que eso. De hecho, Maya podía recordar esa expresión en el rostro de la madre de Johanna, que la había heredado de alguna bisabuela suya, y así hasta el principio de los tiempos, esa primera antepasada cuyas mitocondrias nadaban en las células de todos nosotros.

“¿Estás bien, Maya?” –Preguntó Madrone. “¿Subiste la colina?”

“Todavía puedo usar mis piernas”.

“Y todavía no tienes ningún sentido común. Sabes que nunca te habría dejado intentar eso sola.

“¿Déjarme? ¿Qué te hace pensar que podrías haberme detenido? dijo Maya.

“Bueno, para empezar, te supero en peso”.

“Eso no cuenta mucho. Soy vieja pero dura”.

“Hmph. Una nuez vieja es la más difícil de romper”.

“¿Qué estás implicando?”

“*Nada, madrina.* Ninguna cosa”.

Madrone evaluó a Maya con ojos de sanadora. La anciana podría haber pasado por la Bruja, la Segadora: su piel, pálida como harina de repostería, protegida del sol por un amplio sombrero de paja, su cabello como una tenue corona plateada alrededor de las arrugas de telaraña de su rostro. Sus labios eran una línea fina, firme y decidida, su mandíbula algo cuadrada, sus ojos marrones todavía claros y luminosos. Llevaba un vestido largo negro y se apoyaba pesadamente en su bastón con mango de plata. Sin embargo, Madrone admitió que parecía dura o, más exactamente, vital. Realmente era sorprendente que hubiera sobrevivido hasta esa edad, a través de estos tiempos, con su ingenio aún tan agudo como el queso cheddar.

“¿Qué estás mirando?” –Preguntó Maya.

“A ti, *abuelita.* Te ves bien”.

“No me digas *'ita'*. No soy pequeña y no soy tu abuela”.

“Es un término de cariño, no de tamaño. Como bien sabes. Y en cuanto a lo que somos exactamente la una para la otra, no conozco una palabra que cubra el caso”.

“¿No conoces una palabra que signifique 'la hija del niño que uno de mis amantes tuvo con mi otra amante cuando yo estaba de espaldas'?” Preguntó Maya inocentemente. “¿No hay algo en español para eso?”

“Será mejor que te conformes con *madrina*”. Cubre multitud de pecados. ¿Estás realmente bien?

“Mejor que tu. ¿Cuánto dormiste?”

“No preguntes”.

La voz de Maya se suavizó. “¿Cómo fue?”

“Perdimos a Consuelo”.

“¡No!”

“No puedo hablar de eso ahora, empezaría a llorar”.

Maya puso una mano sobre el hombro de Madrone. Lo presionó contra su mejilla, reconfortándose. Se escuchó el sonido de una caracola, ondeando en el aire.

“Aviso de media hora”, dijo Maya. “¿A dónde quieres ir?”

Las laderas superiores de la colina estaban salpicadas de santuarios a diosas y dioses, antepasados y espíritus. Algunas estaban elaboradamente esculpidas y pintadas, otras tan simples como una canasta de ofrendas debajo de un árbol. Abarcaban una mezcla ecléctica de tradiciones. Un mojón de piedras conmemorativas coronaba un montículo verde dedicado a la Diosa Tierra, que podría llamarse Gaia, o Tonantzin, o simplemente Madre Tierra. Kuan Yin tenía un santuario, al igual que Kali, Buda y muchos bodhisattvas, junto con devis y devas, orishas africanos y diosas y dioses celtas. Algunos han formado grupos naturales: La Yoruba Oshun, Diosa del Amor, Diosa del Río, estaba cerca de Afrodita e Inanna/Ishtar/Astarte, frente a un pequeño círculo de terreno despejado donde, en ese momento, una mujer bailaba descalza y con el vientre desnudo. Más abajo de la colina, la Virgen de Guadalupe dominaba el Vía Crucis. Aquí arriba, se daba la bienvenida al sol al amanecer del solsticio de invierno, se hacía sonar el shofar para anunciar el Año Nuevo judío, se cantaba música gospel en la mañana de Pascua, se cantaba el llamado a la oración cinco veces al día y casi en cualquier momento del día. De día o de noche alguien se sentaba en meditación silenciosa, contando las respiraciones.

“Al pilar”, dijo Madrone. “Traje una piedra para Sandy”. Escondida debajo de las verduras y hierbas en su canasta había una roca, con el nombre de Sandy tallado y las fechas de su nacimiento y muerte. Sandino Shen Lotus Black

Dragon, nacido el 15 de septiembre de 2019. Murió el vigésimo tercer día de Fog-Rolls-In Moon, del año 20 (23 de junio de 2048). Lo agregaría al monumento conmemorativo en la cima de la colina, una pila que crecía a un ritmo alarmante. Y eso sería todo lo que quedaría de él, su amigo, amante, *compañero*: una piedra en un montón, unas cenizas enterradas en el jardín, recuerdos. Había algunos dolores que ningún ritual podría curar.

Maya le tocó el brazo, ligeramente, como el roce de un ala vacilante. “¿Lo colocamos juntas?”, preguntó ella: “¿O preferirías hacerlo sola?”

“Ven conmigo”.

Maya tomó su mano. “Vamos”.

Alrededor del montículo, grupos de personas dejaban sus propias piedras, colocaban frutas o flores para sus muertos, o simplemente permanecían de pie, o lloraban, abrazándose unos a otros para consolarse.

Madrone sacó la piedra de su cesta y la sostuvo por un momento. Intentaba pensar en Sandy, pero en lugar de eso estaba pensando en Bird. Nació el día de la muerte. Deberían haber estado celebrando su cumpleaños hoy. Era Leo, pero había tenido cinco planetas en su signo solar, Escorpio. Sexo y muerte. ¿Cuántos años habría tenido? Ella tenía veintiocho años y él cumpliría veintinueve. Diosa, ¡habían sido tan

jóvenes hace diez años! Podía ver su rostro la noche en que se fue, su piel oscura tan suave y sin marcas, su barba todavía una novedad.

Iba con un grupo de asalto: él, Cleis, Zorah y Tom. ¿Se despediría de Maya por él?

“Vais a hacer que os maten”, le había dicho.

Él la miró fijamente a los ojos. “Claro”. Al ver su rostro, él lo suavizó un poco. “Probablemente”.

Había querido gritarle por ser un tonto, por abandonarla. Pero sus ojos la habían asustado. Ella lo había visto así la noche del Levantamiento, mientras estaba de pie junto al cuerpo sangrante de su padre, mientras todos a su alrededor gritaban y los policías intentaban aporrearlos. Entonces eran sólo niños, pero su aspecto era viejo, demasiado viejo.

Sus propios ojos de repente se humedecieron con lágrimas. Soy desleal con Sandy, pensó, no me estoy concentrando en él, estoy escapando de un dolor reciente sondeando viejas heridas. Después de todos estos años, es más fácil llorar a Bird que afrontar la pérdida de Sandy. O el de Consuelo. O los otros que vendrían.

“Siento mucho lo de Sandy”, dijo Maya.

“Estaba pensando en Bird”, admitió Madrone. “Hoy es su cumpleaños, ¿recuerdas?”

“Debería recordarlo”. Sonrió Maya. “Recuerdo su nacimiento con bastante claridad. Brigid lo hizo con bastante eficacia, tal como lo hacía todo. Cómo una hija mía acabó así, nunca lo entenderé. Cuatro horas de trabajo, de principio a fin. Esa noche ni siquiera llegué tarde al ritual”.

“¿Tuvo un parto en casa?”

“Sí, mi amiga Alix era la partera. Yo estaba allí, junto con el padre de Bird, Jamie, y Marley, que acababa de cumplir tres años. Brigid pensó que le ayudaría a establecer un vínculo con el nuevo bebé. Pero parecía mucho más interesado en el tambor que tocaba que en su nuevo hermano”.

“Marley siempre estuvo más interesado en la batería que en la gente”, dijo Madrone.

“¡Pero qué percusionista!” dijo Maya. “¡Podría hacer caer la lluvia desde el cielo! Tuve nietos tan talentosos... Bird era un genio con cualquier instrumento que tocara. Eso no es alardear, es simplemente afirmar un hecho”.

“Me encantó su voz”, dijo Madrone. “Me encantaba oírlo cantar”. Lo amaba, pensó. Lo amé desde el primer día que pasé en San Francisco, todavía en shock por lo sucedido en Guadalupe, afligida por mi madre y asustada por esos extraños que se hacían llamar abuela Johanna, abuelo Rio, tía Maya. Bird me dio su piedra favorita, una roca de playa

negra y plana con el patrón blanco de un dólar de arena fosilizado en su espalda.

“Y muy guapo”, continuó Maya. “Los dos chicos tenían mis ojos, incrustados en esa piel clara de chocolate con leche. ¿Recuerdas el chocolate?”

“A veces lo teníamos en Guadalupe”, dijo Madrone.

“No sobrevivas a tus descendientes”, le dijo Maya. “No es divertido. Sólo voy a aguantar hasta que Bird regrese”.

–Entonces puede que tengas que vivir para siempre, *madrina*.

“No”. Maya negó con la cabeza. “Él no está muerto. Si estuviera muerto, lo sentiría. De todos modos, ahora estamos aquí por Sandy. Di una oración por él y coloca su piedra”.

Caléndulas descoloridas y crisantemos marchitos salpicaban el montículo. No había cementerios en la ciudad ni terreno que pudiera reservarse para el entierro, por lo que la gente traía aquí sus ofrendas funerarias. La piedra de Sandy estaría en compañía de otras, compartiendo las ofrendas en la muerte como la gente compartía el alimento en la vida. Él, al menos, no se sentiría solo.

“Lo que se recuerda vive”, dijo Madrone, agachándose y colocando la piedra en el lado norte del montículo. “*Jiyi shi*

yongyuan bu mie de". Tropezó con las inflexiones que Lou le había enseñado con esmero. Sandy había venido del lado norte de la ciudad, donde hablaban mandarín en lugar de español como segundo idioma.

“Era un buen hombre”, dijo Maya. “Muy dulce con todos y sensible. Su fallecimiento dejó un gran vacío”. Sí, lo extrañaría, como extrañaba a tantos otros, pero el dolor en el fondo de su garganta era por Madrone. Era demasiado joven para soportar tantas pérdidas.

Madrone asintió sin hablar. Maya podía sentir la tierra debajo de ella, viva como un corazón palpitante. ¿O tal vez, pensó, siento mis propios pies palpitantes? Aún así, era bueno, en el lugar de los muertos, reconocer a Aquella con la que se había comprometido hacía mucho tiempo, la vida en el corazón de las cosas, la rueda en constante movimiento del nacimiento, el crecimiento, la muerte y la regeneración. Últimamente a Maya se le había ocurrido que llamar *así* a la Diosa, a pesar de que había luchado por ese término toda su vida, era... ¿qué? No es tanto una metáfora, sino más bien una broma interna.

Madrone se dio la vuelta bruscamente. De pronto sintió una gran necesidad de estar sola.

“Voy a hacerle una ofrenda a Yemayá”, dijo. La Diosa del Mar Yoruba era su favorita de las orishas, las antiguas Diosas

y Dioses que habían llegado en los barcos de esclavos de África.

“Dame un poco de miel”, dijo Maya. “Iré a molestar a mis antepasados”.

“Pensé que 'comulgar con' era el término operativo”, dijo Madrone, sacando un pequeño frasco de miel del fondo de la canasta.

“Los antepasados judíos no comulgan. Ellos “kvetch”. Eso significa quejarse”.

“Esa es una palabra yiddish que conozco, *madrina*”.

Maya caminó hacia donde una pequeña multitud estaba reunida alrededor del santuario judío, un arca resistente a la intemperie y con azulejos brillantes bajo un granado arqueado. Un atril de piedra tallada servía de plataforma para el rollo de la Torá y una mujer joven cantaba en hebreo. Los sonidos llevaron a Maya a su infancia, a la voz de su abuelo rezando por la mañana, a las voces de su madre y su padre discutiendo.

“¡Déjame en paz, Betty!” podía oír decir a su padre. “¡No voy a ir a la sinagoga, te lo dije! ¡No creo en ese maldito Dios!

“No vas por Dios, vas por él. Es un hombre viejo, Joe. Por una vez en tu vida podrías hacer algo para hacer feliz a otra persona”.

“¿Por qué debería? ¿Haría él lo mismo por mí? ¿Recitaría *El manifiesto comunista* para hacerme feliz?”

“Él es tu padre”.

“¡Vaya cosa!”

Maya se deslizó silenciosamente detrás del árbol para no perturbar las oraciones mientras colocaba el frasco contra el delgado tronco. El árbol estaba rodeado con una cinta de cobre, con una inscripción en hebreo e inglés que decía: *Ella es un árbol de vida para los que se aferran a ella.*

“¿Estás cubriendo tus apuestas, vieja hereje?” –susurró una voz áspera detrás de ella. Se volvió y reconoció al doctor Sam, uno de los colegas de Madrone en el hospital. Con su melena de pelo blanco y sus cejas pobladas, le recordaba un poco a su propio padre en su vejez, una edad que ella ya había superado en unas buenas tres décadas. No era un hombre apuesto, pero sí interesante, reflexionó, obsequiándole con una sonrisa.

“Honrando a mis antepasados”, dijo Maya.

“¿Están impresionados?”

“¿Quién sabe? Si realmente quisiera aplacar el fantasma de mi padre, supongo que debería quemar incienso frente a un cuadro de Karl Marx”.

“ *Eres una hereje*”.

“¿Y que hay de ti? ¿No pretendes ser el último ateo impío?”

“Vengo por los argumentos. ¿Es la destrucción del medio ambiente la nueva forma de destrucción del Templo? ¿Y a qué árbol de la vida deberíamos aferrarnos, la Torá o Asera, la Diosa de la Tierra?”

“¿Y llegaste a alguna conclusión?”

“No, las conclusiones no son el punto. Tú más que nadie deberías saber eso. Si alguna vez llegáramos a conclusiones, perderíamos la diversión del argumento”.

Había esa chispa entre ellos, se dio cuenta Maya de repente. ¿Podría desarrollar una fijación paterna por un hombre veinte años menor que ella?

La oración estaba terminando y el rollo estaba siendo vuelto a colocar en el arca cuando las caracolas volvieron a sonar.

“Es hora”, dijo Sam, extendiendo su brazo. “¿Me permites?”

El santuario de Yemayá estaba en la ladera occidental de la colina, hacia el océano, aunque la mayor parte de Twin

Peaks bloqueaba la vista del agua. Madrone se detuvo un momento, bajo la estatua de la sirena embarazada con cola de pez, la gran madre, la Diosa del Mar. Dejó la última de sus ofrendas, un dólar de arena perfecto que había encontrado hacía mucho tiempo. Le recordó la piedra que Bird le había regalado. Abundaban los dólares de arena fosilizados, pero en estos días los fundidos eran raros. Fue una ofrenda digna. Odiaba separarse de él, perder un vínculo con un recuerdo: caminar con Bird en la playa debajo de los diques marinos que protegían los vecindarios exteriores de las crecientes aguas del océano, la luz jugando con las olas, sus canciones en su oído, sus manos acariciando su cabello azotado por el viento.

El último toque de advertencia de la caracola resonó en la ladera de la colina. Ahora realmente había llegado el momento de dejar los fantasmas de sus viejas pérdidas y continuar con la ceremonia. “Madre original de la vida, primera Ancestra, acepta esta ofrenda”, le murmuró a Yemayá. “Preserva la vida de los vivos. Préstame fuerzas. Y oye, *Iya*, mamá, estoy triste, he perdido a mis amantes y *compañeros*, viejos y nuevos. Estoy sola. Cambia el rumbo por mí”.

El sol calentaba la nuca de Madrone mientras regresaba al lugar de reunión. Hacia el este, brillantes ondas de calor se elevaban desde los valles abrasados por el sol y cintas de polvo se retorcían en el aire. Al oeste de la colina, una niebla azul se extendía en bandas a lo largo de las laderas de Twin Peaks.

En la cima había excavado un anfiteatro en forma de cuenco. Estaba lleno de espectadores, pero Madrone vio a Maya abajo, en el círculo más interno donde se reunían los que participaban en la ceremonia. Sam estaba a su lado y Madrone suspiró suavemente. Él querría saber cómo fue el parto y ella tendría que volver a hablar de ello. Dejó la comida de su canasta en el lugar del banquete y se unió a los otros dos. Intercambiaron saludos mientras los cuatro *concheros*, llevando sus conchas en alto, caminaban orgullosos hacia el centro del círculo. Con armonías espeluznantes y disonantes, saludaron a las cuatro direcciones y luego a la tierra, el cielo y el centro.

Los músicos comenzaron a tocar y todos cantaron juntos, mientras el fuego ritual era encendido por cuatro figuras enmascaradas, pájaro, pez, coyote y venado, que simbolizaban las cuatro direcciones y las Cuatro Cosas Sagradas.

Luego vinieron danzas, cantos e invocaciones a las Cuatro Cosas Sagradas, a los ancestros, a las Diosas y Dioses de todos los diferentes pueblos reunidos. A Madrone le

encantaba observar a los bailarines, especialmente a los grupos Miwok y Ohlone con sus capas de plumas, pero se encontró con que se le cerraban los ojos y se le inclinaba la cabeza durante un largo poema en alabanza del espíritu comunitario declamado por una joven muy seria del Gremio de Maestros.

“Se suponía que tenían un límite de cinco minutos para los discursos”, le susurró Maya a Sam. “Si siguen así, mi trasero se va a atrofiar”.

Finalmente, el último orador terminó e hizo una seña a Maya. Ella dio un paso adelante. Una joven, muy solemne con el peso de su responsabilidad, le entregó el “Talking Stick” (Bastón de la Palabra), un palo de roble bellamente tallado, adornado con cuentas y plumas, que llevaba en su punta un pequeño micrófono. Potentes altavoces estaban escondidos en las ramas de los cuatro árboles sagrados que se encontraban en los cuatro cuartos alrededor de las afueras del cuenco. En la plataforma de los firmantes, un hombre esperaba para traducir mientras ella hablaba. Todo estaba listo.

Hizo una pausa y miró a la multitud, dejando que sus ojos recorrieran las ropas de fiesta de colores brillantes y los rostros de todos los tonos y matices, los ojos levantados, las cabezas erguidas y orgullosas. Esto es bueno, pensó Maya, para esto trabajé toda mi vida, y tú también, Johanna, tú también, Rio. Pero ¿cuántos más debemos perder, como

Consuelo, como Sandy? Como Brigid, Marley, *Jamie* y, sí, ¿tal vez Bird? ¿Qué valor tiene esto si no podemos preservarlo, protegerlo?

Los tambores comenzaron a sonar, un ritmo de trance, constante pero ligeramente sincopado, para guiar la mente y luego llevarla en direcciones inesperadas. Maya habló, su voz era rítmica, musical, canturreaba un encantamiento.

“Éste es El Tiempo de la Segadora, the Time of the Reaper, ella que es el fin inherente al principio, la guadaña de la recolección. La Anciana, Diosa de la Cosecha. En esta temporada celebramos la antigua fiesta del dios sol celta Lugh, su estela a medida que envejece y desciende hacia el otoño. Es una época de maíz dulce, de tomates maduros y de frijoles secándose en la vid. Comienza la cosecha. Cosechamos lo que hemos sembrado”.

Madrone se irguió y escuchó atentamente. Siempre disfrutaba escuchar a Maya trabajar con la multitud.

“La Bruja, la Segadora, no es una Diosa fácil de amar. Ella no es la Madre protectora. Ella no es la Doncella, ligera y libre, no es bonita, no es brillante como la luna llena o creciente. Ella es la Luna Oscura, lo que no ves venir hacia ti, cuando no te sales con la tuya, el viento que azota la chispa a través de la línea de fuego. La oportunidad, se podría decir, o, lo que es aún más aterrador: la intersección del azar con elecciones y acciones realizadas antes. La maleza que está

seca por décadas de sequía, el calentamiento del clima terrestre que envía las tormentas hacia el norte, el agujero en la capa de ozono. No castigo, ni siquiera justicia, sino consecuencia”.

Un profundo silencio se apoderó de la multitud. Maya continuó.

“Esta luna trae una época de esperanza y peligro: la temporada de incendios. Observamos ansiosamente las colinas secas, sabiendo que faltan semanas o meses para las lluvias. Los que somos mayores hemos visto el fuego destruir nuestras ciudades arrasadas por la sequía y el humo eclipsar el sol. Hemos visto ricas tierras de cultivo marchitarse hasta convertirse en desiertos duros como el cristal, y la propia tierra colapsar sobre su nivel freático vaciado. Hemos visto las enfermedades cobrarse a nuestros hijos, a nuestros amantes y a nuestros vecinos. Sabemos que puede volver a suceder.

“Esperamos una cosecha, rezamos por la lluvia, pero nada es seguro. Decimos que la cosecha sólo será abundante si se comparten las cosechas, que las lluvias no vendrán a menos que se conserve, comparta y respete el agua. Creemos que podemos seguir viviendo y prosperando sólo si nos preocupamos unos por otros. Esta es la época de la Segadora, cuando heredamos cinco mil años de resultados pospuestos, frutos de nuestra insensibilidad hacia la tierra y hacia otros seres humanos. Pero por fin hemos llegado a

comprender que somos parte de la tierra, parte del aire, del fuego y del agua, como somos parte unos de otros”.

Se detuvo por un momento. Su voz bajó, volviéndose más ligera, casi conversacional.

“Hemos tenido dos benditas décadas para rehacer nuestro rincón del mundo, para vivir según lo que creemos. Hoy es el vigésimo aniversario del Levantamiento. Me pidieron que les contara la historia de *Las Cuatro Viejas*, las Cuatro Ancianas que provocaron la rebelión en el 28 cuando los Stewards cancelaron las elecciones y declararon la ley marcial.

“En Shotwell Street, debajo de las laderas de esta colina, que en ese tiempo se llamaba Bernal Heights, vivía una mujer, María Elena Gómez García, cuya abuela cultivaba árboles frutales en el patio trasero con huesos de durazno y aguacate, y salvaba sus semillas de tomate. Mientras las tropas de los Stewards se concentraban en la península, requisando todas las reservas de alimentos, y el resto de nosotros debatíamos qué hacer y tratábamos de reunir coraje para hacerlo, María se reunió con sus vecinas, Alice Black, Lily Fong y Greta Jeanne Margolis, cuatro ancianas que no tenían nada que perder. En la mañana del primero de agosto, salieron al amanecer con picos al hombro, directamente hacia el centro de Army Street, y todo el tráfico se detuvo, los automóviles que algunas personas aún podían permitirse conducir.

“Algunos de ellos tocaban las bocinas, otros gritaban amenazas, pero cuando María levantó el pico por encima de su cabeza, se produjo un silencio como un gran suspiro compartido. Luego lo dejó caer, con un ruido sordo que hizo estremecer la calle, y las cuatro ancianas empezaron a cavar.

“Rompieron el pavimento, golpe a golpe, llenaron los agujeros con abono de un saco que llevaba Greta y los plantaron con semillas. Para entonces se había reunido una multitud, la noticia se difundió por las calles y salimos corriendo de nuestras casas para unirnos a ellas, trayendo herramientas o sólo nuestras manos, ansiosos por construir algo nuevo. Y muchos de nosotros estábamos llorando, de alegría o de miedo, con suficientes lágrimas para regar las semillas.

“Pero Alice levantó la mano y gritó en voz alta. “No llores”, nos dijo. “Este no es un momento para llorar. ¡Este es un tiempo para alegrarnos y alabar a la tierra, porque hoy hemos plantado nuestra libertad!”

“Luego nos unimos a ellas, arrasando las calles mientras los autos se alejaban de nosotros, levantando barricadas en las autopistas, destrozando las puertas de los almacenes cerrados. Y aquellos que apoyaban a los Stewards huyeron al sur con todos los bienes que pudieron robar. Y nosotros, los que quedamos, plantamos semillas y custodiamos las fuentes de nuestra agua en los valles y las montañas, y los

Mayordomos se retiraron con la intención matarnos de hambre.

“Tuvimos hambre, muchísima hambre, durante mucho tiempo mientras esperábamos que crecieran las semillas, orábamos y bailábamos para que lloviera. Fue una larga estación seca. Pero nos habíamos comprometido a alimentar primero a los hijos de los demás, con la comida que tuviéramos, y a compartir lo que teníamos. Y así, la comida que compartíamos se volvió sagrada para nosotros, y el agua, el aire y la tierra se volvieron sagrados.

“Cuando algo es sagrado, no se puede comprar ni vender. Está más allá del precio y no se debe hacer nada que pueda dañarlo. Lo sagrado se convierte en la medida con la que se juzga todo. Y ésta es nuestra medida y nuestro voto a la lluvia renovadora de vida: no seremos desperdiciadores sino sanadores.

“Recordad esta historia. Recordad que un acto puede cambiar el mundo. Cuando revuelvas la tierra húmeda y devuelvas tus desechos a los ciclos de descomposición y coloques la semilla en el surco, recuerda que estás plantando tu libertad con tus propias manos. Que nunca pasemos hambre. *¡Que nunca tengamos hambre!*”

“¡Que nunca pasemos sed! *¡Que nunca tengamos sed!*”, corearon las voces unidas de los oyentes.

“Un acto y alrededor de mil horas de reuniones”, susurró Sam.

“Cínico”, dijo Madrone. “¿No reconoces una buena historia cuando la escuchas?”

“Es una gran historia. Es sólo que tiene muy poco parecido con la historia real que yo recuerdo”.

“Tranquilo. Es mi turno”.

Madrone y varios otros, representantes de varios gremios, consejos y grupos de trabajo, avanzaron hacia el centro del círculo. El mismo niño solemne sostenía el “Talking Stick” para cada uno de ellos.

“Hemos venido aquí para dar cuenta de nosotros mismos, llamando a las Cuatro Cosas Sagradas para que sean testigos de lo que hemos hecho de esta ciudad en veinte años”, dijo Salal del Consejo de la Ciudad. “Así es como hemos cumplido nuestras promesas. Esto es lo que hemos cosechado”.

A medida que el micrófono pasaba alrededor del círculo, cada persona hablaba, por turno, desde el Gremio de Jardineros, el Consejo del Agua, los Sanadores, los Maestros y todos los círculos entrelazados que cubrían las necesidades de la Ciudad.

“Nadie en esta ciudad pasa hambre”.

“A nadie le falta refugio”.

“A ningún niño le falta un hogar”.

Cuando el palo llegó a Madrone, ella dudó por un largo momento. “Aquí hay enfermedades”, dijo finalmente, “pero a nadie le falta atención”.

El palo siguió adelante.

“Mirad, la fruta cuelga de la rama, lista para alimentar al extraño”.

“Hemos conservado bien nuestras aguas, nuestras cisternas no se secan, nadie tiene sed y nuestros arroyos corren claros”.

“Todos los dones de la Tierra son compartidos”, dijeron al unísono.

“¡Que nunca pasemos hambre!”, respondió la gente. “¡Que nunca tengamos hambre! ¡Que nunca tengamos sed!”

Los tambores marcaron un ritmo hipnótico e insistente. La música subió y los tambores retumbaron, y de repente todos estaban bailando, en el espacio central, arriba en las gradas anilladas que remontaban la colina, en las crestas. El cielo brillaba índigo con vetas de rosa y oro en el oeste, y contra su luz resplandeciente se alzaban figuras gigantes, la propia *Segadora*, de quince pies de altura, con cabeza y falda de

serpiente y una canasta atada a su espalda en la que llevaba un machete. Y Lugh, la pintura reluciente de su disco solar incendiada por los moribundos rayos del sol, y otros: ancestros, espíritus, visiones. Maya supo, mirando hacia arriba, que eran sólo tela o papel, pero en el crepúsculo cobraron vida. Los músicos estaban tocando una de las melodías de Bird, y de repente Maya sintió un dolor como el de una campana, el dolor de extrañarlo. La gente cantó:

*Libera el corazón, déjalo ir,
lo que cosechamos es lo que sembramos.*

El canto se convirtió en un rugido, disminuyó a un solo tono armónico y terminó abruptamente, como si lo cantara una sola voz. Todos tocaron la tierra. El silencio aumentó hasta consumir todos los ecos y matices.

“¡Que nunca pasemos hambre!” –volvió a gritar la gente.

En el círculo central se amontonaban ofrendas de frutas, cereales y alimentos cocinados. Un niño pequeño estaba bendiciendo la comida y la bebida, mientras otros agradecían a los ancestros y espíritus y a las Cuatro Cosas Sagradas al finalizar la parte formal del ritual. Pero el banquete duraría mucho tiempo.

“¿Te vas a quedar?” –le preguntó Sam a Madrone, acercándose a ellas. “Puedo acompañar a Maya a casa”. En su voz había una nota de esperanza.

Maya podía sentir la chispa extendiéndose como un hilo entre ella y Sam. Él esperaba algo, una invitación, una señal de ella. Podía sentir su soledad como podía sentir la suya propia. Era demasiado. Era demasiado mayor y estaba demasiado cansada para asumir esa carga.

“Tengo que dormir un poco”, dijo Madrone. “Estuve despierta toda la noche”.

“Buenas noches, Sam”, dijo Maya con firmeza, tomando el brazo de Madrone. “Fue bueno verte. *Que nunca tengas... y todo eso*”.

“Hasta mañana”, dijo Sam. “Descansa un poco, Madrone”.

En la oscuridad, los espíritus revoloteaban como recuerdos, como pájaros. La niebla cubría la ciudad como los dedos plateados de una mano enguantada, mientras la luna iluminaba su camino colina abajo.

Capítulo II

Cuando Bird despertó había un niño en la cama con él. Se abrazaron con la tranquilidad de los amantes de toda la vida. Las rodillas de Bird se curvaron hacia la parte posterior de las piernas del niño, sus brazos estaban entrelazados sobre el suave pecho del niño y su pene descansaba flácido y húmedo entre las nalgas del niño. ¿Tomás? pensó adormilado. ¿Sandino? Había estado soñando con Madrone y por un momento se acurrucó más profundamente en la dulzura del sueño. Sus ojos se encontraron con los de él. Ella perdonó. ¿Qué? No podía recordarlo del todo, y al tratar de rastrear el recuerdo, despertó del sueño y se dio cuenta del hedor a orina y metal.

Abrió los ojos y encontró sus labios presionados contra la nuca que no reconocía. La habitación estaba a oscuras, pero poco a poco empezó a iluminarse, como si en algún lugar estuviera saliendo un sol invisible. Oyó un crujido encima de

él; estaba en una litera de metal con alguien durmiendo en el nivel superior. Un colchón de plástico se abultaba contra unos muelles metálicos. Ahora podía ver hilera tras hilera de literas. Era una habitación grande, lo suficientemente grande como para albergar unas sesenta literas, con mesas de metal en el centro. La luz provenía de un conjunto de rejas que bloqueaban las ventanas.

No sabía dónde estaba ni cómo había llegado allí.

El niño se movió en sus brazos. “Charlie”, murmuró. “¿Estas despierto?”

“¿Charlie?”

“Tu nombre es Charlie”. La voz del chico era paciente, como si ya lo hubiera explicado muchas veces antes.

“Uh... no lo creo”.

“No te preocupes por eso. Simplemente no lo recuerdas”.

Estaba bastante seguro de que su nombre no era Charlie, pero por un largo momento no pudo recordar cuál era y eso lo asustó. Entonces volvió a él: Bird, *Pájaro*. Sonaba bien, le sentaba bien, pero no lo dijo en voz alta porque lo habían educado para saber que los nombres tenían poder.

“¿Quién eres?” le preguntó al niño.

“Soy Littlejohn. Y soy tu chica”.

Estaba seguro de que el chico no era una niña porque pudo sentir su pene cuando pasó su mano por el suave cuerpo, y su verga comenzaba a endurecerse, al igual que la suya, como si su cuerpo recordara algo que su mente no. Se sintió enfermo, confundido.

“Está bien”, dijo Littlejohn. “No lo recuerdas. Los peces gordos te hicieron algo en la cabeza. Pero es genial”.

“No recuerdo nada”.

“Lo sé. No te preocupes por eso. Fóllame”.

“No te conozco”.

El chico sonrió. “Charlie, me has estado jodiendo todos los días durante el último año. Simplemente no lo recuerdas”.

“¿Por un año? ¿Qué año es este?”

“El cuadragésimo octavo año del nuevo milenio”.

“¿Cuadragésimo?”

“No, cuarenta y *ocho*”.

“¡Eso es dentro de diez años!”

“No, Charlie, eso es ahora”.

“Eso no puede ser cierto”.

“¿Quieres que ponga las noticias en video y te lo demuestre? Todo lo que necesito es una pantalla”.

“¿He perdido diez años?”

“¿Por qué no? Si puedes perder uno, ¿por qué no dos? Si dos, ¿por qué no cinco? Si cinco, ¿por qué no diez? Créeme, una cosa que tenemos de sobra por aquí es tiempo. Podrías perder veinte y apenas notarlos”.

“Mierda”.

“Joder, mierda”, dijo Littlejohn. “O mejor aún, follemos”.

Pero Bird se había caído de espaldas. Sintió una sensación de vértigo, como si todo a su alrededor girara y cayera.

“¿Dónde estamos?”

“Isla Terminal. Angel City, corazón de las Tierras del Sur. A esto lo llaman el Pozo”.

Bird volvió a tener un momento de puro pánico. Había estado follando con un extraño, un chico que podía tener cualquier enfermedad, incluso los viejos trastornos inmunológicos o los arcaicos cánceres de sangre. Sintió su cuerpo y el del niño; parecían limpios. Y entrar en su cuerpo

parecía repelerlo un poco. El mareo disminuyó y algunos recuerdos se aclararon.

“Recuerdo que un médico de la prisión me apuntó con una aguja”, dijo.

“¿Recuerdas qué? Oye, nunca antes recordaste algo así”. El chico se giró para mirarlo. Littlejohn tenía el pelo castaño, liso y muy corto, un rostro oscuro con huesos delicadamente moldeados y ojos azules brillantes. El efecto fue sorprendente. “Tal vez tu mente pueda regresar”.

“¿No recuerdo nada?”

“Lo recuerdas durante unos cinco minutos. Entonces tendré que decírtelo todo de nuevo: quién eres, quién soy yo”.

El vértigo había vuelto y la sensación de malestar en la boca del estómago. ¿Qué pasaría si todo volviera a desaparecer en cinco minutos? ¿Y si hubiera perdido la cabeza y nunca pudiera volver a encontrarla?

“Eso debe ser difícil para ti”, dijo Bird.

“No me importa. Hay cosas peores. De todos modos, siempre recuerdas cómo follar. A veces cuando me follas una vez olvidas que ya lo hiciste y lo vuelves a hacer. Y siempre recuerdas cómo pelear. Por aquí eso es todo lo que realmente necesitas saber”.

“¿Cómo has llegado hasta aquí?”

“Me pillaron robando agua demasiadas veces. Demonios, prácticamente crecí aquí. Toda mi familia eran brujas³. Los arrestaron en el 43 y yo aterricé en la calle”.

“¿Qué quieres decir con robar agua?”

“Ya sabes, agua”.

Pájaro guardó silencio. Había algo aquí que claramente no entendía, algo tan obvio para Littlejohn que parecía que no podía explicarlo. ¿Era una de las cosas que Bird había olvidado? ¿Cómo podía saber lo que no sabía? Dejó el asunto por ahora.

“¿Cuántos años tienes?” Preguntó Bird.

“Diecinueve”.

El chico parecía más joven que eso. Catorce, quince tal vez. Bird tenía diecinueve años, o los había tenido una vez, pero si eso fue hace diez años, ¿dónde había estado? Quería agarrarse a algo, rápido, antes de hundirse en un pozo interminable de años perdidos, haciendo girar su mente como una rueda, tratando de recordar, sin poder hacerlo.

3 La autora emplea la palabra witch, bruja, tanto para el femenino, como para el masculino (en vez de wizard), a lo largo de la obra, para mencionar a los actores de hechicería. [N. d. t.]

¿Ya han transcurrido cinco minutos? quería preguntar.
¿Todavía estoy aquí? ¿Sigo siendo yo?

Algo más le preocupaba. Era como una voz débil en el fondo de su cabeza, llamándolo. Cuando lo siguió cayó en un pozo de dolor. El sudor le brotó de la frente.

“¿Estás bien?” –Preguntó Littlejohn.

“No sé”. Estaba atrapado en algún lugar entre el recuerdo, la realidad y algo más. No podía decir a quién pertenecía el dolor que sentía. “¿Puedes castigarme?”

“¿Qué quieres decir?”

Hablar se estaba convirtiendo en un esfuerzo cada vez mayor. “Pensé que eras una bruja”.

“Sí, pero no conozco ninguna magia. Mis padres murieron antes de que pudieran enseñarme algo”.

Bird estaba tratando de conectarse a tierra, tratando de hacer contacto con la tierra, pero ella parecía estar a kilómetros de distancia, aprisionada bajo concreto y acero. Se mordió el labio con fuerza, tratando de respirar, tratando de recordar una imagen o una palabra que pudiera anclarlo. “Agarra mis manos”, susurró.

Littlejohn obedeció. La presión sobre sus manos era sólida, real. Podía sentir sus manos y saber que eran suyas y, a partir

de ese conocimiento, seguir un rastro de sensación lentamente a través de su cuerpo. Su propio cuerpo. Su propio dolor sordo por viejas heridas, que ahora sabía que era diferente del dolor que *escuchaba* dentro de él en lugar de sentir. Alguien estaba sufriendo. Alguien estaba pidiendo ayuda.

“Gracias”. Bird retiró las manos. “Alguien está herido. Pero no soy yo”.

“Tal vez sea el chico nuevo que trajeron ayer”, dijo Littlejohn. “Le dieron una paliza bastante dura”.

“¿Dónde está?”

“La última litera, junto a la puerta”.

Bird cambió su peso y se sentó. La cama crujió.

“¡Ten cuidado!” –susurró Littlejohn. Bird asintió y se levantó lentamente. Su cuerpo se sentía extraño, incómodo y familiar al mismo tiempo. Se movía lentamente, en aras del silencio y porque parecía haber un desfase entre cada impulso de su cerebro y cada movimiento de sus músculos. Por fin llegó a la litera más cercana a la puerta. Una figura inmóvil yacía allí, y Bird podía sentir el dolor irradiar de él. Se arrodilló y puso una mano sobre el abdomen del hombre. La respiración era superficial y la fuerza vital menguaba rápidamente. Estaba muriendo.

Bird respiró hondo. Deseaba a Madrone, o Sandy, o alguien más que tuviera talento para curar. Luego su mente se aferró a los nombres en un repentino ataque de pánico. ¿Quién era Madrone? ¿Quién era Sandy? Pensaba que los recordaría siempre, aún cuando no pensara demasiado en ellos. Pero cuando intentó concentrarse en el recuerdo, nadaba en la duda. ¿Estaba recordando o inventando? ¿Cómo podría estar seguro?

No pienses, se dijo. Deja que tus manos lo hagan. Su mente todavía se sentía embotada, nublada y no podía sentir ningún poder moviéndose a través de él. El dolor era un sonido en su cabeza. Si pudiera emitir sonido, tal vez podría cambiarlo, pero eso no era posible. ¿Podría cambiar el sonido en su mente? Creyó recordar un viejo cántico:

*Si tenemos coraje
Podemos ser sanadores.
Como el sol,
nos levantaremos.*

La nota de “levantaremos” resonó en su mente, y la sostuvo, la fortaleció, la imaginó atravesando el cuerpo destrozado en la cama. El dolor desapareció y la respiración del hombre se volvió más lenta, más profunda y más sustancial. *El oído* interno de Bird se agudizó. Las costillas rotas, los riñones lesionados, eran sonidos discordantes, una ruptura de los armónicos del cuerpo, pero pudo encontrar una nota para reparar lo peor del daño. El hombre viviría.

Los párpados revolotearon en el rostro del hombre, un movimiento apenas visible en la oscuridad. Sus ojos se abrieron. Bird no podía ver su color, sólo el brillo y la intensidad que destellaban. Sus labios se movieron como si estuviera susurrando. Bird se acercó.

“La tierra es nuestra madre”, dijo el hombre.

Era el comienzo de un cántico. Bird percibió una sensación de expectación en el hombre, como si esperara una respuesta.

“Debemos cuidar de ella”. Bird concluyó la línea.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios del hombre. “Gracias, hermano”, susurró, y luego se durmió.

Bird regresó sigilosamente a su litera y se tumbó junto a Littlejohn. Le dolía la cabeza. Quería dormir, pero tenía miedo de perder el conocimiento, de no volver a encontrarlo.

“¿Qué hiciste?” –Preguntó Littlejohn.

“Estará bien”, susurró Bird.

“Hombre, será mejor que lo pienses. Si te pillan embrujando a alguien, te matarán. Si sigues mi consejo, yo estaría bien si fuera tú. Quiero decir, juega como si todavía estuvieras loco hasta que te des cuenta de la escena. ¿Bien?”

“Comprendo”.

“Shhh. Hablar inglés”.

“Vamos ... cierto. Entiendo. Diosa, ¡me duele la cabeza!

“Tal vez has estado bajo un poderoso encantamiento. O tal vez te lo hiciste a ti mismo. ¿De dónde eres?”

No supo responder. Le asaltaron imágenes: rostros, jardines, la fachada color pan de jengibre de una casa con tejado a dos aguas. Su cabeza quería abrirse y no podía decir que cosas eran reales.

“Muy lejos”, dijo. Eso, al menos, estaba seguro de que era cierto. “Muy muy lejos”.

Una campana sonó con fuerza. Littlejohn saltó de la cama, se puso unos pantalones grises y una sudadera y le entregó un montón de la misma ropa a Bird con un gesto automático, como si fuera algo que estuviera acostumbrado a hacer. *“Ponte esto”, dijo. “Levántate rápido. Van a contar”.*

Bird apenas tuvo tiempo de ponerse la ropa y ponerse de pie cuando la pesada puerta de metal se abrió. Cinco grandes guardias entraron y examinaron la escena. *“¡Todos a la cuenta!”* Bramó uno.

La sala se llenó de arrastramientos y gruñidos mientras sesenta hombres luchaban por ponerse de pie. El hombre

que yacía en la cama junto a la puerta todavía yacía semiconsciente. Uno de los guardias lo levantó bruscamente y lo apoyó contra la barandilla metálica de la litera mientras los guardias caminaban, contando una vez, contando dos veces y contando de nuevo.

“Hagan fila para desayunar”.

Bird se situó detrás de Littlejohn e imitó lo que hacía. Buscó al hombre que había sanado. A la luz, pudo ver que el hombre era de complexión ligera, delgado, con la piel morena de su rostro entrecruzada con líneas que lo hacían parecer, de alguna manera, no viejo sino marchito, seco como una manzana dejada demasiado tiempo al sol. Pero Bird no se atrevió a mirarlo fijamente ni a tratar de captar su atención.

Los prisioneros formaron fila a través de un largo corredor de concreto gris hasta un comedor, donde hicieron fila para recibir bandejas de comida entregadas por manos incorpóreas desde detrás de una mampara de metal. Se sentaron en bancos y comieron en silencio. Bird encontró la rutina extrañamente familiar, como si una parte de él la hubiera hecho mil veces, aunque su mente no la recordara. O tal vez era simplemente que no le sorprendía nada, ni las órdenes que les gritaban, ni el sabor del almidón glutinoso que pasaba por desayuno. Agradeció el silencio forzado. Le dio tiempo para observar a los demás prisioneros y leer las expectativas en otras mentes.

No esperaban mucho de él, descubrió Bird. Cuando regresaron al cuartel alguien le alcanzó una escoba, lo empujó hacia otro pasillo y cerró la puerta. Automáticamente empezó a barrer.

Al final del pasillo estaba la estación de guardia, una habitación cuadrada iluminada con pesadas ventanas de vidrio que permitían a los guardias observar a Bird y la puerta detrás de él. Las ventanas al otro lado de la estación daban al dormitorio, que en ese momento estaba vacío. Todos los hombres debían estar en sus puestos de trabajo.

Cuando Bird se acercó a la ventana, pudo ver a los tres guardias y escuchar débilmente su conversación a través del cristal.

“Entonces, Harris, ¿vas a quedarte aquí para siempre? Supongo que decidiste limpiar la casa”.

“Para bien o para mal. Pensaron que necesitaban a alguien con pelotas aquí en el Pozo. Darles forma, muchachos”.

“Sí, nos vendría bien un poco de forma aquí abajo. Desafortunadamente, el tuyo no es exactamente así”.

“¿No es Coleman tu tipo?”

“A King Cole le gustan los chicos bonitos. Lamento que no califiques”.

“¿Quién es el chico bonito del pasillo?”

“¡Ah, él! Él es el idiota. No te metas con él, está loco. Si alguien lo toca, le arrancará los dientes. Nunca antes había visto a nadie moverse así. Dicen que es una bruja, por eso le hicieron algo en la mente. Pero si lo tocas a él o a esa flaca novia suya, creerás que es el mismísimo diablo.

“¿Me romperá los dientes? Le arrancaría las putas pelotas antes.

“No sirve de nada. Él no lo recuerda. No recuerda quién es él ni quién eres tú. Le rompes el culo una vez y no lo recuerda la próxima vez. Él no te tiene miedo.

“Entonces es peligroso. ¿Por qué Jesús sigue vivo?”

“Quieren mantenerlo con vida por alguna razón. No sé. Tal vez piensen que algún día su mente volverá y podrían descubrir algo. Quizás quieran hacer algún experimento con él. Quizás olvidaron por qué quieren mantenerlo con vida. Pero si te mantienes fuera de su camino, no causará ningún problema. No es un instigador. Hay otros que son problemas peores”.

“¿Como quién?”

“Como ese nuevo montañés que trajeron anoche. Se hace llamar Hijohn.

“Todos se llaman a sí mismos John. John algo, John lo otro. Es uno de los nombres que le dan al diablo”, dijo Coleman.

“¿Cuál es su problema?”

“Su problema es nuestro pequeño problema, y es que se supone que está muerto. Lo trabajaron bien. Nos lo dejaron como una pequeña lección para nuestros chicos, en caso de que tuvieran alguna idea divertida”.

“Entonces, ¿por qué está levantado y caminando hoy?”

“Es un pequeño y duro cabrón del demonio. Pero podemos arreglar eso”.

El primer guardia negó con la cabeza. “Es una bruja. Tiene que serlo. Es lógico”.

“Tienes brujas en el cerebro, hombre. Si quieres que el tipo muera, esta noche simplemente lo trabajamos de nuevo”.

“Eso es bastante fácil de decir”. Coleman sacó un cigarro de un paquete que llevaba en el bolsillo del pecho y lo golpeó en el escritorio. “Espera hasta que veas el papeleo después”.

Siguieron hablando, pero Bird decidió que sería bueno alejarse por un tiempo. Barrió, se detuvo, reflexionó y luego volvió a barrer. Así que se las había arreglado para luchar lo suficientemente bien como para delimitar un pequeño

espacio a su alrededor, incluso sin saber quién era él mismo. *Diosa*, ¿qué le había pasado?

Estaba aún más perturbado por la conversación sobre el hombre que había sanado. Había muchas cosas que no entendía. Sintió como si hubiera llegado al medio de una historia donde todos conocían el trasfondo y la trama y él ni siquiera estaba muy seguro de quién era el personaje principal. Una cosa parecía clara: la vida de Hijohn estaba en peligro. Tendría que advertirle, aunque no sabría decir de qué le serviría. Pero eso se lo debía. Ahora a Bird le parecía claro que la necesidad de Hijohn de alguna manera lo había llamado a regresar de donde estaba perdido. Podría haber permanecido perdido durante más años, tal vez para siempre; el pensamiento le hizo sentir frío en la boca del estómago.

Se dio cuenta de que sentía el cuerpo dolorido y torpe, pero el dolor era sordo y parecía estar acostumbrado. Le dolían la pierna y la cadera izquierdas y, si se apoyaba demasiado en ellas, los músculos del muslo empezaban a temblar. Sus manos sobre el mango de la escoba parecían rígidas y torpes, los dedos estaban algo deformados, como si los hubieran roto y no los hubieran arreglado. Eso lo perturbaba de alguna manera, casi más que cualquier otra cosa, como si representara la pérdida de algo tan básico que debía protegerse del recuerdo. Sin embargo, jugueteaba en el fondo de su mente, como notas musicales líquidas, como melodías ondulantes que fluyeran de las cuerdas de su

guitarra. Y entonces lo golpeó, con una fuerza casi física que lo dejó sudando y agarrándose al mango de la escoba para mantener el equilibrio. Podía recordar sus dedos, hábiles y fluidos, no tanto haciendo música sino haciendo juego con lo que ya existía y fluía a través de él, sus manos una con el instrumento y la gran voz cantante dentro de él.

Se miró las manos rotas, doloridas mientras se enroscaban alrededor del grueso mango de la escoba. ¿Qué les había pasado? ¿A él? En su mente había jardines, el olor a tierra húmeda y rosas, los sonidos apagados de los tambores que salían de un sótano en una casa alta y pintada que le hacía sentir como en casa. Casa Lavanda. Se le ocurrió el nombre. Calle abajo estaba la Casa del Dragón Negro, donde vivía su abuela, pero no podía recordar su nombre ni imaginarse su rostro. Podía oler la comida cocinándose, cebollas, ajos y pimientos, oír voces y risas flotando desde las ventanas de la cocina. Eso fue real. Allí era donde pertenecía. ¿Cómo había llegado aquí, se había deslizado a través de alguna grieta en el tiempo y el espacio para quedar atrapado detrás de esos muros y destrozado?

“¡Mueve esa escoba, muchacho!” No había notado que el guardia venía hacia él por el pasillo. Era el guardia grande, el nuevo, Harris. Al pasar, empujó bruscamente a Bird para apartarlo de su camino. “¡Mueve tu maldito trasero!”

Antes de que Bird pudiera reaccionar, ya se había ido, y eso fue una suerte, pensó Bird, porque de repente se sintió tan

lleno de ira que fácilmente podría haber hecho algo estúpido. Se le ocurrió que, si quería morir, abundarían las oportunidades. Pero lo que realmente quería era derribar esos muros, romper los barrotes y las rejas metálicas, volver a respirar aire puro.

Podía sentir la rabia fluyendo a través de él, una forma de vitalidad en sí misma, y le vino el pensamiento de que a pesar de su dolor y sus pérdidas estaba muy vivo.

Podría sobrevivir y vivir mucho, mucho tiempo, atrapado en esas paredes vacías y esos pasillos desnudos. Su pecho se contrajo y se esforzó por seguir respirando.

Donde hay miedo, hay poder, murmuró para sí. Recordó la frase de alguna parte.

Tendría que salir de allí.

Pasó el largo día. Después de un par de horas, Bird estaba lo suficientemente aburrido como para preguntarse si realmente iba a volverse loco. Estaba luchando por agarrarse a pedazos de sí mismo como una vez lo había hecho con los dedos en una pared de roca escarpada. Era un recuerdo, físico, real como el silbido de la escoba al rozar el suelo de cemento. Podía oler el granito calentado por el sol y escuchar voces que gritaban anímicamente desde abajo,

podía sentir en su cuerpo un miedo visceral y luego euforia mientras se elevaba sobre una cornisa empinada, pero no podía ubicar el momento en ningún contexto.

Descubrió que podía jugar con el borde de la inconsciencia, como si su memoria fuera un globo atado a una cuerda suelta que podía dejar correr entre sus dedos y de repente volver a agarrar con fuerza. Cuando soltó el recuerdo, el momento se volvió luminoso, incluso allí, en el cemento gris, y la acción rítmica de sus músculos y el suave sonido de la escoba en el suelo fueron suficientes para mantenerlo infinitamente satisfecho. Cuando recuperó la memoria, quiso huir gritando.

Su abuela tenía ojos marrones que te miraban como si pudiera verte hasta los huesos. Maya. Ese era su nombre, Maya. Casi podía oír su voz susurrándole: “Eres una bruja, muchacho. Usa tu magia”. Pero no podía recordar su magia.

Probablemente su abuela ya pensaba que estaba muerto, si es que pensaba en él. No, *cuando* pensara en él, si todavía estuviera viva. Tenía miedo de llegar demasiado lejos para alcanzarla, miedo de enviar su espíritu a casa antes de que estuviera más firmemente arraigado en su cuerpo.

Sonó otra campana y lo llevaron de regreso al cuartel para contarle. Luego los hombres se pusieron en fila y se dirigieron a cenar. Podía ver a Hijohn, moviéndose lentamente como si todavía le doliera el cuerpo. Littlejohn

se puso en fila detrás de Bird, recibieron su comida y encontraron lugares en una mesa.

“Espera”, susurró Littlejohn, cuando Bird se preparó para comer. Cuando todos los hombres estuvieron sentados, cruzaron las manos e inclinaron la cabeza cuando una voz llegó por un altavoz, entonando una oración que una parte de Bird reconoció.

“Repudiamos por completo al Diablo y todas sus obras...”

Era el Credo Milenarista⁴. Bird lo había memorizado una vez para una actuación en la escuela, cuando interpretó a Justin Hardwick, el fundamentalista disidente que, justo después del cambio de siglo, había predicado la doctrina del rechazo de Cristo. ¿Por qué recordaba eso cuando tantas otras cosas se le escapaban?

“En memoria de Jesucristo, que regresó a la tierra sólo para repudiar al mundo por sus pecados, aborrecemos la tierra, el patio de recreo del Diablo, y la carne, el instrumento de Satanás. Aborrecemos a los falsos profetas y a los falsos dioses, aquellos que mienten con promesas de salvación y aquellos que nos tientan a regodearnos en la adoración de demonios, ya sean llamados Diosas, Santos,

4 En una primera acepción el término «milenarismo» designa la creencia según la cual el año 1000 (o 2000, o 3000...), sería el año del fin del mundo. En la novela, el milenarismo, es una secta religiosa que sustenta ideológicamente la dominación de los Stewards. [N. d. t.]

Lucifer o la llamada Virgen María. Porque sabemos que Nuestro Señor nunca se rebajó a tomar carne repugnante, sino que fue, es y será siempre espíritu puro. Amén”.

Las palabras salieron de su lengua como si las hubiera estado diciendo durante años, lo cual era cierto, se dio cuenta con un ligero escalofrío. Cuando eran niños, todos se habían burlado del nombre de Hardwick. “¿Qué tan dura es tu mecha?” Podía oír las risas con bastante claridad, aunque no recordaba quién se había reído. Pero si se concentraba en lo que sí recordaba, incluso en los fragmentos, regresaban más fragmentos de recuerdos. Caras. Un rostro oscuro como el suyo, ojos marrones siempre mirando a lo lejos, manos tocando ritmos en el borde de la mesa. Marley. “Si no podéis quedaros quietos en la mesa, podéis comer afuera en el jardín con los perros”. La voz de su madre, nítida en la superficie, pero en el fondo Bird escuchó los armónicos del dolor. Alguien estaba muerto. Su padre. “¡No es justo! ¡Marley es el que hace ruido, no yo! Esa era su propia voz, y los ojos negros de su madre se volvieron hacia él, y ahora su voz era aguda pero también había humor en ella. “Estás haciendo ruido ahora. Es un ruido llamado “quejarse”. Y entonces apareció el rostro de una chica por la puerta trasera, su cabello revuelto escapando de dos trenzas negras, su piel marrón, dorada y rosada a la cálida luz del atardecer. “¿Puede Bird salir a jugar?”

Madrone. Esa era Madrone.

Quería salir ahora, correr, correr y correr, sentir sus pies entumecidos golpeando la tierra, poniendo distancia entre él y su cautiverio. Cuando pensó que tal vez nunca volvería a salir... pero no podía permitirse el lujo de pensar en eso. En cambio, se concentró en los fideos fríos y grasosos de su plato, obligándose a masticar y tragar, para mantenerse concentrado en ello aquí y ahora. Había algo que tenía que hacer. ¡Hijohn! Tenía que advertirle.

El momento llegó cuando hacían fila después de la cena para llevar sus bandejas para apilarlas y lavarlas. Hijohn estaba delante de Bird, y cuando dejó su bandeja sobre el mostrador, Bird tropezó y dejó caer la suya. El guardia le gritó, pero Hijohn se agachó y le ayudó a recoger los fragmentos de platos.

“Quieren matarte esta noche”, dijo Bird en voz baja, sin mover los labios.

“Sí”.

“¿Qué podemos hacer?”

“¿Nosotros?”

“Nosotros”.

“Ojalá lo supiera”, dijo Hijohn. “Seguro que desearía saberlo. Gracias hermano”.

Sus miradas se encontraron, sólo por un breve destello. “Intentaré quedarme contigo”, susurró Bird.

Los ojos de Hijo John reconocieron el susurro mientras se alejaba en silencio.

De vuelta en el pabellón de celdas, los hombres mantuvieron una incómoda tregua territorial. Estaban divididos en grupos distintos y separados, según descubrió Bird. Cada grupo tenía sus propias mesas, su propia sección de literas. Se llamaban a sí mismos negros, latinos y asiáticos, a quienes los demás llamaban Slants. Los términos parecían sólo vagamente relacionados con el color o la cultura. Nadie hablaba español, y cada vez que algunas incautas palabras escapaban de su propia lengua, Littlejohn lo silenciaba. Algunos negros parecían blancos o asiáticos y algunos latinos parecían negros. Sin embargo, se identificaban con bastante claridad mediante señales con las manos, supuso Bird, o mediante el lenguaje corporal, o diferencias sutiles en la forma en que vestían el uniforme común. Y la identificación con un grupo u otro lo determinaba todo: dónde dormías, con quién comías, con quién podías contar, a quién tenías que cuidar.

Bird estaba fuera de todo. Nadie necesitaba un aliado que no pudiera recordar quién era, ni temiera a un enemigo que pudiera olvidar lo que estaba haciendo en medio de una

batalla. Littlejohn se refugió en el aura de su protección y lo salvaguardó, asegurándose de que recordara comer, vestirse, presentarse al conteo, alejándolo de los peligros evitables, manteniéndolo fuera del camino de los demás. Lo atendían como si fuera un perro grande, amigable, protector y potencialmente peligroso.

Hijohn se acercó a la mesa donde un grupo de hombres jugaba a las cartas con una baraja casera. Él se sentó.

“Contad conmigo”, dijo.

Los hombres no se molestaron en mirarlo.

“Ve a pasar el rato con los de tu propia especie”, murmuró uno de ellos.

“Estoy con los de mi propia especie”.

“No eres negro”.

Hijohn se puso de pie. De repente la habitación quedó en silencio, todos mirándolo. “Todos los que estamos aquí somos del mismo tipo”, dijo.

A Bird le pareció que la temperatura del aire había bajado unos diez grados. Nadie respiró.

“Vengo de las colinas”, continuó Hijohn. Respiraba con dificultad y su rostro arrugado parecía presionado contra un

punto por algún esfuerzo interior que estaba haciendo. “Lo estamos aprendiendo de la manera más difícil. Nos ponen unos contra otros para poder gobernar. Tenemos que unirnos”.

Le recordaba a Bird una muñeca, y de algún modo le parecía mal. Debería parecer más grandioso o más heroico.

“Si hablas así, te matarán, hombre”, murmuró alguien desde el otro lado de la habitación.

“Todos vamos a morir”, dijo Hijohn.

“Algunos de nosotros más rápidamente que otros”.

“¿Cuándo has tenido alguna vez la oportunidad de vivir? ¿Estás vivo aquí? ¿Por cuánto tiempo? ¿Hasta que arrojen tu culo a algún dique de trabajo y te quemes en toxinas?”

“¿Qué quieres, hombre?”

Pero nunca tuvo oportunidad de responder, porque la puerta se abrió y los guardias se lo llevaron.

Bird yacía en su litera, mirando fijamente los cables que sujetaban el colchón encima de él. Podía sentir a Hijohn, en alguna parte, sufriendo. Bird quería ayudarlo, pero lo único que pudo hacer fue vagar en su mente, sintiendo los golpes a medida que llegaban, como un testigo indefenso. Era de noche y a su alrededor dormían los hombres. Sus oídos

externos podían oír gritos y gemidos ahogados a través de las paredes, o tal vez sólo imaginaba que podía oírlos. El dolor de Hijohn pesaba sobre él como una piedra, mientras algún recuerdo suyo florecía debajo de él. Eestaba aplastado, apenas podía respirar, pero seguía sintiendo que si pudiera recordar algo, algo que supiera, podría ayudar a este hombre, aunque solo fuera ayudarlo a morir.

Luego cayó en un lugar oscuro, un recuerdo, donde todavía flotaba sin límites, fuera de contexto. Estaba solo en una celda oscura, pero no recordaba cómo había llegado allí. No tenía idea si era de día o de noche. Lo cubría una fina manta, pero sentía frío. Su mano derecha estaba encadenada a algo (no podía moverla más de uno o dos pies) y su pierna izquierda se sentía pesada, encerrada en algo que lo agobiaba. Todo su cuerpo le dolía más de lo que podía creer. Deseó a Madrone, deseó que ella estuviera allí inclinada sobre él, su rostro grave pero confiado, sus manos curativas derramando calidez sobre sus heridas. Pero ella estaba lejos y él estaba solo. Nunca se había sentido tan solo.

Tenía que orinar y tanteó con la mano libre con la esperanza de encontrar un orinal, pero no había nada. Si mojaba la cama, eso sólo le daría más frío. Con mucho esfuerzo y algo de dolor, finalmente logró cambiar de posición para rodar de costado y orinar sobre el borde de la cama. Aliviado, empezó a tener sed y se sintió vacío por dentro. No podía recordar haber comido ni bebido ni mucho de nada durante un buen rato, pero debía estar

recuperándose porque su mente se sentía lo suficientemente clara como para comenzar a preocuparse. ¿Qué carajo le iba a pasar ahora?

Después de mucho, mucho tiempo, se abrió una puerta. Olía a sopa. “Baba apestosa”, dijo una voz, pero unas manos colocaron una bandeja cerca de su mano libre y escuchó un sonido metálico, como si algo estuviera siendo arrastrado hacia un lado de la cama. “Usa el maldito cubo”, dijo la voz, y luego la puerta se cerró de golpe.

Si comía, algún día tendría que defecar, pero de eso ya se preocuparía más tarde. Había una especie de sopa ligera, pan y un líquido amargo y caliente para beber, y el hecho de que pareciera tan bueno le indicó lo hambriento que estaba. Luego durmió.

En la memoria, pasó mucho tiempo en esa jaula. Solo en la oscuridad, había empezado a volar. Siempre había sido bueno para los viajes espirituales; ahora tenía tiempo infinito para explorar y pocas distracciones externas. Fue a su lugar de poder en las montañas; allí era invierno, y en su cuerpo astral la estructura cristalina de la nieve se convertía en un laberinto de cámaras de arco iris donde podía vagar durante horas o días. Cada cristal era un mundo. Podía moverse a través de ellos, hacia espacios oscuros que también eran, de alguna manera, los grandes espacios de vacío entre las estrellas.

Sus captores habían hecho del tiempo un instrumento de castigo, pero él estaba libre de él en los caminos estelares y no podían tocarlo. Estaba en el inframundo, como una semilla, gestándose en la oscuridad. Los fragmentos de viejos mitos que recordaba a medias se convirtieron en lugares reales, donde cayó con Inanna en el reino de la Reina de los Muertos. El pasado también fue un lugar donde cabalgó con los guerreros de la reina Nzinga para defender su ciudad amurallada, donde atacó ciudades y quemó niños en sus casas, donde yació en un calabozo como este y fue arrastrado para quemarlo, donde se paró detrás de una máscara de Inquisidor e hizo la pregunta y ordenó el tormento, donde si permanecía en su agujero el tiempo suficiente podría experimentar cada cosa que le había sucedido a un ser humano.

Y había lugares hermosos, huertos de árboles frutales que brillaban con luz propia, islas brumosas donde seguía la espalda tentadora de una mujer que siempre estaba fuera de su alcance. Se movía en reinos de color tan puros que incluso la luz del sol sólo podía disminuirlos; escuchó música, acordes tan perfectamente afinados que podía disolverse en su perfección y perder todo miedo. Si pudiera guardar la melodía para sí y recordarla, sabría que le uniría los huesos. Y cuando ya se había ido lo suficiente como para que incluso el borde de su mente desapareciera, ella vino: la Bruja, la Segadora, aquella cuyo aliento sientes en tu cabello cuando la puerta se cierra y ya no hay vuelta atrás, la terrible la bella,

la bruja que extiende los brazos marchitos y exige tu abrazo. En los cuentos de hadas siempre eran los hermanos mayores quienes la rechazaban. Pero él era el hermano menor, el que le tendió su manto y se acostó con ella para dejar que ella lo aceptara en sí misma y lo acogiera. Y así llegó a conocer en su cuerpo el poder de la Segadora y del canto de las estrellas.

Ya es suficiente, pensó Bird, luchando por liberarse de sus recuerdos y por abrir los ojos. No quería revivir más. Pero las imágenes avanzaban sin cesar.

Recordó la sorpresa cuando los guardias vinieron a buscarlo. De repente le quitaron el yeso de las caderas; lo obligaron a ponerse de pie y lo obligaron a caminar con piernas que no lo sostenían. Estaba en una habitación desnuda, frente a una luz brillante que le apuñalaba los ojos, y había hombres frente a él cuya malevolencia era palpable como su propia carne podrida.

“¿Estás listo para hablar, muchacho?”, preguntaron.

No estaba listo para hablar con ellos.

“¿Cómo te llamas?”

Se le ocurrió que ser Pájaro de Lavanda, Dragón Negro o la buena Bruja del Norte, tal vez no era la identidad más segura por aquí. “Paco”, dijo. Era un apodo antiguo, abreviatura de Bird, *Pájaro* en español. “Paco Negro”.

Un puño se estrelló contra su mandíbula.

“Habla inglés, limo. Nada de esa lengua del diablo por aquí. ¿Cómo te llamas?”

“Eh... Charlie. Charlie Parker”⁵.

“Charlie, nos gustaría saber cómo llegaste a esa planta de energía. ¿Quién te dejó entrar?”

Él guardó silencio. ¿A quién podría traicionar todavía? ¿Quién estaba vivo? ¿Quién estaba muerto? Las alas de los espíritus ventilaron la habitación. No, él no les diría nada. *Claro*. Y habría más dolor y luego un final.

“Muchacho, si cooperas con nosotros, nosotros cooperaremos contigo. Puedes ponértelo fácil. Si quieres poner obstáculos, está bien. Podemos lidiar con eso también”.

Se quedó de pie, en silencio.

“Dame tu mano, muchacho”. Uno de los policías le tomó la mano izquierda y la sostuvo casi con ternura entre la suya. Su cara era redonda y tenía una barba gris en las mejillas. Sus

5 Charlie Parker, fue un saxofonista y compositor de jazz importantísimo del siglo XX. Fue apodado Bird, como el nombre del protagonista de la novela. [N. d. t.]

ojos eran de un azul brillante y sonreía mucho. El policía bueno, pensó Bird. Siempre hay uno amistoso.

“Esta es una buena mano”, dijo el policía. “Delicada. Refinada”. Tocó los callos que aún estaban allí, aunque ahora suaves, en las puntas de los dedos de Bird. El contacto hizo que su piel se sintiera viscosa, contaminada. “Casi la mano de una niña. ¿Músico? ¿Tocas la guitarra?”

Control. Bird se obligó a no responder, ni con un suspiro, ni con un parpadeo, ni con un gesto. Sabía cómo se jugaba el juego. Si pudieran leer un “sí” de él sobre lo que sabían que era verdad, podrían añadir su “sí” o “no” a cualquier cosa que le preguntaran, ya sea que él respondiera o no.

“¿Eres una bruja, muchacho?” preguntó el segundo policía, que tenía cabello negro y llevaba gafas de sol de espejo que ocultaban sus ojos. “¡Respóndeme!” ladró.

Pájaro guardó silencio. Estaba viendo el rostro de Madrone, dormida sobre su almohada, y el bordado sobre su cama que Johanna había hecho hacía mucho tiempo. *Quien ve a todos los seres en sí mismo y a su propio yo en todos los seres, pierde todo miedo.*

En sí mismo vio al verdugo. Recordó una pistola en su propia mano, un rostro acercándose a él, gruñendo, furioso, luego cayendo, con sangre brotando de las fosas nasales. Como el rostro de su padre, muriendo por alguna otra mano.

La muerte seguía su camino y manos como éstas, como las suyas, la transmitían.

Los hombres a los que se enfrentaba Bird no le eran ajenos, por lo que al final no pudieron derrotarlo. Lo único que podían hacer era matarlo y se preguntaba por qué no seguían adelante.

El primer policía sostuvo la mano de Bird sobre la mesa con fuerza. El segundo policía sacó su larga porra, la observó casi filosóficamente y de repente la estrelló contra la mano extendida de Bird.

Podía sentir los nudillos crujir y los huesos romperse. El dolor era como un acorde o disonancias chirriantes. Podía dejar que sanara, y no sentirlo, y permanecer donde el miedo no pudiera alcanzarlo. Mientras permaneciera protegido del miedo, nada podría afectarlo. O eso se dijo a sí mismo. En alguna otra vida, lloraría por su guitarra perdida y las posibilidades perdidas de su música.

Le rompieron ambas manos y luego lo enviaron de regreso a su inframundo privado.

Quizás esta fuera la versión moderna de la antigua prueba para brujas, aquella en la que te arrojaban al agua. Si te hundías y morías, eras inocente. Si flotabas, eras culpable y te quemaban.

Si sobrevivió a esto, tenía que ser una bruja, pensó, mientras entraba en el canto de las estrellas para curarse. No podía hacer que los huesos se recolocaran del todo bien, pero podía unirlos y convertir el dolor en una flecha y dispararla para desintegrarla en otro lugar.

Volverían a por él, lo sabía. No quería dejar entrar el miedo porque ahora sentía que era lo suficientemente grande como para devorarlo vivo. Pero sabía que no podía bloquearlo indefinidamente. Necesitaba un plan. Quería poder atravesar las paredes, pasar invisible a través de los pasillos y salir al aire de la noche. Quería volver a casa.

Bueno, podía caminar. Había aprendido mucho. No fue fácil, ni bien, pero parte de eso era falta de práctica. Los músculos se habían atrofiado. Pero trabajaría en ellos y se obligaría a caminar alrededor de esta celda, tres pasos hacia un lado, tres pasos hacia atrás, hasta que recuperara el uso de sus piernas.

El problema era su mente. Tarde o temprano la romperían y recogerían. Encontrarían el dolor que no podría resistir o se cansarían de métodos más duros y lo drogarían. ¿Realmente importaba lo que les dijera?, se preguntó. Le hicieron preguntas sobre magia. ¿Qué podrían hacer si supieran cuánta o qué poca tenía? Y le preguntaron por el Norte, cómo se gobernaban y defendían las ciudades. ¿Estaban planeando una guerra? Si les dijera la verdad, que

el Norte no se había armado ni preparado para la guerra, ¿lo invadirían?

Caminaba de un lado a otro y se preocupaba. El miedo fue invadiendo, grieta tras grieta. Pensó que tal vez iba a perder la cabeza.

O tal vez esa fuera la respuesta.

Cuando volvieron a buscarlo, estaba listo. Algo bueno, pensó cuando lo acostaron en una camilla del hospital y se acercaron a él con una jeringa. Recordó una historia sobre la piedra que llamaban rosa del desierto, rosada, con superficies rugosas y estriadas. Maya le había dicho que algunas personas la llamaban Cerebro de Bruja. La leyenda era que las viejas Brujas habían encerrado sus secretos en su interior cuando fueron llevadas a ser torturadas, para mantenerlos a salvo de los quemadores de Brujas hasta que volviera el momento del Recuerdo. Dentro de su mente había una piedra como un huevo. Respiró hondo, exhaló e imaginó que su mente y sus recuerdos estaban dentro de la roca. Estableció una barrera, la más pequeña partícula de materia mental, para observar, esperar y sacarla de nuevo cuando fuera seguro o necesario. Entonces el miedo se apoderó de él, durante un duro momento de terror absoluto. Encontraron su vena; la jeringa vació la droga en su brazo, y él tomó el huevo de cristal de su mente y sus recuerdos, de lo que había en él y huyó. Cuanto más lo perseguían con drogas y preguntas, más lejos se escondía. Y

la piedra fue enterrada muy, muy profundamente, bajo tierra. Donde había estado su mente había algo opaco y resistente del que el recuerdo se alejaba.

Littlejohn estaba en la cama a su lado, frotándose contra él. Bird se puso alerta al instante, el miedo aún se aferraba a él. ¿Dónde estaba? En el cuartel. ¿Quién era? Bird. ¿Cuánto tiempo había estado aquí?

Diez años. ¿Diez años?

Y el dolor que lo inundaba era el dolor de Hijohn. No el suyo.

Claridad. Límites. Recordó las lecciones de su infancia. Dibuja siempre el círculo mágico antes de pasar entre los mundos. No te pierdas.

“Una vez estuve perdido, pero ahora me han encontrado”. A su padre le gustaba cantar ese viejo himno.

“Fóllame”, susurró Littlejohn.

“No, espera. No puedo ahora”. Todavía podía oír a Hijohn gemir y todavía podía sentir el poder inundándolo. Era curioso, nunca había sido sanador, ni tenía muchas ganas de serlo. Pero sus manos, rotas, habían encontrado poderes insospechados. Se imaginó acercándose a Hijohn con ellas,

se imaginó levantándolo con las manos, como si pudiera sacar al hombre de su cuerpo roto. Estaban juntos en algún lugar de las laderas de una montaña. Olía a salvia.

“¿Quieres vivir o morir?” Se preguntó Bird.

“Quiero morir. Pero tengo que vivir, si puedo”.

El propio cuerpo de Bird era un instrumento de la gran música; podría cantar a través de él y encantar la vida de Hijohn de regreso a sus huesos rotos, suavizar su carne desgarrada. Y entonces Littlejohn estaba haciendo algo con el cuerpo de Bird: podía sentir vagamente su polla alzándose con una caliente punzada de necesidad. Con cautela, Bird bajó una barrera en su mente y palpó al joven para atraerlo al vínculo. Littlejohn se alejó, con una descarga eléctrica de pánico.

“No me embrujes”, dijo. “¡Vamos a joder!”

Bird sintió la conmoción resonar en la armonía, como un portazo en medio de una sinfonía. Estuvo a punto de perder el contacto, pero alcanzó a Hijohn y aguantó. Tierra, se dijo a sí mismo, dejando que el poder regresara a la tierra. Que la tierra lo sostenga, solía decir Maya. Ella no lo perderá por ti y siempre sabrás dónde encontrarlo.

Tierra.

“Vamos”, instó Littlejohn.

“Así es como follan las brujas”, le susurró Bird al oído. “No puedo hacerlo”.

“Claro que puedes, como solías hacerlo. Por favor, hagámoslo como siempre lo hemos hecho”.

El chico le temía, sintió Bird. Temía que Bird entrara en su mente, agarrara algo que no quería enfrentar, lo tomara y luego lo odiara y lo descartara. Tal vez prefería a Bird sin sentido, una fuerza como la naturaleza furiosa a la que podía someterse pero que no fuera capaz de controlarlo. Tal vez lo único que había conocido eran formas de control.

Bird empezó a retroceder. Todavía podía sentir a Hijohn, un espíritu atrapado en un caparazón de dolor, ahora al borde de lo soportable. Quería quedarse con él, no distraerse. Pero entonces la boca de Littlejohn estaba sobre su verga y su necesidad estaba furiosa y creciendo en él. Los dedos del niño tamborilearon sobre su pecho y Bird pudo oírlo emitir pequeños y suaves sonidos de imprecación y sumisión. Nunca antes, en su memoria, había usado un cuerpo sin abrirse a la mente, y el pensamiento lo repelía, pero algo en él también lo excitaba, parecía encajar con el tipo de frío consuelo que necesitaba en este lugar, como si los mismos barrotes a su alrededor pudieran convertirse en sueños eróticos. Hijohn gimió en alguna parte, y Littlejohn gimió en su oído, y luego el sexo, la curación, el poder y el dolor se mezclaron, todos se construyeron y vibraron en extrañas disonancias que finalmente alcanzaron su punto

máximo. Él se vino, y luego le debía al chico hacerlo venirse también.

En la quietud, sintió un silencio donde estaba Hijohn. ¿Estaba muerto? Luego se abrió la puerta y los guardias dejaron caer el cuerpo de Hijohn en la litera de la esquina. Cuando se fueron, Bird se levantó de la cama y colocó su mano ligeramente sobre el pecho del hombre. No dormir. Cicatrización. Imperfectamente. Todo lo que Bird realmente había podido hacer era alimentarlo con la energía necesaria para sobrevivir. Estaba dañado y dolorido, pero vivo. Gracias a la Diosa.

Bird regresó a su litera. Y luego se quedó despierto, recordando, durante mucho, mucho tiempo, mientras Littlejohn se acurrucaba y dormía. Estaba recordando a Tom, alto y silencioso, cómo hacer el amor con él era como caer en un espejo, cuando la mente se abría a la mente y podían sentir el placer del otro y elevarse con el calor del otro. Estaba recordando a Sandy, el sensible, que podía absorber su tristeza, y estaba recordando a Cleis, Zorah y Madrone.

Nunca había imaginado que el sexo pudiera hacerle sentir vergüenza.

¿Qué harían por la mañana, cuando Hijohn aún viviera? ¿Le volverían a golpear la noche siguiente? ¿Cuántas veces podría Bird resucitarlo de entre los muertos antes de que se dieran cuenta? ¿Antes de que se agotara?

Tenía que sacarlos de allí.

Pero no veía ninguna salida.

Capítulo III

Maya se despertaba la mayoría de las mañanas sorprendida de encontrarse todavía viva cuando tantos de sus seres queridos estaban muertos. A menudo la visitaban temprano en la mañana, cuando los rayos del sol se filtraban a través del ventanal superior donde se encontraba su cama. Siempre le había encantado que el sol la despertara. Hace muchos años ella misma se hacía cortinas, unas cortinas preciosas, cortinas tipo globo de seda cruda teñidas de turquesa y adornadas con encaje francés. Se desintegraron y ella nunca las reemplazó. Ya no temía exponerse.

Desde su cama, Maya podía mirar a través de la ventana orientada al sur cuando los árboles estaban desnudos y ver las verdes laderas invernales de Ritual Hill. Si la puerta estuviera abierta, podría mirar el largo pasillo, a través de la puerta de cristal de la cocina y por la ventana trasera, hacia la curva ascendente de Twin Peaks. *Los Pechos*, los llamaban

los jóvenes, los Pechos: Pechos de la Virgen, Pechos de la Diosa, según la sugestión. A ella no le importaba. La Diosa siempre fue virgen, completa en sí misma, indómita, sin pareja. Ella misma había sido virgen una vez, pero luego conoció a Rio.

“No lo eras. No eras virgen cuando me conociste. Lo recuerdo claramente. Tenías bastante experiencia”.

De repente él estaba allí, sentado en el borde de su cama, rubio, barbudo y sexy con sus jeans ajustados y descoloridos, como cuando tenía diecinueve años.

“Me estás bloqueando la vista, viejo cuervo”, le dijo. “Muévete. ¿Dónde has estado las últimas semanas?”

“En sitios. Pero no cambies de tema. Estábamos hablando de tu no lamentada virginidad, de la que, según recuerdo, te desahogaste cuando tenías unos quince años.

“No estoy hablando de mi himen. Me refiero a mi estado mental. Te permití aparearte conmigo”.

“¿Eso fue malo?”

“Bueno, tuvo sus momentos. Buenos y malos”.

“Lo mejor y lo peor”, dijo Rio. “Sabes que nunca hago las cosas a medias”.

“Alguna vez habría dicho que me quitó años de vida. Pero supongo que no puedo quejarme en ese sentido”.

“Pura suerte”, dijo Johanna. Ella era un fantasma bastante sustancial, sentada junto a Rio en el lado de la cama de Maya, su piel oscura como melaza brillando en la cálida luz, su camisa de seda brillando en suaves tonos de verde. Pero ningún peso hundía la ropa de cama ni el colchón. “Casualidad. No por ninguna gran virtud que el resto de nosotros no poseamos”.

“¿De qué estás hablando?”

“Tú. Por qué sigues viva y el resto de nosotros estamos muertos.

“¿Celosa?”

Johanna resopló, un sonido característico de ella en vida. “No de ti, novia. Hay algunos placeres que compensan las incomodidades y las pequeñas humillaciones de la corporalidad, pero me temo que ya hace tiempo que los superaste.

“No cuentes con eso. Y cuidado. Si piensas demasiado en los placeres de la carne, te encontrarás reencarnada”.

“Tengo la intención de hacerlo, lo antes posible, en tu línea, si no en la mía”.

“Mi línea parece haberse desvanecido”.

“No te rindas con Bird todavía”, dijo Rio.

“¿Por qué no? ¿Sabes algo que yo no sé?”

“Los muertos tenemos prohibido contar todo lo que sabemos”, le informó Johanna.

“Oh, que te jodan”, dijo Maya, pero su tono era afectuoso.

“Me temo que esto ya no es posible entre nosotros”. Johanna sonrió, inclinando la cabeza hacia abajo para mirar hacia arriba por debajo de las cejas arqueadas, un gesto seductor que Maya recordaba bien. “Pero espera. Algún día ambos volveremos a tener cuerpos jóvenes y núbiles, y será como aquella primera vez, cuando nos drogamos con todo ese ácido y terminamos sorprendiéndonos en el suelo del vestuario. Por no hablar de esos dos profesores de gimnasia que nos encontraron”.

“Incluso muerta, eres incorregible”.

“Soy hija del río, de Oshun, la Diosa del Amor”.

Maya se volvió hacia Río. “¿Sabes o no sabes algo sobre Bird?”

“No puedo decir nada”.

“Bueno, de todos modos, no estoy seguro de querer a ninguno de ustedes dos en mi línea”.

“¿Por qué no? ¿No actué como un padre perfecto para tu hijo?

“Fuiste un gran padre para todos los niños excepto para el tuyo”.

“¿Y de quién fue la culpa? Si tú o Johanna me hubieran dicho que ella existía, yo también lo habría engendrado.

“Eso no importa”, dijo Maya. “No estoy en desacuerdo con tu talento para la paternidad. La cuestión es que, como hijo, eras un infierno sobre ruedas. ¿Crees que quiero traspasar eso a mis descendientes? Esperad a que Madrone se reproduzca, tú y Johanna. Ella es vuestra nieta. No es que tenga planes en esa dirección ahora mismo, no desde que murió Sandy.

“Mi línea no planea estas cosas”, dijo Johanna. “Tenemos accidentes fortuitos”.

“¿Como el accidente fortuito que tuviste después de seguir aquí con el Sr. Superstud?” Maya pateó su pie hacia el fantasma de Rio. “¿Quién era, te recuerdo, *mi* novio en ese momento?”

“Eso no fue un accidente. Ese fue un antepasado que llamó a la puerta, queriendo ser Raquel”. Johanna se estiró,

bostezó y le guiñó un ojo. “Tal vez 'accidente' no sea el término operativo aquí. Quizás será mejor que simplemente diga que mi línea es susceptible a la intervención de los muertos. De lo contrario, ¿cómo se explica que la propia Rachel, una doctora de cincuenta años, sin duda familiarizada con las realidades de la vida, hubiera quedado embarazada de un *combatiente* de veintiséis años del Frente de Liberación Guadalupano?”

“Ella estaba siguiendo el mal ejemplo de sus mayores”.

“Habla por ti, novia”.

“Yo era bastante joven cuando tuve a Brigid. A mediados de los cuarenta. Y la habría tenido contigo” –se volvió hacia Rio– “si no te hubieran hecho la vasectomía en prisión”.

“Eras prácticamente menopáusica”, dijo Johanna. “Pero eso no viene al caso, y es que el pequeño coqueteo de Rachel nos dio a Madrone, y tu aventura con... ¿cómo se llamaba?”

“Carlos”.

“Bien. De todos modos, te dio a Brigid y, a través de ella, a Marley, que en paz descansa, y a Bird. Y sin todos ellos, las probabilidades serían aún peores”.

“¿Las probabilidades de qué?”

“Las probabilidades de que nuestra próxima vida sea el idilio tropical, placentero y tranquilo que estoy en el proceso de planificar, en lugar de una estancia miserable y hambrienta en algún corral de cría infestado de milenaristas”.

“¿*Nuestra* próxima vida?”

“Tú, yo y Rio, nuestro pequeño y kármico trío. Eso rima, ¿te diste cuenta?”

Maya miró a Johanna con sospecha. Por un momento pareció tener en la mano un fajo de folletos de colores, como si acabara de llegar de alguna agencia de viajes astrales. ¿Había agentes en el más allá que podrían conseguirle ofertas especiales de alojamiento en la próxima vida? ¿Ofrecían tarifas para grupos?

“¿Cómo puedes estar haciendo planes para mi próxima vida”, preguntó Maya, “cuando todavía estoy en medio de esta?”

“Yo diría que estás al final, no en el medio”, respondió Johanna. “Te estás relajando”.

“No estoy muerta aún. De todos modos, ¿no hemos acumulado suficientes puntos buenos kármicos en esta vida para asegurarnos algo de consuelo en la próxima?”

“Eso es exactamente lo que nadie parece entender acerca de este negocio del karma. No es una simple cuestión de causa y efecto, recompensa y castigo. Es una cuestión de qué hay disponible. Verás, mientras la vida para la mayoría de las almas en este planeta sea sólo una larga ronda de hambruna, miseria, tortura y muerte prematura (y créee, fuera de este afortunado hito, es una descripción adecuada del estado de las cosas). Mientras sólo unos pocos vivan cómodamente mientras las masas se arrastren por la necesidad, entonces todas las almas que regresamos tendremos que asumir nuestra parte justa de turnos entre los hambrientos. ¿Crees que esta vida que has vivido fue dura? Déjame decirte que fueron solo una excepción aquellos en los que nunca obtuviste una comida sólida durante dos días seguidos o aquellos que mueren antes de cumplir un año por beber agua en mal estado”.

“Johanna, no me estás animando”.

“No vine a animarte. Vine a advertirte. El próximo año es un momento crucial, una de esas bisagras que abren o cierran las puertas del destino. ¡Mucho cuidado!”

“¿Qué quieres decir?” –Preguntó Maya. Se sentó y abrió los ojos, pero la habitación estaba vacía.

Madrone abrió silenciosamente la puerta y entró en la habitación de Maya, llevando una bandeja muy antigua que conmemoraba el matrimonio del Príncipe Carlos con Lady Diana, allá por el siglo pasado. Sobre ella reposaban dos de las tazas chinas favoritas de Maya, finas como cáscaras de huevo, de color verde hierba, con un patrón de mariposas, y una tetera marrón desportillada.

Maya la observó de cerca. Parecía descansada, pero todavía había un matiz pálido en el tono de su piel cálida que hablaba de una profunda fatiga.

“¿Cómo estás esta mañana?” –Preguntó Madrone.

“Todavía estoy viva. ¿Qué piensas de eso?”

“Me alegra que alguien lo esté”, dijo Madrone, colocando con cuidado la bandeja y acomodándose en el borde de la cama. “¿Has estado hablando con los muertos otra vez?”

“¿Cómo puedes saberlo?”

“Se te queda una cierta mirada lejana, un poco turbia, como cataratas”. Madrone sonrió y le entregó a Maya su té. “¿Alguna buena noticia del otro lado?”

“Los muertos son moleestamente crípticos”.

“Probablemente estén inundados de recién llegados”.

Maya tomó un sorbo de su té. Era la hierba que llamaban Mystery Mint, procedente de un mestizaje espontáneo de menta y hierbabuena del jardín del Dragón Negro. Deseó que fuera el viejo té negro con cafeína. Desayuno inglés Twinings⁶: eso era lo que a ella le gustaba. Con un poco de leche. Nunca más vieron eso. Ella también había sobrevivido a Twinings. O tal vez todavía existía, en algún rincón de ese vasto mundo en el que ya no se movían. Tal vez, en algún enclave sin sol y con aire filtrado, los Stewards lo beberían todos los días.

“Estás realmente preocupada por esta nueva enfermedad, ¿no?” –observó Maya.

Madrone hizo girar el té en su taza, como si buscara su destino en los posos. Su voz era suave, controlada, pero Maya podía oír el dolor oculto en ella. “Me di cuenta de nuevo con Consuelo”.

“¿Cómo ha ocurrido?”

“Su fiebre se disparó repentinamente y provocó un parto prematuro. Ella estaba bien el día anterior. No había nada que indicara un problema, ni sufrimiento fetal, ni signos de toxemia. Sólo esa extraña temperatura baja y un ligero dolor

⁶ Twinings es una marca de té con sede en Andover, Hampshire, Inglaterra. [N. d. t.]

de cabeza. Como le había ocurrido a Sandy antes de caerse del tejado.

“¿Crees que se cayó por la fiebre?”

“Sé que lo hizo. Pude sentirlo. Como una presencia en su sangre, un cierto color en su aura. Puedo *sentirlo*, pero no puedo *verlo* ni agarrarlo. No sabemos qué es ni cómo se está propagando ni qué esperar. Tengo miedo, *madrina*.

¿Qué decir? Se preguntó Maya. ¿No se suponía que ella era vieja, sabia y reconfortante? ¿Cuándo descendió repentinamente esta sabiduría tan promocionada? ¿Eran como lenguas de fuego o la santa paloma de los cristianos? ¿Sentiría alguna vez sus garras clavándose en su cuero cabelludo?

“Me gustaría poder ayudarte”, dijo al fin. “Llevas demasiadas cargas para alguien de tu edad”.

“Tengo veintiocho años. Casi soy madura”.

“Una bebé. Una simple niña, apenas sin pañales. Demasiado joven para hacer lo que haces. Vaya, a la *curandera* que intentó entrenarme en México no se le permitió curar a nadie excepto a ella misma hasta los treinta años. Y no pudo trabajar con nadie fuera de su familia hasta los cuarenta años.

“Eso suena lujosamente cuerdo”, admitió Madrone. “Pero no vivimos en tiempos sensatos”.

“En cualquier caso, necesitas un tiempo libre. O al menos algo de estimulación además de la compañía de una anciana cascarrabias. ¿Has tenido noticias de Sage, Nita y Holybear? ¿Cuándo volverán?”

“No hasta dentro de unas semanas”.

“Deberían estar aquí abajo contigo. La casa está vacía sin ellos”.

“No pueden abandonar sus estanques de prueba hasta que se completen sus experimentos”, dijo Madrone. “Deberías apreciar más sus esfuerzos”.

“¿Cómo valorar cincuenta y siete nuevas razas de bacterias transmitidas por el agua?”

“Las bacterias que pueden neutralizar las toxinas podrían significar que nuestros descendientes podrían volver a comer mariscos de la bahía algún día. Si alguno de nosotros sobrevive. Lo cual empiezo a pensar que es cada vez menos probable”.

“Todo el mundo está muy triste hoy”, se quejó Maya. “Incluso los fantasmas insinuaron la perdición”.

Madrone sonrió. “¿No es esa la prerrogativa de un fantasma?”

“Tal vez. Pero me preocupa verte tan deprimida”.

“Simplemente me siento mal. Sobre Consuelo, sobre Sandy. Sobre todo el mundo. Siento que les he fallado a todos”.

Maya le dio unas palmaditas en el brazo. En realidad, no había nada que decir. Ella todavía se sentía mal por todos los que había conocido y que habían muerto, desde Sandy hasta Cameron Graham Rosenthal, que había muerto de SIDA hacía sesenta años en el piso de abajo, cuando la casa todavía estaba dividida en dos pisos separados. Sí, todavía lo extrañaba de vez en cuando, extrañaba divertirse con él y pasear por el Castro, haciendo comentarios privados sobre todos los jóvenes hermosos con los que se cruzaban. Entonces ella vivía de la caridad de Johanna, recién regresada de México, intentando escribir. Y los hermosos jóvenes aún no se consumían hasta convertirse en esqueletos vivos, ni morir llenos de lesiones, sin aliento.

“Me gustaría poder ayudarte”, dijo Maya.

“Sí, *madrina*”. Ayudas mucho”. Madrone cerró los ojos. Realmente, casi podría volver a hundirse en trance, aquí bajo el sol con la mano de Maya para calmarla. Cuando estás lo suficientemente cansada, pensó Madrone, los mundos *ch'i*

están a sólo un parpadeo, a un suspiro de distancia. Como ayer, mirando junto al ataúd cerrado de Consuelo, rodeada de velas encendidas en el salón de las Hermanas. Rosa estaba sentada, con aspecto solemne, casi escondida detrás de un enorme ramo de alcatraces.

“Lo siento”, le había dicho Madrone. “Lo siento mucho”.

“No es culpa tuya”, había dicho Rosa, con lágrimas en los ojos.

No es culpa mía, sino mi insuficiencia, se dijo Madrone, disponiéndose a vigilar. Se había centrado en el ataúd, dejándose hundirse en el trance de búsqueda, moviéndose hacia abajo a través de la madera de la caja, hasta que pudo ver, *con* su ojo interior, el cuerpo, moldeado por la luz, cuya forma energética ya comenzaba a desmoronarse. Rastros del espíritu de Consuelo, jirones de personalidad, persistían como volutas de aroma. Madrone olió las emociones: ira, indignación, una sensación de haber sido engañada, la sorpresa agravada de los muertos inesperados. Sintió sudor en la cara y se obligó a respirar más profundamente, a hundirse más. Este era el peor nivel y sólo podía superarlo diciendo una y otra vez: “No es mío. No es mi dolor. No es mi dolor”.

Y sí, había algo más: ese algo esquivo que había *sentido* después de la muerte de Sandy. ¿Pero qué fue? ¿Podría un microbio tener personalidad, o simplemente estaba

antropomorfizando... qué? Si tan solo pudiera ver lo que fuera, agarrarlo, aprender cómo se propaga y cómo derrotarlo. Podía rastrearlo, paciente como cualquier cazador, pero ¿qué había allí para oler sino rastros esquivos en el aire, cambios de energía? Ni un virus de la gripe, ni algo inspirado en la antigua serie del VIH ni una espiroqueta como la sífilis o la enfermedad de Lyme. Cada uno tenía su firma característica en los reinos energéticos, y ella podía reconocerlos tan fácilmente como podía identificar artemisa o consuelda en un jardín cubierto de maleza. No, esto era otra cosa, y ella estaba empezando a reconocer su *sensación* pero todavía no podía *verlo*, sólo seguirlo, abajo y abajo...

“¿Hacia dónde te diriges?” Dijo Maya bruscamente.
“¡Madroño! ¡Regresa!”

La mano de Maya agarró su brazo con fuerza y la hizo retroceder con un tirón. Sintió una aguda sensación de vértigo y luchó contra las náuseas.

“¡Diosa, Maya, no me hagas eso!”

“Grité tu nombre tres veces”.

“¿En realidad? No sabía que había caído tan bajo”.

“No deberías entrar en trance así, sin protección, sin conexión a tierra. Ni siquiera trazaste un círculo”.

“No quise entrar en trance. Estaba pensando en Consuelo otra vez y en el virus... oh, está bien, supongo que estaba empezando a *buscarlo* “.

“Ten cuidado. Te estás obsesionando con esa cosa, y la obsesión abre la puerta a la Mala Realidad. ¿Te expliqué alguna vez la teoría de la vieja *curandera*?

Madrone sonrió. “Al menos una docena de veces”.

“Bueno, será mejor que te la explique de nuevo, porque parece que no lo entiendes. Doña Elena decía que existía la Buena Realidad, o *El Mundo Bueno*, literalmente el Buen Mundo, y la Mala Realidad, *El Mundo Malo*, y siempre estaban rivalizando entre sí. En la Buena Realidad tienes un leve dolor de cabeza; en la Mala Realidad tienes una enfermedad cerebral fatal. En la Buena Realidad, te agarras a la barandilla cuando tu pie resbala; en la Mala Realidad, fallas, te deslizas escaleras abajo y te rompes el cuello.

“Caminamos en la Buena Realidad como si pisáramos una fina piel sobre leche tibia. Siempre es posible abrirse paso. Cuando tomas un riesgo tonto, especialmente en un trabajo mágico, como acabas de hacerlo, es como sacarle la lengua al destino, desafiando a la Mala Realidad a devorarte. Y dicen que *El Mundo Malo* nunca deja pasar un desafío”.

“¿Quién lo dice?”

“Ellos. Sabes. El amorfo y omnipresente “ellos”. Ignora sus consejos bajo tu propio riesgo”.

“Siempre escucho tus consejos, *madrina*. Simplemente no siempre los sigo”.

“Hay un lado esperanzador en las enseñanzas de Doña Elena”, continuó Maya. “Incluso en *El Mundo Malo*, la Buena Realidad siempre está al otro lado de la superficie de las cosas. Si puedes aprender a alcanzar y salir adelante, puedes hacer milagros”.

“Lo tendré en cuenta”, dijo Madrone, “ya que cada vez parecen ser necesarios más milagros”. Se levantó y volvió a colocar su taza de té en la bandeja. “¿Has terminado tu té?”

“No, he estado hablando contigo. Déjame a mí, lavaré las tazas más tarde. ¿Y ya desayunaste?”

“¿Tienes hambre? Te traeré algo”, ofreció Madrone.

“No. Quiero que comas. Yo estoy bien”.

“Lo haré cuando tenga hambre”.

“Vuelve a dormir. Descansa un poco. Estás agotada”.

“Lo haré”. Madrone se inclinó y besó la mejilla de Maya. “Pero después. Hoy es mi día para representar a los sanadores en el Consejo y ya llego tarde”.

El Salón del Consejo con cúpula estaba ubicado entre las dos colinas de Twin Peaks. Madrone salió apresuradamente de la góndola que la había llevado colina arriba y bajó corriendo los escalones de la torre de dos en dos. La sesión ya estaba en marcha cuando ella entró al salón por la Puerta del Aire, en el este.

El Concejo estaba abierto a todos, pero cada barrio y cada colectivo de trabajo elegía portavoces que asistían un día a la semana, como trabajo de regalo. Todos los sanadores se turnaban, por lo que cada uno debía dedicar sólo un día cada mes o dos a las reuniones. Algunos gremios elegían representantes que servían por un período fijo, brindando continuidad. Pero ningún curandero podría dedicarse durante semanas o meses.

En las cuatro esquinas de la habitación estaban estacionadas las Voces que hablaban en trance por las Cuatro Cosas Sagradas. En el norte, dirección tierra, la primera de las Voces llevaba la máscara del Venado Blanco, el gamo sagrado que vagaba por la península de Point Reyes y las laderas de Tamalpais. Al este se encontraba el portador de la máscara de halcón, con su pico curvo y afilado, guardián de las criaturas del aire. Coyote, con una máscara de madera pintada con puntos y rayas de colores brillantes, se sentaba en el sur como el embaucador guardián del fuego, de los sistemas energéticos. En el oeste, con una

máscara de escamas relucientes y diseños geométricos en rojo y negro, estaba sentado Salmón, guardián de las aguas, símbolo del retorno, la regeneración y la esperanza. Hace mucho tiempo, la bahía y los arroyos que atravesaban la ciudad habían sido el límite sur del país del salmón, recibiendo su flujo anual de peces que regresaban para desovar y morir. Pero el salmón rosado, el salmón de California y la gran trucha arcoíris de alta mar ya no regresaban a la bahía tóxica. El gran sueño del Consejo del Agua y del Consejo de Tóxicos era restablecer el funcionamiento del salmón. Holybear siempre decía que sabría que su trabajo había tenido éxito cuando pudiera sentarse en su porche y pescar. Aunque, de hecho, Nita intervendría, para cuando los peces llegaran a su vecindario, estarían listos para dejar caer sus huevos y pudrirse, y los recorridos regulares de desove a través de los arroyos de la ciudad podrían ser una bendición a medias.

Entre ellos caminaba el Portavoz de las Voces, que siempre era un hombre vestido de mujer o una mujer vestida de hombre. Hoy el Portavoz era un hombre alto y musculoso que vestía un kimono japonés bellamente bordado y brazaletes de plata que sonaban como campanas cada vez que se movía.

La habitación era circular, iluminada por tragaluces y calentada por un fuego en el hogar central. Cada una de las cuatro Voces tenía una plataforma baja cubierta de almohadas para sentarse en la dirección apropiada. Todos

los demás se sentaban en un círculo sobre una variedad de almohadas, sillas y sofás viejos y maltratados. El Concejo eventualmente los reemplazaría con hermosos cojines y asientos finos y artesanales, ya que gradualmente habían reciclado los viejos restos de alfombras que alguna vez cubrieron el piso y colocaron alfombras que eran obras de arte, tejidas con lana hilada a mano, con colores suaves pero vibrantes y patrones intrincados de los símbolos sagrados, el círculo en cuartos con la doble espiral en el centro.

Las Voces daban un aura de ceremonia a lo que por lo demás era una reunión bastante informal. Mientras se dirigía hacia un asiento, Madrone sintió su poder fluir por la habitación. Un cántico empezó a sonar dentro de su cabeza:

*Quando nos hayamos ido permanecerán,
Viento y roca, fuego y lluvia,
Permanecerán cuando volvamos,
El viento soplará y el fuego arderá.*

Miró a los ojos de Coyote, espirales pintadas que parecían atraerla hacia adentro y hacia el fondo. Tal vez ella misma estaba cayendo en trance. Los humanos que la rodeaban parecían efímeros, intrascendentes, mientras que las figuras enmascaradas se volvían eternas. Y, sin embargo, podía recordar claramente la reunión en la que fundaron las Voces. Fue sólo unos cinco años antes. Ella había sido una asistente a las reuniones en ese momento, una etapa por la que todos tenían que pasar, afirmó Maya. Hubo críticas a las

reuniones: eran demasiado largas, demasiado embriagadoras; la gente se sentía agotada y sin conexión a tierra. Por supuesto, esa era la naturaleza de las reuniones, señaló alguien; ¿Pero no estábamos aquí para transformar las cosas?, preguntó alguien más. De alguna manera la pregunta llevó a la representación de las Cuatro Cosas Sagradas. Mucha gente sintió que nada se podía decidir verdaderamente cuando las Cuatro Cosas Sagradas no estaban presentes. Los animales, las plantas y las aguas no tenían voz en el Consejo y, sin embargo, toda decisión debía tenerlos en cuenta. Después de una discusión aparentemente interminable, tuvieron uno de esos estallidos inesperados de creatividad colectiva, o tal vez locura, y establecieron este ritual, donde representantes enmascarados de cada uno de los elementos sagrados se sentaban en trance en el Consejo, canalizando las Voces del viento, el fuego, el agua y la tierra.

“Que se restablezca el equilibrio”, murmuró mientras se sentaba, porque eso era lo apropiado decir ante cualquier manifestación de las Cuatro Cosas Sagradas, o al entrar o salir de un espacio sagrado. Lo dijo en voz baja, para no interrumpir nada.

Se deslizó en un sofá junto a una mujer morena, huesuda y de pelo corto con los músculos de un trabajador de la construcción. La mujer le guiñó un ojo.

“Soy Surya”, dijo. “Gremio de Carpinteros”.

“Madrone, de los Sanadores”, murmuró ella, sintiendo un pequeño hilo de atracción que estaba demasiado cansada para perseguir. Estaba hundiéndose en trance y eso no era apropiado para una reunión del Consejo. Pero mientras miraba alrededor de la habitación, todo lo que podía ver eran energías, tierra, aire, fuego y agua congelándose en huesos, aliento, nervios y sangre, emergiendo a la forma y desapareciendo nuevamente en lo informe. Jugaron con los colores de la luz que entraban por los tragaluces y con las formas talladas en las vigas y los dinteles de las puertas. Jugaron a través de los legados genéticos de los antepasados que ella vio reflejados en los colores de la piel, las estructuras óseas y las texturas del cabello a su alrededor, este, sur, oeste y norte: Europa, África, Asia, las islas, las Américas, todas las aguas del mundo habían fluido sobre esta tierra atormentada por espíritus, dejando algo arrastrado a la orilla a su paso. Marfil, sepia, sombra cruda, sombra quemada, ébano, carbón, siena: una paleta de tonos tierra, como colores sacados de una caja de pinturas. Era auspicioso, lo llamaban, cuando los hijos de ancestros de las cuatro direcciones se sentaban juntos y el círculo estaba completo.

Estaban presentes unas cincuenta personas que cerraban un debate sobre la conciliación de los calendarios solar y lunar, tema sobre el que Madrone no tenía nada que decir. Salal, que era el Cuervo de la reunión del día, asintió con la cabeza hacia Madrone para demostrar que estaba al tanto

de su entrada. Sal era una de las facilitadoras/moderadoras más hábiles, y Madrone se alegró de verla allí, luciendo tranquila y serena como siempre, elegante en su postura con las piernas cruzadas, su cabello teñido de un rojo impactante y elevándose desde su cabeza en picos como llamas. Sus ojos oscuros recorrieron la habitación, leyendo el estado de ánimo del grupo. Salal no se dejaba intimidar ni confundir fácilmente, y era inquebrantable bajo presión.

«Cerraré los ojos un momento para descansar», se dijo Madrone. El zumbido de las voces y las manos voladoras de los oradores que traducían simultáneamente sus palabras en signos eran hipnóticos. Aunque la discusión principal fue en inglés, se desarrollaron conversaciones paralelas en los márgenes de la sala en español, mandarín, árabe, cantonés y tagalo. Cada barrio de la ciudad reclamaba una lengua materna propia para cultivar. Con los sistemas de transporte global averiados y los Stewards todavía bloqueando las ondas después de veinte años, ¿quién sabía, en estos días, qué sobrevivió en Cantón, El Cairo, Manila o México? Los barrios de la ciudad bien podrían ser los últimos reductos de sus lenguas y culturas.

Adormecida por las voces, Madrone soñó la sala abovedada como el corazón de cuatro cámaras de la Ciudad, donde podía descansar, sintiendo su pulso, tomando la medida de su latido, escuchando lo que nadaba escondido en sus venas secretas, la espiroqueta, la parásito, el virus. Oh, era engañoso esa fuerza, ese vigor. Pero podía oír lo que

gemía abajo, como un pequeño mosquito en una habitación grande cuando intentabas dormir.

“¿Madrone?”

El sonido de su nombre la despertó de golpe. Ella abrió los ojos. Salal la miraba expectante.

“¿Puedes darnos un informe del Consejo de Sanadores? ¿Qué está pasando con esta última epidemia? ¿Qué tan peligrosa es?”

Madrone se levantó para hablar. Miró alrededor de la habitación y vio ojos de todas las formas y colores, todos enfocados en ella. Eso era lo que hacía a veces, cuando tenía que mirar a los ojos de una madre y decirle que su hijo no viviría. Se concentraría en la forma y el color del iris, en la forma en que el párpado se curvaba sobre la superficie y en la forma en que las pestañas estaban colocadas en el párpado. Ojo tras ojo, cada uno un pequeño caldero o recipiente de agua. Un barco. Una lente.

“Es mala. Muy mala”. Madrone habló, como lo hacían todos cuando se dirigían al Consejo, en inglés aumentado con signos. “Comienza como una fiebre leve, como una gripe leve. Dolor de cabeza, dolores musculares, congestión. En un pequeño porcentaje de pacientes, eso es todo, y después de aproximadamente una semana se recuperan. Pero la mayoría atraviesa una crisis, en la que la fiebre se dispara

repentinamente, lo suficientemente alta como para causar daño cerebral o la muerte, especialmente en los niños. Y para las mujeres embarazadas es desastroso. La fiebre alta desencadena el parto prematuro y puede dañar gravemente al feto incluso si sobrevive”. Estos eran los hechos, expuestos para ellos, pero se sintió obligada a añadir más. “Hemos enfrentado muchas enfermedades en los últimos diez años, una epidemia tras otra, si no en la misma escala que en el 38. Pero ésta me asusta”. Descubrió, como siempre, que las palabras que pronunciaba podían depender de su entonación, del control plano de su expresión, pero sus dedos no podían ocultar sus emociones. “No fingiré. Es lo peor que hemos tenido que afrontar en una década”.

Había silencio. Si Madrone tenía miedo, sabían que era malo. Normalmente contaban con ella para tranquilizarse.

“¿Has intentado identificar la causa?” –Preguntó Sal.

“Sospechamos de otro virus mutante, pero aún no lo sabemos realmente. Ninguno de nuestros antivirales actúa contra él, ni ninguno de nuestros otros medicamentos”.

Silencio de nuevo.

“¿No deberíamos evacuar a las mujeres embarazadas?”, preguntó alguien.

“¿A dónde?” –Preguntó Madrone. “La maldita cosa apareció río arriba casi tan pronto como apareció aquí”.

“¿Qué sugieres que hagamos?”

Lo que ella quería decir era: Haz todo lo que siempre quisiste hacer y no has hecho, ahora, rápido, mientras puedas. Come las bayas verdes de las vides y libera a tus pájaros enjaulados. Pero ella no podía decir eso. Ojos fantasmales la miraron. Sus manos, levantadas en un gesto de impotencia, fueron la única respuesta que pudo dar, pero en beneficio de los ciegos añadió: “No lo sé”.

“¿Qué tipo de apoyo necesitan los curanderos del Consejo?” –Preguntó Sal.

Una aparición milagrosa de la Virgen. Una estatua sangrante con poderes curativos. Una *curandera* con hierbas conocidas sólo por los indios. Una droga maravillosa. “Estamos bien, supongo”, dijo Madrone. “Nos vendría bien que alguien más en el hospital nos ayude con las preparaciones a base de hierbas, ahora que Sandy se ha ido”.

“Encontraré a alguien”, dijo una mujer.

“¿Qué pasa con el apoyo personal?” preguntó Surya, al lado de Madrone. “Pareces acabada”.

“Solo estoy cansada. No duermo lo suficiente. Pero eso es a lo que te apuntas cuando te conviertes en partera”.

“Todos los sanadores que conozco tienen el mismo aspecto”, dijo un joven. “Tal vez no podamos ofrecer una cura milagrosa, pero al menos podríamos aliviarles parte de la carga de otros trabajos. Vuestros jardines y vuestras casas”.

Madrone abrió la boca para protestar, pero considerando el estado de la Casa del Dragón Negro, las malas hierbas en el jardín y las cien tareas que no había realizado desde la muerte de Sandy, la cerró de nuevo.

Habló una mujer con un pañuelo amarillo a quien Madrone reconoció del mercado central. “Y no sólo los sanadores. Los enfermos también necesitan ayuda en sus hogares. No sé ustedes, pero al llegar esta mañana noté una buena cantidad de jardines destartalados. Deberíamos organizarnos en los barrios para cuidar mejor a la gente”.

“Si esto se convierte en una epidemia a gran escala, realmente vamos a necesitar organización”, dijo uno de los hombres de Fairies, el enclave de hombres homosexuales en el centro de la ciudad.

“Pensemos en eso”, dijo Salal. “No lo dejemos en el fondo de nuestra mente, porque no queremos enfrentar esa posibilidad. ¿Quién tiene ideas sobre qué hacer?”

“Creo que todos en cada grupo de trabajo deberían tener un respaldo. Todo aquel que tenga una habilidad o

información esencial debe compartirla con al menos tres personas más. Cada hogar debería tener dos hogares hermanos para compartir la carga de trabajo si es necesario”, dijo una mujer rubia pálida.

Hubo un murmullo general de acuerdo.

“¿Hay preocupaciones?” –Preguntó Salal.

“Sí, ¿la gente va a entrar en pánico por esto?”

“Depende de cómo lo expongamos. No tiene por qué ser una directiva de fatalidad”.

“La mayoría de estas cosas que sugerimos son simplemente de sentido común. Deberíamos hacerlo incluso si no hubiera una epidemia. Cualquiera puede morir en cualquier momento, pero el trabajo debe continuar”.

“Hemos hecho algo. Al menos en el Colectivo de Transporte lo hacemos. Cada equipo de Mantenimiento de la Torre tiene un respaldo. Cada coordinador tiene dos ayudantes que comparten toda la información vital y se turnan para ocupar ese puesto. Pensé que todos los grupos de trabajo estaban organizados de esa manera”.

“Los de tóxicos lo están, más o menos”.

Habían pasado al modo de resolución de problemas y Madrone sintió que su atención comenzaba a desviarse. Esta

gente era buena. Ella confiaba en ellos. Si hubiera una mejor manera de manejar esta crisis, la encontrarían. Si hubiera algo que hacer, lo harían. Y tal vez sólo durante cinco minutos, podría descansar la vista...

El Portavoz empezó a golpear el suelo con su bastón, señal de que una de las Voces tenía algo que decir. Al abrir los ojos, Madrone pudo ver cómo la energía de la habitación se agitaba y giraba, cambiando. Esperaron, mientras el Portavoz acercaba la oreja a la abertura de la boca de Salmon y asentía.

“El amigo Salmón dice esto: Este asunto concierne a las aguas. Los seres humanos deben sobrevivir para limpiar el desastre que han causado”.

“Bueno, eso es útil”, murmuró otro hombre Hada. “¿Tiene Salmon alguna idea para nosotros sobre cómo hacerlo?”

“La supervivencia está en los ríos de tu sangre. También lo está la muerte. Ábrete a lo que temes”.

La vida y la muerte nadaban juntas a través de las corrientes en la gran sala abovedada. ¿A qué podría abrirse Madrone? Lo que sentía no era miedo, sino más bien un agotamiento plomizo y los párpados demasiado pesados para sostenerlos. ¿Qué importaba todo eso después de todo? Tal vez todos iban a morir, pero las fuerzas que los rodeaban permanecerían. ¿Y por qué debería seguir el

consejo de un pez que ni siquiera podía hablar de forma comprensible? ¿Había alguna razón por la que los oráculos tenían que ser oscuros? *Diosa*, necesitaba dormir más.

“¿Madrone? Hay una pregunta dirigida a usted”.

“Lo lamento”.

“Soy del Consejo de Defensa”, dijo una mujer. Era una mujer mayor, su cabello liso de un blanco brillante sobre la piel como un pergamino arrugado de color amarillo crema. Sobresaltada, Madrone se dio cuenta de que estaba mirando a Lily Fong, una de las casi míticas *Cuatro Viejas*. Madrone la recordaba, de pie con un pico en alto el día del Levantamiento, su rostro tranquilo pero luminoso, los músculos de sus brazos, viejos incluso entonces, abultados y tensos en sus hombros mientras se balanceaba.

“Esto es lo que queremos saber”, dijo Lily. “¿Crees que esta enfermedad es algo natural o crees que es un arma?”

Madrone la miró sorprendida. “Deberías saberlo, si es que alguien lo sabe”. Lily era una Oyente, que rara vez salía de la isla en el lago en el centro del parque, donde los Oyentes Profundos mantenían una constante vigilia protectora en el mundo de los espíritus, alerta por amenazas a la gente. ¿No pudieron *escuchar* la respuesta a esa pregunta?

“¿Quieres decir como una guerra biológica?” preguntó la mujer al lado de Madrone.

“Eso es lo que quiero decir. Trabajas con estas cosas directamente, Madrone. Sólo vemos sus reverberaciones en los mundos *ch'i*”.

“Ojalá lo supiera”. Madrone estaba cansada, cansada. ¿Realmente tenía que andar con esto otra vez? “Discutimos esto todo el tiempo en el Consejo de Sanadores”. En realidad, lo discutía consigo misma a diario. “A partir de la evidencia de los modelos informáticos, algunos de nosotros sospechamos que está diseñado. Pero hasta que podamos encontrarlo y analizarlo, no habrá una forma real de saberlo. ¿Importa?”

“Por supuesto que importa. ¿Cómo podemos defendernos si no reconocemos un ataque?”

“Bueno, es cierto”, prosiguió Madrone. “Básicamente, vivimos en un guiso tóxico”. Esa fue la metáfora de Nita, y Sage y Holybear estuvieron de acuerdo. “No os dejéis engañar por el florecimiento de los jardines y la claridad de las aguas. Todavía hay sustancias químicas en la Bahía que tal vez nunca podamos analizar, y mucho menos neutralizar. La atmósfera está sufriendo un agotamiento de la capa de ozono que no comenzará a revertirse hasta dentro de al menos veinte o treinta años más, y eso depende de lo que haya sucedido con las selvas tropicales y el consumo de combustibles fósiles en el resto del planeta, que ni siquiera conocemos. Quedan restos de radiación de bajo nivel del siglo pasado y ¿quién sabe qué se está bombeando ahora a

la atmósfera? Y hubo armas biológicas desarrolladas hace años, y tal vez algunas de ellas hayan estado mutando desde entonces. Además de algunos experimentos bastante incontrolados de ingeniería genética. Si sumamos todo eso, no sorprende que tengamos epidemias recurrentes. Si algo sorprende es que lo estemos haciendo tan bien”.

“¿Lo que estás diciendo es que tal vez no podamos darnos el lujo de continuar con nuestro bendito aislamiento?” dijo la mujer del Colectivo de Transporte. Madrone sabía lo ansiosos que estaban por construir un barco que pudiera navegar más allá de los confines de la bahía y explorar. Había surgido una y otra vez. No es que el Consejo los detuviera, sino que nadie quería dedicar todavía los escasos recursos al proyecto.

“Lo que ella está diciendo es que todavía no nos tomamos lo suficientemente en serio nuestros programas sobre sustancias tóxicas”, dijo uno de los protegidos de Nita del Consejo de Tóxicos.

“Déjenme hablar por mí”, espetó Madrone. “No quiero quedar atrapada en batallas políticas. La verdad es que hay ocasiones en las que he visto alguno de los virus y no puedo negar que me pareció algo construido”.

“¿Y éste?”

“El problema con este es que no hemos podido encontrarlo. Ni con magia ni con un microscopio. Ni siquiera estamos seguros de que sea un virus”.

“Creemos que es un arma”, dijo Lily Fong. “Y pensamos que deberías saber eso. Posiblemente el precursor de un asalto directo”.

Un completo silencio reinó en el grupo.

“¿No es posible que el Consejo de Defensa, por el solo hecho de preocuparse por la Defensa, tenga una tendencia a ver las cosas en términos de ataque?” Cress, del Consejo del Agua, se pasó una mano por el espeso cepillo negro de su cabello y miró fijamente a Lily. A Madrone le recordó a un perro macho pidiendo pelea. Esperaba oírlo gruñir.

Lily se irguió. “No ignoramos esa posibilidad, jovencito. ¿No crees que lo tenemos en cuenta? Todos los que formamos parte del Consejo de Defensa somos viejos y todas somos mujeres, por esa misma razón. Para que sea menos probable que nuestras hormonas y nuestras paranoias nos desvíen”.

“Con el debido respeto a los miembros del Consejo de Defensa, puedo decir que ni siquiera las ancianas son infalibles”.

“¿Y no íbamos a revisar esa política este verano?” preguntó otro hombre. “¿Cómo es posible que Defensa sea el único consejo al que se le permite restringir por género?”

“Tal vez cuando nos hayamos recuperado completamente de cinco mil años de patriarcado, podamos confiar en los hombres lo suficiente como para empoderarlos para la Defensa”, dijo la mujer rubia.

“Y tal vez podríamos argumentar que necesitamos algunas generaciones más para recuperarnos de miles de años de racismo antes de que dejemos que los blancos entren en Defensa”, respondió bruscamente un hombre de piel oscura.

“La política viene de las Voces”, replicó la mujer.

“Las Voces tampoco son infalibles. Hay personas bajo esas máscaras y algunas de ellas tienen sus propias agendas”, dijo Cress.

“¿Qué estás tratando de decir?”

“Estoy diciendo que trabajamos por consenso, y eso también tiene que ser válido para las Cuatro Cosas Sagradas”, dijo Cress. “De lo contrario, no tiene sentido. Pueden hacer sugerencias, pero yo, por mi parte, no me siento obligado a recibir órdenes de un pájaro, un pez o mi tía abuela con una máscara de coyote. Tenemos la obligación de pensar por nosotros mismos”.

“¿Por qué no nos callamos todos por un momento?”, dijo Salal enérgicamente. “Nos estamos distraendo con discusiones personales”.

En silencio, el Portavoz consultó con la máscara de Venado.

“Elk amigo Ciervo sugiere que recordemos nuestra conexión con la tierra. Ciervo dice que la Tierra es más grande que cualquiera de nosotros”.

Había silencio. Algo rebelde en Madrone no quería considerar su relación con la Tierra sino con este Consejo, su falta de paciencia con las reuniones y los procesos de toma de decisiones, posiblemente debido a su falta de sueño. O por su sentido de urgencia, su sensación de que incluso mientras estaba sentada escuchando los argumentos, la gente estaba muriendo. Y no es que las preguntas no fueran importantes y la moderación excelente, incluso si este conflicto entre Defensa y Agua ya llevaba años. ¿Pero era importante que ella lo escuchara? ¿O simplemente estaba impaciente, tratando de erigirse en algo especial, una Supersanadora, exenta de responsabilidades ordinarias?

“El amigo Ciervo dice: 'Madrone, ten cuidado con el lugar frío”.

¿Y qué diablos quiere decir Ciervo con eso? pensó con irritación, pero asintió con la cabeza en reconocimiento.

“Aquí se han planteado cuestiones importantes”, dijo Salal. “Claramente hay sentimientos fuertes en este Consejo sobre la forma en que se ha establecido la Defensa. Y tal vez algunas preguntas sobre las Voces. ¿Les estamos dando demasiado poder? Estas son cosas que no podemos ignorar. Podemos ponerlas en la agenda, para más adelante o la semana que viene. Pero ahora mismo seguimos hablando de la epidemia. Y tengo que decir que quizás ninguno de nosotros quiera mirarlo a la cara. No. Preferiría discutir”. Esto provocó una leve risa. “Pero tenemos que afrontarlo si queremos sobrevivir”.

“No habría planteado aquí al Consejo esta cuestión de la guerra bacteriológica si no la hubiésemos examinado minuciosamente”, dijo Lily. “Desafortunadamente, no se trata sólo de paranoia. Si compartiera nuestras paranoias, ninguno de ustedes volvería a dormir durante una semana. No, creemos que es una posibilidad real y de probabilidad bastante alta”.

“Tú crees, pero ¿cómo podemos saberlo?”

Hubo agitación en el este. El orador se inclinó hacia la boca del Halcón Hawk.

“El Pájaro lo sabe”, dijo.

“¿Las aves?” –Preguntó Salal.

“Eso no fue lo que dijo. Halcón dijo Bird”.

“¿Quién es Bird?”

“Habla de un Bird de nuestra casa”, dijo Madrone. ¿Qué pasa con Bird últimamente? Él se había convertido en una presencia que la atormentaba como un fantasma. “Desapareció hace casi diez años. No sabemos de él. ¿Sabe Hawk?”

“Hawk no dice nada más”, dijo el Portavoz.

Una ola de desolación golpeó a Madrone. Por un momento, se había permitido esperar que lo hubieran encontrado, que las Voces o los Oyentes o alguien se hubiera puesto en contacto con él. Y la esperanza era equivocada y peligrosa. Como permitir que un poco de atmósfera se filtrara en el vacío y luego, cuando sintió que era succionada de nuevo, el lugar hueco que dejaba le pareció nueva y marcadamente vacío. Para su propio disgusto, empezó a llorar.

Varias personas se acercaron para abrazarla. La mujer que estaba a su lado le entregó un pañuelo.

“Lo siento”, dijo Madrone. “Solo estoy cansada. Ignoradme”. Las reuniones del Consejo de Sanadores solían estar inundadas de lágrimas, intercaladas con humor negro, pero ella siempre odió a la gente que lloraba en el Consejo Pleno. Era muy egoísta. Pero ella parecía no poder dejar de

llorar. Surya tomó a Madrone y escondió su rostro manchado de lágrimas contra su hombro flaco.

“Oh, diablos”, dijo Salal. “Todos queremos llorar. Sí. ¿Por qué no nos tomamos un pequeño descanso? Y Madrone, ¿por qué no te vas a casa y duermes un poco?”

Madrone hizo un gran esfuerzo de voluntad y levantó la cabeza. “Hay mucho trabajo por hacer”, dijo Madrone. “Pero es mi día para estar aquí”.

“No la envíes a casa”, dijo Lily. “Ella no descansará allí. Ve a la playa, jovencita. Toma algo de fuerza del océano. Tu trabajo irá mejor”.

“Esa es una petición especial del Consejo”, dijo Salal. “¿Tenemos consenso al respecto?”

Madrone estaba fuera del Salón del Consejo, mirando hacia el oeste. Desde los altos picos, podía ver el océano brillando plateada, tentadoramente. Por un largo momento, se permitió sentir la tentación de seguir el consejo del Consejo, dejar el trabajo, tomar la góndola hacia el oeste y pasar el día caminando junto a las olas que se acercaban y retrocedían, llenándose los bolsillos de conchas y piedras. Había pasado demasiado tiempo desde que había pasado un día así. Bird todavía estaba en su mente. Le había encantado

el agua. Cuando tenía catorce años pasó días y días practicando windsurf en la bahía. Ella había tratado de seguirle el ritmo, pero seguía cayéndose en la tabla, inhalando agua salada, y Johanna le había gritado sobre la contaminación y el cáncer. De repente tuvo una fuerte sensación de que Bird estaba a su lado, de forma tan física que casi podría haberle pasado el brazo por los hombros y dejar que se apoyara en ella. Parecía confundido, dolorido. Le parecía que, si iba a la playa, él la acompañaría. Podían caminar uno al lado del otro, dejando que las olas les lavaran los pies, y tumbarse en la arena, abrazados. Casi podía abrazarlo ahora, extendiendo la mano para reunir esta sensación de contacto, transformarla en respiración física. La cúpula dorada del Salón del Consejo brillaba detrás de ella. Su brazo se movió en el aire vacío.

Capítulo IV

Era extraño, pensó Bird, empujando su escoba por el pasillo vacío durante día, cómo el poder que lo inundaba durante la noche menguaba al amanecer, dejándolo vacío. Su intuición despertada gritó en su interior: ¡Fuera! ¡Salir! Habían dejado a Hijohn solo durante las últimas dos noches, pero era sólo cuestión de tiempo que volvieran a atacarlo. Y Bird no estaba seguro de cuánto tiempo más podría mantener su fachada de insensatez. Cada día regresaba más y más memoria, aún irregular, como aquellos primeros mapas de los exploradores con vastos espacios en blanco. Pero había recibido suficientes detalles como para saber quién era y de dónde venía. ¿Qué harían los guardias si conocieran que estaba consciente nuevamente?

No, los tres tenían que escapar y él tendría que descubrir cómo. Littlejohn estaba demasiado resignado, Hijohn demasiado golpeado, encerrado detrás de un muro de dolor

crónico. Si bien lograba levantarse cada día para el conteo, para trabajar, luego se quedaba dormido. Pero Bird era una bruja, con la voluntad de una bruja de aplicarse al asunto. Estaba decidido a salvar a Hijohn; se habían unido tan profundamente, compartiendo el dolor, que abandonarlo era impensable. Y estaba decidido a salvar a Littlejohn, porque sólo dándole la solidaridad debida a un amante podría Bird redimir su relación para sí mismo.

Si podían escapar, tal vez podrían llegar a las colinas, de donde venía Hijohn. Si podían escapar, tal vez de alguna manera podría regresar a la casa que cada día se volvía más clara en su memoria. Su mente daba vueltas como una mosca en el cristal de una ventana. Tenía que salir, pero no encontraba la manera.

“Usa tu magia”, pudo oír decir a su abuela. Pero sólo parecía ser capaz de encontrar su magia en la noche, hirviendo en un caldero de dolor. Durante el día su poder parecía agotado, el cable que lo conectaba con la fuente parecía cortado. Tal vez había estado demasiado tiempo encerrado lejos de la tierra y del aire libre. Los elementos le parecían sombríos, algo inventado o recordado pero no del todo real, ya que su propia casa a veces parecía una fantasía inventada, demasiado buena para ser verdad. Estuvo todo el día de pie, una Bruja con una escoba en la mano, pero las cerdas eran de plástico naranja y no sabía volar.

“¿Alguien alguna vez sale de aquí?” le preguntó a Littlejohn esa noche mientras yacían juntos.

Littlejohn se movió inquieto y se giró para mirar a Bird con una expresión ligeramente cautelosa en sus ojos. Me tiene miedo, se dio cuenta Bird. Por muy acostumbrados que estén nuestros cuerpos el uno al otro, soy un extraño para él, ahora que puedo recordar y planificar.

“Algunos cumplen sus condenas y son liberados”, dijo Littlejohn. “Algunos mueren. A algunos los llevan a los diques de trabajo”.

“¿Qué son? Cuéntame sobre ellos”.

“No querrás eso, créeme. Estás muchísimo más seguro aquí, incluso con Harris montando tu trasero. Son todos los trabajos que ningún hombre libre quiere hacer, porque son demasiado peligrosos. Principalmente salvamento, a veces limpieza tóxica. Te mantienen drogado todo el tiempo y vigilado. Muchos accidentes. El tiempo medio de supervivencia es de unos tres meses”.

“¿Cómo te eligen para ello? ¿Puedes ser voluntario?”

“No me hagas reír. Es como todo lo demás por aquí: no lo eliges; un día simplemente te sucede a ti”.

“Tal vez nos podría pasar a nosotros. De todos modos, puede que haya más posibilidades de escapar”.

“No apuestes por ello”.

Finalmente recurrió a la magia más simple que se le ocurrió. Lanzó un hechizo. Carecía de todos los materiales excepto los más básicos: un vello púbico de Littlejohn y uno propio, algo de su semen mezclado y un pelo de la cabeza de Hijohn. Mojó los pelos en el esperma y los hizo una bola, que escondió debajo de la uña del pulgar izquierdo. Escondió el amuleto durante todo el desayuno y esperó hasta que lo dejaron solo para barrer el pasillo.

Nadie se dio cuenta de que su amplio patrón lo llevaba en un círculo en el sentido de las agujas del reloj, deteniéndose en cada una de las cuatro direcciones, no es que supiera dónde estaban en ese espacio sin rasgos distintivos, pero hizo su mejor suposición. Llamó a la tierra, al aire, al fuego, al agua, a sus aliados y a sus ayudantes, no como recordaba haber llamado, con un poder corriendo a través de él como fuego fosforescente, sino simplemente con palabras y un sentido sincero de necesidad.

Llamó a la Madre, el primer aspecto de la Diosa que todo niño conocía, la Cuidadora, cuyo segundo nombre era Abundancia. La luna llena era su pecho; su leche se derramaba como luz sobre la tierra para traer vida y fertilidad a todo ser en crecimiento. Rezó para volver a verla, para sentir esa luz en su rostro, para sentir la tierra bajo sus pies. Difícilmente podía formular la oración en palabras, más allá de lo más simple.

“¡Por favor ayuda! *Santa Luna, Madre Tierra*, ¡por favor, por favor, sáquenme de aquí!

Luego, mientras barría, construyó su imagen mágica. Intentó enviar su mente hacia el plano causal, tirar de los hilos que tejían el tejido de la realidad y remodelarlo según su voluntad. Pero no pudo hacerlo. Todo lo que pudo crear fue una visualización simple, pálida y plana. Se imaginó con Hijohn y Littlejohn, afuera, en una colina, con los pies sobre la tierra real, en sus fosas nasales el olor acre del aire costero, el olor de la libertad. Sosteniendo la pelota contra sus labios, sopló en ella sus imágenes y sus recuerdos y toda su pasión y angustia. Ató el hechizo y abrió el círculo y, cuando lo llamaron para barrer la estación de guardia, dejó caer la pelota dentro de la carcasa de su computadora.

Todo parecía un ejercicio inútil; no podía generar ningún poder, no podía soltar su mente en los otros reinos. Aún así, Maya solía contarles sobre los primeros días, cuando este tipo de magia era todo lo que sabían hacer, y a veces había funcionado. “La necesidad genera su propio poder”, solía decir. La Diosa sabía que ya tenía suficiente necesidad.

A última hora de la tarde, volvió a barrer cerca de la estación de guardia. Podía escuchar su conversación a pesar de que mantenía la cabeza gacha y no podía ver quién estaba hablando.

“¿Qué pasa con ese montañés? La Central quiere un informe”.

“El pequeño demonio todavía está despierto y caminando”.

“¿Qué quieres decir? Pensé que te ibas a encargar de eso”.

“¡Lo hice! Le saqué a Jesús a golpes. Dos veces. Pero como dije, todavía está despierto y moviéndose. Te lo aseguro, es brujería”.

“¡Entonces vuelve a trabajar con él esta noche!”

“Diablos, no. ¿Qué crees que soy, hombre, una especie de sádico? ¿Crees que golpeo a la gente por el placer de hacerlo?”

“Bueno, sí, tengo esa impresión”.

“Eso es trabajo, hombre. Servicio peligroso, para ser exactos. Y se supone que recibirá una bonificación por tareas peligrosas”.

“Entonces ponte manos a la obra”.

“¿Cuántas veces puedo hacerle esto al mismo tipo? Van a pensar que estamos realizando algún tipo de estafa aquí”.

“Entonces métele una maldita bala en la cabeza”.

“Seguro. ¿Quiere completar el informe de uso de armas de fuego por mí?”

“No me importa cómo lo hagas, simplemente deshazte de él”.

“Lo que me gustaría hacer es tirar su trasero y el de un par de esos otros lamepecados a un dique de trabajo. Deshacerme de ellos”.

“Bien. ¿Qué pasa si Central quiere verlos?”

“En diez malditos años, no han querido ver al idiota. Simplemente tiran a estos tipos aquí y se olvidan de ellos. Y limpiamos su basura”.

“Mira, me importa una mierda lo que hagas, siempre y cuando no tenga que responder por ello. Si puedes arreglarlo, hazlo”.

“Me parece bien”.

Dos días después, Bird estaba haciendo cola para contar cuando entró un nuevo guardia con una lista computarizada en un portapapeles. Leyó una serie de números. Bird reconoció el suyo y el de Littlejohn. Hijohn también se movió y miró hacia arriba.

“Preséntate para el transporte”, dijo el guardia. “Recoge tus cosas”.

Los registraron al desnudo, les esposaron las piernas para que sólo pudieran caminar arrastrando los pies de forma incómoda y les esposaron las manos a la espalda. Uno a uno, fueron cargados en un autobús que trabajaba y jadeaba con un arcaico motor de combustión interna. Las ventanas estaban bloqueadas con rejas metálicas. No podían ver el exterior, ni siquiera podían decir si era de día o de noche. Cabalgaron durante mucho tiempo, el tiempo suficiente para que Bird tuviera necesidad de orinar, para que esa necesidad se convirtiera en un dolor punzante y luego disminuyera hasta convertirse en entumecimiento. Intentó dormir, para conservar fuerzas, y consiguió adormecerse un poco.

Finalmente, el autobús se detuvo. Un guardia gritó órdenes y se marcharon.

Era el amanecer. El horizonte resplandeció de color naranja y el cielo se iluminó, mientras parpadeaba en el espacio desacostumbrado. Se encontraban en un terreno polvoriento frente a un edificio bajo y destartado de metal corrugado, esperando mientras varios guardias realizaban sus propios rituales con papel y firmas. Bird olisqueó el aire; de repente, todos sus sentidos estaban tan vivos que le dolía todo el cuerpo, como el dolor de las glándulas salivales que saborean la comida después de un largo hambre. Detrás del edificio se extendían las colinas costeras, cubiertas por la

hierba seca y dorada de finales del verano. Pase lo que pase a continuación, habría tenido ese momento para pararse una vez más sobre la tierra viva, para sentirla como un cuerpo vibrante bajo sus pies, para respirar aire y sentir en su rostro un viento que había soplado libre y sin obstáculos sobre el Pacífico; oler el incienso compuesto de hojas, polvo y sal del océano, el sabor del laurel y la salvia, ver los seres vivos en sus colores suaves, azul y verde, y la tierra ocre debajo. Quería llorar, pero no se atrevía. En lugar de eso, respiró hondo y bebió de la vida que inundaba su cuerpo. Y en un momento, sólo un momento más, saldría el sol.

Luego se abrió la puerta y los condujeron a otra habitación gris cerrada con llave.

“¡Hagan fila todos para contar!” La voz del guardia retumbó a través del cuartel y resonó contra las paredes de metal. Cansado, Bird se arrastró y empujó a Hijohn, que yacía en la litera junto a él. Por encima de su cabeza, en la litera superior, podía oír a Littlejohn moverse. Los alimentaron con unas gachas grumosas y los dejaron descansar durante aproximadamente una hora después de su agotador viaje. Bird se movió lentamente. Su cuerpo se sentía pesado, torpe y su mente embotada. La ventana bloqueada en la pared del fondo sólo dejaba entrar una fina rendija de luz.

El cuartel albergaba a unos cuarenta hombres. Mientras permanecían en los extremos de sus literas, los guardias contaron y luego contaron de nuevo.

“Extiende tu mano derecha”, ordenó un guardia cuando terminó el conteo. Bird obedeció, deseando que su mano extendida agarrara un arma, un rifle láser, para atravesar aquellas paredes metálicas. Pero sus dedos estaban vacíos. Alrededor de su muñeca, los guardias le colocaron un fino brazaletes de metal que se cerró firmemente.

En el extremo opuesto de la habitación, entró un hombre alto con uniforme militar.

“¡Escuchen atentamente!” él dijo. “A cada uno de ustedes se les ha instalado un DCP, un dispositivo de control de prisioneros. Estos dispositivos nos permiten monitorearos en todo momento. Sabemos dónde estás, sabemos lo que estás haciendo, sabemos lo que estás pensando. Así que no se te ocurran ideas ni intentes nada, porque si lo haces, esto es lo que sucede”.

El pausó. De repente, un dolor punzante recorrió a Bird, comenzando en su muñeca y luego extendiéndose por cada célula de su cuerpo, resonando a través de él como una campana de agonía. En un instante todo terminó, pero él quedó temblando.

“Intenta cualquier cosa y eso durará mucho, mucho tiempo. ¿Está claro?”

“Sí, señor”, corearon los hombres, y luego los llevaron a trabajar.

La luz del sol era cálida y bienvenida en la piel de Bird, pero se sentía encerrado en alguna barrera que le impedía sentir o pensar. En lo único que podía concentrarse era en su deseo de evitar el dolor.

Los guardias los condujeron por un camino polvoriento que serpenteaba entre las colinas. Los pies de Bird estaban desatados, pero se arrastraban como si estuvieran encadenados y su cabeza sonaba. Doblaron una curva y, de repente, a lo lejos pudo ver el océano, luminoso y tranquilo a la luz de la mañana. Por un instante, su mente se aclaró. Me han drogado, pensó, y luego la confusión volvió otra vez.

En una plataforma plana de tierra a treinta metros sobre el océano, hordas de hombres pululaban alrededor de las ruinas de una maquinaria gigante. En el centro se alzaba una enorme grúa, un esqueleto negro contra el cielo, y en su parte superior unos hombres trabajaban con antorchas láser, desarmándola pieza por pieza. A unos cientos de metros de distancia, otro grupo de hombres estaba desmantelando el alguna vez elegante armazón de lo que parecía ser un misil gigante.

El trabajo de los prisioneros consistía en recoger los trozos de chatarra que caían desde arriba mientras los trabajadores los soltaban. Los clasificaron y cargaron en la parte trasera de un camión de plataforma. El metal estaba irregular y afilado, y los brazos de Bird estaban raspados en carne viva al final del día. Trató de estar atento a los trozos de metal que volaban, trató de evitar cortarse, pero su mente seguía divagando y no le importaba mucho. El sol calentaba y no sentía dolor.

Pasaron los días y él se hundió cada vez más en el entumecimiento, al igual que los demás. No había peleas en el cuartel, ni discusiones, ni juegos de cartas con barajas improvisadas con sobras, ni gemidos de pasión en la noche. Después de regresar al cuartel, comían, dormían y se despertaban para trabajar de nuevo, por fin dóciles.

Bird sabía que había algo que necesitaba recordar, pero se le escapaba constantemente. Cada vez que vislumbró por primera vez el océano mientras avanzaban sobre la cima de la colina, algo jugueteaba con su mente. Pero no pudo concentrarse el tiempo suficiente para seguirlo.

Llegaron otros recuerdos, evocados por el olor del aire, por un sonido o una palabra, por patrones eléctricos aleatorios en su cerebro. Recordó haber bajado del lugar alto de las montañas donde había ayunado para su búsqueda de la visión, con las manos ardiendo con melodías y ritmos que se habían abierto paso en sus sueños. Madrone estaba

desnuda junto a un claro estanque alimentado por un glaciar en una pradera alta. La vio deslizarse bajo las gélidas aguas azules y emerger, la humedad en su piel marrón rojiza reflejaba la luz azul del cielo de modo que parecía brillar, azul, plateada y dorada con su propio poder recién descubierto. Se juntaron y el poder se extendió sobre las suaves y verdes hierbas de las tierras altas, donde las flores silvestres de la primavera florecían en agosto. Luego ella desapareció, y sus manos le dolían levemente a través de la neblina.

Algo era importante, pero ¿qué? Su cerebro estaba demasiado confuso, quería dormir, sólo que alguien gritaba detrás de él y arrojó el trozo de metal que llevaba en la parte trasera de un camión. Aterrizó con estrépito; Algo en el sonido le recordó las puertas con barrotes cerrándose detrás de él, algo definitivo.

El dolor lo atravesó desde la muñeca y se despertó sobresaltado.

“Ponte a trabajar, reptador de baba”, gritó el guardia detrás de él, y había una nueva hoja de metal que agarrar y transportar, cortada del costado de algún cilindro gigantesco que alguna vez podría haber sido un arma, algún misil guiado de los viejos tiempos que ya nadie sabía guiar. ¿Y quién lo guiaría fuera de este lugar?, lo guiaría a casa si tan solo pudiera recordar cómo llegar allí. Olía al océano, más o menos como lo recordaba.

“Contrólate, muchacho”, dijo en voz alta. Pero su yo seguía alejándose, dejando como mucho una frase que repetiría una y otra vez, como un encantamiento.

“El océano es el camino a casa. El camino a casa es el océano. El océano es el camino a casa...”

El ritmo de su canto se fusionó con sus pies, con los gritos y llantos de los hombres, y lo tranquilizó. Estaba demasiado cansado para preguntar qué significaban sus propias palabras. Ya no creía en el hogar.

Durante la segunda semana en el dique de trabajo, Bird comenzó a preguntarse si realmente sobrevivirían. La pregunta parecía lejana, casi sin importancia. Arrastraba su pesado cuerpo por la colina todos los días para trabajar en un estupor de calor y cansancio, dejando caer cosas y por poco evitó cortarse media docena de veces. Los demás no fueron mejores. Hijohn tenía un nuevo corte en el brazo que no estaba sanando bien, pero de alguna manera Bird no pudo reunir energía para curarlo. Littlejohn apenas habló. Había algo que Bird debería hacer, pero no se le ocurría qué. Tal vez no importara de todos modos.

Bird se estaba agachando para recoger un trozo de metal cuando de repente oyó un grito agudo y estremecedor en el aire sobre él. Él miró hacia arriba. Un halcón de cola roja

volaba en círculos, con las alas todavía contra la corriente ascendente que lo sostenía. Mientras observaba, el halcón volvió a gritar. Deseó poder rodearlo, elevarse para ver las colinas, los valles y los caminos extendidos bajo él, volando libres.

Pero lo que vio fue un trozo de metal volando hacia él. Su mente todavía estaba en blanco, pero de alguna manera su cuerpo respondió, alejándose de un salto. El metal cayó a sólo unos metros de donde se encontraba. Podía sentir el gemido en el aire y el polvo de su impacto. El miedo se apoderó de él, una inundación que por un momento limpió su sangre de cualquier otra sustancia química.

Estoy vivo, pensó. Casi muero. Moriré aquí si no salgo de esto. Estaba drogado, lo recordaba ahora, y necesitaba rechazar su comida, si era necesario, incluso el agua, y aclararse. Si pudiera seguir recordando. Hizo un canto y lo repitió una y otra vez. “Ni comida, ni agua, ni comer, ni beber; No hay comida, ni agua, ni drogas para dejar de pensar”. No fue un muy buen canto, pero serviría.

Se saltó la cena, aunque tenía hambre y los olores lo atormentaban. Nadie se dio cuenta: en el cuartel no estaban estrictamente supervisados. Dormía a ratos y se despertaba con dolor de cabeza por la mañana, se saltaba el desayuno y salía a trabajar con un dolor punzante detrás de los ojos que se convertía en náuseas a medida que avanzaba el día. Bebía agua únicamente de los tanques del lugar que también

utilizaban los guardias. Le dolían los músculos y quería vomitar, pero se obligó a no hacerlo.

Esa noche casi no durmió, el dolor en sus músculos era tan fuerte que se mordió el puño para no gritar. Intentó curarse a sí mismo, pero no pudo canalizar ningún poder. Deseó a Madrone o Maya, pero hacía tanto tiempo que no las veía que había olvidado cómo buscar el camino de regreso a ellas.

En cambio, trató de distraerse recordando historias. Cuando era niño, su madre, Brigid, lo dormía contándole cuentos de cambiaformas y magos. Ahora reconoció que ella le había estado enseñando magia, contándole la historia de una forma que lo mantenía ansioso por más y más. “Había una vez unos niños que podían convertirse en pájaros”, decía. Trató de imaginarla a su lado, calmando su dolor con manos frías. Ella había muerto hacía mucho tiempo, se había convertido en un pájaro durante la gran epidemia, justo antes de que él se fuera. Él mismo cantó una vieja canción popular:

*Desearía ser un pequeño gorrión,
y tener alas, y poder volar,
volaría hacia mi verdadero amante...*

Había otra línea pero no podía recordarla, así que cantó lo que sabía del verso una y otra vez en su cabeza, hasta que

se convirtió en un canto monótono que finalmente lo calmó hasta el olvido.

Por la mañana, se despertó con el cuerpo todavía dolorido pero con la cabeza despejada. Cuando salió a la tierra, pudo sentir su vida zumbando debajo de él y pudo atraer su fuerza hacia su cuerpo. Podría extraer el poder del sol dorado y dejar que se llevara los restos de la droga que había en él. Era él mismo otra vez, de pie sobre la tierra viva bajo el cielo sin restricciones, con las colinas que se curvaban a su alrededor y que eran parte de su propia tierra. Estaba listo para hacer un plan. Y tendría que actuar pronto; no podía pasar toda la vida sin comer.

Su primer problema fueron los demás. Cuando regresaron esa noche al cuartel, tocó el hombro de Littlejohn y lo llevó aparte.

“No comas”, dijo. “La comida está drogada”.

“Sí, claro”, dijo Littlejohn con voz apagada y luego, sin comprender, se puso en la fila para cenar. Bird le quitó la bandeja de las manos, la dejó sobre la mesa común y lo llevó al rincón junto a sus literas.

“¿Qué carajo?”, Dijo Littlejohn.

“Cállate”, dijo Bird. “Te lo digo, no comas. Nos vamos de aquí”.

“Sí, claro”, dijo Littlejohn, regresando a la mesa donde los otros hombres ya estaban devorando su cena. “¡Oye, esa es mi comida!”

“Cállate hombre. Te lo digo, no comeremos y nos largaremos”.

Cuando tuvo a Littlejohn instalado en la litera, Bird logró interceptar a Hijohn, quien, como de costumbre, fue desplazado al final de la fila de la cena mientras hombres más fuertes empujaban delante de él. Bird le dio unos golpecitos y lo apartó.

“La comida está drogada”, dijo. “No la comas. Nos vamos de aquí”.

Parecía como si sus palabras tuvieran que atravesar una espesa nube de niebla antes de llegar al centro de Hijohn, pero una vez que lo hicieron una chispa de comprensión se iluminó en sus ojos. Regresó a su litera, se acostó y durmió.

Bird sostuvo a Littlejohn durante toda la noche, mientras el joven se retorció y se sacudía al retirarse. El cuartel estaba en silencio y cada sonido que hacía Littlejohn parecía hacer vibrar las paredes de metal, pero nadie los molestaba. Bird recurrió a todo el poder curativo que podía recordar o inventar, y por la mañana Littlejohn parecía más lúcido y ligeramente más cómodo. Al menos Bird no tuvo que pelear con él para impedirle desayunar.

Como Littlejohn exigía toda su atención, no sabía cómo Hijohn pasó la noche. Por la mañana, Bird pudo ver que las líneas de dolor se habían profundizado en la frente arrugada de Hijohn, pero sus ojos estaban más claros y le guiñó un ojo mientras se alejaban de la cola del desayuno.

Mientras salían en fila para trabajar, Bird observó la disposición del terreno. Estaba seguro de que si pudieran llegar a las colinas, nadie podría atraparlos. Había refugio en los barrancos y en los robledales. Aunque era la época seca del año, encontrarían agua y la tierra los alimentaría.

El problema eran las pulseras, los DCP. Eran electrónicos, y eso era esperanzador. La electrónica era más susceptible a la magia que las cerraduras y rejas físicas. El cerebro emite un campo eléctrico; en casa, habían desarrollado tecnologías enteras basadas en ese principio, como los cristales inteligentes de sus computadoras que se programaban únicamente mediante visualización. Los Tecchies sabrían qué hacer con las malditas pulseras, pero entrenaron durante años y comenzaron con un talento especial. El propio Bird sólo tenía la formación menor que se da a todos los escolares, y no había practicado esas habilidades durante mucho tiempo.

Bueno, sólo podía intentarlo. Maya siempre decía que la magia era como andar en bicicleta: una vez que aprendes a hacerlo, nunca puedes olvidarlo. Sin embargo, pensó Bird, cuando uno no estaba en forma era más propenso a caerse.

Deseaba poder practicar de alguna manera, intentar hacer parpadear las luces en el cuartel, tal vez, o trastear con sus computadoras. Pero no se atrevió a hacer nada que pudiera despertar sospechas. Hasta el momento, nadie se había dado cuenta de que él y los demás rechazaban la comida, y quería que siguiera así.

Al sexto día de su ayuno, se despertó sin hambre, sintiéndose ligero, clarificado, con su intención pura como un faro. Hoy, se dijo a sí mismo, y se lo susurró a Littlejohn e Hijohn, mientras la esperanza y el miedo corrían por sus venas. “Hoy”.

Caminaron por el sinuoso camino hacia el trabajo con el mismo lento paso de los demás prisioneros. Bird estaba alerta, nervioso, temeroso de algún extraño accidente que pudiera reducir sus posibilidades de escapar. En los pocos días sin medicamentos para aliviar su dolor, había aprendido los límites de su cuerpo herido. Sus músculos estaban flojos por años de desuso y ahora doloridos por un trabajo no acostumbrado. Su pierna nunca había sanado correctamente y caminaba con una cojera que tensaba los tendones y los músculos de la parte baja de la espalda. Se preguntó si sería capaz de lograrlo, tanto con la magia como con la carrera. Quizás se quedaría atrás, incapaz de mantener el ritmo. Quizás todos iban a morir.

El tiempo avanzaba con su propio andar drogado, arrastrando los pies interminablemente. Pero por fin el sol

empezó a deslizarse hacia el horizonte, y en la luz oblicua del atardecer los prisioneros estaban haciendo fila para regresar al cuartel.

Bird se aseguró de que él y los otros dos se posicionaran hacia el centro de la fila. Un guardia estaba apostado delante y otro detrás. Había uno o dos lugares donde el camino se curvaba y la cabeza de la línea estaría fuera de la vista de la cola, y la mitad de la línea fuera de la vista de ambos. Los guardias dependían principalmente de los DCP para mantener a los prisioneros a raya; no estarían atentos a los problemas.

Cuando comenzaron la caminata, Bird supo que iba a tener que actuar. *“Madre Tierra, Madre Tierra, La Llorona que llora por sus hijos, ayúdame ahora si no quieres volver a llorar por mí”*, rezó. *“Si estás en algún lugar, échame una mano”*. Sintió la tierra fluir a través de sus pies, estabilizó su respiración y dejó que su mente volviera al nivel que recordaba de su entrenamiento. *“Piensa en ello como descender a una casa construida bajo tierra”*, había dicho el maestro. No recordaba su nombre, pero podía ver claramente su mono rojo, delineando cada curva de su cuerpo. Tuvo que cerrar los ojos, mirar hacia otro lado y estabilizar la respiración para entrar en trance. *“Uno de los niveles al que llegue será el adecuado para influir en los campos electrónicos. Imagínelo como el piso de una casa, con una puerta por la que puedes entrar. Observa el patrón que hay en la puerta y recuérdalo para poder regresar aquí”*.

Recordó que su patrón no era nada visual; era un riff de música, cuatro compases de una balada irlandesa que había estado tocando con la guitarra esa mañana. Era curioso que pudiera recordar eso, pero no el nombre del profesor. Tarareó la melodía para sí mismo y, sí, estaba allí, al nivel donde podía ver las líneas de energía corriendo a través del metal de su muñeca.

Cuidadoso. Si los giras mal, alertarán a los guardias. ¿Cómo deshacerlos sin hacer saltar las alarmas? Respira, se dijo. Tierra. Envió su mente un poco más profundamente, hasta que las líneas de energía tomaron colores, rojo, amarillo y azul. Podía ver una línea roja como un hilo que se extendía a través de la fila de hombres. Así fue como funcionó: cuando esa conexión se rompía porque alguien se salía de la línea, sonaba la alarma y se activaba la estimulación del dolor. Miró más de cerca las líneas azules. Seguramente había algo aquí, alguna fuente de energía que pudiera apagar. Respiró hondo y recordó el dolor que había sentido por el dispositivo ese primer día, observando las líneas de energía. Sí, había una que brillaba más. La siguió cuidadosamente, rastreándola hasta su origen en una brillante esfera de poder que pulsaba rítmicamente. Respirando profundamente, sacó un trozo de tierra de fuego de algún lugar muy profundo y golpeó. Un dolor increíble, increíble, lo atravesó y luego desapareció. La línea roja se extendía ininterrumpidamente de muñeca a muñeca, pero él ya no estaba vinculado a ella. Estaba libre.

Sudando, se volvió hacia Littlejohn y le tomó la muñeca. “Esto dolerá”, susurró, “pero sólo por un momento”. Bird encontró la fuente de energía, esta vez más rápido, y la cortó. Sintió que Littlejohn se sacudía, lo vio sudar, pero guardó silencio.

Un momento después, Bird había liberado a Hijohn. Un suave gemido escapó de sus labios, pero nadie pareció darse cuenta.

Estaban tomando la curva que Bird había elegido para escapar. Observó hasta que el guardia que tenían delante se perdió de vista y echó un vistazo rápido hacia atrás. El final de la fila y el segundo guardia estaban tras la curva.

“¡Ahora!” susurró a los demás. Treparon por la ladera de la colina, en dirección a la cobertura de la maleza en el lecho seco del arroyo sobre la pendiente. El corazón de Bird latía con fuerza y los otros dos sonaban muy ruidosos detrás de él. No tenían su antigua facilidad para correr silenciosamente a través del bosque, e incluso Bird se encontró a sí mismo chocando con su pierna mala, con su cuerpo desmadejado y torpe.

Tal vez los otros prisioneros les gritarían, tal vez los protegerían, tal vez estaban demasiado drogados para darse cuenta. Tal vez los guardias los habían visto irse, tal vez no. Tal vez morirían al minuto siguiente, con balas deslizándose por sus cerebros o rayos láser atravesando sus corazones. O

tal vez tuvieran una hora o más de libertad, hasta que los echaran de menos en el cuartel, en el recuento.

Ahora estaban en el barranco, protegidos por la maleza y un grupo de robles. Bird cayó al suelo y les indicó a los demás que lo siguieran. Obligándose a respirar tranquilamente, escuchó. Nada. Sólo sus jadeos y los latidos de su propio corazón.

“Hasta ahora todo bien”, dijo. “Vamos”.

Bird los mantuvo al amparo del lecho del arroyo tanto tiempo como pudo. El sol caía rápidamente y se debatió sobre la conveniencia de permanecer escondido hasta que oscureciera. Tenían terreno abierto que cruzar si querían dirigirse hacia el norte, en dirección a su hogar, si su hogar todavía existía, si el hogar que recordaba había existido alguna vez en algún lugar fuera de su mente. Los arroyos corrían hacia el océano, en su mayoría de este a oeste. Para ir al norte, tendrían que trepar por las crestas, donde los robles crecían menos y sólo la hierba seca cubría las crestas. Sería más seguro después del anochecer. Pero la necesidad de aprovechar bien el tiempo antes de que se advirtiera su ausencia pesaba más que los peligros de ser descubiertos. Siguieron adelante.

Cruzaron terreno abierto lo más rápido que pudieron, corriendo agachados de árbol en árbol, siempre buscando un refugio que pudiera protegerlos. A Bird le dolía todo el

cuerpo y quería desesperadamente descansar, pero no se atrevía. Había pensado que nadie podría atraparlo una vez que llegara a las colinas, pero ahora no estaba tan seguro. Quizás los guardias utilizarían vigilancia electrónica. Quizás los perseguirían con perros. Tal vez llegarían de noche con helicópteros y reflectores infrarrojos. Tal vez.

“¡Helicóptero!”, gritó Hijohn. Bird podía oírlo, resonando en el cielo detrás de ellos. “Abajo. Mantened la cabeza abajo. Cubrid la pulsera con el cuerpo”.

Bird se zambulló en un matorral, se recostó sobre su brazo derecho y miró fijamente la tierra, tratando de rodearlos de invisibilidad. El helicóptero pasó por encima de ellos, giró y pasó de nuevo.

Hijohn estaba agazapado en la base de un arbusto de manzanita, a menos de un metro de Bird. Habló en un áspero susurro.

“Están tratando de determinar nuestra ubicación. No hables: pueden oír las vibraciones. Sólo susurra”.

“No pueden vernos, ¿verdad?”

“No es necesario. Probablemente puedan rastrear las pulseras”.

“Mierda”. Bird cerró los ojos y volvió a entrar en trance, luchando contra la adrenalina que corría por su sangre. No

podía *ver* nada que emanara de los brazaletes, pero tal vez funcionaban de otra manera. Los guardias podrían tener un escáner conectado a alguna aleación. Reina del Cielo, *La Reina del Cielo*, ¿por qué no envías uno de tus famosos vientos extraños ahora mismo? Pero el cielo permaneció despejado.

Tenían que quitarse las pulseras, pero ¿cómo? No tenían cuchillos, por lo que cortarse las manos ni siquiera era una opción. Las pulseras no tenían cerraduras visibles que pudieran abrirse. Sólo dos pequeñas grietas en lados opuestos mostraban que no eran una sola hebra de metal fusionada.

Podía oír a Littlejohn crujir detrás de él.

“No te muevas”, susurró Hijohn.

El helicóptero regresó, esta vez más bajo, agitando el aire a su alrededor y esparciendo hojas con el viento de sus aspas. El corazón de Bird latía con tanta fuerza que pensó que todo su cuerpo debía estar rebotando en el suelo. Tienes que hacer algo. ¡Pensar!

Respirando profundamente, obligó a su mente a alcanzar la calma necesaria para el trance. Baja hasta la puerta, canta en tu cabeza el patrón, la llave, ábrela y entra, mira las pulseras desde ese nivel. Sí, había algo, un anillo, un bucle de luz. ¡Rompe eso y sí, *rómpele!* algo se abrió.

“Puedo quitaros los brazaletes”, le siseó a Hijohn.

“Excelente. Pero tenemos que salir de aquí de alguna manera”.

El ruido del helicóptero era tan fuerte sobre ellos que Bird apenas podía pensar. Estaban en lo alto de una colina, demasiado expuestos. Detrás de ellos estaba la suave pendiente que habían subido; frente a ellos, otro barranco descendía abruptamente. Sobre ellos había árboles con hojas y ramas que ofrecían cierta cobertura. Serían difíciles de ver. Si tan solo pudieran bajar al barranco de abajo. Quizás, cuando el helicóptero hiciera una pasada más...

Pero flotaba sobre ellos, agitando el aire. Bird escuchó un pequeño sonido, sólo un susurro de algo que corría velozmente por el aire, y luego una bala se estrelló contra el árbol de Hijohn. Fue seguido por otras, un bombardeo que se acercó tanto a Bird que le esparció polvo en los ojos.

“Manténgase agachados”, susurró Hijohn de nuevo. “Si te levantas y corres, estás muerto”.

De todos modos, parecía probable que estuvieran muertos pronto. El helicóptero se inclinó y giró, y en la fracción de segundo que estaba de espaldas, Bird se quitó el brazalete y, manteniéndose aún agachado, lo arrojó hacia abajo por la pendiente por la que habían subido. La suerte estaba con él; Se deslizó hacia abajo al menos quince metros antes de

detenerse, y una hilera de balas lo siguió. Bird rodó rápidamente y se arrojó encima de Hijohn, extendiendo la mano debajo de él para tocar el metal de su brazalete y soltar el cierre electrónico.

“Por el barranco”, susurró Bird. “Lo más rápido que puedas, cuando te diga que vayas. Dame la pulsera. ¡Ahora!”

El helicóptero seguía apuntando en dirección contraria a ellos. Bird agarró el brazalete de Hijohn mientras él trepaba hacia el borde de la cresta.

“Dame la mano”, le gritó Bird a Littlejohn, agarrando la muñeca del joven y *alcanzando* el cierre de su pulsera. No pasó nada. Mierda. Estaba fuera del trance, demasiado asustado para concentrarse, y ahora podía oír el helicóptero regresar; ambos estaban expuestos, sin siquiera la masa de sus cuerpos para proteger los brazaletes. Las balas silbaban y resonaban cuesta arriba, acercándose. Frenéticamente, Bird arrojó el brazalete de Hijohn.

“*Santa Madre, Madre Tierra*, que la sigan, ¡por favor, por favor!” Sin esperar a ver si su oración era respondida, calmó su respiración y volvió a intentarlo. Nada.

Una vez más. El helicóptero estaba girando, ahora regresaba de nuevo, las balas rastrillaban la ladera en forma de abanico, lenta y metódicamente. Bien, eso les dio un

minuto más, una última oportunidad. *Vea la energía, siéntala, cálmese, ahora, y... sí, ahí fue. ¡Gracias a la Diosa!*

“Al límite”, le susurró a Littlejohn. “Sobre tu vientre hasta que llegues allí”.

Dejó el tercer brazalete allí, en su escondite, y se arrastró por el suelo, retorciéndose como un gusano a lo largo de los pocos metros hasta la cima. Las balas se acercaban cada vez más. Rodó por el borde y se deslizó por una caída casi vertical, sus manos arañando la tierra suelta en vanos intentos de frenar la caída.

Aterrizó con fuerza en el fondo y se quedó allí, luchando por respirar, sin aliento. Littlejohn yacía cerca; Hijohn lo agarró y lo arrastró al amparo de un matorral de alisos. Bird se obligó a gatear, jadeando, hasta tumbarse junto a ellos. Estaba raspado y magullado, le dolían todos los huesos del cuerpo, pero estaban vivos.

“¿Estáis bien?” preguntó. Hijohn gruñó. Littlejohn sangraba por un corte en la frente que se había raspado al bajar la colina. Bird se arrancó el extremo de la camisa y se lo ató alrededor de la herida. No estaba demasiado limpia, pero estancararía la sangre.

“*Tenemos suerte*”, dijo Bird.

“¿Qué?” –Preguntó Hijohn.

“Nuestra suerte es fuerte hoy. Casi nos matan a todos.

“Podría haber sido peor”, admitió Hijohn. “Si hubieran usado láseres, todo el maldito bosque estaría en llamas”.

Todavía se oían los disparos encima de ellos.

“¿Cuánto tiempo pasará antes de que se den cuenta de que no estamos ahí arriba?” Preguntó Pájaro.

“No es lo suficientemente lejos. Deberíamos salir de aquí”, dijo Hijohn.

“¿Estás bien, Littlejohn? ¿Listo para viajar?”

“Estaré bien. Vamos”.

El sol ya estaba bajo en el cielo. Hijohn tomó la iniciativa, guiándolos barranco abajo, manteniéndolos a cubierto. Había un poco de agua en el lecho del arroyo y bebieron, filtrando el barro con los dientes. Quizás sea agua mala, pensó Bird, pero tenemos que tenerla. Se arrastraron a través de matorrales de maleza, toyon y chamise y lechos de robles venenosos de hojas rojizas, y continuaron hasta que doblaron un recodo del arroyo y pudieron avanzar hacia el norte por un cañón lateral, sobre otra cresta. No sonaron más disparos detrás de ellos.

El sol se deslizó entre una grieta de las colinas y desapareció. El crepúsculo se convirtió en oscuridad,

dándoles una sensación de seguridad más psicológica que real. Siguieron moviéndose. Un viento frío del océano les soplaban en el cuello y caminar los mantenía calientes. Bird esperaba poder caminar toda la noche y poner cierta distancia entre ellos y cualquier persecución. Estaba cansado y la adrenalina había vuelto a agudizar su hambre. Mañana encontrarían comida, si aún vivían. Ahora, simplemente deben aguantar y seguir adelante.

Siguieron así toda la noche y gran parte del día siguiente. Las piernas de Bird parecían piedras, si las piedras pudieran generar dolor, y al cabo de un rato ya no pensaba ni se preocupaba ni hacía nada más que concentrarse en el trabajo de colocar un pie delante del otro, de mantener el aliento entre jadeos y exhalaciones de los exhaustos pulmones.

Finalmente, en el calor de la tarde, los dejó descansar. Hijohn estaba gris por el dolor y el cansancio, y la frente de Littlejohn volvía a sangrar. Habían encontrado muy poca agua, pero al fin llegaron a un arroyo profundo que todavía fluía con fuerza, incluso en plena estación seca. Se arrodillaron y bebieron. Hijohn se desplomó en el centro de un montón de chamise. El follaje plumoso de color gris verdoso ofrecía escondite, y Bird estuvo tentado de unirse a él. Pero primero decidió explorar un poco. Donde había agua durante todo el año bien podía haber asentamientos,

todavía poblados o tal vez abandonados, que prometían tanto alimento como peligro. Se iría ahora, porque una vez que cediera a su cansancio tal vez no se levantaría de nuevo.

“Voy a buscar comida”, le dijo a Littlejohn. “¿Quieres venir o quedarte aquí con Hijohn?”

“No quiero volver a moverme nunca más. Me quedaré aquí”.

Aproximadamente una milla río arriba, Bird encontró un viejo huerto de manzanos. Los árboles estaban demasiado crecidos y sin podar, el suelo cubierto de manzanas caídas que olían a dulzura y descomposición. El aire sabía a fermentación; podría emborracharse con eso. La luz se filtraba entre los árboles; el aire estaba nublado por el polvo y las abejas zumbaban mientras se reunían alrededor de la fruta caída. Sintió magia en el lugar. Alguien había realizado aquí rituales, hecho ofrendas a los espíritus, de eso estaba seguro. Por primera vez desde que tenía uso de razón, se sintió seguro.

Se sentó con la espalda apoyada en un viejo árbol nudoso. De repente, las lágrimas surgieron y brotaron de sus ojos. No había podido llorar antes. Las exigencias de la supervivencia habían sido demasiado apremiantes. Ahora se miró las manos y lloró por la flexibilidad que había perdido y por los años que había perdido y por la fealdad pura y cruda que se había impuesto a la belleza del mundo. Lloró por su voz

perdida que no había cantado una canción o reído de un chiste en una década, y lloró porque apenas podía creer que realmente habían escapado y que por fin se dirigía a casa.

El hambre y el cansancio lo habían vaciado. El zumbido de las abejas sonaba fuerte en sus oídos y lo llevaba a alguna parte, como si hubiera tropezado con el huerto sagrado de las Islas Brillantes, donde los vivos y los muertos caminan juntos.

Entonces se abrieron las puertas de los mundos y los muertos aparecieron caminando, Cleis, Zorah y Tom, no como en una visión, sino con el sonido de las hojas crujiendo bajo sus pies y un aroma en el aire que era a flor, salvia y podredumbre a la vez. Se acercaron a él, su amada madre muerta, los brazos extendidos y los ojos brillantes, y detrás de ellos caminaba Rio, el compañero de Maya, casi, pero no del todo, su propio abuelo, que estaba vivo cuando Bird se fue de casa. Bird se acercó a ellos, abrió la boca y respiró hondo para hablar, para preguntarles qué había pasado y por qué lo habían abandonado. Pero ya no estaban. Sobre su cabeza circulaban tres cormoranes negros y un cuervo viejo.

Miró hacia abajo. A sus pies había cuatro plumas negras. Miró hacia la cima de la colina y vio una pequeña manada de ciervos mirándolo con tiernos ojos de animal. Su líder era un ciervo con los cuernos en alto y orgulloso, y el sol se hundía

detrás de él hacia el oeste, una bola de fuego entre sus cuernos.

Con su mano izquierda, Bird hizo la señal del Dios que se entrega, la presa que cede al cazador para que el pueblo viva. El ciervo agachó la cabeza. Una sensación de fuerza y compasión inundó a Bird, y debajo de todo eso había algo más, una tranquila sensación de expectación.

Entonces un cuervo graznó y la manada dio media vuelta y saltó hacia la maleza.

Bird recogió manzanas y se comió una lentamente. Encontró un árbol de nueces maduras, se quitó la camisa e improvisó una bolsa de transporte. Y había muchos robles, cargados de delgadas bellotas marrones. Remojarse en el arroyo durante la noche les quitaría parte de su amargura. Era una mala época del año para el agua, pero buena para buscar comida. Las bayas estaban maduras y había semillas de salvia e hinojo que podían recolectar. Cuando regresó con los demás, llegó cargado de fruta.

Littlejohn estaba arrodillado junto a Hijohn, dejándolo beber de sus manos ahuecadas. El cielo brillaba de color índigo y una nube rosa brillante se deslizaba por encima. La escena le recordó a Bird, por un momento, una de las imágenes sagradas que las Hermanas guardaban en la sala

de su casa. La paz del huerto permaneció con él; todo parecía beatificado. Dejó su camisa.

“Encontré comida”, dijo. “Comamos”.

“¡Alimento!” Littlejohn silbó. “Hombre, realmente eres una especie de bruja”.

Machacaron manzanas y rompieron las nueces entre piedras. Las manzanas no estaban tan maduras como deberían y algunas de las bayas estaban ácidas, pero para Bird tenían una dulzura que era casi dolorosa, la dulzura de la tierra, el sol y el viento reales. Había pasado mucho tiempo desde que había comido algo, y más aún desde que había probado comida que no estaba preparada como un castigo.

Una vez satisfecha la primera oleada de hambre, se dispusieron a romper nueces entre las piedras y escoger las delicadas carnes. Bird miró pensativamente a Hijo John. Al hombre le vendría bien una noche de descanso, decidió. Nunca se había recuperado por completo de las palizas que había recibido, y ahora su boca estaba marcada por líneas de dolor. Si bien no se quejó, era obvio que cualquier movimiento le dolía. De hecho, a Bird le vendría bien descansar un poco. Cerró los ojos por un momento, pidiendo orientación al lugar profundo e inmóvil de su interior.

“Creo que estamos a salvo aquí esta noche”, dijo. “Yo digo que no intentemos seguir adelante. ¿Qué opinais?”

Hijohn se rió. “Si esperas que te diga que debemos mudarnos, olvídalo. No estoy seguro de poder hacerlo si quisiera”.

“Déjame descansar un poco y trabajaré en ti”, dijo Bird. “¿Qué piensas, Littlejohn?”

“¿Seguir hacia dónde?”

“Lo siento”, dijo Bird. “Supongo que instintivamente me dirigía a casa. Deberíamos haberlo discutido”.

“¿Y dónde está tu casa?” –Preguntó Hijohn.

“En el norte. San Francisco. Y no me digas, por el amor de Dios, que lo llame Frisco o Frankie's Place ni nada de esa mierda. Aunque algunos hemos empezado a llamarla *Hierba Buena*, desde el Alzamiento”.

Hijohn lo miró pensativamente. “¿Y qué clase de lugar es ese?”

“Es una ciudad”, dijo Bird. “Y la zona que lo rodea, la cuenca. Todo el camino hasta las Altas Sierras en el este. Y al norte por la costa. Es hermoso allí. País de secuoyas”.

“He oído hablar de las secuoyas”, dijo Hijohn. “¿Cómo son?”

“Son como... guardianes. Cuando estás cerca de ellas te sientes protegido. Vigilado. Recogen niebla en sus ramas, muy por encima de tu cabeza. La gente dice que los espíritus de tus amados muertos andan por ahí.

Se sintió bien al recordar las secuoyas del monte Tamalpais, el olor a tierra húmeda cuando estabas en un bosquecillo de ellas, la corteza suave, áspera y rugosa, y los laureles que alzaban gráciles ramas en medio y flotaban su penetrante perfume a tu alrededor. Una melodía que había olvidado volvió a él y la cantó para ellos.

“Esa es la canción de la secoya”, dijo. “Parece que lo es”.

La música cantaba dentro de su cabeza y sus manos ansiaban un instrumento con el que perseguirla. También les dolían las viejas heridas, y sintió una repentina punzada de pérdida al mirarlos. Pero la música todavía está dentro de mí, se dijo. La encontraré de nuevo, de alguna manera.

El sol se había puesto y el aire índigo empezó a adquirir el olor frío de la noche. Bird consideró encender un fuego. No tenían cerillas, pero siempre podía hacer un simulacro de incendio. Era un dolor de cabeza, pero sabía que podía hacerlo. Lo había hecho con bastante frecuencia cuando era niño, el año en que estudiaron el fuego. Así dirigía Johanna

las escuelas; ella creía que a los niños se les debía enseñar las cosas de principio a fin. Así que aprendieron a hacer fuego con palos y a apagar incendios, y luego estudiaron toda la química y física involucradas mientras construían máquinas de vapor y paneles solares y seguían el curso del sol. Supuso que era una buena manera de aprender; ciertamente nunca se habían aburrido y él siempre encontraba conocimientos útiles. Gracias, Johanna, dijo Bird en silencio. Desearía que todavía estuvieras viva para poder decirte eso. Pero ella había muerto, el mismo año en que murió su madre, en la misma epidemia. ¿Qué me aconsejarías ahora sobre el fuego?

“No tienes tu suerte”.

Tal vez la voz fuera el fantasma de Johanna, tal vez sólo su propio sentido de precaución, pero tenía que aceptar que un incendio no parecía prudente. Se sentía seguro donde estaban, pero no tanto.

“Se está poniendo frío”, dijo Littlejohn.

“Acerquémonos bajo ese arbusto”, dijo Bird. “Nos mantendremos calientes unos a otros”.

Se apiñaron, dejando que la elevación del terreno detrás de ellos rompiera la fuerza del viento. Pero la tierra bajo ellos estaba húmeda y Littlejohn se estremeció.

“No pienses en el frío”, dijo Hijohn. “No hay nada que podamos hacer al respecto. Piensa en otra cosa. Cuéntanos más sobre tu casa, Charlie. ¿A quién pertenece el agua?”

“¿Qué quieres decir?”

“Me refiero al agua. Para beber y cultivar los alimentos. ¿A quién pertenece?”

“Nadie es dueño de ella. No puedes ser dueño del agua de donde yo vengo”.

“Alguien tiene que ser el dueño”, dijo Littlejohn. “Alguien siempre lo hace”.

“Creemos que hay cuatro cosas sagradas que no se pueden poseer”, dijo Bird. “El agua es una de ellas. Las otras son tierra, aire y fuego. No se pueden poseer porque pertenecen a todos. Porque la vida de todos depende de ellas”.

“Pero eso los convertiría en el mejor tipo de propiedad”, dijo Littlejohn. “Porque si tu vida depende de ello, debes tenerlo. Pagarás cualquier precio por ello. Robarás, mentirás o matarás para conseguirlo”.

“Es por eso que no permitimos que nadie sea propietario de ellas”, dijo Bird.

“Entonces, si nadie es dueño del agua, ¿quién decide quién la obtiene y quién no?” –Preguntó Hijohn.

“Todos deciden juntos. Cuatro veces al año, cada hogar envía un representante a las juntas vecinales para discutir temas relacionados con el agua. El Consejo del Agua coordina la distribución y organiza el trabajo necesario para mantener el sistema. Cada casa tiene su propio aljibe que se llena con las lluvias del invierno. Pero eso no nos alcanza para todo el verano. Sacamos agua de los arroyos y embalses y bajamos agua de las Sierras”.

“¿Qué pasa si no estás de acuerdo?”

“Seguimos hablando de ello hasta que estamos de acuerdo. Funciona”.

“¿Y si no es así?”

“Siempre es así. Tiene que ser así, porque sabemos cuál es la alternativa”.

“¿Qué?”

“Los mayordomos, o algo así”.

En el silencio se podía oír el canto de los pájaros nocturnos. El sol se había puesto pero el viento había amainado.

“Bueno, de donde venimos, tú pagas”, dijo Hijohn. “Los mayordomos controlan los suministros de agua; así tomaron el control del gobierno en el 28. Los milenaristas los respaldaron con fondos y profecías religiosas y, a cambio,

promulgaron casi todo lo que los milenaristas creen. Tienes que trabajar para los Mayordomos y obedecer a las Purezas Milenaristas, o ni siquiera podrás comprar agua y perderás tu derecho a comer”.

Bird suspiró. “Estudiamos a los milenaristas en la escuela. Fueron parte de la historia que condujo a nuestro Levantamiento. En los años veinte tenían mucha influencia política. Pero es difícil imaginar que la gente los tome en serio. Todo eso de que Jesús regresó justo en el 2000 y luego repudió al mundo a causa del pecado”.

“Él vino y se fue”, dijo Littlejohn. “Dejándonos luchar contra el pecado, que es la mayoría de las cosas que vale la pena hacer”.

“¿Y la gente realmente cree eso?”

“Muchos lo hacen”, dijo Hijohn. “O pretender hacerlo ahora. Tienen que hacerlo si quieren un trabajo, un techo y un estómago lleno de vez en cuando. O se unen a nosotros en las colinas y luchan”.

“Es difícil de imaginar”, dijo Bird. “Incluso después de donde hemos estado”.

“Es más difícil imaginar una ciudad donde nadie tenga sed”, dijo Hijohn. “Eso es por lo que estamos luchando, pero todavía es difícil creer que realmente pueda ser cierto”.

“Nadie tiene sed en mi ciudad”, dijo Bird. “Nadie pasa hambre. Nadie está en prisión”. Incluso a él, las palabras le parecieron improbables, un artículo de fe más que un recuerdo sólido. “Pero la epidemia nos afectó duramente. No sé qué queda ahora. Por eso tengo que volver, para descubrirlo”.

“Supongo que no cambiarías de opinión y regresarías al sur, a las colinas”. –Preguntó Hijohn. “Seguro que nos vendría bien alguien como tú. Siempre había oído historias sobre brujas del norte con poderes sobrenaturales. Pero ahora que te conozco, hombre, ¡les creo!”.

Bird se rió. “Mis poderes no son sobrenaturales. De hecho, en cuanto a poderes, son bastante mediocres”.

“Entonces no estoy seguro de querer conocer a aquellos que considerarías bien dotados”.

“Háblame de las colinas. ¿A quién te refieres cuando dices “nosotros”?”

“Ven y míralo por ti mismo. Estamos luchando por lo que tienes. Luchando contra los mayordomos y los milenaristas. Aquí abajo no es tan fácil”.

“Allí arriba no fue fácil. La gente murió. Pero lo logramos. Nos liberamos”.

“Por un tiempo”, dijo Hijohn.

“Por un tiempo”, asintió Bird. “Sabemos que podrían regresar en cualquier momento y no sé qué haríamos si vinieran”.

“Lo que hacemos”, dijo Hijohn. “Luchar. Pasar sed. Morir. Quizás ganar algunas batallas pequeñas, de vez en cuando. Pero si tuviéramos a alguien como tú que nos enseñara lo que sabes...”

“No he visto mi casa en diez años, hombre. Ya no sé quién está vivo ni quién está muerto. Probablemente todos mis padres creen que estoy muerto.

“Así que hace años que terminaron de llorar por ti”, dijo Hijohn. “¿Por qué reabrir viejas heridas? Ven al sur, sólo por un tiempo”.

“Lo pensaré”, dijo Bird, para calmarlo. “Pero hay algo más que quiero saber”.

“¿Qué?”

“¿Por qué ambos se llaman John?”

“Es una tradición”, dijo Hijohn. “Cuando vas al cerro, dejas tu nombre atrás. Te vuelves anónimo: John Doe. Y es para hacer honor a Juan el Conquistador, el espíritu que vino de África con los esclavos, que trae esperanza a los desesperados. Porque, sinceramente, no tenemos muchas

esperanzas de ganar. Pero de todos modos estamos luchando”.

Bird escuchó lo que no dijo: Estamos desesperados. Sintió la voluntad de Hijohn como un tirón físico. Los ojos del hombre estaban fijos en él; Incluso en la oscuridad, Bird podía sentir su brillo. Pero tuvo que volver a casa. Tenía que averiguar si todavía tenía un hogar.

Hijohn guardó silencio. Bird podía oler el viento de salvia que surgía de la tierra y soplaba hacia el mar.

Littlejohn bostezó. “Estoy aniquilado. Ustedes dos deben estar realmente derrotados”.

“Sí, vamos a dormir ahora”, dijo Bird. “Por la mañana podremos decidir adónde ir”.

Cuando salió el sol, el frío de la noche se había filtrado en cada músculo y hueso del cuerpo de Bird. Tenía un dolor intenso y estaba seguro de que Hijohn se sentía peor. Pero el viento fresco que soplaba sobre el agua sabía a mareas desatadas. Bird ofreció gratitud a los espíritus, por la niebla húmeda en su rostro, por la ausencia de muros entre él y los elementos. Comieron manzanas y las últimas bayas.

“¿Todavía estás decidido a ir al norte?” –Preguntó Hijohn.

“Sí”, dijo Bird. “¿Y tú? ¿Sigues yendo al sur?”

“Sí”.

“¿Cómo vas a moverte por el campo si regresas por el lugar de donde acabamos de venir?”

“Mirando”. Hijohn se inclinó y garabateó un tosco mapa en la tierra con un palo. “Puedo adivinar aproximadamente dónde estamos. Aquí está el campo de trabajo, en esa zona plana, y aquí están estas colinas al norte. Pero todo está en esta especie de protuberancia que sobresale de la costa. Voy a dirigirme hacia el este hasta encontrar las colinas costeras del sur, las Motherrocks, las llamamos. Corren todo el camino de regreso a Angel City”.

“¿Podrás llegar tan lejos? ¿Solo?”

“No tendré que hacerlo. Sé dónde encontrar amigos en estas montañas. Pero al norte de aquí no hay mucho. Te topará con las dunas, donde no hay demasiada cobertura, y luego volverás a las colinas. Más arriba, cuando te acercas a Slottown, hay un tramo donde la antigua Carretera de la Costa discurre justo al lado de la playa. El ejército todavía utiliza la carretera y no se puede pasar por ella hacia el este; Tienen la zona minada. Si logras atravesar las colinas irlandesas al oeste de Slottown, te encontrarás con amigos nuestros que podrán ayudarte”.

“Gracias”, dijo Bird. “¿Y tú, Littlejohn?”

Él se encogió de hombros. “No hay nadie esperándome en el sur. Supongo que me quedaré contigo por un tiempo”.

“Bueno, entonces esto es un adiós”, dijo Hijohn. “De alguna manera no parece suficiente sólo decir gracias, pero ahí está”.

“*De nada*”, dijo Bird. Puso sus manos sobre los hombros de Hijohn, enviándole un último flujo de energía que alivió sus propios músculos mientras se levantaba de la tierra. “*Que te vaya bien, que vayas con Diosa. Que nunca pases hambre. Que nunca tengas sed*”.

“¿Qué significa eso?” –Preguntó Littlejohn.

“Que te vaya bien, que te vayas con la Diosa. Que nunca pases hambre. Que nunca tengas sed”.

“Nunca tengas sed”, dijo Hijohn, como si estuviera considerando la idea.

“Feliz encuentro y feliz despedida”, dijo Bird. “Eso es lo que dicen las brujas”.

“Recuerdo que mis padres decían eso”, dijo Littlejohn. “Y feliz reencuentro”.

“Cuídate”, dijo Hijohn.

Bird llenó los bolsillos de Hijohn con manzanas y bellotas. Observaron cómo Hijohn avanzaba lenta y cuidadosamente por el lecho del arroyo. Dobló una curva y desapareció.

“Vamos”, dijo Bird. *“Vámonos”*.

Capítulo V

Encima del lavabo, en la pequeña sala de limpieza junto a la sala de epidemias, alguien había colocado un cartel: USE SU MÁSCARILLA; PREVENGA LA PROPAGACIÓN DE ENFERMEDADES. Debajo, con una letra que reconoció como la de Sam, había una nota escrita a lápiz: *¡Esto se refiere a ti, Madrone!* Madrone sintió una fuerte tentación de garabatear algo desagradable, pero se contuvo. No importa cuántas veces le explicara, él parecía no poder entender que ella tenía otras formas de protegerse. Y si fallaban, la gasa era inútil.

Puso las manos sobre el fregadero y respiró hondo, renovando su conexión a tierra, su conexión con la tierra. En silencio, comprobó su propia aura y renovó sus protecciones, los guardianes que había creado para sí misma en los mundos *ch'i*. Se los imaginó zumbando a su alrededor como un enjambre de abejas espirituales. Luego esperó,

mirando el espejo hasta que los patrones rotos de luz se unieron como una imagen, un reflejo de algún otro reino. Después de un momento, vio tomar forma un rostro: femenino, viejo. Las líneas que cruzaban el rostro se convirtieron en una red de luz, como una telaraña que brilla bajo la luna sobre un estanque oscuro. Madrone sintió unas manos detrás de las manos, un poder en el que podía apoyarse. Se giró y entró en la sala.

La gran habitación estaba llena de camas. La mayoría de ellas estaban llenos de niños, que eran especialmente vulnerables a la enfermedad. Al final del pasillo había salas para personas mayores y mujeres embarazadas; las visitaría más tarde. Se quedó allí un momento, respirando el aire que llevaba el dulzón olor de la muerte. Por encima flotaba el olor acre de la moxa, la hierba que Lou estaba quemando al lado de un niño que yacía inmóvil, con la espalda llena de agujas de acupuntura. Observó cómo Lou quitaba las agujas, le daba palmaditas en el hombro al niño y lo cubría con la manta.

No podía mirar a Lou sin pensar en Sandy. Tenían el mismo cabello negro y sedoso, aunque Lou lo recortaba y Sandy lo había dejado crecer casi hasta la cintura. Por lo general, lo llevaba cuidadosamente envuelto y metido en la nuca, pero cuando hacían el amor lo bajaba para cubrirla como una tienda de campaña. Ella se había acostado muchas veces con su cabeza acurrucada cerca de la de él, dejando que sus dedos jugaran con ese cabello, cada mechón por separado

tan grueso y recto y espaciado lejos de los demás, un bosque en el que podía vagar.

Los ojos de Lou la observaron con curiosidad por encima de la máscara blanca que ocultaba el resto de su rostro.

“Te perdiste la reunión, amor”, dijo. “Sam prometió que si te pillaba a ti o a cualquier otra persona sin máscara, nos haría a todos una demostración de disección in vivo”.

“En otras palabras, te desollará viva”, dijo Aviva, acercándose detrás de ella. “Habla en serio, Madrone. Esta vez está realmente alborotado”. Sus propios rizos tupidos estaban cubiertos con una gorra y su vestido blanco estaba impecable.

Madrone negó con la cabeza. “Él sabe que no es así como trabajo. ¿Desde cuándo establece él las reglas para nosotros?”

“Todos estuvimos de acuerdo con eso”, dijo Lou.

“¿Cuándo? Nunca lo hice”.

“Si te pierdes las reuniones, te pierdes las decisiones”, dijo Lou.

“Era mi día en el Consejo. No puedo estar en dos lugares a la vez”.

“¿No?” Lou arqueó las cejas. “¿Qué clase de bruja eres?”

“La Malvada Bruja del Oeste”, dijo Madrone, pero fue a buscar una máscara a la sala de limpieza y se la puso. Al cubrirle la boca, se sintió alejada, aislada. “Odio esto”.

“Pero, ¿a quién le gusta?” –Preguntó Aviva.

“Pareces cansada”, dijo Lou. “¿Has dormido algo?”

“Estás trabajando demasiado”, dijo Aviva.

“¿Lo creen? ¿Están simplemente holgazaneando por aquí, ustedes dos, desde las seis de la mañana hasta la medianoche?”

“Languideciendo con los inflados estipendios de los sanadores”, dijo Lou. “¿Cómo estuvo el Consejo?”

“La gente está empezando a asustarse”, les dijo Madrone, informándoles de las decisiones que se habían tomado.

“Todos tenemos miedo”, dijo Aviva. “¿Qué opinas de la enfermedad? ¿Crees que es un arma?”

“A mí, por mi parte, no me importa”, dijo Lou. “No me importa si se trata de un complot de la mayordomía, un juicio de un Dios vengativo o un intento equivocado de comunicación por parte de extraterrestres. Sólo quiero deshacerme de ella. Y no quiero discutir eso”.

“¿Qué necesitan de mí aquí?” –Preguntó Madrone.

“Una cura milagrosa”, respondió Lou.

“¿Y mientras trabajo en ello?”

Conversaron durante unos momentos sobre el progreso de tus casos. Luego Lou y Aviva siguieron adelante, mientras Madrone se quedó quieta por un momento y escudriñó la habitación, dejándose caer un nivel más abajo en trance, de modo que los cuerpos desaparecieron en un juego de luces. Estaba buscando una oportunidad, alguien o algo que la llamara. Tiene que haber alguna forma de *encontrar* esto, pensó. Diosa, muéstramelo e iré a donde me lleve, daré lo que sea necesario.

Luces brillantes y luces tenues, líneas y sombras tiraban y bailaban. Por fin distinguió la forma de una niña, acostada en una cama en un rincón. Se acercó, levantó a la niña y se sentó, apoyando su espalda contra la pared. La niña estaba semiconsciente y Madrone podía oler la dulzura de la descomposición en su aliento. Dejó que su propio aliento la llevara hacia abajo, hacia abajo. Hasta donde desaparecieron los sonidos y los olores, hasta el nivel donde todo era energía *chi*, y, más abajo, hasta el lugar donde el miedo, el dolor y la luz de los espíritus que se movían a través del velo dieron paso a algo aún más profundo. El nivel de *causa*.

Automáticamente las manos de Madrone calmaron a la niña, movieron energía para reducirle la fiebre. Pero detrás de las manos de Madrone había otras manos; detrás de su rostro se escondía el rostro de la Vieja, *la Vieja*, cuyo otro nombre era la Parca. Donde estaba ahora Madrone, el mundo superior parecía oscuro. Estaba en el vientre de la Mujer Araña, donde las líneas de probabilidad se tejían en telarañas y redes. Podía verlas, algunas resplandecientes y relucientes, otras apagados y rotas, algunas llenos de una dulce fragancia como de hierbas frescas, y algunas oliendo al dulce hedor de cetonas de muerte.

En este lugar, los patrones de probabilidad estaban dispuestos como cambios en un paisaje, colinas, valles huecos y caminos con curvas. Pero ella había estado allí antes, una y otra vez, recorriendo camino tras camino, cazando, sin encontrar causa ni cura para la fiebre. Tenía que haber otra manera.

Había otra forma de curarse, una forma peligrosa, una forma contra la que todos los que la habían entrenado le habían advertido. Sanadores habían muerto intentándolo. Pero ella iba a tener que hacer algo. No podía soportar volver a pasar por el 38. La ciudad no podría sobrevivir a otra epidemia masiva. Incluso ahora, su supervivencia era precaria; había demasiado trabajo por hacer y no había suficientes manos para hacerlo. Pero había más: había límites a lo que la gente podía perder.

¿Soy lo suficientemente fuerte?, se preguntó ella.

El silencio resonó en todos los niveles de posibilidades. Nadie le respondería. Diosas y dioses, ancestros y orishas recorrían estos caminos, pero ninguno aparecería y la guiaría en esta elección. Era sólo suya, su *geis*, tal vez. En su mente usó la antigua palabra celta para el desafío que tienes que aceptar, la tarea que no puedes rechazar, el tabú que está condenado a romperse.

La niña gimió en su regazo. Tenía unos seis años y sus largas trenzas marrones estaban atadas con cintas azules. Alguien amaba a esta niña, le trenzaba el cabello cuidadosamente y disfrutaba de su belleza.

Deliberadamente, Madrone abandonó sus defensas, visualizando una apertura en su propia aura, desestimando sus protecciones y quitándose la máscara. Incluyó la cabeza sobre el abdomen de la niña para succionar la enfermedad de su plexo solar, sintiendo al mismo tiempo que la antigua boca de la Segadora atraía la cosa esquiva que *buscaba* fuera del cuerpo del niño hacia el suyo. El aura de la chica brilló intensamente.

Era una de las formas de curación más antiguas conocidas y la más arriesgada. Absorber la enfermedad; luego curarla dentro de ti.

Casi al instante, Madrone empezó a temer haber cometido un error. La enfermedad se movía muy rápido. Podía sentir que le zumbaban los oídos y un rubor febril le subía a la piel. No podía ver, pero sintió algo corriendo dentro de ella, corriendo hacia su cerebro. Si llegaba allí antes que ella... pero ya no tenía sentido. Se sintió mareada y se desplomó contra la pared mientras el sudor le brotaba de la frente. Intentó recurrir al poder. ¿Dónde estaba la Vieja, *La Vieja*? Ahora la propia Madrone sentía que la vejez se arrastraba como un dolor a través de sus huesos. Su sangre ardía, quemando su juventud.

Diosa, ¡esta cosa se movía rápido! ¿Por qué no podía recordar ninguna Diosa, ningún nombre de poder? ¿O cómo usar su poder? Cosas que sabía desde que era niña. Deseó ser una niña; quería a su mamá, pero mamá Rachel había muerto hacía mucho tiempo en la lejana Guadalupe. Y Rio había venido por ella y la había traído de vuelta a California para que estuviera a salvo, pero ahora él estaba muerto, y Johanna estaba muerta, y sólo quedaba ella, junto con Maya: Yemayá, ese era un nombre de poder, ese era el océano, esa era la verdadera madre quien podía salvarla o ahogarla.

Me estoy ahogando, mamá. Ayúdame, envíame algo, alguien que me ayude.

Había un sonido en sus oídos como el rugido de la marea, y una luz en sus ojos como una luna sobre el agua, una luna

vieja, una luna de Anciana, la guadaña creciente de la Parca. La marea subió a sus pies; estaba oscura, viva, y a medida que retrocedía dejaba atrás una forma que se deslizaba, giraba en espiral y se alzaba con dos cabezas (cabezas de serpiente con bocas rojas, abiertas y colmillos) que se giraban para mirarla con sus ojos entrecerrados.

Las escamas de la serpiente brillaban a la luz de la luna, nacaradas, iridiscentes. Madrone se acercó con las manos extendidas.

“Coatlicue, Falda Serpiente”, susurró. “Tiamat, Madre de todos los Dioses. Déjame entrar en ti, escóndeme, sálvame”.

La serpiente siseó como la marea que retrocede sobre una orilla de grava. Las cabezas se arquearon, se giraron para mirarse unas a otras y se fundieron en una sola, con una gran boca abierta que se inclinaba hacia Madrone. Olía a sangre y agua de océano. Vio la lengua viva y veloz, mientras la alcanzaba, envuelta alrededor de su cintura. Luego la oscuridad se cerró sobre ella, y ella estaba ardiendo y ahogándose al mismo tiempo, hasta que pudo abrir los ojos nuevamente y mirar por encima del hocico de amplias escamas de la serpiente.

Se retorció, gateaba, se deslizaba sobre una red de hilos brillantes, con las fosas nasales abrumadas por el penetrante olor de la muerte. Algo todavía la perseguía y no tenía

piernas para correr, pero los músculos de su largo vientre se ondularon y ella se movió sobre ellos como olas.

Había perdido el sentido del tiempo. Se movía a través de un mundo de energías y causas que parecía un bosque de muchos tipos de árboles, lindando con el océano donde la luna todavía cabalgaba sobre las olas. Podía oler a su perseguidor en algún lugar del bosque, acercándose, *acercándose*.

Salió de los árboles a su derecha. De repente la tenía por la garganta, en el lugar blando en la base de su barbilla triangular, y ella se estaba estrangulando y jadeando, luchando por liberarse de las fauces de algo mucho más grande que ella. Intentó morder, pero su boca se cerró sobre el metal. Ella se arqueó y se retorció, ahogándose y jadeando por respirar. La cola de la serpiente se agitó hacia adelante y hacia atrás, atrapando a su atacante por detrás y soltándolo por solo un instante. Ella respiró hondo mientras unas garras se apoderaban de su espalda. Dientes afilados se hundieron en la piel sobre su columna; en un momento le cortarían el cordón y ella moriría. Reuniendo sus menguantes fuerzas, se agitó violentamente de un lado a otro, pero las garras resistieron. Entonces algo se desprendió de su espalda y se deslizó libremente, dejando atrás la piel desechada.

Lo que estaba enfrentando no se parecía a nada que hubiera visto antes. Ella lo veía como un insecto gigante pero construido, atornillado con formas de metal gris. Sujeto a su

espalda con un antiguo candado de bicicleta había un enorme trozo de cardo, lo que le recordó la forma en que apareció el virus del resfriado común. Mientras miraba, el plumón se elevó en el aire, levantó la cosa de metal y la dejó caer encima de ella. Luego volvió a luchar contra ello, pero cuanto más mordía y se retorcía, más se lastimaba. La cosa la agarró y la hizo girar. Podía ver el suelo girando y los árboles. En un momento, le volaría el cerebro. Iba a morir, como habían muerto Sandy y los demás. Esta cosa era más grande que ella y la mataría contra un árbol. Un madroño.

Madrone. Mientras decía su propio nombre, se despojó de nuevo, deslizándose fuera de su piel y navegando por el aire. La serpiente es pariente del pájaro, pensó, y cambió de forma, moldeando el *ch'i* de su cuerpo en patas y alas escamosas. Como un pájaro, se elevó hasta las copas de los árboles, dejando a la cosa sosteniendo una garra de piel de serpiente y escamas de colores.

No tuvo tiempo de descubrir qué clase de pájaro era, sólo que sus alas bajaban en azules y verdes iridiscentes y su cola era espléndidamente larga. El pájaro tembló, como en algún otro reino de la realidad, el cuerpo de Madrone se estremeció de fiebre.

Entonces la cosa atacó de nuevo, arrancando de raíz el árbol donde estaba posado el pájaro. Voló muy alto, pero cuanto más alto volaba, más se expandía la cosa. Como pájaro, apenas podía escapar. Ella no podía destruirlo.

Estaba perdiendo energía, demasiado débil para igualar la fuerza de la cosa o intentar crecer hasta su tamaño. Necesitaba descansar. Y ella sabía que el poder de la serpiente reside en mudarse y cambiar una piel por otra, dejar ir y dejar ir. Madrone sacudió prolongadamente sus propias alas y se retorció para liberarse, saliendo de la piel del pájaro, que revoloteó vacío hasta el suelo mientras ella se movía de nuevo, volviéndose muy, muy pequeña, una mosca escondida entre los cardos mientras la cosa tropezaba a ciegas, buscando.

Con cautela, se arrastró hasta el cerrojo que sujetaba el cardo al monstruo. Al encontrar el ojo de la cerradura, se hizo cada vez más pequeña, hasta que pudo meterse dentro. Uno a uno, abrió los pestillos de la cerradura. Se abrió el cierre y el cardo salió volando.

Podía oír al monstruo rugir de rabia. El sonido resonó a través de ella; le dolía el cuerpo y gritaba con ello, pero lentamente salió del ojo de la cerradura y bajó por el cuerpo de la cosa, por placas de metal ensambladas entre sí. Dio vueltas y vueltas, buscándolo. La superficie estaba resbaladiza pero sus patas de mosca se aferraban con fuerza y sus alas la ayudaban a mantener el equilibrio. Se movió a lo largo de su superficie brillante hasta que llegó a lo que parecía un gran tirafondo en el centro de la espalda de la cosa.

Necesitaba una herramienta. Pensó de nuevo en el océano, en la brillante luna creciente brillando más allá de su alcance. Necesitaba manos para alcanzar una forma como su propio cuerpo humano que yacía en algún lugar, sudando y jadeando, conteniendo esta batalla. *Mujer Serpiente*, madre de los cambios, déjame ser yo misma dentro de mí misma. Ella se movió nuevamente, tomando forma humana, aferrándose a la espalda de la cosa como un mono.

De nuevo, gritó y se retorció, dando vueltas y más vueltas, saltando, tratando de desalojarla. Ella aguantó, pero no pudo hacer nada más. No podía alcanzar el arco lunar, no podía cambiar nada. El monstruo se movía con una fuerza aterradora; a su alrededor los árboles se estrellaban; el tejido de la causa estaba desgarrado. Saltó y se estrelló sobre su espalda. El dolor la atravesó. Estaba aplastada, incapaz de respirar, con la cabeza y los ojos palpitantes. El bosque estaba destrozado y la playa llena de abismos. Una parte de ella sabía vagamente lo que estaba viendo: el reflejo del mundo *ch'i* del deterioro de su propio cuerpo físico. Ahora se abrieron agujeros en el océano, el agua fue succionada hacia remolinos, arrastrando consigo el viento, succionando la luna del cielo. Pronto se apagaría la luz. El fondo del océano emergió seco. Pero volvió a alcanzar la luna mientras se hundía y esta vez la atrapó, la agarró con fuerza en su puño.

En su mano, el arco lunar se convirtió en una llave inglesa. La cosa se levantó y empezó a retorcerse y retorcerse.

Aferrándose fuerte a su espalda con su mano izquierda, encajó la llave en el perno con su mano derecha y comenzó a girar.

El cerrojo se quedó congelado en su lugar y ella comenzó a sentir desesperación. No tenía fuerzas para girarlo. Tenía calambres en las piernas y su agarre se debilitaba. El sudor le corría por la cara.

“Mamá, Yemayá, Johanna, alguien, cualquiera”, susurró. *“Os suplico, os lo ruego, ayúdame”*.

Recurrió a sus últimas reservas de fuerza y las vertió todas en su abrazo, en su agarre. El monstruo se arrojó de un lado a otro; su cabeza fue sacudida hacia adelante y hacia atrás hasta que le dolió el cuello a causa del latigazo cervical. Pero ella siguió presionando la llave. Parecía moverse ligeramente. La cosa volvió a estrellarse y se arrojó encima de ella. Una vez más el dolor la atravesó. Su mano izquierda quedó paralizada, tan congelada como la garra metálica de la cosa.

La llave se deslizó del perno y, con un enorme esfuerzo, la retiró lentamente mientras la cosa volvía a levantarse, retorciéndose y girando. La llave seguía deslizándose del perno. Quería gritar de frustración, pero cuando logró agarrar el cerrojo nuevamente y girar, sintió un movimiento definido. Empujó con más fuerza y el cerrojo se movió un cuarto de vuelta.

Ahora, de repente, tuvo esperanza, y la esperanza le dio energía. Giró el cerrojo una y otra vez. El ritmo de la cosa empezó a disminuir. Bramó y se retorció, pero a sus movimientos les faltaba algo de fuerza. Le dolía todo el cuerpo, pero centímetro a centímetro, vuelta a vuelta, el cerrojo se fue soltando.

El final llegó de repente. El cerrojo giró, la cabeza del monstruo se desintegró y cayó al suelo. La dejaron sentada sobre un montón de escombros metálicos que olían a acetona.

Madrone se quedó quieta. Se sintió genial. En el mundo físico, su fiebre debía haber desaparecido. Había superado la crisis, pero estaba agotada en todos los niveles de su ser, como si le hubieran quitado la fuerza vital. Había ganado, pero se preguntaba si podría volver.

Poco a poco fue tomando conciencia de que el paisaje había cambiado. Tanto el bosque como el océano habían desaparecido. En cambio, estaba en un lugar donde todas las líneas de probabilidad estaban reunidas, como muchos hilos atados en una cuerda, como vías infinitas que convergían en caminos. Tres caminos. El cruce. Estaba en el lugar donde se unen tres caminos. Frente a ella, sentada en un taburete de tres patas en el polvo del cruce, había una anciana, muy anciana. Estaba vestida con una capa negra que parecía moverse y disolverse a su alrededor. Se parecía a *La Vieja* pero, mientras Madrone observaba, su rostro comenzó a

cambiar, volviéndose escamoso, sus huesos extendiéndose hacia afuera y los ojos entrecerrándose hasta convertirse en una cabeza de serpiente. Su vestido era rojo y negro, como la bandera de Guadalupe, pensó Madrone. Al oír un sonido suave, miró hacia abajo. El suelo bajo sus pies estaba lleno de serpientes, sus escamas iridiscentes brillaban y destellaban mientras se deslizaban, sus cuerpos emitían un suave sonido sobre la tierra, *shhh, shhh*. Y entonces pudo oírlos cantar, sus estrechas lenguas entrando y saliendo de sus bocas abiertas.

*Mujer Serpiente, cambia su piel,
Mujer Serpiente, muda su piel...*

El sonido del canto entraba y salía de un suave silbido que la rodeaba, y el rostro de la serpiente que la miraba se partió por la mitad. Debajo podía ver a *La Vieja*, Tiamat, Dama Dragón, Mujer Serpiente, la forma de Coatlicue, Madre de los Dioses a la que llamaban Cihuacoatl, la patrona de las parteras, su rostro blanco como tiza como si estuviera cubierto de hueso en polvo, en su espalda una cuna atada con correas de arcoíris. Madrone inclinó la cabeza en señal de respeto. Cuando levantó los ojos, la Mujer Serpiente le había quitado la cuna de la espalda. Se la tendió a Madrone.

Madrone metió la mano en la boca de la cuna, que de repente cobró vida, la boca de una serpiente, un canal de parto que pulsaba y empujaba algo que sus hábiles manos podían guiar hacia la luz.

Pero lo que ella dio a luz no fue un niño vivo sino un bulto envuelto en una tela roja y negra. Lentamente, lo desenvolvió. Dentro había un cuchillo de obsidiana negra.

De repente Madrone sintió frío, como si el polvo de huesos ya estuviera cayendo sobre su piel, lixiviando sangre y vida. ¿Es esto lo que significa entonces? pensó. ¿Muerte?

Cogió el cuchillo y en su mano se transformó en algo familiar, un bisturí quirúrgico, como el que usó después del parto para cortar el cordón umbilical. Cortar el cordón era completar el nacimiento, y dar a luz *era dar* a luz, lo que significaba dar luz, y la muerte misma era también un corte del cordón y dar luz. Quizás una luz mayor.

Anhelaba esa luz, caer en ella, arremolinándose hacia una profundidad más allá del abismo, hacia una quietud muy, muy profunda donde no había nada más que paz.

Desde su propio ombligo se enroscaba una cuerda, una espiral palpitante de color rojo y azul tan oscuro que era casi negro, una cadena que la sujetaba. Y el cuchillo podría liberarla. En un momento, cortaría el cordón y sería libre. En sólo un momento. Entonces recordó algo. ¿Qué?

Ella había estado en medio de algo; Había algo en lo que necesitaba pensar, pero ¿qué? En algún lugar donde tenía un cuerpo sintió, como desde una gran distancia, un toque. Escuchó un susurro. Su nombre. Madrone.

¿Qué?

Quería estar con Sandy. Y todos los demás: Rachel, Johanna, Rio. Con Bird. No había querido morir a manos del monstruo, pero en realidad, no le importaba en absoluto morir cuando *La Serpiente* le ofrecía la paz. La muerte sería tan tranquila...

El monstruo. La cosa... eso era en lo que tenía que pensar.

No, no fue la cosa, era... ¿qué? ¿Alguien?

La niña en su regazo. Y la niña en la cama de al lado, la mujer en la habitación de al lado, el anciano sufriendo. ¿Qué les debía? Su mera existencia pareció de repente agobiarla.

El cordón se retorció en sus manos. Se había convertido en una serpiente, un par de serpientes, cuyas cabezas enfrentadas se fusionaron en el rostro de *La Vieja/Mujer Serpiente/Tiamat/Hécate/Coatlicue*, todas con el mismo par de ojos desafiantes: no fríos sino implacables. Los ojos eran mechones grises que aparecían en su cabello, arrugas en el dorso de sus manos. Los ojos eran un destino.

Sus propias manos sostenían la cuerda y el cuchillo.

El cruce.

La mente de Madrone se movía lentamente, como un buzo bajo el agua, empujando contra todo el peso del océano.

Comprendió, de repente, que no estaba preparada para morir. Y que no era la muerte la implacable sino el largo brazo de la vida, que llegaba, siempre llegaba, con la oferta de elegir.

Ella elegiría la carga de su visión.

“Préstame tu cuchillo”, dijo Madrone, “y seré tu instrumento”.

Tenía los ojos abiertos y alguien los miraba, frotándose las manos y llamándola por su nombre. Ella parpadeó y respiró hondo.

“Madrone”, dijo la voz. “Soy Aviva. Madrone, ¿puedes oírme? ¿Sabes quién soy?”

Madrone asintió. El movimiento le provocó náuseas. “Estoy bien”.

“¡Gracias a Dios!”

La niña en el regazo de Madrone dormía plácidamente. La colocó suavemente en el suelo. Cada movimiento hacía que se le revolviera el estómago.

“¡Arriba!” –le jadeó a Aviva, quien la ayudó a levantarse. Luego corrió al baño y vomitó.

Se agachó en el baño, sacudida, temblando. Lentamente, se arraigó, invocó el fuego de la Tierra para curar las heridas que no se mostraban porque no estaban en su cuerpo físico. Heridas del espíritu.

Estaba tan cansada. Pero en sus palmas ardía un fuego, un poder que exigía ser utilizado. Agarrando el borde del fregadero, se puso de pie. Le temblaban las piernas. Tuvo que sostenerse con una mano mientras con la otra se mojaba la cara. Respirar. Suelo. Estaba viva y esa fue la primera victoria. Había logrado este poder, y esa era otra, incluso cuando su cuerpo le gritaba que descansara. Otro respiro y pudo mantener el equilibrio sobre sus pies. Otro, y otro, y sí, podía caminar, sin ayuda, de regreso a la sala.

“¿Qué pasó?” Aviva estaba esperando, limpiando con una esponja a un niño enfermo. “Pensé que también te habíamos perdido, por un momento”.

“Estoy bien”, dijo Madrone, pero le era difícil hablar, porque todavía estaba mayormente en el mundo de telaraña de las líneas cambiantes del destino. Sus manos estaban en llamas. Pudo ver al niño que Aviva cuidaba, y cuando el fuego de sus manos tocó la garganta del niño, algo cambió. Algo huyó. Sí, ese era el camino... y era tan fácil ahora, excepto que tenía muchas ganas de dormir, pero entonces algunos morirían, mientras ella dormía, y si pudiera respirar, dar un paso más hacia otra cama y poner fuego de serpiente sobre otro destino, y otro, y otro...

Si pudiera olvidar el sueño, el descanso, la comida y el tiempo, algo fácil de hacer aquí en el centro atemporal, y dejar que este momento de curación se convirtiera en su morada...

Cinco horas después, se desplomó.

Capítulo VI

Un cuervo negro se convirtió en el guía de Bird. Lo vería volar ante ellos, para revelar un camino a través de un barranco, o lo escucharía llamar, indicándoles que tomaran un camino determinado en un cruce. Él y Littlejohn siguieron senderos y caminos de tierra cubiertos de maleza y caminos rurales, a veces emergiendo a un tramo de pavimento roto y combado por las raíces de los árboles, a veces perdiendo cualquier apariencia de sendero; arrastrándose sobre manos y rodillas a través de la maleza. El cuervo los condujo a través de las dunas que bordeaban la zona montañosa y aleteó en un jardín abandonado junto a un lago pantanoso y llano, donde pudieron recolectar uvas y tomates. Todavía tenían hambre, pero sobrevivirían.

Caminar sobre la arena de las dunas tensó los doloridos músculos de Bird, pero siguió adelante. A veces podían seguir un sendero sobre acantilados que daban al agua. Bird

había intentado, en las colinas, alejarse de las extensas enredaderas de roble venenoso, pero al tercer día sentía picazón y se sentía miserable.

“Nunca antes me había afectado”, se quejó Bird. “Solía poder revolcarme en esas cosas y nunca me molestó”.

“Orina en ello”, dijo Littlejohn. “Eso quitará la picazón”.

“¿Estás seguro?”

“De todos modos, ayudará. ¿No puedes curarlo?”

“Estoy haciendo lo que puedo. Pero en realidad no soy un sanador. Cuando hay una situación de vida o muerte, a veces algo se apodera de mí, pero ahora parece haberme abandonado. Si Sandy estuviera aquí, tendría una hierba para la picazón, y Madrone... puede hacerte sentir mejor con un gesto de la mano.

“¿Quiénes son?”

“Mi familia. Mis amantes. Si todavía están vivos”.

Guardaron silencio. El largo rugir y el silbido de las olas llegaron hasta donde estaban sentados, escondidos bajo las ramas protectoras de un roble.

“¿Qué pasará cuando lleguemos a tu casa?” –Preguntó Littlejohn de repente.

“Serás bienvenido allí”.

“¿Sí? Ya veremos”.

“Lo digo en serio”.

“Seguro. Tu familia estará muy feliz de verte regresar a casa arrastrando a un maricón que recogiste en el Pozo.

“Littlejohn, cuando digo mi familia, me refiero a todos mis amantes y todos sus amantes e hijos y ex amantes y todos, y la mitad de ellos son maricones, al menos la mitad del tiempo. La consideramos una palabra de la que estar orgullosos”.

“¿Van a dar la bienvenida a la competencia?”

“No pensamos así”.

“Seguro que no”.

“No estoy diciendo que nadie se ponga celoso. Pero lo solucionamos”.

“Si seguro. Mira, Charlie, lo que hicimos en el Pozo no necesariamente se traslada afuera. Así lo entiendo”.

“No”.

“Venimos de mundos diferentes. Eres una verdadera bruja. Tienes poderes. Yo, lo único que realmente sé sobre

la magia es que te convierte en presa fácil para cualquier cabrón del demonio al que se le ocurra matarte. Cuando vuelvas con los de tu propia especie, no querrás andar conmigo”.

“Yo te enseñaré”, dijo Bird. “Todos te enseñaremos”. Pero estaba tratando de convencerse a sí mismo, porque sospechaba que tal vez Littlejohn tuviera razón. Sus cuerpos se unieron, pero persistían barreras que Bird no podía cruzar y tal vez temía hacerlo. Littlejohn se mostró opaco con él.

“Diablos, Charlie. Cuando me conozcas fuera del garito, ni siquiera te agradaré”.

“No digas eso”.

“Es la verdad”.

Una parte de Littlejohn ya se había juzgado a sí mismo, o había aceptado el juicio de un mundo que en realidad nunca lo quiso más que muerto o como algo para usar y tirar, un trapo para limpiar una verga que gotea. Bird quería luchar contra esa cosa, el demonio de Littlejohn, pero no podía decir las palabras de desafío o tranquilidad porque no sabía si eran ciertas. No conocía a Littlejohn, en realidad, no en el fondo del alma, donde contaba, y añoraba a las personas que conocía, que se abrían ante su toque y compartían el mismo terreno.

“Bueno, no tiene mucho sentido preocuparse por eso”, dijo finalmente Bird. “Es posible que nunca lleguemos a mi casa. Y es posible que allí no quede nadie vivo si lo hacemos”.

“Sí, siempre existe esa posibilidad”, dijo Littlejohn. “Pero de alguna manera creo que encontrarás a tu gente”.

“Gracias”.

“Si se parecen en algo a ti, serán muy difíciles de matar”.

Dormían acurrucados juntos para protegerse del frío, escondidos entre las raíces de los árboles. Bird formó un círculo de protección a su alrededor y colocó barreras, siguiendo las formas del ritual aunque no sentía mucho poder. Pero el poder sigue a la práctica, siempre decía Maya. Cuanto más usara su magia, más fuerte se volvería.

Esa noche, en sus sueños, se convirtió en un halcón, volando sobre las colinas del norte. Las colinas estaban verdes, como si estuvieran a principios de primavera después de un invierno lluvioso. En una cala azul se alzaba una estructura abovedada, la antigua central nuclear que había sido renovada a principios de los años veinte. Bird podía ver su campo de energía, como un ser vivo, y las pequeñas chispas en su interior que eran los espíritus de los hombres que la operaban. Una a una, las chispas se fueron

apagando. La cúpula empezó a brillar y la hierba y los árboles empezaron a morir.

Despertó temblando y sudando. Había tenido ese sueño antes. ¿Cuándo?

“¿Qué ocurre?” –Preguntó Littlejohn.

“Solo un sueño. Un viejo sueño. Nada”.

“Estás temblando”.

“Creo que es parte de lo que todavía no puedo recordar. Cómo llegué aquí en primer lugar. Lo que hice”.

“No te preocupes por eso”, dijo Littlejohn. “Estamos saliendo. Eso es suficiente para ocupar tu mente”.

A medida que avanzaban hacia el norte, Bird se ponía cada vez más nervioso. Pronto llegarían al lugar donde la costa se curvaba hacia el este para encontrarse con la convergencia de la antigua Carretera de la Costa con la Inland Highway. Hijohn les había advertido que la carretera discurría a lo largo de la playa a lo largo de casi diez millas, sin camuflaje. Podía *sentir* que la carretera se acercaba a ellos, atrapándolos en un estrecho callejón sin salida. Si estaban siendo perseguidos, se estaban acercando al lugar perfecto para una emboscada. Pero el cuervo los instó a seguir adelante.

Al caer la noche, Bird pudo distinguir una línea plateada de valla. Sintió el aura de una barrera electrónica.

“Paremos”, dijo. Esperaron a que cayera la noche. El terreno vallado que tenían delante estaba marcado con carteles militares. Donde la carretera se curvaba hacia el borde de la costa y comenzaba la valla había una puerta y un puesto de control donde patrullaban guardias armados.

Tal vez podría cortar la electricidad el tiempo suficiente para que pudieran cruzar la valla, pero eso podría alertar a los guardias de su presencia, y todavía les quedarían kilómetros por recorrer en una carretera con poca cobertura, donde había más vehículos de los que jamás recordaba haber visto. Un camión aceleró arriba y abajo, con los faros deslumbrantes.

Bird miró pensativamente el agua, donde los reflectores brillaban a intervalos regulares. Hizo una mueca. Podría estar contaminada con cualquier cosa, desde aguas residuales hasta radiación. ¿Pero qué opción tenían?

“¿Sabes nadar?” –le preguntó a Littlejohn.

“No, lo siento”.

Bird lo consideró. La cerca llegaba hasta el agua, pero él no sabía hasta dónde profundizaba. Se quitó la ropa.

“Espera aquí”, dijo. Un reflector brilló en el frente de la cerca, pero lo cronometró y salió corriendo durante la sombra, golpeando el suelo y rodando cuando la luz regresó. Se arrastró por el borde de la valla y se sumergió en el agua. Hacía un frío que entumecía los huesos. Las olas chuparon sus piernas, tratando de hundirlo. Pero la valla terminaba antes de que pudiera salir de su profundidad. Podrían hacerlo... apenas.

Con cautela, regresó junto a Littlejohn, le pidió que se quitara la ropa y lo siguiera. Bird enrolló sus ropas en un bulto apretado y lo balanceó sobre su cabeza mientras conducía a Littlejohn hacia las olas. Por un terrible momento, el reflector los iluminó. Se congelaron y se arrodillaron en el agua helada. Pero la luz pasó y nadie los persiguió.

Salieron arrastrándose por el otro lado. La barrera al borde de la carretera formaba una línea de sombra lo suficientemente profunda como para que pudieran tumbarse, uno al lado del otro, acurrucados para restaurar algo de calor a sus cuerpos fríos. El plan de Bird era moverse en esa sombra, arrastrándose si era necesario y corriendo cuando los reflectores se lo permitieran. Un espeso banco de niebla cubría el cielo, ofreciendo cierto escondite a pesar de que la luna estaba casi llena, arrojando una luz nacarada y difusa. No podían esperar a que se pusiera la luna, lo que no sucedería hasta casi el amanecer. Tenían que darse prisa; tenían que estar fuera de la base o bien escondidos a la luz

del día, por lo que instó a Littlejohn a que se pusiera los pantalones y la camisa andrajosa y partieron.

Si permanecían de rodillas, los reflectores y los faros pasaban por encima de ellos. Durante los períodos de oscuridad, podían correr, tirándose al suelo accidentado cuando regresaba la luz. Era una manera difícil de viajar. Bird pensó en los peregrinos que se arrastraban hacia lugares sagrados para hacer penitencia. Pronto le sangraron las rodillas y le rasparon las manos, pero no les quedó más remedio que seguir adelante.

Después de varias horas, Bird empezó a preguntarse cuánto tiempo podría seguir obligando a su cuerpo a moverse. No tenía idea de cuánto terreno habían cubierto. ¿Ocho millas? ¿Nueve? El cielo del este empezó a brillar con una tenue luz gris y las estrellas desaparecieron. Instó a Littlejohn a seguir adelante. Le pareció ver otra línea de valla delante de ellos, tal vez a un kilómetro y medio de distancia, donde la carretera se curvaba hacia el interior y las colinas costeras sobresalían hacia el oeste. Allí encontrarían refugio si cruzaban la valla antes de que amaneciera.

El gris se volvió rosa y el negro se volvió azul. Iban a buen ritmo, pero no lo suficiente. “Corramos”, le dijo a Littlejohn, quien asintió. Abandonaron su cauteloso avance y corrieron a toda velocidad. Bird sintió que su cuerpo le obedecía sólo porque se negaba a considerar la posibilidad de que no lo hiciera. No le quedaba fuerza ni velocidad real, pero de

alguna manera lograron llegar a la valla. Estaba marcada con una calavera y unas tibias cruzadas y un cartel ADVERTENCIA: TERRITORIO TÓXICO.

Lo que fuera que hubiera al otro lado no podía ser tan tóxico como lo sería este camino para ellos en unos minutos. Bird puso su mano sobre la cerca y envió una chispa de energía para cortar la electricidad. Ya no importaba si se alertaban a los guardias; mientras superaran la valla podrían esconderse en la espesa maleza al otro lado del camino. Littlejohn subió rápidamente a la cima y Bird se dispuso a seguirlo. Subió unos metros y luego su pierna mala se congeló. Sus músculos se negaron a trabajar.

Bird estaba atrapado a medio camino, sudando. Littlejohn miró hacia atrás y lo vio. “Vamos”, susurró.

“Continúa”, dijo Bird. “No puedo recuperarla”.

Littlejohn se giró, saltó la valla, agarró a Bird y lo levantó por encima. Cayeron juntos al otro lado, aterrizando pesadamente y sin aliento. Después de un momento, Bird se sintió a sí mismo. Estaba magullado, pero no había nada roto.

“¿Estás bien?” –le preguntó a Littlejohn.

“Sí”.

“Gracias. Vamos a salir de aquí”.

Sólo una pequeña carretera lateral los separaba de una nueva cadena de colinas. Pronto la cruzaron y se adentraron en la maleza. Recorrieron otra milla desde la puerta antes de que el cuerpo de Bird finalmente cediera. Tuvo las fuerzas suficientes para arrastrarse hasta el refugio de un bosque de robles y dibujar un círculo mágico a su alrededor. Luego se desplomó. El sol brillaba entre las hojas, secaba sus ropas y calentaba sus cuerpos, pero ellos no se daban cuenta. Durmieron.

El día pasó y el sol pasó, dibujando una línea de sombra a su paso. Bird sintió el frío mientras dormía, se movió y abrió los ojos. Littlejohn todavía estaba dormido. Bird quería levantarse, pero tenía los músculos tan rígidos que descubrió que sólo podía darse la vuelta muy lentamente y levantarse con los brazos hasta quedar de rodillas. Al levantar la cabeza, se encontró mirando el cañón de una antigua escopeta.

Por un momento, todo lo que podía ver pareció claramente delineado por la luz. Una hoja, una rama, un trozo de tierra quedaron impresos en sus retinas, las últimas imágenes que llevaría consigo al mundo de los espíritus. Sabía que no podía correr; debió haber machacado todos los músculos de su espalda y caderas, y le dolía tanto el cuello que sólo podía seguir levantando la cabeza muy lentamente.

Si no podía correr, tendría que morir; era tan simple como eso. Nunca volvería a estar en prisión.

Pero cuando sus ojos recorrieron el cañón del arma, se dio cuenta de que no estaba frente a ningún guardia. Las manos que sostenían el arma eran marrones, agrietadas y sucias, con uñas rotas, pero innegablemente femeninas. Los brazos estaban conectados a un cuerpo que tenía pechos bajo una andrajosa camisola de algodón. Y el rostro... pero cuando llegó al rostro, se quedó helado de nuevo. El rostro no se parecía a nada que hubiera visto antes. Al principio parecía un enorme agujero; luego distinguió un labio inferior, coronado por un labio superior partido en dos alrededor de una herida abierta donde debería haber estado la nariz. El rostro estaba enmarcado por rastas salvajes y despeinadas. Y los ojos...

Pero los ojos lo captaron. Eran marrones, muy anchos bajo unas cejas bien formadas, y mientras los miraba se sumergía en sus profundidades. Hacía años que no miraba unos ojos así, pero ahora podía mirar fijamente, detenidamente, unos ojos que se abrían y entraban en él, que leían exactamente lo que estaba pensando y sintiendo, que permanecían firmes bajo su primer shock. Se preguntó cómo sería vivir detrás de ese rostro con esos ojos conocedores. Nunca interpretarían mal la repulsión o el rechazo. Pero lo que sintió, en lo más profundo, fue compasión.

“¿Quién es nuestra madre?” dijo una voz de hombre detrás de él.

Se puso de pie y se giró. Nadie había allí. ¿Estoy escuchando cosas ahora? Se preguntó, pero luego miró hacia una pistola apuntada hacia él, sostenida por un hombre que terminaba en las caderas. Era musculoso y atractivo, con redondos ojos azules y una espesa y rizada barba negra que cubría la mayor parte de su rostro marrón roble, pero donde deberían estar sus piernas, Bird no vio nada, como si su tronco hubiera surgido del suelo.

“¿Quién es nuestra madre?” dijo el hombre de nuevo.

Quizás esto fuera una consecuencia de las drogas que les habían administrado. Littlejohn empezó a moverse y Bird recordó, de repente, su primer encuentro con Hijohn.

“La Tierra es nuestra madre”, dijo Bird.

“Debemos cuidar de ella”, dijo una voz desde su izquierda.

Littlejohn levantó la vista. Estaban rodeados por un círculo de figuras armadas, algunas con rostros extrañamente distorsionados, a otras les faltaba una mano o un brazo o tenían alguna extremidad marchita colgando. Bird contó siete de ellos.

“¿Quién eres?” La primera mujer habló. Su voz era espesa y algo distorsionada, pero resonaba con un tono de

confianza y autoridad. Bird se volvió hacia ella de nuevo. Se dio cuenta, al mirar nuevamente esos ojos, que no podía mentirle. Ella lo estaba leyendo tan bien como lo haría cualquier bruja.

“Mi nombre es Bird”, dijo. “Pájaro Dragón Negro Lavanda”. Su propio nombre tenía un sabor dulce y desconocido en su lengua. Habían pasado tantos años desde que lo había dicho en voz alta. Sintió algo de Littlejohn, una pequeña chispa de dolor, y se dio cuenta de que nunca le había dicho su verdadero nombre. Ya no había ayuda para eso. “Este es Littlejohn”.

“¿De?”

“Hemos escapado del Sur, de un equipo de trabajo. Pero yo soy del Norte, de la Ciudad”.

Hubo un murmullo emocionado a su alrededor.

La mujer dijo algo que Bird no pudo entender del todo. El hombre sin piernas lo repitió más claramente.

“Ustedes son brujas”.

“Bien”.

“¿Del Norte?”

“Él lo es”, dijo Littlejohn.

“¿Estáis siendo rastreados?”

“No”, dijo Bird.

“Diablos”, añadió Littlejohn, “si nos estuvieran rastreando, no estaríamos aquí; estaríamos muertos. Dime, ¿no crees que podrías bajar esas armas?”

“Somos bastante inofensivos, en realidad”, dijo Bird.

Los ojos de la mujer sostuvieron los suyos, buscando. Ella le recordaba a Maya; se sintió reconocido hasta la médula y, después de un momento, aceptó.

“No eres inofensivo”, dijo, “pero confiaré en ti”.

Otro murmullo y bajaron los cañones. La mujer dio un paso adelante y le tendió las manos a Bird. Él extendió la mano y ella juntó sus manos entre las suyas cálidamente.

“Bienvenido”, dijo, y señaló su propio pecho. “Soy Rea”.

Bird sintió que su contacto lo atravesaba como una descarga eléctrica. De repente quiso ser tomado en esos brazos, envuelto en ese toque, caer en los pozos de esos ojos. Sintió en ella la posibilidad de contacto, y la necesidad de ello lo poseyó con más fuerza que el hambre.

El hombre sin piernas se guardó el arma en el cinturón. Avanzó, moviéndose con gracia manteniendo el equilibrio

sobre las palmas de las manos y balanceando el torso entre los brazos.

“Soy Morton”, dijo. “Bienvenidos a la pista de baile de los Monstruos”.

“¿Monstruos?” –Preguntó Littlejohn.

Morton sonrió. “Esos somos nosotros. Encaja, ¿no crees?”

“No pueden responder a eso y ser honestos y educados al mismo tiempo”, dijo una joven delgada. Su largo cabello negro estaba arreglado en una masa de pequeñas trenzas que enmarcaban una cara triangular felina. Su mano izquierda tenía forma de garra. “Soy Dana. Bienvenido”.

“¿Pero quienes sois vosotros?” Preguntó Bird. “¿Y qué estáis haciendo aquí?”

“Vivimos aquí”, dijo Rhea.

“¿No está envenenada la tierra?”

“Mírennos de cerca”, dijo Morton. “Todos somos nativos de Slottown e Irish Hills, todos nacimos cuando el viejo reactor todavía estaba funcionando, probablemente goteando como loco, pero ¿qué diablos les importaba? Por supuesto, no se ven los que murieron de cáncer”.

“¿Y todavía vivís aquí?” –Preguntó Littlejohn.

“Tenemos que vivir en algún lugar”, dijo Dana.

“Es habitable”, dijo Morton. “Para nosotros. Sí, probablemente todavía haya radiación. No desaparece. Pero ahora es mejor de lo que era. Hace diez años, durante la gran epidemia, las Brujas del Norte enviaron un grupo de asalto. Apagó la cosa, destruyó los controles. Murieron haciéndolo”.

“Diosa, dales paz”, murmuró Dana.

Por encima de sus cabezas, un cuervo cantó. Un caparazón se abrió en algún lugar de la columna vertebral de Bird, enviando escalofríos de energía que subieron a la parte superior de su cabeza. Un revoltijo de imágenes pasó por su mente: largos pasillos blancos y una habitación redonda llena de diales e interruptores y, sobre todo, una presencia como un ser vivo con su propia y extraña belleza: la materia liberándose en poder puro. Una presencia que no quería morir.

Pero él la había matado.

“Ha sido mejor desde entonces”, continuó Morton. “Los Millennialistas habían purgado tantos técnicos que a los Stewards no les quedaban los conocimientos necesarios para reparar el reactor o ponerlo en marcha de nuevo. La tierra se siente mejor ahora y han nacido algunos niños que

están bien. A nosotros no... pero hay otros en la ciudad, desertores del ejército.

“Trabajamos para sanar la tierra”, dijo Rhea. “Sobre las lunas y las fiestas”.

Bird apenas escuchó lo que dijo. Recordó la sensación fría de un arma en su mano, un revólver antiguo que Tom les había traído de Forest Communities. Y si seguía la puntería del arma, veía una cara blanca como una masa viscosa de miedo y una mano pastosa tirando de un interruptor tras otro para mover las barras de control entre las barras de combustible en una secuencia estampada, apagando el reactor. Había sido necesario hacía mucho, mucho tiempo. Se habían hechizado mutuamente, él, Cleis, Zorah y Tom, sosteniendo las armas, obligando al hombre a hacer su voluntad, haciendo guardia.

“Nos gusta mantener la idea de que este lugar es demasiado tóxico para tratar con él”, dijo Morton. “Mantiene alejadas interferencias no deseadas”.

“Cuando es necesario, hacemos una aparición, suficiente para mantener los rumores actualizados”, dijo Dana.

Alguien se había acercado a él, otro hombre, pecoso y de pelo rubio, gritando algo. La mano de Bird se había sacudido y la bala alcanzó al hombre entre los ojos, haciendo que su espíritu gritara de shock e indignación y su cuerpo se

estrellara a los pies de Bird mientras el zumbido nuclear se hacía débil como el gemido de un perro. Sí, recordaba haber sentido al hombre morir, mirándolo a la cara como había mirado el rostro de su padre después del Levantamiento.

Quizás todos los muertos tengan el mismo aspecto.

“¿Cuánto tiempo habéis vivido aquí?” –preguntaba Littlejohn, mirando con curiosidad los ojos remotos de Bird.

“Desde que llegó el hambre”, dijo Dana. “La mayoría de nosotros éramos entonces niños. Vivíamos con nuestras familias en Slottown o en la escuela pública. Cuando escaseó la comida, nos echaron”.

Cuando apretaron el último interruptor y silenciaron el zumbido, vaciaron sus armas en el panel de control. Lo que los dejó desarmados e indefensos cuando la puerta explotó y los guardias entraron disparando. Zorah había gritado, Cleis gimió y cayó mientras Tom gritaba, y luego se convirtieron en pájaros, elevándose en una corriente ascendente. Algo había golpeado a Bird en el muslo. Recordó haber caído en una llamarada de dolor. Y luego nada.

“¿Estás bien?” –Preguntó Littlejohn. Bird asintió y trató de concentrarse en Morton, que continuaba con su historia.

“Había una mujer que vivía en Avila Beach. Ahora la llamamos Avalon Beach”, dijo Morton. “Ella nos acogió. Nos enseñó algunas cosas: sobre cómo cultivar alimentos y

hierbas. Tenía ciertas hierbas que, según decía, curarían el cáncer, por lo que no le tenía miedo a la tierra. Era una buena mujer”.

“Los milenaristas se la llevaron en el 35”, dijo Dana.

“Diosa, dale paz”, murmuraron los demás alrededor del círculo. Se acercaron y se presentaron: Gardner, un hombre pequeño parecido a un enano; Anna, una mujer sin brazo izquierdo; y Holly y Heather, hermanas gemelas con espalda jorobada.

La cabeza de Bird daba vueltas con nombres y recuerdos. Tierra, se dijo. Quédate en el presente. Ahora. Una secreta semilla de orgullo se agitó en sus entrañas. Ésta era su gente, aunque no lo sabían. Les había dado la vida. Había cometido un acto que cambió el mundo.

¿Estáis aquí? llamó en silencio a Cleis, Zorah y Tom. ¿Saben que sus vidas compraron algo después de todo? ¿Por qué no puedo sentirlos? El aire se había enfriado a medida que el cielo se oscurecía y él se estremeció.

“Este es nuestro círculo ritual”, dijo Rhea. “Estábamos a punto de prepararnos para el Ritual de Luna Llena cuando nos topamos con ustedes dos. ¿Os unís? No solemos celebrar con brujas de otros lugares”.

“Será un honor para nosotros”, dijo Bird.

Los Monstruos comenzaron a encender un fuego en un pozo en el centro del claro. Detrás de los árboles, el sol se ponía con un resplandor rojo. El aire se enfrió cuando el cielo pasó del azul al índigo. Alguien arrojó una manta sobre los hombros de Bird y él la abrazó agradecido. La luz parpadeaba detrás de las ramas de los robles del este y poco a poco se alzaba la luna llena para pintar de plata la hierba seca.

Se apiñaron alrededor del fuego. Bird sintió el calor en sus manos y lo atrajo hacia su cuerpo. No había comido en tanto tiempo que ya casi no tenía hambre, estaba mareado, comenzaba a perder de vista las formas de las cosas y a reconocer sólo las energías. Le dolía la pierna. Sí, le habían disparado allí y nunca se había curado bien, y esa era sólo una de las razones por las que le dolía. El fuego le hacía sentir bien, pero se preguntaba cuánto tiempo podría seguir de pie.

Los Monstruos levantaron un altar sobre una roca plana hacia el norte. Dana encendió una vela en un frasco de vidrio y los demás sacaron comida de sus cestas y la colocaron alrededor del altar, colocando hogazas de pan, trozos de queso, cuencos de manzanas y uvas y ollas humeantes de estofado.

Bird tragó. Tenía la garganta seca y ahora el hambre lo apuñalaba. Littlejohn estaba mirando la comida. Rhea se acercó y puso un trozo de pan en las manos de Bird.

“Come”, dijo. “Estás hambriento”.

Bird no lo negó. Le temblaban las manos mientras arrancaba un pedacito de pan y lo arrojaba al fuego como ofrenda. Con reverencia, mordió el pan y empezó a masticarlo. La saliva le subió dolorosamente a las mejillas y se obligó a masticar lentamente, para no desgarrar el pan como un animal hambriento.

Littlejohn estaba sentado en el suelo, gimiendo mientras comía su porción. Cuando Rhea vio lo hambrientos que estaban los dos hombres, ella y Dana les trajeron tazones de estofado y más pan y jugo de manzana dulce para acompañar la comida.

Al poco tiempo, Bird se dio cuenta de que necesitaba controlarse o enfermaría. “Tómatelo con calma”, le dijo a Littlejohn. “Si comemos demasiado ahora, nos arrepentiremos”.

“Puedes darte más banquetes más tarde”, dijo Rhea. Bird se encontró cada vez más capaz de entender su discurso a medida que su sentido de contacto se profundizaba. “Ahora es el momento de comenzar el ritual”.

Se pararon en círculo alrededor del fuego. Morton se volvió hacia Littlejohn. “¿Nos castigarás?” preguntó.

Littlejohn parecía alarmado. “No sé nada”, dijo. “Preguntale a él”. Señaló con la cabeza en dirección a Bird. “Es un verdadero Brujo, del Norte. Y tiene poderes reales”.

“No tenemos demasiados poderes”, dijo Morton. “Mataron a nuestra maestra cuando recién empezábamos. Pero tenemos libros”.

“¿Nos castigarás?” Le preguntó Rea a Bird.

“No me siento muy arraigado”, dijo. “Alguien más nos castigará y yo... formaré el círculo”.

La mujer pequeña a la que le faltaba un brazo dio un paso adelante. Bird había olvidado su nombre. Cogió un libro de detrás del altar, lo abrió y empezó a leer.

Las palabras le sonaron extrañamente familiares a Bird, pero le llevó un tiempo identificarlas. Con sorpresa, se dio cuenta de lo que eran: un ejercicio sacado de uno de los primeros libros de Maya, con el que solían entretenerse cuando eran niños, riéndose de lo que consideraban instrucciones simples, burlándose de Maya hasta que finalmente se volvía contra ellos y los expulsaba.

“Ustedes, mocosos, no saben la suerte que tienen”, les gritaba. “¿Saben lo que es haber sido criado toda tu vida para no sentir, para no confiar en tu intuición, para no notar si ves un aura o sientes que la energía se mueve? ¿Y luego

intentar darle la vuelta como adulto e intentar aprenderlo todo? ¡Deja ese libro a un lado!

Ahora se dio cuenta de que la mujer simplemente estaba leyendo las instrucciones para conectarse a tierra, de manera algo inexpresiva. Con un suspiro, se conectó a tierra, enviando raíces de energía a través de sus pies hacia la tierra, haciendo contacto con el fuego central de la Tierra y atrayendo la luz de la luna. La lectura terminó. Todos en el círculo parecían serios, incluso solemnes, pero él no vio que su energía había cambiado significativamente.

“¿Quieres formar el círculo ahora?” dijo Rea.

Caminó hacia el altar, todavía moviéndose lenta y dolorosamente, y examinó las herramientas. Yacían en sus posiciones apropiadas: en el este, el cuchillo, el *athame*, herramienta del aire, símbolo del poder de la mente para hacer divisiones y separaciones; en el sur, la vara, herramienta del fuego, símbolo de la energía y del poder de canalizarla y dirigirla; en el oeste, una copa de barro que contenía el agua que representaba la emoción, la fertilidad, el amor; y al norte, un pentáculo de cinco puntas tallado en una losa de piedra, símbolo de la Tierra, del cuerpo, de los cinco sentidos, de los cinco dedos de las manos y de los pies, de los cuatro elementos, de las Cuatro Cosas Sagradas, vinculadas con la quinta, el espíritu.

“¿Puedo usar este *athame*?” preguntó.

“Es mío”, dijo Morton. “Adelante”.

Bird lo recogió y lo sostuvo por un momento, sintiendo su poder y algo de Morton en él. Fuerza tenaz. Determinación de sobrevivir. Caminó hacia el centro y se paró junto al fuego. Respirando profundamente, dejó que su propia energía se extendiera para incluir a todo el círculo, para vincularse con su voluntad e intención de unirse. Cuando sintió que la energía del círculo se convertía en un todo, la conectó a tierra, enviándola hacia abajo a través de su propio cuerpo hacia la tierra, y luego la volvió a elevar. Miró a su alrededor. Bien. Los patrones habían cambiado, como esperaba, y todos estaban conectados.

Comenzando por el norte, caminó alrededor del círculo, usando el cuchillo para dibujar alrededor de ellos en el aire un anillo de protección que surgió como una llama azul parpadeante. En cada uno de los cuatro cuartos, dibujó un pentáculo. Detrás de él, escuchó un murmullo de sorpresa, como si nunca antes hubieran visto el círculo manifestado. Tal vez no lo habían hecho, reflexionó mientras devolvía el cuchillo al altar.

“Por la tierra que es su cuerpo, por el aire que es su aliento, por el fuego de su brillante espíritu y por las aguas vivas de su vientre, se traza el círculo”, dijo.

Llamaron a las cuatro direcciones, los elementos de los cuartos, nuevamente leyendo en un libro. La gente seguía

lanzando pequeñas miradas hacia él como diciendo: ¿Es esto correcto? ¿Realmente lo estamos haciendo bien? Controló su expresión, pero se invocó a sí mismo en secreto, enviando su propia energía a los reinos elementales para contactar con la tierra, el aire, el fuego y el agua. Había pasado mucho, mucho tiempo desde que había estado en círculo con otros, y había algo conmovedor en estos vacilantes e incómodos intentos de mantener los ritos sin entender realmente cómo aumentar y canalizar el poder.

Luego varias personas tomaron tambores y comenzaron a tocar un ritmo simple y a cantar un antiguo cántico que él reconoció.

*Rueda plateada y brillante
De luz y resplandor,
Madre, ven a nosotros.*

Llamaban a la luna, la Diosa en su aspecto de Abundante, la Madre, la que sostiene la vida, y Bird levantó los brazos y le dio las gracias, recordando su oración en la prisión y sintiendo las lágrimas correr por su rostro al sentir su luz brillar. Habían sobrevivido y eran libres.

Alguien le entregó un tambor, un cilindro de madera tallada con parche de piel. Lo acercó al fuego hasta que la piel se tensó por el calor y luego empezó a tocar. Tenía las manos rígidas y le dolían, pero a medida que el ritmo aumentaba, se volvió insensible al dolor. Sólo algunos de los

otros tamborileros llegaron al ritmo del canto; los demás entraban y salían vagamente, alcanzando el ritmo a veces y perdiéndolo más a menudo. Comenzó con un ritmo fuerte y sólido para alinearlos a todos y luego se dejó jugar con él, agregando síncopas y contrarritmos. La guitarra había sido su instrumento, no el tambor, pero como todos los niños de la ciudad, había aprendido a tocar el tambor antes de aprender a contar, a sumar, restar y dividir cambiando tiempos antes de conocer los números. Ahora hizo que el ritmo cobrara vida, incluso cuando sus manos maltratadas lo obligaban a seguir patrones más simples y le impedían intentar carreras y giros rápidos.

El ritmo era viejo, viejo como el ritmo de la luna, creciendo hasta alcanzar su plenitud y menguando hasta oscurecerse. Sus manos le dijeron que nunca volvería a hacer música como antes, en la guitarra o el piano; lo que escuchó en su corazón permanecería encerrado allí porque sus dedos ya no eran capaces de evocar su poder. Estaba destrozado, como la extraña y herida compañía que lo rodeaba con su ritmo roto. Tal vez esto era todo lo que quedaba, este círculo mutilado al borde de un mundo envenenado; tal vez ya no tenía hogar, ni familia; tal vez ya no existían círculos de Brujas poderosas que supieran distinguir la energía de la forma; tal vez no había círculos de dulces amantes esperando para darle la bienvenida, ni brujas antiguas que pudieran hablar con los espíritus, ni nadie todavía dispuesto

a luchar por la supervivencia de la Tierra, ni siquiera nadie que pudiera recordar a los muertos.

El canto alcanzó su punto máximo y murió.

“La Diosa está aquí”, dijo Rhea. “¿Qué cántico cantaremos?”

“Tengo uno”, dijo Bird.

Comenzó un nuevo ritmo en el tambor y entonó un canto de llamada, escuchando las voces ásperas a su alrededor retomarlo mientras visualizaba al ciervo que había visto en la colina, con el sol entre sus astas, el sol que en esta estación estaba declinando para que llegaran las largas noches, hiriéndose para permitir que volviera la lluvia. Cantó hasta que casi pudo sentir cómo le brotaban astas en la cabeza.

*La vida se entrega a la vida,
el día a la noche y la noche al día.*

“Ella está aquí”, dijo Rhea.

Bailaron alrededor del fuego, hicieron ofrendas y cantaron cánticos de curación y cambio. Bird extrajo poder curativo de la luna y lo hizo girar hasta formar un cono que podía elevarse como una fuente y derramarse sobre la tierra.

Una vez que la energía estuvo conectada a tierra, se sentaron en silencio, mirando el fuego y escuchando sus mensajes. Las parejas comenzaron a escabullirse juntas, fuera del círculo, cortando el fuego y sellándolo detrás de ellos. Bird yacía en la tierra, junto al fuego, dejando que su calor aliviara sus doloridos músculos, extrayendo energía para curar las roturas en sus células. Sintió una mano en su hombro. Volviéndose, miró a Rhea a los ojos.

“¿Harás el Gran Rito conmigo?”, preguntó ella.

Lo sintió de nuevo (el deseo, la atracción de energía contra energía), pero dudó y lanzó una mirada alrededor del círculo en busca de Littlejohn. No quería hacerle daño. Pero Littlejohn parecía haber desaparecido. Quizás él también había encontrado a alguien.

Los ojos de Rhea estaban puestos en él, esperando. Su mano sobre su hombro era cálida y ardiente. Esto no es seguro, pensó, incluso si a su cuerpo exhausto aún le quedaran fuerzas para levantarse. Pero se sintió bien. El poder de Dios todavía ardía en él; sus venas llevaban fuego líquido. No podía ocultar nada a esta gente, su gente. Rhea lo condujo fuera del círculo, a un pequeño lugar protegido bajo las ramas de un roble, donde tendió una manta.

Bird miró a Rhea a los ojos. Eran viejos, oscuros y luminosos. Su rostro cambió, ya no parecía grotesco sino absolutamente correcto, un espejo de la tierra dañada que,

al igual que el rostro, sobrevivió para albergar la posibilidad de crecimiento y cambio.

Su cuerpo contra sus manos se sentía como una marga suave mientras se inclinaba sobre él, y él era el sol que por fin bajaba a la tierra. Él se abrió a ella completamente y se entregó al poder que ella albergaba dentro de ella, y ella se abrió a él, revelando dolor y belleza que respondían a su propio dolor. Ella estaba destrozada como él estaba destrozado, como esta tierra estaba rota pero, gracias a él y a los demás que habían sufrido y muerto por ella, no destruida. Ella era el brebaje amargo que, no obstante, curaba, como una de las mezclas de Sandy, la gota homeopática de veneno que curaba, la tierra contaminada que aún alimentaba la vida. Le trajo el sol, el sol moribundo, debilitado y herido que se consume a sí mismo al dar luz, del mismo modo que había traído su propia voluntad de entregarse para sustentar la vida. Y así recibió el regalo agrídulce de la Tierra y llovió.

El sonido de las olas lejanas despertó a Bird por la mañana. Su cama era un catre sobre suelo de madera, cubierto con mantas viejas. El sol entraba por una ventana. Cuando giró la cabeza, pudo vislumbrar el océano. Bostezó y se estiró, sintiéndose sorprendentemente bien, o tal vez no sorprendentemente. Tenía mucho por qué sentirse bien. Su cuerpo había sido alimentado, en todos los sentidos, y

razonablemente podía esperar volver a ser alimentado. Y lo habían hecho, realmente habían escapado. Esta fue la primera mañana en casi una década en la que pudo despertarse sin anticipar la probabilidad de su propia muerte antes del anochecer.

La puerta se abrió y entró Rhea, llevando una bandeja y dos tazas de té humeantes. Bird se volvió y le sonrió. A la luz del día, podía verla más claramente. Ella no era un monstruo, sólo una mujer con paladar hendido y una mirada vacilante en sus ojos, como si esperara que él se alejara al verla.

“Buenos días”, dijo. “Me siento bien esta mañana. Es bueno estar aquí”.

Se sentó a su lado con un movimiento elegante, balanceando la bandeja para no derramar las bebidas. Tomó su taza y la acunó en sus manos.

“Gracias”, dijo.

Ella le dirigió una larga mirada inquisitiva, como si cuestionara lo que realmente estaba sintiendo. Él la miró fijamente a los ojos.

“Bueno”, dijo al fin. “Eres un hombre inusual. Todavía te gusta por la mañana”.

“Me gustas”, dijo Bird. “Eres muy poderosa y muy hermosa”.

“Ahora dices mentiras”.

“No te insultaría pensando que puedo *mentirte*. Verías a través de mí. He tenido tanta hambre por eso. Te quise en el momento en que te vi”.

“¿El *primer* momento?”

“Bueno, tal vez no en el primer momento”, admitió Bird. Él esperó y luego le sonrió. “Pero después de que bajas el arma...”

Parecía un poco confundida.

“Eso es una broma”, dijo Bird.

“Oh”.

“No importa”.

“¿Te quedarás aquí entonces? ¿Y serás nuestro maestro?”

“No puedo, Rea. Tengo que irme a casa. Tengo que encontrar a mi familia... si es que todavía están vivos. He estado alejado de ellos durante diez años”.

“¿Pero te quedarás por un tiempo? ¿Hasta que seas más fuerte?”

“Seguro”.

“Necesitamos un maestro aquí. Necesitamos un sanador. Podrías ayudarnos”.

“Desearía poder ayudarte. Haré lo que pueda. Pero tengo que irme a casa. Puedes entender eso, ¿no?”

“Entiendo. Pero te propongo un *geis*: que regreses. O envíanos a alguien que pueda enseñarnos”.

Ella puso sus manos sobre sus hombros. Sintió que algo se posaba sobre él, como un peso. ¡No lo quiero! Quería llorar, pero se mantuvo en silencio, se abrió y lo acogió. Llevar una carga era estar vivo.

“Acepto”, dijo. “Si llego a casa, volveré. O alguien lo hará”.

“Debemos trabajar juntos”, dijo Rhea. “Todos nosotros, Norte, Sur y Centro. Trabajaremos juntos y sobreviviremos”.

Se quedó, disfrutando del descanso, la comida y una sensación de refugio. Su comida era sencilla, pero a Bird le parecía maravilloso simplemente comer cuando tenía hambre, masticar verduras y pan de verdad en lugar de las pastas viscosas de la prisión. Él y Littlejohn pasaron días tumbados en la playa, a la sombra del fuerte sol bajo una lona de muselina, pero capaces de beber su calor curativo. Se les advirtió que no se metieran al agua; las personas que lo hicieron tuvieron erupciones extrañas y, a veces,

perdieron el cabello. Pero podían observar las olas y la luz bailando en su superficie y sentirse tranquilizados por sus sonidos rítmicos. Bird estaba cansado, más cansado de lo que quería admitir. Su mente lo empujaba hacia casa, pero su cuerpo se acurrucaba en la arena y se negaba a moverse. Después de la primera mañana, dejó de intentar luchar contra ello.

Littlejohn se había mudado con Morton. Bird permaneció en casa de Rea. Durante las largas tardes, permanecían uno al lado del otro, en un silencio bordeado de tensión.

Al tercer día, Bird empezó a sentir que recuperaba la energía. Se sentó mientras el sol se hundía en el agua, dejando un rastro de oro líquido a sus pies. Deseó poder caminar por ese camino para volver a casa. Y algún día lo haría.

“Un día o dos más y creo que estaré listo para seguir adelante”, le dijo a Littlejohn. “¿Y tú?”

Littlejohn negó con la cabeza. “No voy a ir contigo. Me quedo aquí”.

“¿Por qué?” –Preguntó Bird, aunque en el fondo no estaba sorprendido.

“Nunca me dijiste tu nombre”.

Bird no tuvo respuesta. Ni siquiera podía decir honestamente que lo sentía. “Littlejohn, no importa lo que digan, este lugar no puede ser saludable para vivir. Te lo aseguro, serás bienvenido en mi casa”.

“Soy bienvenido aquí. Y estoy aquí”.

“No puedo discutir eso”.

“Está bien, Pájaro. No me debes nada”.

“Mi vida”.

Littlejohn se encogió de hombros. “Te debo la mía unas cinco veces. Déjalo en paz ¿de acuerdo?”

“Te extrañaré”, dijo Bird.

“Sabrás dónde estoy. Tal vez vuelvas”.

Esa noche, Bird estaba cenando tarde con Rhea cuando oyeron un golpe en la puerta. Cuando Rhea abrió, entraron dos hombres. Uno tenía piel morena y cabello rubio arena, y el otro era de piel más clara pero con cabello africano oscuro y rizado como el de Bird. Ambos tenían el aspecto nervudo de quienes sobrevivían con raciones escasas y, aunque parecían jóvenes, tal vez de veintitantos años, sus rostros estaban profundamente arrugados, como los de los

ancianos. Rhea los dejó entrar y ellos vinieron y se sentaron a la mesa con Bird, saludándolos con la cabeza. Rea les ofreció comida, pero la rechazaron.

“El agua nos irá bien, si la tienes”, dijo el hombre de cabello claro.

Se sentaron y observaron a Bird de cerca. Volvió a mirarlos y se preguntó qué tenían de extraño. Finalmente se dio cuenta: nada. Aparte de sus rostros marchitos, parecían completamente sanos. ¿Qué estaban haciendo con los monstruos? Le recordaban a Hijohn. Bird se preguntó cómo le iría, si habría encontrado a sus amigos y el camino de regreso a la precaria seguridad de sus colinas.

“Tú eres la Bruja del Norte”, dijo finalmente el de cabello claro.

Pájaro asintió.

El hombre extendió la mano. “Mi nombre es Juan. Johnny Appleseed, puedes llamarme. Apple, para abreviar. Éste es mi amigo John”.

“Johnnycake”, dijo.

Bird reprimió una sonrisa y les dijo quién era.

“Creo que tal vez conozco a un amigo vuestro”, dijo. “Un hombre llamado Hijohn”.

Se miraron fijamente el uno al otro.

“¿Dónde lo conociste?”

“En prisión”. Bird les contó la historia.

“¿Entonces lo dejaste en las colinas al sur de las dunas?”

“Hace cinco, tal vez seis días”.

Intercambiaron miradas. “Es bueno saberlo”.

Se quedaron en silencio mientras Bird terminaba su cena. Rhea volvió con cuatro vasos de agua. Los dos hombres sostuvieron las suyas con reverencia por un momento, como si rezaran una oración silenciosa.

Bebieron lentamente y luego se levantaron. “¿En qué forma estás?” preguntó Apple. “¿Quieres dar un paseo?”

“Claro”, dijo Bird. “¿Por qué?”

“Tenemos algunas cosas que mostrarles”, dijo Apple. “Sobre la montaña”.

Subieron las colinas, siguiendo senderos serpenteantes y caminos de tierra cubiertos de maleza. A Bird le dolía la pierna, pero se dijo que no era así y casi lo creyó. Parecían subir y subir sin cesar. El crepúsculo se había desvanecido

hasta convertirse en oscuridad, pero los dos hombres encontraron su camino mediante el olfato, el tacto y la luz de las estrellas, con Bird trastabillando detrás.

Por fin se detuvieron bajo la cima de una colina. Deslizándose sobre sus vientres para cubrirse, avanzaron poco a poco hasta el borde de la cresta y miraron hacia afuera. Debajo de ellos, podían ver todo el valle que separaba las colinas irlandesas de las Santa Lucía, en el norte. Mientras observaban, la luna menguante salió, derramando plata sobre un patrón de luces en forma de cuadrícula. Los vehículos circulaban por las carreteras y los reflectores giraban para centrar su resplandor en las colinas.

“Ahí está”, dijo Johnnycake. “El Valle de Slo”.

“Todo eso es militar”, dijo Apple. “Tropas, armas, transporte. Échale un buen vistazo”.

Bird miró. No sabía cómo darle sentido a lo que veía, a menos que estuvieran planeando algún asalto importante. De lo contrario, ¿por qué concentrar tantas tropas y tanto equipo? ¿Y qué había que atacar sino el Norte?

Después de unos momentos, sintió la mano de Johnnycake en su hombro, instándolo a retroceder. Bajaron sigilosamente a un barranco y se refugiaron bajo un roble. Probablemente en un bosque de robles venenosos, pensó

Bird. Tal vez podría aprender a cambiar la química de su cuerpo para resistir esas cosas.

“Así que ahora ves a qué nos enfrentamos”, dijo Apple. “Ya ves por qué necesitamos a alguien como tú”.

“¿Quiénes son nosotros?” Preguntó Bird. “¿Quiénes sois?”

“Somos la Red”, dijo Apple.

“¿La red... la Resistencia?” Preguntó Pájaro.

“Eres una bruja del norte. ¿Viste mucho de Angel City cuando estuviste allí en el Pozo?”

“Sólo el interior de un pabellón”, dijo Bird.

“Está seco ahí abajo, hombre. Seco. Llueve quizás dos o tres semanas al año. Y la Corporación es propietaria de toda el agua”.

“¿Qué corporación?” Preguntó Pájaro.

“¿Importa? Se han fusionado y vuelto a fusionar y se han apoderado del otro tantas veces que en realidad son todos la misma cosa. Son prácticamente dueños de Angel City. Poseen todas las tierras de cultivo, todas las semillas, todo el equipo agrícola”.

“Son dueños de los predicadores milenialistas y de las redes de video”, dijo Johnnycake. “Son dueños de los Stewards y del gobierno, de lo que queda de él”.

“Y como dije, son dueños del agua”, agregó Apple.

“También cobran mucho por ella”, dijo Johnnycake.

“Se pueden distinguir las zonas ricas de la ciudad a veinte millas de distancia. Son verdes. Todo lo demás está marrón, muerto y sediento”.

“Tenemos círculos allí”, dijo Johnnycake. “Tenemos Círculos por todas partes. Abajo en el valle y escondidos en las colinas. Y tienen sed. Y están enfermos”.

“Los mayordomos controlan los antídotos. Y los fármacos inmunoestimulantes”.

“¿Antídotos?”

“¿Tuvisteis epidemias en el norte?” preguntó Apple.

“Sí”.

“Algunas son naturales. Otras no lo son”.

“Hay mucha gente a la que no le gustan los Stewards y no creen en las tonterías de los milenaristas”, dijo Johnnycake.

“Y mueren”, dijo Apple. “Sin los refuerzos, la mayoría de ellos mueren. Por eso te necesitamos. Necesitamos un sanador”.

“No soy un sanador”, dijo Bird. “Soy músico. O lo fui una vez.

“Si no eres un sanador, eres lo más parecido que hemos visto”, dijo Apple. “Littlejohn nos habló de ti. Y nos necesitas. Sabemos que quieres volver con tu gente; podemos entender eso. Pero piensa en lo que viste esta noche. ¿Hacia dónde crees que planea marchar ese ejército?

“Nos necesitas”, repitió Johnnycake. “Necesitas que nos ocupemos de los negocios allí abajo. Necesitamos trabajar juntos”.

“¿Pero por qué?” Preguntó Pájaro. “¿Por qué invadirnos ahora, cuando nos han dejado solos durante veinte años?”

“¿Cuánto sabes sobre la historia de las Tierras del Sur en esos veinte años?” preguntó Apple.

“No mucho”, admitió Bird.

“Ustedes saben que después del hambre que comenzó con la sequía del 25 y el colapso del 28, el partido de los Stewards declaró la ley marcial y suspendió las elecciones”.

“Fue entonces cuando los echamos, en el norte”, dijo Bird.

“Bueno, aquí abajo no fue tan fácil. Los milenaristas tenían muchos seguidores y respaldaban a los Stewards. De todos modos, tomaron el poder, y una de las primeras cosas que hicieron fue la Ley de Expulsión de Intereses Extranjeros, en el 29. Mira, una de las principales campañas milenaristas fue contra los euros, los árabes, los asiáticos y otros extranjeros que pensaban que poseían demasiado del país. Entonces aprobaron una ley confiscando las propiedades de todos aquellos que no habían nacido ciudadanos y deportaron a muchos de ellos.

“Puedes imaginar que eso no fue muy bien recibido. En Panasia, particularmente. Estuvieron a punto de declarar la guerra, pero decidieron imponer un embargo comercial, pensando que eso nos pondría de rodillas. Casi lo hizo. Nuestra economía es un desastre. Sobrevivimos recogiendo partes de máquinas viejas, reparándolas y canibalizándolas”.

“Nosotros también hacemos mucho de eso”, dijo Bird. “Pero hemos creado algunas tecnologías nuevas en los últimos veinte años. Hacemos cosas con cristales que son difíciles de creer y hemos logrado grandes avances en energía eólica y solar”.

“Nosotros no hemos hecho una mierda, excepto seguir adelante para que los ricos todavía puedan creer que son poderosos. Pero incluso eso se está desmoronando lentamente. No podemos fabricar piezas nuevas, ni para ordenadores ni para vidsets ni nada parecido, sólo

canibalizar las viejas. Ahora se nos están acabando. Solía ser que cualquier pobre imbécil podía permitirse un vidset al que conectarse; luego empezó a costar cada vez más: el salario de un mes, dos meses, seis meses. Este año no podrás comprar uno a cualquier precio. Las cosas están desesperadas.

“Entonces Waggoner, él es el jefe del grupo de Stewards, envió a un diplomático para hablar con los panasianos. Y parece que están dispuestos a volver a comerciar con nosotros, si reconocemos nuestra deuda por las confiscaciones. Pero la cuestión es, ¿qué tenemos nosotros que ellos quieran? Como dije, no fabricamos mucho. Solíamos exportar muchas películas de vídeo, pantallas anchas y discos de audio, pero desde que los milenaristas 'limpiaron' la industria, no hay mucho que alguien quisiera ver. Vendemos algunas drogas y hay un buen comercio de pornografía, pero estrictamente en el mercado negro. Pero hay algo que Panasia desea con todas sus fuerzas, siempre lo ha deseado”.

“¿Qué?”

“Madera. Ahí es donde entras tú, con los bosques del norte y el Golden Gate como puerto desde el que embarcar”.

“Nunca”, dijo Bird. “Le damos años de nuestra vida a esos árboles, plantándolos con nuestras propias manos. Moriremos antes de dejar que los talen y los envíen lejos”.

“Puedes hacer exactamente eso”, dijo Apple. “Piensa en lo que viste allí abajo. Puede que las Tierras del Sur no sean una potencia económica, pero los Stewards aún pueden movilizar la mayor maquinaria militar que queda en este extremo del planeta. Lo único que les falta son aviones”.

“¿Entonces no nos bombardearán?”

“Lo harían si pudieran, pero ya nadie tiene ese nivel de tecnología. Y no será necesario. Es más fácil dejar sueltos algunos bichos, inflar su ejército con antídotos, entrar y limpiar. ¿Quién los detendrá?”

“Podríamos detenerlos”, dijo Johnnycake. “Un levantamiento en las Tierras del Sur podría detenerlos. Por eso necesitamos a alguien como tú”.

“Necesito ir a casa”, dijo Bird. Se lo repitió a sí mismo, como un mantra. A casa, volver a casa. Si lo que decían era verdad, y él creía que lo era, entonces más que nunca tenía que regresar y advertir al Norte. “Necesito ir a casa. Pero volveré. Quizás con alguien mejor que yo en curación. Volveré. Y trabajaremos juntos”.

“Necesitarás nuestra ayuda para llegar a casa”, dijo Johnnycake. “Solo hay una manera de rodear Morro Bay. Y te ayudaremos”.

“Pero no tardes mucho en volver”, dijo Apple. “Si esperas demasiado, será demasiado tarde”.

Rhea le dio un pequeño paquete lleno de carne seca, queso y fruta, atado con una manta enrollada. Se despidió de ella y de Littlejohn, y luego Apple y Johnnycake lo subieron a bordo del barco de un contrabandista para llevarlo más allá de Morro Bay. La capitana era una mujer que se hacía llamar Isis. Su piel era del color de la melaza, sus uñas estaban pintadas de plateado y rojo, su cabello estaba trenzado con cientos de cuentas de oro y cada músculo de su cuerpo estaba esculpido y definido por separado. Bird la encontraba increíblemente hermosa, pero Rhea le había advertido que no le gustaban mucho los hombres, y esto parecía ser cierto; ella lo ignoró por completo una vez que estuvo a salvo a bordo. El barco era un extraño pastiche de velas y un motor improvisado impulsado por paneles solares que se inclinaban en ángulos locos sobre la cubierta y los mástiles. Pero Isis lo guió hábilmente más allá del viejo radar de la marina, que sólo funcionaba esporádicamente, y lo dejó en el antiguo muelle de San Simeón.

Siguió caminando el resto de la noche, siguiendo la antigua Carretera de la Costa hacia el norte. Cuando se acercaba el día, se escondió y durmió. Al día siguiente, se dirigió al país montañoso de Big Sur. Al cabo de unas horas, la carretera de la costa desapareció, hacía tiempo que se derrumbó en el mar. Se dirigió hacia el norte, siguiendo viejos senderos o arroyos, comiendo bayas, carne seca y frutas de su mochila.

Hasta su encarcelamiento, Bird nunca había pensado mucho en su cuerpo excepto en apreciar su fuerza, su gracia veloz y sus infinitas capacidades de placer. Nunca había imaginado que su cuerpo no estaría a la altura de cualquier desafío que le planteara.

Ahora el dolor se convirtió en el factor constante que impregnaba cada movimiento, cada momento, el agudo contrapunto que de alguna extraña manera intensificaba la belleza del accidentado país. La forma de las crestas se grabó en sus doloridos ligamentos y músculos tensos. Un tipo de dolor surgía del esfuerzo de tirar de su cuerpo gimiendo y sudando en las largas subidas, y otro tipo de dolor era provocado por la tensión en sus muslos y rodillas mientras intentaba frenar su impulso en los largos tramos cuesta abajo.

Siguió dirigiéndose hacia el norte. A veces caminaba con dificultad sobre los brazos extendidos de las montañas, vislumbrando el océano a lo lejos por encima de los verdes picos. Gran parte del tiempo siguió arroyos y ríos, abriéndose camino de roca en roca, cruzando y entrecruzando, apoyándose en el bastón o deslizándose y cayendo, mojándose los tobillos y golpeándose las rodillas. Caminar era más difícil cerca de los ríos, pero a menudo no encontraba senderos y al menos los arroyos le ofrecían agua. Cuando el sol calentaba en las crestas, sudaba agua tan

rápido como podía beberla, y la pequeña botella que había traído de Avalon no contenía lo suficiente para evitar la sed.

Su progreso era lento, era cuestión de continuar hasta llegar al límite de su resistencia, y luego seguir avanzando un poco más, diez pasos más, veinte. O hacer una pausa, finalmente, darse un espacio de diez respiraciones para descansar y luego seguir adelante antes de estar preparado, porque si esperaba sentirse preparado tal vez nunca volvería a moverse. Intentó todos los trucos mágicos que conocía para curarse, aliviar el dolor, distraerse, concentrarse en el verde iridiscente de las hojas de sicomoro o en el vuelo ligeramente borracho de los buitres. Al final, sólo tuvo que seguir adelante, poniendo un pie delante del otro, bombeando aire dentro y fuera de sus pulmones.

Las montañas estaban cubiertas de espesos bosques; Sólo en raras ocasiones los árboles se aclaraban y revelaban una vista larga o lejana. Rodales de secuoyas gigantes dieron paso a bosques de robles, laureles y madroños. En la maleza, matorrales de moras se entrelazaban con robles venenosos. Sus manos y brazos burbujeaban, le salían ampollas y le picaban, pero se comió las moras después de que se le acabó la comida de su mochila y siguió adelante, tropezando con piedras de río que le marcaron moretones en los pies, fallando saltos que antes podría haber dado fácilmente, cayendo. Se levantó de nuevo, magullado y dolorido. Dormía envuelto en su manta, refugiándose bajo los árboles de los vientos buscadores que venían del océano.

Había perdido la cuenta de cuántos días había estado viajando: tal vez una semana, tal vez más. Bajó por un río tan profundo que tuvo que vadearlo hasta la cintura para cruzar. El frío adormeció el dolor de sus músculos.

Desde la orilla izquierda se elevaba un olor que de alguna manera le resultaba familiar, que le recordaba algo. Olfateó de nuevo. ¿Qué era? Luego miró hacia la orilla y vio una serie de estanques en forma de media luna separados del arroyo con piedras. Se acercó y tocó el agua. Hacía calor. Estaba caliente. Aguas termales, pensó, y reconoció el olor a azufre. De repente supo dónde estaba. Sólo había un lugar en el interior de las montañas donde el agua se filtrara naturalmente caliente desde la tierra. Había estado allí, en los buenos años, viajando con Madrone y los demás.

Se quitó la ropa y se metió en un estanque donde el agua goteaba hacia un cuenco de roca. El fondo de la piscina estaba resbaladizo por las algas verdes y negras, y se deslizó hacia abajo, apoyando la cabeza en el borde, dejando que el calor calmara sus piernas. Cerró los ojos y dejó que el dolor de sus huesos desapareciera.

Descansó un largo rato, su cuerpo derritiéndose entre las rocas y el agua, hasta que finalmente abrió los ojos y tomó conciencia de lo que lo rodeaba. Primero notó que los resortes estaban en buen estado; las paredes de roca que contenían las piscinas estaban recién reparadas y remendadas con cemento. En las ramas del madroño que

daba al estanque colgaban ofrendas: cintas brillantes, muñecos de tela, plumas, imágenes de arcilla de la Diosa con grandes caderas, pechos, barrigas y ojos redondos, imágenes de la Diosa, el ciervo con el sol entre sus cuernos; mechones de pelo atados con hilos de colores, trozos de cera de velas, flores muertas. Se sintió protegido, bienvenido y cayó en un trance curativo.

Cuando despertó, la piel de las yemas de sus dedos se había arrugado y supo que era hora de salir. Bajó y se metió en el río, dejando que el impacto helado del agua fría lo despertara y lo atravesara. Su cuerpo se sentía casi bien.

Se le ocurrió que, dado que este lugar era obviamente visitado y utilizado, debería mantenerse el sendero. Tal como lo recordaba, la carretera de la costa estaba a doce millas de distancia, una caminata de un día fácil para él una vez y aún así una distancia que podría recorrer en dos días, si no en uno. Y donde hubiera un sendero muy transitado, habría gente, amigable por lo que parecía, que podría alimentarlo, protegerlo y ayudarlo.

Quizás estaba cerca del final de su camino.

Capítulo VII

Realmente, pensó Maya entre respiraciones, a fin de cuentas, Madrone era como el resto de ellos. Maya colocó su pie izquierdo en el siguiente escalón, se detuvo por un momento y luego se levantó. Era vieja, pero se negaba a sentirse decrepita. No estoy en mal estado, pensó, sólo son las escaleras. Por supuesto, sería su suerte vivir el final de sus días en una casa que se elevaba tres pisos sobre el sótano, y en la que habían colocado la cocina en el segundo piso para que entrara la luz. Se pasó la cesta de verduras al brazo opuesto. Deberíamos haber instalado un ascensor cuando éramos más jóvenes y ricos. Pero no, eso habría sido indulgente. Desperdicio de energía. Políticamente incorrecto.

Laboriosamente, subió unos cuantos escalones más. Gracias a Dios al menos tuvimos el suficiente sentido común como para poner un lavavajillas. Y los sanitarios. Bueno,

tenían bastante razón y estaban años por delante de todos los demás.

Pero era en Madrone en quien estaba pensando. Para, descansa, respira, continúa. Como viajar con mochila. Escalando las laderas de alguna montaña, buscando visiones. O problemas. Tres largas respiraciones y luego un nuevo esfuerzo. Esa era la manera de hacerlo.

Ella estaba simplemente agotada. Y temía que eso no fuera solo una forma de hablar. Gastada como un par de jeans azules tan finos entre los muslos y tan parcheados en las rodillas que ya no había forma de arreglarlos. Agotada. Lista para ser descartada. Ya lleva casi un mes acostada en la cama y aún insistiendo, cada vez que alguien le preguntaba, que estaba bien, muy bien, que sólo necesitaba dormir...

Agradecida, Maya llegó a la puerta que conducía a la cocina de arriba. La abrió y vació su cesta en el fregadero de verduras. Después de todos estos años, todavía estaba contenta de que su cocina tuviera dos fregaderos separados, uno para cocinar y otro para limpiar. Miró alrededor de la habitación con satisfacción. Casi podía ver los fantasmas en la gran mesa redonda en el centro, Johanna exponiendo alguna teoría educativa, Rio metiendo cereal en la boca de un bebé, Alix extendiendo un pastelito y Ben cocinando un elaborado brebaje de Szechwan. ¿Cuál era el bebé que sólo dejaba de llorar cuando todos cantaban rondas en armonía de tres voces? ¿No fue Brigid? ¿Cómo le fue?

*Mi mamá hace whisky falsificado,
mi papá hace ginebra falsificada,
mi hermana hace el amor por diez dólares,
¡Dios mío, cómo llega el dinero!*

Esa era una vieja canción incluso entonces, porque ciertamente en los años noventa, cuando Brigid era una niña, con diez dólares no se habría comprado ni siquiera a la prostituta más miserable. Vaya, recordaba haber caminado por Haight Street cuando tenía... ¿qué? ¿Diecisiete? En los años sesenta, los hombres pasaban por allí en coche y le ofrecían veinte, incluso entonces. Por supuesto, la habían insultado con razón. Lo hacía gratis o nada.

*Llega, llega,
Dios mío, cómo llega el dinero...*

Tarareaba en voz alta mientras lavaba las verduras, picaba una cebolla y la ponía a hervir a fuego lento en una olla llena de agua. ¿De qué era la melodía originalmente? Un poco de esa salsa de tomate quedaría bien en la sopa y ella haría que Madrone comiera. “My Bonnie se encuentra sobre el océano”. Eso fue todo.

*Trae de vuelta, trae de vuelta,
Oh, devuélveme a mi Bonnie....*

Mi Bonnie. Mi Juana. Mi Río. Mi Brígida. Mi Pájaro.

Basta, se dijo a sí misma. La verdad es que... luego se echó a reír, recordando cómo Johanna solía burlarse de ella por ese hábito verbal.

“¿Y cuál es la verdad?” Johanna solía decir. “Dinos, oh mujer sabia, cuál es la verdad”. Eso se debía a que, después de que los libros de Maya se hicieran conocidos, Johanna solía preocuparse de superarse.

Pero la verdad era (y cállate, Johanna, dijo al aire) que estaba muy preocupada.

Cortó zanahorias, calabacines, apio y calabaza. Los calabacines estaban produciendo en exceso como siempre, prácticamente gritándote cuando pasabas: “Aquí, come. Por favor. No, toma, hay mucho más. Es bueno para ti”.

Toma, come. Este es mi cuerpo, esta es mi sangre. Jesús como madre judía: ¿por qué nunca antes había pensado en esa conexión? Tendría que discutirlo con la hermana Marie.

Generaciones de sus propias madres judías deambulaban por la habitación mientras ella cocinaba, encaramadas precariamente en lámparas y marcos de ventanas. Maya podía oírlos, regañándola. “Mira qué flaca está la niña. No es de extrañar que se desplomara”. “¿Por qué no le diste de comer?” “¿Nunca le dijiste que bajara la velocidad y descansara un poco?”

“Pero ella no me escuchó”, les dijo Maya. “Ahora váyanse, viejos murciélagos”.

Pero la verdad es que me siento responsable, pensó. Dejó que ella me cuidara; debería haberme hecho cargo de ella. Soy una anciana mimada y ella es demasiado buena. ¿Cómo es que un niño del linaje de Río llega a ser prácticamente un santo? Aunque pensándolo bien, tal vez ella simplemente heredó su gusto por el martirio.

No soy responsable de ella, dijo, en parte para sí misma, en parte a los fantasmas en la mesa, Río y Johanna, quienes la miraban con ojos que ni la culpaban ni la absolvían. Los vio, no como la anciana y el hombre en que se habían convertido, sino más bien como si tuvieran poco más de cuarenta años, maduros pero aún vigorosos: Johanna vestía ese traje azul que siempre usaba cuando necesitaba dirigirse a alguna junta o comité y lucía respetable, Río con su ropa de trabajo y suciedad en las manos. Madrone es una mujer adulta. Pero me siento responsable, admitió Maya. De alguna manera había fracasado, le había fallado a Johanna y a Río, se había fallado a sí misma. Madrone era la última. ¿Cuál era la palabra? Vástago. ¿O eso sólo significaba chicos? El último descendiente de su tríada, salvo Bird, con quien apenas se podía contar. Y Maya debería haberla cuidado mejor.

“No seas tonta, anciana”, dijo Johanna, pero Maya la rechazó y persistió. Porque si Madrone muriera, ¿quién

quedaba? Si la propia Madrone no pudiera sobrevivir, ¿cómo podían esperar que alguien lo hiciera? Por no hablar de la ciudad, una isla verde en un mar tóxico.

Maya puso a hervir la tetera. Prepararía té, llevaría un poco a Madrone y dejaría otro para aplacar los espíritus. Preferían el café, pero era una lástima. Nadie había tomado café desde el Levantamiento hace veinte años.

“No estoy hablando de una falta de crianza”, dijo, sentándose a la mesa con los espíritus de los muertos. “Es un fracaso de la herencia. Hemos dejado atrás un mundo en el que para los mejores es imposible vivir”.

“¿Fue mejor para nosotros?”, preguntó Río.

“Hicimos una vida”, respondió Maya. “Solíamos sentarnos en cómodas salas de estar y hablar sobre el fin del mundo. Cómo morían los delfines en el Atlántico Sur o cómo aumentaba la incidencia de defectos de nacimiento cerca de los vertederos de desechos tóxicos. Oh, no estoy diciendo que no lo intentamos. Todos esos años de organizarse, marchar y ser arrestado por diversas causas. Hicimos lo que pudimos. Pero no fue suficiente”.

“No hay ningún niño en esta ciudad que se acueste con hambre”, dijo Johanna. “No hay alma viviente que no tenga un hogar. Eso es algo por lo que trabajamos”.

“Y obtuvimos algunas otras victorias menores”, añadió Rio. “Por nombrar una, nadie hizo estallar el mundo en una guerra nuclear”.

“Aún”, dijo Maya.

“Tal vez sea algo relacionado con que ella tenga un cuerpo”, le dijo Johanna a Rio. “Esa repentina aparición de cinismo. Ya sabes, hormonas. Digestión. Mierdas así”.

“No soy una cínica”, protestó Maya. “Admito la belleza de esta ciudad. Tiene un hermoso corazón que late. Se preocupa por los suyos y por los extraños. Sus arroyos corren con agua clara y los árboles que bordean sus caminos se inclinan bajo el peso de la fruta que cualquiera puede recoger. Y sí, contribuimos a darle forma. ¿Pero qué significa eso si no puede sobrevivir?”

“Significa que existió una vez”, dijo Rio, “y por eso es posible. Innegablemente posible”.

“Pero eso no es suficiente para ellos, los más jóvenes”, dijo Maya. “Son diferentes a nosotros. No ven esta ciudad como un logro precario, como alcanzar la cima del Kanchenjunga. Para ellos, este es el campamento base. Sólo un punto de partida hacia alturas que aún tienen que alcanzar. Y es su hogar, todo lo que conocen. No pueden filosofar sobre su destrucción; simplemente se arrojan delante de la

avalancha. ¿Qué crees que está haciendo Madrone? ¿De qué otra manera explicas a Bird?

“Son conservacionistas”, dijo Johanna. “Tienen algo que salvar. Éramos más arrogantes. Queríamos rehacer el mundo según nuestra visión de lo que debería ser”.

“Y lo logramos”, dijo Rio. “Parcialmente”.

“Eso es como un embarazo parcialmente exitoso”, dijo Maya.

La tetera silbó. “Deja de revolcarte, novia”, dijo Johanna. “Tráenos un poco de té y deja de sentir lástima por ti misma”.

Maya puso hojas secas de menta en la olla china que había comprado hace cincuenta años en Grant Avenue. Era amarilla, con un dragón curvo envuelto a su costado. Puso tazas frente a sus amigos en la sombra.

“Esta es una visita temprana”, dijo Maya. “Ni siquiera es Rainreturn, Retorno de lluvia, todavía. Faltan semanas para *el Día de los Muertos*”.

“Madrone tiene una cuña atrapada en las puertas entre los mundos”, dijo Rio. “Así que aprovechamos. Parecías tan sola”.

“Estoy sola. ¿Por qué no debería estarlo? Estas muerto. Madrone está semiconsciente. Todos los demás se han ido”.

“Toquen los tristes violines”, dijo Johanna. “¿Por qué no le das de comer a mi nieta y la sacas del borde?”

“¿Cómo puedo hacer eso?”

“Seguramente debes haber aprendido algo en tu larga vida que pueda ayudarla a elegir”.

“¿Escoger que?”

“Si vivir o morir”.

Maya preparó una bandeja para Madrone. Sirvió sopa en un cuenco japonés de porcelana y dispuso tostadas, mantequilla, servilletas y una rosa del jardín en el pequeño jarrón de Limoges que había comprado hacía muchos años en un viaje a Francia. Tal vez los pequeños lujos de la vida pudieran seducir a Madrone. O tal vez el Príncipe Carlos y Lady Di podrían hacerlo, con sus rostros mirando solemnemente desde la superficie de la bandeja de la cama.

Madrone yacía en la gran cama con dosel de Nita. La habían bajado al mismo piso que la cocina, para que Maya no tuviera que subir tantas escaleras. Maya dejó su bandeja cuidadosamente equilibrada. Los ojos de Madrone estaban

cerrados; o estaba dormida o decidida a parecerlo. ¿Dónde está vagando? Se preguntó Maya. ¿En qué extraña dimensión entre los mundos? Parece tan pequeña, como una hormiga que lleva una carga demasiado pesada para ella. Y me muero por compartirla, pensó Maya, pero no puedo. Por un lado, no me deja y, por otro, ha superado el nivel en el que puede entregar sus cargas a los mayores. Ahora soy parte de su carga. Y Maya de repente deseó ser ligera, una cáscara de sí misma, más fácil de llevar.

O tal vez ya soy demasiado cáscara, todo cáscara, nada de carne. Quizás por eso no la alcanzo. Le ofrezco una caricatura mía, vieja, cascarrabias y ligeramente divertida, cuidándola y acosándola. Pero ese papel también es sólo otro de los disfraces a los que todos nos aferramos, adoptando posturas, escarbando y organizando nuestros logros para no tener que mirar el corazón crudo de la realidad y ver las ruedas del universo convirtiéndose en polvo. Lo sé, incluso si parece que no puedo dejar de hacerlo. Lo supe a los diecisiete años, con demasiadas caladas de ese LSD puro de Owsley en los años 60. Demasiado joven. Seguramente me habría vuelto loca si Johanna no hubiera venido a mí en el vestuario y hubiera puesto su mano alrededor de mi pecho desnudo y me hubiera salvado con lo único que podía cruzar el abismo. Tocar. El toque del corazón. ¿Cómo puedo llevar eso a Madrone?

Madrone abrió los ojos y miró el dosel bordado con lunas y estrellas. Tenía patrones danzantes, redes de luz en colores imposibles de traducir, que se fusionaron con las redes de cristal detrás de sus ojos. Quería quedarse donde el dolor, el cansancio y la emoción no eran más que giros en el caleidoscopio de luz. Su trabajo estaba aquí, en este plano, ahora. El cuchillo espiritual en su mano le permitió cambiar los patrones, agitándolos para que cayeran en nuevos diseños. Cambiando vidas, cambiando el destino. Fácil.

Sintió que la presencia de Maya interfería en su tranquilidad. La preocupación y el miedo de la mujer mayor estallaron a su alrededor como fuegos artificiales, explotando desde un centro en forma de lluvia de estrellas de colores. Madrone observó las luces bailar con fascinación distante. Era tan innecesario, si Maya pudiera entenderlo.

“Siéntate”, dijo Maya. “Es hora de que comas algo”.

Madrone realmente no tenía ganas de comer; la comida la alejó de los patrones. Pero la fuerza de la determinación de Maya se apoderó de ella y la sostuvo. Discutir sería una distracción aún mayor, y mientras ella estuviera distraída, la gente moriría. Tal vez eso no importara, en realidad, pero por eso tenía el cuchillo, para luchar contra la muerte. Ella no podía dejarlo. El sol brillante entraba a raudales por los grandes ventanales. Nita había colgado cristales en el cristal y la luz del sol hacía que los arcoíris bailaran por la habitación. Arcoíris de luz, como en el mundo Red, y cuando

Madrone cerraba los ojos todavía podía verlos, alimentarse de ellos. Eran mejores que el pan.

Maya abrió una ventana y descolgó una tarjeta con una cuerda.

“¿Qué es eso?” Hablar fue un gran esfuerzo. Madrone podía ver las palabras como podía ver su propia respiración en un día frío. Tejieron un patrón de color y luego se disolvieron.

“Un cartel que anuncia tu condición sin cambios. Como si fueras la Reina de Inglaterra. Me ahorra tener que subir y bajar escaleras cinco veces al día”.

“Lo siento”, susurró Madrone. Lamentaba que Maya no pudiera entender la falta de necesidad de su miedo. Lamentó que los colores alrededor del cuerpo de Maya fueran tan perturbadores que no pudo evitar alejar a la anciana.

“Hmph”. Maya resopló. “No lo sientes. Si lo hicieras, saldrías de este estado medio astral, conseguirías algo de comida y dejarías de hacer lo que sea que estés haciendo”. Me dejarías entrar, volverías a tu forma humana.

“No estoy haciendo nada”.

“Mientes. No puedo ver exactamente qué es, pero te veo haciendo algo. La mitad de la ciudad te ha nominado para la

santidad. Dejan ofrendas en las escaleras de entrada, encienden velas. Las mujeres enfermas dicen que sueñan contigo y despiertan sanadas. Las madres a punto de dar a luz ven tu rostro y sus vientres se abren. Mientras tanto, tú yaces aquí, entrando en declive a la peor manera victoriana”.

“Sólo estoy teniendo... conversaciones. De verdad, estoy bien”.

“Si me dices eso una vez más, personalmente te cortaré el cuello”.

Madrone volvió a cerrar los ojos. Deseaba que Maya simplemente se fuera y la dejara en paz. Tal vez si volviera a quedarse dormida...

“No vuelvas a dormirte conmigo ahora, jovencita. Estoy hablando contigo. Y además, necesitas comer algo”.

“No tengo hambre”.

“Diablos, no lo tienes. Pero come tu sopa”. No es así como quiero estar con ella, pensó Maya. Ella se está desvaneciendo, muriendo y yo no puedo abrirme paso. No puedo alcanzarla con mi ira o mi amor.

Madrone obedeció y sorbió la sopa en un silencio sombrío y decidido. La comida era un ancla que la encadenaba al mundo. A la ligera y sólo por poco tiempo. La energía que le

traía la sopa era un patrón como el hambre era un patrón como cada enfermedad era un patrón como la vida era una y la muerte era otra y eran todas, cada una de ellas, tan hermosas y completas en sí mismas que hacía falta una enorme voluntad para elegir una sobre otra.

Tenía esa voluntad, pero estaba flaqueando. Y tal vez eso estuvo bien.

“Está bien morir”, le dijo a Maya, dejando la cuchara. Lo dijo para detener los fuegos artificiales, pero tuvo el efecto contrario, haciéndolos girar y estallar a su alrededor.

Éste es mi karma, mi *suerte*, pensó Maya. Debería haber sido más amable con mi propia madre, debería haber entendido por qué no quería que tomara drogas y me acostara con hombres extraños.

“No”, dijo Maya, y rompió a llorar. Eran grandes esferas de luz que caían de sus ojos y se abrían en campos de blanco sobre blanco, como nieve cayendo sobre un glaciar. “Por favor come. Come algo. Un bocado más”.

“Pero la nieve es tan hermosa”, dijo Madrone.

“Pero la nieve está fría, cariño”. Maya no tenía idea de lo que estaba hablando, pero de todos modos se acercó para tomar la mano de Madrone. Tenía la mano fría; se sentía como una de esas bolsas de hielo flexibles que solían guardar

en el congelador para que Alix se recostara cuando su espalda cedía. “Donde estás hace mucho frío”.

El toque del corazón, pensó Maya. Si Madrone pudiera sentir eso, podría salvarla. Y si no, realmente no había nada que Maya pudiera hacer excepto dejarla ir. Buscar y encontrar y perder de nuevo. Perderla.

El frío también era un patrón, como un molinete de encaje girando en su espalda. Y de repente, Madrone quiso alcanzar el calor de la mano de Maya. El toque de Maya fue un resplandor de fuego que rompió los cristales de hielo a su alrededor. Era un patrón vivo propio que palpitaba con una belleza roja, latiendo como un corazón. Podía sentir el pulso de Maya. Su propia sangre cantaba débilmente en su cuerpo mientras se movía y viajaba por la red de sus venas.

“Tengo frío”, dijo Madrone. “Tengo tanto frío”. Quería volver a ser cálida y humana, quería probar la sopa caliente y caminar sobre la hierba seca del otoño. Pero eso ya no es para mí, pensó. Al dejarlo ir, podría guardarlo para otros y quedarse aquí, en el frío lugar entre los mundos. Sin embargo, incluso aquí, el terrible dolor de Maya la traspasó.

“Come”, dijo Maya. “La sopa está caliente. Te calentará”. Se sentó en la cama junto a Madrone y deslizó su brazo detrás de sus hombros, acunándola.

Pero la sopa no era lo que ella quería. Los brazos de Maya la sostuvieron como cadenas, arrastrándola de regreso a la pesadez de la forma. Y lo que quería era el calor de la luz, el calor blanco que quemaba y disolvía la carne, el centro de la llama.

Los brazos de Maya la abrazaron como serpientes entrelazadas. “¿Cómo te atreves?” dijo Maya. “¿Cómo te atreves a creer que no hay nada más para ti en la vida?”

Pero eso no es lo que creo, pensó Madrone débilmente. Las serpientes apretaron con más fuerza. Ella sólo quería mudarse de piel, liberarse.

“No quiero sopa”, dijo Madrone. “Deseo...”

“Lo sé”, dijo Maya. “Quieres lo que todos queremos: el avance, la disolución total de fronteras y separaciones, la iluminación por el gran camino recto hacia arriba. ¡Y estoy tan enojada contigo!

“Tomé el cuchillo de Cihuacóatl”, dijo Madrone, tan suavemente que Maya tuvo que acercarse para escucharla. “Pero no puedo cortar el cordón. Sólo puedo hacer diseños”.

Maya no tenía ninguna duda de que lo que decía Madrone tenía mucho sentido para ella. “¿Tuviste una visión?”, preguntó ella.

Madrone asintió lentamente con la cabeza y luego apretó los ojos con fuerza, como si el movimiento le hubiera dolido.

“Y ahora”, dijo Maya, “estás tratando de rechazarla”.

“No”, susurró Madrone, “estoy tratando de sobrellevarla. Pero es pesada”.

“¿Preferirías, tal vez, una visión ligera?”

“Así es como lo veo”.

“¡Mierda! Así es como intentas dejarlo caer como una papa caliente. Estás huyendo con tanta fuerza que estás huyendo directamente de la vida. ¡Estoy tan decepcionada de ti! Pensé que la nieta de Rio tendría más agallas y la nieta de Johanna tendría más sentido común”.

“Tengo agallas”.

“Entonces date la vuelta. Oh, veo exactamente dónde estás, Madrone. Estás en un largo, largo trayecto; en un largo, largo camino, y al final está esa hermosa luz que te hace señas. Y parece tan fácil... no, no sólo es fácil, sino correcto y dramáticamente perfecto, saltar directamente a través del centro. Lo sé. He estado allí. Y detrás de ti no hay nada más que la mierda pesada de llevar”.

“¿De qué estás hablando?” –susurró Madrone, porque ahora Maya la tenía confundida, y las luces giraban y giraban de una manera que lastimaba sus ojos.

“Estoy hablando de esa dulce y seductora luz blanca. Todos la enfrentamos, tarde o temprano, de alguna forma. Para Bird, fue un mal sueño lo que lo impulsó hacia el sur. Para Río fue alcohol y revolución. Para mí fue... oh, no lo sé... creo que también lo es para ti, la seducción de la propia gran importancia. Te pareces mucho a mí, *ahijada*. ¿Pero de qué sirve? No puedo darte mi vida. No puedo darte tu vida”.

Madrone podía sentir a Maya llorando detrás de ella, arropada sobre su espalda. Sus lágrimas caían como piedras, eran piedras como sus palabras, cada una de las cuales pesaba sobre Madrone, haciéndola más pesada, más sólida. “¿Y es eso lo que quieres de mí?” Se dirigió a la Mujer Serpiente, que estaba a su lado. “¿Que regrese?” Porque ahora le parecía que realmente estaba en un camino, y el camino hacia la luz era claro y suave, y detrás de ella todo era denso, ruidoso y pesado. “¿Qué significa ser tu instrumento?”

“Vuélvete y mira”, susurró algo.

Por primera vez desde que abrió la mano para tomar el cuchillo de la Diosa, sintió miedo. Porque sí, quería volverse, volverse hacia el calor y el calor y la sólida opacidad de la carne. Pero ella estaba muy lejos en el camino, y el camino

de regreso estuvo plagado de muchas cargas que soportar. Quizás ella no tenía fuerzas. Estaba tan cansada que quizás ya era demasiado tarde.

Lentamente, atravesando un aire denso como una piedra, se giró. La gravedad agarró sus brazos y la empujó hacia abajo. Pensó que sus rodillas se doblarían bajo la tensión, pero se estabilizó, como solía hacer en el primer día de una larga caminata por las montañas, apretándose el cinturón de la pesada mochila.

La primera de sus cargas la enfrentó: una anciana que lloraba. Está bien, Cihuacóatl, Bruja Serpiente de dientes afilados, dijo Madrone en silencio. Si esto es lo que quieres de mí, veré qué puedo hacer.

Se giró en la cama para abrazar a Maya, dejando que sus propios brazos agarraran los hombros huesudos de la anciana y acunaran su cabeza. “No llores, *abuelita*, no llores. Está bien. No moriré por ti”.

Maya continuó llorando, pero ahora con alivio al escuchar a Madrone volver a hablar como ella misma.

Así que ahora tengo que cargar con Maya, pensó Madrone, y con todos los que siguen enfermos en la ciudad, en el hospital donde no voy desde hace ¿cuánto? Cargas, expectativas: pesaban sobre sus hombros, presionándola hacia su cuerpo. Por un momento deseó ir a algún lugar

donde nadie la conociera, donde nadie esperara milagros o se sintiera decepcionado por sus limitaciones. Pero ella estaba aquí ahora, con los brazos llenos y velas encendidas frente a su puerta.

“Está bien”, le dijo de nuevo a Maya. “Realmente todo va a estar bien”.

Ahora me he convertido en la niña, pensó Maya. Esto es lo que significa envejecer. Juego a regañar, nutrir, alimentar. Pero al final, los jóvenes deben consolarme.

Capítulo VIII

Bird había reconstruido mentalmente la ciudad con tanta frecuencia que recorrer sus senderos en persona le hacía sentirse traslúcido, como si en realidad estuviera caminando dentro de su cabeza. Había orado por este momento, pero ahora que estaba aquí sentía una fría sensación de temor. La ciudad parecía relativamente sin cambios. Algo más vacía. Las hileras de viejos edificios victorianos todavía estaban hundidos hasta los tobillos en lechos de calabazas, soja y tomates cherry. Todavía serpenteaban riachuelos y arroyos que alimentaban los verdes jardines. Los árboles frutales que recordaba eran retoños ahora arqueados y estirados, completamente maduros y pesadamente cargados. Al doblar la esquina de su propia manzana, pudo ver niños, niños de verdad, quitando la maleza del jardín y jugando en el sendero. Se encontró temblando. A veces se había preguntado si quedarían niños.

Su pierna había empezado a fallar en la última caminata a la costa. Tuvo que detenerse y esperar cuando sufrió un calambre y no pudo sostenerse. Se detuvo por un momento, manteniendo el equilibrio precariamente, respirando profundamente y soltándose. Pronto sabría quién había vivido y quién había muerto.

La entrada de la Casa del Dragón Negro parecía un altar a los muertos, o quizás el santuario de un santo. De una ventana del segundo piso colgaba un cartel que decía AÚN MEJORANDO. Lo miró fijamente durante un largo momento, preguntándose qué significaba. ¿Era una afirmación, una postura política? Sacudió la cabeza, confundido. Las escaleras que conducían a la puerta principal estaban cubiertas de velas votivas, ramos de flores en frascos de vidrio, platos de frutas y cestas de pan. Sólo quedaba un sendero estrecho para caminar, y lo miró consternado, sin estar seguro de si sus piernas inestables podrían ayudarlo a subir. Era evidente que alguien había muerto, y se obligó a no preguntar quién, sino a girar hacia la estrecha puerta lateral que atravesaba el pasillo junto al sótano hasta el patio trasero. Estaba abierta y entró, cerrándola detrás de él.

En un charco de sombra sobre el césped junto al jardín de hierbas, alguien yacía durmiendo. Sí, pensó Bird, mientras dejaba su mochila y se arrodillaba junto a la forma inmóvil, sí, era Madrone. Apenas podía soportar respirar. Ella estaba viva.

Era hermosa mientras dormía, con el pelo desparramado sobre la hierba, la piel rojiza como auténtica corteza de madroño y los párpados aleteando en sueños. Quería tocarla pero no quería despertarla. Parecía tan cansada. Podía ver, incluso mientras dormía, líneas de tensión y cansancio. Parecía más delgada de lo que recordaba, y cuando la miró más de cerca pudo ver una palidez bajo el bronce de sus mejillas. Pero ella era real, vivía. Tendría que aprender a creerlo, a creer que él también vivía.

Madrone se despertó sintiendo escalofríos. Alguien estaba sentado a su lado. Por un momento automático y somnoliento, pensó que era Sandy; luego, el recuerdo volvió a ella, doloroso. Ella abrió los ojos. Había estado muy abajo y estaba regresando lentamente. Tal vez estaba empezando a ser como Maya, viendo fantasmas: un Pájaro fantasma, mayor, más gris y más sombrío que el niño que recordaba.

“Soy realmente yo”, dijo.

“¿Bird?”

“*El mismo*. Lo mismo”.

“¿Estas vivo?”

Él rió. Estaba vivo y estaba contento, muy contento. “Siénteme”.

Él le tendió la mano y ella la tomó, pero lo que sintió no fueron los dedos delgados y flexibles que esperaba, sino la mano de un anciano, anudada por un antiguo dolor. Aun así, no era ningún fantasma sino carne cálida.

“Te rompiste la mano”, dijo.

“Me la rompieron. Ya no puedo tocar la guitarra para ti”.

Ella lo alcanzó y lo abrazó, y luego comenzó a llorar. Él también quería llorar, pero había aprendido a no hacerlo; lo que había congelado en sí mismo aún no estaba listo para descongelarse. Esperaría hasta saber por quién estaba llorando.

Después de un rato, ella se apartó para mirarlo. Su rostro era más delgado, la piel picada y correosa, sus ojos oscuros la miraban desde profundos y oscuros huecos. Grabadas en su piel, podía leer líneas de hambre y dolor. Ya no era el hermoso niño que ella recordaba. Con ternura y asombro, ella extendió la mano y le tocó la sien. Sí, él era real, un extraño inquietantemente familiar.

“No puedo creerlo”, dijo. “*¡Estás vivo!* Estás realmente vivo. Realmente estás aquí”.

Con los ojos abiertos, era aún más hermosa. Quería no moverse, no hablar, sólo mantener esa felicidad desgarradora para siempre en la quietud del momento. Y, sin embargo, sospechaba que podía dejarlo pasar y aún así

surgiría una nueva felicidad. Ella continuaría mirándolo. Ella seguiría existiendo.

“Yo mismo apenas puedo creerlo”, dijo al fin. “Tenía miedo de volver y descubrir que todos estaban muertos”.

“Ya son suficientes”, dijo.

Ahora viene el dolor, pensó, pero ahora puedo soportarlo.

“Vi los escalones de la entrada”, dijo. “Las velas y las *ofrendas*”.

Madrone se rió. “Oh, esas son para mí. La gente parece haber desarrollado últimamente una idea exagerada de mis capacidades. Y he estado enferma. Pero no muerta”.

“¿Quiénes?”

Ella extendió la mano y tomó su mano. “Tu hermano”.

Eso dolió. Dejó que se hundiera y se convirtiera en dolor. “¿Y?”

“Sandy, el último”.

“No”.

“Sí”. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y una corriente de consuelo pasó entre sus manos. Qué diferente es llorarlo

juntos, pensó Madrone. Ella continuó implacablemente. “Y la mayoría de los viejos. Río”.

“¿Maya?”

Ella le sonrió, agradecida de poder ofrecerle buenas noticias. “Duerme una siesta en su habitación”.

“¿De verdad?”

“¡Claro! *Ella* siempre decía que eras demasiado difícil de matar. Debería haberla creído. Pero no podía soportar preguntarme qué te estaría pasando, si estuvieras vivo. Era más fácil creer que estabas muerto. ¿Fue malo, Bird?”

“No estuvo bien”.

“¿Me contarás sobre eso?”

“Sí, a su tiempo. Ahora no. ¿Dime quién más?”

Le contó entonces toda la letanía de los muertos. Ellos guardaron silencio. Sintió una terrible mezcla de pérdida y alivio. Quería llorar y quería reír. Ya había sufrido mucho; lo que quedó fue más bien una perversa sensación de triunfo de que alguien sobreviviera.

“*Madre Tierra*”, dijo. “Lo siento por Sandy. Lo siento mucho. Y Marley, y todos ellos. *Lo siento, lo siento mucho.* ¿Y dónde están los demás?”

“Sage, Nita y Holybear están en el Delta, en sus estanques experimentales. Volverán después de Rainreturn”.

“¿Y tú, cómo estás? ¿Estás bien? Te ves cansada”.

“Estoy bien. Estuve enferma, como dije, pero estoy mejorando”.

Algo se cerró en su interior mientras hablaba y Bird sospechó que estaba mintiendo. No se veía bien, parecía descolorida, como si de repente pudiera desaparecer y entrar en otra dimensión. Quería agarrarla, envolverla con su cuerpo y protegerla.

“¿Tienes hambre?”, preguntó ella. “Habrá sopa en un rato. Deberíamos darte un festín. Los tomates están maduros y, por supuesto, el calabacín. Tofu. Podríamos recolectar algunos bagres de los tanques del invernadero. Algo salió mal con uno de ellos, pero el resto está bien. Ojalá tuviéramos huevos, pero las gallinas no ponen bien”.

“Suenas como un festín”, dijo. “¿Qué pasó con las gallinas?”

“No sé. Los vecinos las han estado cuidando. Probablemente sea algo relacionado con su alimentación. Supongo que he dejado pasar muchas cosas desde que murió Sandy”.

“¿Cómo está el agua?”

“Resistiendo muy bien este año. Puedes darte un baño o una larga ducha caliente si quieres”. Podría sentarse con él para siempre, hablar de comida, de agua. Había mucho más que necesitarían decir, pero no necesitaban hacerlo ahora.

“Necesito uno grande”. Él sonrió. “Recorrí los últimos ciento cincuenta kilómetros en la parte trasera de un camión de pollos”.

“No me importa”. Madrone se levantó y lo rodeó con sus brazos, alcanzando su boca con la de él. Quería succionarlo, abrazarlo y mantenerlo vivo y a salvo para siempre.

Él la deseaba con un dolor que era como una nota vibrando por todo su cuerpo, gritando: ¡Ahora! ¡Aquí! ¡En la tierra! Esperar un cuarto de hora podría significar esperar una eternidad; el mundo podría cambiar, ella podría desaparecer repentinamente.

“Te quiero”, dijo Bird. *“Te deseo”.*

“Lo sé. ¿Aquí y ahora? ¿Es probable que las Hermanas miren por la ventana?”

“Sí. ¿Parece una mala idea? Se sonrieron el uno al otro.

“Tenemos toda la noche. Tenemos mañana y la noche siguiente y la noche siguiente. Mientras podamos seguir con vida”.

“No parece posible”.

“Lo es. Es cierto”.

“Bueno. Intentaré creerlo”.

“Ve a ver a tu abuela”, le dijo.

“Bien. Debería verla primero. Quiero verla”.

“Voy a conseguir algo de comida”.

“Bueno”.

Él se giró para subir las escaleras traseras y ella lo vio alejarse. Se movía lentamente mientras subía las escaleras, como si le doliera el cuerpo. Ella todavía pensaba en él como un niño que corría tan rápido y saltaba tan lejos que casi volaba. De repente, ella corrió tras él, agarrándolo del tobillo a través de las barandillas de la escalera.

“¡Pájaro!”

“¿Qué es?”

Ella respiró hondo y se rió, luego le soltó. “Sólo tenía que tocarte. Tenía miedo de haberte perdido. Que si no te tocaba por un momento, desaparecerías”.

“Lo sé. Me siento igual. Pero ahora estoy en casa y no tengo intención de desaparecer”.

Sabía que la casa era real y que él realmente estaba allí, en el cuerpo, porque le dolía el cuerpo. Le dolía la pierna mala mientras subía torpemente las escaleras y entraba a la cocina por la puerta trasera. Es extraño entrar en esa habitación y no encontrar a nadie allí. En su memoria, siempre estaba llena de gente, preparando té, cocinando la cena, discusiones y risas alrededor de la mesa. Continuó por el pasillo y se paró en la puerta de la habitación de Maya.

Estaba acurrucada bajo su manta y parecía frágil y vieja, transformada en la mismísima Anciana. Su cabello brillaba blanco a la luz del sol y su rostro era un mapa luminiscente de arrugas. Su piel parecía transparente, como si ya estuviera a medio camino de las Islas Brillantes. Y ella hablaba en voz baja con alguien que no estaba allí.

“Soy yo, *abuelita*. Soy Pájaro”.

Ella lo reconoció, sin sorpresa pero con alivio, porque había pasado tanto tiempo desde que él había venido a ella que había comenzado a temer que estuviera irremediablemente perdido.

“¡Bird! Entra. ¿Dónde has estado? ¿Dónde estás ahora? Te ves notablemente sustancial. Creo que en realidad proyectas una sombra. ¿Eso no te agota?”

“Realmente estoy aquí esta vez, *abuela*. Con cuerpo y todo”.

Entonces se sentó y abrió mucho los ojos.

“¡Pájaro!”

Él se acercó a ella y ella se aferró a él, llorando en su pelo corto. Él era cálido, sólido y real en sus brazos. Podía sentir los latidos de su corazón contra el suyo y el pulso de su sangre, la sangre de su sangre. “¡Bird!” ella canturreó una y otra vez. “Pájaro. Pájaro. Pájaro. ¡Mi bebé!”

Él estaba inclinado sobre la cama en una posición incómoda y finalmente ella se dio cuenta de que lo estaba lastimando, así que lo soltó.

“Siéntate ahí donde pueda mirarte”, le indicó.

Maya se estremeció de felicidad. Se mantuvo quieta, como si la alegría fuera a disolverse si se movía. No está perdido, pensó. Mi línea, la línea de Brigid, está restaurada. Por un momento, creyó sentir la presencia de su hija, rozando suaves labios espirituales contra su nuca.

Bird estaba sentado en el borde de la cama, junto a ella. Ella tomó su mano, frotándola, acariciándola y dándole palmaditas. Los nudillos estaban hinchados y deformes, coagulados por un viejo dolor. Ella lo miró a los ojos,

buscando rastros de todo lo que él había pensado, sentido y sufrido.

“Cuando me miras así”, dijo, “siento que lo sabes todo. Y está bien”.

“No está bien. Es imperdonable irse y dejarnos así. Pero te perdono de todos modos. Estás vivo y estás aquí, y eso es lo importante. Cuéntame sobre eso. Fuiste herido”.

“Me recuperé, más o menos”.

“¿Dónde estabas? ¿En prisión allá abajo?”

“Sí”.

“Mi pobre bebé. ¿Cómo saliste?”

“Escapé”.

“Bueno, ciertamente te tomaste tu tiempo”.

“¡Maya! ¿Cómo puedes decir eso? ¡Es un milagro que haya salido!”

“Disparates. ¿Para qué crees que te criamos? ¿Para ser un pájaro enjaulado?”

“Ese juego de palabras es imperdonable”.

“Soy una señora mayor”, dijo. “Puedo hacer todos los juegos de palabras que quiera. Ahora ven aquí y abrázame de nuevo. Hueles como un granero, pero no me importa.

Le dolían los brazos por abrazarlo. Podía ver la forma rígida e incómoda en que sostenía su cuerpo, podía sentir los indicios de dolor detrás de sus ojos.

Sus brazos se sentían frágiles a su alrededor. Una parte de él, de niño pequeño, se acurrucó para que lo abrazaran. Pero ahora él era el fuerte, el que debía abrazarla con fuerza y evitar que se deslizara hacia el mundo susurrante de los incorpóreos.

Finalmente ella lo soltó de nuevo. “Bueno, ¿has visto a Madrone?”

Él sonrió. “Ella parece querer alimentarme”.

“Ella lo haría. ¿Cómo estás? ¿Necesitas algo? ¿Quieres cualquier cosa?”

“Oh, quiero comer, dormir, copular y lavarme todo al mismo tiempo, y quiero contarte todo lo que me ha pasado en los últimos diez años y escuchar todo lo que ha pasado aquí. Y sólo quiero sentarme aquí al sol y mirarte. No puedo creer que esté realmente en casa”.

“Es un milagro”. Maya arqueó las cejas y asintió solemnemente con la cabeza. “¡La vieja perra finalmente ha hecho un verdadero milagro!”

El baño de arriba tenía una claraboya sobre la ducha, y la luz formaba arcoíris en el agua al salpicar la piel de Bird. Cantó un cántico de limpieza mientras se lavaba, dejando que los colores, la luz y el agua se llevaran más que el hedor físico, dejando que la desesperación que había llevado sobre su espalda como una cosa muerta se disolviera y corriera por el desagüe también.

Cuando finalmente salió, Madrone estaba esperando. Ella le entregó una toalla y él se secó, alejándose de ella, sintiéndose de repente un poco tímido. El momento en el jardín había pasado. En este momento, tuvo miedo. Había pasado mucho tiempo y muchas cosas habían cambiado. Él lo había hecho y ella también. En realidad, eran extraños el uno para el otro. Y, sin embargo, estaban tan cerca. Ella era como una parte perdida de su historia, surgida para sonreírle y mirarlo con ojos que veían demasiado. Se envolvió en la toalla y se escondió.

Pero no pudo esconderse de Madrone. Después de todo, ella era una sanadora y conocía los cuerpos. En su postura, por la forma en que cambiaba su peso o la ligera torpeza de sus movimientos cuando levantaba el brazo, ella podía

rastrear el flujo del dolor, los músculos torcidos y los ligamentos doloridos, las roturas que no se habían curado bien y las viejas heridas. El Bird que recordaba había llevado su cuerpo con tanta ligereza como lo hacía un animal y se movía con la gracia de un depredador. Ella tomó su mano.

“Ven a mi habitación”, dijo. “Déjame darte un masaje”.

El sol caía sobre la cama a través de otro tragaluz. Él yacía en un charco de calor mientras ella trabajaba en los músculos anudados de su espalda baja y los nódulos de dolor en su cadera. Sus dedos leían su historia.

Ella también tenía miedo. Lo entendió, de repente. Tenía miedo y lo mantenía a distancia curándolo y alimentándolo. Dar, dar, generar un poder que por la misma fuerza de darlo lo mantenía alejado. Él se giró sobre su espalda, la miró y le agarró las manos.

“Quiero mirarte”, dijo. “Quiero mirarte a los ojos y hablar contigo”.

Dejó escapar el aliento lentamente. “Sí”.

“Quiero decir que lo siento. *Lo siento*. Lamento no haberte hecho el amor por última vez antes de irme.

Podía ver sólo una sospecha de humedad alrededor de sus ojos, se inclinó y los besó ligeramente. “Hubiera sido insoportable saber que era la última vez. De todos modos, si recuerdas, estaba siendo bastante perra al gritarte. Lo siento por eso”.

“Estaba tan asustado. No quería morir. No podía soportar oírte decirme por qué no debería ir.

“Seguí intentandolo y tratando de comunicarme contigo después. ¿Alguna vez me sentiste?

“Si, te sentí. Te siento ahora”.

“Pero tenías razón”, dijo Madrone. “Supongo que ahora creo que hiciste bien en irte”.

“No sé. El bien y el mal de algún modo no parecen aplicarse. Sólo sé que tenía que hacerlo”.

“¿Te arrepientes ahora?”

“Era tan diferente de lo que imaginaba. Tenía miedo de morir. Pero morir habría sido rápido, y esto siguió y siguió y siguió. Los otros tres murieron, ya sabes. A veces me arrepentí de haber sobrevivido. Pero no ahora”.

“No, no ahora”.

Él tomó su rostro entre sus manos y la besó, y entonces la chispa volvió entre ellos, el dolor y el deseo. Él retrocedió.

“Madrone, he estado con todo tipo de personas, he hecho cosas que ni siquiera recuerdo. No sé si esto es seguro para ti”.

Sus ojos parecieron perder foco mientras observaba los colores espirituales que jugaban alrededor de su cuerpo. “Estás a salvo”, dijo.

“¿Como puedes estar segura? ¿No debería hacerme un análisis de sangre o algo así?”

“Un análisis de sangre sólo funciona si sabes lo que estás buscando. Confío más en mi visión psíquica. Mis protecciones me avisarían si tuvieras una enfermedad. Lo olería”.

Ella se quitó la camisa y los pantalones y lo abrazó. Lo deseaba con una intensidad que había olvidado que existía. Él era el extraño esquivo de un mundo desconocido y al mismo tiempo la parte más familiar, más amada, segura e inocente de su propio pasado. Cuando él la tocó fue como las huellas de fuego en su piel, y ella lo rodeó con sus brazos y entrelazó sus piernas alrededor de las de él, queriendo abarcarlo, llevarlo al núcleo oscuro donde todo se derretía y él podía ser hecho nuevo; de nuevo.

Era duro. Él se había estado muriendo de sed y ella era un dulce pozo de agua. Él se contuvo, tomándose el tiempo para tocarla y acariciarla, pero ella apartó su mano. Ella quería estar llena de él; más tarde habría tiempo para todos los entresijos del orgasmo.

“Entra en mí”, susurró. “Te quiero ahí”.

Ella lo guió hacia ella. Él la sintió abierta a él, en cuerpo y mente, y no pudo contener nada.

Después de un rato, se separaron. “*Lo siento*”, susurró. “Me vine demasiado rápido. No fue muy bueno para ti”.

“No seas idiota”, dijo suavemente. “Fue maravilloso. Estar contigo de nuevo es maravilloso. Y tenemos todo el tiempo”. Ella comenzó a besarle, comenzando desde su frente y su suave cabello, bajando suave y completamente hasta sus ojos, el puente de su nariz, deteniéndose mucho tiempo en sus labios. Cuando llegó a su garganta, él estaba duro otra vez.

Esta vez pudo sentirlo conteniéndose, tomándose su tiempo, recordando su habilidad practicada en el arte del tacto. Recordaba sus dedos como plumas, casi fluidos. Ahora, a través del leve temblor en sus puntas, podía sentir la rigidez subyacente y el dolor, el dolor que él llevaba en su cuerpo y la rabia en el centro, tan parecida a la suya. Y podía sentir su poder, presionando contra los bordes de su mente,

una corriente más profunda y amplia de lo que había conocido en él antes, con piedras duras en el centro que podía sentir pero no juzgar, y corrientes profundas que corrían hacia cámaras subterráneas. Como su propio poder ahora era más profundo, forjado a partir de la tristeza, el dolor y la ira. Ya no eran niños elfos, y algo delicado y dulce había desaparecido. El placer y el dolor se arremolinaban a través de ella, agridulces, se acumulaban en sus lugares huecos, se hinchaban y estallaban en un vuelo de pájaros liberados de alguna estrecha jaula al aire libre. Ella se deslizó sobre él y su fuerte empuje dentro de ella mantuvo las grandes alas batiendo hasta que, después de mucho tiempo, él comenzó a palpitar, gemir y derramarse. Y luego ella sólo quiso abrazarlo, como si fuera un gran pájaro, temblando lentamente hasta quedarse quieto en sus brazos.

Bird trajo la lluvia consigo. O eso parecía. El cielo comenzó a nublarse mientras Maya preparaba la cena. Había encendido todas las velas de la casa para que la sala común ardiese con fuego, y había puesto la mesa con su mejor mantel de encaje y la porcelana vieja que había pertenecido a su abuela. Preparó pisto y ensalada, sopa y pan: un verdadero festín. Una felicidad repentina e inesperada la había hecho sentir ligera. Hacía mucho tiempo que no tenían un motivo de celebración y ella quería aprovecharlo al máximo.

Comieron lentamente, saboreando la comida, la luz de las velas, su presencia mutua. Mientras terminaban de cenar, oyeron las primeras gotas, un inconfundible tamborileo en el techo. Madrone abrió una ventana y se elevó el bendito olor a tierra húmeda. Era el olor de la vida que regresaba, la promesa anual de renovación de la Tierra.

“Es un presagio”, dijo Madrone. “Han llegado las lluvias”.

Salieron corriendo por la puerta principal y Madrone recogió velas y ofrendas en los escalones para que Bird no tropezara. A lo largo de los senderos, las puertas se abrían y la gente salía corriendo a bailar delirantemente. Los niños corrían con cuencos y cacerolas para recoger las primeras aguas de lluvia. Al lado, las Hermanas se arrodillaron en el barro para dar la oración de acción de gracias. Incluso Maya bailó, saltando, aunque algo rígidamente, por el camino para unirse a la multitud de personas que entraban al parque a la vuelta de la esquina. Se tomaron de las manos y fueron arrastrados hacia la danza de la serpiente, la espiral, la larga cadena girando sobre sí misma, como la renovación de generaciones, pensaba Maya siempre, pasando cara tras cara de vecinos y amigos en la danza loca. Le pareció que podía sentir la mano de Rio apretando la suya a la izquierda, la de Johanna a la derecha.

Los fuegos artificiales explotaron y llovieron en colores que mezclaban fuego brillante con las gotas. Pronto el pelo y la ropa de todos estaban húmedos y goteando, pero todos se

reían. La lluvia había llegado, incluso un poco temprano este año, y la acogieron con la esperanza de que volviera una y otra vez durante el invierno, volviendo verdes las colinas marrones, llenando las cisternas y reponiendo los acuíferos, alimentando la vida en los jardines y campos que alimentaban a la gente.

Bailaron hasta que estuvieron demasiado cansados para seguir bailando. Cuando se marcharon, la espiral todavía se estaba enrollando, y la voz aguda y sonora del cantante principal enviaba tras ellos las palabras de la letanía:

*La lluvia es nuestra hermana, nuestra madre,
nuestro padre, nuestro hermano,
nuestro amante más dulce, más añorado y
más querido.*

*Entonces, si alguna vez has amado a alguien,
si alguna vez has extrañado a alguien
y anhelaste ver ese rostro
y lloraste por el tacto de esas manos,
levanta tus manos hacia la lluvia, ahora,
vuelve tu rostro hacia la lluvia, ahora,
y siente a tu amado venir
bajo la lluvia....*

Capítulo IX

Bird durmió durante tres días y se despertó sólo para comer u orinar. Luego se levantó de la cama y se puso a trabajar. Necesitaba sentir las herramientas en sus manos, mirar hacia atrás, a una hilera de tierra recién removida o un parche nuevo en un trozo de revestimiento podrido y saber que sus manos aún podían producir comida y refugio, si no música.

Lo primero que arregló fue el techo, donde Sandy estaba trabajando cuando el virus lo mató. Bird encontró un montón de tejas y un martillo, justo donde Sandy los había dejado caer cuando ocurrió el ataque. Por un momento, tuvo la inquietante sensación de que si giraba la cabeza encontraría a Sandy sentado a su lado, listo para completar la tarea. Una oleada de tristeza lo invadió. Habían sido amigos íntimos y, ocasionalmente, amantes, normalmente en momentos extraños y en lugares de aventuras. Como éste. Podía imaginarse a Sandy volviéndose hacia él, con un

brillo en los ojos, y diciéndole: “¿Alguna vez lo intentaste en el techo? ¿No? ¿Quieres?” Y luego, después de un tórrido intervalo, volvían al trabajo. Y más tarde, alguien seguramente haría algún comentario sobre sonidos extraños provenientes del techo en pleno día. ¿Había gatos merodeando por allí, o qué?

Habrían compartido secretos. O tal vez no. Sandy en su mente todavía tenía dieciocho años, al igual que Bird en su mente tenía diecinueve. Nunca había celebrado su vigésimo cumpleaños, el Día de la Muerte. Nunca había celebrado su vigésimo noveno aniversario, ni ninguno de los intermedios. A veces parecía que sólo habían pasado unos meses desde su partida, porque los años intermedios habían desaparecido de su memoria, un fallo en el tejido de la realidad. Sin embargo, habían sucedido tantas cosas, habían cambiado tantas cosas, que en otras ocasiones sentía que se había ido hacía siglos.

Desde la muerte de Sandy se habían descuidado muchas cosas. Bird arregló el generador eólico, quitó las malas hierbas del jardín y plantó los parterres de invierno con verduras y brócoli. Los peces habían muerto en uno de los grandes tanques de acuicultura que calentaban el invernadero con el calor almacenado en el agua. Bird vació el tanque y arrojó la apestosa masa de peces muertos y follaje a la pila de abono.

“Gracias”, dijo Madrone. “Ese tanque me pesaba en la mente; simplemente no podía afrontarlo. Pero en realidad, Bird, no tienes que hacer todos y cada uno de los trabajos más sucios y desagradables. Me ocuparé de algo de eso... en unos días. Sólo necesito un poco más de tiempo para descansar”.

Estaban acostados en su cama, disfrutando del sol de la mañana que entraba por el tragaluz. Se levantó sobre un codo y dejó que su dedo trazara el patrón de luz que formaba en su piel. Ella no tenía muy buena apariencia; parecía delgada, delicada, agotada. Quería sostenerla en sus brazos y protegerla, derramar fuerza en ella aunque no estaba seguro de dónde vendría, tal vez del puro esfuerzo que ponía para bloquear el dolor de su propio cuerpo.

“*No te preocupes*”, dijo. “No es para preocuparse. Incluso la mierda en los retretes de abono de aquí me huele dulce ahora”.

“Al menos deberías ir al Consejo Vecinal, volver a las Juntas”, dijo Madrone. “También podrías obtener tus créditos laborales por todo esto”.

“Fui ayer”, dijo Bird.

Madrone podía sentir que una parte de él retrocedía hacia su interior, alejándose de ella. Ella se giró de costado para mirarlo a los ojos.

“¿Que Paso?”, preguntó ella.

“Nada. Al principio se sorprendieron de que yo todavía estuviera vivo. Luego se ofrecieron a devolverme mi estipendio de músico. Lo rechacé”.

“¿Por qué?”

Por respuesta, él le mostró la mano. Ella la tomó, la besó tiernamente y la colocó contra su mejilla. Debajo de la piel podía sentir la rigidez, y contra sus párpados cerrados vio líneas de energía ardiente alrededor de las articulaciones cicatrizadas.

“Aún no sabes lo que puedes hacer con la práctica, Bird. Y la acupuntura puede ayudar a esas articulaciones”.

“Bueno, cuando haya practicado me podrán dar un estipendio. Mientras tanto, prefiero ser útil a que me subvencionen”.

“Maya se quedó con todas tus guitarras. Están en el almacén.

“Qué sentimental”, dijo Bird. Madrone podía sentir sus emociones cerrarse como una cerda que se aleja de un dedo sondeador. Ella suspiró y no lo presionó más.

Hubo muchas cosas de las que no habló. A veces Madrone los sentía a ambos en un mismo resplandor; en otros

momentos el resplandor se nublaba: oía truenos silenciosos y esperaba que brillaran los relámpagos.

Suspiró de nuevo, preguntándose por qué todavía se sentía tan cansada, por qué no estaba más feliz. Ella debería estar feliz. Es cierto que Sandy estaba muerto, pero no podía llorarlo para siempre. Había animado a Bird a ocupar su habitación y le había dado su ropa, ya que la suya había desaparecido hacía mucho tiempo. Quizás eso fue un error. Siempre veía un suéter familiar en una figura distante, sintiendo que su corazón saltaba y luego se estrellaba cuando la figura se giraba y era Bird. Bueno, no era chocar exactamente, porque no podía mirar a Bird y no sentirse elevada, elevada como una cometa esquivando y sumergiéndose entre la alegría y el dolor. Bird era su propio milagro, pero todavía no era Sandy, como en cierto modo todo en el mundo había dejado de ser Sandy tras su muerte, aburrido, aburrido y sin alegría.

Pero eso no era justo para Bird. Amaba a Pájaro. Y, sin embargo, Bird, a su manera, tampoco era... el Pájaro, el Bird que ella recordaba, que era claro y abierto como el estanque azul alimentado por un manantial de su lugar de poder en lo alto de las montañas. Hacer el amor había sido como caer en agua clara, abertura tras abertura, hundirse en una profundidad tras otra. No habían tenido nada que ocultar. Pero este Pájaro era medio extraño, arrastraba un cuerpo dolorido y ocultaba su dolor, y escondía secretos bajo un

silencio de piedra. Y también almacenaba sus propios secretos y sus preocupaciones.

“Voy a volver a trabajar mañana”, dijo Madrone.

“¿Estás segura de que estás lo suficientemente bien?”

“Me lo tomaré con calma”.

Bird resopló.

“Lo haré. Porque todavía queda mucho por hacer, incluso con la epidemia en decadencia. No puedo quedarme aquí para siempre”.

Madrone supo que algo andaba mal por la calidad del silencio que descendió sobre la sala de reuniones del hospital cuando ella entró. Esa mañana el grupo era pequeño: solo Sam, Lou y Aviva, junto con Lourdes, la joven partera, y Rick, el herbolario que había ocupado el lugar de Sandy. Todos se giraron para mirarla mientras ella se sentaba agradecida en uno de los grandes y viejos sillones que decoraban el salón de los curanderos. La corta caminata hasta el hospital la había cansado más de lo que quería admitir.

“¿Qué estás haciendo aquí?” –Preguntó Sam sin rodeos.

“Me siento lista para volver a trabajar”, dijo Madrone.

“Si pensara que hablas en serio”, dijo Sam, “tendría serias dudas sobre tu criterio profesional”.

“Trabajo ligero”, dijo Madrone. “Pensé que podría volver a hacerlo”.

“¿Facil?” Dijo Lou. “Madrone, cariño, no sabes cómo sentarte en una silla de jardín en un día soleado. Tu acelerador sólo tiene una configuración según he observado, y es a máxima velocidad”.

“Sé que estás ansiosa por volver a trabajar, pero necesitas más tiempo de convalecencia”. Aviva le sonrió amablemente.

“No estamos tan escasos de personal”, dijo Sam. “La epidemia prácticamente ha terminado, en realidad nunca comenzó. La suerte nos acompañó en este caso. Así que volvemos a nuestro nivel normal de caos”.

“Pero extraño el trabajo”, dijo Madrone. “Incluso los extraño a todos”.

“Bien. Entonces, cuando regreses, tal vez nos aprecies por nuestro verdadero valor”, dijo Lou.

“En serio, Madrone”, dijo Sam. “Si enviaras a un paciente en tu condición a regresar al trabajo, lo llamaría negligencia criminal”.

Tenían razón. Madrone lo sabía, pero aun así luchó por contener las lágrimas. Estaba tan cansada de estar enferma, cansada de estar cansada. Quería volver a ser la misma de antes.

“Ya que ella está aquí, ¿por qué no debería al menos quedarse a asistir a la reunión?” –sugirió Rick–. Era un hombre apuesto, con cálidos ojos negros y una barba negra rizada, y Madrone sospechaba que le gustaría trabajar con él.

“Claro, que se quede”, añadió Lourdes, sonriendo tímidamente a Madrone.

Me admira demasiado, pensó Madrone. Le impedirá desarrollar la confianza que debería tener. Tendré que trabajar en eso cuando esté mejor.

“En realidad, me gustaría conocer tu opinión sobre esta discusión”, dijo Sam. “Volvemos a la misma vieja pregunta”.

“¿Qué misma vieja pregunta?”

“La cuestión de si esta última epidemia equivale a una guerra bacteriológica y, de ser así, qué debemos hacer al respecto”.

“El Consejo de Defensa nos ha estado tomando el pelo”, dijo Lou. “Creen que es un ataque, pero quieren una respuesta definitiva de nuestra parte”.

“Eso era lo que me parecía a mí”, dijo Madrone. “Cuando lo vi, era como algo construido con metal, pernos y candados de bicicleta”.

“¿Puedes diagramarlo?” –Preguntó Aviva. “Eso podría ayudar a Flore a elaborar un modelo informático y descubrir las ecuaciones de campo mórfico. Porque si se producen nuevos ataques, es probable que se desarrollen siguiendo líneas similares”.

“No puedo diagramar la estructura molecular”, dijo Madrone. “Ojalá pudiera. Pero no es así como funciona. La mente traduce patrones de energía, *chi* y estructura molecular en símbolos, cosas. Podría dibujarlos, pero parecería bastante tonto”.

“Deberías sentarte y hablar con Flore de todos modos”, dijo Sam. “Lo que a ti te parece una tontería puede tener algún tipo de sentido para ella, una vez que lo pasa por los cristales de la gran computadora”.

“Sí, podría hacer eso”, dijo Madrone.

“Si tan solo uno de nosotros pudiera bajar allí y echar un vistazo por nosotros mismos”, dijo Sam. “Me irrita, ¿sabes? Recuerdo cuando solía haber dos o tres vuelos por hora a

Los Ángeles, desde el Aeropuerto Internacional de San Francisco. Internacional, lo llamaban, porque podías subirte a un avión e ir a cualquier parte: París, Bali, Honolulu, Detroit. O podría haber cogido el teléfono y llamar a un colega...”

“Debe haber sido maravilloso volar”, dijo Aviva soñadoramente, “cuando no había que preocuparse por los sumideros de ozono o un extraño viento Haravatski que derribara el avión del cielo. Me encantaría poder despegar hacia cualquier lugar del mundo al que quisiera ir”.

“Estamos perdiendo el foco”, dijo Lou. “Ya no es 1998, es 2048. A menos que a ti y a Sam les salgan alas, no podremos volar. Ni siquiera podemos entrar a las Tierras del Sur y esperar volver con vida. No creo que nadie haya visitado aquello en veinte años y haya vivido para contarlo”.

“Eso no es cierto”, dijo Madrone. “Bird estuvo allí abajo durante casi diez años. Y ahora ha vuelto”.

“¿Pájaro?” –Preguntó Lou.

“El nieto de Maya. Mi *compa* de hace mucho tiempo. Regresó hace dos semanas”.

“Madrone, ¡es una noticia maravillosa!” dijo Aviva.

“¿Tiene alguna información sobre las enfermedades?” –Preguntó Sam. “¿Has hablado con él sobre ellas?”

Madrone negó con la cabeza. “Da pistas, pero no dice mucho al respecto”.

“¿Vendría a hablar con nosotros?” –Preguntó Sam.

“Estoy seguro de que lo haría. De hecho, esa sería una manera de lograr que venga a verte. Tiene algunas heridas que no fueron tratadas y no sanaron bien. Pero cada vez que sugiero una consulta, él explota”.

“Bueno, seguramente será una transición difícil para él”, dijo Sam. “Dale tiempo. Tal vez debería pasar por tu casa alguna noche y visitar a Maya.

“Eres un viejo sucio, Sam”, dijo Lou.

Sam hizo a un lado el comentario. “Hay otro asunto que quiero abordar contigo, Madrone”.

“¿De qué se trata?”

“Quiero saber qué diablos te pasó”.

Madrone suspiró y se removió en su silla, preguntándose por dónde empezar. Sí, tenían razón, todavía no se encontraba bien. La sola idea de dar explicaciones la cansaba.

“Creo que puedo decir algo al respecto”, dijo Lou. “¿Me equivoco o dejaste caer tus escudos y absorbiste el virus de la niña González?”

Madrone asintió. “Si, lo hice”.

“Ahora bien, la curación psíquica no es mi fuerte”, dijo Sam, “pero sí sé que esa no es una de las técnicas aprobadas”.

“Por una razón”, dijo Aviva. “Es extremadamente peligroso”.

“Me di cuenta”, dijo Madrone.

“¿Por qué no discutiste lo que ibas a hacer?” Dijo Lou. “Podríamos haberte dado algo de apoyo”.

“Ni siquiera hiciste un círculo”, dijo Aviva.

“No lo planeé”, dijo Madrone. “Simplemente vi la posibilidad y la aproveché. Tenía miedo de esperar y hablar de ello; temía que las probabilidades volvieran a cambiar si esperaba aunque fuera un segundo”.

“Las probabilidades casi te desplazan”, dijo Rick.

“Lo sé”.

“Si hubieras hecho el mismo trabajo con un círculo detrás de ti, tal vez no habrías llegado al límite”, dijo Aviva.

“Tal vez”, dijo Madrone. “Pero tal vez haya que pagar un precio por ciertos tipos de trabajo”.

“Bueno, no vuelvas a pagarlo”, dijo Sam. “Una vez es suficiente”.

“Valió la pena”, dijo Madrone. “Cambié el *aumakua*, o, si se prefiere, el campo mórfico que generaba la enfermedad. Como usted señaló, Sam, la epidemia ha terminado”.

“Me alegro de eso”, dijo Sam. “Pero a mí, por mi parte, me gustaría mantenerte viva y alrededor hasta que llegues a ser una vieja idiota como yo. En mi opinión, eso es lo que necesitamos de ti: no el martirio, sino la supervivencia”.

“Eso ocupa un lugar destacado en mi lista de prioridades”, dijo Madrone. Ahora estaba enojada, lo cual era mejor que sentirse humillada. “Lo creas o no, nunca quise ser una mártir”.

“Entonces deja de actuar como si fuera tu responsabilidad personal, exclusiva y única salvar la vida de cada persona moribunda en esta cuenca”, dijo Sam. “Tu primera responsabilidad es curarte a ti misma. No vales nada para nadie más si no puedes hacer eso.

Madrone apartó la mirada de él. Él tenía razón, ellos estaban bien, pero ella odiaba, *odiaba*, que la mimaran. “¿Terminaste con la conferencia, Sam?”

“Tómatelo a pecho”.

“Lo haré, Sam. Seré buena. Iré a casa, descansaré y me tumbaré al sol. Y no haré nada dramático”.

“No sin consultarnos primero al resto de nosotros”, dijo Lou. “Nos preocupamos por ti, Madrone”.

Madrone se deslizó por el pasillo lateral hacia el jardín trasero. Bird estaba cavando en el lecho de hierbas, vestido con los jeans de Sandy y su camisa azul favorita. Si permanecía donde estaba y entrecerraba los ojos, podía creer por un momento que era Sandy. Los brazos de Bird eran más oscuros y su cabello muy rizado, no largo, liso y negro. Pero si él se quedaba quieto, si no se movía... ella sacudió la cabeza y se aclaró los ojos, sintiendo por un momento como si hubiera quedado atrapada en lo que las Hermanas llamarían un pecado.

Para expiar sus pensamientos, se acercó a Bird, le tocó el hombro y lo besó suavemente en la oreja. Se sentía dolorida por dentro por la reunión del Consejo. ¿Nadie podría decir: “Buen trabajo, Madrone. Gracias por salvarnos el trasero”? Pero, por supuesto, la gente decía eso, todo el día, encendiendo velas en su puerta, dejando cestas de frutas y aburridos ramos de flores. Tal vez ella sí quería ser una mártir después de todo, o una santa, como las Tres

Hermanas Mártires de Guadalupe, torturadas hasta la muerte por el Cártel allá por los años noventa. Recordó su santuario, en la calle principal donde jugaba cerca de la clínica donde su madre siempre parecía estar ocupada, demasiado ocupada, curando. Hasta que llegaron los soldados. Pero eso fue hace tanto tiempo que ahora apenas podía recordar el rostro de su madre separado de la imagen que guardaba en el altar de sus antepasados. De repente Madrone quiso llorar, por su madre, por Sandy; quería que Bird notara su angustia y la abrazara contra su hombro, como habría hecho Sandy. Pero él estaba absorto en su propio trabajo, y en realidad no era justo quejarse, gritar y descargar su mal humor sobre él.

En lugar de eso, le preguntó, con voz cuidadosamente neutral, qué estaba haciendo.

“Mover la consuela”, dijo. “Aquí se está apoderando de toda la cama. Pensé en volver a ponerla en la sombra”.

Madrone se puso rígido. “Esa es la consuela de Sandy. Él la plantó allí. Él la quería allí”.

“Estoy seguro de que sí”, dijo Bird. “Ahora la quiero en otro lugar”.

La habían plantado allí juntos, haciendo el amor sobre la tierra desnuda, cantando cánticos curativos bajo una luna

creciente. Ella había esparcido sus cenizas debajo. Ahora sus raíces colgaban y sus hojas caían como una profanación.

“Deberías preguntarme antes de andar trasteando con el jardín”, dijo Madrone.

Bird se dio cuenta de que iban a pelear. Lo había sentido crecer durante días y había esperado que no sucediera, pero la tensión estaba ahí, como una corriente fría bajo las tormentas calientes de su pasión. Es curioso cómo, cuando podían abrirse el uno al otro, eran tan buenos juntos; sonaban como una campana puramente forjada, y los dulces matices permanecían con él durante días. Pero ahora el sonido resonó con dureza. No quería pelear con ella, pero tampoco quería, no podía abrirse, no podía dejarla entrar para caminar a través de sus recuerdos. Estaban demasiado presentes; todavía no había sido capaz de resolverlos por sí mismo. Ella estaba esperando su respuesta, con la expresión en su rostro que él odiaba, porque lo hacía sentir como un intruso, alguien que no tenía derecho a estar en este lugar. ¡Y también era su casa, maldita sea!

“Bueno, perdóneme”, dijo. “No sabía que necesitaba su permiso personal”.

“Es el jardín de Sandy. Él se encargó de ello”.

“Sí. Bueno, ahora me encargo yo. Sandy está muerto”.

“Esa no es razón para... borrarlo. Como si nunca hubiera existido”.

“Madrone. *¡Por la Diosa!* ¿Qué carajo te pasa?

Era consciente de que había dejado atrás la razón, que la estaba alejando cuando lo que realmente quería y necesitaba era acercarlo. Pero ella parecía no poder detenerse.

“Quiero que le tengas algo de respeto, eso es todo. No puedes simplemente regresar y hacer todos estos cambios. Es demasiado pronto”.

Bird respiró larga y profundamente. Sintió que ella lo estaba empujando de nuevo a las sombras donde no tenía rostro ni memoria. “Estoy tratando de ser útil”, dijo en voz baja. “No soporto sentirme como un fantasma. Sólo quiero poner mis manos en la tierra”.

Los ojos de Madrone se llenaron de lágrimas. “Siempre estás usando su ropa”, dijo, sabiendo que estaba siendo injusta. Yo misma le di esa ropa y ahora quiero arrancársela de la espalda. Pero yo también lo amo. ¿Qué pasa conmigo?

Se miraron el uno al otro. Con calma y deliberadamente, Bird se quitó la camisa de Sandy. Se desabrochó los pantalones y se los quitó, dejándolos amontonados en el suelo. Podía pensar en cientos de cosas que decirle, pero se

las guardó todas. Desnudo y en silencio, se dio vuelta y se alejó.

Madrone volvió a colocar la consuela en su agujero y sacudió la tierra a su alrededor. Sus hojas todavía colgaban como cosas muertas. Enterrando su rostro en la camisa desechada, se tumbó en el suelo y lloró.

Maya estaba sentada leyendo en la sala común cuando Bird subió pesadamente, desnudo, las escaleras traseras y entró, cubierto de sudor y con aspecto sombrío. “¿Quieres hablar de eso?”, preguntó ella.

Sacudió la cabeza. No quería hablar. Oía a Madrone llorar en el jardín y casi quería volver, reconciliarse, consolarla, pero le dolía la pierna y las escaleras parecían una barrera que se extendía por kilómetros. Quizás su pierna estaba empeorando. Podía caminar bien, pero subir las escaleras era difícil y bajar más doloroso aún. No quería pensar en eso.

En ese momento, escucharon una conmoción abajo. La puerta principal se abrió, se cerró de golpe y se oyeron pasos que subían las escaleras.

“¡Estan aquí! ¡Estamos en casa!”

Habían regresado del Delta, Manzanita, Sage y Holybear. Nita entró corriendo primero, con su cabello revuelto a su

alrededor, y abrazó a Maya con fuerza. Sage y Holybear la siguieron, llevando grandes cestas de verduras y frutas, que colocaron sobre la mesa.

“¿Dónde está Bird?” preguntó Sage. “¿Es ciertamente real?”

Luego lo abrazaron a él y a Maya y de alguna manera estaban todos revueltos juntos, abrazándose unos a otros en una dulce quietud.

En el silencio se oyó a Madrone sollozar afuera. Bird también lloraba y Maya sintió lágrimas en sus propios ojos. Sandy debería haber estado aquí para esta reunión. Había tantos que deberían haber estado aquí. La habitación se sentía llena de fantasmas.

Finalmente se separaron para mirarse el uno al otro. Nita, que nunca podía permanecer triste por mucho tiempo, estaba sonriendo. Era baja y Bird la miró y vio principalmente cabello, una nube marrón electrificada que se curvaba y crepitaba hasta sus puntas. Había algunas líneas más alrededor de sus redondos ojos marrones. Por otro lado, ella no había cambiado en absoluto.

Holybear estaba envuelto en una gasa rosada. Su piel era demasiado pálida para resistir el sol en estos días de disminución del ozono, y tenía que cubrirse con cuidado. Se quitó el gran sombrero de paja que le daba sombra a la cara,

dejando al descubierto una masa de pelo pelirrojo que añadía varios centímetros más a su ya considerable altura. Mirando por encima de un par de gafas de sol en forma de corazón, observó a Bird.

“Eres tú”, dijo. “*¡Qué milagro!* ¡Estábamos seguros de que habías muerto!

“No tuve tanta suerte, hombre”, dijo Bird, sonriendo y golpeándolo en la espalda.

“Madrone nos envió un mensaje a través de la red, por lo que concluimos nuestros experimentos tan pronto como pudimos”, dijo Sage. “*¡Diosa,* qué bueno verte!”

“Tú también”, dijo Bird. “Te ves tan bien como siempre”. Con sus ojos castaños avellana y la luz de la tarde brillando con toques dorados en su cabello, a Bird le recordó al trigo parado en un campo. Su piel estaba bronceada casi más oscura que su cabello y Maya frunció el ceño.

“Eres demasiado oscuro”, dijo. “¿No sabes nada mejor que exponerte descubierto al sol? Tendrás cáncer de piel”.

Sage se limitó a sonreír. “Me baño en aloe vera todas las noches”.

A Bird le dolía mucho la pierna. Sin ropa que lo protegiera, podían ver claramente la tensión de los músculos que mantenían su incómodo equilibrio.

“Estás herido”, dijo Nita.

Sacudió la cabeza. “Estoy bien”.

“Tengo una hierba para ti”, dijo Sage, acercándose a la estufa para tomar la tetera y llenarla con agua. “Ayudará a relajar esos músculos”.

“Dije que estoy bien”.

Por un momento, una tensión incómoda flotó en el aire. Holybear lo rompió quitándose las gafas de sol por completo para mirar a Bird con franco aprecio y algo de envidia.

“Ustedes, hombres oscuros, *oscuros*”, dijo. “Ojalá pudiera correr desnudo y viril”.

“¿Estás preocupado por tu virilidad?” –Preguntó Sage.
“¿Te gustaría una evaluación sincera?”

“¿Estás pidiendo una manifestación?” Contraatacó Holybear.

“Olvidalo. ¿Dónde está Madrone? –Preguntó Nita.

“¿Interrumpimos algo?” Preguntó Holybear.

“Sólo una pelea”, dijo Bird.

“Ah”, dijo Oso Santo. “¿Madrone?”

“Han pasado dos semanas”, dijo Bird. “Se acabó la luna de miel”.

“¿Quieres hablar de eso?” –Preguntó Sage.

Él se encogió de hombros. “Creo que quiero ponerme algo de ropa. Me estoy enfriando”. Se volvió hacia Holybear. “¿Tienes algo que puedas prestarme?”

“Ven, hermano”. Holybear se puso de pie y tomó a Bird del brazo. “Vamos a jugar a disfrazarnos”.

Tan pronto como se fueron, Nita se volvió hacia Maya. “¿Qué sucedió?”

“Él no ha hablado de eso”.

“Necesita hablar. Todo lo está cociendo por dentro, como algo fermentándose hasta convertirse en vinagre”.

“Yo sé eso. Tú lo sabes. Cualquier niño de cuatro años que hubiera crecido en esta casa lo sabría. Ah, bueno, tal vez se dé cuenta ahora que todos ustedes están aquí”.

Nita frunció el ceño. “Creo que iré a ver a Madrone”. Salió por la puerta trasera y bajó corriendo las escaleras traseras.

Sage exhaló un exagerado suspiro de alivio y se dejó caer en el sofá. “Alabada sea la Diosa”, dijo. “Nita tiene una nueva

serie de problemas que gestionar. Ahora tal vez consiga un poco de paz”.

El llanto de Madrone había dado paso a una silenciosa miseria. Ella yacía inmóvil, con el rostro enterrado en la tierra. Entonces sintió una mano en su hombro.

“Soy yo”, dijo Nita. “¿*Que Pasó?*”

Madrone le tomó la mano y la presionó contra su mejilla. Se sentía fresca, suave y reconfortante.

“*Nada*”, dijo.

“Mierda”. Nita deslizó su brazo alrededor de los hombros de Madrone. Reconoció la camisa de Sandy y la tocó suavemente. “Yo también lo extraño”, dijo. “Duele. Duele mucho”.

Se sentaron juntas por un rato, sin necesidad de hablar. El sol había abandonado el jardín y Madrone se estremeció de repente.

“Bueno”, dijo, “he sido una verdadera perra con Bird”.

“No lo dudo”.

“Sólo necesitaba que alguien me abrazara y me dijera que soy realmente maravillosa”.

“Eres maravillosa”, dijo Nita, apretándola con más fuerza y besando la lágrima que goteaba por su mejilla.

“Así que en lugar de eso elegí una pelea”.

“Tiendes a hacer eso, ¿sabes?”

“¿Por qué no pudo ver lo que necesitaba? ¿No se supone que es tan psíquico como el resto de nosotros?”

“¿Desde cuándo las habilidades psíquicas han sido de menor ayuda en la vida amorosa de alguien?”

“Lo habría sabido. Sandy lo habría hecho”. Ella empezó a llorar de nuevo.

Nita la acunó y volvió a besarla en la frente. “Ah, pero Sandy y yo tuvimos años para acostumbrarnos a ti”.

“Estoy cansada de amar a gente que muere”.

Madrone volvió a temblar y Nita la abrazó. Se besaron, larga y persistentemente.

“Me alegro de que hayas vuelto”, dijo Madrone.

“Yo también”.

Agrupados alrededor de la vieja mesa redonda, se pasaron cuencos de ensalada, calabaza y arroz al vapor. La habitación se llenó una vez más de luz, ruido y voces. Madrone había hecho las paces con Bird antes de comer, interceptándolo mientras llevaba una pila de platos para poner la mesa.

“Lo siento”, dijo. “No podías saber que esa planta era donde esparcí sus cenizas”.

“Oh”. Dejó los platos y se volvió hacia ella. “Podrías habérmelo dicho”.

“Lo sé”. Ella lo rodeó con sus brazos y se abrazaron. “He sido una idiota. Lo lamento”.

“Está bien. Yo también lo siento. Podría haber visto que simplemente lo extrañabas”.

“Simplemente me dolía”, dijo Madrone. “Y eso siempre me vuelve mala. Realmente no quiero que seas Sandy”.

“Eso es bueno”.

“Pero yo quiero conocerte. Me has dejado fuera, Bird.

Se puso rígido y luego dejó escapar un largo suspiro. “Está bien. Eso es cierto”.

“¿Entonces?”

“Lo intentaré”.

Pasaron la cena hablando de los últimos chismes y poniéndose al día con las noticias, evitando cuidadosamente las preguntas serias que flotaban como imágenes latentes justo debajo de la superficie. Cuando terminaron la comida y limpiaron la cocina, se acomodaron en las sillas y sofás que llenaban la otra mitad de la gran sala común. Té de salvia elaborado con hierbas frescas del jardín. Maya se acercó a su silla bajo la lámpara y cogió la manta que estaba tejiendo. Sus ojos ya no eran lo suficientemente buenos para bordar, pero desde allí podía observar cada matiz de cada interacción en la habitación.

Bird y Madrone se sentaron muy juntos, acomodados en el sofá junto al ventanal. Madrone parecía no poder evitar que su mano se acercara para tocar a Bird, descansar en su muslo o acariciar el vello de su brazo. Sus dedos le aseguraban que él todavía estaba allí, todavía vivo.

Él agradeció su toque porque parecía hundirse a través del velo que seguía cayendo sobre él, separándolo de la escena como si le estuviera sucediendo a otra persona, como si todavía estuviera atrapado en su propia prisión de lo no dicho. ¿Por qué era tan difícil hablar? Había regresado para advertirles aquí en el Norte. Sin embargo, ahora que estaba en casa se sentía reacio a hablar, como si al nombrar el peligro provocara que se manifestara.

“Entonces cuéntanoslo”, le dijo Holybear a Bird. “¿Que Paso?”

Bird estaba bebiendo de una de las delicadas tazas de té chinas y la giró, sintiendo la fragilidad de la porcelana entre sus dedos gruesos y torpes. Con qué facilidad podría romperse, aplastarse. Estaba precariamente equilibrado entre dos mundos, como realidades alternativas, espacio positivo y negativo, esforzándose por mantenerlos separados, porque si se juntaban, uno sería destruido.

“¿Qué te preocupa?” –Preguntó Manzanita.

Finalmente habló. “Guerra”.

Había una quietud en la habitación, como la superficie cristalina de un lago antes de que alguien se sumerja.

“Estamos en guerra”, dijo finalmente Madrone. “Hemos estado en guerra durante mucho tiempo. Quizás toda nuestra vida”.

Bird la miró fijamente. Su rostro era inexpresivo, pero en algún lugar debajo de su superficie sintió un movimiento, como un hervor bajo la corteza terrestre. Si ella dejara salir eso, pensó, sería maravillosa, pero claro que lo hacía, todos los días, en su curación. No es de extrañar que las ofrendas todavía abarrotaran los escalones de la entrada.

“¿Qué quieres decir?” preguntó.

“Quiero decir que todos los días desde que *Las Cuatro Viejas* sacaron sus picos a la calle vivimos en estado de sitio.

No somos libres. Ni siquiera estamos a salvo. En los últimos diez años hemos perdido un tercio de la ciudad. Uno de cada tres. Simplemente estamos luchando contra enfermedades en lugar de armas”.

“¿Es eso lo que piensas de las epidemias?” Dijo Holybear.
“¿Que son algún tipo de guerra biológica?”

“Ese parece ser el consenso cada vez mayor en el Consejo de Sanadores. Además, Defensa así lo cree. Pero incluso eso va más allá”.

“¿Qué quieres decir?” –Preguntó Sage.

“Quiero decir que ahí es donde se desarrolla la batalla en este momento: en torno a la supervivencia. Supervivencia biológica básica. Y estamos perdiendo. Te lo digo, esto último me asustó. Las cosas no están bien. Parecen estar bien en la superficie, pero no lo están”.

“No, no lo están”, dijo Manzanita. “Subimos por el Delta y llegamos a la Bahía Norte, hicimos algunas observaciones. No es bueno. Y hubo otra masa de muertes de leones marinos más allá de Mendocino. Ya tengo miedo de comer pescado”.

“Pero esto ha estado sucediendo durante cincuenta años o más”, dijo Maya.

“¿Y si está llegando al punto crítico?” Dijo Madrone. “¿Cuándo prohibieron los clorofluorocarbonos? ¿A mediados de los noventa? ¿Cuántos años más faltan para que podamos esperar restaurar el ozono?”

“Veinte, tal vez treinta”, dijo Holybear.

“¿Y quién sabe cuántos bosques quedan o qué están arrojando las Stewardships al mar?”

“Cuando era joven”, dijo Maya, “cada primavera traía pájaros cantores que anidaban en las selvas tropicales del Amazonas”.

“Deberías haber hecho videos”, dijo Nita.

Holybear se volvió hacia Bird. “Pero de lo que estás hablando es de otra cosa, ¿verdad? ¿Algo innegablemente bélico: armas, bombas y soldados?”

“Regresé por la costa”, dijo Bird. “Todo el valle, más allá de las ruinas de Slottown, es una gran zona militarizada. Tropas por todas partes. Están siendo entrenados para marchar hacia el Norte. Sobre nosotros”.

“¿Como sabes eso?” Preguntó Holybear.

“Me encontré con algunos desertores en las colinas. Con los monstruos”.

“¿Monstruos?”

“Así es como se llaman a sí mismos. Nos ayudaron”.

“¿Quiénes son nosotros?” –Preguntó Nita.

“Yo y mi amigo. Es una larga historia”.

“Tenemos toda la noche”, dijo Maya.

“No te gustará”.

“Nadie te obliga a contarlo”, dijo. “Si quieres mantenerlo reprimido y permanecer protegido, cerrado y miserable, como lo has estado durante las últimas dos semanas, tienes derecho a hacerlo. Simplemente no esperes que no nos demos cuenta”.

“Coméntalo”, añadió Holybear.

“Y quéjate”, dijo Sage.

Bird casi empezó a sonreír, pero su boca volvió a su forma fija. “No sé por qué me resulta tan difícil hablar de esto. No he querido excluir a la gente. Supongo que me he acostumbrado a guardar secretos”.

“Guarda todos los secretos que quieras”, dijo Maya.

“Siempre y cuando no te importe que ella adivine cuáles son”, dijo Sage.

“¿Quieres decir que aún no lo sabes todo?” dijo Bird. “Estoy decepcionado de ti”.

“No lo sé todo. Escribo historias, pero eso no me convierte en la Narradora Omnisciente de la vida”.

“¿Qué pasó?” –Preguntó Sage en voz baja.

Les contó, empezando por los sueños que lo habían llevado a él y a los demás a las Tierras del Sur.

“En realidad, empezó con Cleis, o con mi enamoramiento por ella. Estaba obsesionado, aunque sabía que te estaba haciendo daño. Se volvió hacia Madrone y le estrechó la mano. “Aunque sabía que ella realmente quería a Zorah más que a mí, y Zorah quería a Tom, así que, naturalmente, los cuatro comenzamos a dormir juntos. Y seguíamos teniendo los mismos sueños, todos ellos sobre el Sur. Era el apogeo de la gran epidemia, todo el mundo estaba muriendo a nuestro alrededor y no éramos los únicos que teníamos la idea de que podría ser un buen momento para un viaje de exploración. Sabes que su capacidad nuclear siempre había provocado pesadillas al Consejo de Defensa. Si los Stewards fueran tan débiles como nosotros, tal vez podríamos hacer algo al respecto. Y lo hicimos, aunque en esta parte es donde los detalles empiezan a volverse un poco confusos en mi mente”.

Describió el ataque al reactor nuclear tan claramente como podía recordar. Los demás interrumpían a menudo con preguntas, por lo que tomó mucho tiempo contarle.

Madrone acunó sus manos entre las suyas, como si pudiera curarlas, hacerlas nuevas. Su rostro estaba apartado del de ella, pero cuando describió las muertes de Cleis, Zorah y Tom, levantó la vista y la miró a los ojos, dejando caer una barrera entre ellos.

“Lo siento”, dijo.

Se encogió de hombros, reacio a continuar, a regresar al dolor y compartirlo aquí. Por un momento, los demás, con sus miembros rectos y sus cuerpos fuertes, parecieron plantas cultivadas bajo un cristal, protegidas. Por un momento, odió sus manos intactas.

“Bueno”, dijo finalmente con voz apagada, mirando hacia la alfombra, “no recuerdo muy claramente gran parte de la siguiente parte. Dolor, pero sobreviví a eso. Me trabajaron bastante bien, un par de veces. Hicieron muchas preguntas sobre magia. ¿Cómo llegamos a la planta? ¿Era yo un brujo? ¿De dónde? Tenía miedo de no poder aguantar mucho más, especialmente si utilizaban drogas. Entonces hice algo. Hice una bola con mi mente y la escondí”.

“¿Cómo hiciste eso?” –Preguntó Nita.

“No lo sé exactamente. Lo siguiente que supe fue que habían pasado diez años. No recuerdo nada de eso”.

Bueno, eso ya quedó claro, pensó Maya, mientras se sentaban en silencio, y tal vez eso fuera lo peor.

“Eso debe haber sido difícil”, dijo Holybear.

“Simplemente... desapareció”, dijo Bird. “A veces vuelve una pieza, una escena o una frase o un sentimiento en mi cuerpo, pero desconectado. Fuera de contexto. Me vuelve un poco loco pensar en ello. No sé dónde estuve ni qué hice”.

“¿Y luego qué pasó?” –Preguntó Nita.

“Me desperté. Fue como... como irse a dormir por la noche y despertar al día siguiente y descubrir que habían pasado diez años. Sólo que era de noche cuando me desperté y estaba en la cama con ese niño y parecía que habíamos sido amantes durante mucho tiempo, pero no podía recordar quién era y no estaba muy seguro de quién era. Me encerraron en ese lugar horrible y pensé que estaría atrapado allí por el resto de mi vida. Eso fue bastante malo”.

“Tienes un don para la subestimación”, dijo Sage.

“En cierto modo, era peor que recibir una paliza, porque parecía tan normal, como si pudiera durar para siempre. Como si *hubiera* durado una eternidad. No parecía haber

ninguna razón por la que debería cambiar. Y... fue extraño. Cuando me desperté por primera vez, hice una curación". Les habló de Hijohn. "Pero después de eso, no pude conseguir ningún poder. No pude entrar mucho en trance, no pude *cambiar* nada. Finalmente hice un hechizo realmente simple. En realidad, no pensé que funcionaría, pero supongo que funcionó".

Describió la fuga y el viaje al norte, el encuentro con los Monstruos, las tropas que había visto concentrarse en el Valle de Slo, lo que los desertores le habían contado sobre las enfermedades.

"Entonces son armas", dijo Madrone. "Eso pensamos, pero todavía me resulta difícil de creer".

"Al menos algunas de ellas lo son", dijo Bird.

"¿Y tienen antídotos?" –Preguntó Sage.

"Antídotos para algunas cosas y refuerzos inmunológicos generales", dijo Bird. "Los obtienes si estás en el ejército o si te llevas bien con los milenaristas. De lo contrario, corres el riesgo. Mucha gente muere. Por eso necesitan un sanador".

"Lo que necesitan es una rebelión masiva", dijo Holybear.

"Están trabajando en ello", dijo Bird. "Mientras tanto, mantenerse con vida es un desafío bastante grande".

“El Consejo de Curanderos querrá escuchar esto”, dijo Madrone. “¿Vendrás a hablar con nosotros?”

Bird asintió.

“Quiero escuchar el resto de tu historia”, dijo Maya. “¿Cómo volviste aquí desde... dónde dijiste? ¿Slotown? ¿Es así como llaman a San Luis Obispo estos días?”

“Correcto, como *Los Ángeles*”, Bird le dio a la palabra su pronunciación en español, “se convirtió en Angel City”. Luego les contó el resto sobre la larga caminata de regreso a la costa. Lo que no dijo fue lo difícil que había sido esa caminata, cómo su cuerpo había gritado en protesta a cada paso, lo cerca que había estado de acostarse y darse por vencido. Pero podían escuchar lo que editó haciendo eco en las pausas y vacilaciones entre sus palabras. Madrone le liberó del dolor de los nudos de sus dedos. Ella supo.

“¿Y?” Dijo Maya cuando terminó.

“¿Y qué?”

“Sea lo que sea que todavía esté pegado en el fondo de tu garganta”.

Bird tragó. Sí, tenía razón, estaba ahí, lo que él era reacio a admitir, incluso ante sí mismo.

“Bueno, es esto”, dijo finalmente. “Lo que os he contado es lo que recuerdo. ¿Pero cómo puedo estar seguro de que eso es realmente lo que pasó? Quizás no fui yo quien hizo algo en mi mente; tal vez lo hicieron ellos. Tal vez realmente me quebré y les conté todo”.

“Nadie te culparía”, dijo Maya.

“Lo sé”, dijo Bird. “Ni siquiera me culparía a mí mismo. Pero me siento responsable. ¿Les hice saber que la ciudad no tiene nada que llamarían defensas? ¿Es por eso que están invadiendo ahora?”

“Pero cualquier cosa que les hubieras dicho”, dijo Holybear, “se lo habrías dicho hace diez años. Habrían invadido entonces, no ahora”.

“Supongo que estas en lo correcto. Sigo confundiendo el tiempo en mi mente. Todo parece comprimido y revuelto”.

“Lo hiciste bien, Bird”, dijo Sage. “Tan bien como pudiste. Tan bueno como cualquiera podría hacerlo”.

“Es simplemente no saberlo. No confiar en mi propia memoria”.

Curiosamente, una vez que salió, se sintió aliviado. Los demás lo miraron fijamente. ¿Qué había temido? ¿Su juicio, su condena? Pero eso no tenía sentido. Madrone le apretó

la mano. Nadie habló porque no había nada que decir, pero poco a poco Bird se sintió reconfortado.

“¿Entonces qué vas a hacer?”, preguntó por fin Manzanita.

“Regresar. Dije que lo haría”.

“¿Cómo?” –Preguntó Sage.

“Por donde vine, supongo. Caminando”.

Volvieron a guardar silencio. Miró cinco pares de ojos que le quitaron las cubiertas exteriores y vio las líneas de energía en su cuerpo. El dolor resaltaba sobre él como una tracería de venas rojas.

“Puedo caminar”, dijo Bird. Su voz sonó a la defensiva. “Caminé hasta aquí, ¿no?”

Maya miró fijamente su bordado. Madrone cerró los ojos. En el interior de sus párpados, se veía caminando sola por los cañones de las colinas costeras. De su cinturón colgaba un cuchillo envainado. Ella parpadeó para que la visión desapareciera.

“Quieren un sanador”, dijo. “No eres un sanador”.

“Lo haré en caso de apuro”.

“Alguien debería ir. Sam ya está haciendo ruidos en ese sentido, en el Consejo de Sanadores. Pero tú no, Bird. Ya has pasado por suficiente.

“¿Quién puede decir qué es suficiente? ¿Quién puede decir qué se necesitará para sobrevivir si realmente traen la guerra aquí?

“Dejemos que el Consejo de Sanadores decida quién irá”, dijo Madrone.

“¿Por qué debería? Tú misma acabas de decir que no soy un sanador”.

“Ella tiene razón, Bird”, dijo Holybear. “Ahora estás de regreso en casa, donde hacemos las cosas colectivamente, ¿recuerdas? Esta no es solo tu batalla”.

Sus palabras hicieron eco de las de Sam. Madrone cambió su peso y miró hacia arriba para encontrar a Nita mirándola.

“Que a ti tampoco se te ocurran ideas raras”, dijo Nita. “No pareces lo suficientemente apta para freír arroz, y mucho menos para invadir las Tierras del Sur. ¿Qué diablos te pasó, niña?

“Trabaja demasiado duro, con epidemia o sin ella”, dijo Sage.

Maya resopló. “Ella hizo más que eso. Adelante, díselo”.

“Explicate, por favor”, dijo Holybear.

“Está bien”. Madrone retiró su mano de la de Bird y miró a los demás. No tengo nada de qué avergonzarme, se dijo. “No tuvimos suerte para detectar el virus, ni con magia ni con análisis de laboratorio. Entonces fui tras los *aumakua*”.

“¿El qué?” Preguntó Pájaro.

“El alma superior, o el campo morfogenético, si quieres ser técnico. Estudiaste teoría de campos mórficos, ¿no?”

“Sobre todo en lo que se refiere a la música”, dijo Bird.

“En los mundos *ch'i*, algo así como un virus es una entidad colectiva. Lo que *vemos* es una representación simbólica de fuerzas generadoras de formas reales”, explicó Holybear. “Entonces, lo que sucede con su imagen *ch'i* repercute en el mundo físico”.

“¿Y?” Sage le preguntó a Madrone.

“Lo absorbí”, admitió Madrone.

“¿Estás bromeando?” Holybear la miró sorprendido. “Madrone, ¿estás cuerda? ¿No te das cuenta de lo peligroso que es eso? *Diosa*, si eso es cierto, me sorprende que el Consejo de Sanadores te haya dejado suelta.

“Sabía que era peligroso”, dijo Madrone. “Pero se sintió bien. Y funcionó”.

“Casi mueres”, dijo Maya. “Aún no estás bien”.

“Pero no lo entiendo”, dijo Nita. “¿Quién estaba en tu círculo? ¿No fue tu respaldo lo suficientemente fuerte?”

“No convoqué un círculo”, admitió Madrone. “Yo simplemente... se me ocurrió hacerlo, una mañana; había una posibilidad que podría aprovechar si actuaba en ese momento. Así que lo hice”.

“Eso va más allá de la estupidez”, dijo Sage. “Eso es suicida”.

“Funcionó”, repitió Madrone.

“La suerte no justifica la imprudencia”, dijo Holybear.

“Lo entiendes, ¿no?” Madrone se volvió hacia Bird. “Fue como un *geis*. Me lo impusieron”.

“Entiendo, *cariño*, lo que es hacer lo que tienes que hacer y luego preguntarte si fuiste valiente o tonto”. Deslizó su brazo alrededor de su hombro. “Y pagar por ello. Y, francamente, me parece que has pagado un precio bastante alto. Necesitas un buen descanso”.

“El Consejo de Curanderos está de acuerdo. Todavía no me dejaron volver a trabajar”.

“Me alegro de que al menos tengan algo de sentido común”, dijo Maya.

“Tengo sentido común. Estoy segura de que un largo descanso me vendría bien, en algún otro mundo. Pero vivimos en éste, y ¿quién de nosotros sabe lo que es bueno para nosotros? ¿Sandy? ¿Acaso tú? ¿Y quién de nosotros lo hará, si lo que dice Bird es cierto?”

En el silencio, las agujas de tejer de Maya tintineaban a un ritmo parecido al de un lento redoble de tambores.

“Entonces, ¿qué hacemos aquí, cuando las tropas vienen marchando por la carretera?” Holybear rompió el silencio.

“No lo sé”, dijo Bird.

“Nunca lo supimos”, dijo Maya. Clavó el hilo con la aguja. “Hemos temido una invasión desde que Lily y Alice tuvieron su gran momento dramático con los picos y el pavimento, pero nunca supimos qué hacer si sucediera”.

“Lucharemos”, dijo Bird. “Como lo hicimos antes”. Deslizó su brazo alrededor del hombro de Madrone y la abrazó.

“Por supuesto que lucharemos”, dijo Holybear. “Me sentiría muchísimo mejor si pensara que podemos ganarlo”.

“Tuvimos mucha suerte antes”, dijo Maya. “No podemos volver a contar con la misma constelación de circunstancias. Podríamos haber terminado todos muertos con la misma facilidad”.

“Pero teníamos razón en resistirnos”, dijo Bird. “De manera inteligente o estúpida o incluso suicida. Créeme, lo he visto ahí abajo. Incluso si hubiésemos muerto todos, habría sido mil veces mejor”.

“Lo hicimos bien”, dijo Nita. “Tengo fe en que nos irá bien otra vez”.

“Pero no tengo muchas ganas de que llegue”, dijo Sage.

De repente Maya se sintió muy, muy cansada. “Tenemos que pensar en esto”, dijo. “Tenemos que llevarlo al pleno del Consejo. No lo resolveremos esta noche”.

“¿Lo has llevado al Consejo de Defensa?”, le preguntó Nita a Bird.

“Aún no”.

“Tal vez debería ir directamente al Concejo Municipal”, sugirió Sage.

Nita lo consideró por un momento. “No. Si lo hace, la Defensa los respaldará. Ve con ellos primero y luego habla con Cress en el Consejo del Agua, de forma extraoficial.

Llámalo *hermano*, acércate a él y ponlo detrás de ti. *Luego ve* al Concejo Municipal, preferiblemente un día en el que Sal esté moderando”.

“Escucha a Nita”, dijo Holybear. “Ella es la principal estratega de Toxics”.

Maya se puso de pie. Quería estar sola con sus miedos, sus recuerdos y su propia rabia. “Soy una anciana. Me voy a la cama. Sois todos muy valientes y no puedo decir que no esté orgullosa de vosotros, aunque me gustaría esconderos en un lugar seguro y guardaros en los cajones de mi cómoda. Es Rio saliendo de ti, Madrone. No puedes evitarlo. Y tú, Pájaro. Nunca, nunca, nunca debí haber dejado que tu abuelo me embarazara sólo porque pensaba que era el hombre más valiente que había conocido. En ese momento supe que me arrepentiría, y lo hago. Sí”. Ella estaba allí parada, llorando sobre su tejido, y Bird se levantó y la abrazó.

“No mientas, *abuelita*”, dijo, besando la parte superior de su cabeza. “Sabes que no quieres decir ni una palabra de eso”.

“Sí”, dijo Maya.

“Bueno, supongo que entonces estás condenada a pagar por tus pecados”, dijo Bird. “Porque aquí estamos, la maldición de tu vejez”.

“¡Qué suerte!” –murmuró Sage–. La palabra quería decir suerte teñida de destino, y Maya no discutió.

Cuando Maya se fue, se sentaron en silencio por un momento, Bird con la cabeza hundida sobre el pecho y los ojos cerrados, como si aún no hubiera salido completamente de su historia. Nita bostezó.

“Es hora de acostarse”, dijo Sage.

“La pregunta operativa aquí”, dijo Holybear, “es: ¿quién se va a la cama con quién?”

La pregunta sacó a Bird de su ensoñación. Levantó la vista, lentamente. Había una luz especulativa en los ojos de Holybear, pero Bird no estaba seguro de lo que quería decir. Todos los demás habían sido amantes durante mucho tiempo, pero él no había sido parte de su círculo. Había sido amante de Sandy y de Madrone, pero por separado, y nunca había estado con los demás, ni el todo que hacían juntos. Quizás prefirieron que siguiera así.

“No te preocupes por mí”, dijo Bird.

“Pendejo”, susurró Madrone en voz baja.

“En realidad, lo dijo como una invitación”, dijo Sage.

Bird miró de ella a Holybear y a la habitación. Lo que vio hizo que una leve sonrisa apareciera en su rostro. “¿Hay consenso al respecto?”

“Soy codiciosa. Nos quiero a todos”, dijo Nita.

“Necesitamos estar juntos”, dijo Sage, y Madrone asintió en señal de acuerdo.

Desenrollaron la suave alfombra de la sala ritual y encendieron velas en las cuatro direcciones. En tres respiraciones, aterrizaron y rápidamente formaron un círculo.

“Madrone primero”, dijo Nita.

Se quitó la ropa y se paró en el centro del círculo. Los demás la rodearon y comenzaron a cantar su nombre en voz baja. Cerró los ojos y se dejó acariciar, por el sonido de sus voces, por el suave roce de sus manos, hasta que su piel se volvió eléctrica, cargada de fuego. Se abrió a ellos, sintiéndolos atrapar y retener el dolor que le parecía sin fondo: el dolor que surgió porque Sandy, que debería haber estado ahí, no estaba en el círculo; el dolor y la rabia más profundos, hasta el mismo núcleo donde surgía su poder de curación. Sus manos parecían moverse a través de su cuerpo, profundamente dentro de ella, hasta ese centro, mientras la provocaban y excitaban, deslizándose

ligeramente sobre los pezones de sus senos, rozando suavemente las puntas de su vello púbico. Los labios tocaron ligeramente sus pechos.

“Tú eres la Diosa”, corearon suavemente.

Madrone abrió los ojos y salió al círculo, mientras Manzanita entraba para que la Diosa la acariciara. Luego fue el turno de Sage, y luego, uno a uno, llamaron a la Diosa dentro de los hombres, con toques delicados que los dejaron desenfrenados. Todos permanecieron por un momento en un abrazo circular. Madrone y Sage estaban uno al lado del otro, con sus pechos tocándose. Bird tenía un brazo alrededor de los hombros de Nita y apretaba la mano de Madrone detrás de la espalda de Nita. Su otro brazo rodeaba la cintura de Holybear y rozaba la cadera de Sage. Estaban vinculados, cada uno en contacto con el resto, y a medida que igualaban su respiración, comenzaron a hundirse en el vínculo más profundo, en el punto donde cada uno era parte del todo que eran todos, hasta que la energía se abrió a cada uno de ellos. Un pétalo de terciopelo desplegándose de un capullo con un corazón común, y comenzaron a moverse juntos, en una danza de manos, labios, pechos, vergas, vulvas, un entretejido de energías que sonaban con notas altas y notas profundas y ritmos sincopados de placer.

Madrone se dio cuenta de que el círculo la conocía. Había una boca en cada uno de sus pechos y succionaban hacia la superficie sus lágrimas no derramadas como si fueran leche.

Las lágrimas corrían por sus mejillas y Nita le sostenía la cabeza, cantándole hasta que bajo la inundación pudo sentir el suelo sólido del cuerpo, cada célula agarrando la vida en su puño, apretando, acariciando y exultando en la vida. Había una boca en su vulva y una lengua que jugaba contra ella como un desafío, hasta que sus lágrimas se convirtieron en risa y asombro ante la capacidad de placer del cuerpo. El placer la sacudió hasta que ya no pudo contenerlo; comenzó a arquear la espalda y a temblar, y cuando el pulso dentro de ella comenzó a latir, la boca cambió a un cálido empujón que llevó el placer profundamente dentro de ella y lo sostuvo mientras caía. El núcleo del placer brillaba como una manzana, como un lugar que podía vislumbrar entre los pulsos del orgasmo, y Sandy estaba allí de alguna manera, no perdido para ella sino sonriendo, con el jugo goteando de su boca.

Se quedó quieta, dejando que el brillo se asentara dentro de ella, y luego puso sus manos sobre la espalda de Bird, y de repente tres de ellos estaban masajeándolo por detrás, clavando sus hábiles dedos en los músculos adoloridos, vertiendo calor en los lugares doloridos y extendiendo calor a través de él, hasta la raíz donde Holybear estaba succionando el dolor de él, succionando, escupiendo y succionando de nuevo, hasta que Bird pudo sentir en su cuerpo nuevamente la promesa de poder y liberación, y la promesa se elevó en él, y las manos estaban sobre él, llevando esa promesa a cada terminación nerviosa y célula

para que vibraran juntas, para que su cuerpo se convirtiera en un acorde sonoro que derramaba esperanza sobre la carne que presionaba contra él y se estremecía en respuesta a su placer.

La danza continuó hasta que cada uno fue sanado y renovado. El tragaluz de la sala de rituales comenzaba a brillar de color azul con la luz del amanecer, cuando sacaron mantas de un rincón, se acurrucaron en un montón y se quedaron dormidos.

Abajo, sola en su habitación, Maya soñaba con Johanna y Rio. Estaban en la costa, donde una tranquila laguna de agua se acumulaba detrás de una roca de arenisca con forma de ballena. Al otro lado de la roca las olas hacían espuma, ondeaban y golpeaban, pero allí el agua estaba tranquila y estaban protegidos del viento. Yacían desnudos sobre dunas de arena blanca, deslizándose de vez en cuando para sumergirse en agua tan fría que el vientre de pez de Maya se volvió blanco y le dio un tono azul a la piel oscura de Johanna. La roca parecía llena de rostros, cejas de piedra, ojos hundidos y labios rectos y cincelados, espíritus severos pero benévolos.

Durante todo el día observaron cómo el sol trazaba un rastro en el cielo. Por la noche encendieron un fuego en su campamento y comieron frijoles y arroz, que Maya había

dejado en remojo por la mañana. Observaron las chispas encenderse y morir hasta convertirse en cenizas grises. El fuego estaba vivo, como estaba viva la roca, y Maya podía sentir la gran vida latiendo, respirando y pulsando a través de todos ellos y de todo lo que los rodeaba. Ella quería abrazarlo. Quería el contacto de la roca, el fuego y las raíces de los árboles en su piel desnuda, para abrirse y ser tocada más profundamente. Nadie habló, pero pensó que todos sentían lo mismo. No necesitaban hablar entre ellos sobre estas cosas. Ella los amaba; quería que la tocaran como lo hacía el aire de la noche. La luna salió del río y tornó plateada su piel.

Capítulo X

“En la cima de una colina a la que se llega por un camino en espiral, en una isla en medio de un lago, en medio de un bosque, nueve ancianas custodian la ciudad con su magia”, dijo Maya, jadeando un poco mientras subían la colina. “Suenan como una historia, ¿no?”

“¿Por qué eligieron este lugar?” –Preguntó Madrone.

“Querían estar en el centro de la ciudad pero de algún modo alejados de ella. Querían una reclusión para *escuchar* y *soñar*, pero sin aislamiento”.

“Uno pensaría que también querrían una góndola o incluso un ascensor”, dijo Madrone. Ella misma respiraba con dificultad y eso la preocupaba. Realmente, a estas alturas ya debería estar lo suficientemente recuperada como para seguir fácilmente el ritmo de Maya. Tal vez necesitaba

empezar a hacer algo de ejercicio con más regularidad. Correr. Bailar, tal vez. Bird iba detrás, tratando de ocultar su lucha por seguir el ritmo.

“Ah, bueno, son puristas”, dijo Maya. “Y eso contribuye a mejorar la historia. 'Una mañana temprano, colina arriba' –veamos, ¿qué verbo lo describe mejor– 'se arrastraban? ¿escalaban? ¿trepaban? tres peregrinos...’”

“... El cojo, el alto y el ciego”. Completó la frase Madrone.

“No soy cojo”, dijo Bird. Ante la tensión en su voz, las dos mujeres se detuvieron y lo observaron acercarse a ellas. Su rostro estaba sombrío por el dolor reprimido.

“Está bien”, dijo Madrone. “Tú puedes ser el alto, sea lo que sea”.

“Sea lo que sea”, dijo Maya, “es una buena idea. Descansemos un minuto”.

Hicieron una pausa y contemplaron el brillo azul del agua a través de las copas de los árboles. Bird las alcanzó y Madrone se colocó detrás de él para clavar sus dedos expertos en los músculos doloridos de la parte baja de su espalda, donde su andar desigual ejercía presión sobre la columna.

“Ay, *mierda*, me estás lastimando”, se quejó.

“Cállate, niño. Esto es bueno para ti”.

“Estoy bien, Madrone. Déjame en paz”.

“No estás bien, Pájaro”.

“Lo estoy. Estoy mucho mejor de lo que estaba”.

“Estás peor”, dijo Madrone. “¿Qué dijo Sam?”

Bird simplemente apretó los labios.

“¿Bien?”

“Quiere cortarme y recomponerme a su manera. Romper los huesos de mi pierna y cadera y recomponerlos”.

“Sam puede ser un poco autoritario, pero es muy conservador en cuanto a la cirugía. Si él dice que lo necesitas, probablemente lo necesites”, dijo Madrone.

“Lo pensaré”, dijo, en un tono que indicaba que no lo haría.

Madrone intercambió una mirada con Maya. “Déjame trabajar en tu cadera”, dijo, dándole unas palmaditas suaves en el trasero. “Inclínate, muchacho”.

“¡Vete a la mierda!” Él se giró hacia ella, con tanta rabia en su voz que ella y Maya se alejaron. Madrone contuvo las lágrimas.

Algo luchaba por salir a la superficie de su memoria, con tanta fuerza como él luchaba por rechazarlo. Allí estaban de nuevo las paredes grises y las barras de acero, pero no podía, no quería recordar el resto, no aquí en esta colina con Maya y Madrone mirándolo de esa manera. Ya estaba sudando y Madrone estaba a punto de llorar.

“Mierda, *cariño*, lo siento”, dijo, acercándose y rodeándola con sus brazos. “Fueron sólo esas palabras en particular...”

“¿Otro mal recuerdo?” –murmuró Madrone–.

Él asintió.

“Lamento seguir lastimándote”, susurró.

“No es tu culpa”, dijo, besando sus ojos. “Y no, no necesito hablar de eso. Realmente no lo necesito”.

“Está bien, Pájaro”.

La abrazó con fuerza por un momento. Ella era un escudo contra el dolor que lo inundó de repente, no con recuerdos sino con sensaciones físicas. Quería vomitar, pero luchó contra las ganas.

Podía sentirlo temblar.

“*Estás bien*”, murmuró. “*Estás bien. Estás aquí, conmigo y con Maya. Estás seguro*”.

Ella continuó diciendo cosas tranquilizadoras en español hasta que su respiración se estabilizó. El castellano siempre lo consolaba; tal vez les iría mejor si dejara de hablarle inglés por completo, pero el español era sólo uno de sus idiomas y, de todos modos, no podía protegerlo de los recuerdos para siempre, sólo ayudarlo a estabilizarse.

“Es difícil de creer”, dijo Maya, “que este sea el lugar donde conocí a Rio por primera vez. Mira, ¿ves ese lugar en la orilla de allí, donde el césped llega al agua? Era mi primer día en San Francisco, después de escaparme de casa, al comienzo de lo que llamábamos el Verano del Amor. Hace más de ochenta años. Hice autostop desde Los Ángeles y pasé la noche en una zona de descanso invadida por cucarachas, y con eso me refiero a insectos. Ella hizo una mueca. “Sólo pensar en ello me pone la piel de gallina. A primera hora de la mañana me dirigí al parque, donde tribus enteras de chicos de las flores bailaban, tocaban tambores y generaban nubes de humo de marihuana en Hippie Hill. Me intimidaron. Tenía miedo de que descubrieran que no era tan genial como parecía. Así que me dirigí a la orilla del lago, donde me senté tratando de convencerme de que estaba en una búsqueda espiritual, no sólo asustada y sola. Rio remó hasta mí en un barco robado y me llevó. En diez minutos estábamos haciendo el amor, posiblemente debajo de este mismo árbol”.

Tío Rio se movía rápido “, dijo Bird, sonriendo.

“En aquellos días, estuvimos todo el tiempo manos a la obra. Aquella primera vez, cuando terminamos, me miró y dijo: 'Pasemos el resto de nuestras vidas juntos'. ¿Cómo te llamas?”

“Qué romántico”, dijo Madrone.

“¿Estas siendo sarcástica?”

“Mitad y mitad”.

“Lo extraño fue que lo hicimos”, dijo Maya. “Pasar el resto de nuestras vidas juntos, claro está, salvo un par de décadas aquí y allá. Es curioso lo largos que parecieron entonces esos años y lo cortos que parecen ahora. ¿Estás descansado? Porque todavía nos queda un gran ascenso”.

En lo alto, el camino se ensanchaba hasta convertirse en un pequeño prado. A un lado se alzaba un estanque transparente y al norte una serie de cúpulas bajas se elevaban sobre el suelo. Estaban revestidas de madera y el sol brillaba en las claraboyas de cristal situadas en la parte superior. Cerca de la entrada de la cúpula más grande había una pequeña depresión circular, bordeada por un banco de césped que se curvaba alrededor de tres lados como un banco verde. En el centro había una mesa baja de piedra.

La puerta se abrió y salió una mujer. Su rostro estaba tan arrugado como el de Maya, su cabello plateado cuidadosamente recogido en un moño en la nuca, sus ojos

estrechos y curvados como hojas de eucalipto. Llevaba una fluida túnica de seda, azul pavo real adornada con lavanda, sobre un par de pantalones deportivos negros.

“¡Lily!”, dijo Maya. “Lily Fong. ¿Cuántos años han pasado?”

“No tantos”, dijo Lily, tomando la mano de Maya. “Te vi, Maya, hace apenas uno o dos meses, en el Día de la Segadora. Fue una historia poderosa la que contaste”.

“¿Por qué no nos saludaste?” –Preguntó Maya. “Te habríamos homenajeado si hubiéramos sabido que estabas allí”.

“Por eso me ocupé de que no lo supieras. Es un asunto aburrido ser una leyenda viviente”.

“Cuéntamelo”, dijo Maya.

Lily sonrió. “¿Por qué no vienes y te unes al Consejo de Defensa, Maya? Tú calificas”.

“Ya no soporto ir a las reuniones”, dijo Maya. “Destruye mi concentración. Pero ésta es Madrone, a quien conoces. Y mi nieto, Bird. Hemos venido a consultar con el Consejo.

“Sentaos”, dijo Lily, indicándoles que se acercaran a la mesa bordeada. “Entonces eres Pájaro. Sí, te estábamos esperando. El Consejo me ha enviado a hablar contigo.

“¿No podemos hablar con todo el grupo a la vez?”
–Preguntó Maya.

Lily negó con la cabeza. “Hoy soy los oídos y la boca de las Nueve. Las demás tienen su propio trabajo que hacer y también ellas descubren que las reuniones perturban su concentración. Sentaros. Traeré un poco de té”.

Volvió a entrar en la cúpula y salió unos momentos después con una bandeja. Se sentaron en la orilla verde alrededor de la mesa de piedra, y Lily les entregó tazas y les sirvió té en una tetera de porcelana tallada con pájaros y leopardos.

“Esto es hermoso”, dijo Maya. “Es una pieza de museo”.

“Sí, el museo es amable con nosotros con sus tesoros. Y disfrutan que los utilicen”. Se volvió hacia Bird. “Así que eres tú quien ha regresado de las Tierras del Sur, de quien han hablado las Voces. ¿Qué novedades nos traes?”

“Me temo que no son buenas noticias”.

“No tengas miedo. Tómame tu tiempo y cuenta tu historia”.

Ella escuchó atentamente mientras él hablaba, interrumpiéndolo de vez en cuando con preguntas.

“Así que ahí es donde están”, dijo. “Hasta donde yo sé, los preparativos para una invasión están en marcha”.

“Has respondido a una serie de preguntas”, dijo Lily, “pero se plantean otras. Las epidemias, por ejemplo”.

“Aparentemente, en el sur todavía están cocinando los malditos bichos o tienen tantos sueltos que es difícil sobrevivir sin los antídotos. Sospecho que el último fue un intento de debilitarnos, ablandarnos antes de intentar entrar. Pero no estoy seguro. Sé que es una forma de controlar a la gente en las Tierras del Sur. Trabajas para los Stewards o no tienes acceso a los medicamentos. O al agua”.

“Sospechábamos que se estaba gestando un ataque desde hacía algún tiempo”, dijo Lily. “Lo hemos *soñado*. Pero no sabemos cuándo llegará”.

“Yo tampoco lo sé”, dijo Bird.

“¿Cuánto saben sobre nosotros?”

Bird se quedó mirando por un momento el diseño en relieve de su taza, trazando el contorno de un leopardo vidriado. Era hermoso, feroz y frágil, como muchas cosas. “Piensan que el Norte es un semillero de brujas poderosas, cada una de nosotros a la entera disposición de Satanás. Tienen miedo de nuestra magia, que es probablemente lo que los ha mantenido alejados todo este tiempo. Aparte de eso, no parecen saber mucho, por lo que pude ver. Lo cual, tengamos en cuenta, lo fue desde una perspectiva limitada. Si puedo creer lo que recuerdo, no les dije nada. Pero para

ser honesto, *doña* Lily, no sé si puedo creer lo que recuerdo, o si lo que recuerdo es todo lo que hice”.

“Y eso te preocupa mucho”, dijo.

“Por supuesto”.

“Si les hubieras dicho la verdad, si les hubieras dicho: 'Nuestra ciudad está defendida por nueve ancianas que *escuchan y sueñan*', ¿te habrían creído?

Pájaro se rió. “No”.

“Así que no te atormentes. Quizás lo que les dijiste no importe”.

“¿Quieres decir que todo fue en vano?” Dijo Bird en voz baja. “¿Todo ese dolor? ¿Que también podría haber cooperado y que no habría importado?

“No, no me refiero a eso. La resistencia a la violencia nunca es inútil. Lo hiciste bien, aunque sólo fuera por el ejemplo que diste, de elección. Pero no sólo por eso. Ciertamente, la información es importante. Información es poder. Sólo quiero decir que ninguna información es útil a menos que la mente esté preparada para recibirla. Y ahora conoces nuestra estrategia”.

“¿Qué quieres decir?”

Lily guardó silencio mientras servía otra ronda de té. Miró a cada uno de ellos de cerca, como si juzgara lo que debía decir. Entonces ella habló.

“Después del Levantamiento, nos encontramos atrapados en un dilema. Sabíamos que la guerra era la responsable de proporcionar al mundo todos los comportamientos que queríamos cambiar y, sin embargo, allí estábamos, rodeados de enemigos hostiles que podían, en cualquier momento, atacarnos y destruirnos. Éste es el dilema al que se ha enfrentado toda cultura pacífica durante al menos los últimos diez mil años. Y ésta era nuestra única ventaja: que teníamos la historia detrás de nosotros. Habíamos visto todas las soluciones posibles, desde la resistencia hasta la retirada y la aquiescencia, y sabíamos que ninguna de ellas funcionaba. Eso nos ahorró una gran cantidad de tiempo. No teníamos que desperdiciar nuestras energías acumulando armas o entrenando tropas; podríamos ir directos al meollo del asunto, que era la magia”.

“¿En qué sentido?” –Preguntó Madrone.

Lily asintió hacia Maya. “¿Recuerdas esa cita de Dion Fortune que siempre te ha gustado tanto? ¿Que la magia es el arte de cambiar la conciencia a voluntad? Se puede considerar una guerra como una concentración de armas, material y tropas, pero también se puede ver como algo más: como una delicada red de decisiones entretreídas tomadas por seres humanos, a partir de una determinada

conciencia. La decisión de ordenar un ataque, la elección de obedecer o desobedecer una orden, de disparar o no disparar un arma. Los ejércitos y, de hecho, cualquier cultura que los apoye deben convencer a la gente de que todas las decisiones ya están tomadas y de que no tienen otra opción. Pero eso nunca es cierto. Entonces, por loco que parezca, este es el terreno sobre el cual basamos nuestra defensa de esta ciudad: el paisaje de la conciencia”.

“No entiendo”, dijo Bird. Dejó su taza y miró a la mujer, preguntándose de repente si era sabia o simplemente estaba loca.

“Míralo de esta manera. Fuiste a la planta de energía y estoy seguro de que usaste tu magia para entrar. ¿Estoy en lo cierto? Hechizos de invisibilidad y protección, encantamientos para neutralizar los sistemas electrónicos de seguridad, rituales de poder. Y todo para presentarte ante los hombres que la controlaban, con armas, y obligarlos a tomar acciones que no querían tomar”.

“Eso lo describe”, dijo Bird.

“Y probablemente pensaban que erais grandes magos”.

“No por mucho tiempo”.

“Pero considera esto: ¿cuánto mayor habría sido la magia si esos hombres con los que luchaste hubieran elegido simplemente cerrar la planta?”

“Habría sido necesaria más magia de la que tengo para llegar a esos hombres en particular”, dijo Bird. “No sé. Claro, hubiéramos estado mejor. Quizás Cleis, Tom y Zorah todavía estuvieran vivos. Pero no sé si manipular sus mentes es realmente una mejora ética con respecto a la simple fuerza”.

“No estoy hablando de manipulación. Estoy hablando de visión. Ampliar los parámetros de posibilidad”.

“Habría tenido que ampliar mis propios parámetros bastante para creer por un momento que la conciencia de esos tipos podría cambiar tanto”.

“La conciencia es la sustancia más tenaz del cosmos y la más fluida. Puede ser rígido como el hormigón y puede cambiar en un instante. Una canción puede cambiarla, o una historia, o una fragancia flotando en el viento”.

“¿Quieres decir que si les hubiera cantado la canción correcta a esos tipos, o hubiera dicho las palabras mágicas, habrían cambiado así?”

“¿Quién puede decirlo? He oído que eres un buen músico”.

“Una vez lo fui. Ya no”.

“Entonces has negado el regalo que tal vez estaba destinado a ser tu verdadera arma. Lamento oírlo”.

“No lo he negado. Me lo quitaron”.

“No. Un regalo como ese no se puede quitar”.

“Se puede destruir”.

“No. Si lo crees así es porque todavía no has aprendido realmente a utilizarlo. Y cuando lo hagas, ¿quién sabe? Puede que resulte ser un arma más poderosa que todas sus bombas y rifles”.

“No me parece muy práctico, Lily”, dijo Bird. “Lamento decirlo. Pero lo he visto ahí abajo. No lo ha hecho”.

“Pájaro, niño, como tu abuela los Nueve somos de otra época. Hemos estado, cara a cara, ante la mayor máquina militar que el mundo haya producido jamás. Las fuerzas de los Stewards no son más que los últimos vestigios de su poder. No somos ingenuas en cuanto a los ejércitos y el poder militar. Todo lo contrario”. “Pero yo les pregunto, ¿qué es práctico? ¿Habría sido práctico para nosotros dedicar nuestros escasos recursos y energías humanas a construir armas y reclutar un ejército permanente, cuando necesitábamos cada trozo de tierra y gota de agua y el poder de cada mano humana para sobrevivir, para curar las heridas de la Tierra? La guerra es la gran derrochadora, tanto en sus preparativos como en su realización. Eso lo aprendimos, al menos, desde el siglo pasado, cuando esos mismos militares drenaron el país y destruyeron nuestra verdadera riqueza. Pero no nos queda nada que desperdiciar. Habríamos cambiado un futuro incierto por una miseria segura y aún así

no habríamos podido resistir el poder armado de los Stewards”.

“¿Y dónde nos dejará eso, cuando los ejércitos avancen por la península?” –Preguntó Maya.

“Nos dejará lo que hemos construido de esta ciudad y de esta cuenca, que es en sí misma una posibilidad con la que no cuentan quienes nos atacarán. Ahí es donde reside nuestra esperanza. Somos lo que queríamos ser”, dijo Lily.

“¿Pero podemos preservar lo que somos?” –Preguntó Maya.

“Para hacer la guerra, hay que creer en un enemigo. Si nos negamos a ser enemigos, ¿cómo podrán luchar contra nosotros? Dijo Lily.

“Fácilmente”, dijo Bird. “Pueden pasar por encima de nosotros”.

“No niego que sea una apuesta. Ninguno de nosotros, ni siquiera los Soñadores más fuertes, saben lo que sucederá. Sólo que hay esperanza pero no certeza. Debemos seguir *escuchando*”, dijo Lily. “Y sanar. Debes curarte, Bird. Has estado en la guerra. Has derramado sangre y has sufrido. Necesitas limpieza”.

“Estoy seguro de que sí”.

“¿Tienes un lugar de poder al que puedas ir?”

“Lo hice hace diez años”, dijo Bird. “En esta época del año, necesitarías esquís para acercarte. Y tengo que admitir que no estoy muy preparado para esquiar”.

“Me alegra que admitas que hay algo que no estás haciendo”, murmuró Madrone.

“Ve a algún lado”, dijo Lily.

“A donde necesito ir, a donde me pidieron que fuera, es regresar de vuelta al sur”.

Lily cerró los ojos y *escuchó* profundamente una voz interior. Motas doradas de polvo pululaban bajo el sol del final de la tarde.

“Sí, alguien debe ir allí. Pero no tú. Ese camino no es para ti ahora”.

“Eso está por verse”, dijo Bird.

“Ha sido previsto”.

“Pidieron un sanador”, dijo Madrone. “Tal vez podamos encontrar a alguien del Consejo de Sanadores. Hay muchas cosas que nos gustaría saber sobre su biotecnología”.

“Ah, ‘Madrño’”. Lily se giró y le dirigió una mirada inquisitiva, luego sonrió. “¿Qué sueñas estos días?”

Madrone permaneció en silencio, reacia a responder la pregunta. “En mis sueños, hago lo que debería hacer estando despierta”, dijo finalmente. “Yo cuido a la gente”.

“¿Y mejoran? ¿En la vida de vigilia?”

“Aparentemente sí”.

“Tramposa”, dijo Maya. “Se supone que debes estar descansando”.

“No puedo controlar mis sueños”.

“Diablos, no, no puedes”.

“Deja a la mujer en paz, Maya”, dijo Lily. “Como ha dicho Bird, estas enfermedades son ataques. Bueno, ¿cómo crees que trabajamos? Ella ya es Sanadora; ahora se está convirtiendo en una Soñadora”.

“Ella no debería estar trabajando en absoluto”, dijo Maya. “Ella debería estar recuperando su salud”.

“Pero ella está profundamente entrelazada con el alma grupal de la ciudad. Para recuperar su salud, debe ayudarnos a todos a recuperar la salud”.

“Ella necesita aprender a cuidar de sí misma”, dijo Maya.

“¿Podrías dejar de hablar de mí en tercera persona?”
–interrumpió Madrone–. “Estoy aquí, lúcida y completamente funcional”.

“Observa lo que sueñas, Madrone”, dijo Lily. “El camino hacia el Sur puede ser para ti”.

“Diablos”, dijo Bird. “Si crees que no soy lo suficientemente fuerte para ir, mírala. Apenas puede subir una colina sin jadear”.

Madrone le dirigió lo que él llamaba su mirada de “vete a la mierda”, pero el respeto por la presencia de Lily la mantuvo en silencio. Terminaré yendo por terquedad, pensó, porque siento los intentos de Bird de protegerme, aunque la idea de ir me aterroriza. Terminaré demostrando que no tengo miedo, aunque lo tenga. Pero no, ni siquiera es imaginable. Me necesitan aquí.

“Todo esto debería discutirse en el pleno del Consejo”, dijo Maya, poniéndose de pie.

“Por supuesto”, estuvo de acuerdo Lily.

“Pero queríamos consultarlo primero”, dijo Bird.

“Naturalmente”, sonrió Lily. “¿Para qué más sirve el Consejo de Defensa? Y si eres inteligente, primero hablarás en privado con el Consejo del Agua. Con Cress estaría bien. No le digas que yo lo sugerí”.

“Gracias, Lily”, dijo Bird. “Por favor, presente nuestros respetos al resto de las Nueve”.

“Dado y recibido”, dijo Lily.

Capítulo XI

A finales de octubre, durante Ancestor Moon, la Luna de los Ancestros como a algunos les gustaba llamarlo, Black Dragon House, la Casa del Dragón Negro, se convirtió en un santuario para los muertos. A lo largo de los años, Halloween, ahora llamado por su nombre celta original de Samhain, se había fusionado con *el Día de los Muertos* mexicano, celebrado el 2 de noviembre. Ahora la temporada festiva se extiende por semanas. Las familias levantan *altares* en memoria de sus seres queridos. Los niños chupan calaveras de azúcar y juegan con esqueletos de juguete. Bailarines, músicos y artistas preparan los rituales paganos más elaborados del año, mientras las Hermanas de al lado celebraban misas de Todos los Difuntos y Todos los Santos. En la última noche, media ciudad desfila por las calles con máscaras de esqueletos.

Bird se negó rotundamente a asistir a reuniones públicas. “Sigán todos adelante”, dijo. “Simplemente no estoy listo. Estaré bien por mi cuenta”.

“No seas estúpido”, dijo Madrone. “Aunque podríamos celebrarlo en casa este año”.

“No es necesario que lo hagáis por mi causa”.

“Tal vez queramos hacerlo”, dijo Holybear. “Tal vez estemos agradecidos de que hayas regresado de entre los vivos, no de entre los Amados Muertos”.

Prepararon la casa para su celebración privada. Arriba, en la sala de rituales, velas votivas ardían continuamente ante fotografías antiguas. Sage y Nita cortaron pancartas de papel fino de colores y las pegaron con tachuelas a lo largo de las vigas del techo y los bordes de las mesas. Holybear allanó el jardín en busca de caléndulas, la flor utilizada tradicionalmente para las ofrendas a los antepasados.

Maya hizo un *altar* para Johanna y Rio que ocupaba una esquina de la sala de estar. En la silla favorita de Johanna, colocó una pila de almohadas tejidas con bordado y una manta afgana tejida con los colores del arcoíris. En el sitio de Rio dobló el saco de dormir manchado que él había llevado en tantos viajes. En la mesa entre ellos colocó libros, junto con los esqueletos pintados de colores brillantes que había comprado en México hacía mucho tiempo: un esqueleto

dirigiéndose a un grupo de niños para Johanna, y un esqueleto que llevaba una canasta de comida para Rio. Y velas, velas votivas en tarros de cristal con inscripciones a High John el Conquistador y las Siete Potencias Africanas, las orishas. Y conchas, pequeños caracoles sobre un plato de cestería para leer oráculos, grandes caracoles para la abundancia, caracolas con sus aberturas talladas para soplar, conchas de playa y rocas de la costa. A lo largo del borde de la mesa, ramas de secuoya y piñas rodeaban grandes tazas que alguna vez habrían contenido café pero que ahora contenían el sustituto elaborado a partir del grano.

“Una epidemia más, una ronda más de muertes”, suspiró Maya, “y los vivos se verán expulsados de la casa entre Samhain y Yule. Tal como están las cosas, no hay ninguna superficie horizontal libre para colocar ni siquiera una taza de té”.

Madrone instaló un pequeño *altar* para Sandy junto a la puerta de la habitación que ahora era la de Bird. Cubrió una mesa baja con un mantel rojo y junto a su retrato colocó una colección de hierbas y tinturas, su flauta, un cuenco de arroz, sus libros de poesía y sus guantes de jardín manchados. Colocó un jarrón de crisantemos entre una estatua tallada de la diosa irlandesa Brigid, para su bisabuela celta, y una pequeña estatua de la diosa de la compasión, Kuan Yin, en honor a sus antepasados de China. Luego se sentó en el pasillo y lloró. Al cabo de un rato oyó los pesados pasos de

Bird subiendo las escaleras. Él se acercó, se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros, sin decir nada, sólo compartiendo su dolor. Se sintió reconfortada de tenerlo allí. Eran los buenos momentos, cuando podían simplemente estar juntos, sin discutir, sin preocuparse por lo que vendría. Finalmente ella dejó de llorar y él la besó.

“¿Me preparaste un *altar* cuando me fui?” preguntó.

“Lo intenté. Maya nunca me dejó. Ella dijo que era magia mala; era desearte la muerte. Tuvimos peleas terribles por eso”.

“¿Qué le habrías puesto?”

Ella dudó un momento y luego dijo: “Tu guitarra, por supuesto. Intenté colocarlo encima del piano. Tenía una tabla de windsurf en miniatura, un par de esquís, velas y flores”.

Su silencio se intensificó tan profundamente que si ella no lo hubiera estado tocando habría creído que había desaparecido.

“¿A dónde fuiste?”, preguntó ella. “¿Qué estás pensando?”

“Estaba pensando que podrías haber instalado el *altar*. Ese Pájaro está muerto”.

Lo mejor sería no responder a ese comentario, se dijo Madrone. En lugar de eso, le preguntó qué *altares* estaba planeando.

“Maya y yo hicimos uno pequeño para mi madre en la habitación de Maya”, dijo. “Deberías venir a verlo, es hermoso. Maya guardó todas las colecciones de rocas de mamá, desde que era niña, y sus cuadernos donde resolvió los teoremas originales de la tecnología del cristal inteligente”.

“Maya es la peor urraca del mundo. No puede deshacerse de nada”.

“Todo el tiempo que trabajamos en el *altar*, Maya siguió refunfuñando: 'La llamé Brigid, por la Diosa de la Poesía, ¿y qué le gustaba? Rocas, nada más que rocas. Otras niñas jugaban con muñecas; ella jugaba con piedras, les hablaba, las vestía, daba pequeñas fiestas de té con piedras, las contaba una y otra vez. ¿Cómo produce una hija así? “

Madrone se rió. “Ella debería estar agradecida. Si no fuera por la habilidad de tu madre con los cristales, no tendríamos la Red y Maya estaría escribiendo a mano en lugar de teclear en su teclado. ¿Qué vas a hacer por tu papá y Marley?”

“Simplemente tocar su música. Arreglé los altavoces del sistema de sonido y Maya tiene una colección completa de

discos, todos los solos de saxofón que tocó mi padre y todas las grabaciones de percusión de Marley”.

“Debería hacer un *altar* para mi madre”, dijo Madrone. “Pero de alguna manera, cuando llega el momento, nunca puedo hacerlo. No sé por qué. Holybear le hizo uno lindo a su mamá, lleno de encaje. Y con una bonita foto de ella. No recuerdo que alguna vez se viera tan hermosa en la vida. Pero ella ya tenía cáncer cuando la conocí. Tenemos suerte de ser de origen africano e *indio*; esa piel blanca como la leche es una verdadera carga”.

Está parloteando, pensó Bird, esquivando algo.

“¿Recuerdas claramente a tu madre?”

Madrone lo miró. “¿Por qué lo quieres saber?”

“Los recuerdos son preciosos. Incluso los malos. Ellos nos hacen lo que somos”.

Ella suspiró, acurrucándose más profundamente en el refugio de su brazo. “A veces la recuerdo acunándome y cantándome. Y la forma en que olía después de un día en la clínica, a medicinas y desinfectantes y sólo un ligero olor agrio de los pobres. Y una vez, recuerdo, me llevó a la selva con ella para recolectar plantas. Me dijo que no tuviera miedo de las serpientes, que me sentara en silencio y escuchara a los animales y las plantas y tratara de entender lo que nos decían. Principalmente solo recuerdo un

sentimiento, una sensación de seguridad y calidez y de que todo estaba bien. Y luego ...”

Ella dejó de hablar. Nunca pudo recordar lo que había sucedido, sólo una sensación de malestar en el estómago y una presión en el fondo de los ojos. Bird la rodeó con más fuerza con su brazo. Está ahí también en tu tacto, quiso decir Madrone. La misma calidez, la misma paz, el pequeño gusano del miedo que se arrastra...

“¿Y entonces qué, *querida*?”

¿Por qué estaba sondeando esa herida? ¿Le preguntaba cómo se sentía acerca de que Brigid tosiera hasta perder los pulmones durante la gran epidemia? ¿O ver a su padre asesinado a tiros en la calle durante el Levantamiento? ¿Nita habló del día que volvió a casa desde la universidad y encontró a sus padres sin aliento y muriendo casi al unísono? No, todos eran un grupo de huérfanos, excepto Sage, cuyo padre todavía estaba sano y fuerte en las montañas. Todos habían estado desconsolados. Mejor no quejarse de ello.

Le dio unas palmaditas suaves. “¿Qué pasó?”

“Recuerdo una pequeña habitación desnuda en una casita vacía, donde no había mucho para comer, pero no podía quejarme porque allí todo el mundo tenía mucho miedo. Nunca la volví a ver, pero de alguna manera supe que estaba muerta”.

Él la abrazó más cerca por un momento, pero ella se apartó.

“Luego llegó Rio”, prosiguió rápidamente. “Nunca antes había visto a un hombre que se pareciera a él, con el pelo y las cejas tan tupidos y blancos y una gran barba blanca. Como las fotos de Papá Noel en uno de mis libros. Aunque no tan gordo. Entonces confié en él. Pensé que me iba a llevar al Polo Norte”.

Pájaro se rió. “¿Fue una decepción aterrizar aquí?”

“Un poco”, admitió Madrone. “Quería ver los renos”.

“Recuerdo cuando llegaste, esa primera noche cuando todos vinimos aquí a cenar para conocerte, mi mamá, mi papá, Marley y yo. ¿Cuántos años tenías? ¿Seis? ¿Siete? Eras tan pequeña. Bonita y triste.

“Fuiste amable conmigo”, dijo Madrone. “Tú y Marley salisteis a jugar a la pelota y me pediste que os acompañara. Y me hablabas español, porque no estaba acostumbrada a tanto inglés. Aunque tu acento sonaba bastante gracioso”.

“Me enamoré perdidamente de ti”, dijo Bird. “Despertaste un impulso protector masculino instintivo en mí”.

Madrone se puso rígida de repente. “Bueno, ya puedes refrenarlo”, espetó. “Ya no tenemos siete años”.

Él se apartó de ella. ¿De donde vino eso?, se preguntó. Estábamos muy cerca hace apenas un minuto, pero ella es como un gato con una herida, que arremete cuando la acaricias demasiado cerca del lugar dolorido. ¿Y no es la misma? le preguntó una voz. Podríamos pelear ahora, pensó, pero en lugar de eso le sonrió.

“Pero todavía estoy perdidamente enamorado de ti”.

Ella le sacó la lengua y él la atrapó entre sus labios, la rodeó con sus brazos y la besó con ternura.

Aquí está la paz, la seguridad, que se hizo añicos hace mucho tiempo, pensó Madrone. En sus brazos. Debería dejar que me proteja un poco, dejar de atacarlo, dejar atrás mi propio miedo.

Pero el miedo persistió.

La noche de Samhain era el cumpleaños número veintinueve de Madrone y la pasaron cocinando. Por tradición familiar, al celebrante del cumpleaños se le permitía solicitar su comida favorita. Debido a que Halloween era la noche en que los ancestros regresaban de visita, combinaron su fiesta de cumpleaños con una fiesta de ancestros, cada uno preparando un plato que agradaría a sus propios antepasados. La comida favorita de Madrone era el *mole* que los mayas habían aprendido a cocinar hace mucho

tiempo en México y que requería veinticuatro especias y siete tipos diferentes de chiles y tres días para prepararlo.

“Eso seguramente complacerá a alguien muerto”, dijo Madrone.

“A Rio siempre le gustó”, admitió Maya, “incluso si todos sus antepasados fueran irlandeses y cockneys⁷. Haré puré de patatas para acompañar”.

Madrone insistió en cocinar también, a pesar de que era su cumpleaños. Hizo *pupusas* al estilo de Guadalupe, para aplacar el fantasma del padre que nunca conoció. Holybear horneó jalá, Nita preparó arroz y frijoles, y Sage preparó un bizcocho inglés con mermelada de fresa y crema auténtica.

“¿Qué debo cocinar?” Preguntó Bird, sintiéndose un poco superfluo en el frenesí de actividad que llenaba la cocina.

“¿Una ensalada?” sugirió Nita.

“Sí, podría hacer eso”. No parecía emocionado.

“¿Qué le gustaba a tu papá?”

7 Un cockney, es un habitante de los bajos fondos del East End londinense. Los cockneys tienen un dialecto y acento distintivos, y con frecuencia emplean en la jerga rimada cockney. [N. d. t.]

“Verduras, guisantes de ojo negro, pan de maíz, sushi, sopa de camarones tailandesa y esa crema de zanahoria que Johanna le enseñó a hacer a mi mamá”.

“Bueno”, dijo Maya, “si cocinas un montón de verduras en vinagre, es posible que Johanna se materialice”.

Cuando la cena estuvo lista, colocaron pequeñas porciones de cada plato en platos y las colocaron en todos los altares a los muertos.

“Un festín de variedad asombrosa, aunque de digestibilidad cuestionable”, dijo Holybear. “¡Brindemos por Madrone! ¡Que viva, si no para siempre, al menos durante mucho tiempo todavía!

Durante el postre, contaron historias sobre los muertos. Madrone contó la única historia que conocía sobre su padre: Cómo él había sido estudiante en la Universidad de Guadalupe hasta que una mañana salió por la puerta de su casa y tropezó con el cuerpo de un niño que había muerto de hambre durante la noche. En lugar de ir a clase ese día, se había ido a la montaña para unirse a la revolución.

Bird habló de su hermano Marley, de cómo durante la sequía del 33 había subido a Twin Peaks y tocado el tambor durante cuatro días sin parar, hasta que llegó la lluvia. Nita habló de su bisabuela, que había llegado de Filipinas después de la Segunda Guerra Mundial y crió sola a ocho hijos

después de que su padre desapareciera con otra mujer. Sage contó sobre la noche en que su tío abuelo Seth, un predicador itinerante de Luisiana, detuvo un linchamiento hablando en lenguas hasta que sufrió convulsiones, dándole a la víctima prevista la oportunidad de escapar. Maya estaba inusualmente tranquila, concentrándose en tejer incluso cuando Holybear contó la historia del juicio político más famoso de su abuelo Ben, un evento que ella había presenciado personalmente.

“Estás tremendamente callada, *abuelita*“, dijo Bird. Estaba sentado entre Madrone y Holybear en el gran sofá, con Nita sentada en el brazo, y todos miraban a Maya, sonriendo. “¿Qué estás pensando?”

“Estoy pensando que todos descendemos de supervivientes aquí. Al igual que la hierba Bermuda o la cucaracha, debería ser difícil acabar con nosotros”.

“No es una comparación muy halagadora”, se quejó Nita. “¿Por qué no les gusta la menta, las moras o incluso la hiedra? También se extienden por todas partes y son difíciles de matar”.

“Cuéntanos una historia”, le dijo Bird a Maya. “Es tu turno. Algo instructivo e inspirador”.

“He escrito mis historias”, dijo Maya. “Ahí están en esa pila de libros sobre la mesa”.

“Entonces léenos uno”, sugirió Sage, levantando la vista del afgano verde brillante y dorado que estaba tejiendo.

“¿Hay algún problema con tus ojos?”

“No, pero no te puedes salir tan fácilmente”, dijo Nita. “¡Cuéntanos una historia!”

“¡Cuéntanos una historia! ¡Cuéntanos una historia! clamaron.

“¿De cuál de los muertos debería hablar?”

“Al diablo con los muertos. Cuéntanos acerca de ti. Estarás muerta demasiado pronto y entonces *tendremos* que contar tu historia”, dijo Bird.

Maya suspiró y dejó su tejido en su regazo. “En lo que sigo pensando es en la discusión que tuvimos con Lily”.

“¿Sobre cómo resistir a los mayordomos?” –Preguntó Madrone.

“A veces me parece que llevo ochenta años teniendo las mismas discusiones, una y otra vez. Violencia o no violencia, ¿cómo luchar, dónde trazar los límites? Debate tras debate, mientras a nuestro alrededor la violencia continuaba haciendo estragos sin control. Si les cuento una historia esta noche, será una historia de guerra”.

“Adelante”, dijo Bird en voz baja. “Tal vez lo que necesitamos escuchar es una historia de guerra”.

“La primera guerra que recuerdo fue Vietnam”. Maya se recostó en su silla y cerró los ojos como si descansara antes de una larga subida. “Solíamos ver las noticias de la noche, Rio y yo, en un viejo televisor en blanco y negro. Vivíamos en una habitación grande, reconvertida de un antiguo garaje, en Berkeley. Había vuelto a la escuela, lo que tomé como una traición personal. Sin embargo, me quedé con él”.

“¿Por qué fue una traición?” –Preguntó Nita.

Maya abrió los ojos y la miró. “Porque cuando lo conocí parecía alguien de otra estrella. Sin ataduras de lo mundano. Un forajido, un pirata, un salvador con una chaqueta de cuero negra y el pelo hasta la mitad del trasero, lo que en aquellos días marcaba a un hombre como un radical. Parecía tan libre. Habíamos vivido del aire, viajando arriba y abajo de la costa en su camioneta, drogados y con música rock a todo volumen en el ocho pistas. Habíamos hecho el amor en la playa bajo una tormenta y las olas rompiendo sobre nuestros cuerpos desnudos. ¿Cómo podía un hombre así tomar exámenes parciales y preocuparse por el promedio de calificaciones?

Me regañaba constantemente para que volviera a la escuela. No podía perdonarlo por hacer aquello a lo que me resistía con tanta fuerza”.

“¿Por qué no quisiste volver a la escuela?” –Preguntó Nita.

“Dejé los estudios y me escapé después de que nos arrestaran a Johanna y a mí. Atrapadas, haciendo el amor en el suelo del vestuario del gimnasio de nuestra escuela secundaria, después de tomar demasiado LSD. Después de eso no soporté las estructuras, las jerarquías. Todos me parecían falsos escenarios donde la gente se pavoneaba, adoptaba posturas e intentaba impresionarse. Yo no quería eso. No quería un título, quería algo absoluto: la iluminación por el gran camino recto hacia arriba; algo real”. Ella suspiró. “Pensé que lo tenía con Rio, pero lo que tenía era otra forma de fantasía. No vivíamos del aire, vivíamos del dinero que ganaba vendiendo droga. Tenía arena en la entrepierna por follar en la playa, y él proclamaba el “amor libre” y dejaba embarazada a mi mejor amiga, aunque no me enteré hasta años después. Embarazada de tu madre”. Ella asintió hacia Madrone. “Así que supongo que deberíamos agradecerle”.

“Pondré un poco más de esa crema en su *altar* “, dijo Madrone.

“En realidad, volver a la escuela fue una de las cosas más sensatas que había hecho en su vida. Si tan sólo hubiera seguido con ello”. Cogió su tejido y lo miró fijamente. “Pero estaba hablando de la guerra. Una de esas imágenes de noticias todavía está grabada en mi cerebro: una mujer en llamas, quemada con napalm, corriendo, gritando y abrazando a su bebé en llamas. Ella me perseguía. Cada vez

que me sentía mal, cuando Rio y yo peleábamos o cuando me resfriaba o quería arrastrarme en la cama con cólicos menstruales, pensaba en ella. ¿Cómo podría sentir lástima de mí misma ante su sufrimiento? Y cada vez que me sentía bien, cuando las glicinas florecían o, a veces, en medio de estar haciendo el amor, pensaba en ella y me avergonzaba. ¿Cómo podría atreverme a ser feliz, cuando otra mujer, como yo, estaba ardiendo hasta los huesos?

Clavó la aguja en el hilo y maldijo en voz baja mientras dejaba caer una puntada.

“Continúa, *abuelita* “, dijo Bird.

“Intentamos todo lo que se nos ocurrió para detener la guerra. Marchando en manifestaciones, bloqueando la junta de reclutamiento, acosando a los compradores fuera del supermercado. Nada funcionó. La guerra siguió y siguió. El hermano de Rio murió en ella. Fue entonces cuando empezó a beber, a llegar tarde a casa, a desmayarse en el sofá y a romper los muebles. Dejó la escuela, pero eso no me hizo feliz. Había empezado a asustarme”.

“¿Pero te quedaste con él?” Dijo Sage.

“Seguí persuadiéndome de que cada borrachera sería la última. ¿Qué puedo decir? Lo amaba y no tenía claras mis alternativas. De todos modos, cuanto más duraba la guerra, más frustrados nos sentíamos. Pasamos de cantar 'Ain't

Gonna Study War No More', *No voy a estudiar más la guerra* a gritar 'Off the Pigs', *Fuera los cerdos*, de gritar a romper ventanas y encender hogueras en las calles. La mayoría de la gente nunca fue más lejos, pero la atmósfera cambió. Algunos de nosotros, como el grupo al que nos unimos Rio y yo, comenzamos a desfilar por el bosque con armas y hablar de bombas. Parecía justificado. En comparación con la violencia que se ejercía en nuestro nombre contra los vietnamitas, en comparación con la violencia de la policía contra nosotros, ¿qué importaba si de vez en cuando incendiaban un coche de policía o quemaran el Banco de America? ¡TRAE LA GUERRA A CASA! Ese era nuestro lema”.

“Eso es comprensible”, dijo Bird.

“Perfectamente”, admitió Maya. “Aun así, fue una falta de imaginación. Eso es lo que lamento, lo que podríamos haber hecho si no hubiéramos dejado que nuestra visión se limitara. Y lo supe en ese momento, pero no sabía cómo hablar de ello. Lo supe por uno de los grandes disturbios en Berkeley. Ni siquiera recuerdo ahora exactamente de qué tema se trataba, si Camboya o People's Park o lo que sea. Pero habían traído a la Guardia Nacional, y había tropas arriba y abajo de Telegraph Avenue, barricadas y helicópteros sobrevolando. Lanzaron gases lacrimógenos y toda la multitud corría y gritaba de rabia y pánico. Había perdido a Rio en la confusión. Me ardían los ojos y estaba corriendo con un policía detrás de mí, cuando escuché un sonido fuerte y agudo. Estaban disparando contra la

multitud. Sólo perdigones, pero no tenía forma de saberlo entonces. Pensé que iba a morir.

“De repente me quedé muy tranquila. No quería correr más, así que reduje la velocidad y el policía pasó junto a mí y comenzó a perseguir a alguien más. Si iba a morir, quería hacerlo con dignidad, conscientemente, así que comencé a caminar muy lentamente calle arriba hacia los disparos. Todos los demás estaban huyendo. A mi alrededor había todo este movimiento y conmoción, pero yo era una quietud en el centro. Caminé directamente hacia uno de los guardias que nos estaban disparando y simplemente lo miré, lo miré a los ojos. Quería ver quién era el que me iba a matar.

“Era joven, más o menos de mi edad. Sus ojos eran marrones, como los míos, y pude ver que estaba asustado, tenía miedo como yo. Éramos iguales. De repente lo supe y él también lo supo. Pude verlo en su cara. Le temblaban las manos y bajó el rifle. Entonces supe lo que realmente podría poner fin a la guerra”.

Ella cerró los ojos. Por un momento, sintió a Rio sentado a su lado, con su gran mano en su hombro.

“Ojalá hubiera podido decírtelo”, le dijo a Rio. “Para eliminar toda la retórica que tuvimos y hacerte entender. Pero en lugar de eso simplemente seguí contigo, hasta que se volvió demasiado extraño y tuve que irme. ¿Me perdonas?”

“*Madrina*”, dijo Madrone en voz baja. “Habla con los vivos, no con los muertos. Estamos aquí contigo”.

Maya abrió los ojos, pero estaban velados, distantes. Ella habló en voz baja, medio embelesada. “Me escapé de Rio a la montaña, donde me quedé sola hasta el otoño. Fue un año seco; la nieve tardó en llegar. Otros mochileros me dejaron comida y aprendí a sobrevivir con muy poco. Todas las noches soñaba que Rio de alguna manera había logrado encontrarme, que estaba acostado a mi lado acunando mi cuerpo en sus brazos. Todas las mañanas me despertaba sola. Las rocas allí arriba son muy hermosas, un granito limpio, de color blanco grisáceo con motas oscuras y pequeños destellos de cuarzo. Después de estar un rato sola, empezaba a hablarme. Todo cobraba vida y tenía su propia voz, y podía oírla. La Diosa me reclamó, aunque todavía no sabía ninguno de sus nombres. Sin saber la palabra, me convertí en Bruja”.

Su voz se había convertido en un murmullo soñador, y se quedaron sentados en silencio por un momento, arrullados por su hechizo.

“¿Qué hizo Rio cuando lo dejaste?” –preguntó finalmente Bird.

Maya se sentó. Sus ojos volvieron a enfocarse. “Se lanzó a actos de bravuconería política. Su grupo colocó una bomba en las oficinas de una fábrica química y otra en la junta local

de reclutamiento. Su tercera acción salió mal. La bomba estalló demasiado pronto, antes de que pudieran avisar por teléfono, y el guardia nocturno del Edificio Federal murió. Resultó ser una mujer, una mujer negra además. Antes de irme, nos mudamos a un departamento en la City que compartíamos con nuestros amigos. La policía los persiguió, disparó contra el lugar, lo quemó y a nuestros amigos con él”.

“Qué horrible”, dijo Nita.

“Rio no estaba en el piso. Estaba en su camioneta, completamente borracho. La policía lo encontró a la mañana siguiente. Lo arrestaron y lo llevaron a prisión, donde pasó los siguientes trece años”.

El brazo de Rio pesaba sobre su hombro; era casi palpable. Bueno, es Halloween, pensó Maya.

“Ese fue el precio que pagó. Cambié mi nombre y me escapé, a Nueva York y luego a México. No lo volví a ver hasta finales de los años ochenta, cuando todo había cambiado. Pero esa es otra historia”.

“¿Y la moraleja?” Preguntó Holybear.

“El fin no justifica los medios”, dijo Maya. “Eso fue lo que aprendí de Vietnam, de la guerra y de las protestas contra ella. Los medios dan forma a los fines. Te conviertes en lo que haces”.

“Es casi medianoche”, dijo Sage. “¿Subimos las escaleras?”

Encendieron velas en la sala de rituales en lo alto de la casa, trazaron un círculo e invocaron a la Parca y a su contraparte, la Guía. Maya los condujo por los caminos del trance, hasta las orillas de un océano oscuro. Un barco los esperaba para llevarlos a la Isla, el lugar en los mundos espirituales donde los muertos y los no nacidos caminaban en los huertos de la Diosa bajo árboles siempre fructíferos.

Maya estaba mirando hacia el centro de un caldero oscuro. En el interior, galaxias espirales giraban en un oscuro cielo nocturno. Las estrellas giratorias eran las almas de los muertos, de los no nacidos. Todos eran destinos, todas posibilidades.

Una estrella voló hacia ella, haciéndose enorme y candente hasta que estalló y Johanna se paró a su lado.

“Ella se irá”, dijo Johanna. “La chica se va a ir”.

“¿Ir a dónde?” –Preguntó Maya.

“A las Tierras del Sur. ¿Dónde si no?”

“No”.

“¿Cómo puedes decir no? La necesitan allí”.

“No”, dijo Maya. “No puedo soportarlo. Ya he perdido suficiente”.

Johanna resopló. “Es su camino a recorrer. No puedes bloquearlo y no puedes suavizarlo”.

“Puedo quejarme de todos modos”, dijo Maya.

“Sé buena, novia. Usted me debe una”.

“¿Te debo una qué?”

“Un favor”.

“¿A cambio de qué?”

“Todos los muchos años que te soporté”.

“Tuviste suerte. ¿Qué deseas?”

“Déjala ir. Déjala ir con calma”.

“Sabes que al final haré eso”.

“Hazlo al principio. Ella necesita tu ayuda, no tu miedo”.

Bird esperó. Pensó que estaba sentado en un tronco, bajo un árbol en flor, iluminado desde dentro por un resplandor de nácar. Se preguntó quién acudiría a él. ¿Su madre? ¿Su

padre o su hermano? ¿Cleis, Zorah o Tom? O tal vez él mismo, ese Bird que esquiaba y corría y cuyos dedos flexibles eran el instrumento de la gran música. ¿Qué tendría que decirle ese Pájaro ahora?

En medio del silencio, se acercó un anciano. Era Rio. Parecía viejo pero vigoroso, con el pelo blanco desgredado y la barba poblada. Pero no como Santa Claus, pensó Bird. No había nada alegre en él.

“¿Cómo fueron para ti todos aquellos años en prisión?” Preguntó Bird.

Rio se sentó en un montículo y fijó sus ojos en una rama alta. “Me sentí terriblemente solo. Maya nunca me escribió. Mi familia me repudió. Y me desprecié a mí mismo”.

“¿Por qué?” Preguntó Pájaro. “¿Por la mujer que murió?”

“Porque todos mis errores se deben a mi propia debilidad. La bebida y las drogas eran parte de ello, pero en el fondo había una especie de cobardía, un alejamiento del dolor. Tuve que afrontar eso en mí mismo y fue el peor momento de mi vida. Pero tuve suerte”.

“¿Cómo?”

“Una vez estuve en la celda de castigo. Por un tiempo demasiado largo. Todas las ventanas estaban bloqueadas y la puerta era de acero macizo. No había luz. Al final no pude

soportarlo más. Tenía tantas ganas de salir que estaba temblando y no había salida. Dentro de un rato, pensé, empezaría a gritar y no volvería a parar.

“Traté de calmarme recordando cosas. El tacto de Maya y los olores húmedos del sexo, pero eso era intolerable; simplemente me hizo sentir dolor y rabia. Entonces comencé a recordar el viento en la costa y la lluvia fresca en mi cara y el aire limpio y frío que entraba rugiendo sobre el océano. Me concentré en ese viento claro, limpio, hasta que comencé a soñar con él. Cuando las cosas van realmente mal, ya sabes, empiezas a pensar que podrías dedicar tu vida a cualquier cosa con bondad. Había un rayo de sol que se filtraba a través de la cubierta de la ventana. Era lo más hermoso que había visto en mi vida, ese estrecho rayo de luz, y comencé a sentir que podía hablar con él, que podía pedirle que hablara por mí con el viento y las rocas y pedirles que me perdonaran. Pero luego me di cuenta de que a la luz del sol, al viento, a la lluvia y a las rocas no les importaba lo que había hecho o dejado de hacer. No tenía nada que ver con ellos. La gracia que ofrecen no se puede ganar ni perder. Es simplemente su naturaleza limpiar, lavar y sanar.

“Siempre tuve miedo de enfrentarme a mí mismo. De alguna manera el recuerdo del viento me dio coraje. Me sentí manchado y pesado, como el alquitrán que se pega a los pies después de una caminata por una playa. Pero cuando decidí volverme hacia mi propio dolor, todo cambió. Me encontré cara a cara con una belleza que se ofrecía en

cada mota de polvo bailando en el rayo de luz, nada menos que a mí. Entonces me curé, lentamente. Parecía haber una especie de compasión inherente a la naturaleza misma de las cosas. Me comprometí a eso. Juré que mis manos nunca volverían a matar”.

Rio cambió mientras hablaba, comenzando a brillar como los árboles pero con una luz dorada. No brillo así, pensó Bird; Todavía estoy pesado, opaco por la amargura y la esperanza.

“Cuando estuve en prisión, lo único que pensaba era en salir”, dijo Bird.

“Nunca estuviste realmente desesperado. Quizás nunca lo estes. No tenías nada que reprocharte”.

“Pero maté a un hombre”.

“¿Cuándo?”

“En nuestra acción. Uno de los operadores de la planta. Un tipo grande, pecoso y de piel blanca. Vino hacia mí rugiendo y me llamó 'negro' y... no sé, mis manos decidieron apretar el gatillo del rifle que estaba sosteniendo. Entonces sus ojos miraron fijamente, sorprendidos, vidriosos como canicas, y le salía sangre de la boca”.

Entonces su rostro se convirtió en el de mi padre, que yacía muerto en el suelo ante mí, pensó Bird. Pero él no lo admitió ni siquiera ante los muertos.

“¿Cómo debería sentirme al respecto?” Preguntó Bird.

“No puedo decirte cómo sentirte”.

“Pero no lo sé. ¿Tenía razón o no? ¿Tenía derecho a hacerlo? ¿Qué le debo ahora a su fantasma? ¿O a sus hijos por nacer? Pero si no le hubiera disparado, me habría matado. Es posible que la planta todavía estuviera en funcionamiento, derramando sus venenos. ¿Y cuántos morirían entonces?”

“Tal vez no podamos responder a estas preguntas”, dijo Rio. “Pero aquí tienes una. ¿Matarías de nuevo?”

Bird se quedó muy quieto por un momento. “No”, dijo finalmente. “Oh, tal vez lo haría si no hubiera otra opción, pero preferiría intentarlo a la manera de Lily. Incluso si no estoy convencido de que funcionará”.

“Siempre hay una opción”, dijo Rio. “A veces la elección es morir”.

“No es la muerte lo que me asusta. Es perder... perder esta ciudad, verla convertirse en lo que se han convertido las Tierras del Sur. Felizmente moriría para evitarlo, pero odiaría morir y que sucediera de todos modos”.

“¿Pero matarías para evitarlo?”, preguntó Rio.

“No sé. Realmente no lo sé”.

Madrone cabalgaba sobre una ola de espacio ondulante, que la llevaba hacia abajo y hacia abajo. Entonces se encontró en la encrucijada, el punto quieto donde todas las posibilidades se extendían como las espinas de un erizo de mar, ella misma en el centro hueco. Un camino brillaba como un sendero bordeado de luminarias en Navidad. Mientras miraba hacia ese camino se vio a sí misma caminando hacia el sur. Era un camino seco; le dolía la boca por agua y no podía ver el final, excepto que parecía conducir a sus miedos informes.

Sacudió la cabeza, tratando de hacer que el camino se desvaneciera, esperando que se abriera algún otro camino. Pero permaneció: brillante, implacable.

“No lo quiero”, protestó Madrone, pero sin convicción. Sabía que al final no se negaría. “¿Por qué yo?”

En el camino había una serpiente, iridiscente, de piel nacarada, que la miraba con un ojo en el que la luz jugaba entre sutiles colores.

“Por tus regalos”, dijo la serpiente y se alejó, dejándola sentada en la Isla de los Muertos.

Sandy se acercó a ella. Extendió las manos. Eran toscas, con la tierra del jardín todavía en los poros. Recordaba cómo solía lavarse al final del día y meter la cabeza bajo el grifo

para echarse agua en la cara, y las canciones desafinadas que tarareaba. Habían sido el ruido de fondo habitual de su vida. Entonces no se había dado cuenta de cómo los sonidos contenían la esencia de su amor por él.

“Con el tiempo, todos venimos aquí”, dijo Sandy. “Pero no te apresures, Madrone. Sólo hay que soportar el tiempo de estar vivo. Disfrútalo, incluso. Quiero que lo disfrutes”.

“Sí”, dijo Madrone. “Lo haré”.

“Es un camino difícil, el camino hacia las Tierras del Sur. Puedes sobrevivir, pero no si lo haces porque estás intentando morir. Tu muerte no cambiará nada. Tu vida podría hacerlo.

“No quiero morir”, dijo. “Solo quería quedarme en el lugar frío porque allí la luz era muy hermosa. Pero no más. Ya no quiero eso”.

“Bird te ha castigado”.

“Eso suena gracioso”.

“Me alegro por ti. Os bendigo”, dijo Sandy. “Sólo tengo un mínimo de celos”.

“Sandy, estoy muerta de miedo. No quiero ir a las Tierras del Sur. Soy una sanadora, no una hera”.

“Si realmente es tu camino, si realmente estás destinada a tomarlo, encontrarás el coraje”.

“¿Dónde?” –Preguntó Madrone.

Se inclinó sobre ella, la cubrió con su cascada de cabello negro y la besó. Luego se fue.

Cuando abrieron el círculo, compartieron granadas del Delta.

“¿Qué viste?”, les preguntó Maya.

“Me vi yendo al Sur”, dijo Madrone. “No quiero ir. Me temo que... Pero esa era mi visión”.

Bird tomó su mano y la apretó con fuerza. Se sentaron juntos en silencio, mirando fijamente la llama de una vela en la oscuridad.

Capítulo XII

El Consejo de Sanadores se reunió en una pequeña sala de conferencias del hospital. Las paredes estaban decoradas con coloridos murales, las hierbas crecían en macetas debajo de la ventana, pero la habitación aún parecía lo que era, una caja cuadrada, producto de la arquitectura estéril del siglo pasado. Madrone suspiró y se sirvió un panecillo del plato que había sobre la mesa baja en el centro de la habitación. Bird había estado hablando, contando la historia de sus viajes por las Tierras del Sur. Sam y los demás lo habían interrogado minuciosamente sobre todo lo que sabía sobre las epidemias y sus orígenes, lo cual no era mucho. La reunión de hoy estuvo inusualmente llena, quince o veinte personas apiñadas en sofás o tiradas en el suelo. Ahora todos estaban en silencio, considerando.

“La Red pide un sanador”, dijo Bird. “Ellos necesitan ayuda. Los administradores controlan los antídotos y los refuerzos, y sin ellos la gente muere”.

“Me gustaría poder ver uno de sus propulsores en mi laboratorio”, dijo una mujer delgada que vestía una túnica con un dragón en relieve de un estilo popular en el lado norte de la ciudad.

“Todos deseamos eso”, dijo Sam. “La pregunta es: ¿vale la pena arriesgar la vida de alguien para ir allí y tratar de traer algo de regreso?”.

“Necesitan un sanador”, dijo Bird nuevamente. “Estoy dispuesto a ir, pero no lo soy”.

Sam lo miró, frunció el ceño y se dio la vuelta en silencio. Que te jodan, quiso decir Bird. No soy un lisiado. Puedo hacer lo que sea necesario. Pero se mordió la lengua.

“¿Les debemos algo?” –Preguntó Lou.

“Sí”, dijo Bird con firmeza.

“Creo que sí”, dijo Sam lentamente. “Primero, por simple humanidad. Y estratégicamente, no hay mejor elemento disuasorio para las guerras en el extranjero que la rebelión en el país. Si los Mayordomos están ocupados luchando en las Tierras del Sur, eso podría evitar que nos invadan o disminuir sus fuerzas si vienen”.

“¿Pero a quién podríamos enviar?” –Preguntó Aviva.

“Alguien que pueda trabajar con los suministros y los recursos que tiene la gente de las montañas”, dijo Sam.

“¿Cuáles son?” –Preguntó Lou.

“Prácticamente nada, hasta donde yo sé”, dijo Bird de mala gana. “No necesitan tanto un médico como un hacedor de milagros, un chamán que pueda curar sólo con sus manos”.

Nadie miró a Madrone. Todos miraban fijamente la alfombra o desmenuzaban los restos de sus magdalenas.

“No quiero ir”, dijo Madrone. “No estoy loca. Quiero quedarme aquí, donde soy útil y necesaria”.

“Tienes todo el derecho a esa elección”, dijo Sam.

“Pero iré”, continuó, “si todos ustedes creen que debería hacerlo. Estoy dispuesta a ir. Entra en mis visiones y mis sueños por la noche. Debería ir”.

“¡No!”, exclamaron juntas Lourdes y Aviva. Sam se volvió para mirarla y las arrugas de su rostro se hicieron más profundas.

“Parece un desperdicio”, dijo.

“¿Estás lo suficientemente bien?” –Preguntó Lou.

“Hoy no”, admitió Madrone. Pero dentro de un par de semanas... antes de Navidad, al menos. Honestamente, Lou, no estoy sobreestimando mi fuerza. Podría volver a trabajar ahora. Pero para caminar por la costa y afrontar lo que viene después, necesitaría un poco de tiempo para ponerme en forma y prepararme”.

Sam se volvió hacia la mujer de la túnica de dragón. “¿Hay alguien en el lado norte que esté dispuesto a ir?”

Ella sacudió su cabeza. “Contamos con muchos especialistas y nuestra investigación sobre el mapeo *del ch'i* está muy avanzada. Pero debemos tener equipo para sanar; hierbas y productos farmacéuticos e instalaciones para esterilizar nuestras agujas de acupuntura. Los verdaderos sanadores psíquicos son escasos, y de los de nuestro equipo, tres tienen más de sesenta años y uno es ciego. No puedo ver a ninguno de ellos haciendo ese viaje”.

“Lo mismo en el lado oeste”, dijo un hombre.

“No me gusta esto”, dijo Sam.

“A mí tampoco me gusta”, dijo Madrone. “Pero aún menos me gusta la idea de soportar más y más epidemias hasta que estemos tan débiles que las tropas Stewardship puedan entrar y eliminarnos. Si existe la posibilidad de evitarlo, parece que vale la pena intentarlo”.

“Especialmente no me gusta que vayas sola”, continuó Sam. “Tal vez Defensa tenga a alguien a quien puedan enviar contigo”.

“Iré con ella”, dijo Bird. “Conozco el camino”.

Sam exhaló un largo suspiro entre dientes. “Pájaro, ya te lo dije una vez. Has sufrido graves daños. Gran parte de eso se puede corregir, con algo de cirugía y mucha fisioterapia, si se comienza pronto. Si no se hace, si continúa estresando los tendones y ligamentos, empeorará. No se trata de que regreses a las Tierras del Sur en este momento”.

La boca de Bird formó una línea sombría, pero no respondió. Madrone habló rápidamente.

“Tal vez sólo llegue hasta los Monstruos, cerca de Slottown. Eso debería ser relativamente seguro. Puedo ayudarlos, capacitar a algunos de ellos y tal vez puedan conseguirme algunas muestras de los refuerzos. Con suerte, volveré en uno o dos meses”.

“Diosa, ve con ella”, murmuró Aviva.

“No me gusta”, repitió Sam.

“¿Qué significa convertirse en un Soñador?” –Preguntó Madrone. Estaba sentada con Lily en la mesita del claro

fuera de la casa de los Nueve. Estaban bebiendo un extraño té astringente en una tetera redonda y negra. El té dejó su lengua sintiéndose desnuda y seca, pero los colores del día parecían más brillantes, más claros.

“Existe el mundo de la forma física”, dijo Lily. “Lo que sabemos y podemos tocar. Y están los reinos del mundo *ch'i*, reinos de energías y espíritus que infunden y subyacen a lo físico. La división entre los mundos nunca es absoluta. Siempre hay un traspaso. Entonces un Soñador se encuentra en el límite. ¿Sabías que la palabra alemana para bruja, *Hexe*, proviene de *haggibutzu*, la que se sienta en el seto?

“En realidad, sí lo sabía”, dijo Madrone. “Lo leí en uno de los libros de Maya”. Tamborileó inquietamente con los dedos en el borde de la mesa. Quizás Lily no pudiera decirle lo que necesitaba saber. ¿Viviré o moriré?

“En un sueño ordinario, el mundo de los espíritus nos habla. Pero un Soñador puede responder, puede crear formas y patrones en ese mundo que luego toman forma en este”.

“¿Entonces es eso lo que hacen mis sueños? ¿Es eso lo que hice cuando estaba tan enferma?

“Hay muchas maneras diferentes de *soñar*. Algunos lo hacen de noche, con los ojos cerrados, otros con los ojos

abiertos a la luz del día. Algunos, como Maya, cuentan historias que se convierten en los sueños de muchos”.

“Tengo dos tipos de sueños”, dijo Madrone. “A menudo todavía sueño que veo pacientes y personas sanando. Me despierto cansada, de esos. Pero ahora tengo otros sueños, sueños de un paisaje seco, y de nubes de polvo, y de sed, una sed terrible. En esos sueños siempre estoy tratando de encontrar agua, o de llevarle agua a alguien. Y luego me despierto”.

Lily examinó su té, favoreciendo a Madrone con sólo una breve mirada.

“El viaje hacia el Sur no es fácil. Pero has llegado al punto en el que necesitas reunir poder, y eso nunca es fácil. Así que éste es tu desafío: llevar curación a los enfermos, llevar agua a las tierras secas”.

“¿Lo es? Lily, no sé qué hacer. Quiero ir y tengo miedo de ir. Tengo miedo de que me lastimen como le hicieron a Bird. Y tengo miedo de otras cosas, cosas que no puedo nombrar ni ver con claridad. ¿Aprender a ser un soñador puede ayudarme a superar esos miedos?”

Lily se levantó. “Ven, niña. No puedo responder esas preguntas por ti. Sólo puedo darte algunas herramientas para trabajar”.

Madrone la siguió a través de la puerta de la casa circular y bajó por una escalera de caracol que parecía conducir directamente al subsuelo. El aire era fresco y oscuro. Después de un rato, Lily la condujo a través de un arco bajo hacia un salón abovedado, lleno de puertas a ambos lados. Abrió una y Madrone la siguió hasta una habitación redonda y oscura. Una vela arrojaba un cálido resplandor sobre las paredes encaladas. Bajo sus pies había una alfombra suave.

“Acuéstate”, dijo Lily. Madrone obedeció, dejando que su cuerpo se hundiera en la alfombra y cerrando los ojos.

“Ahora”, dijo Lily, “aquí está el patrón de respiración para *los sueños lúcidos* “. Guió a Madrone a través de una serie de meditaciones, monitoreando su respiración, moviendo sus manos a través del aura de Madrone, tejiendo nuevos patrones con la energía. Madrone dormía pero no dormía, volaba. Ahora soy libre, pensó, puedo ir a donde quiera, a donde quiera. Quiero volver a casa, lloraba una voz infantil en su interior. Iba impulsada por el viento, hacia el sur, siempre hacia el sur, más allá de las secas tierras del sur de California, sobre los desiertos y las altas mesetas de México, hacia el sur, hacia el pequeño país de Guadalupe, intercalado entre Nicaragua y El Salvador, donde se alzaba una pequeña casa encalada junto a un camino polvoriento, con la puerta arrancada de sus goznes.

“¡No!” Madrone se irguió de golpe, sudando y gritando. Lily la miró alarmada.

“¿Qué ocurre?”

Madrone se estremeció. “Lily, no creo que pueda hacer esto”.

“¿A dónde fuiste?”

“Empecé a regresar a casa, a la casa donde nací, allá en Guadalupe, la casa donde murió mi madre. No quiero ver eso, Lily. ¿Es eso lo que tengo que hacer, ser una Soñadora?”

“Lo primero que tienes que hacer es aprender a controlar”, dijo Lily con voz tranquila. “Aunque es cierto que un Soñador fuerte no debe temer enfrentar cualquier cosa que la mente pueda contener”.

“Pero tengo miedo. No puedo evitarlo”.

“Donde hay miedo, hay poder”, dijo Lily.

“No estoy segura de querer poder”, dijo Madrone. “A veces parece que ya tengo demasiado. Me pesa”.

“Pero lo que quieres no es un problema aquí. El poder te ha elegido para que seas su instrumento. ¿Lo rechazarías? ¿Rechazar tu propia visión?”

Madrone luchó por un momento para controlar su respiración. Los latidos de su corazón se estabilizaron.

“Ya sabes la respuesta a eso”, dijo. “Está bien. Será mejor que me pongas en trance para que pueda intentarlo de nuevo ahora, antes de que pierda los nervios.

Madrone se preparó para partir. Revisó la acumulación de equipo de campamento de Black Dragon House durante sesenta años; escogió lo que podría necesitar y armó su mochila. Cosechó hierbas del jardín, repuso medicinas y se preparó un kit compacto para llevar. Destiló una provisión de tintura de hojas de violeta para el cáncer. Casi a diario iba a la isla del lago para encontrarse con Lily y practicar sus *sueños*. Ella fue con Maya al Consejo para sentarse junto a Bird mientras él le contaba a la ciudad lo que había visto en las Tierras del Sur y los alertaba sobre la posibilidad de una guerra. En el debate que siguió, guardó silencio sobre su plan de ir al sur. Lily le había aconsejado que no revelara sus intenciones.

Todos los días, Madrone realizaba largas caminatas para fortalecerse. Estudió mapas antiguos hasta que casi los memorizó. Pero cada intento que hacía de repasar rutas y planes con Bird terminaba en una pelea.

Bird era un hombre atormentado. Lo perseguía el silencio anticipado de la casa sin la presencia de Madrone, y visiones de cosas que le sucedían a ella tan horribles que no podía permitir que llegaran más allá de los límites de su mente.

Como resultado, anduvo mirando los rincones, temiendo lo que esperaba ver saltar desde la periferia de su visión.

Sabía que tenía que ir con ella. Una y otra vez ella le dijo que no, pero no encontró a nadie más que ocupara su lugar. El Consejo no pudo prescindir de un segundo sanador. Sage, Nita y Holybear estaban comprometidos en un trabajo vital para Tóxicos que no podía abandonarse, y no había nadie más a quien él conociera y en quien confiara lo suficiente como para exponerlo a un peligro mortal. Así que Bird continuó con su obstinada determinación de acompañarla él mismo.

La alternativa era insoportable: mucho más fácil soportar el dolor físico del viaje que el miedo y la impotencia de quedarse atrás. Practicaba ignorando el considerable dolor que sentía continuamente, mientras los músculos y ligamentos sobrecargados se rebelaban y sufrían espasmos. Nunca se quejó y se esforzó por ocultarlo, especialmente ante sí mismo. Sin embargo, cada vez que subía las escaleras o bajaba, le dolía hasta el aire. Insistió en cavar en el jardín y remover la pila de abono a pesar de que Holybear le gritó durante media hora, advirtiéndole que se iba a causar un daño grave. Él hizo todo lo posible para llevarle a Maya las cosas que había dejado arriba o abajo, hasta que ella tuvo miedo de olvidar algo por miedo a causarle otro viaje.

Madrone finalmente perdió la paciencia con él. Estaban todos en la sala común después de cenar y ella estaba

revisando un viejo mapa geológico de Big Sur, preguntándole si sabía qué senderos todavía estaban buenos y dónde habían desaparecido.

“No te preocupes por eso”, dijo. “Te lo mostraré cuando lleguemos allí”.

“Bird”, dijo tensa, “no sé cómo decirte esto, porque ya lo he dicho cincuenta veces y parece que no lo has entendido, así que déjame decírtelo de nuevo en palabras de una sílaba: Tu no vas a ir. *No vas a ir.* Quédate aquí. *Aquí.* Hogar. *¿Comprendes?*”

“No tienes por qué insultar, Madrone. Es mi decisión y la he tomado. Voy. Tengo que ir”.

“Oye, no estás solo aquí”, dijo Holybear.

“Así es”, estuvo de acuerdo Sage. “Esto es algo que nos afecta a todos. No es una decisión que puedas tomar por tu cuenta”.

“Lo logré”, dijo Bird.

“Bloqueo esa decisión”, dijo Madrone.

“No puedes impedirme que haga algo que tengo que hacer”.

“Puedo bloquear para que no tenga nada que ver con eso. Pájaro, ¿qué te pasa? ¿Estás loco? ¿No te has dado cuenta de que apenas puedes llegar al jardín, y mucho menos caminar de regreso por la cordillera costera? No es que no quiera que vengas. *Diosa*, daría cualquier cosa por tenerte en esto, si pensara que puedes hacerlo. Pero no puedes”.

“Lo *hice*. ¿Cómo carajo crees que volví aquí? No me digas que no puedo hacerlo, porque lo hice... y ahora me siento muchísimo más fuerte que entonces.

“No pareces más fuerte”, dijo Nita.

“Soy más fuerte. Cada día. No sabéis cómo siento mi cuerpo”.

“Lo sabemos”, dijeron los cuatro a la vez.

“Bird, somos brujas. Sabemos cosas. Es nuestro negocio, lo sabes. No se puede ocultar el dolor por aquí, como tampoco se puede ocultar a los perros una rata en descomposición. Lo olemos”, dijo Holybear.

“El dolor no me molesta”.

El silencio que siguió a esta declaración pareció crepitar con los comentarios que todos reprimieron. Madrone salió de la habitación.

“Bueno, no es así”, dijo Bird.

El silencio se hizo más profundo. Maya se concentró cuidadosamente en tejer. Bird miró a su alrededor en busca de alguien que lo tranquilizara, pero todos tenían la mirada vuelta hacia abajo y hacia adentro. El ambiente era pesado; Todos sintieron que alguien estaba a punto de salir lastimado. Madrone volvió a entrar con su mochila. Tenía las mejillas sonrojadas y los labios apretados.

“Está bien”, dijo ella. “Tú ganas. Puedes venir. Tú puedes hacer cualquier cosa. Mente sobre materia. Me rindo. Pero sólo una cosa. Me gustaría que me mostraras cómo vas a llevar tu mochila”.

Se la tendió a Bird, con las correas y el armazón mirando hacia él. Él la miró y vio sus ojos, duros como pequeñas piedras negras. Luego miró al resto de ellos. Pero no le ofrecieron nada.

“Claro”, dijo, encogiéndose de hombros. Luego deslizó los brazos por las correas de la mochila. Madrone lo soltó y, cuando el peso cayó sobre él, su rostro se volvió gris ceniciento. Se ajustó el cinturón. Gotas de sudor le caían por la frente.

“Todo estará bien en un minuto”, dijo, y cambió su peso como si estuviera tratando de caminar. Luego su pierna se dobló debajo de él y se desplomó en el suelo con un grito suave y ahogado.

Al instante todos estuvieron a su alrededor, quitándole la mochila, abrazándolo y acariciándolo a él y a los demás.

“¿Estás herido?” –Preguntó Sage.

Bird estaba conteniendo las lágrimas. Maya se preguntó por qué no podía simplemente dejarse llevar y llorar. “¿Quién le enseñó a ser estoico?”, preguntó, pero nadie respondió. ¿Tú, Rio? ¿Su padre? Yo no. Brígida no.

“Bastardos”, dijo. Madrone le pasó las manos por la cadera, Sage le frotó los hombros, Nita corrió a buscar una bolsa de hielo y Holybear rodeó a Bird con sus brazos.

“Sólo llora”, dijo. “Llora. Te sentirás mejor”.

“No quiero llorar. No quiero que me consoléis. Sólo quiero no estar destrozado nunca más”.

Entonces lloró. Todos lloraban, Maya en su rincón y los demás en su círculo. “Ustedes son sanadores, maldita sea, ¡sántenme! Devuélvanme mi cuerpo. ¡Denme mis manos!

Pero lo único que pudieron darle fue el toque de sus manos, de sus cuerpos. No fue suficiente, pero fue algo. Maya se levantó silenciosamente y salió de la habitación.

Maya yacía en su cama, con los brazos extendidos y conteniendo la respiración. “Ven a buscarme, muerte”, susurró. “Quiero ir ahora”.

“Pliega tus alas, viejo murciélago”, dijo Johanna, mirándola con sus propios brazos cruzados sobre el pecho. “¿Quién crees que eres, Jesucristo?”

“Una vez estuve en un programa de entrevistas con él”, dijo Maya. “¿Recuerdas? Allá por 1999. Dijo que había regresado para el Nuevo Milenio, pero que estaba disgustado con el mundo. Entonces se fue de nuevo. Dime, deberías saberlo ahora. ¿Era él el verdadero Jesús?”

“No estoy aquí para debatir teología contigo. Siéntate, niña. Aún no estás muerta”.

“Quiero estarlo. No puedo soportar quedarme y observar los sufrimientos de los jóvenes”.

“¿Por qué no? ¿Son más frágiles que nosotros? Infiernos, no, estos chicos son más duros que esas galletas que tú hacías, esas que llamábamos balas. De todos modos, este no es momento de volverte cobarde conmigo. Todavía eres necesaria”.

“Me voy a la huelga. ¡Además no puedo *hacer* nada! ¿Qué puedo hacer por Madrone, excepto preocuparme? ¿Qué puedo hacer por Bird?”

“Déjale su propio dolor. No intentes soportarlo por él. Vamos, Maya, siéntate y déjame abrazarte.

Maya se sentó. Sus brazos acariciaron sus propios hombros mientras se mecía, acunada en los brazos de los muertos.

“Tuvimos nuestros desafíos y nuestro sufrimiento”, dijo Johanna. “Deja a los jóvenes su turno”.

“¡Pero su turno es mucho más difícil que el nuestro! Lo es, Johanna, ¡no finjas que no lo es! Y eso no está bien. ¡No trabajamos para esto!

“Para lo que trabajamos fue para darle un giro a todo. Dada la forma en que iban las cosas cuando éramos jóvenes, deberíamos considerar una victoria que ellos estén vivos y todavía tengan un mundo en el que sufrir”.

Bird se sentó en el jardín. La luna había acariciado su dolorida espalda, pero la temperatura estaba descendiendo y el aire era frío. Aún así, no se atrevía a moverse, a levantarse, entrar y enfrentarse a Madrone de nuevo, con su equipo de campamento extendido por toda la habitación y una mirada de decidida bondad en sus ojos.

El frío que le recorría los omóplatos se sentía casi como una mano. Si cerraba los ojos, veía el rostro de Rio, su cabello y barba de un blanco azulado a la luz de las estrellas.

“Estoy decepcionado por ti”, dijo Rio. “Pensé que tenías más agallas”.

“Déjame en paz, ¿quieres?” dijo Bird. “O prueba otra táctica. Este no volará. Créeme, Rio, nadie en el mundo puede acusarme de no tener agallas. No tengo nada más que demostrar al respecto”.

“No me refiero a tu machismo, sino a otro tipo de valentía. Y no estoy criticando. ¿Quién soy yo para juzgarte? Sólo desearía que tuvieras el coraje de sentir realmente tus heridas”.

“Estoy haciendo eso ahora mismo. ¡Ahora mismo! Estoy sentado aquí sintiendo cómo me duele la pierna y la espalda y mis dedos están rígidos y pesados y nada funciona bien, ¿vale? No puedo ir al sur con Madrone, ahora lo sé. No puedo tocar mi música. Estoy completamente jodido y soy bastante inútil, y te lo admito.

“Pero esas no son las heridas de las que estoy hablando”, dijo Rio. “Escucha, Bird. Hay algo que te sucede cuando has pasado por cosas que otras personas no han pasado. Cuando te has encontrado con posibilidades de fealdad que ellos no conocen. Ambos sabemos esto, tú y yo. Cómo se siente

como si tuvieras que aguantar el dolor por ellos, contenerlo de alguna manera y evitar derramarlo”.

“Por eso hay tantas cosas de las que no puedo hablar”, dijo Bird.

Rio negó con la cabeza. “No funciona de esa manera, Bird. Simplemente te carcome desde dentro. Te está haciendo daño”.

“¿Qué puedo hacer?”

“Sabes lo que tienes que hacer. El instinto es cerrar. Pero hay que abrirse”.

“No sé cómo”.

“Sabes. Primero abre la boca. Entonces podrás abrir tu corazón nuevamente”.

Bird se acercó a Madrone al día siguiente, mientras llevaba un montón de hierbas del jardín.

“¿Puedo hablar contigo?”

“Seguro. Déjame dejar esto”. Los colocó en el lavabo y lo siguió hasta su habitación, sentándose a su lado en la cama.

Respiró hondo y empezó. “Sé que he sido un imbécil, Madrone. Lo lamento. Tú eres quien necesita ayuda ahora mismo y voy a intentar darte toda la ayuda que pueda”.

Ella tomó sus manos y las sostuvo entre las suyas. De pronto él se volvió muy querido para ella. Ella habría dado cualquier cosa por el poder de curar todas sus heridas al instante. Quizás Lily tenía razón, quizás no estaba contenta con sus limitaciones.

“Bird, puedes estar mejor, ¿sabes? Quiero decir, al menos puedes mejorar. Pero tienes que cuidarte. Dale a tu cuerpo la oportunidad de sanar. Hay ejercicios que puedo mostrarte para tu espalda y Lou podría hacerte acupuntura. Tal vez deberías volver a hablar con Sam y también, dejar que siga adelante y restablezca esa cadera”.

Podía sentir que él comenzaba a acercarse, pero luego respiró hondo, exhaló y le sonrió.

“Está bien, lo pensaré. Odiaría estar inmovilizado con un yeso cuando llegue el ejército de Stewards.

“Tal vez ya estés fuera del yeso para entonces. Te sorprendería saber lo rápido que Sam puede ayudarte a caminar, al menos con muletas”. Madrone escuchó el impulso en su propia voz, y sonó como un gemido, una súplica. Equivocado. Ella no lo esperaba en lo que había

venido a ofrecerle. Pero ella no pudo detenerse. “Y luego, pase lo que pase, estarás mejor preparado para afrontarlo”.

“Estamos hablando de mi mierda otra vez”, dijo Bird. “Quiero saber qué necesitas y puedo darte”.

“Información”.

“Te daré toda la que tengo”. Él la rodeó con sus brazos y la abrazó. “¿Eso es todo?”

Él se había abierto a ella y ella no podía hacer menos por él. “Tengo miedo. Estoy aterrorizada. ¿Cómo hago algo que tengo tanto miedo de hacer?”

La abrazó con fuerza, preguntándose qué palabras de consuelo decir cuando él mismo temía tanto por ella.

“Tengo miedo de hacer las cosas que tú has hecho e ir a donde has estado”, dijo Madrone. “Tengo miedo de volver rota”.

Ahí estaba, pensó. Lo indescriptible que sentí escondido detrás de su amabilidad. Me compadece y tiene miedo de volverse como yo. No es de extrañar que no pudiera abrirme a ella. Pero ya todo ha quedado claro, sólo tenemos que dejarlo pasar.

“No puedo decirte que todo va a estar bien, porque eso sería mentira”, dijo Bird. “No sé cómo será”.

“No quiero que me digas eso. Quiero que me digas algo sobre el miedo. Todos en esta familia son siempre jodidamente valientes. Me siento como una inadaptada”.

Bird se rió y la abrazó con más fuerza. “No, amor, no eres una inadaptada. Y yo, por mi parte, no soy tan valiente. Si hubiera sabido lo que iba a pasar, no puedo decir que hubiera ido. Era joven y tonto y pensé que simplemente iba a morir, lo que parecía romántico e inevitable si recuerdas la época. Todos estaban muriendo. *Todo el mundo*”.

“Parecía así”.

“Lo único que puedo decir es que no es que el miedo desaparezca sino que cambia. Cuando algo realmente malo está pasando, es simplemente lo que está pasando. Así que lo afrontas, porque en ese momento realmente no tienes otra opción”.

“Supongo que lo sé”, dijo Madrone. “Es como pasar por un parto difícil. No puedes detenerlo, así que simplemente lo haces. Pero es ahora, pensando en ello de antemano, que es muy difícil. ¿No tenías miedo antes de irte?”

“Estaba aterrado”.

“No quiero morir”, dijo Madrone. “Ojalá fueras conmigo. Tengo miedo de estar sola”.

“Estaré con vosotros, en espíritu, como nos gusta decir”. Bird la abrazó con más fuerza e inclinó la cabeza. “No pasará un momento del día en el que una parte de mí no esté contigo”.

“Lo sé”. Se abrazaron y su cuerpo se sintió tan dulce contra el de ella que no supo cómo podría decidirse a dejarlo ir.

Finalmente, él se apartó y la besó ligeramente en la frente. “Quiero darte algo para que te lleves”, dijo. “Y lo he pensado y pensado. Algo que no puedes perder, algo que nadie te puede quitar. Así que te he hecho una pequeña canción”.

“¡Pájaro!”

“Realmente no puedo tocarla para ti, pero ven aquí”. Él tomó su mano y la llevó hasta el banco al lado del piano vertical, que ocupaba una pared. “Siéntate aquí y déjame cantarla”.

Se sentó a su lado en el banco, sabiendo lo que le había costado ese regalo. Con torpeza, sus manos tocaron algunos acordes clave, una melodía entrecortada. Él cantó, su voz ronca pero aún con la voz verdadera y resonante que ella recordaba.

La canción que había compuesto para ella era un pedacito de su propia música, la música que le llegó cuando estaba casi muerto y le devolvió la vida, la música que de vez en cuando le había dado a sus propias manos el poder de curar.

Nunca podría hacerle justicia; incluso cuando sus manos estaban enteras y en el mejor momento de su habilidad, a lo sumo podría haber reproducido un eco de lo que escuchó en su mente. Y ahora todo lo que podía hacer era insinuar la melodía con notas entrecortadas y cantar un poco sin palabras. Él se sintió avergonzado, pero cuando se detuvo ella negó con la cabeza.

“No pares, Bird. Eso es hermoso”.

Podía ver en su rostro que estaba conmovida, esperaba que no sólo por lástima.

“Y ahora”, dijo, obligándose a sonreír, “tienes que aprenderla. Y luego será tuya, y podrás cantarla mientras caminas por la costa, y cuando tengas miedo, y si... y si... *Diosa, Madrone...* No pudo hablar más; todo lo que podía hacer era mirarla y abrazarla. Ella estaba cálida, viva y entera en sus brazos, y cuando estaban juntos así, podía sentir cómo fluía hacia ella, alimentándola y siendo alimentado a su vez. ¿Cómo podía soportar creer que dentro de poco ella se habría ido?

“Esta va a ser una buena semana”, dijo. “Simplemente nos amaremos, seremos buenos el uno con el otro y construiremos nuestros recuerdos. Los recuerdos son importantes. Son algo a lo que puedes aferrarte”.

Él era tan bueno como su palabra. Buscó en su mente cada fragmento de información que ella pudiera encontrar útil: descripciones de lugares, nombres de personas, historias, rumores, chismes, costumbres. Recordó cosas que había olvidado: retazos de conversaciones escuchadas en la prisión, el sabor del pan mohoso, la sed. Durante el día, mientras los demás trabajaban, viajaban en góndolas por la ciudad, riéndose juntos, caminando sobre los diques del mar y escalando las verdes colinas. Asistieron a las ceremonias de las tribus Ohlone, Miwok y Pomo, que bajaban a la ciudad en otoño para ofrecer sus antiguas danzas como obsequio. Él dejó que ella lo masajeara, hundiendo sus fuertes dedos en sus doloridos ligamentos; dejó que sus preguntas perforaran los lugares doloridos de su alma.

Por la noche, porque sabía que eso le agradaría, abrió el piano y se esforzó por tocar, aunque le dolía más de lo que podía expresar. En su mente, sus manos eran la expresión fluida de lo que escuchaba dentro de sí mismo; ahora eran torpes, como fardos de trapos atados a palos, golpeando y haciendo sonar algunas cuerdas rotas. Sin embargo siguió, cantó, porque entendió que lo que ella realmente necesitaba de él era saber afrontar lo inenfrentable. Y él sólo podía darle ese conocimiento con el ejemplo.

Y ella se sentó, mirándolo, escuchando el poder de su música incómoda y estridente, amándolo tanto que apenas podía soportar respirar.

Para su sorpresa, Bird empezó a notar que su toque mejoraba. Todavía era difícil, pero no tanto. Había movimientos que podía hacer y que antes no podía. Cuando no había nadie cerca, probó escalas, carreras simples.

Nunca volvería a ser el músico que alguna vez fue, pero aún existía la posibilidad de que pudiera mejorar lo suficiente como para dejar que la música fuera su vehículo. Con ese pensamiento surgió una nueva dimensión de miedo. No estaba seguro de que con todo el trabajo del mundo pudiera llegar a ser tan bueno, pero no tenía excusa para no intentarlo.

Hicieron el amor la mayor parte de la noche, pero cuando llegó la luz azul de la mañana, los demás se marcharon, dejando a Bird y Madrone solos. Ella se aferró a él, sin intención de excitarlo, sino sólo para mirarlo a los ojos, sentir la curva precisa de sus mejillas sobre sus huesos y los suaves rizos nervudos de su barba recién crecida, y luego él estaba duro contra ella y ella lo atrajo hacia sí, deseando sólo permanecer quieta y estar llena de él y recordarlo, pero había tanto amor en sus ojos que ella se estremeció bajo él, absorbiéndolo.

“¿Qué vas a hacer cuando me haya ido?” preguntó cuando terminaron.

“Seré un buen chico”, dijo Bird. “Voy a dejar que Sam me destroce y me recomponga. Tocaré mis escalas. Le diré mentiras alegres a Maya”.

“Es posible que nunca nos volvamos a ver. Puede que nunca volvamos a estar el uno en el otro de esta manera”, susurró Madrone.

“Nos veremos, vivos o muertos. Si muero primero, te perseguiré”.

“No es lo mismo”, dijo Madrone.

“Te doy seis meses”, dijo Bird. “Después de eso, no me importa si estoy en seis piezas diferentes y todo el ejército de Stewards está acampado en nuestro invernadero. Bajaré a buscarte aunque tenga que gatear”.

Salió por la mañana, en la parte trasera de una carreta, de regreso al sur desde el mercado semanal. Maya se había despedido en la casa, demasiado alterada para hablar mucho. Tomó la cabeza de Madrone entre sus manos, la miró larga y profundamente a los ojos, los memorizó y luego la soltó. Bird, Sage, Nita y Holybear caminaron con ella hasta el mercado y observaron cómo la carreta avanzaba pesadamente por la vieja autopista, hasta que desapareció en la distancia. Luego acompañaron a Bird al hospital.

“Está bien, Sam”, dijo. “Haz tu trabajo sucio. Soy tuyo ahora.”

Capítulo XIII

Madrone puso otro palo en el fuego y observó cómo la cálida luz del atardecer teñía las olas del océano de dorado y violeta. Si su cuenta era correcta, era la noche del solsticio de invierno. Llevaba dos semanas viajando, descendiendo lentamente a través de las montañas costeras, a través de cañones repletos de secuoyas y madroños descascarados, con su corteza exterior gris retirada para revelar los rojos, bronce y púrpuras de la corteza interior parecida al papel y, debajo, piel suave de color verde dorado. Eran sus talismanes; ella también se estaba desnudando y pelando. Hacía mucho tiempo que no pasaba días en silencio. Había pasado tanto tiempo desde que no tenía a nadie ante quien responder, nadie de quien ser responsable excepto ella misma.

Ahora esperaba en un lugar que Bird había descrito, la franja de arena con el muelle podrido en el extremo sur de las montañas, donde el terreno se nivelaba formando dunas onduladas. Podrían pasar días, había dicho, tal vez más, antes de que la Red enviara un barco para recorrer el lugar de recogida. Comercaban, le habían dicho, con algunos de los grupos del interior de aquí, pero las recogidas llegaban de forma irregular. Ciertamente no había visto a nadie más allí. Si bien había conservado su comida, recolectando nueces del bosque y viviendo de la tierra tanto como fuera posible, no podría esperar por siempre. Tuvo una repentina imagen de sí misma, vieja como Maya, todavía esperando, sin saber nunca cuándo rendirse y regresar a casa.

De repente deseó, más que nada, estar en casa. En la ciudad ahora las góndolas se llenarían de gente riendo y cantando, camino a las playas, donde se sumergirían en las frías aguas del invierno para limpiarse de las culpas del año, ignorando por esta noche la amenaza de toxinas. Los diques marinos se encenderían con fuegos y, al caer la noche, las góndolas cobrarían vida con las llamas de las velas, llevando el fuego de Navidad de regreso a los hogares. Luego habría comida: cerdo salvaje asado traído a la ciudad por el Pueblo del Jabalí, exiliados desterrados por comportamiento antisocial a quienes se les permitía regresar en esta época del año para vender sus productos en el mercado. Para los vegetarianos, los platos estarían repletos de tofu y batatas y los tazones rebosarían de chile rojo.

En la Casa del Dragón Negro, los *altares* de los muertos habían sido derribados antes de que Madrone se fuera. El *altar* familiar se reorganizó para incluir un belén, en el que una estatua de la Venus de Willendorf, amplia y fértil, se alzaba junto a una bola dorada que representaba el sol, renacido en el solsticio del vientre de la Madre Noche. Madrone había ayudado a Sage a coleccionar figuritas y pequeños animales de peluche para presenciar la escena central: dinosaurios de plástico, perros de madera tallada tocando instrumentos, pequeños ángeles pintados de Alemania, un Godzilla de cuerda devorando a Dorothy de *El Mago de Oz*; un conjunto de serpientes hechas de *arcilla* hace mucho tiempo por un niño.

Esta noche en casa estaban todos juntos, velando toda la noche, horneando el pan del Solsticio que llenaba la casa con su fragancia, cantando, tocando tambores y contando historias. Al amanecer subían a las colinas, hacían sonar campanas y tambores, para cantar y bailar mientras salía el sol. No estaban solos.

Quizás debería haber esperado hasta después de las vacaciones. Pero una vez que tomó una decisión, la demora se volvió insoportable. No, no podría haber pasado por las celebraciones sabiendo desde el principio que cada cosa que hiciera podría ser la última vez.

Ella se estremeció. El fuego estaba funcionando bien, colocó un tronco gordo encima y esperó a que se prendiera.

El sol casi se había puesto. En realidad, debería haber aquí una batería de tambores rituales para aumentar el poder. Sola en el silencio, con sólo el poder que podía generar con un acto de voluntad, se desnudó rápidamente y caminó hacia las olas. El agua fría le quemaba las piernas y los muslos. Se metió con cautela hasta el pecho y, preparándose para resistir la fuerza de la marea, se mojó la cara, la coronilla y la nuca. Déjalo ir, la enfermedad, la desesperación, el dolor y la pérdida, la ira, la humillación y todo el dolor del año. Lávalo, tómallo con el giro de la marea, el giro de la rueda.

La luz jugaba a su alrededor, plateada, dorada y violeta. Cantó el antiguo canto yoruba a Yemayá, la Diosa del Mar:

*Yemayá Asesu, Asesu Yemayá,
Yemayá olodo, olodo Yemayá....*

Pasaron tres días más antes de que llegara el barco. Apareció en el horizonte; sus velas remendadas parecían una colección de harapos sobre palos. Molinetes y paneles solares colgaban en ángulos extraños, pero se movía a un ritmo rápido a través del agua, descendiendo en picado hacia la bahía y deteniéndose junto al muelle. La esbelta embarcación medía unos diez metros de largo y arrastraba un pequeño bote que una figura oscura arrastró a un lado. Con un elegante salto, el marinero saltó y comenzó a remar hacia la orilla.

Madrone se puso de pie y agitó los brazos formando un amplio círculo por encima de su cabeza. Sintió una oleada de anticipación, mezclada con miedo. Por fin, este trabajo realmente estaba comenzando; después de los siguientes momentos no habría marcha atrás, no habría una última oportunidad para cambiar de opinión e irse a casa.

El casco chirrió contra la arena. Madrone corrió a agarrar la boza y levantarla. Antes de que pudiera tocar la cuerda, un rifle láser la miró a los ojos.

“Te mueves y te frito los ojos como huevos en una plancha”.

La voz era profunda y resonante, pero claramente la de una mujer. Madrone dio un paso atrás. Estaba sorprendida pero no realmente asustada; le parecía demasiado extraño, irreal, enfrentarse a un arma real en manos hostiles. Ella reprimió el impulso de reír.

“Ahora, ¿quién Jesús eres tú?” preguntó la mujer. Su piel brillaba oscura como las olas de la noche, su cabello estaba trenzado cerca de su cabeza y adornado con cuentas de oro, sus ojos estaban ocultos detrás de gafas oscuras. Pantalones azules y una camisa de algún material suave abrazaban los contornos de su cuerpo. Cada ligero movimiento hacía que los músculos se agitaran debajo de la tela.

“Mi nombre es Madrone. Soy una sanadora del Norte. Bird me envió”.

La mujer la miró durante un largo rato, sin bajar el arma.

“Si eso es cierto”, dijo finalmente, “entonces puedes decirme mi nombre”.

Gracias a la Diosa, Bird la había preparado bien.

“Isis”, dijo Madrone.

“Trázame hacia adentro”, dijo Isis, recostándose mientras Madrone agarraba la cuerda y comenzaba a tirar de la pesada carga. Pero en un instante la mujer saltó y arrastró el bote hasta la playa como si no tuviera peso.

Debe ser increíblemente fuerte, pensó Madrone, mientras la mujer extendía la mano a modo de saludo. Madrone lo apretó. Sintió una repentina oleada de cruda atracción, como una carga eléctrica, excitante y desconcertante.

¿Cómo actúo? se preguntó de repente. ¿Qué reglas se aplican aquí? Todos los que conocía en su vida cotidiana formaban parte de un contexto demasiado familiar, de una historia. Ya la conocían, o al menos su reputación. Conocían a su familia, su consejo, sus pacientes y su historia. Ella era responsable ante todos ellos. Aquí ella podría ser cualquiera, hacer cualquier cosa. No había expectativas; no había nadie

a quien decepcionar. Por un momento, saboreó las posibilidades.

“¿Estás sola aquí?”

Madrone asintió.

“¿No ha pasado ningún comerciante?”

“No en los últimos días”.

“Bueno, está bien entonces. Lo intentaré de nuevo la semana que viene. Subir a bordo”.

Isis las llevó remando hasta el barco. Madrone subió la escalera de cuerda y saltó por encima de la barandilla.

“¿Navegas?” –Preguntó Isis.

“Crecí navegando por la bahía”.

“¿Sabes a qué me refiero si digo 'Aliviar la driza del foque'?”

“Sí”.

“¿'Abrochar la sábana'?”

“Tendrás que mostrarme cómo está aparejado, pero realmente sé navegar”.

“Está bien, entonces, marinero, zarpeamos”.

Al caer la noche, ya estaban mar adentro. Isis preparó té de salvia en una pequeña estufa en su cabina compacta pero completa. Una cama se encontraba debajo del arco curvo y bancos acolchados a lo largo de las paredes parecían plegarse para formar otras camas. Una mesa abatible y un fregadero y una nevera completaban la cocina. Cenaron lo que quedaba del arroz de Madrone y la lubina recién pescada de Isis, que Madrone comió con cierta inquietud. Sabía delicioso, pero no pudo evitar pensar en las repetidas advertencias de Nita sobre las toxinas en los peces del océano. Cuando terminaron, Isis recogió con cuidado los platos, los lavó y los colocó en estantes detrás de los rieles. Sacó una botella de vino.

“¿Te gusta el vino?”, preguntó. “Este es un Cabernet excelente. Yo mismo lo saqué del almacén del mayordomo jefe de Long Beach.

“No tenemos mucho vino en la ciudad”, dijo Madrone. “Todavía estamos rehabilitando la mayor parte de la antigua tierra de viñedos (que quedó muy contaminada por los

pesticidas), pero siempre lo disfruté cuando pude conseguirlo”.

“Este te gustará”, le aseguró Isis, llenando dos vasos de rubí.

Se sentaron una frente a la otra, un poco incómodas. Había mil cosas que Madrone quería preguntar, pero no sabía cómo empezar.

“Entonces eres una sanadora”, dijo Isis. “¿Qué significa eso? ¿Qué haces exactamente?”

“Muchas cosas”, dijo Madrone. “Doy a luz a bebés y enseño a las mujeres cómo mantenerse saludables y comer bien durante el embarazo. Trato las enfermedades, ya sea con medicinas, si las tenemos, o con hierbas, o con *ch'i*, con energía”.

“¿Y la gente tiene que pagarte por tu ayuda?”

Madrone negó con la cabeza. “No. En el Norte nadie paga por la atención médica. Es gratis para todos. La ciudad me paga un estipendio, como les ocurre a la mayoría de los sanadores. Algunos de nosotros trabajamos por horas trabajadas, pero, francamente, si cobrara por mis horas, la ciudad no podría permitírselo”. Era la broma habitual en el Consejo, pero Isis parecía en blanco. “Quiero decir, llevar la cuenta de las horas es demasiado problema”.

“¿Qué pasa con las drogas?” –Preguntó Isis. “¿Quién paga los refuerzos?”

“¿Refuerzos inmunológicos? No tenemos. Los mayordomos se llevaron todo eso cuando nos rebelamos. Hemos tenido que desarrollar alternativas”.

“¿Y funcionan? ¿Realmente te las arreglas sin las drogas de los Stewards?”

“Sí y no”, dijo Madrone. “Hemos tenido malas epidemias. Superamos cada una, pero seguimos perdiendo gente. Me gustaría examinar algunos refuerzos y descubrir cómo funcionan. Si pudiéramos idear algo similar, podría salvar muchas vidas”.

“Puedo conseguirte un poco”, dijo Isis.

“¿De verdad?”

“Ningún problema. Cariño, soy una pirata activa. Si quieres algo, te lo puedo conseguir”.

“¿Cómo te convertiste en pirata?” –Preguntó Madrone.

“Yo era una corredora. Criada, seleccionada y entrenada para ello. Así que en la primera oportunidad que tuve, salí corriendo. Ella rió. “Robé el barco de mi dulce. Cayó por la borda”. Ella le guiñó un ojo.

No oí eso, pensó Madrone, o no quiso decir lo que parecía querer decir con eso. “¿Qué es un corredor?”

“Un corredor. ¿Ves?” Isis extendió la pierna y se subió los pantalones sueltos hasta la parte superior del muslo. La pierna era como una escultura, con cada músculo delineado, duro y perfectamente formado. Madrone sintió una repentina necesidad de pasar los dedos por el terciopelo oscuro de la piel de Isis y sentir la fuerza del acero ondear bajo sus manos. “Yo fui el orgullo del Valle, una vez”.

La pirata giró en su silla, apoyando sus piernas contra la pared opuesta para que sus pantalones se deslizaran hacia abajo y las dejaran expuestas a la vista.

“¿Más vino?”

Madrone sintió un ligero brillo, pero asintió. El vino tenía un sabor astringente en la lengua, pero rico en el fondo de la garganta.

“¿Qué tal sanadora eres?” –Preguntó Isis.

“¿Qué quieres decir?”

“¿Puedes liberarme de las drogas?”

“¿Qué drogas? No entiendo”

“Aquellos de nosotros que somos criados para corredores, somos estimulados con ciertas hormonas y esteroides. Así es como desarrollamos fuerza y velocidad. Pero tienes que seguir con ellos, de lo contrario te desmoronas. Por eso la mayoría de nosotros tenemos miedo de escaparnos”.

“Pero lo hiciste”.

“Lo hice. Pero paso la mitad de mi maldita vida asaltando farmacias. No estoy libre”.

Algo más se burlaba de Madrone.

“Sigues diciendo 'criados para esto'. ¿Qué quieres decir?”

“Quiero decir, criados. Ya sabes, diseñados. Le dan un contrato a nuestras mamás. Todas las Mayordomías tienen sus propios equipos de corredores, sus propias granjas de entrenamiento y contratos de cría. Es una industria. También lo es el juego”.

“¿Quieres decir que crían personas como tú podrías criar animales? ¿Para obtener ciertos rasgos?”

“No somos exactamente personas para ellos”.

“Eso es horrible”.

“No es la peor manera de vivir”, dijo Isis, admirando sus propias piernas mientras cruzaba la izquierda sobre la

derecha. “Te tratan bien. Comida de la mejor calidad y nunca te falta agua. Por supuesto que entrenas duro, pero eso no me importó. Y me encantaban las carreras. Simplemente estaba prestando servicios a los grandes apostadores”.

Madrone se sentía estúpida al tener que pedir constantemente que le explicaran cosas que Isis suponía que se entendían.

“¿Te refieres a...?”

“Me refiero a follar. Chupar. Y, por supuesto, cuanto mayor te haces, menos corres y más follas. Hasta que eres demasiado vieja incluso para eso. Podría ver la tendencia, si me sigues. Así que me separé”.

“Pensé que la fornicación era el mayor pecado milenarista”, dijo Madrone.

“Oh, lo es. Se quejan todo el tiempo de la inmoralidad en las Mayordomías, pero ¿qué tan inmoral puede ser si hay dinero en ello? Y técnicamente no es fornicación si una de las partes no tiene alma inmortal”. “¿Qué?”

“La fornicación es lo que se hace con otra persona. No somos personas. Nuestras mamás hicieron algo para perder sus almas inmortales, como ser violadas, tal vez, o vender sus cuerpos para poner algo de comida en la mesa. Y nuestros santos genes sagrados han sido manipulados. Eso nos convierte en una especie de animal superior”.

“Eso es una locura”.

“Nadie jamás calificó a los milenaristas con una alta cordura”.

“Para nosotros”, dijo Madrone, “todo tiene alma. O al menos un espíritu. Conciencia. Animales, plantas. Aire, fuego, agua y tierra. Como dice la *Declaración de las Cuatro Cosas Sagradas*, 'Somos parte de la vida terrestre, y por eso somos sagrados. Ninguno de nosotros está por encima o por debajo de los demás. “

“Pero tú crías animales, ¿no?” dijo Isis. “¿Te los comes?”

“Ese es uno de los debates más antiguos que tenemos en la Ciudad, en toda la cuenca, en verdad. Se trata una y otra vez en el Consejo. Mucha gente piensa que todos deberíamos ser vegetarianos estrictos, no comer ningún animal, no comer huevos ni queso ni beber leche, porque realmente no se pueden criar animales para producción lechera sin matar a los machos. Pero muchos de nosotros creemos que no podemos prescindir de los animales, no sólo por su carne sino por el papel que desempeñan en todo el sistema. Necesitamos sus desechos como fertilizante; Usamos cada parte de los que matamos”.

“Entonces, ¿cómo decidís?”

“En este punto, cada hogar y cada granja deciden por sí mismos. Todos creemos que hay que tratar bien a los

animales cuando están vivos y matarlos con el menor sufrimiento posible, con rituales para honrar sus espíritus. No sé. En mi casa criamos gallinas para poner huevos y nos comemos las gallinas cuando envejecen. Criamos peces en tanques para obtener alimento y los nutrientes de sus desechos, y el calor que queda atrapado en el agua mantiene calientes nuestros invernaderos. Hemos tenido cabras y en nuestras tierras de campo crían una o dos vacas”.

“¿Y qué crees tú personalmente?”

“Que hay una diferencia cualitativa entre tu mente y la de un pollo”.

“Tal vez. Pero ellos cada año crían corredores más estúpidos. Y hay nuevos medicamentos para eso. Realmente, en lo que a ellos respecta, la inteligencia sólo se interpone en el camino. Hay demasiados como yo, que no pueden soportarlo”.

“Bueno, ahí lo tienes”, dijo Madrone. “Aún tengo que conocer a un pollo revolucionario”.

“Como lo que podemos conseguir”, dijo Isis. “A menudo no tenemos muchas opciones, si me sigues. Pero cuando tengo la opción, nunca como nada criado o alimentado en cautiverio”.

“Si alguna vez vienes al norte”, dijo Madrone, “tendrás compañía”.

Hubo una larga pausa. Los ojos de Isis parecieron clavarse en los de Madrone, y ella no podía mirarlos cómodamente ni apartar la mirada.

“Entonces, si realmente eres una sanadora”, dijo Isis lentamente, “libérame de las drogas”.

“No sé si podré”, dijo Madrone.

“Intentar”.

“Por supuesto que lo intentaré. Eso es para lo que estoy aquí”.

“Probar ahora”.

Había algo inquietante en los ojos de Isis, una dureza. Si fracaso, se preguntó Madrone, ¿qué pasa? ¿Es esto una prueba? Al mismo tiempo, tuvo que apretar los puños en su regazo para evitar que sus manos se dirigieran hacia el muslo de Isis.

“Acuéstate por un minuto”, dijo Madrone, aunque no pudo evitar sentir que la sugerencia era... bueno, sugerente.

Isis sonrió. “¿Quieres que me quite la ropa?”

“Uh, eso ayudaría”, admitió Madrone.

Estirándose y todavía sonriendo, Isis se bajó los pantalones y se quitó la camisa, revelando posibilidades de la forma

humana que Madrone nunca había imaginado. Se acercó a la cama y se acostó boca arriba, con una gracia lánguida que a Madrone le pareció una invitación.

“Relájate. Respira profundo”. Madrone se sentó junto a Isis y puso una mano en su muslo, sintiendo el músculo firme debajo y el deseo como una piel eléctrica. Y algo más, una sensación de un cuerpo como una mascota fantástica que hay que cuidar, cuidar y arreglar. Gran poder y gran dolor.

“Más adentro. Respira un poco más profundo. Y relájate”. Madrone dejó que sus propios sentidos se hundieran más profundamente, hasta donde pudo sentir el equilibrio, la química, las hormonas que fluían de las glándulas y nadaban en la sangre. Sintió cosas extrañas, tal vez las drogas, asociaciones que nunca antes había encontrado, como si partes de la bioquímica de la mujer se calentaran, moviéndose a un ritmo más rápido que el resto y, tal vez, envejeciendo con la misma rapidez. Ardiendo, quemándose, incendiando.

Las manos de Madrone viajaron hasta la garganta de la pirata y el centro de su frente. Llegó una imagen, un río en un cauce artificial, tan ancho y profundo que sin la fuerza impetuosa de las aguas el lecho se derrumbaría. ¿Podría cambiar el lecho del río? No, pero se podría mantener un ajuste de las glándulas, la pituitaria, los ovarios y, sí, el flujo sin los medicamentos, tal vez no al mismo nivel, pero sí lo

suficiente para evitar el colapso del sistema. Probablemente.

“Puedo hacer algo por ti”, dijo Madrone. “No es un cambio completo: tendrás un poco menos de fuerza y algo menos de energía. Y no alargará tu vida. Pero no dependerás de drogas externas, aunque hay hierbas que recomendaría. Y podría ser peligroso. Podría estar equivocada acerca de lo que sucederá; existe la posibilidad de que esto provoque un colapso sistémico. No es probable, pero es posible”.

“Diablos, asaltar farmacias es peligroso”, dijo Isis, “y es poco probable que prolonguen mi vida. Hazlo marinera”.

Había pasado mucho tiempo desde que había trabajado, se dio cuenta Madrone, mientras pasaba de sentir a enviar poder. Como verter un río a través de un río, luz a través de la luz. Ella vio los cambios como cambios sutiles de color y patrones. Sus manos bailaron a través del *ch'i* de la otra mujer. Está hecho. Es suficiente.

“Te revisaré mañana otra vez”, dijo Madrone, repentinamente exhausta. Recostándose sobre las almohadas, cerró los ojos. ¿Quedaría algo de comida?, se preguntó. Necesitaba que la alimentaran, la restauraran.

De repente sintió unas manos recorriendo su cuerpo, subiendo desde su cintura hasta sus pechos. Dejaron un

rastro de intenso deseo al que debería resistirme, pensó. No conozco a esta mujer.

“Ahora déjame hacer algo por ti”, susurró Isis.

Madrone se puso rígida. “No es necesario. No hay una tarifa por el servicio”.

“Yo quiero”.

¿Alguna vez he hecho el amor con alguien extraño? Pensó Madrone. Todos sus amantes eran viejos amigos, los niños con los que había crecido, los compañeros de trabajo que había llegado a conocer con el tiempo. La idea la asustó y, al mismo tiempo, la excitó con este regalo inesperado de libertad, de liberación de expectativas. No, ella no conocía a esta mujer, que era más extraña que cualquiera que hubiera conocido antes. E Isis no la conocía, no podía anticipar nada de lo que podría sentir. Podrían hacer o ser cualquier cosa juntas.

“¿No quieres?” –Preguntó Isis. Y sólo por un momento Madrone pudo sentir la vulnerabilidad de la otra mujer. Podría hacerle daño, pensó Madrone, y comprenderlo la hizo sentir tierna.

“Quiero hacerlo”, dijo Madrone. Dejó que sus propias manos se deslizaran por el cuerpo de Isis, que ya conocía tan íntimamente, hasta su estructura celular. Isis le quitó la camisa a Madrone y deslizó las manos por sus pantalones.

Madrone sintió el duro vientre de Isis, sus muslos surcados, dejando que sus manos, su lengua y el calor de su propia carne despertaran el fuego de la forma esculpida. Debajo del cuerpo yacía la mente, el corazón, y ella lo buscó, hasta que lo encontró, con un orgullo feroz y una rabia que igualaban los suyos. Como dos flujos de lava, convergieron, entraron en erupción y encendieron todo lo que tocaron.

Cuando terminaron y ella se recostó sobre las almohadas, Madrone casi esperaba que la ropa de cama estuviera ardiendo.

Navegaron costa abajo, pasaron por las playas vacías y las colinas apenas sonrojadas de un verde plateado por las primeras lluvias invernales. Avanzaban lentamente, de noche, moviéndose sólo en las horas de oscuridad hasta que el cansancio las reclamaba, anclando en calas escondidas durante el día. Cada tarde, Madrone era despertada por las manos expertas de Isis sobre su cuerpo, excitando, acariciando, deteniéndose en sus puntos más sensibles. El sexo con Isis era puro arte; no había nada en ello de la dulce alegría que tenía con Nita o de la profundidad que había compartido con Bird o simplemente de la simple felicidad cotidiana de asociación que había sentido con Sandy. Isis hacía el amor como si navegara en su barco, con gran concentración y conciencia de cada corriente y cambio de viento. Sus dedos maniobraron a Madrone a través de

mareas de placer que subían y bajaban como las grandes olas del océano. Una y otra vez llevó a Madrone al lugar flotante e ingravido justo antes de la cima; luego le gustaba relajarse, aumentando la tensión y el placer hasta que, con sólo un ligero cambio en el ritmo o la presión, hacía que Madrone cayera por el borde y corriera y corriera y corriera. Rara vez Isis permitiría a Madrone corresponder. Se sentía cómoda dando placer, pero incómoda recibéndolo.

Esquivaron balizas y reflectores, manteniéndose alejados del creciente tráfico de embarcaciones a medida que se acercaban a Morro Bay. En la orilla podían distinguir barracones grises, caminos y maquinaria. Esa noche pasaron por las fantasmales y desgastadas cúpulas de un reactor nuclear inactivo y navegaron hacia el refugio de Avalon Bay.

Bird la había preparado para los Monstruos, por lo que a Madrone no le sorprendió la aparición de las personas que salieron a recibirlos. Todo el mundo parecía conocer a Isis y, mientras los hombres mantenían una distancia respetuosa, un círculo de mujeres y jóvenes se agolpaba a su alrededor, charlando animadamente. Una mujer mayor, que se comportaba con aire de autoridad y confianza, se acercó a Madrone. Los ojos de la mujer estaban claros y firmes sobre el corte que iba desde sus fosas nasales hasta su barbilla. Madrone reconoció un paladar muy hendido. Sintió que la rabia se agitaba en el fondo de su vientre, porque esto

podría haberse corregido cuando la mujer era pequeña. Y muchas cosas podrían haberse corregido y no lo fueron.

“Soy Rhea”, dijo la mujer, con una voz resonante aunque algo confusa.

“Bird me habló de ti”, dijo Madrone. “Él me envió aquí. Soy Madrone. Soy una sanadora”.

“Bienvenida”.

Le dieron alojamiento en la casa de Rhea: una estera en el suelo, baja pero cómoda, tal vez la misma sobre la que había dormido el propio Bird. Madrone se sintió cerca de él de repente, mientras seguía su ruta en reversa. ¿Dónde estaba ahora? ¿Se había curado ya de los cuidados de Sam? ¿Caminaba mejor y con menos dolor? Si pudiera cerrar los ojos y acercarse a él... pero Rhea la estaba llamando a cenar.

Una mesa estaba llena de ollas de sopa y verduras y platos de pescado frito, y la gente se servía ella misma, al estilo buffet. Isis se acercó y le entregó a Madrone un plato lleno.

“Come abundantemente”, dijo. “Esta es la última comida decente fuera de los almacenes de los Mayordomos que probablemente veremos”.

Había una multitud amistosa reunida en la sala del frente de Rhea y saliendo al porche que daba a la bahía. Algunos se identificaban como Monstruos para Madrone, pero muchos

parecían ser jóvenes perfectamente bien formados, a menudo vestidos con harapos de uniforme.

“Últimamente nos hemos visto inundados de desertores”, dijo Rhea, de pie junto a Madrone. “Nadie quiere librar esta nueva guerra para la que se están preparando”.

“¿Guerra en el Norte?”, preguntó Madrone en voz baja.

“Ese parece ser el plan. Pero tenemos muchas enfermedades entre los chicos. Parece que una vez que dejan de recibir refuerzos durante una semana o dos, empiezan a toser y vomitar, y todo lo que entra por un extremo sale por el otro”.

“Tal vez pueda ayudar”.

“Eso espero”.

“Por eso estoy aquí”, dijo Madrone. “Para ayudar en todo lo que pueda”.

“¿Qué pasa con nosotros?” Dijo Rhea, tocando el codo de Madrone y mirándola a los ojos. “¿Puedes ayudarnos?”

Le costó preguntar eso, pensó Madrone. Es una mujer de gran orgullo. Ella respondió, hablando en voz baja y gentil.

“Lo siento, Rea. Puedo mantenerte con vida, pero no puedo hacer que te vuelvan a crecer los miembros perdidos

ni cambiar tu rostro. Soy una sanadora, no un hacedor de milagros”.

“Tu amigo hizo algunos, por lo que he oído”.

“¿Pájaro?” Madrone sonrió y le dio unas palmaditas en la mano a Rhea. “Ah, pero verás, él es un hacedor de milagros pero no un sanador”.

“¿Qué quieres decir?”

“Quiero decir que a veces, en una situación de vida o muerte, nos llegan regalos que están más allá de lo que normalmente podemos manejar. Los milagros ocurren. Pero ser un sanador es tratar de aprender a hacer que los milagros menores sucedan de manera regular y predecible”.

“Si pueden hacer algo parecido a lo que hizo Bird, y hacerlo con regularidad, estaremos listos”, dijo un joven que se acercó a ellos. Era de complexión delgada, poco más que un niño, con el pelo oscuro echado hacia atrás desde la frente mientras miraba a Madrone con brillantes ojos azules. “Así que eres tú a quien envió Bird. Entonces supongo que encontró a su gente”.

“Sí, lo hizo”. Madrone sonrió. “Quería volver aquí él mismo, pero sus piernas estaban en muy mal estado”.

“Lo sé. Estuve con él en el Pozo. Mi nombre es Littlejohn. Extendió la mano y Madrone la tomó.

“Ha hablado de ti”.

“Apuesto a que sí”.

“Dijo que si te conocía te diera su amor”.

“¿Dijo eso?, ¿De verdad?”

“Sí, eso fue lo que dijo”.

Littlejohn se quedó de pie, pensativo pero inexpresivo. Sin embargo, de alguna manera Madrone sintió que serían amigos. Estaban conectados a través de Bird, quien había logrado regresar de este lugar a su casa, a pesar de todo. Ese fue un milagro. Seguramente otros seguirían sus pasos.

La habitación estaba llena de jóvenes enfermos que se revolcaban en improvisados palés de mantas viejas y respiraban con dificultad y silbidos a través de unos pulmones llenos de líquido. Madrone escogió uno al azar y le puso la mano en la frente. Estaba sonrojado, afiebrado, murmurando para sí mismo en sueños. *Diosa*, eran tantos, ¿cómo podría curarlos a todos? Y realmente el lugar necesitaba una limpieza a fondo; ella misma estaba empezando a toser a causa del polvo. Hablaría del asunto con Rhea. Necesitaban más organización, más cuidados de enfermería básicos. Pero ahora necesitaba concentración.

Ralentizando su propia respiración, *buscó* el aura de su paciente. Bueno, había mucho que ver aquí y no fue difícil encontrar las causas de su condición. Se movía entre nubes de pelusa de diente de león, teniendo cuidado de no respirarla. Pero esto no era nada inusual, sólo la firma de un rinovirus común en los mundos *ch'i*. Fétidos pantanos de bacterias se acumulaban en las húmedas grietas de sus pulmones. ¿Podría ser eso realmente todo? ¿Un resfriado común se convirtió en neumonía?

Cambió su percepción, buscando el brillo rojo del torrente sanguíneo. Allí estaba. Se sumergió, permitió que su conciencia nadara por las arterias, saboreara el hierro y el óxido de la hemoglobina. ¿Pero dónde estaban los glóbulos blancos? *Diosa*, esto sería mucho más fácil con un laboratorio y un microscopio. Odiaba tener que depender completamente de su propia visión psíquica. Aun así, vine por eso, se dijo, y siguió adelante, buscando ahora el sistema linfático. Luego deambulaba por el lecho de un río seco, lleno de piedras. Clavó las manos en la tierra blanda del fondo. Sí, todavía había algo de humedad en lo profundo de la superficie, pero no podía decir si alguna vez volvería a subir.

“Hay buenas y malas noticias”, dijo Madrone a Isis y Rhea durante la cena. Rhea había preparado una olla de frijoles y Madrone mojó trozos de pan en el caldo y comió con avidez.

Se sentía agotada, pero al mismo tiempo feliz. La curación era agotadora y exigente, pero ella nació para eso y estaba contenta de volver a trabajar. “No parece que nos enfrentemos a nada demasiado extraño o desagradable, y eso es bueno. Principalmente resfriados comunes, gripe, algunos parásitos intestinales. Pero el problema es que todos estos tipos tienen sistemas inmunológicos que básicamente no funcionan. No sé exactamente cómo funcionan los potenciadores, pero parece que crean una dependencia. Una vez que se retiran, el sistema pierde la capacidad de estimularse a sí mismo. Quizás con el tiempo vuelva. Quizás no sea así”.

“¿Qué podemos hacer?” Preguntó Rea.

“¿Robarnos un montón de antivirales?” Madrone le dijo a Isis.

Isis negó con la cabeza. “Aquí no los abastecen. Sólo a impulsos, con altibajos. Tal vez los montañeses del sur puedan conseguirlo, pero el problema del transporte de grandes cantidades... lo verás con tus propios ojos cuando bajes allí”.

Madrone se movió inquieta. Todos parecían esperar que cuando ella hubiera controlado la situación aquí, pasaría a unirse a los grupos en las montañas del sur. ¿Debería? Se preguntó ella. Aquí hay relativa seguridad, ¿pero, más allá?

No quiero ir, pero claro, no quería venir aquí y me necesitan desesperadamente. ¿Tengo derecho a alejarme de la lucha?

Pero esa no era la cuestión que nos ocupaba. Ahora mismo tenía que lidiar con la situación aquí. “Mira, esto es lo que me gustaría probar”, dijo. “En primer lugar, quiero aislar a los nuevos desertores que no se hayan enfermado todavía durante una semana o dos. Mantenerlos alejados de las multitudes, de las habitaciones de los enfermos. Te mostraré cómo hacer máscaras que puedan protegerlos de las bacterias. Y hay algunas cuestiones de higiene básica que podemos abordar. Entonces tal vez pueda observar sus sistemas inmunológicos, ver si hay una manera de reactivarlos nuevamente o si pueden revivir naturalmente, con el tiempo.

“A continuación quiero ver tus jardines de hierbas y dar un paseo por el bosque. Cuanto más podamos hacer con las hierbas, más energía podremos ahorrar, lo cual tiene sus límites. Puedo curar a algunos de estos tipos, pero no puedo curar a treinta hombres desesperadamente enfermos mañana y luego curarlos de nuevo al día siguiente, y al siguiente. E Isis, si puedes conseguirme algunos refuerzos... no sé cómo los analizaré sin ningún equipo, pero se me ocurrirá algo”.

Si se les daba dirección, los Monstruos eran buenos trabajadores, señaló Madrone. En una semana, habían limpiado minuciosamente la habitación de los enfermos, cosechado y secado las hierbas que señaló Madrone, y preparado y servido tinajas de té. Les enseñó a aplicar compresas para la fiebre y les dio semillas de equinácea para que las plantaran en el futuro. El último grupo de desertores, enmascarados, enguantados y alojados aparte, se mantuvo relativamente sano. Pasaron los días. La luna nueva dio paso a la luna llena. En el norte, las calles del Viejo Chinatown se llenarían de gente que llevaba a casa ramas de cerezo en flor, y en la noche iluminada por la luna, el dragón de seda y brocado serpenteaba por las calles en una gran procesión de tambores y bailarines. ¿Qué año era éste en la astrología china, el año de la Rata, del Caballo o de la Serpiente? Ella debería saberlo; ella había perdido la cuenta. Pero ese era otro mundo, *otro mundo*. En este mundo algunos de los enfermos progresaron. Algunos murieron.

Madrone salió al bosque, donde el sol de la mañana brillaba sobre un enorme roble. Debajo, la hierba tenía un verde intenso debido a las lluvias invernales, y extendió una manta y se acostó donde las hojas dejaban que la luz del sol moteada la calentara en parches. El calor ayudaría. En su mano sostenía una pastilla azul, uno de los refuerzos que Isis le había conseguido. Estaba debatiendo qué hacer con él.

Sé lo que tengo que hacer, se dijo, pero dudó. Sin laboratorio, sin equipo, no tenía forma de analizar la pastilla. Podía intentar leer su *chi*, adivinar su estructura molecular, pero ninguna visión psíquica era tan aguda.

Pero si lo tomara ella misma, podría observar sus efectos en su propio cuerpo y observar cómo su propio sistema inmunológico respondía al medicamento.

Has pasado por este camino antes, niña, se dijo a sí misma. ¿Cuántas conferencias recibió sobre el tema de que un sanador nunca debe experimentar en su propio cuerpo? ¿Pero qué más puedo hacer?

Ya no soy tan arrogante como antes. No creo que pueda superar necesariamente todos los ataques y mi propio sistema inmunológico actualmente funciona bien, gracias. Si no está roto, no lo metas, como diría Johanna. Sin embargo, voy a hacer esto, ¿no?

Abrió su botella de agua, derramó unas gotas a modo de ofrenda y la levantó hacia el sol.

“¡Salud!” dijo en voz alta. Dado que el brindis significaba “por tu salud”, parecía apropiado. Se metió la pastilla en la boca, tragó el agua y se tumbó en el suelo a esperar.

Ella se quedó dormida durante aproximadamente media hora. Realmente, estaba agotada, tan cansada que desde que había comenzado su trabajo de curación había

rechazado todas las ofertas de Isis para pasar una noche a bordo del barco. Finalmente, un cambio sutil en la química de su cuerpo la despertó. Llamó a sus espíritus ayudantes, cambió su respiración al patrón que la puso en un trance profundo y comenzó a observar su propio torrente sanguíneo.

Nadaba en suero claro, salado como el océano, y sus propias células parecían peces, peces rojos, vivaces y veloces, y peces blancos de diversas formas y tamaños, algunos grandes y majestuosos, que exudaban colores y sabores que aclaraban las aguas por donde pasaban; algunos activos, de dientes afilados, acercándose para devorar a los intrusos.

El arroyo se sentía saludable, lleno de vida. Pero algo estaba mal, era anormal; no podía identificar muy bien cómo o qué. Se giró para avanzar río arriba contra la presión de su propia sangre, la puerta cerrada de sus propias válvulas. Esto es una tontería, se dijo, estás olvidando lo que sabes sobre magia. Simplemente visualiza dónde quieres estar.

La médula ósea, donde nacen los glóbulos blancos. Ella estaba allí, de repente, en medio de la buena tierra marrón de un jardín, de un vivero. Y las células blancas ya no eran peces, sino una especie de flor que surgía del suelo en largos tallos, se convertía en globos y flotaba. Y ahora sí, había una diferencia aquí, un nuevo sabor, un nuevo aroma, como si alguien hubiera vertido un fertilizante químico en tierra

honestas y las plantas estuvieran echando raíces y floreciendo a un ritmo apresurado.

Esta dosis no me hará daño, pensó Madrone, pero si tomara este medicamento día tras día, año tras año, como cualquier producto químico, acabaría agotando el suelo. Y luego, quitarlo de repente...

Todavía no sé qué es, sólo vagamente qué hace, y eso ya lo había adivinado. Me estoy cansando ahora y no puedo seguir esto sola, sin respaldo. Al menos eso he aprendido.

Respirando lentamente, dejó que la luz del sol que jugaba en su rostro la llamara de nuevo.

“Así que eso es todo”, dijo Madrone. Estaba sentada con Rea e Isis en el porche de la casa de Rea, mirando las olas lamer la cola dorada del atardecer. Littlejohn se había acercado para unirse a ellos e Isis se había alejado deliberadamente de él. Madrone, avergonzada por su grosería, le dedicó una cálida sonrisa. “Todavía no sé exactamente qué son los refuerzos, pero puedo hacer una suposición fundamentada. Sospecho que son citoquinas sintéticas”.

“¿Qué?” –Preguntó Littlejohn.

“Las citocinas son como hormonas del sistema inmunológico. Estimulan la producción de glóbulos blancos”.

“Si tú lo dices, cariño”, dijo Isis. “¿Qué significa todo eso para nosotros?”

“Significa que tienes suerte si estás fuera de ellos, y más suerte aún si nunca estuviste encima de ellos. No puedo creer que sea seguro a largo plazo sobreestimar la médula ósea de esa manera. Creo que verías mucha leucemia después de unos años”.

“Los dejé hace unos años”, dijo Isis. “Fue demasiada molestia, las incursiones para ellos y los esteroides. Así que cargué el barco con comida y agua, navegué hasta una bonita cala apartada que conozco” (le guiñó un ojo a Madrone) “y estuve allí durante un mes. Claro, me enfermé, pero lo superé. Desde entonces, no me arriesgué”.

“Es bueno saberlo”, dijo Madrone. “Esto demuestra que el sistema puede restablecer su propio funcionamiento de forma natural. Si estabas sola en el barco, estuviste aislada del contacto con las peores infecciones durante tu período más vulnerable”.

“¿Entonces, qué hacemos ahora?” Preguntó Rea.

“Seguir haciendo lo que hemos estado haciendo. Desafortunadamente, no puedo simplemente hacer un

ajuste metabólico para estos hombres. Su médula ósea es como un campo cultivado excesivamente; necesita ser desarrollado. Pero las hierbas son muy buenas para eso y puedo enseñarte todos los puntos del cuerpo a estimular. No tenemos agujas de acupuntura, pero el masaje y la presión pueden hacer mucho”.

Isis se acercó a ella y le murmuró al oído. “Tengo algunos puntos que me gustaría que me estimularas. ¿Que tal esta noche?”

Antes de que Madrone pudiera responder, Littlejohn habló.

“Hoy recibí noticias de Hijohn, desde los campamentos encima de Angel City. Quiere saber cuándo crees que podrás bajar en esa dirección. Me ofrecí como voluntario para guiarte cuando vayas”.

“No hasta dentro de unas semanas”, dijo rápidamente Madrone. “Al menos. Quiero monitorear a estos hombres, ver si sus glóbulos blancos actúan”. Y luego quiero volver a casa, pensó, pero ya sospechaba que no lo haría. Sus sueños todavía estaban llenos de caminos secos y polvorientos y de sed.

Ahora ya no quedaba nada del sol, salvo un resplandor rosado en el cielo y algunos toques de color que jugaban en los oscuros canales de las olas. Necesito llevar esta

información a casa, pensó Madrone. ¿Pero justifica mi regreso? En el mejor de los casos, sigue siendo sólo una suposición, no tan diferente de las especulaciones que hacemos mientras comemos panecillos en las reuniones matutinas. Todavía no he aprendido qué causa nuestras epidemias ni he examinado ninguno de los antídotos. Todavía no he hecho mucho para ayudar a la Red a desviar un número significativo de soldados de la invasión. Quizás debería ir más al sur.

“Le enviaré ese mensaje. ¿Puedo decirle que vendrás en tres o cuatro semanas?”

“Déjame dormir sobre eso”.

Littlejohn se fue y Rhea entró en la casa, dejando a Madrone e Isis solas.

“Vuelve conmigo al barco esta noche”, dijo Isis, deslizando su mano alrededor de la cintura de Madrone. “Seré buena contigo. No te arrepentirás”.

Madrone se retorció para apartar la mano de Isis de su propio pecho. ¿Qué pasa conmigo?, se preguntó. ¿Es sólo fatiga? Pero eso nunca antes me había impedido querer tener sexo. Sin embargo, con Bird, Nita o Sandy, que la entendían, hacer el amor habría llenado sus espacios vacíos, la habría repuesto como un trago de agua fresca después de

una larga carrera. Para Isis, el sexo era una actuación física que exigía una resistencia que ella no tenía.

“Sé que estás cansada”, dijo Isis. “No te molestaré si no quieres. Pero podría alimentarte y frotarte la espalda, y dormirás muy bien en el agua”.

“Tal vez mañana”, dijo Madrone. “Vendré temprano. Debería revisarte de todos modos para ver cómo te estás adaptando sin los esteroides. Ya deberían estar prácticamente fuera de tu sistema”.

“Ven esta noche”.

“Tengo trabajo que hacer”.

“¿Qué tipo de trabajo tienes que hacer por la noche?”

“Soñar”. Mientras lo decía, se dio cuenta de que era verdad.

En su sueño, ella estaba nadando, no volando, sino nadando en el aire, que era viscoso y espeso. El aire tiraba de ella como una corriente revuelta, empujándola hacia el sur. Sí, así me siento, pensó: atrapada en una corriente demasiado fuerte para mí, que me lleva lejos. Pero tengo que aprender a resistir; de lo contrario, la marea me llevará hacia el sur, a tener sed en la Ciudad de los Ángeles. Tal vez

vaya allí, pero debe ser mi elección; No puedo simplemente dejarme llevar por eso. Sin embargo, su verdadero miedo parecía estar más allá de los campamentos en las colinas y las calles secas de abajo. No tenía miedo de unirse a la lucha en el Sur, sólo miedo de acercarse una vez más al lugar vacío de su propia memoria.

Lily. Estoy soñando con Lily, se dijo con firmeza. Lily, Lirio, Lily: dijo el nombre hasta que apareció una cara, ojos como dos sonrisas invertidas parpadeando hacia ella en la noche.

“Madrone. ¿Estás bien?”

“Tengo información para el Consejo de Sanadores”.

“Dámela”.

Madrone le explicó lo que sospechaba sobre los propulsores. Luego tuvo que esperar y volver a explicarlo, mientras Lily anotaba los términos con los que no estaba familiarizada.

“¿Y la invasión?” –Preguntó Lily.

“No sé. Se rumorea aquí que se están preparando para algún momento de la primavera”.

“¿Y tú, niña? ¿Estás bien?”

“Quieren que vaya más al sur, a Angel City. Me temo que... Pero eso no importa. Es decir, no parece motivo para no hacerlo”.

“Donde hay miedo, hay poder”.

“Me has dicho eso antes. Lily, ¿cómo sé que esto es real, que realmente me estás escuchando y que Sam realmente entenderá este mensaje? ¿Qué pasa si todo está sólo en mi mente?”

“No puedo probártelo”, dijo Lily. “Puedo decirte que Maya está bien, que Bird ha sido operado y se está recuperando bien, que las lluvias han sido buenas este invierno. Puedo decirte que confíes”.

“No tengo muchas opciones, ¿verdad?”

“Y te doy un consejo. Entrena a tus reemplazos antes de partir. No dejes que estas personas se vuelvan dependientes de ti. En última instancia, eso no es más saludable para ellos que depender de los refuerzos”.

“Ya comencé eso, Lily. Voy a entrenar equipos para trabajar con hierbas, puntos de presión y masajes. He dado conferencias sobre teoría de los gérmenes, *ch'i* y limpieza básica.

“Y trata de divertirte un poco”.

La imagen de Isis surgió en el espacio onírico a pesar de que Madrone intentó fijar su concentración en otro lugar y desterrarla. Las finas cejas de Lily formaban dos arcos perfectos.

“Diviértete mucho”, dijo. Luego Madrone salió del lugar lúcido y entró en otros sueños, donde ella e Isis yacían una al lado de la otra, el bronce contra la piel negra azulada. Pero nadie dirige el barco, quiso llorar Madrone. Isis puso una mano sobre los labios de Madrone y los cubrió con los suyos. No podía hablar y luego ya no quiso hablar. El océano las meció suavemente mientras el barco navegaba hacia el sur.

Capítulo XIV

Un viento seco soplaba por el cañón. Madrone y Littlejohn subieron por un sendero que serpenteaba por las laderas de las colinas sobre el lecho de un arroyo seco. Madrone cambió la carga sobre su espalda. Además de su propia mochila, llevaba colgado un contenedor de agua de cinco galones⁸, lleno del destilador solar de la costa. No estaba muy segura de la seguridad del agua de mar, pero Littlejohn afirmó que el proceso de destilación eliminaba metales pesados y toxinas. Y de todos modos, su mirada parecía decir, cuando lleves aquí un poco más no te importará.

Por fin estaba en el sur. Durante casi tres meses, había permanecido con los Monstruos, curándolos, enseñándoles y entrenándolos. Al final de su segundo mes, la tasa de supervivencia entre los desertores se acercaba al noventa

8 Un galón estadounidense equivale a 3,8 litros. [N. d. t.]

por ciento. El trabajo allí nunca se terminaría, pero ya había pasado el punto de mayor urgencia.

Isis los había llevado a lo largo de la costa, insistiendo en que Littlejohn durmiera en cubierta. Estaba llena de terribles advertencias y sombríos presentimientos.

“Cuida tu trasero”, le dijo a Madrone. “No hagas nada valiente y estúpido”.

“No soy estúpida y no soy muy valiente, así que debería estar bien”. De hecho, Madrone todavía tenía miedo, pero nadie más lo sabía, a menos que su miedo se filtrara a través de sus sueños y alertara a Bird. Por momentos lo sentía cerca de ella y escuchaba su canción sonando en su mente.

El aire seco absorbió la humedad de sus mejillas y le quemó los labios. Las correas de su pesada mochila se le clavaron en los hombros; enganizó sus pulgares debajo para redistribuir el peso. Subieron rápidamente, abrazados a la funda del camisón de plumas y al toyon de hojas anchas. Aquí y allá el camino se ocultaba bajo la fina sombra de un grupo de robles, cuyas hojas rizadas y coriáceas eran de un color azul verdoso en el aire polvoriento. Grupos de salvia los unguían con olores acre mientras pasaban. En lo alto, un par de buitres daban vueltas en círculos ligeramente borrachos, esperando. No escuchó ningún sonido excepto sus propios pasos ahogados y el traqueteo del viento.

Después de un par de horas, el lecho del arroyo se bifurcó. Caminaron por el suelo del cañón, sobre el barro agrietado de los estanques secos y las piedras depositadas por las corrientes tiempo atrás.

“¿Alguna vez hay agua aquí?” –Preguntó Madrone.

“Fluye durante algunas semanas, en pleno invierno. Si las lluvias son buenas”.

Los árboles eran más altos, plátanos con su corteza moteada y grandes robles del valle. Estaban a la sombra de las paredes del propio cañón, y Madrone bendijo el aire más fresco, que alivió ligeramente la dolorosa sequedad del interior de sus fosas nasales. Quería parar y beber, pero Littlejohn no lo sugirió y se sentía sensible ante la idea de agotar sus preciosas reservas de agua.

Estaban protegidos de la vista bajo los árboles, y pudo ver a Littlejohn relajarse y su caminar volviéndose más relajado y rítmico. El cañón se estrechaba y el lecho del río serpenteaba una y otra vez.

Tomaron una curva en un punto estrecho y, de repente, Madrone se encontró mirando el cañón de un viejo rifle. Su portador parecía tener unos catorce años, un chico moreno y delgado con el pelo largo y grasiento cayendo sobre sus ojos. Ella quedó impresionada. Ella no lo había visto ni oído moverse.

“¿Quién es nuestra madre?” preguntó el chico.

“La tierra es nuestra madre”, respondió Littlejohn. “¿Cómo estás, Begood?”

“Oldjohn murió anoche”, dijo el niño. “Llevamos su cuerpo a la roca. ¿Quién es esa que tienes contigo?”

“La curandera”.

La punta del rifle cayó abruptamente. Los ojos del niño miraron a Madrone con una mezcla de asombro y escepticismo que la inquietó.

“Bebamos profundamente en el día de la victoria”, dijo.

Madrone se quedó confundida, pero luego reconoció que la frase era un saludo ritual, como “Que nunca tengas sed”.

“Que nunca tengas hambre. Que nunca tengas sed”, respondió ella.

Littlejohn palideció. Los ojos de Begood se movieron rápidamente alrededor como si buscara a alguien que pudiera escucharlos.

“Eso es español, ¿no?” dijo Littlejohn. “No lo había escuchado desde que era niño, excepto de Bird cuando se emocionaba”.

“Cuidado”, advirtió Begood. “Si cualquiera en Angel City te oye hablar así, estarás en los rediles antes de que puedas darte la vuelta, sin tener derecho a un alma que llamar tuya. Los mayordomos no toleran las lenguas diabólicas extranjeras.

Los condujo a través de una barrera de maleza, detrás de otro afloramiento rocoso. Allí, en una extensión de terreno llano donde el fondo del valle se ensanchaba, una veintena de personas yacían tendidas bajo los árboles. En el centro, un anillo de piedras rodeaba cenizas frías. Dos figuras se movían entre los cuerpos y dieron un paso adelante para saludar a los recién llegados.

“Es la sanadora”, anunció Begood.

Un hombre de barba gris y salvaje y ojos azules se presentó como Bautista. La segunda figura era ligera y delgada, casi sin género, con un par de jeans andrajosos y un trozo de algodón gris envuelto alrededor de su cabeza y parte superior del cuerpo. Su nombre, dijo, era Arachne, pero la gente la llamaba Rocky.

“Beban profundamente”, dijeron todos, pero nadie ofreció agua, y Madrone todavía dudaba en preguntar, a pesar de que tenía la garganta en carne viva y ardiendo. Se sentía casi obscenamente húmeda, como si cada célula de su cuerpo estuviera comparativamente hinchada. Estas personas parecían estar cubiertas por una fina capa de polvo. Su piel

tenía un aspecto correoso, como las hojas del roble o el follaje seco de la salvia blanca.

Se mordió la lengua seca y tragó, lo que hizo que su sed pareciera peor. Madrone miró a su alrededor y se sintió consternada. ¿Era ésta la Red, el corazón de la resistencia, esta colección de cuerpos jadeantes y harapos viejos? ¿Era esto a lo que había venido a servir?

“¿Ha tenido mucha experiencia con la gripe?” –Preguntó Rocky.

Madrone simplemente asintió.

“¿Podrías venir a ver a Hijohn? Se está muriendo”.

Rocky la acercó a uno de los cuerpos boca abajo. Estaba desnudo bajo la sucia manta que Madrone retiró. Un olor a mierda vieja, orina seca y sudor la asaltó. Rocky, arrodillada a su lado, miró hacia arriba, con una leve nota defensiva en su voz.

“Tratamos de mantenerlos limpios”, dijo. “Pero no hay suficiente agua para lavarlos con mucha frecuencia”.

“Esta bien”. El hombre estaba demacrado, inconsciente; su cabeza arrugada sobre su cuerpo flaco le recordaba una manzana seca en un palo. Hola, Juan. ¿Era este el amigo de Bird? Cuando palpó las líneas de energía del cuerpo, pudo leer rastros de viejas roturas y fracturas curadas, una historia

de dolor. Por un momento, pensó que casi podía oír una nota larga y sostenida, cantada con la voz de Bird. Ella profundizó más, buscando la causa de su respiración entrecortada y su pulso débil. Agotamiento. Fiebre y desnutrición. Y, debajo, un virus que reconoció como uno de esos simples que en personas bien alimentadas producen una enfermedad de tres días, apenas peor que un fuerte resfriado.

“¿Está en retirada de los refuerzos?” preguntó.

Rocky negó con la cabeza. “Nunca los tuvo”.

Madrone sintió una ligera sensación de alivio, luego un miedo cada vez más profundo cuando empezó a comprender las implicaciones. Porque él podía curarse, pero ¿y si lo que realmente necesitaban era comida, y descanso, y agua...?

Un viejo chiste pasó por su mente, algo sobre agua instantánea... solo agrega agua. Lo dejó a un lado y comenzó a respirar y concentrarse para atraer a sus espíritus ayudantes, poniendo sus manos sobre Hijohn. Después de un momento se levantó, se acercó al lecho del arroyo y buscó hasta encontrar una piedra redonda y lisa. La sostuvo en cada una de las cuatro direcciones, acumulando energía. Luego, volviendo a Hijohn, se la pasó por el cuerpo, extrayendo la enfermedad y sacudiéndola en el suelo.

“Su fiebre ha bajado”, dijo Rocky, tocándole la frente.

Madrone asintió. “Estará bien. ¿Podemos darle un poco de agua?”

Rocky asintió y regresó con una taza pequeña. “Hijohn”, dijo, “¿puedes sentarte?”

El hombre gimió y abrió los ojos. Rocky sujetó su cabeza mientras Madrone le llevaba la taza a los labios. Ella notó con qué cuidado bebía, primero tomando un pequeño sorbo y sosteniéndolo en su lengua durante un largo momento, luego haciéndolo rodar en su boca y luego, después de otro largo momento, tragando. Repitió el proceso nuevamente. Tres de sus tragos agotaron el recipiente.

“¿Puede tener más?” –Preguntó Madrone. “Por derecho, debería beber para limpiar su sistema”.

Rocky parecía alarmada. “Le traeré otra taza”, dijo. “Pero ha sido un mal año para el agua”.

“Acabamos de traer diez galones con nosotros”.

“Sí, pero esos son para las cisternas. Para el verano, cuando hasta los pozos se secan”.

“Al menos una taza más”, dijo Madrone. Trabajó sobre él nuevamente con la piedra, tratando de usar energía para la limpieza que debería haber venido del agua, tratando de

calmar el clamor de pánico en su cuerpo, que había comenzado a susurrar insidiosamente: “Si esto es todo lo que obtiene, ¿cuánta recibirás?”

Puedo sobrevivir, se dijo. Si ellos pueden sobrevivir, seguramente yo puedo sobrevivir. Pero de repente se llenó con la imagen del arroyo que corría afuera de la Casa del Dragón Negro. Podía oler la tierra húmeda de los jardines que alimentaba, podía oír su voz musical y sentir el resbaladizo frescor en sus dedos. ¿Qué estoy haciendo aquí? –preguntó, y luego dejó ese pensamiento a un lado. Seguro que aquí no le faltaba trabajo.

Trabajó con otros hombres con fiebre y gripe. Mientras miraba alrededor del claro, se dio cuenta de que ella y Rocky eran las únicas mujeres.

“¿No hay otras mujeres aquí?”, preguntó.

“Hay algunas. Las conocerás cuando llegue el momento”, dijo Rocky. Madrone sintió algo oculto en su voz, pero no pudo leer la emoción detrás de ella.

“¿Hay algo más que mirar?” preguntó ella, cuando hubo terminado de atender a todos los hombres.

Rocky vaciló. “Hay uno. Pero lo están atendiendo... de manera diferente”.

“Me gustaría verlo”.

Rocky miró a Baptist, que caminaba hacia ellos con un montón de leña. Entre ellos se entabló una conversación con algunos gestos, el enarque de una ceja, el ligero encogimiento de hombros. Madrone sintió nostalgia. No había nadie aquí con quien pudiera hablar así, con el cambio de posición de su cabeza sobre sus hombros o el suave escape de la respiración de sus labios.

“Por aquí”, dijo Rocky. Condujo a Madrone por el sendero, lejos del campamento, hasta una zona aislada de sombra bajo un plátano. Señaló hacia abajo y Madrone miró un trozo de terreno que parecía vivo. Cuando se acercaron y ella distinguió la figura que yacía allí, respiró hondo en estado de shock. Era una figura humana, completamente cubierta de enjambres de abejas. Se arrastraban y movían por cada centímetro de la superficie del cuerpo, generando un zumbido fuerte y furioso, formando una pequeña nube de llegadas y salidas. No podía decir si la figura era femenina o masculina, despierta o inconsciente, entera o medio devorada. Se sintió enferma. Era como una imagen sacada de un viejo vídeo de terror que cobra vida.

Se movió para ayudar a la figura en el suelo, pero Rocky la agarró del brazo y la detuvo. “No”, dijo, “él está bien. Lo están ayudando. Está encantado. No lo toques o harás enojar a las hermanitas”.

Madrone se detuvo. Tierra, se dijo. Escuchar. Cuando escuchó, oyó el zumbido de las abejas, serio y decidido.

Cuando *sintió* al hombre en el suelo, sintió descanso después del cansancio, curación tras la herida. Allí no había horror ni miedo. Sólo en su propia mente.

“No entiendo”, dijo Madrone.

“Las hermanitas son nuestras amigas. Así es como vivimos aquí. Nos alimentan y atienden a los heridos”.

La miel era antiséptica, Madrone lo sabía. Había cosas peores para poner en las heridas. Y si untaran las heridas con miel, vendrían las abejas. Pero aquí estaba sucediendo algo más profundo.

“¿Puedo acercarme?”

Rocky negó con la cabeza. “No es seguro porque las hermanas aún no te conocen. Pero pronto vendrá Melissa a darle agua. Entonces tal vez”.

Se agacharon para esperar. El sol abrasador golpeaba la nuca de Madrone. Podía oler las lilas silvestres en flor; su aroma endulzaba el aire y casi podía alimentarse de él. Casi podría aliviar su sed.

No pasó mucho tiempo antes de que vieran aparecer algo detrás de los árboles, una mujer que llevaba una nube de abejas como una capa. Su zumbido era un zumbido sostenido, como un canto. El aire parecía vibrar en armonía y Madrone sintió que recorría su cuerpo como una repentina

oleada de embriaguez. Olió algo en el viento, como la esencia destilada de flores silvestres: miel. La mujer parecía no llevar otra cubierta que las abejas; se arrastraban sobre su cuerpo como una segunda piel.

“Melissa”, susurró Rocky.

Los ojos de Melissa, la única parte de ella que no estaba cubierta por los cuerpos de los insectos, brillaban oscuramente. Una sola abeja se soltó de la masa y voló hacia ellos, dándoles vueltas varias veces como si los olfateara.

“Quédate quieta”, advirtió Rocky.

Madrone se castigó. Siempre le habían gustado las abejas, incluso había trabajado ella misma las colmenas de vez en cuando, y trataba de transmitir hacia aquel emisario su admiración y sus buenas intenciones. La abeja voló de regreso al enjambre y desapareció entre las demás. Después de un momento, pareció abrirse un agujero en la nube, para revelar el rostro de la mujer. Ella sonrió.

“Bebe mucho”, dijo. “Tú eres la sanadora del Norte”.

Madrone asintió. “Nunca tengas sed”, dijo en inglés, ya que el español parecía producir tanta conmoción y alarma.

Melissa hizo un gesto hacia el herido, invitando a Madrone a acercarse. “No temas a las hermanas”, dijo. “Conmigo estás a salvo”.

Juntas se arrodillaron junto al cuerpo en el suelo. Al principio, Madrone tuvo dificultades para ver el aura a su alrededor. Las energías y los colores quedaron oscurecidos por las abejas voladoras. Mientras observaba un momento más, se dio cuenta de que las abejas no estaban separadas del hombre. Se habían convertido en su aura, su vitalidad, y sus movimientos cambiaban y sostenían su campo de energía de la misma manera que ella habría usado sus manos y su propio poder espiritual para fortalecer su vínculo con la vida. Mientras observaba más de cerca, vio que los movimientos de los insectos correspondían exactamente al patrón arbóreo de un flujo de energía saludable. La capa interna, de aquellos que realmente se arrastraban sobre su piel, era como el cuerpo etérico, la capa más densa del campo energético. Los demás, que se arremolinaban a un pie de distancia, se movían en una ruta circular desde sus pies hasta la línea central de su cuerpo, ramificándose a lo largo de sus brazos y continuando por encima de su cabeza, para desplegarse y tocar el suelo antes de regresar.

Cuando miró más de cerca, pudo ver sus heridas. Parecían quemaduras de láser y ella hizo una mueca de simpatía. Tenía zonas en carne viva en la cara y en el costado izquierdo, y aparentemente su brazo izquierdo había sufrido un corte largo. Pero eso estaba cerrado, los bordes de la herida estaban unidos con una sustancia marrón y pegajosa en líneas parecidas a una red. Todos los lugares heridos estaban cubiertos de miel y la carne desgarrada parecía

limpia, rosada y saludable. No pudo sentir signos de infección.

“Propylis”⁹, dijo Melissa, señalando la atadura de su brazo. “Y aquí”. Señaló la jarra de agua que llevaba, la cual acercó a los labios del hombre, dándole con cuidado unas gotas. “¿Gustas?”

Madrone asintió y abrió la boca para recibir una gota de algo húmedo, dulce y fuerte. Yacía sobre su lengua, ardiendo como fuego pero sabiendo a todo el poder fertilizante compactado de las flores primaverales. Por un momento, antes de que se disolviera, ya no tenía hambre ni sed.

“Eso es maravilloso”, dijo Madrone.

“Es nuestra forma de sanar. No tenemos mucho aquí en las colinas, pero hemos aprendido a usar lo que tenemos”.

“Me gustaría conocer su forma de curar”, dijo Madrone. “Es muy extraña y maravillosa. Y tal vez pueda enseñarte la nuestra.

“Tal vez”, dijo Melissa. “Las hermanas trabajan con nosotras para curar las heridas, pero nosotras, que estamos

9 El propóleo es una mezcla resinosa obtenida por las abejas de las yemas de los árboles, exudados de savia u otras fuentes vegetales y que luego procesan en la colmena como sellante de pequeños huecos. El propóleo se ha utilizado tradicionalmente, por sus propiedades antisépticas y fungicidas, para tratar diversas infecciones. [N. d. t.]

unidas a ellas, no podemos acercarnos a los enfermos. Tienen horror a la enfermedad. En la colmena matan a las abejas enfermas. Las heridas también, pero a lo largo de los años hemos podido enseñarles a trabajar con nosotros en las lesiones, siempre y cuando no se infecten. Fue difícil entrenarlas. Hemos tenido que entrar en la mente colmena y convertirnos en parte de ella. Pero también ella se ha convertido en parte de nosotros. No sé si podremos aprender tu magia. Y si aprendes la nuestra... bueno, una vez que entres en la colmena, tal vez no quieras irte. Es muy dulce”.

Madrone pasó el resto de la tarde revisando a sus pacientes en la arboleda y explorando la ladera y el lecho del arroyo en busca de hierbas. Se le asignó una pequeña cantidad de agua para sus pacientes, pero escaseaba el combustible. Littlejohn dijo que sólo encendían fuegos por la noche, por lo que no podía preparar tés medicinales. Encontró unas cuantas jarras de agua de cristal transparente y las llenó con hojas y flores magulladas para hacer el té al sol. Le hubiera gustado bañar a sus pacientes, pero eso estaba fuera de discusión. Las abejas limpiaban las heridas; en cuanto al resto, cuando llegaban las lluvias, todos se lavaban.

Pero no se esperaban lluvias para el próximo medio año.

“No es tan malo”, le dijo Rocky. “En esta época del año, siempre puedes caminar hasta la cascada”.

Al caer la noche, Littlejohn encendió un pequeño fuego en el círculo de piedras y cocinó un caldo de bellotas guisadas. Se sentaron juntos en círculo, después de que los enfermos fueran alimentados. Madrone sintió que su cuerpo pedía a gritos algo de beber. Baptist repartió tazas y Madrone se contuvo para no arrebatarse una de sus lentas manos. Mientras Rocky servía agua, Madrone se quedó mirando el claro chorro, preguntándose cómo podría soportar la sequedad de su lengua aunque fuera un minuto más.

Cuando todas las copas estuvieron llenas, las levantaron en alto.

“Beban profundamente en nuestro día de la victoria”, dijeron al unísono, y se sentaron, mirando el agua por un momento. Madrone había sido educada para tratar el agua como sagrada, pero sentía en ese círculo una reverencia mayor de la que jamás había imaginado, una reverencia que rápidamente estaba empezando a compartir. Hizo girar suavemente el agua en su taza. Nunca antes había apreciado realmente aquella cosa, lo cristalina y transparente que era, lo ansiosa que estaba por tomar la forma de su recipiente, cómo daba forma y moldeaba todo lo que tocaba. Estas colinas, este lecho plano de tierra, el curso del arroyo, las propiedades físicas de los troncos de los árboles, la forma redondeada de la piedra que llevaba en el bolsillo, la forma

de su propio cuerpo y la textura de su piel... todo en la tierra era algo así, revelación del agua. Agua bendita.

Con cuidado, tomó un pequeño sorbo con la lengua, como había visto hacer a Hijohn. Oh, esto no era una bebida, era un sacramento. Cada glándula de su cuerpo parecía saltar de alegría; su corazón estaba acelerado. Déjalo reposar un momento, siente el frescor, agítalo en tu boca para mojar cada grieta, luego déjalo reposar nuevamente, hasta que adquiriera la temperatura de la sangre. Podía chasquear la lengua y crear corrientes y ondas en miniatura; en su boca había un océano, un río de aguas rápidas como los arroyos salvajes de las altas montañas que ella y Bird habían navegado juntos. Finalmente, cuando ya no pudo aguantar más, tragó, dividiendo ese pequeño sorbo en cinco o seis o diez secciones, tomando solo un poco cada vez para dejar que la garganta seca se bañara una y otra vez en esa bendita sensación de humedad. Y luego empezó todo de nuevo.

Cuando la taza estuvo vacía, podría haber bebido otras cinco. Pero nadie pidió más. Le sirvieron un plato lleno de una comida que le resultaba extraña: una pasta de harina de nueces mezclada con miel. Habría preferido un buen plato de arroz y frijoles, pero comió agradecidamente y, cuando su plato estuvo vacío, pudo haber comido el doble nuevamente. Pero nadie pidió ni ofreció más.

Cuando terminó la cena, se sentaron alrededor del fuego, hablando mientras éste se consumía hasta hacerse brasas y

se convertía en cenizas. Baptist y Rocky estaban desgranando bellotas y moliéndolas entre piedras planas, sus manos trabajaban automáticamente. Madrone se ofreció a ayudar, pero Rocky le dijo que esperara y aprendiera durante el día. Hijohn estaba sentado apoyado contra una roca, envuelto en su manta.

“Esto puede parecer una pregunta estúpida”, dijo Madrone, “pero ¿qué hacéis aquí arriba? Quiero decir, ¿cuál es el propósito de estos campamentos?”

“Diferentes propósitos”, dijo Hijohn. Hablaba despacio, con cansancio, pero su rostro tenía buen color. “En primer lugar, somos un refugio para aquellos que simplemente no pueden soportarlo más abajo. Les damos un lugar a donde ir, principalmente al oeste y al norte de aquí, donde tenemos campamentos más grandes cerca de la playa. Tal vez puedas hablar con ellos algún día de estos. Hay más mujeres allí, e incluso niños, y más agua. Pero los campamentos de aquí, cerca de la ciudad, son para las redadas. Les hacemos saber a los comisarios que no todo está bajo control. Tal vez volemos una línea de agua en un lugar o cortemos sus líneas de comunicación en otro lugar. A John Brown, que cuidan las abejas, le dispararon sacando gente de los corrales. A veces asaltamos un depósito de distribución de alimentos y lo regalamos. Roba a los ricos y dáselo a los pobres, ¿sabes?”

“¿Y estáis teniendo mucho éxito?” –Preguntó Madrone. Estaba tratando de mantener su voz neutral, pero algunas de sus dudas se filtraron.

“Tal vez esto no te parezca gran cosa, pero está creciendo todo el tiempo. Somos como pulgas en el lomo de la bestia, ¿sabes? O como las abejas. Una picadura no te hará mucho daño, pero una cantidad suficiente de ellas juntas pueden matarte.

Madrone miró fijamente la hoguera, donde las últimas brasas estaban pasando del rojo brillante al gris.

“¿Qué quieres realmente de mí?”, preguntó ella.

“Tres cosas. Es verdad, necesitamos una sanadora. Como se puede ver. Probablemente yo también estaría muerto hoy si no fuera por ti, y te lo agradezco. Pero más que eso, la gente de aquí tenemos que aprender nuestros propios poderes. No podemos depender de las Brujas del Norte, tenemos que tener nuestra propia magia. Tenemos alguna, has visto las abejas. Pero necesitamos más”. La voz de Hijohn le sonó débil y se preguntó si, como sanadora, había sido negligente al no insistir en que volviera a dormir. Pero él continuó.

“Y hay una tercera cosa. La Red es fuerte, pero también está dividida. Tenemos campamentos aquí en las colinas, pero también tenemos casas en la ciudad. Muchos grupos,

diferentes grupos, y no todos se conocen ni confían unos en otros. No tienen la sensación de ser una sola cosa”.

“¿Y crees que tal vez yo pueda proporcionaros eso?”

“Tal vez. Quizás tú puedas proporcionar un enfoque que pueda unir a algunos de ellos. Por eso espero que, después de que hayas estado un rato aquí en las colinas y nos hayas ayudado, podamos enviarte a la ciudad.

La idea hizo que Madrone se estremeciera en secreto, pero dijo simplemente: “Estoy aquí para ayudar. Iré a donde pueda ser útil”.

“Yo también odio la ciudad”, dijo Hijohn. “Aquí arriba, pase lo que pase, tienes tierra bajo tus pies, árboles y aire que realmente puedes respirar. Allá abajo no es más que veneno. Hay hombres adultos ahí abajo que nunca han visto un árbol. Pero a algunos les gusta”.

“¿Cómo es tu ciudad?” preguntó Rocky un poco tímidamente.

“Tenemos muchos árboles”, dijo Madrone. “Árboles por todas partes y jardines. Árboles frutales y nogales y aguacates, dondequiera que haya un lugar resguardado. Cultivamos muchos de nuestros propios alimentos, justo en la ciudad. Y hay agua por todas partes; no es que tengamos mucha, pero la conservamos cuidadosamente, en cisternas y tanques de aguas grises para poder reutilizarla, y en los

canales de riego. Pero en la medida de lo posible, la dejamos fluir libremente, en arroyos abiertos que se entrecruzan en los caminos, para que siempre puedas oírla, olerla y sentarte a su lado, viéndola jugar con la luz”.

“¿Y la gente no la roba?” –preguntó Bautista.

“Nadie es dueño de ella, por lo que nadie puede robarla. Y todos tienen todo lo que necesitan, porque todos nos ocupamos de ello juntos”.

“Pero los pobres, ¿qué hacen?”

“No hay pobres. En nuestra ciudad nadie tiene sed. Nadie pasa hambre”.

Sabía que estaba diciendo la verdad y, sin embargo, sus palabras empezaron a sonar improbables, una historia de fantasía de algún lugar mítico que ella misma había inventado, un sueño demasiado bueno para ser verdad.

“Sigue diciéndonos eso”, dijo Hijohn abruptamente. “La gente no te creerá, pero eso no importa. Ni siquiera importa si es verdad o no. Sigue diciéndonos que lo es”.

“Es cierto”, dijo Madrone. “Podría ser así aquí. Sabemos mucho sobre la recuperación de tierras áridas. Los ríos podrían atravesar los valles, como lo hicieron hace mucho tiempo. La gente podría tener suficiente para comer y beber”.

“Simplemente deja que sea posible”, dijo Hijohn. “Lo cierto es genial, pero lo posible es suficiente”.

“Muchas cosas son posibles”, dijo Rocky, y Madrone estuvo de acuerdo. Uno de los nombres de la Diosa era Toda Posibilidad, y Madrone deseó, por un momento, una deidad más reconfortante, una que al menos afirmara que sólo las buenas posibilidades sucederían.

“Todos significa todos”, escuchó susurrar una voz en su mente. “Prolifero, no discrimino. Pero tienes el cuchillo. Tejo mil millones de hilos, ahora corto algunos y tejo con el resto”.

“Soy una sanadora, no una tejedora”, respondió Madrone.

“La misma diferencia”.

Capítulo XV

Había pasado demasiado tiempo desde que Maya había salido a la ciudad. Las colinas todavía estaban verdes por las lluvias invernales y los árboles crecían tupidos con las nuevas hojas de la primavera. Los rayos oblicuos del sol de última hora de la tarde iluminaban hojas y flores con un brillo interior. Luna rosa, le gustaba llamarla, cuando todo estaba brotando, floreciendo, rebosando color, aroma y la promesa de fruta. Se sentía mareada, atractiva... no exactamente joven, sino simplemente inmortal.

Caminó lentamente, sostenida por Bird a su izquierda y Holybear a su derecha. No está mal para una anciana estar flanqueada por dos hombres tan guapos, pensó. Aunque Bird todavía la preocupaba. Sam afirmó que la operación fue un éxito; hacía varias semanas que no llevaba yesos y Bird rápidamente había dejado de usar muletas. Caminaba con más facilidad y ella rara vez veía las líneas de dolor que

surcaban su rostro. Pero ella no confiaba en él. Si su peso se convirtiera en una carga, él nunca se lo haría saber.

Bird captó las miradas ansiosas de Maya y le sonrió. “Estoy bien, *abuelita*”, dijo. “Puedes dejar de preocuparte por mí”.

“Nunca dejaré de preocuparme por ti. Especialmente no en una noche en la que nos aventuramos a reconectarnos con nuestras raíces judías. La preocupación es una parte integral de nuestra herencia, ¿sabes?”

“Entonces preocúpate por defenderte de las atenciones de Sam”, dijo Bird.

Estaban invitados a celebrar la primera noche de Pesaj en Levanah House, un colectivo judío en el cinturón de niebla donde vivía Aviva, la amiga de Madrone. Sam también estaría allí; había solicitado especialmente la compañía de Maya. No estaba segura de lo que sentía por él. Durante las últimas semanas había sido un visitante frecuente de la Casa del Dragón Negro. Aparentemente, estaba comprobando el progreso de Bird, pero pasaba gran parte de su tiempo bebiendo té de hierbas en la cocina con Maya.

“¿Qué pasa si no quiero?”

“Entonces preocúpate por defenderte del fantasma de Rio. Y del de Johanna también, por cierto.

“Siempre fuimos muy avanzados en esas cosas”.

Bird sonrió, esperando que ella no se diera cuenta de que su sonrisa tenía un tono forzado. Sí, estaba mejor, pero todavía se sentía como una torpe aproximación de sí mismo, incapaz de caminar, trabajar o tocar música, nunca capaz de silenciar sus propias preocupaciones sobre lo que estaba por venir.

«Hace mal tiempo», pensó. En lugar de este ridículo sol, deberíamos tener nubes de tormenta, cielos grises y tristeza. Madrone había estado ausente durante meses, sin más noticias que los sueños ocasionales que Lily contaba. La defensa había enviado a otros exploradores al sur. Trajeron noticias de ejércitos que se estaban reuniendo, concentrando y moviendo lentamente por las viejas autopistas, reparándolas a medida que avanzaban.

Y, sin embargo, los rosales todavía estaban llenos de capullos y la ciudad estaba ocupada con su habitual plantación de primavera, arreglos y limpieza. Esa mañana había ido al mercado central. Los agricultores llegaron del Delta con fanegas de arroz, frijoles negros y soja, el último brócoli y alcachofas del invierno y las primeras fresas maduras. Había maniobrado cuidadosamente entre la multitud para comprar manzanas secas, pasas y bolsas de nueces para hacer el *jaroset*, la comida ritual que sería su contribución a la comida de esa noche.

Fue un buen año, reflexionó Bird, mientras recorría los puestos llenos de excedentes. Sam lo había estado

animando a caminar, pero sólo en los últimos días se había sentido lo suficientemente fuerte como para aventurarse muy lejos. Se sintió profundamente aliviado al ver algo además de las familiares paredes de las habitaciones de Black Dragon House.

No se había dado cuenta del precio que le costaría la inmovilidad forzada. No el dolor, sino las pesadillas, en las que despertaba una y otra vez, solo en la oscuridad, abandonado por los vivos y los muertos. No había querido hablar de ello con los demás, pero habían sentido algo, y después de las primeras noches, Holybear movió una almohadilla a su habitación y durmió a los pies de su cama.

“No tienes que hacer eso”, dijo Bird.

“Tal vez quiera”, dijo Holybear, quitándose la bata de seda azul que llevaba sobre el pijama de seda verde y colgándola cuidadosamente en la parte trasera de la puerta.

“¿Quieres que mis estúpidos sueños te despierten cinco veces por noche?”

“Sí”. Holybear se sentó en la colchoneta y cruzó las manos detrás de la cabeza. “Cuando tus sueños te despierten, quiero estar allí. Por si necesitas algo. Y así sabrás que no estás solo”.

Las noches transcurrieron un poco mejor después de eso, y cuando el cuerpo de Bird se hubo curado lo suficiente

como para que un toque casual ya no lo sacudiera ni le doliera, Holybear se mudó a su cama. Su respiración constante mantuvo a raya las pesadillas.

Pero Bird todavía estaba perturbado por el encuentro de esta mañana en el mercado. Se había apartado de su camino para evitar la zona donde se vendían instrumentos musicales. Pero cuando se giró para rodear la sección cubierta donde se vendían artesanías y productos de alta tecnología, escuchó su nombre y alguien lo agarró de repente en un abrazo tan vigoroso que casi trastornó su precario equilibrio. Se tambaleó peligrosamente hasta que unas manos lo estabilizaron desde atrás.

La pequeña y dinámica mujer que lo había agarrado se apartó con una sonrisa. Sus ojos oscuros eran medias lunas húmedas bajo una mata de cabello negro que se apartó de la cara. “Escuché que te habías levantado de entre los muertos, como... ¿quién era ese tipo?”

“Lázaro”, dijo una voz profunda detrás de él. Su dueño apareció ante su vista. “Es bueno verte de nuevo, hombre. *¿Cómo estás?*”

“Sachiko, Walker, es bueno veros a vosotros también”.

“¿Cómo es que no vienes al Gremio, *hombre?* Nosotros podríamos usarte”.

Bird bajó la barbilla hacia la mano. “Hoy en día no toco mucha música”, dijo.

Había pensado que había superado el dolor de eso, pero se dio cuenta, al observar el rostro de Sachiko registrar una conmoción, luego horror, luego lástima, y luego cuidadosamente cerrarse para ocultar toda emoción, que nunca lo superaría.

“No es necesario tocar para tener ideas”, dijo Walker. “Además, somos tus amigos, ¿no?”

“Hace mucho tiempo”, dijo Bird. “Ni siquiera sé quién está en el Gremio ahora”.

Walker procedió a informarle de todos los males y triunfos del Gremio de Músicos durante la última década. Bird intentó sonreír, pero mientras escuchaba los relatos de muerte, lo que más sentía era dolor. Recordaba lo que había dicho Madrone, que habían perdido un tercio de la ciudad. Sí, era verdad y dolía.

“Ven”, le había instado Sachiko de nuevo. “Todavía puedes cantar, ¿no, Bird? ¿Y componer? Cualquiera tonto sabe tocar la guitarra, pero nadie escribe canciones como tú.

Quizás, después de todo, lo necesitaban. Quizás medio músico era mejor que nada.

Pero él no podía aceptar eso. Tal vez nunca volvería a ser más que la mitad de él mismo en todos los demás ámbitos de la vida, pero la música era demasiado importante. Es mejor dejarlo pasar que traer una ofrenda de mala calidad a la Diosa.

“Solías tener una voz hermosa”, continuó Sachiko.

“Mi voz está disparada”, dijo Bird. “Solo olvídale. No queda música en mí”. Había pensado que tal vez la habría, cuando Madrone todavía estaba allí, y lo había intentado por ella. Pero ella se había ido y él parecía no poder intentarlo por sí mismo. De repente se alejó de Sachiko y Walker y lo hizo sin despedirse.

“Estás terriblemente callado”, le dijo Maya. “¿Estás bien?”

“Te dije que dejaras de inquietarte por mí. Déjame preocuparme en paz, ¿de acuerdo?”

“¡Así que ahora eres tú quien se preocupa!”

“Puedes apostar”.

“¿Madrone?” Preguntó Holybear en voz baja.

“Por supuesto que estoy preocupado por ella. Extremadamente preocupado. Y estoy preocupado por esta

ciudad. El Consejo escuchó nuestra advertencia, pero nadie parece saber qué hacer. No tenemos armas de las que valga la pena hablar, incluso si pudiéramos llegar a un consenso sobre cómo utilizarlas. Te lo digo, desearía haber vuelto al sur, sólo porque no creo que pueda soportar estar aquí cuando los ejércitos lleguen al norte.

Maya guardó silencio. Aunque lo intentó, no se le ocurrió nada que decir.

“¡Todo es tan hermoso!”, continuó Bird. “Los arroyos están llenos de agua y los mercados están repletos de comida, flores y artesanías. Y todo me parece irreal. ¿De qué sirve todo esto si no podemos defenderlo? ¿Y cómo lo defendemos sin convertirnos en aquello contra lo que nos defendemos?”

“No puedo responder a eso”, dijo Maya. “Pero mira, esta noche es el Seder, cuando recordamos cómo los judíos fueron liberados de la esclavitud en Egipto. La gran fiesta de la liberación. Si sucedió una vez, ¿quién puede decir que no puede volver a suceder? Tenemos que creer que es posible, Bird, incluso si va en contra de nuestro sentido común. Tenemos que creer en los milagros, así como tenemos que creer que los días se alargarán en primavera, que las lluvias volverán en otoño. ¿Qué podría ser más milagroso que eso?”

“Ojalá el futuro pareciera tan confiable”, dijo Holybear.

“Nunca lo ha sido. Ciertamente no en mi vida”, dijo Maya. “Recuerdo que Johanna y yo, cuando teníamos unos doce años, caminábamos a casa desde la escuela durante la crisis de los misiles cubanos, preguntándonos si íbamos a escuchar el silbido y ver el destello. Y, sin embargo, contra todo pronóstico, aquí estoy con un hermoso vestido blanco, caminando en una ciudad donde los arroyos corren claros a través de jardines fértiles y nadie pasa hambre ni carece de refugio, compañía o belleza. Preocupada, claro está, por un posible enredo romántico en la décima década de mi vida.

Bird sonrió. “¿Quieres que me anime?”

“Inmediatamente, antes de que me vea obligada a reinventar la profesión de psicoterapia. Oh, sé que necesitas tu depresión y desesperación, ciertamente te has ganado tu derecho a hundirte en la miseria, pero soy egoísta. Este podría ser mi último Seder y quiero disfrutarlo”.

Maya, Bird y Holybear doblaron una esquina y se dirigieron a la base de la torre que sostenía las góndolas pintadas de colores brillantes que los llevarían por encima de los senderos y jardines entrelazados de la ciudad. La torre fue repintada recientemente para que los colores iridiscentes jugaran en patrones sutiles a lo largo de sus puntales. El molinillo de viento en su corona estaba marcado con una espiral. A medida que las aspas giraban, la espiral giraba hacia dentro, un vórtice que succionaba el ojo hacia adentro y más allá.

“No me gusta esa ruleta”, dijo Maya. “Parece siniestra, de alguna manera”.

“Eso es porque eres escritora”, dijo Holybear. “Piensas en símbolos. En mi caso, es sólo un recordatorio constante de una clase de matemáticas que tuve que abandonar en mi tercer año en la universidad. ¿Tomamos el ascensor?”

“Puedo caminar”, protestaron Bird y Maya al unísono, y luego se rieron.

“Os veré en la cima”, dijo Holybear. “Como soy yo quien lleva media tonelada de *charoet*, voy a tomar el ascensor”.

Levanah House fue construida para entretenimiento formal, con salones de techos altos cuyas puertas francesas daban a un patio trasero. Ahora, largas mesas de tabloncillos cubiertas con manteles blancos, flanqueadas por una extraña variedad de sillas plegables, llenaban las elegantes habitaciones. Aviva estaba atareada con garrafas de vino, un regalo poco común en estos días, y platos de matzá, el pan ritual. Sam se adelantó para saludarlos. Le sonrió a Maya, con una luz especulativa en los ojos oscuros que se encontraban bajo sus pobladas cejas, y la abrazó con una firmeza que duró sólo uno o dos segundos más de lo necesario. Muy bien, admitió Maya para sus adentros, hay una atracción aquí. Si quisiera mezclarme con un idiota tan

viejo, no es que no sea dos décadas más joven que yo. ¿Pero quién cuenta? Se preguntó mientras él la miraba con franco aprecio.

Sam los saludó. “¿Alguna noticia de Madrone?”

Ella sacudió su cabeza.

“Lo lamento. Espero que ella esté bien. Ella es rara, ¿sabes? Un espíritu poco común”.

“Lo sé”.

Le dio a las piernas de Bird una mirada profesional. “¿Cómo está la cadera?” preguntó.

“Mejor, viejo carnicero. Mucho mejor”.

“¿Y las manos?”

“Lento”, dijo Bird, con la voz que advertía de más preguntas. Y lento era la palabra para ellas, pensó, haciendo crujir el piano arriba y abajo en escalas laboriosas mientras intentaba demostrarle algún ejercicio simple a Rosa. A veces se arrepentía de haber aceptado el pedido de la hermana Marie de darle lecciones de piano a la niña, pero ella había sido muy persuasiva. “Rosa ha perdido a toda su familia”, había dicho Marie. “Incluso el bebé murió la semana pasada. Oh, Bird, significaría mucho para ella. Es muy musical y eso

le devolvería algo propio. Y además, ella tiene esa edad... ya sabes.

“¿Saber qué?”

“Ella está terriblemente enamorada de ti”.

Rosa lo miró con ojos marrones llenos de adoración mientras él golpeaba las teclas, maldecía y sudaba, y era una chica agradable, que trabajaba duro y sin duda tenía algo de talento. Si al menos dejara de hacer tantas malditas preguntas.

“¿Cómo te lastimaste las manos, Bird?”

“Un guardia las destrozó cuando estaba en prisión, en las Tierras del Sur”, respondió secamente, mirando la música, lejos de la sorpresa en sus ojos, que de alguna manera intensificó su propio dolor.

“¿Por qué, Bird? ¿Por qué te hicieron eso?”

“Querían que les dijera algo que no quería decirles”.

“¿Qué?”

“*Diosa*, no recuerdo exactamente qué. No quería decirles nada que pudieran usar contra nosotros”.

“¿Dolió?” preguntó en voz baja.

“Por supuesto que dolió. Mira, no lo pienses, *querida*. Sucedió hace mucho tiempo. Piensa en acertar el momento adecuado para esos trinos”.

Ella sí lo pensó. Lo notó por la forma en que ella lo miraba con una mezcla de lástima y adoración que le hizo querer cerrar de golpe las teclas del piano y decirle a Marie que le buscara otro maestro. Pero él no podía hacerle eso, no a una niña pequeña. Y las lecciones lo obligaron a jugar un poco, por lo que pudo responder con un honesto “sí” cuando Sam le preguntó si estaba siguiendo sus ejercicios.

“No noto nada que pueda llamarse mejora”, dijo Bird.

“Dale tiempo”.

“No estoy seguro de que tengamos tiempo”.

Sam no respondió.

“Empecemos”, gritó Aviva. “Afuera, todos”.

El ritual en sí, reflexionó Maya, había añadido un poco de condimento pagano a su esencia judía. Casi podía oír las voces de sus abuelos, resoplando con leve desaprobación mientras Aviva los conducía al jardín para bendecir los elementos y reconocer las Cuatro Cosas Sagradas. Luego, los

participantes se lavaron las manos unos a otros como un rito de purificación y regresaron al interior.

Cuando todos estuvieron sentados a la mesa, Aviva sostuvo en alto el plato de alimentos sagrados.

“Aquí está el huevo de la vida y las verduras de primavera”, dijo Aviva. “Las hierbas amargas, que representan la amargura de la esclavitud, y el hueso de la pierna (en este caso, un cuello de pollo asado) para simbolizar los holocaustos llevados al Templo de Jerusalén”.

“Perfectamente ortodoxa”, susurró Maya a sus fantasmas.

Aviva continuó. “Y aquí está el *jaroset*, esta mezcla de manzanas, nueces, vino y especias, que siempre nos dijeron que representaba el mortero de los ladrillos que los hebreos colocaban para sus mayordomos. Pero sabemos que estos son los frutos sagrados de la antigua Diosa, manzanas de la vida, vino de intoxicación, los frutos del árbol que honran a Asera, quien permaneció reducida a la forma de un pilar en el Templo de Salomón y que luego fue expulsada del culto. Sin embargo, su memoria nunca se borró del todo y, a lo largo de los siglos, sus regalos nos han endulzado la dureza de la vida, del mismo modo que este alimento endulza las hierbas amargas que sumergimos en él. Probémoslo esta noche como una muestra de que ningún verdadero poder puede perderse por completo, y como una promesa de que,

sea cual sea la amargura que nos espera, también encontraremos dulzura”.

Maya podía sentir que sus antepasados se erizaban ante la mención de la Diosa. Todo cambia con el tiempo o muere, les dijo en silencio. Alégrate de que este ritual siga tan vivo. Ahora cállate o vete.

Ari, un hombre con barba negra sentado al lado de Aviva, se puso de pie.

“Dedico la primera copa de vino a los antepasados”, dijo. “Honro a los antepasados que fueron esclavos bajo los faraones”.

Uno a uno, dando vueltas alrededor de la mesa, hablaron.

“Honro a mis antepasados que fueron robados de África para ser esclavos en este continente”.

“Honro a los antepasados de esta tierra, esclavizados por los españoles”.

“Honro a mis antepasados que murieron en los campos de concentración de los nazis”.

“Honro a mis antepasados que murieron a manos de los Stewards en nuestra lucha por la libertad”.

“Honro a aquellos que morirán en las luchas venideras”.

Se hizo un silencio en la mesa, roto por la dulce voz de soprano de una joven que cantaba una bendición en hebreo. Bebieron la primera copa de vino.

A medida que el vino hizo efecto, comenzaron las discusiones. Y eso era bastante tradicional, pensó Maya. Recordaba los Seders de su infancia como pepitas de ritual incrustadas en una matriz de animada discusión, sus tíos discutiendo los puntos finos del ritual, su padre, cuando asistía, desafiando cada referencia a la ayuda divina externa, su abuela apareciendo periódicamente para quejarse en voz alta a su abuelo: “Oye, Jake, date prisa. La gente tiene que comer”.

Mientras Aviva y Holybear discutían amigablemente, Bird se quedó sentado envuelto en silencio. Maya se acercó y tocó su mano. Él le dio unas palmaditas en la mano distraídamente y le dedicó la pequeña sonrisa falsa que ella odiaba ver.

Sam estaba leyendo la Hagadá, el libro de oraciones, canciones e historias. “‘Y la Fuente de Todo nos sacó de Egipto, con brazo fuerte y mano extendida’”. Hizo una pausa, mirándolos por encima de sus gruesas gafas de lectura. “¿Qué significa eso para nosotros? Personalmente, después de los milenaristas, desconfío de cualquier tipo de intervención divina. Vengo de la antigua y excelente tradición secular judía de izquierda, donde nos enseñaron a usar la fuerza de nuestros propios brazos y manos. Si hay un

Dios o una Diosa que ofrece liberación, será mejor que seamos nosotros mismos”.

“Lo leo como esperanza”, dijo Aviva. “La esperanza es la fuente de la fortaleza. Podemos depender de nuestros propios brazos y manos, pero no podemos hacer nada sin esperanza”.

“Pero no es sólo una esperanza individual”, dijo una mujer que Maya no reconoció. “El brazo fuerte es en lo que podemos apoyarnos cuando todos nuestros brazos trabajan juntos”.

“Dios es nuestro apoyo unido”, dijo Ari.

“¿Pero qué pasa cuando estás solo?” preguntó la mujer de dulce voz.

“Aún tienes la fuerza del grupo para aprovecharla”.

“¿Y qué pasa si no lo haces? ¿Qué pasa si vas en contra del grupo? Preguntó Holybear. “¿Entonces estás alejado del alcance de la Diosa?”

En la pausa que siguió, Bird habló. Estaba mirando su copa de vino y su voz parecía lejana, como si tuviera que regresar desde una gran distancia para encontrarse con ellos.

“He estado en Egipto”, dijo. Todos se volvieron para mirarlo. “Y sí, mis propias manos, brazos, mente y magia me

sacaron de allí. Pero no fui sólo yo. Y no era sólo la fuerza colectiva, porque eso parecía muy lejano en ese momento, y las personas con las que estaba, incluso juntos, no teníamos mucha fuerza. Así que no puedo decirte qué fue. No era un anciano con barba ni una gran dama en el cielo. Pero cuando quedé atrapado allí, algo me alcanzó”.

“¿Cómo invocamos eso?” Preguntó Holybear en voz baja. “¿Dónde ponemos nuestro orden de intervención divina? Porque sin él, si son sólo nuestros propios brazos y manos, por más unidos que estén, francamente no creo que vayamos a ganar esto”.

“No estoy hablando de ganar o perder”, dijo Bird. “Ni siquiera estoy hablando de ser liberado o de ser atrapado o de vivir o morir, en realidad. Estoy tratando de decir que *esto*, esta vivencia en la que todos estamos, tiene algo que busca la libertad. Quizás esa cualidad no sea la primera ni la más central. Podría ser como un hilo fino enterrado en toda una alfombra. Pero está ahí. La mano extendida está ahí. Si la alcanzas, te recuperará”.

Aviva rompió el silencio que siguió a la declaración de Bird sirviendo una nueva ronda de vino y el ritual continuó. Bebieron, comieron matzá y mojaron hierbas amargas en *charoet*, consumieron una comida enorme con todos los alimentos antiguos que Maya recordaba: bolas de matzá en sopa de pollo o caldo de verduras para los vegetarianos, pescado gefilte que Ari había preparado con la receta de su

abuela, pollo asado y patatas y verduras al vapor. La joven sobrina de Aviva robó el *afikomen*, el trozo de matzá que se reservaba para terminar la comida, y Ari tuvo que recuperarlo prometiéndole que la obligaría a desherbar el jardín durante una semana.

Finalmente se prepararon para el cierre. En el centro de la mesa había una copa llena de vino, tradicionalmente reservada para el profeta Elías.

“Abramos la puerta a Elijah”, dijo Aviva, “y cantemos su canción”.

Maya había permanecido relativamente callada durante toda la noche, pero en ese momento tuvo que hablar. “¡Oh, no!” dijo ella. “En realidad no vas a invocar a ese viejo fanático religioso, ¿verdad? ¡Protesto!”

“¿Por qué?” –Preguntó Ari. “¿Qué le pasa a Elías?”

“Mató a los sacerdotes de Baal, los consortes de la Diosa”, dijo Maya, “por la única razón de que mantenían las tradiciones de su propia tierra. Es el Junípero Serra de la Biblia, el típico racista imperialista intolerante. ¿Por qué diablos deberíamos darle de comer? ¡Será mejor que invoquemos el espíritu de Jezabel!”

“Sólo quiero cantar la canción”, dijo Sam. “No estoy proponiendo que resucitemos su fantasma”.

“Estás hablando de cantar una invocación, abrir una puerta a un espíritu y alimentarlo”, dijo Maya. “Lo siento, para mí eso es un acto de magia”.

“¿Sabes lo que significa la canción?”, preguntó alguien.

“Significa Elías el Profeta, Elías el tisbita, Elías el galadita. Poner nombres. Se trata de de dónde es”, dijo un niño.

“¿Pero qué pasa con el segundo verso?” Su hermana mayor habló. “Te lo traduciré; dice: 'Pronto, en nuestros días, vendrá nuestro Señor, el Mesías, hijo de David'”.

“Sí, ¿qué pasa con eso, Sam?” dijo Maya. “Tú, el secularista, llamando al Mesías para que nos libere”.

“Simplemente me gusta la canción”, protestó Sam. “¿Es eso un crimen? Me trae recuerdos felices de mi infancia. Toda la familia sentada alrededor de la mesa del Seder, peleando como lo estamos haciendo ahora”.

“¿Puedo sugerir un compromiso?” dijo Aviva. “Cantaremos la canción para mantener contento a Sam, pero con la puerta cerrada. Luego abriremos la puerta y llamaremos a los espíritus de todos aquellos que han sido asesinados a lo largo de la historia a causa de la intolerancia religiosa, y los alimentaremos”.

“¡No hay suficiente comida en todos los graneros del mundo para alimentar a todos esos fantasmas!” dijo Maya.

“Simbólicamente, los alimentaremos. Y pídeles que nos ayuden a resistir los tiempos venideros”.

“Puedo vivir con eso”, estuvo de acuerdo Maya.

“Sólo quiero cantar la canción”, dijo Sam. “No me importa si invocamos a Elías, Jezabel, Papá Noel o el Conejo de Pascua. Una vez al año me gusta escuchar esa canción”.

Con la puerta cerrada, cantaron.

*Eliyahu HaNavi, Eliyahu HaTishbi,
Eliyahu, Eliyahu, Eliyahu HaGiladi....*

Los acordes menores llenaron la habitación y se filtraron a través del umbral hacia la noche. Entonces Aviva abrió la puerta y los espíritus de los muertos entraron corriendo. Maya creyó poder verlos, todavía ligeramente brillando con la luz de la luna llena y hambrientos. Por un momento el aire estuvo denso con su presencia; luego, cuando la puerta se cerró, salieron y regresaron a la noche iluminada por la luna, donde los jirones de las viejas carreteras brillaban como hilos de una red. Lejos hacia el sur, los ejércitos se reunieron. En las colinas y cañones secos, la luna hacía espejos con restos de agua poco profundos.

Esa noche Maya soñó con el profeta Elías. Él vino y se sentó a los pies de su cama. Para su sorpresa, se dio cuenta de que era un hombre pelirrojo.

“¿Qué quieres, viejo fanático?”, le preguntó ella. “Te conozco y conozco tu historia. No eres más que un asesino con una reputación inflada.

“Te quiero”, dijo.

“Olvidalo”.

“Quiero ayudarte”.

“¿Y de qué ayuda has sido alguna vez? ¿Ayudaste a los cuatrocientos sacerdotes de Baal que mataste en tiempos de Jezabel? ¿Ayudaste a los cientos de generaciones que murieron de hambre, sudaron y sufrieron y, en lugar de levantar la mano para mejorar su propia suerte, esperaron que anunciaras al Mesías? ¿Y qué pasa con las mujeres? ¿Alguna vez has levantado un dedo de tu mano sagrada y profética para ayudar a una mujer judía soltera o a escapar de un matrimonio infeliz, o aprender a leer los libros sagrados, o expresar sus propios pensamientos y hacer que la congregación los escuche? Durante cientos de generaciones, las mujeres judías te han invitado cada año a comer los alimentos sagrados preparados por sus propias manos, el huevo y las verduras, el agua salada de las lágrimas y el dulce jaroset, el matzá sin levadura, el pan de aflicción,

que llamamos. Sin embargo, ¿cuándo has aligerado siquiera una migaja de nuestra aflicción? Y te diré algo más: esos alimentos son los verdaderos portadores de la tradición, de los misterios sagrados. No lo que sale de la boca de tus hombres, las palabras y las historias y los interminables argumentos y explicaciones, sino lo que nosotras las mujeres brindamos para poner en tu boca, el sabor del dolor, el sabor de la primavera, el sabor de la esperanza y los nuevos comienzos. “Maya estaba sentada en la cama ahora. La habitación se llenó de una tenue luz que parecía emanar del cuerpo del profeta, y esto la enfureció aún más. “¿Qué diablos estás haciendo aquí en mi habitación, viejo fraude? ¡Sal! No te abriré ninguna puerta ni te dejaré ninguna ofrenda. En mi libro, tú eres el enemigo”.

Elijah se cambió la bata blanca, se la subió al hombro izquierdo y se acomodó más cómodamente en la cama.

“¿Has terminado? ¿Puedo hablar?

“Te digo lo que diría mi abuela, ¡feh!”

“Maya, ya que así es como eliges llamarte, déjame preguntarte esto. ¿Qué pasa con el enemigo que es invitado a compartir el banquete? ¿El enemigo no se transforma?

“¿Qué estás tratando de decirme? ¿Que te has pasado del lado de la Diosa?

“Nunca lo sabrás si no dejas de gritarme”.

“¡No estoy gritando! Pero irrumpes en mi habitación sin ser invitado, te niegas a irte, invades mi espacio, como solíamos decir, así que no te sorprendas si me pongo un poco irritable.

“Sólo estoy aquí para hacer mi trabajo”.

“¿Que es qué?”

“Sabes que soy el heraldo del Mesías. Soy el precursor de la liberación, el presagio de la redención”.

“¿Enviado por un Mesías? Lo siento, no lo recuerdo. Mira, Elijah, esto ya se hizo y no se hizo bien. El último Mesías nos dio dos mil años de dolor. Cruzadas, pogromos, misioneros, guerras santas. Ahora los milenaristas. ¿Realmente necesitamos otra ronda?

“Maya, eres una mujer mayor, pero yo soy incluso mayor que tú. ¿No se te ha ocurrido que la redención podría haber cambiado de forma en los últimos milenios? ¿Cómo podría no ser así? ¿No es Dios el cambio?”

“¿Jehová? No suena propio de él”.

“Diosa, entonces. ¿Importa tanto el nombre o la forma de los míticos genitales divinos? Maya, año tras año, generación tras generación, las mujeres me han alimentado cada primavera. He probado la primavera, las lágrimas y la sangre hasta que algo en mí quiso levantarse y bailar,

revolcarse en el barro. Soy un hombre cambiado, Maya. ¿No puedes ver? El Mesías que anuncio se ha convertido en la redención de la tierra”.

Él la estaba mirando con ojos que brillaban suavemente, como el agua reflejando nubes. Oh, este es mi problema, pensó Maya, siempre me enamoro de ellos, de los heridos. ¿No creerías que a mi edad ya lo habría superado? Sin embargo, podía sentir su atractivo.

“¿Como puedo confiar en ti?” –preguntó finalmente.

“Tócame”.

Ella extendió un dedo vacilante hacia delante y él le estrechó la mano con su mano grande y pecosa, cuyos pelos rojos del dorso brillaban a la luz de la lámpara. Algo se movió a través de ella, como una gran lágrima que se desplegaba, se escurría y la inundaba, lavándola hasta dejarla limpia, lavada, de modo que todos sus espacios vacíos y doloridos brillaran con luz. La habitación se llenó de luz, dorada, plateada y de un verde pálido, como tiernas hojas nuevas que brotaban de un viejo brote, y una fragancia como la de la mañana de las flores.

“Escúchame, Maya”, dijo Elijah. “Dile esto a tus enemigos: Hay un lugar reservado para ti en nuestra mesa, si decides unirte a nosotros”.

Luego se fue. Se hundió en un sueño plateado y sin sueños. Por la mañana, cuando Bird le trajo el té, olisqueó el aire con curiosidad.

“¿Por qué tu habitación huele a rosas?” preguntó.

Capítulo XVI

En su mente, Madrone mantenía a menudo conversaciones con Maya o Bird. Llevaba más de una semana en el campamento de la colina; sus malestares se habían vuelto familiares. Uno puede acostumbrarse a cualquier cosa, se imaginó explicando, mientras mezclaba miel con harina de bellota para preparar un escaso desayuno, no diferente de su escasa cena de la noche anterior. Puedes acostumbrarte al hambre y la sed. El truco consiste en no pensar en ello o en no admitir que estabas pensando en ello. La Diosa lo sabe, no faltan distracciones.

Sus días estaban llenos de tareas, atendiendo a los enfermos y ayudando a Melissa con los heridos, desgranando las pequeñas bellotas de los robles y los gordos granos de los robles del valle, moliendo harina, lixiviando su

amargo ácido tánico en la mayor cantidad de agua corriente posible. Sintió que se volvía más dura, más seca, más encerrada en sí misma, como un arbusto de chaparral de hojas coriáceas, que gira sólo los bordes de sus hojas hacia el sol.

Noche tras noche intentó volver a *soñar* con Lily y el Consejo, pero todo lo que soñaba era agua, lluvia cayendo sobre el techo de la Casa del Dragón Negro, el sonido del pequeño arroyo afuera de la puerta principal, el rugido de un río en un desfiladero en lo alto de las Sierras, cuencos de agua dejados en los altares como ofrendas, agua caliente derramándose sobre su cuerpo en la ducha.

Hay una cosa a la que no me puedo acostumbrar, se imaginó diciendo a Maya. Puedo adaptarme a la escasa dieta, incluso puedo soportar la sed, masticando una bellota cruda para que su sabor astringente distraiga mi boca de la necesidad de agua. Pero no puedo acostumbrarme a la suciedad, al olor de mi propio cuerpo sucio, a los mechones grasientos de mi cabello. Y lo que es peor, el estado de mis pacientes, en el que apenas vale la pena pensar.

Cuando le llegó la sangre de la luna, Rocky le mostró los montones de musgo suave que había reunido para usarlos como almohadillas, pero todavía había manchas en sus piernas y manos y todo empezó a oler y saber a hierro.

“Tengo que darme un baño”, le dijo finalmente a Rocky una mañana. “No me importa si tengo que volver caminando hasta la costa o tener que requisar yo sola un camión cisterna. ¡Simplemente no puedo vivir así!

Rocky se rió. “Tal vez alguien pueda llevarte a la cascada. Es una caminata de dos o tres horas para llegar allí, por lo que a menudo no me parece que valga la pena. Pero si quieres ir, le pediré a Hijohn que te lleve. Necesita hacer ejercicio, recuperar sus fuerzas antes de emprender otra incursión”.

“Eso parece un largo camino”, dijo Madrone, dubitativa. “Tal vez no debería”.

“Supongo que todos podrán sobrevivir sin ti por una tarde. Te traeré algunas bellotas”.

Hijohn vino a buscarla un rato después. Llevaba un saco de bellotas colgado a la espalda y un rifle al hombro.

“¿Lista?” preguntó.

Madrone asintió. El rifle la puso nerviosa. Por lo general, no había armas a la vista en los alrededores del campamento; no había visto ninguna desde su llegada.

“¿Realmente necesitamos eso?”, preguntó.

“No me molestaría en llevarlo si no lo necesitáramos. Saldremos del área que nuestros exploradores mantienen en guardia. Podríamos toparnos con patrullas o cualquier cosa.

“Y si lo hiciéramos, ¿les dispararías?”

“Si nos vieran y no pudiéramos escapar de ellos, quizá tendría que hacerlo. ¿Eso te molesta?”

“Por supuesto que me molesta. Me enferma pensar en ello. ¿No te molesta?”

“Trato de evitarlo”, dijo Hijohn. “Pero esto es una guerra, Madrone. Y de eso se trata la guerra. Matar o morir”.

“Sé de guerra”, espetó Madrone. “Nací en Guadalupe, allá en Centroamérica. Mi madre fue asesinada por un escuadrón de la muerte. Durante el levantamiento vi gente fusilada. Sé que sucede. Pero eso no significa que tenga que aceptarlo o que me guste”.

“No tiene por qué gustarte”, dijo Hijohn. “Pero hay que aceptarlo. A menos que conozcáis una alternativa, en tu ciudad milagrosa”.

Madrone guardó silencio. ¿Qué estaba pasando en la Ciudad?, se preguntó. ¿Llevaban ofrendas de flores primaverales a la bahía y cantaban antiguas historias sobre

el regreso de Perséfone? ¿Qué harían cuando les llegara la guerra?

“¿No?” –Preguntó Hijohn.

“No hacemos milagros”, le dijo Madrone. “Acabamos de aprender a vivir en paz unos con otros. Eso no es tan difícil de hacer. Pero qué pasará cuando nos llegue la guerra... no lo sé”.

“Mientras tanto”, dijo Hijohn, “vamos a bañarnos. Si tienes algún problema, déjame encargarme”.

Hijohn condujo a Madrone por un sendero casi invisible entre la espesa maleza. Siguieron un arroyo que al principio no era más que una sugerencia de humedad, un hilo de barro, una hilera de pequeños charcos cubiertos de la baba verde de las algas. Más arriba, encontraron un charco un poco más profundo, tal vez de la profundidad de la articulación de un dedo, todavía viscoso y estancado. Mientras caminaban, vieron el comienzo casi imperceptible de un movimiento en el agua, una mera sugerencia de ondas. Siguieron el lecho del río pasando charcos de roca y hondonadas hasta que el lento hilo de agua se convirtió en un flujo. Por fin oyeron el dulce y musical sonido, nota tras nota, del agua que corría.

Saltaron sobre un saliente de roca y treparon. Madrone sintió que podía beber por los oídos, tenía sed incluso de oír

el sonido del agua. Por fin llegaron a la piscina, que les llegaba como máximo hasta las rodillas, y la catarata era sólo un fino chorro que se deslizaba por una roca escarpada. En casa, pensó Madrone, no lo habríamos llamado charco, y mucho menos cascada, pero no se quejaba. Era suficiente caída para tener voz y haber excavado un espacio redondeado en el acantilado de arenisca donde danzaban los reflejos.

Se arrodillaron y bebieron. El agua sabía ligeramente a algas, pero a Madrone no le importó. *Diosa*, que bueno, que bueno, beber hasta saciarse, todo lo que quisiera. Mojó las manos en el agua y se la echó en la cara, dejando caer las gotas, riendo. Cuando terminaron de beber, llenaron sus recipientes de agua.

“Me alejaré, si quieres, y te dejaré bañarte en paz”, dijo Hijohn.

“Realmente no es necesario”, dijo Madrone. “Quiero decir, de donde vengo no nos avergüenza la desnudez”.

“¿Seguro?”

Ella asintió y se quitó la camisa y los pantalones. Sus ojos la siguieron mientras ella entraba a la piscina, se agachaba y se chapoteaba. Quizás esto no sea prudente, pensó de repente. Es demasiado sugerente. La piscina era tan pequeña que no cabían los dos sin rozarse. Hijohn se dio la

vuelta, se sentó en una roca, le dio la espalda a la piscina y contempló el cañón por el que habían caminado. Madrone se sintió ligeramente decepcionada. Eres incorregible, se dijo. Sólo porque no has tenido sexo por un tiempo. Qué vergüenza. Ni siquiera es realmente lo que llamarías atractivo, excepto que claramente en estos lugares es el macho alfa.

Se frotó la piel con arena para quitar la suciedad arraigada, frotando con fuerza como para limpiar sus pensamientos. De todos modos, el agua era mejor que un amante, pensó, llegaba a más lugares íntimos, penetraba más profundamente en sus poros, la dejaba limpia. Se frotó el cuero cabelludo con arena y se enjuagó el cabello, luego se subió a una roca para secarse.

“Tu turno”, le dijo a Hijohn. “Sin embargo, me temo que ahora está un poco embarrado”.

“No me importa”. Él le sonrió. Sí, tiene una sonrisa realmente bonita, pensó. “Mantén la vigilancia en el cañón, ¿quieres? Si ves algo sospechoso, grita”. Dejó el rifle en el suelo junto a la piscina, cuidadosamente a su alcance.

Obedientemente, se giró y miró hacia el cañón. Lo que evitará que mis ojos se desvíen hacia donde no deberían ir, se dijo, consciente de que Hijohn se desnudaba detrás de ella. El verde brillante de las hojas nuevas de roble, el azul verdoso de la salvia blanca y el amarillo verdoso de las copas

en ciernes de los sicomoros de corteza blanca formaban patrones en movimiento en el chaparral gris. Las lilas silvestres florecían en racimos de diminutas flores en forma de estrella, de color blanco azulado, que exudaban perfume, provocando que las abejas se pusieran a trabajar frenéticamente. Mariposas anaranjadas revoloteaban sobre susans de ojos negros que florecían junto a enredaderas de campanillas blancas y salvajes y otras flores que no podía nombrar, plateadas, violetas y azules.

“Espero que hayas querido decir lo que dijiste sobre la desnudez”, dijo Hijohn, apareciendo de repente detrás de ella en la roca, “porque acabo de lavar nuestra ropa”.

Ella lo ayudó a extenderlos para que se secaran. Se sentaron tomando el sol, con el rifle al lado de Hijohn. Un palmo de espacio los separaba, y el aire entre ellos parecía presionar contra su carne desnuda.

El cabello de Madrone estaba casi seco. Se sentó y empezó a peinarlo en trenzas.

“¿Por qué no lo dejas suelto?” –Preguntó Hijohn. “Se ve bonito de esa manera”.

“Recoge cosas si no lo trenzo. Envuelve sus pequeños zarcillos alrededor de hojas y ramitas e intenta colgarme de las ramas. Realmente, debería cortarlo, pero todavía no me atrevo a hacerlo. A Sandy siempre le gustó así”.

“¿Quién es Sandy?”

“Mi *compañero*, socio, amante. Lo era. Murió el verano pasado”.

“Lo lamento”.

Se sentaron en un silencio que finalmente empezó a resultar incómodo.

“¿Siempre has vivido así?”, le preguntó Madrone a Hijohn.
“¿Cómo llegaste a las colinas?”

“Al mirarme, uno no lo pensaría”, dijo Hijohn, “pero mi padre y mi madre eran actores en las pantallas panorámicas. Gente realmente guapa. Cuando los mayordomos asumieron el control, dejaron que los milenaristas limpiaran la industria. Querían que todos firmaran el Credo Milenarista. Mi papá no lo hizo. Mi madre tampoco. Mucha gente en la industria se resistió y no firmó. Un día los reunieron a todos y enviaron a las mujeres a los rediles. Esa fue la última vez que vi a mi madre. Mi padre había estado en exteriores con un equipo, terminando el último rodaje para el que lo habían contratado antes de la represión. Algunos de los muchachos se enteraron de lo que estaba pasando, se escondieron en el desierto y se armaron. Mi papá se coló en la ciudad, me sacó de la escuela donde me habían encerrado y nos unimos a ellos. Tenía nueve años.

Empezamos a asaltar los corrales, pero nunca encontramos a mi madre”.

«Así que tiene exactamente mi edad», pensó Madrone. A juzgar por su aspecto, podría tener cuarenta años.

“¿Qué son exactamente los rediles?”

“Algunos de ellos son como prostíbulos, donde atienden a los soldados. Algunos son como granjas, donde crían soldados, corredores y otras cosas”.

“Oh”. Parecía inadecuado, pero no se le ocurrió nada más que decir. Son cosas demasiado horribles para comprenderlas, como la trata de esclavos africanos o los campos de exterminio nazis. La dejaron entumecida en respuesta. Pero eran reales y estaban sucediendo ahora. Incluso podrían pasarle a ella.

“Lamento lo de tu madre”, dijo, sus palabras sonaron planas y estúpidas.

“Eso fue hace mucho tiempo. Estoy seguro de que ahora está muerta. Las mujeres no sobreviven veinte años en los corrales”.

Él también se ha entumecido. ¿De qué otra manera soportas el recuerdo insoportable, la imagen que quema el fondo de tus ojos? Como yo, es un niño sin madre.

“Entonces ya ves por qué llevo un rifle”, continuó Hijohn. “Si tuvieras que elegir entre matar a un tipo o dejar que te lleven a los corrales, ¿qué preferirías que hiciera?”

Los rediles son reales y me podría pasar a mí. Fue un pensamiento frío. No es un pensamiento nuevo (sé lo que le pasó a Bird, al propio Hijohn), pero aquí parece mucho más cercano, mucho más real.

“No puedo responder a eso”. Madrone se volvió para mirarlo a los ojos, pero estaban fijos en el sendero que conducía río abajo debajo de ellos. “Entiendo por qué llevas un arma. Es que siempre me enseñaron que los fines no justifican los medios, que los medios determinan los fines que se pueden alcanzar. La paz no puede surgir de la violencia”.

“No, pero la violencia puede eliminar parte de la maleza”, dijo Hijohn. “Hacer un poco de espacio y luz”.

“No soy de aquí”, dijo Madrone, tocándole el brazo ligeramente y luego retirando la mano. “No puedo atreverme a decirte cómo pelear. Pero creo que tiene que haber otro tipo de poder, en algún lugar, de alguna manera, diferente de la violencia y tal vez a su manera más fuerte, si podemos aprender a encontrarlo y ejercerlo”. ¿Es ese el tipo de poder que debo reunir? ¿Puedo encontrarlo en estas colinas secas y duras?

“¡Al suelo!” Dijo Hijohn de repente, empujándola con tanta fuerza que ella rodó desde la roca hacia la maleza. En un instante tenía el rifle y yacía boca abajo, mirando por la mirilla.

“¿Qué ocurre?” –susurró Madrone–. Luchó por controlar su propia respiración. El pulso le latía en la garganta. *Diosa*, estábamos hablando de teoría y ahora está sucediendo. ¿Qué pasa si mata a alguien para protegerme? ¿Qué pasa si no lo hace? Diosa, Maya, ¿por qué vine aquí?

“Alguien viene por el camino”, susurró Hijohn. “Retrocede lentamente, detrás de la roca, para que te cubra. Te seguiré”.

Se arrastró hacia atrás, con el suelo pedregoso duro sobre sus rodillas. Hijohn se deslizó con gracia por la roca, sin dejar de mirar el camino. Madrone no oyó pasos, sólo el zumbido de las abejas bajo la brillante luz del sol.

Una abeja le rodeó la cara y se separó hacia la nariz de Hijohn. Oh, Diosa, eso es todo lo que necesitamos, que nos piquen ahora mismo, pensó. Pero Hijohn bajó lentamente su arma.

“Creo que está bien”, dijo. “Son las hermanas”.

Entonces el sonido de las abejas llenó el cañón. Miles de ellas parecían estar zumbando, tarareando y lanzándose a probar el néctar de su sudor.

“Sal, Madrone”, llamó Melissa. “Las hermanas han enviado a buscarte”.

Madrone se levantó lentamente y salió de detrás de la roca, junto a Hijohn. Los ojos de Melissa eran huecos oscuros detrás de la piel viva de las abejas en movimiento que cubrían su rostro y su cuerpo. Parecía extraterrestre, ya no del todo humana.

“¿Qué quieren de mí?” –Preguntó Madrone.

“Es hora de que aprendas a ser una de nosotras”.

Tal vez fuera la descarga de adrenalina que todavía había en su torrente sanguíneo, pero el corazón de Madrone todavía latía con fuerza y su respiración aún era superficial y entrecortada.

“¿Que tengo que hacer?”

“Debes ser iniciada. Ahora es el momento, mientras las lilas silvestres todavía están en flor”.

“¿Qué implica eso?”

“Durante los próximos nueve días, nos pertenecerás”.

“¡Nueve días! No sé si podré estar fuera nueve días”. Miró a Hijohn, medio rogando una excusa, una salida. Hijohn se limitó a encogerse de hombros.

“Cuando las abejas llaman, no discutimos”, dijo.

“Pero la gente morirá”, dijo Madrone, “si no estoy allí para atenderlos y curarlos”.

“Otros vivirán si reúnes el poder”, dijo Melissa. “¡Ven!”

Madrone no pudo negarse. Rápidamente se puso la ropa aún húmeda y siguió al Melissa de regreso al cañón.

Melissa la llevó por un sendero lateral sobre una cresta y hasta otro lecho de arroyo, éste casi seco. Caminaron hasta un afloramiento rocoso donde hace mucho tiempo un río había abierto un pequeño agujero en una orilla, una cueva en forma de cúpula lo suficientemente grande como para que una persona yaciera acurrucada en su interior. Fuera de la cueva estaba sentado un grupo de mujeres, cada una envuelta en abejas como Melissa. Juntas, parecían menos formas humanas que vórtices de energías giratorias, una danza de alas batientes que avivaban el aire a su alrededor y arrojaban el polvo marrón en torbellinos. Saludaron a Madrone con un gesto de balanceo que hizo que las abejas zumbaran aún más fuerte. El ruido llenó la cabeza de Madrone, cancelando pensamientos y recuerdos, dejando nada más que una especie de miedo primario.

“¿Qué va a pasar?” –susurró Madrone–.

Melissa no respondió.

No hay nada que temer, se dijo Madrone. Donde hay miedo, hay poder. Extrañeza, es simplemente extrañeza, el miedo de los mamíferos al mundo de los insectos, exhala. Pero la rodearon y durante un largo momento ella luchó contra el pánico.

Estaba rodeada de abejas, tarareando y zumbando de modo que ya no podía pensar, sentir ni temer. Unas manos le quitaron la camisa por la cabeza, le bajaron los pantalones y se los quitaron por los pies y le desenredaron el largo cabello. Vertieron miel sobre su cuerpo y la frotaron por todo su cabello. Cuando Melissa se llevó una concha a los labios, tuvo un último impulso de resistir, de aferrarse a sí misma sin cambios. Pero Melissa echó la cabeza hacia atrás y vertió el líquido por su garganta, por lo que tuvo que tragar o ahogarse. Lo tragó, trago tras trago, saboreando miel fermentada y algo más, sintiendo que su garganta y su vientre se incendiaban, y el fuego la atravesaba y la cambiaba. Todo a su alrededor desapareció y no quedó nada más que un dulce fuego dentro de ella, y afuera, el zumbido y el fragante aire.

Dulzura. Estaba inmersa en la dulzura. Su sentido del olfato fue aumentado. El aroma de las lilas silvestres en el aire se convirtió ahora en la cualidad predominante del universo. Cada respiración la llenaba con la promesa de comida, amor y vida abundante. La dulzura la llevó, la lanzó con alas.

Estaba suspendida en el aire perfumado, siguiendo su nariz para enterrarse profundamente en el corazón de las flores. Su cuerpo sintió la atracción magnética del Polo Norte del mismo modo que sentía la atracción de la gravedad. Los pétalos la rozaron con su tacto húmedo y aterciopelado, y ella se sumergió en sus profundidades, llenando sus fosas nasales con aroma hasta que todo su cuerpo tembló, extendiendo su lengua para sorber el delicado néctar para que fuera toda dulzura, por dentro y por fuera.

Alguna parte humana de su mente gritó, luchando por contener los aromas que se movían a través de ella y a su alrededor, por nombrarlos, describirlos, limitarlos. Sage. Lily. Ésos eran nombres a los que podía aferrarse y los nombres la mantenían anclada a sí misma. Bird. Madrone.

“No luches contra el cambio”. Oyó la voz de Melissa, que llegaba hasta ella no en palabras sino en una vibración áspera, un tono en el aire, un olor. “Déjalo ir. Déjalo ir”.

Ella estaba cayendo; luego volando. Lily no era un nombre sino un reino del aire que la llamaba a lugares donde todo su cuerpo palpitaba de deleite. Sage era un universo, picante, tonificante. ¡Esperar!, gritó su mente humana. “Suéltate”, Melissa zumbó, tarareó y murmuró. El propio miedo de Madrone era un hedor que apenas podía soportar. La carne de su cuerpo apestaba a sangre. “Levántate”, dijo Melissa. Madrone quería agarrarse a su forma humana, pero ya no tenía manos con las que agarrarse, sólo alas que batían

incesantemente, hélices de gasa que la alejaban de algo que yacía muerto debajo de ella y que no quería recordar. No, mamá, ahora no. ¿Qué estás haciendo aquí? Estás muerta hace mucho y muy lejos y quiero, y no quiero, ser derribada para ahogarme en la cálida leche roja de tu cuerpo. El aire se llenó de un sonido que podría haber sido el de su propia voz gritando.

“Suéltate”, susurró Melissa. “Déjate levantar. Sigue la dulzura”.

“Levántate”, murmuraron las voces de las hermanas, aunque Madrone ya no sabía si eran humanas o abejas. “Levántate y vuela. Alejate”.

Sí, ¿y por qué no? ¿Por qué no volar, cuando era tan fácil y sus alas la levantaban en el aire, elevándola cuanto más intentaba agarrarse? Pero si simplemente se soltara, la levantarían. Podía dejar que la alejaran de todos los horrores encerrados en su propia memoria humana y se disolvieran, se transformaran y tomaran vuelo.

Madrone yacía en la cueva, sin saber cómo había llegado allí. Hacía calor y se sentía segura, como en un útero, como en una colmena. Estaba cubierta de miel y había abejas con ella constantemente, un manto de ellas, alimentándose de su cuerpo. El cosquilleo de sus pies de hilo, el casi imperceptible raspado de sus lenguas avivaron todos los nervios de su cuerpo. Entonces algo le picó en el centro de

la frente. Latía y palpitaba, ni siquiera podía llamarlo dolor; en este estado la palabra no tenía significado.

Se movía en la colmena oscura y segura, donde su cuerpo rozaba el cuerpo perfumado, aprendiendo del movimiento y el olfato lo que la colmena sabía, los caminos a través del aire hacia el flujo de néctar, la salud de la cría, el calor dorado del sol. Y debajo de todo, el olor de la reina, algo que se deslizaba dentro de ella y la calmaba con una profunda sensación de bienestar, del mismo modo que el olor a leche del pecho calma a un bebé. Lo recuerdo, habría gritado si hubiera tenido palabras. Oh, mamá, te he extrañado muchísimo, pero antes de que pudiera hundirse en el olor de la cría, su cuerpo de abeja se hinchó y se alargó. Ella era la reina, alimentada con jalea real, emergiendo con fuertes alas de la colmena oscura del útero para elevarse por primera y única vez hacia la luz, arriba y arriba, batiendo sus fuertes alas el dulce aire, perseguida por una nube de drones. Sólo el más fuerte podría atraparla, podría sumergirse en ella en un momento de éxtasis en el aire y llenarla con la prole que estaba por venir. Anhelaba ese momento; lo anhelaba, pero antes de que llegara se movió de nuevo.

Ahora ella no era la reina, sino el macho, volando en espiral cada vez más alto en el aire, cobrando vida para el único momento loco de vuelo que era el propósito de su vida, con las alas azotando el aire en busca del cuerpo volador dorado que es el objetivo de todo deseo. El zángano entró en la

reina, su eje se enterró en la carne, y ella era los dos a la vez, cantando la unión, soltándose y derramándolo todo y recibiendo todo. Hasta que se acabó el momento. El zángano se alejó, arrancándose las tripas, renunciando a su gota de miel de la vida de la colmena para que la vida misma pudiera pasar a la reina y al huevo. Sintió un desgarró en el vientre; algo cedió. La colmena era un recipiente en el que la dulzura se derramaba a través de la forma, entrando y saliendo, de modo que la reina, el zángano y la obrera eran sólo configuraciones centelleantes, chispeantes y momentáneas del caleidoscopio mórfico, cada individuo una convergencia impermanente de líquido dorado y alas de encaje, disolviéndose y formándose, morir y nacer.

Dentro de su propio cuerpo fluían ríos de olores y sabores, y de repente los conoció de una manera que incluso ella, una sanadora, nunca antes había conocido: sabía los olores que su sudor podía producir y lo que cada uno significaba y cómo podían ser mensajes, conversaciones y ofrendas. Las abejas rascaron su sudor con lenguas inquisitivas. ¿Fueron manos humanas o alas de gasa las que la acariciaron hasta que la miel goteó de sus pechos y chorros de néctar brotaron de entre sus muslos? Algo la saboreaba, saboreaba lo que ella ofrecía, y todo era dulce.

Melissa tocó el centro de la frente de Madrone, donde todavía palpitaba el lugar picado. Con un cuchillo diminuto, abrió una herida que parecía una flor. Apareció una gota de sangre y las abejas se apiñaron, curiosas, por probar.

“Compartimos néctar con las hermanas”, dijo Melissa. Luego cubrió la herida con propóleo. Madrone tendría una pequeña cicatriz en forma de flor. El sudor que goteaba sobre esa cicatriz sería dulce, su propio néctar para alimentar a las hermanas.

Poco a poco Madrone se dio cuenta de que ya no estaba en la cueva. El tiempo había pasado; no tenía idea de cuánto tiempo había estado tumbada a la sombra de un arqueado y pálido sicomoro. Las abejas zumbaban perezosamente a su alrededor; su sonido ahora era para ella como música, óperas, sinfonías y oratorios, y al mismo tiempo como una multitud de amigos chismosos que le decían todo lo que necesitaba saber. Tenía bajo la mano un trozo de pan de bellota y, mientras lo comía, sintió que su mente empezaba a regresar. Sintió una sensación de vértigo, casi una visión doble. Podía ver a través de ojos de insecto multifacéticos más fácilmente que mirar las cosas directamente a su antigua manera humana.

El zumbido se hizo más fuerte y su visión cambió cuando la energía volvió a cambiar. Melissa estaba sentada a su lado.

“¿Cómo te sientes?” preguntó Melissa.

Madrone se sorprendió al escuchar la pregunta con palabras. Parecían incómodas, torpes, innecesarias cuando

una molécula de olor podía transmitir lo mismo. Ella dio su respuesta como había aprendido a hacerlo, con una gota de sudor en la mancha de su frente que llevaba en su química el sabor del asombro y la confusión.

“No, responde con palabras”, dijo Melissa. “Es hora de que recuperes tus palabras. Las necesitarás”.

Madrone cerró los ojos. Sabía que había una respuesta a la pregunta, pero las palabras parecían primitivas e inadecuadas comparadas con las delicadas sutilezas del gusto y el olfato.

“Debes hablar”, dijo Melissa.

“¿Por qué?”

“Porque debes regresar al mundo humano y ser la sanadora que allí se necesita. La colmena no es para ti”.

La pepita enterrada de su yo humano se agitó y se movió. Lo sé, pensó Madrone. Huele bien. Pero la colmena es dulzura, descanso, paz y cuerpos suaves que se rozan, tocan y se dan placer unos a otros sin cesar. Al recordarlo, dejó que el olor de su cuerpo suplicara quedarse.

“No lo querrías para siempre. Te resistirías y rogarías que te devuelvan tu nombre”.

Y eso también olía bien. Madrone suspiró y abrió los ojos.

“¿Cómo te sientes?” preguntó Melissa de nuevo.

“Estoy bien”, logró decir Madrone, y se rió de la imprecisión de las palabras. “Un poco... desorientada”.

“Pasaré a medida que comas más. Descansa hoy y practica tus nuevos poderes, y mañana quizá te llevemos de regreso al campamento.

“¿Por qué?”

“Debes anclar la visión de las abejas, para poder recuperarla o apagarla a voluntad. Aquí, toca tu frente, en el lugar de la abeja. Y recuerda tu antiguo yo y llámala. Di tu nombre humano”.

“Madrone”. Sacudió ligeramente la cabeza mientras su visión se aclaraba y el mundo volvía a dividirse en objetos separados.

“Y ahora vuelve a tocar el lugar, recuerda el olor de la colmena y deja que vuelva el sentido de la abeja”.

Una vez más, la visión cambió, dejando que el olor reemplazara a la vista y el conocimiento reemplazara al pensamiento.

“Y ahora vuelve a nombrarte a ti misma”.

Madrone vaciló, las palabras no tenían sentido, hasta que Melissa tomó la mano de Madrone y la colocó nuevamente en su frente. “Tu nombre”, le recordó.

“Madrone”.

“Practica ese cambio, hasta que puedas recordarlo cuando estés en tu mente de abeja y hacerlo a voluntad. ¿Puedes hacer eso?”

“Sí. He estado haciendo cosas así desde que era un bebé. Sólo necesito trabajar un poco en ello y querer volver”.

“Ese es siempre el desafío. La colmena es muy dulce”.

“Pero tú... permaneces en la mente de la abeja y, aun así, caminas, hablas e interactúas con otros humanos”.

“Tan poco como sea posible. Pero tengo muchos, muchos años detrás de mí con este cambio de forma, y de las otras Melissas también. Eres muy nueva y sólo te hemos dado una pequeña iniciación”.

“Si esta es pequeña, ¡Diosa, sálvame de la grande!”

“Puede que te llegue con el tiempo, pero creo que ese baile no es el tuyo. La gran iniciación lo requiere todo, y cuando emerges ya no eres tú misma sino parte de nosotras, como cada abeja es parte de la colmena. Pero no te hemos quitado nada: ni tu nombre, ni tu poder. Todo será como

antes. No eres de la colmena como nosotros, pero podrás recurrir a las hermanas en busca de ayuda, alimento y protección.

“¿Cómo? ¿Cómo puedo hacer eso?”

“A través de tu lugar de abejas. Entra ahora en tu mente de abeja y te enseñaré cómo llamar a las hermanas cuando las necesites”.

Madrone tocó el lugar y dejó que el aliento y el recuerdo la llevaran de regreso a la dulzura. Las abejas que cubrían el rostro de Melissa se movieron, como la raya de un velo, y de la cicatriz en forma de flor en el centro de su frente surgió una gota de sudor cristalina. Madrone se inclinó hacia delante y tocó la gota con la punta de la lengua. Todo su cuerpo cobró vida con anhelo. La llamaron, tenía que venir, quería venir. El sabor cambió. Ella sintió peligro; se llenó de rabia, sacudió su cuerpo y estuvo lista para desgarrarse y morir en defensa de la fuente de la dulzura. Y entonces el sabor volvió a cambiar, y conoció el hambre, un vacío que exigía ser llenado, y luego volvió a cambiar y supo que estaba destinada a llevar un aroma complejo de regreso a la colmena y bailar. Luego su mano golpeó nuevamente contra su propia frente, y una vez más regresó a su ser humano.

“Hoy trabajaremos sólo en estas cuatro cosas; el llamado a las abejas, el llamado a la protección, el llamado a la

comida y el llamado al mensaje. Si puedes aprender estos cuatro, te irá bien”.

“Y la curación que haces con las abejas, ¿puedo aprender eso?”

Melissa negó con la cabeza. “Eso viene después de la gran iniciación, e incluso entonces es complicado y peligroso. Va en contra de la naturaleza de las hermanitas, que es matar a los enfermos y heridos por el bien del todo, no cuidar las partes individuales”.

“Y lo que me has enseñado, ¿va en contra de su naturaleza?”

“Lo que te he enseñado funciona con su naturaleza. Así es como se comunican. Aun así, nunca cometas el error de pensar que las controlas. Son salvajes. Te ayudarán si lo desean, pero no siempre te entenderán, y con todo lo que has aprendido en estos días, apenas empiezas a comprenderlas”.

“¿Cómo aprendiste todo esto? ¿Quién te enseñó?”

“La anciana me enseñó, como nos enseñó a todos”.

“¿Y quién es ella?”

“En la época de la gran enfermedad y el hambre, cuando los Mayordomos llegaron al poder, ella huyó a estos cañones

para vivir tranquila y secretamente, porque era una Bruja. Cultivó un jardín y crió abejas, y cuando sus amigos y familiares murieron en la epidemia y ella se sintió sola, habló con las abejas y se parecía cada vez más a ellas, hasta que compartió algunos de sus secretos y aprendió a preparar el néctar que abre la mente de las abejas. Ella nos entrenó a todas”.

“¿Sigue viva? ¿Puedo conocerla?”

Melissa guardó silencio. Madrone se recostó, repentinamente exhausta. A través de la sombra moteada, puntos de luz solar brillaban rojos detrás de sus párpados.

“Descansa un poco”, dijo Melissa. “Traeré más pan y luego practicaremos de nuevo”.

Ella se quedó dormida. En su sueño, vio el rostro de Lily. La anciana juntó las manos y las llevó al centro de su frente, donde había una cascada. Se las tendió a Madrone y le ofreció una bebida. Madrone sumergió la cara en el agua fría y la lamió con la lengua como un animal. Experimentó la urgencia y el miedo.

Capítulo XVII

A Maya le pareció que toda la ciudad había acudido al Consejo. Reconoció a muchas personas, algunas a las que no había visto en años, desde que dejó de asistir a las reuniones del Gremio de Escritores, pero estaban rodeadas de filas de extraños apiñados en cada rincón libre del espacio, prácticamente sentados en el regazo de los enmascarados. La multitud proporcionaba un alivio visual de la tensión en la sala. A los habitantes de San Francisco siempre les habían encantado los disfraces, reflexionó Maya. Ahora la moda se había vuelto tribal; el atuendo anunciaba las lealtades y la identidad. El contingente del norte prefería chaquetas de cuello alto con suaves brocados, sedas con estampados de crisantemos, pareos o pantalones vaqueros sencillos que recordaban vagamente a la China de los años setenta. Los vecinos de la Casa del Dragón Negro lucían ponchos y camisas de algodón con bordados brillantes. Los técnicos

vestían monos sin adornos en colores sólidos, las delegaciones de las Tierras Tribales río arriba vestían sus vestimentas tradicionales completas con capas de plumas y sombreros de cestería, mientras que los hombres Hada del centro de la ciudad estaban adornados con bufandas y bisutería. Dentro de esas categorías más amplias había cientos de variaciones: una mujer con cinco aretes colgantes en cada lóbulo, un hombre delgado con un chaleco tachonado de diamantes de imitación, una persona alta de sexo indeterminado con un leotardo y un tutú. El cabello era afeitado, esculpido, trenzado, con cordeles, trenzas, rastas, teñido, adornado con cuentas y suelto. La propia Maya vestía el negro de vieja. Sencillo, pensó, y muy adecuado a su edad y su supuesta dignidad.

En un rincón estaban sentados grupos de las comunidades forestales del este y del norte, vestidos con ropa de trabajo tosca y botas pesadas. Alrededor de la sala se sentaban grupos de representantes de otras ciudades que abrazaban la Bahía y los lugares habitables de los valles fluviales. Contra la pared del fondo estaban sentados los representantes del Pueblo del Jabalí, con el pelo enmarañado y cubierto de tierra. El Consejo les había enviado una invitación especial para esta reunión. La gente dejaba un foso de espacio vacío a su alrededor y se abrieron ventanas en sus alrededores.

La multitud se calmó después de muchos empujones, arrastramientos y ajustes de pies, brazos y piernas. Bird estaba sentado aplastado contra el costado derecho de

Maya, con Sage apretujado entre sus piernas. A su izquierda, Nita estaba sentada en el regazo de Holybear. Cuando todos estuvieron instalados, un hombre y una mujer se levantaron en el centro.

“Soy Joseph”.

“Soy Salal. Somos los moderadores, los facilitadores de esta mañana”.

En una plataforma de firmantes una joven comenzó a traducir las palabras escribiendo y tecleando simultáneamente. La reunión había comenzado.

Joseph encendió una vela y Salal invitó formalmente a los espíritus de las Cuatro Cosas Sagradas. Maya sintió que la atmósfera de la habitación se hacía más profunda, mientras las Voces entraban en trance. Una mujer con un pañuelo blanco y faldas sueltas se levantó e invocó a Elegba el Tramposo, Dios de las Encrucijadas. Sage se levantó y llamó a Hécate¹⁰. Un hombre muy joven se levantó e invocó a los antepasados. Sor María, sentada no lejos de ellos, pidió la bendición de la Virgen. Un hombre que Maya reconoció del Seder recitó el Shemá. La llamada siguió y siguió, hasta que finalmente Sam se levantó.

10 Hécate (Hékate) es una diosa de la mitología griega capaz tanto del bien como del mal. Estaba asociada con la brujería, la magia, la Luna, los portales y las criaturas de la noche, especialmente los fantasmas. [N. d. t.]

“Mirad, no quiero pisar la religión de nadie. Pero podemos llamar a todos los espíritus del universo y al final todavía tendremos que decidir qué hacer. Tal vez será mejor que sigamos adelante, antes de que las tropas de los mayordomos pasen por la colina de San Bruno.

Hubo una leve risa cuando Joseph preguntó: “¿Estamos listos para comenzar la discusión?”

“Sí”, tronó la habitación.

“De acuerdo entonces”. Miró alrededor de la habitación con sus ojos oscuros y entrecerrados, pasando las manos por el cepillo de su corto cabello negro. “Sólo hay una pregunta principal en la agenda de hoy, y es: ¿Qué diablos vamos a hacer?”

“¿Podemos escuchar primero un informe de Defensa?” Sugirió Salal. “¿Cuál es exactamente la situación?”

La mujer que se levantó para hablar parecía tener unos ochenta años. Tenía ojos grises claros y el pelo blanco muy corto, y Maya la reconoció, de repente, como Greta Jeanne, una de *Las Cuatro*. A su lado, Lily estaba sentada, vestida con una sencilla camisola negra. Ella y Maya intercambiaron gestos de saludo.

“Hay un ejército de aproximadamente cinco mil personas marchando por la antigua autopista 101”, dijo Greta. “Están reparando la carretera a medida que avanzan, y suponemos

que cuando lleguen al tramo bueno de la península, que debería ser en aproximadamente una semana, traerán camiones del sur. Por la misma ruta también están tendiendo vías férreas, que los Consejos de Santa Cruz y de la Península han estado saboteando de forma bastante sistemática. Están bien armados con rifles láser, pistolas y, suponemos, otras armas”.

“Cinco mil... eso no es tan malo”, murmuró alguien.

“Esa es sólo la vanguardia. Su objetivo principal parece ser proteger las operaciones de construcción de carreteras. Hay más en camino”.

“¿Cuántos más?” –Preguntó Salal.

Bird se puso de pie. Todos los ojos en la habitación se volvieron para mirarlo. Se sintió casi avergonzado, como si al traer la noticia de la invasión fuera de alguna manera responsable de ella. “Por lo que vi el verano pasado”, dijo, “fácilmente podría haber al menos diez veces más”.

“¿Cómo diablos alimentan a toda esa gente?”, murmuró alguien.

“Se alimentan de gente como nosotros”, dijo Bird. “Se comerán nuestros jardines, nuestros campos y nuestro optimismo bastante rápido”. A continuación, él se sentó.

“¿Y qué tenemos en cuanto a recursos defensivos?”
–Preguntó Joseph.

Lily se puso de pie y enumeró cuidadosamente la cantidad de armas disponibles en las defensas de la ciudad. La discusión dejó a Maya algo perdida, pero pudo ver el rostro de Bird cada vez más sombrío. Holybear llevaba una máscara sombría, y ni siquiera Manzanita sonreía.

“¿Por qué no empezamos la producción de armas hace tres meses?” preguntó una joven.

“No tenemos fábricas para hacer armas, bombas y rifles láser”, dijo un hombre corpulento a quien Maya había visto antes, hablando en nombre del Gremio de Técnicos. “No tenemos consenso para construirlas. Y si lo hubiéramos hecho, habría sido a expensas de otra cosa: la producción de alimentos, las comunicaciones o el transporte. Especialmente si recordáis que nos estábamos recuperando de otra epidemia y ya era bastante difícil mantener los servicios básicos”.

“Eso es exactamente lo que querían. Podríamos habernos apretado el cinturón”, dijo un joven que, en opinión de Maya, ya estaba demasiado delgado.

“Tal vez”, dijo el gran hombre. “Pero si empezamos a preferir las armas a la comida y el agua, nos convertiremos en aquello contra lo que luchamos”.

“Pero si perdemos contra los Mayordomos, no podremos darnos el lujo de elegir comida, agua o cualquier otra cosa”.

“Ese es el dilema que ha planteado el patriarcado durante los últimos diez mil años”, dijo Greta.

“No creo que eso sea motivo de optimismo”, dijo Sam. “En todos esos cinco mil años, ¿ha vencido alguna vez el bando pacífico?”

¿Por qué es tan difícil creer en la guerra?, pensó Bird. He estado en las Tierras del Sur, me he enfrentado a su poder y, sin embargo, todavía no puedo creer que lograrán imponerla aquí. Quería preguntarle a Maya si cada guerra que había vivido le había parecido irreal.

“¿No es ese entonces nuestro desafío colectivo?” Dijo Lily. “Si no tenemos armas, tenemos que tener visión e imaginación”.

“Una visión no es mucha protección contra un rifle láser”, gritó una voz desde el fondo de la multitud.

La conversación continuó interminablemente, mientras se proponían, examinaban y finalmente abandonaban una estrategia tras otra por considerarlas poco prometedoras, si no desesperadas.

“No se rindan”, se dirigió Lily a la sala mientras la discusión se demoraba. “Ahora simplemente tenemos el desafío de

ampliar nuestra imaginación más allá de las soluciones que se han probado antes”.

“Bueno, parece que hemos agotado todos los enfoques prácticos, racionales y razonables para esta situación”, dijo Salal. “Lo que pasa es que nadie ve una salida. ¿Me equivoco? Entonces, o necesitamos un milagro, un plan de evacuación o una propuesta sobre cómo perder con dignidad”.

Ella tampoco lo cree, observó Bird. No precisamente. De lo contrario, ¿cómo podría sonar tan alegre, sacudiendo su cabello rojo fuego y sonriendo mientras habla de desesperación?

La Portavoz se movió y se dirigió con cautela hacia el oeste, prestando oídos al Salmon.

“El amigo Salmón dice: 'Hemos desovado en el arroyo de Los lobos y regresaremos. No os rindais. Escuchad a la narradora'”.

La figura enmascarada inclinó su cabeza hacia Maya. Se encontró mirándola a los ojos.

Había esperado evitar hablar ese día, había rezado para que Defensa tuviera algún plan secreto que la absolviera de compartir su visión. Y en parte era vergonzoso, admitió para sí misma, que durante más de medio siglo hubiera sido portavoz de la Diosa y aquí, en el momento crucial, aparecer

con la visita de un profeta del Antiguo Testamento. ¿Simplemente me estoy volviendo senil? Más que eso, las implicaciones de su visión la asustaban. Parecía exigir cualidades de coraje y visión que no estaba segura de que alguien poseyera.

De mala gana, ella se levantó. “Soy una narradora de historias”, dijo, “y tuve una visión. No me gusta mucho y no estoy seguro de qué bien nos podría hacer. Pero por si sirve de algo, aquí está”. Les habló de la visita del profeta Elías y ellos la escucharon con respeto. Terminó con las palabras que Elías le había dicho: “¿Qué pasa con el enemigo que es invitado a compartir la fiesta? ¿El enemigo no se transforma? Diles esto a tus enemigos: hay un lugar reservado para ti en nuestra mesa, si decides unirte a nosotros”.

El silencio se intensificó en toda la habitación.

“Entonces, ¿lo que estás proponiendo es...?” –Preguntó Joseph.

“La resistencia no violenta”.

“Algo así parece indicado”, dijo Salal. “Dado que el éxito en la resistencia violenta parece estar fuera de nuestras posibilidades”.

“¿Como funciona?” preguntó una joven de las Comunidades Forestales.

“Como el rey de Dinamarca”, dijo Maya. Los rostros a su alrededor parecían desconcertados. “¿No te enseñan historia? En la Segunda Guerra Mundial, cuando los nazis se apoderaron de la mayor parte de Europa, emitieron una proclama según la cual todos los judíos debían llevar una estrella amarilla en la ropa. Era el primer paso para acorralarlos y enviarlos a los hornos. Y la mayoría de los países colaboraron. Pero en Dinamarca, el día después de que se proclamara la ley, el rey salió con una estrella amarilla, al igual que todos los demás. Sus judíos sobrevivieron”.

“¿Pero cómo funcionaría aquí?”, preguntó alguien más.

Respondió Maya. “Supongamos que nadie en la ciudad obedece a los invasores, ni los ayuda, ni les da información. Supongamos que todo lo que les decimos a los soldados cuando vienen es: “Hay un lugar reservado para ustedes en nuestra mesa, si deciden unirse a nosotros”.

“¿Completa falta de cooperación?” –preguntó Greta.

“No soy gandhiana”, dijo Maya. “He trabajado en movimientos no violentos toda mi vida, pero nunca creí en los beneficios espirituales de la autoinmolación. Para ser honesta, no sé si esto funcionará. En parte depende del enemigo al que nos enfrentamos y de lo despiadados que estén dispuestos a ser”.

Bird volvió a levantarse. Había estado discutiendo esto con Maya toda la semana y todavía no estaba seguro de si llegaría a estar de acuerdo con ella. “Son despiadados”. Habló lentamente, firmando sus propias palabras mientras avanzaba, como si deliberadamente mostrara sus manos rotas. “Me he enfrentado a algunos de ellos y, francamente, no puedo imaginarlos transformándose, ni siquiera bajo la influencia de nuestros dulces personajes. Pero existe esto. De esos primeros cinco mil, al menos cuatro mil quinientos serán negros, marrones, amarillos, rojos o alguna combinación de ellos, mezclados con simplemente pobres. Y están en el ejército porque vienen de un mundo que ni siquiera podéis imaginar (yo mismo apenas puedo imaginarlo, aunque estuve encerrado en él durante diez años) donde el color de tu piel determina todo sobre ti; donde si no tienes dinero no sólo no comes, ni bebes. Es posible que estos tipos nunca hayan visto agua corriendo libremente. Vendrán marchando hasta aquí y les parecerá el paraíso en la Tierra.

“Así que podría funcionar. Algunos de ellos podrían agradecer una invitación para venir. Pero no todos. Si hacemos esto, algunos de nosotros vamos a morir. Algunos o muchos de nosotros vamos a ser heridos, encarcelados, golpeados y torturados”.

“¿Y si peleamos?” –Preguntó Lily.

“Estaríamos luchando, pero de una manera diferente”, dijo Nita.

“¿Si los combatimos con armas de fuego?” Lily prosiguió. Habló desde su asiento, en voz baja, pero su voz resonó por toda la habitación y sonó con autoridad. “¿Entonces algunos de nosotros no vamos a morir, ser encarcelados o torturados? ¿No estamos simplemente renunciando a la satisfacción de llevarnos a algunos de ellos con nosotros?”

“No menosprecies esa satisfacción”, dijo Bird. “Es real”.

“Puede que sea real”, dijo Lily, “pero es un capricho que no podemos permitirnos. Porque aquí no somos sólo nosotros los que están siendo juzgados. Estamos en la cima del futuro, y la gran división determina si lo que hemos construido puede sobrevivir o no”.

“Sobrevivirá si tenemos las agallas para defenderlo”, dijo Cress del Consejo del Agua, levantándose y apartándose el pañuelo rojo que sujetaba su cabello oscuro. Miró desafiante a Lily, observando a Bird también con una mirada hostil y luciendo, pensó Maya, como el viejo cartel del Che Guevara que había colgado en la cocina salpicada de grasa que había compartido con Rio en los años sesenta.

Mierda, pensó Bird, Cress no. Lily tenía razón, deberíamos haber hablado con él en privado primero. Pero Bird se había resistido a la idea. Recordaba a Cress de hacía una década,

cuando su nombre era Carlos y había demostrado tal talento con la guitarra que el Gremio de Músicos le había ofrecido ser miembro. Él se negó y se unió al Consejo del Agua.

“¿Por qué?” –le había preguntado Bird al encontrarse con él en el mercado unos días después. “Estás bien, *hombre*”.

“Porque la música es un lujo. El agua es una necesidad”.

“La música es más que un lujo. Todos sabemos lo que le sucede a una sociedad que no valora la música, el arte y la danza”.

“¡Todos sabemos lo que le sucede a una sociedad que no protege su propia supervivencia!” Carlos/Cress se había girado para mirar fríamente a Bird a los ojos. “O tal vez no. Sí. Nací en Fresno. Sé lo que es cuando la temperatura sube por encima de los cuarenta y cinco grados, día tras día, y las cosechas se hornean y mueren, y cada semana hay menos para comer. Mis padres no querían irse, como la mayoría, así que aguantaron hasta el terremoto del 27. Para entonces, habíamos bombeado tanta agua de los acuíferos que la tierra cayó sobre el nivel freático vacío cuando se produjo el temblor. Todas las estructuras en pie cayeron. Mi hermana y yo quedamos enterrados debajo de nuestra casa, inmovilizados por las vigas del techo. Todavía puedo escuchar su voz, pidiendo agua, debilitándose cada vez más hasta que murió”.

Bird había abierto la boca para decir algo, pero Carlos siguió sin darle oportunidad de hablar.

“Tres días después, mi padre nos sacó. Mis hermanos estaban muertos, mi madre estaba muerta, pero los dos sobrevivimos. Nos dirigimos a la Bahía, a diferencia de la mayoría de los cabrones engañados que creyeron a los milenaristas acerca del foco de adoración a Satán que había aquí. Se dirigieron a la frontera de Oregón, o al sur, a los campos de trabajo de Los Ángeles, donde estoy seguro de que los Mayordomos les arrancaron los huesos si no morían en el camino. Pero nosotros caminamos hasta aquí. Nos llevó tres semanas, en pleno calor, racionando hasta la última gota de agua. Créeme, no estábamos cantando ninguna canción. No nos preocupábamos por la música”.

Bird había puesto una mano compasiva en el hombro de Carlos, pero él se encogió de hombros y se alejó abruptamente, alejándose con sólo un breve adiós.

Me dijo más de lo que pretendía, pensó Bird ahora, se abrió más de lo que quería, y por eso me odió, porque realmente no llegué a conocerlo entonces. ¿Cómo podría haber igualado la autoridad de su sufrimiento? No entonces.

¿Pero ahora? Ahora me odia porque en el ámbito del sufrimiento competitivo tengo una ventaja.

“Nuestras agallas no están en duda aquí”, dijo Lily. “Si todo lo que necesitáramos fuera coraje, no estaríamos preocupados. Pero las guerras no se libran sólo con agallas, ni siquiera con armas. Son luchas de conciencia”.

A UN VERDADERO REVOLUCIONARIO LO MOTIVAN GRANDES SENTIMIENTOS DE AMOR. Eso decía el cartel del Che, recordó Maya.

“La conciencia se mueve a un ritmo”, continuó Lily. “Se podría decir que sigue un ritmo. Cuando conciencias dispares se encuentran, se vuelven más parecidas, del mismo modo que dos relojes que laten a diferentes ritmos colocados uno al lado del otro se sincronizan”.

“¿Qué significa eso para nosotros?” –Preguntó Cress.

“Significa que los invasores, al acercarse a nosotros, se parecerán más a nosotros a pesar de sí mismos”.

“¿Pero no significa también que nosotros también nos pareceremos más a ellos?” –Preguntó Bird, aunque odiaba parecer estar del lado de Cress. ¿Y no me ha sucedido ya, tras diez años en ese lugar, que ya no encajo aquí?

“Esa es la pregunta que debemos afrontar y el arte que debemos desarrollar”, respondió Lily. “El arte de seguir siendo quienes realmente somos. Si podemos aferrarnos a lo que somos, entonces incluso nuestros enemigos deben cambiar”.

“Estás pidiendo milagros”, se quejó Cress.

“Sólo un milagro puede salvarnos. ¿Y quién hará milagros por nosotros sino nosotros mismos?”

“Necesitamos herramientas para hacer milagros. Necesitamos armas y todavía tenemos algo de tiempo. ¿Qué pasaría si comenzáramos la producción de inmediato, las 24 horas del día, conseguiríamos el trabajo de todos? sugirió la mujer sentada al lado de Cress.

“No tenemos metal, nuestras fábricas no están equipadas para la producción de armas, y no hay manera posible de que en unas pocas semanas, o incluso en unos años, podamos igualar las capacidades destructivas de una sociedad que siempre ha fabricado armas y han sido su principal prioridad durante generaciones”, dijo una mujer vestida con el sencillo traje de los técnicos.

“Y si nos defendemos a la antigua usanza, con la fuerza”, dijo Lily, “volveremos a las antiguas formas de pensar y hacer las cosas, y perderemos lo que hemos construido”.

“No estoy dispuesto a quedarme cruzado de brazos y dejar que los comisarios me pisoteen”, dijo Cress. “No estoy dispuesto a permitir que destruyan lo que tenemos aquí. El Consejo del Agua está de acuerdo al respecto. Lucharemos y moriremos, si es necesario, para proteger las aguas”.

“Pelear está muy bien”, dijo Lily, “pero ganar es más importante”.

“Ganaremos o moriremos en el intento”.

“Lo último será más probable”, gritó alguien desde el fondo de la sala.

“Así es”, dijo Lily. “¿Y de qué sirve morir en el intento, si al final se pierde? El resultado (para las aguas, para el salmón, para los árboles, para la gente) será el mismo”.

“¿De qué sirve darse por vencido y no intentarlo en absoluto?” –replicó Cress–. “Al menos tendríamos una oportunidad, aunque sea mínima”.

“No estamos hablando de rendirnos”, dijo Greta. “Estamos hablando de una forma diferente de luchar”.

“¡Combatir el fuego con fuego!” gritó uno de los jabalíes.

“¡Quememos toda la cuenca!” gritó otra voz.

“¡Silencio por favor!” –gritó Salal–. “Tenemos un orden del día aquí, ciñámonos a él. Lily, tienes la palabra”.

“Cress, comprendo la fuerza de tu compromiso”, dijo Lily. “Pero no entiendes lo que está en juego aquí”.

“¡Diablos, no lo hago! ¡No seas condescendiente conmigo!

“Perdóname, debería haberlo dicho de otra manera. Nosotros, en el Consejo de Defensa, vemos esta lucha como algo más que una cuestión de si los Stewards pueden o no hacerse cargo aquí. Por crucial que sea esa pregunta, está en juego algo aún más amplio. Greta lo expresó bien cuando dijo que este dilema ha enfrentado todas las culturas pacíficas durante al menos los últimos diez milenios. Una vez que el impulso de poder y dominación apareció en el planeta, se convirtió en una fuerza de la que nadie pudo escapar más que por un respiro. Porque o nos sometemos y triunfa, o nos movilizamos para luchar contra él, desviando nuestras energías y recursos y transformándonos en lo que no queremos ser. Es como un virus, irreflexivamente destructivo, pero no podemos erradicarlo sin cambiar nuestro propio equilibrio interno.

“Debemos desarrollar inmunidad a ese virus. No sólo para nosotros, sino para el planeta. Hemos tenido un pequeño espacio de tiempo en aislamiento, donde podíamos fingir que la vida podía continuar aquí sin tener demasiado en cuenta lo que sucedía en otros lugares, aunque sólo fuera porque no teníamos medios para afectarlo. Hemos aprovechado bien ese tiempo. Hemos demostrado en esta Ciudad –en esta cuenca– que incluso en esta tierra arruinada, devastada y envenenada, las personas pueden vivir bien juntas, pueden cuidarse unas a otras, pueden sanar y construir en armonía con lo que nos rodea. Hemos demostrado esperanza. Ahora nos corresponde a nosotros

mantener esa esperanza, no abandonarla a la desesperación de la violencia”.

Maya se levantó. Ésta es mi visión, pensó; si lo creo, si incluso una parte de mí lo cree y confía en ello, debo hablar por ello. “Apoyo lo que dice Lily. Hace muchos años, la poeta Diane di Prima escribió una frase que ahora recuerdo: La única guerra que cuenta es la guerra contra la imaginación. A menudo me preguntaba qué quería decir con eso, pero ahora creo que lo entiendo. Toda guerra se libra primero en la imaginación, se lleva a cabo para limitar nuestros sueños y visiones, para hacernos aceptar dentro de nosotros sus términos, para creer que nuestras únicas opciones son las que nos presenta. Si dejamos que los términos de fuerza describan el terreno de nuestra batalla, perderemos. Pero si nos aferramos al poder de nuestras visiones, nuestros latidos del corazón, nuestra imaginación, podemos luchar en nuestro propio terreno, que es el paisaje de la conciencia. Allí el enemigo no puede evitar transformarse”.

Hizo una pausa para respirar. Estoy orando, pensó, pero está bien, el tema lo requiere.

“Las ancianas hemos aprendido de nuestra historia y de sus errores. Muchos de ustedes son demasiado jóvenes para recordar la riqueza de la vieja sociedad, los increíbles recursos, el poder de su tecnología, la potencia de fuego de su armamento, la enorme abundancia de cosas, tantas que podrían desperdiciarse y derrocharse descaradamente. El

agua preciosa estaba contaminada por aguas residuales y toxinas; se construyeron industrias enteras para fabricar cosas que se usaban una vez y luego se desechaban.

“Pero el mayor desperdicio fue la guerra. Recuerdo cómo observábamos con frustración cómo toda esa riqueza, tantas vidas de hombres y mujeres jóvenes florecientes, todo nuestro ingenio y recursos se vertían en el agujero de una guerra tras otra. La Guerra Fría, la Guerra de Vietnam, Medio Oriente, América Latina, disturbios en nuestros propios guetos en llamas, guerras grandes y pequeñas y la preparación interminable para una guerra nuclear. Nos hicimos la guerra a nosotros mismos con pruebas nucleares, les dimos cáncer a nuestros propios ciudadanos y luego negamos nuestra responsabilidad, envenenamos las tierras sagradas de los indios y convertimos grandes ríos en alcantarillas radiactivas, y cada vez que había un atisbo de paz, nos apresurábamos a encontrar un nuevo enemigo para poder continuar con ese desperdicio sin sentido. Explotar nuestra riqueza, quemarla, convertirla en venenos y toxinas, dispararle en el estómago, enviarla a casa en bolsas para cadáveres, asesinar a nuestros propios hijos y a los de todos los demás.

“Y mientras tanto nosotros decaíamos. Cuando nací, cuando crecí en los años cincuenta, creíamos que nuestro país era la tierra de las oportunidades, donde nadie estaba condenado a seguir siendo pobre, donde toda persona de buena voluntad tenía la oportunidad de ascender. Cuando

nació mi hijo, en los años noventa, los mendigos atestaban las calles de todas las ciudades, pidiendo caridad a los compradores en los centros comerciales. Había campamentos de personas sin hogar en los parques y terrenos baldíos, jóvenes que iban a la guerra entre sí por drogas, alcohol y unos cuantos dólares. Nuestra compasión se erosionó más rápido que la capa superior del suelo, y cuando empezamos a notar los cambios terrestres, las sequías, el calentamiento y la mortandad de animales, el agujero en la capa de ozono y las epidemias de enfermedades extrañas que mostraban nuestros propios sistemas inmunológicos vacilando, cuando todavía teníamos la oportunidad de salvar tanto y evitar lo peor de lo que vino después, continuamos distrayéndonos con la guerra.

“Lo que digo, lo que siempre he dicho, es que esto tiene que terminar. Ahora es el momento de ponerle fin. Nunca habrá un mejor momento, porque siempre hay una razón para luchar, matar y construir más pistolas y armas. Hace veinte años, cuando fundamos este Consejo, dijimos: 'Pongan fin a esto; no desperdiciaremos la esperanza que nos queda construyendo armas de guerra'. Sabíamos que este día llegaría; sólo esperábamos que cuando sucediera tuviéramos otros tipos de armas con las que luchar. Ahora está aquí. Ahora será mejor que estemos preparados para aceptar el desafío, como dijo Lily. O moriremos, y tal vez la Tierra reconsidere todo este experimento de la conciencia y

comience de nuevo a desarrollar alguna otra forma, tal vez menos agresiva, menos extrema, menos sorprendente”.

Hubo un largo momento de silencio cuando terminó, y luego los aplausos resonaron en el pasillo.

Buena, Maya, pensó Bird. Me has convencido.

Cuando la habitación volvió a quedar en silencio, Joseph habló. “¿Quién más tiene algo que decir?”

Sachiko del Gremio de Músicos se levantó. “Me parece que esta decisión es a la vez estratégica y espiritual. Tenemos muchas diferencias en esta ciudad. Venimos de diferentes ancestros, diferentes tradiciones culturales, diferentes valores, diferentes religiones...

“¡El agua es mi religión!” Gritó Cress, interrumpiéndolo. “¡El agua es mi política y el agua es mi estrategia!”

Varias personas aplaudieron, pero Salal lo fulminó con la mirada. “Interrumpir es una forma de intimidación, Cress. Espera tu turno”.

La Portavoz levantó la mano, pidiendo silencio, e inclinó el oído hacia la máscara de Salmón.

“El amigo Salmon dice: 'Aprende del agua'. El agua es maleable, el agua es suave, pero las gotas de agua desgastan

la piedra y todo lo que toca adquiere forma con su paso. “Se sentó de nuevo.

“Estaba tratando de decir algo”, dijo Sachiko.

“Por favor continúa”. Joseph asintió hacia ella.

“Lo que quería decir es esto. Espiritualmente venimos de muchas tradiciones diferentes, pero lo que tenemos en común, lo que nos une a todos, es la *Declaración de las Cuatro Cosas Sagradas*. Nos dice que el aire, el fuego, el agua y la tierra son sagrados porque nada puede vivir sin ellos. Dice que tienen un valor que va más allá de los fines humanos. Y dice que todos los seres vivos son parte de la vida terrestre y, por lo tanto, sagrados.

“Algunos de nosotros interpretamos que esto significa que matar está mal, que no podemos participar en la guerra. Algunos de nosotros ni siquiera matamos un pollo o un bagre. Pero otros entre nosotros creemos que nos dice que luchemos y, si es necesario, nos sacrifiquemos para proteger las cosas sagradas.

“Si esta cuestión fuera sólo espiritual, podríamos debatirla todo el día y nunca llegar a un consenso, porque no estaremos de acuerdo y tal vez no deberíamos estar de acuerdo. Quizás necesitemos ambas visiones en esta ciudad. Pero nuestro dilema también es práctico. Y ya hemos

reconocido que no tenemos las armas para ganar una guerra contra los Mayordomos.

“Entonces lo que quiero saber es, ¿por qué seguimos discutiendo sobre *si* debemos o no utilizar la no violencia? No tenemos otra opción, así que dejemos de perder el tiempo. Lo que debemos discutir es *cómo* utilizar la no violencia y la no cooperación, hacerlas efectivas y ganar”.

Se sentó ante una tormenta de aplausos. Pero Cress se puso de pie de un salto.

“¿Por qué asumimos que no podemos ganar una guerra? Las tácticas de guerrilla han funcionado antes, en situaciones como ésta, cuando una potencia invasora intenta conquistar a un pueblo con una moral fuerte. ¿Por qué nos limitamos? Claro, probemos con la resistencia no violenta, pero ¿por qué descartar el sabotaje o el asesinato juicioso? Podríamos eliminar a sus líderes y capturar armas si no podemos producirlas”.

Risa de Bird.

“No hemos descartado el sabotaje”, dijo. “Ya en la península nuestros amigos están haciendo volar sus líneas ferroviarias. Eso es diferente a matar gente. Las guerras de guerrillas se pueden ganar, pero no rápida ni fácilmente. Los asesinatos traen represalias. Podemos matar a algunos de ellos, pero ellos pueden permitirse el lujo de perder cientos,

miles, por cada uno de nosotros, porque cada persona en esta ciudad es preciosa para nosotros”.

“Tienes miedo”, dijo Cress. “Te han intimidado. Tienes miedo de enfrentarte a ellos”.

“Te enfrentaré, imbécil”, pensó Bird, pero antes de que pudiera hablar sintió la mano de Holybear en su brazo y lo escuchó susurrar: “*Cálmate*”. ¿Y por qué dejo que me afecte? Se preguntó Bird. ¿Tengo miedo en secreto de que tenga razón?

Un murmullo bajo recorrió la multitud. Ha perdido su simpatía, se dio cuenta Bird. Ha ido demasiado lejos.

“Tengo miedo”, admitió Bird. “Todos tenemos miedo. Tenemos motivos para tenerlo. Durante diez mil años, Cress, los hombres se han estado incitando unos a otros a cometer actos de brutalidad y estupidez llamándose unos a otros cobardes. Bueno, no importa cómo me llames. Esta amenaza es real. No podemos simplemente usarla como un escenario para demostrar nuestro coraje o nuestro machismo o nuestra dedicación o cualquier otra cosa, o seremos todos destruidos. Tenemos que pensar esto con claridad. No me interrumpas. Tengo la palabra”.

Cress se había levantado a medias para hablar, pero volvió a sentarse. Sumisión, pensó Bird, como un perro que deja

caer la cola. Y ya me siento más tranquilo. ¿Alguna vez evolucionaremos más allá de esto?

“Permítanme hablar del tema de la estrategia”, prosiguió Bird. “No sé si la resistencia no violenta funcionará, pero si funciona será porque los soldados comunes y corrientes se darán cuenta de que luchar contra nosotros no es realmente lo mejor para ellos. Lo sabemos; no sabemos si podrán llegar a verlo. Pero no podemos convencerlos disparándoles. Tenemos que comprometernos con una forma u otra: tratar de destruirlos o ganárnoslos.

“Desde un punto de vista puramente estratégico, creo que el segundo curso de acción es una mejor apuesta. Pero como dijo Sachiko, esta decisión no es sólo una cuestión de estrategia”. Él pausó. La mano fantasma de Rio descansaba sobre su hombro. Todos me escuchan con tanta atención, pensó Bird, como si creyeran que sé de lo que estoy hablando. ¿Y yo? Quizás no, pero Rio, he pensado en lo que me preguntaste en Samhain. He pensado larga y profundamente.

“Aquí hay otra cuestión que debemos afrontar con claridad”, prosiguió Bird. “No si estamos listos para morir, porque muchos de nosotros moriremos estemos listos o no. La pregunta que cada uno de nosotros debemos responder es si estamos dispuestos a matar. Esta guerra no comenzará cuando lleguen las tropas, ha estado sucediendo la mayor parte de mi vida. Ya casi morí en ella y he matado. Es muy

fácil matar una vez que tomas un arma en la mano. Nada es más fácil ni más natural. Mis manos ya no valen mucho, pero aun así no quiero ponerlas a trabajar fabricando armas o empuñando armas. No quiero volver a matar”.

Ahora la habitación estaba absolutamente en silencio. Confían en mí, pensó Bird. Mis palabras tienen peso en ellos. Excepto Cress y su facción, que me odian un poco. *Diosa*, espero tener razón.

Nadie habló. La cabeza de Cress estaba hundida en sus hombros y los demás miembros del Consejo del Agua asentían pensativamente.

“¿Tenemos un acuerdo de principio sobre que ésta es la dirección que queremos tomar?” –Preguntó Joseph.

“¿Cómo podemos acordar algo en principio si no sabemos cuál es el plan?” dijo alguien.

“Estamos de acuerdo con el principio de una estrategia de resistencia basada en la no violencia y la no cooperación”.

“Entonces elaboremos la estrategia antes de aceptarla”, gritó alguien.

“Bueno”, cedió Joseph. “¿Quién tiene sugerencias prácticas o inquietudes que plantear?”

“Esta es la propuesta de Defensa”, dijo Greta. “Que no les ayudemos ni cooperamos con ellos de ninguna manera. Que no insultemos ni antagonicemos a las personas, sino que nos neguemos a obedecer cualquier orden o mandato. Si intentan destruir algo nuestro, los bloqueamos física pero no violentamente. Y sí, nos gusta la sugerencia de Maya, de ofrecerles un lugar en nuestra mesa. Y lo digo en serio. Seguramente aquí hay lugar para más personas, en caso de que alguno de ellos desee establecerse”.

“¿Hay preguntas sobre esa propuesta?” –Preguntó Salal.
“¿O inquietudes que plantear?”

“Tengo una”, dijo Cress. Se enfrentó a Bird. “Dijiste que tenemos que comprometernos de una forma u otra. Bueno. El Consejo del Agua no está muy contento con esta propuesta, pero no la bloquearemos. No nos opondremos a la voluntad de la ciudad. Pero si la adoptamos, tenemos que estar preparados para llegar hasta el final. Ninguna colaboración. Ninguna cooperación, ni en las cosas grandes ni en las pequeñas. No ceder ante sus intentos de intimidarnos”.

“De acuerdo”, dijo Bird, aunque una pequeña ardilla de inquietud le recorrió la espalda. Es muy fácil ser absoluto en teoría, pensó, pero ¿cuándo llegarán?

Cress se quedó de pie un momento, inspeccionando la habitación, dominándola. Las cabezas asintieron hacia él en todas direcciones. Satisfecho, se sentó.

“¿Otras preocupaciones?” –Preguntó Salal.

“Tengo una”, dijo Bird. Durante días había estado tratando de imaginarse lo que podría pasar, lo que podría funcionar. “Buscarán a nuestros líderes. Deberíamos dejarles encontrar algunos”.

“No tenemos líderes”, objetó uno del círculo de Cress.

“Eso podría discutirse”, dijo Holybear.

“La defensa será voluntaria”, ofreció Greta.

“Sin ofender, Greta”, dijo Bird, “pero no entiendes su forma de pensar. Nunca en un milenio van a creer que la ciudad está dirigida por un grupo de ancianas. Van a buscar a los hombres más grandes y fuertes que puedan encontrar. Elijamos algunos para lanzárselos”.

“¿Sacrificios humanos?”

“Voluntarios”, dijo Bird.

“¿Qué estas sugiriendo?” –Preguntó Salal.

“Creemos un pseudoconsejo”, dijo un hombre mayor. “No tendría que ser grande”.

“Diablos, no”, dijo Bird. “Para ellos es más creíble si es pequeño, incluso si un solo hombre es el jefe. Podrías tener una mujer o dos; de hecho, sería mejor. Hay algo que tienen sobre las mujeres y esta ciudad. Se sentirían decepcionados si no encontraran *a ninguna* mujer en el poder”.

“Debería representar a todas las razas”, dijo Greta. “No sólo por las represalias. Porque también les enviaremos un mensaje a todos ellos, a aquellos a quienes esperamos convertir”.

Siguieron hablando de la composición del grupo, hasta que Salal llamó a voluntarios.

“Seré voluntaria”, dijo la hermana Marie, poniéndose de pie.

“Pero no estás bien”, objetó Sage.

“Tengo muy poco que perder”.

Hubo otro largo momento de silencio; luego, lentamente, Bird se puso de pie. Ahora viene, pensó. Abriré la boca y no habrá vuelta atrás, una vez más. Sentía la mandíbula pesada, renuente a moverse, pero se obligó a abrirla.

“Seré voluntario”, dijo. “Fue mi sugerencia; es justo que me ofrezca como voluntario”.

Maya había extendido su mano como para zafarlo hacia abajo, pero la dejó caer en el aire. El dolor, casi físico en su intensidad, chirrió a través de su cuerpo. Ay, Diosa. No él. No otra vez. No es justo.

“Además”, dijo, “tal vez mejor que nadie aquí, sé en qué nos estamos metiendo. Sé cómo funciona su sistema. Creo que esta es la forma en que puedo ser más útil”.

“Puedes ser más útil si utilizas tu verdadero don”, dijo Lily.

“Tal vez sé mejor que tú qué es eso”. Quizás tenga un mejor talento para la resistencia que para la música, Lily”.

“¿No has sufrido lo suficiente, Bird?” –Preguntó Sam.

“Cuando vengan los Mayordomos, Sam, todos vamos a sufrir”.

“¿Estás seguro de que puedes aceptarlo?” –Preguntó Cress.

Lily intervino antes de que Bird pudiera hablar. “Nadie está nunca seguro de lo que puede o no soportar. ¿Estás tan seguro de tu propia resistencia, Cress?”

“No estoy pujando con entusiasmo para ser nuestro líder”, dijo Cress.

“No quiero ser el líder de nadie”, dijo Bird. “Si hay dudas sobre mis motivaciones, créanme, me retiraré felizmente”.

“No, no. Te queremos”, corearon voces en todo el salón, y fue aclamado por consenso. Cress permaneció en silencio.

La discusión continuó, pero Maya no escuchó más sobre ella. Bird volvió a sentarse y Sage puso su mano sobre su rodilla en señal de simpatía. Pero ¿por qué mostrarme más simpatía que los demás? Pensó Bird. Lo que dije es verdad. ¿Quién puede predecir quién sufrirá y quién escapará cuando llegue la guerra?

Lou se ofreció como voluntario pero fue rechazado. La ciudad no podía prescindir de sus sanadores. Finalmente eligieron al elegante Lan, de ojos oscuros, un profesor de danza indonesia que había perdido a su esposa y a su hijo a causa de la última enfermedad, y al canoso Roberto, el abuelo de Salal, un hombre robusto de poco más de setenta años.

“¿Otras preocupaciones o adiciones a la propuesta?”
–Preguntó Joseph.

“Los pueblos de East Bay tienen una sugerencia”, dijo una mujer alta con una capa verde, “y creo que North Bay está con nosotros en esto”.

“¿Cuál es?” –Preguntó Salal.

“Hacer volar los puentes”.

Hubo un silencio de muerte en la habitación.

“Si la guerra es como un virus, ¿no deberíamos intentar aislarlo en la medida de lo posible? Ya hemos demolido el tramo de la antigua carretera que conduce al lado este de la Bahía desde el área contaminada de San José. Creemos que seguirán directamente hacia la península, no intentarán seguir nuestro camino. Una vez que están aquí, los puentes son sus rutas principales hacia el este y el norte. Si tienen que repararlos, o cruzar por agua, podría retrasarlos considerablemente. Especialmente si eliminamos el transporte acuático de este lado”.

“Esto no los detendrá, sólo los retrasará”, se objetó.

“¿Pero quién sabe qué pasará en ese momento? Quizás se transformen. Tal vez tengamos tiempo para idear algún otro plan”.

“¿Pero luego, si ganamos...?” preguntó un joven con la túnica preferida por los técnicos, “¿tenemos los recursos para reparar los puentes?”

“Teniendo en cuenta que fueron construidos en los años 30, deberíamos poder reunir la experiencia tecnológica”, dijo la mujer.

“No es la tecnología, sino el hierro, el acero y la infraestructura industrial”, protestó un hombre mayor. “Somos en muchos sentidos un país atrasado y primitivo en comparación con los Estados Unidos de la década de 1930”.

“El Consejo de Ingeniería lo ha considerado. Podemos hacerlo si es necesario”.

“Es un desperdicio”, protestó Maya.

“Pero tal vez valga la pena”, dijo Lily. “No podemos esperar salir completamente puros de esto. Los puentes se pueden reconstruir, las vidas no”.

Maya hizo una mueca. Le encantaban los puentes, el elegante arco del Golden Gate, la larga curva del Puente de la Bahía. Fueron hechos por humanos, pero tenían la gracia, la belleza y la rectitud de los objetos naturales. Pero guardó silencio. Que éste fuera el peor sacrificio que hicieran y ella no se quejaría.

Hubo más discusión, pero el grupo en general pareció sentir que sacrificar los puentes tenía sentido.

“Está bien, aquí está la propuesta completa”, dijo Salal. “Montamos una campaña de no cooperación no violenta, rechazando toda ayuda al enemigo y ofreciendo a los soldados un lugar en nuestra mesa si se unen a nosotros. Hemos elegido un Consejo de Enlace para interactuar con ellos y hacerse pasar por el liderazgo de la ciudad. Y antes de

que lleguen los soldados, volamos los puentes e intentamos convertir el transporte en un problema importante. ¿Algo que haya olvidado?

“Entrenamiento”, dijo Greta. “Necesitamos entrenarnos para este encuentro como si fuéramos a la batalla con armas”.

“Puedo ayudar con eso”, dijo Bird.

“¿Tenemos consenso?”

“El Pueblo del Jabalí le clavará una lanza en el trasero a cualquiera que se meta con nosotros”, dijo una figura con rastas desde una esquina. “Esa siempre ha sido nuestra posición y la mantenemos”.

“Por supuesto”, dijo Salal.

Una de las figuras con botas en la esquina se levantó. “Las Comunidades Forestales se mantienen al margen. No interferiremos con ustedes aquí en la ciudad, pero no estamos listos para comprometernos con una postura no violenta en este momento. Necesitamos volver a casa y hablar de esto. A decir verdad, no sé cuál será la respuesta. Tenemos una buena reserva de rifles, las carreteras y vías férreas que llegan a nuestras tierras son fáciles de cortar y proteger, y los árboles son nuestras familias. Tiendo a pensar que peharemos si la pelea nos llega. Pero si tienen personas que desean proteger o cosas que necesitan preservar,

podemos ofrecerle un refugio si vienen pronto. Hay lugares en las montañas donde los ejércitos nunca irán. Y pase lo que pase aquí abajo, pase lo que pase en la Ciudad, algunos de nosotros sobreviviremos. Recordad eso”.

“Los pueblos del Este de la Bahía tendremos que considerar nuestras propias estrategias”, dijo su representante. “Hemos escuchado el debate. Informaremos nuestra decisión en otro Consejo”.

Una mujer que Maya reconoció de las Danzas Pomo en el otoño se puso de pie. “Las tribus no pueden decir todavía qué haremos. Hemos escuchado las palabras de los Ancianos y las escuchamos con respeto. Ahora volveremos a hablar entre nosotros”.

“Bueno, entonces, ¿tenemos consenso?”, preguntó de nuevo Salal. Alrededor de la sala, la gente levantó las manos entrelazadas de la vieja forma anárquica en señal de acuerdo.

“Esto es una victoria”, murmuró Holybear. Maya se llevó las manos a la cara y lloró.

Capítulo XVIII

Estoy cambiada, pensó Madrone. Las abejas me han marcado, tan seguramente como su cicatriz está en mi frente. Se movía por un mundo que ahora le llegaba tanto a través del instinto y el olfato como a través de la vista. Incluso cuando se mantenía alejada de la mente de las abejas, sabía qué estaba floreciendo y quién estaba a punto de enfermarse. Caminó a través de zonas de olores, salvia picante, roble o sicomoro de hojas nuevas, sudor humano. Sabía dónde anidaban los pájaros y dónde los ratones escurridizos amontonaban sus excrementos. La gente tenía sus propias fragancias únicas; su nariz le decía más que sus manos o sus ojos sobre las energías que se movían en sus cuerpos, sobre sus necesidades, carencias y desequilibrios, sobre estados de excitación, ira o miedo. A menudo sentía ligeras náuseas y no tenía apetito a pesar de la escasa dieta.

La miel que infundía todo lo que comían la nutría más plenamente de lo que hubiera creído posible.

El sol calentaba más en primavera y nadie se movía mucho durante el día. Incluso las personas sanas pasaban gran parte del tiempo durmiendo a la sombra. La gripe había remitido, pero Baptist se despertó una noche gritando de agonía. Madrone había acudido a él para intentar calmar el dolor. El matiz de amoníaco del aire a su alrededor le indicó que tenía un riñón bloqueado. Sus manos hicieron el resto, desviando sus energías, palpando la obstrucción, facilitando y estirando los tubos del uréter para que el cálculo pudiera pasar. Por la mañana, él dormía plácidamente y ella estaba agotada.

“¿Cómo está Bautista?” –le preguntó Hijohn, acercándose para agacharse amigablemente a su lado mientras ella se sentaba en un tronco para beber su ración de agua de la mañana.

Me estoy volviendo como un perro, pensó Madrone, oliendo su propia adrenalina de irritación. No me interrumpas cuando como o bebo. Pero ella le respondió cortésmente.

“Él está mejor. Pude fortalecer su *chi de riñón* y expulsó el cálculo. Pero podría volver a pasarle a él... o a cualquiera de nosotros. Todos necesitamos más agua”.

“Necesitamos muchas cosas”.

“Hijohn, ¿qué tal algún tipo de rotación entre los campamentos con más agua y este? Como tres meses intermitentes, incluso, solo para que todos estén bien e hidratados periódicamente. De lo contrario, con el paso de los años se producirá una insuficiencia renal manifiesta”.

“¿Qué es eso?”

“El cierre de los riñones”.

“¿Es eso así?”

“Es así”.

“Los buenos campos están demasiado lejos”.

“¿Lejos de qué?”

Hijohn la miró y sonrió, sus labios se estiraron en una línea desafiante. “Tal vez es hora de que te enviemos a una redada”.

Olía mucho a los árboles, a bellotas y miel, y ella sintió una repentina necesidad de extender la mano y tocar sus arrugadas mejillas. *Diosa*, pensó Madrone, sí que lo encuentro atractivo. Había estado demasiado tiempo sin un amante, excepto las mujeres abeja, y lo que habían hecho

sólo había amplificado su necesidad de contacto, piel sobre piel.

“¿Qué tipo de redada?”

“Farmacia. Los chicos de Hollywood pensaron que si ibas con ellos podrías ayudarlos a identificar algunas de las drogas.

“¿Es peligroso?” Madrone no pudo evitar preguntar.

“Todo es peligroso. Pero te cuidarán bien. Littlejohn y Begood serán tus guías.

Caminaron a lo largo de la cresta, las montañas se doblaban debajo de ellos en la oscuridad y las estrellas brillaban en lo alto. Un cinturón de luces brillaba debajo de ellos, joyas tachonando la noche en los bordes inclinados de las colinas. Más allá, en la cuenca plana, las fábricas brillaban de manera inquietante. Aquí y allá, la llama constante de una chimenea iluminaba una nube de humo.

Se agacharon a la sombra de un grupo de arbustos y miraron hacia la autopista, que se extendía como un río de hormigón que hendía las colinas debajo de ellos.

“Espero que tengas buena cabeza para las alturas”, dijo Littlejohn.

“Bastante bien”, dijo Madrone, tragando nerviosamente. El movimiento sólo irritó su ya seca garganta. En realidad, odiaba las alturas. El verano que habían hecho su curso de escalada en roca, cuando tenía catorce años, había sido casi una tortura para ella. Pero, reflexionó, le había enseñado lo que pretendía enseñarle: que podía enfrentar el miedo y seguir adelante.

Debajo de ellos, en la carretera, las luces iban y venían: coches, camiones de suministros, tropas moviéndose hacia y desde los campamentos militares que llenaban lo que Begood llamaba el Valle de Saint Ferd. Madrone se quedó mirando las luces, casi hipnotizada. No había visto tantos vehículos de motor moviéndose a la vez desde su más tierna infancia. Fue una visión extraña, como un túnel del tiempo. Coches propulsados por gasolina. El olor de los químicos que los autos liberaban al pasar le quemaba el interior de la nariz. Se movían con tanta suavidad y confianza, como si nada estuviera mal, como si los petroleros todavía surcaran los océanos llenos de petróleo de tierras lejanas y los aviones todavía sobrevolaran los continentes y el Valle Central todavía fuera una tierra de cultivo rica y poblada, no un desierto inhabitable.

“¿De dónde sacan la gasolina, el metal y el caucho para los neumáticos?”, preguntó.

“Todavía perforan un poco, en alta mar, cerca de Long Beach. Preparan algo de gasohol. Y canibalizan. Hay

enormes fábricas donde desmontan coches viejos y fabrican otros nuevos para los militares y los ricos. Tienes que ser rico para permitirte el permiso de conducir. ¿No utilizáis coches en el Norte?

“Muy poco. Contamos con algunos vehículos eléctricos, principalmente para emergencias: bomberos contra incendios y ambulancias. No podemos apoyar un vehículo motorizado privado para cada persona. No podemos prescindir del terreno para conducir y estacionar, y mucho menos de los recursos para construirlos y mantenerlos”.

“¿Qué hacéis entonces?”

“Usamos bicicletas y caballos, algunos, y trenes para mover mercancías pesadas. Unos cuantos camiones eléctricos que van donde no hay líneas de ferrocarril. Y tenemos buenas redes de transporte público en toda la bahía”. Felizmente podría haber seguido durante horas describiendo el Transporte Colectivo y las góndolas con todo lujo de detalles, pero no pudo evitar para siempre el ascenso que se avecinaba. “¿Es eso lo que tenemos que cruzar?”

A su derecha, un paso elevado de hormigón cruzaba la carretera. Estaba parcialmente sostenido por un esqueleto de acero, una protección contra terremotos, que proporcionaba una rejilla entrecruzada de vigas entrelazadas.

“Eso es todo”, dijo Littlejohn.

“Es el gimnasio de la jungla del infierno”, dijo Madrone alegremente.

“Las vigas son el mejor camino a seguir”, dijo Begood. “Si puedes hacerlo. De lo contrario, tendremos que dispararle al guardia”.

El guardia caminaba de un lado a otro por la carretera, encima de ellos. Sí, sería desafortunado dispararle sólo para ahorrarse el viaje a través de las vigas, pero era tentador.

“La viga de soporte inferior es la mejor opción”, dijo Littlejohn. “Es lo suficientemente ancho, alrededor de un pie de ancho. El único problema es subir y bajar. O si te congelas en el centro”.

“Si crees que podrías entrar en pánico en el medio”, dijo Begood, “sería mejor simplemente dispararle al guardia y terminar con esto de una vez, que tener que terminar disparando a todo tipo de guardias más tarde, por no mencionar el riesgo de que nos frían el culo. ¿Recuerdas aquella vez que Oldjohn se quedó helado a medio camino? Mierda, prácticamente tuvimos que sacarlo hasta los soportes del medio, y luego no pudo volver a subirse a la viga y se acercaba el amanecer. Terminamos atrapados allí todo el día, escondiéndonos detrás del saliente hasta que volvió a oscurecer. Hijohn tuvo que caminar de regreso, robar un

poco de cuerda, dispararle al guardia después de todo, y luego tuvimos que arrastrar a Oldjohn por el costado, a plena luz del día. Allí estábamos, en medio del puente, sin cobertura, y un pelotón entero de tropas de la mayordomía acercándose a nosotros...

“Puedo hacerlo”, dijo Madrone, “si simplemente seguimos adelante y no pensamos en ello. ¿Podemos ir ahora?”

Silenciosamente, bajaron con sigilo por la ladera de la colina hasta la base del paso elevado. Littlejohn trepó a los puntales que conducían a la viga principal y se elevó con gracia de uno a otro. Madrone la siguió, deseando que sus brazos fueran más fuertes. Begood iba detrás y de vez en cuando le daba un bienvenido empujón.

La superficie de hormigón del paso elevado se extendía sobre ellos, curvándose en dos suaves arcos sostenidos en el centro por gruesos pilares anclados en la divisoria central de la autopista. Un andamio de estructura de acero seguía los contornos. Littlejohn se subió a la viga de soporte central y se puso de pie. Con confianza, salió, manteniendo el equilibrio a treinta metros sobre la carretera.

“Sólo una cosa”, dijo alegremente Begood. “Si te caes, intenta no gritar”.

“Claro”, dijo Madrone, respirando tan profundamente que se ahogó con los vapores que venían de abajo. No lo pienses, hazlo, se dijo, y salió.

Si pensaba en la viga como una línea en el suelo, podría caminar sobre ella con facilidad y sin miedo. Si no hubiera ningún lugar donde caer, no podría temer caer y no caería. Y si su corazón detuviera esos estúpidos latidos y su estómago detuviera esa sensación de torsión...

Cada seis metros aproximadamente, un muelle de acero se extendía verticalmente desde la viga para conectarse con los puntales de soporte que corrían debajo del concreto. Littlejohn los agarraba con ambas manos y giraba su cuerpo alrededor de ellos. Cuando ella llegó al primero, hizo lo mismo. No está mal, pensó, aunque tenía las manos sudorosas y resbaladizas y el momento en que tuvo que soltar el peso de un pie antes de poder colocar sólidamente el otro fue terrible. Recordó, de repente, una de esas tardes en las rocas. Estaba a medio camino de un acantilado y se mantuvo firme, no podía subir ni bajar. Nita había sido su compañera y se emocionaba, gritando instrucciones y exhortaciones. Entonces Bird pasó y le sugirió, con mucha calma, que abriera los ojos y mirara hacia dónde quería ir y pensara cómo llegar allí. Ella lo hizo. Al recordar eso, estaba alrededor del segundo muelle. Pensó en Bird sentado al piano, con las manos tan torpes al tocar las teclas, y la canción que había compuesto para ella la inundó mientras

se contoneaba sobre los soportes de hormigón de los pilares centrales.

“A mitad de camino”, dijo Littlejohn. “¿Quieres descansar?”

“No, acabemos con esto”, dijo Madrone. La segunda mitad, con la canción de Bird sonando en su interior, fue un poco más fácil. Pero cuando llegaron al lado opuesto, su camisa estaba empapada de sudor y cuando tocaron el suelo notó que le temblaban las rodillas. Begood aterrizó a su lado.

“Buena chica”, dijo Littlejohn.

“Vamos”, dijo Madrone.

Las colinas del lado este de la autopista estaban mucho más pobladas que las del oeste. Siguieron su camino por una carretera bordeada de enormes propiedades. De vez en cuando se acercaban coches y los tres se arrojaban entre los arbustos o se escondían detrás de los árboles hasta que los faros pasaban junto a ellos. Todos los sentidos de Madrone estaban alerta. Podía oler rosas invisibles que trepaban por las paredes, podía oler perros lo suficientemente lejos como para bordear los límites de su territorio y evitar que ladraran.

Caminaron durante lo que parecieron horas. Madrone tenía sed, pero se metió una bellota cruda en la boca y dejó que su mordisco astringente la distrajera. La luna pasaba sobre ellos, una delgada media luna menguante. Estaba cansada, tan cansada que sentía que caminaba en sueños. No pasaron más coches; ya casi amanecía.

Todavía estaban en lo alto de la cresta cuando la luz del sol que pronto saldría formaba una mancha rosada en el borde oriental de la cuenca. Altos arbustos de chamise plumoso les daban cierta cobertura, y Madrone podía mirar a través de sus escondidas agujas y ver el panorama que se extendía debajo.

La vasta llanura de la cuenca estaba seca como polvo. Una neblina se cernía sobre las formas confusas de edificios agrietados y estructuras en ruinas. No había líneas discernibles de caminos o calles ni manchas verdes que aliviaran el mosaico de gris y marrón. Sólo aquí y allá, imponentes tocones negros de palmeras muertas marchaban en líneas desiguales, los andrajosos centinelas de antiguas avenidas.

Una estrecha franja de verde abrazaba la base de las colinas y enviaba zarcillos hacia algunos de los cañones del este. Comparado con el tono monótono de la llanura, el verde parecía casi obscuro, demasiado brillante, en cierto modo, casi artificial. Podía ver, en las laderas más cercanas, ricas casas rodeadas de terrazas y jardines. Lejos hacia el

este, las torres del centro de la ciudad se alzaban en agujas verticales de metal y vidrio.

“Dense prisa”, dijo Littlejohn, indicándoles que tomaran un camino lateral que pronto terminaba en una cerca de alambre. Más allá, un camino de tierra conducía a un cañón. Treparon la valla y avanzaron por el camino, alcanzando la maleza que rodeaba el lecho seco del arroyo justo cuando el sol salía de lleno en el cielo.

La palabra “campamento”, pensó Madrone, era una gran exageración para lo que encontraron, que consistía en dos hombres y una mujer acurrucados en el hueco debajo de un arbusto.

“Bebed mucho”, murmuraron, un saludo que a Madrone le sonaba cada vez más a puro sarcasmo. Littlejohn descorchó una botella de agua y la pasó para tomar un trago cuidadosamente medido.

“Ve con calma”, advirtió a Madrone. “¿Tienen agua?”

“Una taza o dos es todo lo que nos queda”, dijo el hombre más cercano a Madrone. Era bajo y delgado, poco más que un niño, pero su piel marrón y correosa le hacía parecer anciano. “Me llaman Big John”, dijo, guiñando un ojo. “Estos son Joan Dark y Johnny Come Lately”.

Últimamente estaba seco y oscuro como un frijol que ha permanecido demasiado tiempo al sol, pero tenía una

amplia sonrisa amistosa y ojos verdes que miraban especulativamente a los de Madrone. Joan Dark guardó silencio y Madrone olió en ella la enfermedad y el dolor.

“¿Tú eres la sanadora?”, preguntó.

“Sí, soy Madrone”.

“¿Puedes mirar a Joan? Le rozó una bala hace un par de noches y ahora está infectada.

Joan estaba delgada hasta el punto de estar demacrada y sus ojos en forma de media luna estaban velados, cautelosos. Madrone quitó una venda de tela áspera y sucia del muslo fibroso de la mujer. El hedor la asaltó. La herida era superficial, pero la carne a su alrededor estaba inflamada y una siniestra raya roja subía por su muslo hasta su ingle.

“¿Podemos disponer de agua para lavarla?”

Los demás intercambiaron miradas.

“No tenemos mucha”, dijo Littlejohn.

“Ella puede tener la mía”, dijo Lately.

“Todos compartiremos un poco”, dijo Littlejohn. “Pero ten cuidado”.

Madrone asintió, sacó uno de los trapos limpios que había escondido en su mochila y lo mojó con cuidado. Con

cuidado, limpió lo que pudo de la suciedad que obstruía la herida. ¿Qué querían de ella? ¿Agitar una varita mágica y hacer que todo fuera mejor, cuando no había nada, nada con qué trabajar, ni siquiera las cosas más básicas? Oh, estaba enojada, no con aquellos hombres, ni siquiera con las mansiones rodeadas de césped que se aferraban a la colina sobre ellos, sino con la pura avaricia y el despilfarro de todo ello.

“Estaré bien esta noche”, murmuró Joan.

“No, no lo harás”, dijo Madrone. “Tienes una infección muy grave y necesitas permanecer quieta, tranquila y descansar”.

“¿No puedes curarlo?”

Madrone suspiró. “Puedo darte algo de energía y aliviar un poco el dolor. Pero sin poder lavarla adecuadamente, incluso si pudiera matar mágicamente este lote de microbios, la suciedad de la herida la reinfectaría”.

“¿Qué podemos hacer?”, susurró.

“Buscar antiinfecciosos cuando asaltemos la farmacia. ¿No hay algún lugar donde podamos llevarla donde puedan cuidarla?”

“Está la casa de Katy, en la ciudad”, dijo Littlejohn.

“¿Qué tan lejos está eso?”

“Diez, quince millas”.

“Eso es demasiado lejos”.

Littlejohn se encogió de hombros. Madrone volvió a morderse los labios. No era su culpa que todas aquellas casas cálidas y confortables situadas tan alegremente en la colina estuvieran cerradas para ellos.

“Ella se preocupa”, explicó Begood a Big John. “De donde ella viene, esto no sucede”.

“¿No? ¿Las heridas no se infectan?”

“La gente es atendida”, dijo Madrone, “pase lo que pase. Y a nadie le falta agua para algo tan básico como lavarse”. Y luego tuvo que volver a hablarles de los arroyos, de las calles plantadas de árboles frutales y de los jardines. Mi cuento de hadas, pensó. El sol subió más alto y ella se sintió abrumada por el cansancio después de hacer todo lo que pudo por Joan. Se acurrucaron a la sombra de la maleza y durmieron.

Se despertaron al atardecer, comieron unas bellotas bañadas en miel y bebieron. Cuando cayó la noche, Madrone volvió a lavar la herida de Joan. Estaba débil y con fiebre y ni siquiera discutió cuando la dejaron sola, envuelta en una

manta y provista de toda la comida y agua que pudieron. Se dirigieron por el camino y se detuvieron cuando Big John y Lately sacaron un par de escopetas de un escondite en el costado del cañón. Littlejohn y Begood llevaban sus rifles láser. Lately le entregó a Madrone una pistola, pero ella se quedó quieta, mirándola y sintiendo su frío peso en la mano.

“No puedo soportarlo”, dijo.

“Te mostraré cómo dispararla”, dijo Littlejohn. “Es lo más simple que tenemos”.

Ella sacudió su cabeza. “Sé disparar una pistola. Aprendimos en la escuela. Nuestros profesores decían que teníamos que estar familiarizados con las armas para entender la historia. Simplemente no quiero matar a nadie”.

“Nadie quiere matar a nadie”, dijo Littlejohn con paciencia. “Si todo va bien, no lo haremos. Esto es sólo una precaución”.

Recordó la sensación de las armas con las que habían practicado, el retroceso cuando las balas explotaban, el desafío de dar en el blanco y el horror ante la idea de lo que esa fuerza podría hacerle a la carne viva. ¿Podría apretar el gatillo y acabar con la vida de una persona desconocida? ¿Si fuera una elección, entre eso y los corrales? ¿O perder su propia vida? Le temblaba la mano.

“No puedo soportarlo”.

“Entonces eres un peligro añadido para todos nosotros”, dijo Big John. “Si no te defiendes y no nos defiendes a nosotros...”

“Simplemente no creo que pueda hacerlo”.

“No lo sabes hasta que lo intentas”, dijo Begood.

“No puedo”.

“No la presiones”, dijo Littlejohn. “Será un peligro mayor para todos nosotros si se pone nerviosa con un arma en la mano. Déjala en paz. Esto va a ser pan comido, ¿verdad? Nadie le disparará a nadie esta noche”.

Estaba agradecida a Littlejohn, pero todavía se sentía conmocionada y extrañamente avergonzada. Porque no es una postura que adoptase por convicción, admitió, sino por una repulsión instintiva. Si realmente soy tan pacifista, no debería estar aquí. No debería trabajar con ellos y apoyar su lucha. Pero no sé si lo soy, si preferiría ir a los rediles antes que dejar que estos hombres mataran a otro hombre para protegerme. Y si me siento así debería defenderme.

Pero no puedo.

“Vamos, entonces”, dijo Big John.

La farmacia estaba al borde del valle en el lado norte de las montañas. Dos horas de rápida caminata los llevaron a una hondonada protegida en las laderas más bajas de la última colina, desde donde pudieron contemplar un enorme almacén de metal, rodeado por una cerca con alambre de púas en la cima. Guardias armados patrullaban la puerta. Madrone y sus compañeros estaban sentados en la oscuridad, apestando a cautela y emoción.

“¿Qué estamos esperando?” –susurró Madrone–.

“Cambio de guardia”, dijo Littlejohn. “Ah, ahí viene”.

Debajo de ellos, dos nuevos hombres se acercaron a los guardias de la puerta, hablaron un momento y luego ocuparon sus lugares.

“¿Quién es nuestro amigo?” –susurró Littlejohn.

“El alto”, dijo Lately.

El más alto de los dos guardias abandonó su puesto y comenzó a recorrer el perímetro interior de la valla de alambre.

“¿Que está sucediendo?” –Preguntó Madrone.

“Se supone que debe abrirnos la puerta trasera y desactivar la alarma”, dijo Big John. “Él es parte de la Red”.

Esperaron. Madrone intentó calmarse. Sospechaba que los demás se estaban divirtiendo. Pero no estoy hecha para este tipo de cosas, pensó. No soy como Cleis, que ansiaba el peligro y moría por él. No quiero morir ni matar.

Después de una espera que pareció interminable, el guardia alto regresó a la puerta principal.

“Está bien”, susurró Lately. “Littlejohn, quédate aquí, cubre la entrada principal. No dispires a nadie a menos que sea necesario, y no dispires a nuestro amigo hagas lo que hagas. Si hay problemas, llama. Buen día, baja con nosotros y cubre la puerta lateral. Si se avecina algún problema, intenta entrar y avísanos. De acuerdo, vamos”.

Corrieron en silencio, agazapados en las sombras, rodeando la línea de la valla hacia la esquina sureste, fuera de la vista de la puerta del lado oeste. Una pequeña puerta se abrió hacia la valla de tela metálica y, con cautela, Lately la empujó. Se abrió.

“Vamos”.

Madrone siguió a Lately y Big John, corriendo rápidamente a través de los seis metros de espacio abierto que separaban la puerta de una pequeña entrada lateral al almacén.

“Oren para que nuestro amigo realmente haya apagado la alarma”, dijo Lately, dedicándole una sonrisa a Madrone

mientras se presionaba contra la puerta de metal en blanco. Se abrió hacia adentro.

“Hogar libre”, dijo.

En el interior, la asaltaron los olores de mil productos químicos. Se sentía mareada, casi entumecida por la sobrecarga. Los rodeaban bosques de altas estanterías metálicas, repletas de cajas, botellas y contenedores.

“¿De dónde sacan todo esto? ¿De dónde viene?” susurró, asombrada por la enorme abundancia. Había más pastillas aquí, en este almacén, que en todos los almacenes del Área de la Bahía juntos.

“Tienen fábricas por todo el Valle, estrictamente bajo control militar”, le dijo Lately. “Y granjas, a lo largo de la costa, donde cultivan algunos de los materiales. Algunas de ellas son granjas libres, pero muchas son campos de trabajo. Puedes inscribirte si estás desempleado, trabajar siete días a la semana bajo el sol durante tres años y vivir como un perro, pero obtendrás todos los altibajos que puedas tragar. Esas casas con sus verdes prados que pasaste por las colinas, aquí es donde obtienen su dinero. Y el mercado negro, con altibajos, es especialmente rentable”.

“¡Nada está etiquetado!” Dijo Madrone. “¿Cómo sabemos qué es algo?”

“Big John ha ido a buscar el escáner”, dijo Lately. “Simplemente quédate aquí, déjanos traerte cosas. Estamos buscando refuerzos, altibajos opiáceos, y usted nos dirá qué más”.

“¿Por qué altibajos?”

“Los vendemos. Y los damos a nuestros amigos, para mantenerlos felices. Tenemos que financiar esto de alguna manera”.

No estaba nada contenta con la respuesta, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Big John regresó con el escáner, que parecía una lupa cuadrada montada en un palo.

“Así es como funciona”, dijo Lately, sacando una caja de pastillas de un estante. “Todas las etiquetas están escritas con un código de puntos en el frente, ¿ves?” Señaló un patrón de puntos negros y ella asintió. “Sosten el escáner en alto y mira a través de él”.

Cuando miró a la lente, aparecieron un nombre y un precio.

“Bueno, esto sería muy útil si supiera cuáles son estas cosas”, dijo Madrone.

“¿No es así? Pensé que sabías sobre medicamentos”.

“Algunos. En casa utilizamos medicamentos que podemos cultivar o destilar a partir de lo que cultivamos, antibióticos, antivirales y antiinfecciosos. Son más eficaces para algunas afecciones que las hierbas, la acupuntura u otros métodos nuestros. Pero los Stewards tienen cosas que yo sólo conozco en teoría, y además por sus nombres latinos o su estructura química, no por sus marcas. Tal vez pueda hacer algunas conjeturas”.

“Podemos reconocer muchas cosas”, dijo Lately.

“¿Puedes encontrarme algunos refuerzos? Me gustaría examinarlos”.

“Seguro. Pero si quieres algo para Joan, tendrás que decirnos qué buscar”.

“No tengo idea de cómo sería”, dijo Madrone, consternada. “Cápsulas, probablemente, no tabletas, si eso sirve de ayuda”. Le empezaba a doler la cabeza con los olores que la rodeaban. Si pudiera concentrar su sentido de abeja, usarlo de alguna manera...

“Espera un minuto, he pensado en algo que podría probar. Tráeme algunas cosas y veré si puedo averiguar cuáles son.

Se sentó en un rincón con un bolígrafo que Big John le había encontrado. Tocando su mancha de abeja, se dejó entrar en trance, pero no del todo. Necesito mantener intacta mi mente humana, para pensar, nombrar y escribir,

mientras abro los demás sentidos. Melissa, ¿puedo hacer esto?

“Aquí tienes unas cápsulas”, dijo Lately, colocando una caja sobre sus rodillas. Abrió una, olió algunos granos de polvo y los tocó con la lengua con delicadeza.

El gusto y el olfato explotaron en su cerebro, volaba entre naranjos, los limones florecían, daban frutos, sudaban a través de su piel acre.

Volvió a tocar su mancha de abeja, escribió Vitamina C en la caja de cápsulas y extendió la mano para la siguiente oferta de Lately.

Cuando hubo clasificado entre quince o veinte medicamentos diferentes, le palpitaba la cabeza y los estantes y cajas de metal gris nadaban en patrones caleidoscópicos frente a sus ojos. Había tantas cosas allí que se encontró infectada por una especie de codicia. Medicamentos para aliviar el dolor y medicamentos para estimular el crecimiento de tejidos y medicamentos para reducir tumores. Medicamentos para deshacer los efectos de otras drogas. Si pudiera estudiarlos, analizarlos, saber exactamente cómo funcionan. Su sentido de abeja podía ayudarla a reconocer medicamentos que conocía, pero allí había indicios tentadores de otras cosas, tal vez antídotos contra las epidemias, avances aún desconocidos en el Norte.

Pero sin más tiempo, más equipo, más respaldo, no podría saberlo.

“Diosa, no sé si podré soportar más”, dijo mientras Big John le acercaba otra caja.

“Tenemos una carga completa de drogas de placer”, dijo. “¿Tienes lo que quieres?”

“Encontré algunos antibacterianos y antivirales”, dijo Madrone. “Estos y estos. Y aquí hay algunos analgésicos; siempre son útiles. Puedes tomar el escáner y cargar más de estos”.

Le trajeron cajas y botellas y ella las clasificó frenéticamente. ¿Qué llevar, qué dejar?

“Date prisa”, dijo Lately. “Tenemos que salir de aquí antes del control de las cuatro. Faltan diez minutos para eso y primero tenemos que limpiar.”

“Devuelvan estas cajas”, dijo Madrone, señalando un montón de sus rechazos. “Si pudiera encontrar un buen antiinfeccioso general...”

Big John devolvió las cajas a los estantes; Últimamente llenaron sus mochilas con las selecciones de Madrone. Sintió que su propio miedo crecía, pero le resultaba difícil apartarse, no intentar probar uno más, y uno más.

“Aquí”, dijo. “Toma esto y...”

“Eso es todo”, dijo Lately. “No tenemos espacio ni tiempo para más. Big John, vuelve a ejecutar el escáner. Toma tu mochila, Madrone. No olvides limpiar las huellas dactilares”.

Le temblaban las manos cuando recogió el paquete. El suelo parecía moverse bajo sus pies y su cabeza pesaba lo suficiente como para arrastrarla hacia abajo. Big John agarró el escáner y corrió rápidamente por los pasillos, regresando rápidamente. “Fuera”, siseó Lately, y ahora podía oler el miedo real en él. Con cautela, abrió un poco la puerta, examinó la acera exterior y les indicó que pasaran. “Rápido”, dijo.

Salieron corriendo, el corazón de Madrone latía con fuerza. El pavimento parecía elástico bajo sus pies y apenas podía distinguir hacia arriba o hacia abajo. Big John la agarró de la mano y tiró de ella, pero los seis metros entre la puerta y el portón parecían extenderse por millas. Oyeron un largo silbido, como el de un pájaro triste, cuando Begood les hizo señas para que pasaran, cerró la puerta tras ellos y cerró la cerradura. “Al suelo”, susurró, y se arrojaron a las sombras fuera de la cerca y se quedaron allí, sin apenas respirar, mientras unos pasos pasaban detrás de ellos, justo al otro lado de la cerca. Nos olerá, pensó Madrone. Su propio miedo era tan fuerte que estaba segura de que contaminaba el aire a kilómetros de distancia. Pero los pasos pasaron de largo y, cuando doblaron la esquina, Lately les indicó que siguieran

adelante. Subieron en silencio por la ladera seca hasta la hondonada protegida donde esperaba Littlejohn. Las piernas de Madrone se sentían débiles; le sorprendió que pudieran soportar su peso, pero lo hicieron.

“¿Ningún problema?”, le susurró Lately a Littlejohn.

“Todo bien. ¿Vosotros?”

“Cerca, pero no demasiado”, susurró Lately. “Si nuestro amigo vuelve a cerrar la puerta y conecta la alarma, nunca sabrán que fueron allanados hasta que hagan un inventario”.

Y ahora se estaban divirtiendo, pensó Madrone, como niños jugando un juego emocionante. ¿Podría? Si hiciera esto con regularidad, si lo hiciera con frecuencia, ¿me llegaría a gustar, la adrenalina, el miedo y el alivio?

“¿Qué te pareció tu primera incursión?” Preguntó Lately, sonriéndole.

“Me gusta ahora”, dijo. “Ahora que se acabó”.

“Esto aún no ha terminado”, dijo Littlejohn. “Vamos a salir de aquí”.

Capítulo XIX

Cruzar la autopista, como tantas otras cosas en la vida, fue más fácil la segunda vez, reflexionó Madrone. Ella, Littlejohn y Begood habían pasado otros dos días en el campamento de los asaltantes, mientras ella alimentaba a Joan Dark con antiinfectantes y enviaba a Littlejohn a recorrer los cañones en busca de agua. Cuando se marcharon, la pierna herida de la mujer ya no olía a muerte. La raya roja había desaparecido y la herida comenzaba a sanar.

Habían caminado toda la noche. Madrone se sentía mareada, todavía medio en el mundo de las abejas, todavía no del todo tranquilizada después de la intensidad de la noche pasada probando drogas. La comida de los últimos días era aún más escasa de lo habitual, pero lo que sentía no era hambre sino ligereza, como si pudiera lanzarse sobre alas de gasa y volar. Quizás los límites entre la mente de la abeja y su mente ordinaria estaban permanentemente

borrosos. La ruta era una sucesión de olores vegetales, fragancia tras fragancia, flotando desde los bien regados jardines de arriba. Estaba embriagada por el algarrobo, el jazmín nocturno y otras notas dulces que no podía nombrar. Las luces giraban formando patrones caleidoscópicos, como si hubiera prismas fijos ante sus ojos.

La mente de abeja la llevó con ligereza a través del estrecho andamio bajo la autopista. De repente las alturas ya no eran una amenaza; podía mantener el equilibrio, con paso seguro, sobre un estambre estrecho o un pétalo de flor de terciopelo.

Una vez pasada la autopista, decidieron arriesgarse a caminar durante el día. Es cierto que eran visibles allí, en la cima desprotegida de las colinas, pero cualquiera que los siguiera también sería visible desde lejos. Los cañones ofrecerían cobertura rápida si la necesitaran. Begood marcó el ritmo y lograron un buen tiempo. Madrone agradeció la larga caminata, la oportunidad de sumergirse en los ritmos de su cuerpo y en sus propios pensamientos. Se sentía agotada; caminar por las colinas siempre le devolvía la energía vital.

Sus ojos se movían rápidamente con el estado de alerta de los insectos que se había convertido en su segunda naturaleza. Como siempre, tenía sed, pero había aprendido a no pensar en ello, ya que no pensaba en el hambre ni en la textura seca y arenosa de su piel. Pero se permitió disfrutar

de los suaves movimientos de sus músculos, de la fuerza de su cuerpo y de su capacidad de resistencia. Debajo de ellos, las colinas se ondulaban, envueltas en los jirones de niebla de primera hora de la mañana. Detrás de ellos, el sol salió lentamente, pintando la tierra con un borde dorado y brillante. Al sur, la ciudad yacía a sus pies. Al norte podían ver, extendidas a lo largo del valle llano, las líneas rectas de carreteras, cuarteles y depósitos de suministros de las tierras militares. Ya había actividad, luces moviéndose resueltamente de un lado a otro a lo largo de las carreteras. Un convoy de camiones avanzaba hacia el norte por la autopista.

Siguieron caminando. El sol calentaba más y ninguna sombra los protegía. Después de aproximadamente una hora, Madrone empezó a sentir náuseas. Apenas podía enfocar sus ojos; todo cambió, se desplazó y se dividió en múltiples imágenes de sí misma. Le palpitaba la cabeza y su mochila liviana la pesaba. Se dio cuenta de que había llegado al delicado punto en el que la sed provocaba la deshidratación. Todavía quedaba un trago de agua en su botella. Lo apuró, saboreando cada gota.

“¿Cuánto falta?” –le preguntó a Littlejohn.

“Unas diez millas. Deberíamos estar allí por la noche”.

“¿Hay agua en el camino?”

“No, a menos que la robemos”.

Madrone comprendió con frialdad que no iba a lograrlo. Extraño, porque no se sentía tan mal, pero sabía lo que auguraban el dolor de cabeza y las manchas negras que nadaban en sus ojos. Ella no podría hacerlo. No con toda su voluntad de Bruja del mundo; no podía caminar otros quince kilómetros bajo aquel sol sin beber más.

“No podré hacerlo”, dijo. “Necesito beber”.

Littlejohn la miró fijamente. Nunca les había dicho eso antes, pensó Madrone. Nunca me he quejado. Entonces debe creerme.

“Tengo un poco de agua”, dijo Begood. “Puedes tenerla”.

Una ola de amor la invadió. Sentía las rodillas débiles y se sentó abruptamente. Si sus ojos no hubieran estado demasiado secos para llorar, habría llorado.

“Dale un trago”, dijo Littlejohn. “Estamos a punto de salir. Pero no hay manera de evitarlo, vamos a tener que hacer una incursión”.

“Lo siento”, dijo Madrone.

“Es mi culpa. Hace tiempo que no hago esta ruta; olvidé lo larga que era y el calor que hacía durante el día. Quizás

deberíamos haber llevado más agua, pero quería dejar suficiente en el campamento”.

“Simplemente no hay forma de evitarlo”, dijo Begood. “Es una ruta que requiere una parada de agua”.

“Hay casas en el cañón, no muy lejos de aquí. Podemos golpear a una de ellos. Madrone, ¿puedes seguir caminando?”

“Claro”, dijo, luchando por levantarse del polvo. Littlejohn le ofreció la mano y ella se puso de pie, manteniendo un equilibrio precario. Sentía la cabeza pesada y palpitante. Intentaría no pensar en ello.

Continuaron durante otro cuarto de milla, hasta que el camino serpenteó alrededor de la cabecera de un cañón. Debajo de ellos, a lo largo de la carretera en el fondo del valle, se encontraban los últimos asentamientos de casas ricas con altas vallas de alambre que rodeaban sus exuberantes jardines verdes. La casa más apartada era blanca, una colección de cajas de estuco esculpidas y altas cúpulas de cristal que encerraban vegetación, brillando como un terrón de azúcar en el centro de una hierba tan verde que parecía irreal. En medio de densos macizos de follaje, helechos, hibiscos y enredaderas en flor, algo atrajo los ojos de Madrone como un imán.

“¿Qué es eso?” preguntó, señalando.

Era azul, más azul que el cielo sin nubes sobre sus cabezas, y brillaba con la luz reflejada y bandas de luz que se cruzaban y entrecruzaban debajo de su superficie en patrones de maré.

“Un gran charco de agua”, dijo Begood. “A los ricos les gusta entrar con todo el cuerpo”.

“Eso es lo que pensé que era”, dijo Madrone, “pero no podía creerlo”. Sin embargo, podía oler el agua y llenó todo su cuerpo de anhelo.

“Yo tampoco”, dijo Begood. “Pensarías que te mataría mojarte tanto”.

Madrone se rió. “No, sé bueno. No te mata, a menos que intentes respirarlo. De donde vengo, la gente nada todo el tiempo”.

Él la miró y se encogió de hombros. Era sólo una cosa más incomprensible sobre ella.

Recordaba claramente nadar, en ríos, arroyos y lagos de montaña, en la piscina de la ciudad calle abajo, pero el recuerdo era distante, como el de algún lujo increíble.

“La cerca no está muy lejos de la piscina”, dijo Littlejohn. “Y hay bastante buena cobertura durante la mayor parte del camino. Podría estar electrificada, pero no lo parece”.

“No lo está”, dijo Madrone. “Lo olería”.

Littlejohn la miró un poco raro, pero continuó. “Así es como lo hacemos. Begood, quédate aquí arriba, toma el rifle y cúbrenos las espaldas mientras Madrone y yo bajamos.

“¿Por qué no me dejas bajar contigo?” –preguntó Begood. “Ella ya está temblorosa”.

“Quiero que beba hasta saciarse. Y ella no es buena con el arma. Tú lo eres. Atravesaremos la valla. Primero llenaremos los recipientes de agua y luego beberemos. Cualquier problema y todos nos dispersamos. Madrone, ¿sabes el camino a casa? ¿Podrías encontrarlo por tu cuenta?

“Creo que sí”. Hijohn le había dado una lección de geografía exhaustiva antes de que ella partiera a la redada. Ella recordó lo que él le había dicho. “Simplemente seguir la cresta, ¿verdad? El camino de bomberos lo recorre hasta el robledal, y desde allí sé cómo ir.

“Bien. Lo haces de noche”, dijo Littlejohn.

Madrone asintió. Por favor, Diosa, no dejes que llegue a eso. Siguió a Littlejohn colina abajo, manteniéndose agachada al amparo de la maleza, deslizándose con cuidado por los lugares empinados. Esperaron, con el corazón palpitante, el sonido de un grito o una alarma electrónica. Todo estaba en silencio. A unos seis metros de la piscina, una alta valla de tela metálica rematada con alambre de púas

rodeaba la última sección inclinada del terreno. Littlejohn señaló. Entre una sección de postes, la tierra se había erosionado y podrían deslizarse debajo de la cerca. No tendrían que cortarla.

Madrone asintió, se deslizó cerca de la valla, desabrochó su mochila y la empujó. Ningún sonido, ningún movimiento. Ella lo hizo rápidamente, presionándose contra el polvo para deslizarse entre las puntas de alambre. Littlejohn la siguió.

Cuando llegaron abajo, sacó sus dos botellas de agua de su mochila. Miraron hacia el patio. Todo parecía tranquilo. Las cortinas estaban cerradas en la parte trasera de la casa; ni siquiera se movió una bocanada de aire.

“Ahora”, dijo Littlejohn.

Corrieron hasta el borde de la piscina, mojaron sus botellas de agua y las llenaron. El agua se sentía fría en las manos secas de Madrone. El olor la rodeaba, fresco y dulce, como el olor del amor. Llenó una segunda botella y Littlejohn se puso a rellenar su cantimplora. Hacía mucho tiempo que no sentía agua en las manos. Su piel ansiaba humedad.

Las botellas estaban llenas y, peligro o no, tenía que beber. Se agachó y se llevó agua a la boca con las manos. Era curioso, se había acostumbrado tanto al saboreo lento y prolongado de cada bocado que le resultaba difícil obligarse a beber rápidamente, pero eso era lo que se necesitaba aquí:

absorber todo lo que pudiera de esta increíble abundancia de agua limpia y clara. Agua fría. Hubo mucho de eso. Tenía un ligero sabor químico, tal vez a cloro, pero no lo suficiente como para perturbar su éxtasis. Podía sentir cada bocanada, devolviéndole la vida, y se tumbó en el borde y hundió toda la cabeza. *Diosa*, era tan fresco que alivió sus palpitantes sienes y el polvo granulado detrás de sus ojos. Oh Diosa. Quería sumergir todo su cuerpo, sólo por un momento, para estar fresca, húmeda y limpia. Fue loco. Fue peligroso. Littlejohn seguía bebiendo a su lado y, de repente, ella cedió, se quitó la camisa y los pantalones y se deslizó por la borda al agua acogedora.

“¿Has perdido la puta cabeza?” Oyó a Littlejohn detrás de ella, pero estaba ingrávida, descuidada, acariciada por el agua, bebiéndola a través de sus poros y sus células encogidas, sintiendo la presión de ella deslizándose por sus extremidades y fluyendo entre sus dedos, sintiendo cómo presionaba contra ella con su peso mientras se hundía hacia abajo, hacia abajo. Sus oídos zumbaban con sonidos ahogados. Tocó el fondo, se giró y salió de nuevo a la superficie.

Cuando su cabeza salió a la superficie del agua, Littlejohn ya no estaba. Tampoco estaban las botellas de agua. Por encima de su cabeza, escuchó el canto de un búho a la luz del día: la señal de peligro. En el camino de bomberos oyó gritos y el sonido de un motor. Sonó un disparo.

Oh, mierda, pensó. Mierda, mierda, mierda. Lo he hecho ahora.

Necesitaba correr, pero no sabía adónde ir. Los sonidos estaban directamente encima de ella, en línea con el agujero debajo de la cerca. Si tomara esa ruta, aterrizaría justo en sus brazos. ¿Pero había otra salida? No podía obligarse a salir de la piscina; estaba paralizada, atrapada.

Las voces se acercaban. Ahora podía oír el ruido de los arbustos encima de ella. Pero ella no podía decidir qué hacer; ella no podía moverse. El frío del agua pareció arrebatarse la vida. Podía esconderse bajo la superficie y cerrar los ojos, pero no había ningún lugar donde esconderse. Se imaginó una bala hundiéndose en su carne y el rojo filtrándose para manchar la claridad del azul.

“¡Chica!”

La voz de una mujer la golpeó como una bofetada. Volvió la cabeza hacia la casa.

“¡Mete tu trasero aquí, niña!”

Por un momento pensó que Johanna la estaba llamando; la mujer en la puerta se parecía mucho a ella. Automáticamente, hizo lo que le decía la voz: saltó fuera de la piscina, cogió su ropa y su mochila y corrió sobre el césped para no dejar huellas mojadas en la albardilla del patio. Los

gritos y ruidos de arriba se estaban acercando, pero ella se agachó y la puerta se cerró detrás de ella.

“Dame esas cosas”, dijo la mujer, agarrando la ropa de Madrone y dirigiéndola a una pequeña antesala junto a la cocina. Parecía tener unos cincuenta años, y si bien su postura, su voz y su piel oscura y melaza eran como las de Johanna, sus rasgos eran diferentes, su nariz más afilada y sus anchos labios fuertemente comprimidos. Vestía un uniforme blanco.

“Te pones esas cosas”. Señaló con la barbilla un uniforme y un delantal que colgaban de un gancho. “Envuelve ese pañuelo en la cabeza para que cubra tu cabello mojado. Luego entra conmigo en la cocina, cruza esa puerta y mantén la boca cerrada.

Madrone hizo lo que le decía: se puso un vestido blanco almidonado por la cabeza, se calzó unas zapatillas negras y se envolvió el pañuelo blanco hasta abajo para cubrir la cicatriz de la frente, recogiendo el pelo para que no se viesen mechones húmedos. Salió de la antesala y entró en la cocina, una habitación cuadrada y blanca reluciente de mármol y azulejos blancos. Olía a detergente, a cosas verdes y a su propio miedo.

Junto a un fregadero de porcelana blanca había una tabla de cortar cargada de verduras. La mujer la empujó hacia allí, le puso un cuchillo en las manos y dijo una palabra.

“Cortar”.

Madrone empezó a cortar zanahorias. Ella se movió automáticamente, lentamente. La fragancia de las verduras casi la dominó. Cada corte liberaba más y más del dulce y fresco olor.

Tengo que mantenerme alejada de la mente de las abejas, pensó, luchando por el control. Subrepticamente, tocó su mancha de abeja, murmurando su propio nombre humano en voz baja.

Detrás de ella escuchó los pasos de la mujer mientras se movía y su voz mientras tarareaba para sí misma. Afuera escuchó gritos, un fuerte estrépito y la voz profunda de un hombre.

“¡Abre la puerta! ¡Somos seguridad!

Se oyó más ruido, pasos que iban de la casa al patio y viceversa, más gritos furiosos. Madrone se concentró en las zanahorias. Si simplemente cortaba cada rodaja con cuidado, sin distraerse, sobreviviría. Se convertiría en lo que parecía ser: inocente, autorizada para existir. *Picar*.

Sin prisa, la mujer se dirigió a la puerta. No huelas, mira. Usa tus ojos, concéntrate, una cosa a la vez. Cada ronda de zanahoria era como un mandala, patrones de color naranja más pálido incrustados en una matriz de color naranja intenso. Ella quería probarlo. Quería sentir su carne dulce y

crujiente crepitando bajo sus dientes, sentirla entregando su reserva de alimento a su cuerpo hambriento. Quería los tomates resplandecientes como joyas y el corazón pálido y fresco de los pepinos con su traslúcido depósito de semillas. Le dolían las mandíbulas cuando la saliva le entró a borbotones; su estómago se retorció. No podía, no podía, robar esta comida, con la mujer desconocida detrás de ella que la había salvado por razones aún no claras. No podía, no podía arriesgarse a meterse unas cuantas rodajas de zanahorias en la boca. No.

La puerta se abrió detrás de ella y los escuchó entrar. Con cuidado, echó un vistazo a su alrededor. La mujer estaba flanqueada por cinco jóvenes corpulentos vestidos con uniformes caqui. Llevaban gafas de sol que ocultaban sus ojos.

“Sólo vamos a revisar la casa. ¿Estás segura de que no viste ninguna persona sospechosa en el área de la piscina?”

“He estado aquí toda la mañana preparando este almuerzo para la señorita Sara. No he visto nada. Becky, pelas esos pepinos antes de cortarlos, ¿entiendes?”

Madrone encontró un pelador en el cajón debajo de la tabla de cortar y se puso a trabajar sobre el fregadero.

“Tú, niña, ¿has visto algo?” –le preguntó uno de los hombres. Levantó la vista, abrió mucho los ojos y negó con

la cabeza. Cuanto menos hablara y revelara el acento del Norte, mejor, pensó. Continuaron buscando por la cocina y las habitaciones contiguas, pisoteando y gritándose unos a otros. Madrone mantuvo los ojos pegados al pepino, que emergió blanco y reluciente bajo su cáscara verde. ¿Cuánto tiempo hacía que no comía verduras frescas como éstas? *Diosa*, en casa yo iba al jardín a recogerlas. Recordó a Johanna parada en la cocina de su casa de campo, cortando verduras para el guiso. Recordaba a Maya en la cocina de la ciudad, preparando sopa, y los montones de tomates que mezclaban para hacer salsa, y los calabacines, tan abundantes que la gente gemía al verlos. *Diosa*, ¡habían quedado tan ricos!

Pelaron los pepinos y empezó a cortarlos. ¿La estaban observando? ¿Estaban sus agudos ojos taladrando bajo su bufanda para descubrir su cabello mojado? ¿Por qué, oh, por qué había sucumbido a la tentación y se había dado ese baño? Ella nunca sobreviviría así. Ella nunca volvería a casa.

Se abrió una puerta en la pared opuesta y de repente los hombres se quedaron en silencio.

“¿Que es todo esto?” dijo una voz de mujer. Era una voz joven, pero resonaba con un tono de autoridad y una seguridad innata.

Madrone se asomó rápidamente. La mujer era alta, esbelta, con el pelo rubio que le caía hacia arriba y hacia

atrás en alas, desafiando la gravedad. Llevaba un vestido blanco, de corte modesto pero de una tela tan fina que, al moverse y ondear a su alrededor, revelaba cada dimensión de su esculpida figura. Su piel era blanca como una cala y sus ojos azules estaban delicadamente delineados con color. Madrone quería mirarla fijamente, pero se obligó a bajar los ojos, lanzando pequeñas miradas furtivas con la cabeza inclinada. Era como algo elaborado; cada movimiento, cada tono de su voz, el tono preciso de sus pómulos y el contorno cuidadosamente dibujado de sus labios, estaban calculados para sugerir seducción. Madrone nunca había visto a nadie como ella. Algunas de las hadas amigas de Holybear, tal vez, que podrían pasar días vistiéndose para un ritual, poniéndose henna en el cabello y dibujándose espirales alrededor de los ojos. Pero el efecto era bastante diferente.

Tal vez fuera la cercanía de la muerte, esos soldados detrás de ella con sus armas nerviosas, buscando. De repente todos los antojos de su cuerpo se despertaron y clamaron. Ella quería vida. Quería el agua dulce y acariciante y el centro fresco y húmedo del pepino y quería a la mujer que estaba parada en la puerta y recorrió con los ojos a Madrone, registrando la sorpresa tan sutilmente que Madrone no vio ningún cambio en sus facciones, sólo un temblor en su rostro.

“Seguridad, señora”, dijo uno de los hombres. “El puesto de mando en lo alto de la colina detectó actividad

sospechosa alrededor de su piscina. Probablemente ladrones de agua.

“Disparates”.

“Parece haber alguna evidencia de disturbio, señora. El guardia de nuestro puesto de mando en lo alto de la colina vio a alguien en la piscina”.

Puesto de mando colina arriba, pensó Madrone. Un buen dato para saber.

“¿Dentro?”

“Correcto, señora”.

“Mary Ellen, haz que el jardinero la drene desinfecte”.

“Sí, señora”.

“Perdóneme, señora, pero lo que intentamos decir es que esto parece algo más que un simple robo de agua. Podría ser brujería”.

“Oh, hable en serio. No hay brujas por aquí.”

“¿Qué más podría ser, señora? Estos montañeses no nadan. Le tienen miedo al agua”.

“¿Pero por qué una bruja vendría a nuestra piscina?”

Madrone, cortando tomates con el cuchillo, se preguntaba seriamente si debía hundirlo en su propio corazón. ¿Qué posibilidades tenía de salir de aquí viva y libre? ¿Cuánto dolor podría soportar si se la llevaran? Ella no era como Hijo; ella no tenía su impasible resistencia. O como Bird. Y conocía tantas rutas, planes y caras.

“Es una manera de maldecir, señora. Dejan sus espíritus diabólicos en el agua y, cuando entras, te atrapan. De todos modos, nos gustaría revisar la casa”.

Habría sangre sobre todas aquellas paredes blancas y limpias, y sería una manera increíble de pagarle a la mujer que la había acogido. No, suicidarse sería una traición. Y ella no quería morir. Quería el dulce sabor del jugo en su lengua, quería pasar sus dedos por los contornos del cuerpo bajo el vestido flotante y sentir los miembros estremecerse bajo los suyos y sentir un corazón elevarse para abrazar su soledad.

“No puedo creer que alguien haya entrado en la casa”.

“Nunca se sabe, señora. De todos modos, ¿adónde más podría haber ido la Bruja? Teníamos rodeado el patio”.

¿Se escapó Littlejohn? ¿Y Begood? ¿Los había matado con su indulgencia? *Diosa*, ¿qué le había pasado? Debía haber estado poseída, de verdad.

“Bueno, revisa la casa, por supuesto. Estaré en el atrio. Pero date prisa, por favor. Dentro de una hora vendrán a almorzar media docena de mujeres.

Madrone oyó cerrarse la puerta. Después de un momento, los guardias abandonaron la cocina.

“Si ya terminaste con esas verduras, puedes comenzar con las papas”, dijo Mary Ellen, señalando una canasta que estaba al lado del fregadero. “No hables hasta que estén fuera de la casa”. Madrone obedeció, fregando y pelando, mientras desde las habitaciones del otro lado oían sonidos ahogados de búsqueda.

Después de mucho tiempo, la puerta exterior se cerró de golpe. Madrone sintió que la tensión se escapaba de la cocina. Mary Ellen dejó escapar un largo y suave suspiro, que a Madrone le recordó de nuevo a su abuela. La piel de Johanna era de ese tono oscuro, marrón oscuro, y su cabello también tenía la textura de un alambre plateado.

“Gracias”, dijo Madrone. “Me salvaste la vida”.

Mary Ellen resopló, pero antes de que pudiera responder, la mujer rubia volvió a entrar. Se movió con la seguridad de ser dueña y se sentó en un taburete de la cocina.

“Sírvenme un trago”, le dijo a Mary Ellen, quien se acercó a un armario con una leve mirada de desaprobación y sirvió un licor oscuro en un vaso pequeño. “Sírvetme un trago”.

“No, gracias, señorita Sara”.

“¿Y tú?”

“Solo agua, gracias”, dijo Madrone.

Mary Ellen la dirigió con una mirada hacia un segundo taburete de la cocina y le trajo un vaso y una pequeña botella de agua mineral del frigorífico. Ella se conformó con lo mismo.

“Bueno”, dijo Sara, “¿quién diablos eres?”

Madrone se distrajo con el agua que tenía en la lengua, que bebió lentamente, bendiciendo su buena suerte. Lo que fuera que estuviera a punto de suceder parecía menos importante que la innegable verdad de que, al menos en ese momento, ya no tenía sed.

“¿Bien?”

Madrone levantó la vista y se encontró con sus ojos, azules, como la piscina. “Supongo que soy tu bruja residente”.

“¿Qué estabas haciendo en mi piscina?”

Madrone seguía mirando el rostro de la mujer rubia. Estaba claro que estaba acostumbrada a que la miraran y la

admiraran. Su rostro estaba tranquilo bajo la mirada de Madrone, paciente como un gato recibiendo homenaje.

“Me superó la tentación, la oportunidad de estar limpia. Lo lamento. Fue una estupidez”.

“Así fue”, estuvo de acuerdo Mary Ellen.

Sara le lanzó una rápida mirada de desaprobación y reanudó sus preguntas.

“Estás con los montañeses, ¿verdad?”

“Sí”.

“Bueno, no eres lo que hubiera esperado. No pensé que les importara estar limpios”.

“Cuando no tienes agua, al cabo de un tiempo deja de importarte”.

“Pero no te detuviste”.

“Lamentablemente no”.

“¿Pero dónde aprendiste a nadar?”

“De donde vengo, es algo normal”.

“¿Y, dónde está eso?”

“El Norte”, dijo Madrone. Esperaron y Mary Ellen dejó escapar otro suave suspiro. Querían su historia y tal vez ella se la debía a cambio de su vida. “Vine aquí para ayudar a la Red; Nos habían pedido a alguien. Porque soy una sanadora”.

Una chispa saltó entre las otras dos mujeres.

“¿Qué clase de sanadora?” –Preguntó Sara.

Madrone sintió que se ponía rígida ante el tono de la mujer. Si fuera un gato, pensó, se me erizarían los pelos de la espalda. No estaba acostumbrada a que la trataran como a una sirvienta, y tal vez era hora de hacer valer algo de dignidad.

“En casa, me dediqué principalmente a obstetricia y ginecología. Aquí, teniendo en cuenta lo que hay con qué trabajar, lo que hago es lo que se podría llamar imposición de manos. Hemos eliminado las jerarquías en el Norte, pero yo fui educada en la universidad mediante lo que solían llamar una formación MD Plus en hierbas y medicina china. ¿Tienes algún problema con el que pueda ayudarte?”

Sara la miró perpleja. “No sabía que todavía permitían que las mujeres fueran médicas en el Norte. Y no me sabía que dejaran entrar a tu gente en las universidades”.

“¿Que gente?” Preguntó Madrone, confundida.

“Ya sabes, gente de color”, dijo Sara, pareciendo por primera vez como si no tuviera el control. “*Eres negra, ¿no?*”

“Algunos de mis antepasados vinieron de África, si a eso te refieres. Algunos procedían de Irlanda, España, Escocia, Francia y las tribus que habitaban las selvas tropicales costeras de América Central. ¿En qué me convierte eso?”

“Tocada con el pincel de alquitrán”, dijo Mary Ellen, pero en voz baja.

“Si mantuvieran a todas las personas de ascendencia africana fuera de las universidades, estarían bastante vacías”, dijo Madrone, “ya que toda la raza humana se originó allí”.

“Muchos preferirían olvidar ese hecho”, dijo Mary Ellen.

“Mi madre era médica”, prosiguió Madrone. “Mi abuela era psicóloga y su madre era enfermera titulada, así que supongo que se podría decir que ser sanadora es algo que me viene de familia”.

Sara la miró fijamente, tratando de asimilar algo que no podía comprender del todo, y entonces, de repente, sonrió, no con el arco seductor con el que la había favorecido antes, sino con una amplia sonrisa marimacha que hizo que todo su rostro cobrara vida.

“Bueno, no puedo igualar eso”, dijo. “En mi caso, mi madre era puta”.

Madrone la miró, sorprendido a su vez.

“Una puta de clase alta, por supuesto”, dijo Sara. “Se casó con su mejor cliente. Así que supongo que yo también sigo la profesión familiar”.

“No te des mala fama”, dijo Mary Ellen. Se volvió hacia Madrone. “Y no te quedes todo el día mirando ese pepino. Si tanto lo deseas, cómelo”.

Echó algunas verduras en un bol y lo puso delante de Madrone. Madrone se llevó una rodaja de pepino a la boca. Casi deseó que las otras dos mujeres se fueran, para poder simplemente saborear su frescura en su lengua. Apenas podía concentrarse en lo que decían.

Mary Ellen estaba poniendo verduras en un bol y preparando una ensalada. Madrone comió con los ojos de Sara fijos en ella, ligeramente incómoda bajo esa mirada.

“Tal vez ella pueda ayudar a la niña”, dijo Sara.

“Tus damas estarán aquí en media hora”.

“Sí. Estoy pensando en eso”.

“Y el señor Hall, ¿qué pasaría si volviera a casa?”

“Se fue otra vez por una semana, gracias a Jesús. ¿Cómo te llamas?” –le preguntó a Madrone.

Madrone resistió la tentación de meterse en la boca todas las verduras restantes a la vez. Se debatió sobre inventarles un nombre, pero le parecía innecesario. Su propio nombre no estaba en los archivos de nadie. “Madrone. Si puedo ayudarte, lo haré”.

“Termínate el almuerzo. Dijo a Mary Ellen: “Llévala tú”.

Al pie de la casa, excavadas en la ladera, había dos habitaciones poco iluminadas, las dependencias de los sirvientes. Para los estándares de las colinas, por supuesto, eran lujosas, con camas, mantas y baúles para la ropa de verdad. En una cama yacía una niña pequeña, una niña que parecía tener unos cinco años, y Madrone pudo ver, por la luz vacilante y apagada que jugaba sobre su piel, que estaba muy enferma. Había un tono grisáceo en su piel marrón y un tinte azulado en sus labios.

“Su nombre es Ángela”, dijo Sara. “Ella es mi sobrina. ¿Puedes ayudarla?”

“No lo sé”. Madrone se arrodilló junto a la niña y le puso una mano en el pecho. Ralentizando su respiración, se permitió *sentir* los patrones de energía de la chica. Sí, lo que había sospechado desde el primer vistazo a su aura era cierto.

“Tiene cáncer de sangre”, dijo Madrone. “Leucemia”.

“Sí, eso es lo que sospechábamos”.

“Pero existen medicamentos para eso. Terapia génica y antivirales y potenciadores de glóbulos blancos. Cualquier médico de cabecera puede tratarla”.

“Pero ningún médico la *tratará*. Oficialmente es hija de Mary Ellen.

“No entiendo”.

“Mi hermana, que nunca fue muy sabia, tuvo un pequeño coqueteo con el hijo de Mary Ellen. Fueron discretos, pero poco cuidadosos y ella quedó embarazada. Oh, intentamos hacerle un aborto, pero era demasiado peligroso: los milenaristas estaban en una campaña y nadie quería hacerlo. Así que la enviamos a nuestra casa de campo y, cuando llegó la niña, Mary Ellen la hizo pasar como suya. Podrían haberse salido con la suya si hubieran tenido el suficiente sentido común, pero no lo hicieron. Y finalmente, por supuesto, uno de los otros sirvientes los denunció. Charles huyó a las colinas y Lisa... bueno, ya no hablamos de ella.

Es una frase extraña, pensó Madrone, pero dijo simplemente: “Lo siento”.

“Amaba a mi hermana, aunque era una pequeña idiota testaruda. Me gustaría salvar a su hija”.

“Podría decirte qué medicamentos conseguir y cómo administrarlos”.

“Es muy peligroso. ¿No lo ves? No podemos darnos el lujo de llamar la atención sobre su existencia. ¿Qué pasaría si mi marido se enterara? Mary Ellen podría ir a los rediles por tener un hijo ilegítimo. Normalmente no lo aplican a los negros, pero si les restregáramos la nariz tratando de curarla, tendrían que hacerlo.

“¿Su marido no lo sabe?”

“Mi marido es un hombre odioso. Nunca le digo nada”. Las palabras fueron dichas sin emoción, pero Madrone escuchó el latigazo de dolor detrás de ellas. Ella no sabía qué decir.

“Supongo que todo esto te parece bastante bueno”, dijo Sara. “Esta casa, el dinero, el agua...”

“No, no me parece bien”. Madrone se volvió y la miró. Los ojos azules eran fríos, pero como algo congelado instantáneamente en el primer frío del invierno, algo suplicante, ansioso por derretirse. “A mí me parece una especie de infierno”.

Sara mostró su sonrisa irónica. “¿Conoces una alternativa?”

“Sí”, dijo Madrone seriamente. “De hecho, sí lo hago”. La niña gimió y abrió los ojos. Madrone leyó dolor en ellos y Sara se agachó y puso una mano en la frente de la muchacha.

“Ángela, esta amable señora está aquí para ayudarte. Ella conoce mucha magia especial, pero sólo funcionará si la mantienes en secreto. Nunca, nunca le cuentes a nadie sobre ella. ¿Promesa?”

La chica asintió. Sus ojos eran enormes, redondos y oscuros, y de repente Madrone no pudo soportar la mirada que había en ellos. Ella no estaba lista para asumir una curación de esta magnitud; necesitaba comida y descanso. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había dormido? Pero no podía ignorar el dolor de la niña. Cerrando sus propios ojos e invocando su poder, alivió la inflamación y vertió vitalidad a través del torrente sanguíneo de la niña, liberó la presión sobre las articulaciones inflamadas y retejió los patrones de su *ch'i*. Su propia energía se estaba agotando y todavía no había abordado la causa de la enfermedad, pero de repente supo que no tenía fuerzas para profundizar más. De mala gana, ella se retiró. La niña tendría al menos una remisión, y tal vez Madrone podría regresar más tarde y terminar, cuando estuviera alimentada y descansada, si es que alguna vez volviera a estar alimentada y descansada. Ya había estado allí demasiado tiempo y, sin embargo, no veía cómo podría salir sin ser vista antes de que oscureciera. De repente, Madrone estaba tan cansada que lo único que pudo

hacer fue desplomarse contra la pared y cerrar los ojos. Solo por un momento.

Se despertó y encontró a Sara todavía parada encima de ella, mirando hacia abajo, con el rostro ilegible.

“La niña tiene mejor aspecto”, dijo.

“Ella ha mejorado pero no se ha curado”, dijo Madrone. “No lo sé, tal vez pueda curarla, pero no puedo hacerlo hoy. Simplemente no tengo la fuerza”.

“Puedo ver eso”. Sara volvió a sonreír, esa sonrisa de pilluela que atravesó la superficie pulida. “Necesitas más de diez minutos de sueño”.

“Mucho más”.

“No esperamos milagros de usted”.

¿Por qué no? Pensó Madrone. Todos los demás lo hacen. Y los produzco con la frecuencia suficiente para mantenerlos esperanzados.

“No estoy hablando de milagros”, dijo, sacudiendo la cabeza. “Estoy hablando de un poco más de jugo del que tengo hoy. O unos cuantos créditos de droga. De pronto volvió su rabia, quemando su cansancio, haciéndola sentir invencible. Tal vez debería volver a abordar a la niña ahora, pero había aprendido a desconfiar de ese estado, sabiendo

que la energía podía agotarse repentinamente, dejándola agotada. Y todavía tenía kilómetros de camino que recorrer esa noche y fuerzas de seguridad que esquivar. Y necesitaba desesperadamente comer un poco más. “No lo sé, tal vez pueda volver en otro momento. O tal vez la próxima vez que asaltemos una farmacia pueda traerle algunas pastillas”.

“Es irónico”, dijo Sara. “Mi marido dirige una empresa farmacéutica. Envían camiones cargados a los campos de trabajo. Si pudiera pensar en una historia plausible... pero no. Es demasiado peligroso. De todos modos, ¿cómo puedo agradecerte?”

“Ya me salvaste la vida una vez hoy. Si pudiera comer y beber algo, lo harías de nuevo”.

“¿Te importaría unirte a mí y a las otras damas para almorzar? Quizás podrías hablarnos sobre de dónde vienes”.

“¿Estás loca?”

“No. Puedes confiar en nosotras. Estas amigas... son más que amigas, en realidad. Somos un grupo... bueno, ya lo verás. Los montañeses no son los únicos que intentan hacer cambios”.

“Tengo que salir de aquí de alguna manera”, dijo Madrone.

“Quédate aquí hasta que oscurezca. Luego te llevaré a algún lugar si quieres”.

Madrone temía confiar en Sara sólo porque estaba demasiado cansada para pensar por sí misma. Pero *estoy* demasiado cansada para pensar por mí misma, admitió, así que ¿por qué no seguirla? Podría aprender algo.

“Está bien”, dijo ella. Con un gran esfuerzo, se levantó y una vez más se inclinó para tocar la frente de la niña dormido. “Ella debería estar bien por un tiempo ahora. Déjala descansar”.

Seis mujeres estaban agrupadas alrededor de una larga mesa en el atrio, un recinto cubierto de vidrio repleto de plantas tropicales. El aire se sentía suave y húmedo. Un arroyo artificial fluía sobre piedras colocadas en la pared del fondo y salpicaba en un estanque de azulejos donde florecían nenúfares. Filodendros se entrelazaban a lo largo de las vigas y bancos de orquídeas florecían en los rincones. Los helechos colgaban sobre la mesa y las palmeras en macetas se elevaban graciosamente de las cestas de mimbre. Madrone se quedó quieta por un momento, inhalando los aromas de la tierra húmeda y las hojas goteando. Tenía tanta hambre por el sonido del agua corriendo. Por un momento, sintió que daría cualquier cosa, traicionaría a cualquiera, por permanecer en esa fresca habitación verde y no volver a tener sed nunca más.

Mary Ellen había cambiado el uniforme de Madrone por ropa que consideraba más adecuada. A Madrone le parecieron reflejar la fantasía de alguien sobre un revolucionario, o quizás más bien un explorador colonial: un uniforme de diseño para la jungla. Las mujeres sentadas a la mesa eran esbeltas y elegantes con vestidos de colores pálidos que realzaban los matices rosas y lilas de su piel clara. Era extraño ver tantas mujeres pálidas reunidas, como un lecho artificialmente dedicado a una sola variedad de flor. Madrone se sentía como una artemisa en un jardín de lirios.

En cada lugar había porcelana con bordes dorados y copas de cristal tallado, y jarrones repletos de flores aromáticas. ¡Y la comida! No papilla de bellota y miel, sino ensalada y verduras crujientes, pollo en una salsa delicada, pan recién horneado y, de postre, pastelitos dulces con glaseado de azúcar. Los olores por sí solos casi derriban a Madrone.

A lo largo de la comida, las otras mujeres charlaron entre ellas, ocasionalmente lanzando una mirada curiosa a Madrone pero sin involucrarla en la conversación. Estaba agradecida de que la dejaran sola; necesitó toda su concentración para comer despacio y recordar sus modales.

Cuando terminaron los pasteles y las mujeres se sentaron a beber té en tazas con dibujos de rosas, Sara les indicó que guardaran silencio.

“Hoy tenemos una invitada muy especial, señoras”, dijo. “Como sabrán, hace veinte años, cuando el Partido de los mayordomos consolidó su poder, zonas aisladas se separaron. Nuestra invitada es de una de esas zonas; del Norte. Ella corre aquí abajo un gran riesgo y sacrificio personal y le he pedido que nos hable sobre las condiciones sociales de su zona”.

Todas las miradas se centraron en Madrone. Lentamente, dejó su taza de té y miró alrededor de la habitación. Cuando se centró en sus rostros, se convirtieron en individuos distintos. Ahora notaba diferencias de vestimenta, edad y expresión.

“Mi nombre es Madrone”, comenzó. Por costumbre, empezaba a afirmar las palabras mientras las pronunciaba, como lo haría en una reunión del Consejo. Pero la oleada de malestar que pasó por los rostros de las mujeres le recordó que no estaban acostumbradas a las señales, por lo que colocó sus manos en su regazo. Las mujeres ya estaban bastante nerviosas, el olor del miedo era un matiz acre bajo los dulces olores del perfume, las flores, los pasteles y el té. “Vengo de San Francisco, que a veces llamamos *Hierba Buena*, o *Gum Sahn*, o simplemente la Ciudad. Trabajo allí como sanadora (médica, se diría) y estoy aquí para ofrecer servicio a aquellos que se oponen al gobierno de los Mayordomos.

“¿Tienen mujeres médicas en el Norte?” exclamó una mujer.

“En el Norte, una mujer puede hacer cualquier tipo de trabajo que quiera y para el que esté capacitada”.

Un murmullo de excitación recorrió la habitación, que fue interrumpido por una mujer mayor, cuyo gorro de pelo gris coronaba un rostro delgado y demacrado.

“Yo era médica”, dijo. “No, soy médica. Los administradores pueden quitarme una licencia, pero no pueden quitarme mis conocimientos y habilidades. Así que no actúes como si una doctora fuera una cebra, por el amor de Dios. No es algo tan exótico”.

“Gracias, Beth”, interrumpió Sara suavemente. “Madrone, por favor continúa”.

“De donde vengo, creemos que hay Cuatro Cosas Sagradas”, comenzó Madrone.

“¿Como las Cuatro Purezas de los milenaristas?” preguntó una mujer pequeña de huesos delicados.

“¿Qué son?” –Preguntó Madrone.

“Pureza moral, Pureza familiar, Pureza racial y Pureza espiritual”.

“No exactamente”, dijo Madrone. “Las Cuatro Cosas Sagradas son la tierra, el aire, el fuego y el agua. Nadie puede poseerlas ni sacar provecho de ellas, y es nuestra responsabilidad atenderlas y cuidarlas. Esa es la base de nuestra política y nuestra economía”.

Esto provocó una nueva ronda de preguntas y, una vez más, Madrone se encontró contando lo que había llegado a considerar su cuento de hadas.

“Todo el mundo tiene suficiente comida y agua. Todos tienen un lugar donde vivir y cuidar cuando están enfermos. A veces es difícil, porque hemos tenido muchas muertes a causa de las epidemias. Todavía hay mucho que sanar, en la tierra y en las aguas. Pero compartimos y tenemos suficiente. Porque todo el mundo trabaja y trabaja duro. Nadie recibe apoyo sólo por ser... –Dudó, consciente de que estaba a punto de decir algo que podría ofender a estas mujeres, pero Sara intervino.

“¿Ser ornamental?”

“O de cierta raza, clase o ascendencia”, añadió Madrone.

“¿Pero cómo obligas a la gente a trabajar cuando no quieren?”

“No lo hacemos. La gente quiere trabajar con la misma naturalidad con la que un niño quiere caminar y hablar. Todo el mundo quiere tener alguna ocupación”.

“¿Y si alguien no lo hace?”

Madrone se encogió de hombros. “Alguien que realmente no quisiera trabajar podría sobrevivir con el estipendio básico, pero no le permitiría muchos lujos. A veces las personas están enfermas y no pueden trabajar, o tienen una deficiencia *de ch'i* y no tienen mucha energía. Entonces tratamos de curarlos. A veces a la gente no le gusta un tipo de trabajo en particular, pero siempre hay algo más que hacer. No puedo imaginarme a personas sanas sin querer hacer nada. Estarían mortalmente aburridos, aislados y avergonzados. Probablemente los enviaríamos a los sanadores mentales”.

“Eso es diferente”, dijo la mujer al lado de Madrone. “Aquí tenemos que acorralarlos en campamentos agrícolas y sobornarlos con mayores raciones de agua para llevarlos a las fábricas. Y aún así, la mayoría de ellos preferiría mendigar que trabajar”.

“Ahórranos tus prejuicios, Judith”, dijo Beth. “¿No sabes que por cada puesto vacante hay cincuenta que quieren uno y no pueden conseguirlo?”

“Sé que te gusta creer eso, pero estuve anunciando un nuevo jardinero durante el último mes y solo tuve un candidato, que no sabía leer y no sabía una mierda de una pala, si me disculpas el idioma”.

“No lo haré”, dijo Beth. “Aunque no es tu blasfemia lo que me opone sino la ignorancia detrás de ella. ¿Cómo podemos esperar que las clases bajas aprendan a leer cuando las escuelas que ofrecemos a los pobres no son más que campos de adoctrinamiento milenaristas? ¿Y cuánto ofreciste pagarle a tu jardinero? ¿Una miseria y unos tragos de agua? ¿Has intentado ofrecer un salario digno?”

“¡Por favor, señoras!” Dijo Sara. “Nuestra invitada tiene un tiempo limitado con nosotras. Tenemos el resto de nuestras vidas para discutir entre nosotras”.

“Y eso es lo máximo que somos capaces de hacer”, refunfuñó Beth, pero permaneció sentada en silencio mientras una mujer al final de la mesa se dirigía a Madrone.

“¿Qué pasa con los trabajos sucios y desagradables? ¿Quién recoge la basura?”

“Cada hogar utiliza y colecta su propio abono. Y recolecta papeles, botellas y cosas reciclables: mucha gente piensa que es un trabajo realmente divertido. Puedes circular por el barrio y ponerte al día con todos los chismes. Pero las cosas impopulares y peligrosas, como las limpiezas tóxicas, primero publicamos en las redes informáticas que necesitamos voluntarios. Si no los conseguimos, los elegimos por sorteo, entre quienes deben donar trabajo a la comunidad. Verá, cada uno de nosotros estamos obligados a realizar una cierta cantidad de horas de trabajo de regalo

cada año. Básicamente, puedes elegir lo que quieres hacer. O si tienes una habilidad muy vital, como ser sanador, puedes hacerlo en tu propia especialidad. Personalmente, en los años buenos, cuando no hay epidemias, me gusta hacer algo diferente, para variar. Plantar árboles o recoger frutas, algo al aire libre y físico”.

“Entonces lo que tenemos”, dijo Beth, “es la sociedad comunista perfecta. Pensé que esas teorías fueron desacreditadas allá por los años noventa”.

“No, no la tenemos”, dijo Madrone. “Por un lado, podríamos debatir si la teoría marxista estaba desacreditada o simplemente lo fueron sus implementaciones particulares del siglo XX; es una discusión sobre la que a algunas personas les gusta continuar interminablemente. ¿Conoce, por ejemplo, la Teoría de las Limitaciones de la Complejidad de Moraga?”

“No”, admitió Beth.

“Es una economista que también conoce bien los principios de la teoría del caos. En pocas palabras, dice que los viejos países socialistas estatales gigantes, como la Unión Soviética, fracasaron porque intentaron ejercer demasiado control sobre demasiada complejidad. Hace la misma crítica a gran parte de la tecnología del siglo XX. Y lo remonta a la filosofía mecanicista de la Ilustración, que veía la naturaleza como una gran máquina, algo que en última instancia

podíamos conocer y controlar por completo”. Estás poniendo las cosas un poco pesadas, se dijo Madrone, pero se estaba divirtiendo, observando cómo las expresiones cambiaban de un ligero aire de condescendencia a un absoluto asombro. Más que eso, pensó, al ver una chispa en los ojos de Beth y de uno o dos más, he tenido tanta hambre de esto como de verduras: charla, discusión, algo que estire la mente más que la pregunta de qué cresta cruzar a continuación.

“Me encantaría hablar más contigo sobre eso”, dijo Beth, “pero sospecho que lo que más quieren saber estas mujeres es cómo funciona tu sistema”.

“No tenemos un control centralizado de la economía, aunque sí tenemos la mayor coordinación posible. No tenemos cuotas de producción, por ejemplo. Los grupos de trabajo fijan sus propios objetivos y dirigen sus propios asuntos y realizan trueques en los mercados para obtener créditos. Pero hemos llegado a entender la riqueza y a contabilizarla de diferentes maneras. Marx decía que la riqueza provenía del trabajo, pero nosotros decimos que hay tres fuentes diferentes, y el trabajo es sólo una, la más variable. También está la mano de obra almacenada del pasado: por ejemplo, una casa que se construyó hace una generación, o la porcelana inglesa de mi abuela. Ese tipo de riqueza también debería compartirse de manera justa, no acumularse en unas pocas familias. Y finalmente está la riqueza que se basa en los recursos del planeta, en las Cuatro

Cosas Sagradas, y de esa riqueza nadie puede beneficiarse individualmente”.

“¿Usáis dinero?” preguntó la mujer a su lado.

“Nuestros créditos funcionan como dinero, pero no están respaldados por oro ni plata. Están respaldados por energía, humana y de otro tipo, y nuestra unidad básica de valor es la caloría. Por lo tanto, un producto se valora por la cantidad de energía que se destina a su producción, en términos de mano de obra, combustible y materiales que a su vez requieren energía para producirse. Y parte de esa contabilidad es cuánta energía se necesita para reemplazar un recurso que se utiliza. Algo que funciona con energía solar o eólica sale muy barato. Cualquier cosa que requiera combustibles fósiles irremplazables suele ser demasiado costosa para pensar en ello”.

“¿Pero tenéis ricos y pobres?” preguntó la misma mujer.

“A cada uno de nosotros se nos garantiza una parte de la riqueza del pasado y de los recursos, lo que se traduce en un estipendio básico de créditos. Como dije antes, podrías vivir de eso, frugalmente, si realmente no quisieras trabajar. Pero si trabajas, obtienes créditos laborales, y cuanto más trabajas, más ganas, por lo que hay un incentivo para quienes desean un avance personal o general. Y si haces algo realmente espectacular, logras algo fabuloso, la gente te trae regalos”.

“¿La gente no hace trampa?” preguntó una mujer al final de la mesa.

“Todas las cuentas son públicas. Todo tu grupo de trabajo ve la factura que ingresas cada semana y, créeme, saben si es exacta. Si no, te enterarás y, si es necesario, lo plantearán ante tu gremio o consejo. Por supuesto, algunos trabajos no se prestan a contar horas, como el mío, o como ser artista o músico. Recibimos un estipendio fijo”.

“¿Pero cómo se hace un seguimiento de estos créditos? ¿Tiene un sistema informático? –preguntó Beth.

“Y muy sofisticado”, dijo Madrone. “Se basa en cristales de silicio que cultivamos a partir del agua de mar. Los tecchies dirigen su formación mediante visualización. Es una habilidad muy especializada y no todo el mundo puede aprender a hacerlo”.

“Entonces tenéis una tecnología avanzada. No sois una utopía primitiva”, dijo Sara.

“No somos una utopía en absoluto y nuestra tecnología es lo más avanzada posible, dadas nuestras limitaciones y el agotamiento general de los recursos. Pero hemos tenido que tomar algunas decisiones difíciles. Después del Levantamiento, cada herramienta, dispositivo y proceso fue reevaluado de acuerdo con los Cinco Criterios de Verdadera Riqueza que desarrolló Latasha Burton”.

“¿Cuáles son?” –preguntó Beth.

“Utilidad. Sostenibilidad, lo que significa que debe generar o ahorrar tanta energía como consume y no depender de recursos no renovables. Belleza. Curación para la Tierra, o al menos no ser destructivo. Nutrición para el espíritu. Los automóviles privados, por ejemplo, fracasaron. Ciertamente son útiles y mucha gente sostenía que pueden ser hermosos, pero no eran sostenibles. Se aceptaron las computadoras basadas en nuestros nuevos cristales, y la Red que creamos también brinda comunicación, noticias, contabilidad, información, muchas cosas. También hemos logrado avances en energía solar y eólica y en agricultura a pequeña escala. Algunas industrias desaparecieron: no hay vidsets ni pantallas panorámicas porque no pudimos soportar la infraestructura que necesitaban. Otras tuvieron que cambiar. Imprimimos muchos libros, pero fabricamos papel con cáñamo, no con árboles”.

“¿Qué pasa con el trabajo de las mujeres? ¿Tienen sirvientes que limpien sus casas y cuiden a los niños? –Preguntó Judit.

“Todos hacemos ese tipo de trabajo, no sólo las mujeres sino también los hombres. Y todo está pagado. Cada hogar recibe créditos por un número determinado de horas de trabajo por persona, para el mantenimiento del hogar y para el cuidado de los niños o de cualquier persona que lo necesite. Puedes intercambiar esos créditos como quieras:

conservarlos si haces tu propio trabajo o asignarlos a otra persona si prefieres que otra persona lo haga por ti. Y normalmente hay algunas personas, como estudiantes, que quieren obtener algunos créditos sin tener que comprometerse con un grupo de trabajo”.

“¿Y el matrimonio?” –Preguntó Sara.

“Ese es un acuerdo personal entre las personas involucradas. A veces se basa en su religión, si pertenecen a una que tiene reglas sobre esas cosas. Pero ya no es un acuerdo económico. Si una mujer (o un hombre) quiere quedarse en casa y cuidar de la casa y de los niños, cobrará todos esos créditos laborales y se le valorará tanto como el trabajo realizado fuera del hogar, porque todo trabajo se valora igual”.

“¿Qué quieres decir?”

“Quiero decir que el trabajo de un sanador no vale más por hora que el de un granjero o un maestro. Oh, lo discutimos en el Consejo todo el tiempo, hay interminables debates al respecto, pero siempre se reduce al hecho de que nuestro sistema no puede funcionar si empezamos a decir que el trabajo o la habilidad de una persona vale más que el de otra. Un sistema económico es como un organismo, y para funcionar todas sus partes son necesarias”.

“¿Entonces el divorcio es legal?” –Preguntó Sara.

“¿No es legal aquí?”

“Es un pecado”, dijo Sara, y Madrone pensó que su voz sonaba algo melancólica. “Pierdes tu alma inmortal. A menos que tengas dinero para hacer una ofrenda y asegurar una dispensa”.

“Lo cual las mujeres nunca tienen”, dijo Beth. “Sólo los hombres”.

“Algunos hombres”, dijo Judith. “No la mayoría de los hombres. Incluso los hombres acomodados rara vez son tan ricos”.

“No es legal ni ilegal en casa”, dijo Madrone. “No tenemos muchas leyes sobre esas cosas. Depende sólo de las personas involucradas. A menos que haya algún tipo de problema sobre el que no puedan ponerse de acuerdo (por ejemplo, si tienen hijos y no pueden ponerse de acuerdo sobre quién los cuidará). Entonces tienen que traer un Mediador o llevarlo a su Junta Vecinal”.

“¿Entonces un hombre puede dejar a su esposa por alguien más joven o más guapo?”

“Si eso es lo que quiere hacer. O puede dejarla por un hombre más guapo. O mujer. Pero ella no depende de él para vivir, por lo que nunca se queda sin apoyo”.

“El argumento aquí”, dijo otra mujer, “es que las leyes de Pureza Moral protegen a las mujeres. Sin ellas, los hombres se volverían locos y violarían a las mujeres en las calles”.

“Mientras que *con* las leyes”, dijo Beth, “los hombres tienen mujeres en sus propias reservas privadas, una para la esposa, otra para la amante, otra para cualquier cosa o persona que quieran pedir de los catálogos”.

“¿No tienes mucha violación y perversión?” preguntó una mujer, ignorando el comentario de Beth.

“No tenemos ninguna perversión”.

“Oh, vaya”, dijo Beth. “Todas las sociedades humanas sobre la faz de esta Tierra han tenido homosexualidad”.

Madrone se rió. “Tenemos mucho de eso. ¿Es eso lo que se considera perversión?”

“Entre otras cosas. ¿Qué pasa con el incesto y el abuso infantil?”

“No tenemos el tipo de aislamiento social que lo genera. Tenemos muchos tipos diferentes de familias. Algunos de nosotros crecemos en grandes colectivos, como lo hice yo. Algunos pertenecen a familias extensas, con tías, tíos, primos y abuelos; algunos en familias nucleares pequeñas. Pero nos aseguramos de que ninguna familia quede aislada. Los Consejos Vecinales forman grupos de apoyo de personas

de diferentes tipos de hogares y orígenes, para brindar diferentes perspectivas. Así que cada niño tiene media docena de tías y tíos desde que son pequeños. Se les anima a hablar de cosas, a pedir ayuda y a protegerse. Y formamos a todos nuestros niños, desde temprano, en defensa personal, tanto niñas como niños. Oh, he leído mucho sobre el incesto y el abuso infantil, pero no tenemos el clima de secretismo y vergüenza que permita que esto continúe por mucho tiempo. No digo que nunca suceda, pero nada lo respalda. Lo mismo con la violación. A nuestros hombres no se les educa para creer que tienen derecho a violar. De hecho, lo consideramos lo más vergonzoso y degradado que un hombre podría hacer”.

“¿Y si sucede?” preguntó la mujer pequeña.

“¿Si lo hace? Primero, todos los miembros de su familia hablarían con la persona y le dirían lo conmocionados y mal que se sienten. También lo harían sus *compas*, sus amigos y amantes, su Gremio o Consejo, su Junta Vecinal, tal vez todo el Consejo. No sería bienvenido en la casa de nadie, ni en el grupo de trabajo, ni para comer con nadie. Los sanadores mentales podrían acogerlo si quisiera mejorar, pero le llevaría años recuperar la confianza de la gente. Tal vez tendría que irse a las colinas a vivir con el pueblo de los jabalíes, los que no pueden encajar en la sociedad.

“¿Y si no quiere ir? ¿Cómo lo hacéis? ¿Tenéis policía?”

“Creemos que es mejor no asignar ese papel a ningún grupo de personas. Por un lado, generalmente no están presentes cuando realmente los necesitas y, por otro, tienden a abusar de su poder. En cambio, como dije, todos estamos entrenados en defensa personal y, a medida que envejecemos, adquirimos un entrenamiento más avanzado en materia de pacificación: cómo intervenir en un conflicto acalorado, cómo contener a alguien. Si hay una pelea, digamos, que ocurre de vez en cuando, aunque es bastante raro, quienquiera que esté cerca se encargará de ello. Una vez vi a un hombre desterrado para irse a vivir con el Pueblo Jabalí. Estaba gritando y peleando, pero había diez personas a su alrededor y le sujetaron los brazos. Fue muy perturbador verlo, aunque no le hicieron daño. Lo subieron a un camión de bomberos y supongo que alguien lo llevó a Sonoma Hills, donde vive la gente de los jabalíes cazando cerdos salvajes. Una vez que estás desterrado, tu nombre y tu foto aparecen en la red. Todo el mundo sabe quién eres y no puedes volver a menos que el Consejo lo apruebe. Sin embargo, durante diez días en pleno invierno, dejamos que algunos miembros del Pueblo Jabalí entren al mercado para vender sus cerdos. Pero eso es todo”.

“Pero si estás desarmado, ¿no podría un maníaco con un rifle láser apoderarse de toda tu ciudad?” Dijo Judit.

“No”, dijo Madrone. “Alguien lo detendría. La gente lo detendría en conjunto, incluso si algunos de ellos murieran por hacerlo”.

“Entonces unos cuantos hombres” –dijo Judith. “Un grupo organizado con armamento moderno”.

“Bueno, supongo que pronto lo descubriremos, ¿no?” dijo Beth. “Si los rumores del ejército resultan ciertos”.

“¿Qué rumores?” –Preguntó Madrone. “¿Nos han atacado?”

“Todavía no”, dijo Beth. “Pero parecen estar preparándose para ello”.

Oh, Diosa, no, pensó Madrone. Quiero ir a casa. No quiero estar aquí con estas mujeres extrañas haciéndome preguntas interminables. Quizás no debería decirles nada de esto. ¿Cómo sé que no son espías? ¿No sufrió Bird y estuvo a punto de morir para evitar revelar lo que acabo de soltar durante el almuerzo: que no tenemos defensas reales?

“Eso cuida la Pureza Moral y la Pureza Familiar”, prosiguió la mujer pequeña. “¿Tienen leyes sobre Pureza Racial?”

Quizás debería callarme. Pero Hijohn me dijo que hablara con la gente. Por supuesto, no estaba pensando en estas mujeres, pero ¿cómo se supone que van a tener alguna esperanza de cambio aquí si no saben lo que es posible?

“¿No quieres responder?” preguntó la mujer.

“Está cansada”, dijo Sara.

“No, estoy bien”, dijo Madrone. Ya les he dicho suficiente, no tiene sentido detenerse ahora. Ella sonrió. “La pureza racial sería difícil de imponer, cuando somos un grupo de mestizos”.

“Eso no los ha detenido aquí”, dijo Beth. “Simplemente clasificaron a las personas de una raza u otra, a veces de manera bastante arbitraria. He visto algunos negros tan claros como yo y algunos blancos más oscuros que tú que conocían a los funcionarios adecuados a los que sobornar cuando se hacían las clasificaciones.

“En realidad, honramos a nuestros antepasados, pero no pensamos mucho en la raza exactamente”, dijo Madrone. “Lo consideramos un concepto diseñado para separar a las personas. Tratamos de honrar todas nuestras diferentes herencias e historias. La diversidad es parte de nuestra fortaleza. Nos enriquece”.

“Entonces, ¿es usual que personas de... eh, tu raza sean médicos?” preguntó una mujer que llevaba su cabello oscuro en una construcción imponente apilada precariamente sobre su cabeza. “¿Fuiste a la universidad?”

“Cualquiera que quiera puede ir a la universidad, si hay algo que quiera estudiar. No tiene nada que ver con el color que tienes o con qué genitales naces”.

“En teoría, eso es cierto aquí”, dijo Beth. Las mujeres la miraron asombradas. “Lo digo en serio. No existe ninguna ley que impida que las mujeres estudien para ser doctoras, ingenieras o jefas de corporaciones. Negros o latinos tampoco. Simplemente manipulan los exámenes de admisión para que no entren los que no son los correctos”.

“No tenemos pruebas de admisión a la universidad”, dijo Madrone. “Si no estás preparado para el trabajo, lo descubres bastante rápido y buscas ayuda, o te vas a hacer otra cosa”.

“Pero no todo el mundo es lo suficientemente inteligente para el trabajo académico”, dijo Beth. “Seguramente no estás tratando de decirnos eso”.

“No todo el mundo está interesado”, admitió Madrone. “Pero si no eres bueno en el trabajo intelectual, si es frustrante para ti, ¿por qué te quedarías allí cuando puedes buscar algún trabajo que hacer y que te guste y con el que puedas *hacer* tu contribución?”

Siguieron hablando, preguntándole a Madrone sobre el Levantamiento, sobre los Consejos y los grupos de trabajo y la historia de los últimos veinte años, hasta que a Madrone empezó a dolerle la cabeza.

“Habládmeme de este grupo”, dijo al fin. “¿Qué es lo que estáis intentando hacer juntas?”

Las mujeres guardaron silencio, mirándose, reacias a hablar. Finalmente Sara respondió.

“Queremos mejorar la vida de las mujeres. Pero no sabemos cómo. Los milenaristas son muy poderosos. Entonces nos reunimos para aprender, discutir y pensar”.

“Lo cual es una mejora en sí misma”, dijo Beth. “A pesar de todos nuestros desacuerdos, antes de que comenzara este grupo yo estaba muriendo por falta de una conversación estimulante”.

“¿Tienen algún contacto con la Red?” –Preguntó Madrone.

Un silencio de asombro llenó la habitación. El rostro de Beth se cerró, como si estuviera protegiendo algo.

“No son exactamente nuestra clase de personas”, explicó Judith. Ella se rió, un poco nerviosa. “¿Nos ves corriendo con rifles, cubiertas de tierra?”

Madrone llamó la atención de Beth. Los labios de la mujer mayor se curvaron en la más mínima sugerencia de una sonrisa sarcástica.

“Podrías aprender de ellos”, dijo Madrone. “Ellos podrían aprender de vosotras. Tal vez pueda ayudaros a unirlos.

Sara miró su reloj y se levantó.

“Lamento decir esto, señoras, pero tenemos que terminar. Son más de las tres y sé que muchas de ustedes tienen que irse”.

Le agradecieron efusivamente a Madrone, algunas con lágrimas en los ojos. La mujer del pelo recogido se acercó y la besó en la mejilla, pero Madrone pudo sentir el esfuerzo que hacía para no retroceder ante el contacto con su carne.

¡Esto es racismo! Madrone se dio cuenta, con una ligera sensación de triunfo, como si se hubiera topado con una rara hierba de la que había oído hablar pero que nunca antes había visto. ¡De hecho tienen miedo de tocarme! Y se propuso estrechar la mano de cada uno de ellas. Sólo Beth le estrechó la mano con verdadera calidez.

“Me encantaría hablar contigo, durante días y días y días”, dijo. “Me recuerdas a una época mejor. Vivo cerca de la universidad y dirijo una hermandad de estudiantes de enfermería. Está en Gayley Avenue, justo cerca de la antigua puerta principal. Un gran edificio rosa, no te lo puedes perder. Ven a verme si alguna vez puedes, o si necesitas un refugio, o simplemente unos días de descanso...”

“Gracias”, dijo Madrone. Extendió la mano y abrazó a la mujer mayor, deseando de repente poder ir con ella y saciarse tanto de conversación como de comida y agua.

Las mujeres se habían ido. Madrone estaba sentada, renovado por una siesta de una hora, acurrucada en el sofá de la habitación de Sara, frente a una amplia extensión de vidrio que daba a la ciudad. El cielo pasó de un frío azul pálido a un color índigo. Las luces comenzaron a aparecer, definiendo los contornos de las colinas. Sara abrió un poco más las transparentes cortinas blancas y luego se acurrucó en el sofá junto a Madrone. La habitación era muy blanca a su alrededor: paredes pintadas con un suave esmalte blanco sobre blanco, la gigantesca cama con dosel detrás de ellas, cubierta con sábanas blancas antiguas, pesadas como una acusación.

Madrone había querido hablar de la idea de un encuentro entre la Red y el grupo de mujeres de Sara. Pero cada vez que abordaba el tema, Sara lo desviaba. Ahora le estaba contando a Madrone la historia completa de su descarriada hermana menor. Estaban bebiendo vino, algo blanco y afrutado que complacía la mente de abeja de Madrone al tiempo que profundizaba la languidez de sus miembros.

“A veces casi envidio a Lisa”, dijo Sara, con un suspiro y una larga mirada a Madrone. Ella bajó las pestañas. “Al menos ella sabía lo que era amar, o creía saberlo”.

Hay una señal aquí, pensó Madrone. ¿Que se supone que debo decir? “¿Nunca has conocido el amor?”

“La lujuria es lo más cerca que he estado. ¿Y tú? ¿Quién es tu amor?”

Sandy de ojos de ala de gaviota y cabello negro como cascada, dulce Nita que tan bien me entiende, Sage, Holybear, Bird, pobre pájaro roto con su valiente canto. “Muchos”, respondió Madrone. “El amor es fácil para mí”.

“Entonces ámame”, susurró Sara, dejando su copa de vino y cogiendo la mano de Madrone y presionándola primero contra su corazón, luego contra su pecho y luego bajando por su vientre hasta el montículo entre sus piernas. “Nunca he conocido a nadie como tú. Enséñame qué es el amor”.

Madrone no estaba segura de si la estaban seduciendo, engatusando u ordenando. Antes de que pudiera acercarse o alejarse, Sara se deslizó entre sus brazos y se presionó contra su cuerpo. Sus pechos se tocaron, se frotaron. Los restos del vino de Madrone se derramaron detrás de ella. Dejó que el vaso vacío se le escapara de las manos. Un latido del corazón retumbó en el centro de su vulva. El delgado dedo índice de Sara trazó la línea de los labios de Madrone, como si delineara un objetivo. Entonces Sara la besó. Todos los anhelos reprimidos de Madrone despertaron al mismo tiempo. Está jugando conmigo, pensó Madrone. Soy su juguete oscuro y peligroso. Pero el pensamiento no pudo alcanzar su cuerpo ni disuadir su respuesta.

Cuando se abrió a Sara, sintió toda la atención, la habilidad y la inteligencia de la mujer decididas a complacerla, a sentir cada respuesta al más sutil movimiento de la mano, de las caderas o de la lengua, e intensificarse hasta que Madrone se sintió débil, incapaz de resistir. Madrone se sintió manipulada y, sin embargo, no podía quejarse, de hecho, casi quería suplicar más, más placer, más agua, más sábanas de seda suave y caricias delicadas y calculadas. *Diosa*, hacía demasiado tiempo que no la tocaban ni la alimentaban.

“¿Te complací?” –susurró Sara.

“Sí, claro. ¿Y tú?”

“Me da placer dar placer. Es en lo que soy buena”.

Madrone sintió que debía protestar, responder, pero sus párpados se estaban cerrando y sus brazos pesaban como plomo. Olvídate de presentarle a Hijohn, pensó Madrone adormilada. Esas mujeres no están dispuestas a afrontar un peligro real. No, es a Isis a quien Sara debería conocer. Son muy parecidas. Luego se quedó dormida, una sombra en la habitación completamente blanca.

Madrone hizo que Sara la llevara a un cañón más al oeste, donde podía tomar un camino cortafuegos y regresar al sendero de la cresta. Era media noche; salía una luna tardía. Se cargó al hombro una mochila llena de agua y comida.

“¿Vas a regresar?” –susurró Sara.

“Lo intentaré”, dijo Madrone. “Si no lo hago, no es porque no quiera”.

“Me preocuparé por ti”.

“*Que te vaya bien*”, susurró Madrone.

“¿Qué significa eso?”

“*Que te vaya bien*”.

Cuando llegó tambaleante al campamento, ya estaba amaneciendo y la vieja luna descendía hacia el horizonte occidental. Baptist la desafió y, cuando ella respondió, arrojó su arma y la abrazó.

“¡Madroño! Teníamos miedo de que te hubieran atrapado.

“No, me escapé. ¿Qué pasa con Begood y Littlejohn?”

“Begood vino antes y nos contó lo que pasó. Littlejohn acaba de regresar hace aproximadamente una hora”.

“Gracias a la Diosa”.

“Hijohn quiere saber qué pasó. Pero está dormido”.

“Déjalo descansar. Se lo diré por la mañana. Hoy tomé una siesta, pero a mí también me vendría bien descansar un poco más”.

Encontró un trozo plano debajo de un arbusto de chamise, se cubrió con la manta y cerró los ojos. Todo está bien, se dijo. No mataron a nadie, no capturaron a nadie y aquí estoy, limpia, bien alimentada y, por lo demás, satisfecha. Pero en sus sueños inquietantes, las flores eran pisoteadas por pies que marchaban con botas pesadas.

Capítulo XX

Maya siempre estaba alimentando a Bird, ofreciéndole tazones de fruta lavada como refrigerio de medianoche y despertándolo con tortillas y pan casero. Desperdiciaba huevos imprudentemente y sacrificaba las gallinas más viejas para hacer sopa. Agotó sus reservas de miel para hacer galletas y pasteles.

“Gracias, Maya, pero estoy lleno”, decía Bird suavemente.

Ella sacudía la cabeza insistentemente. “Come. Necesitas fortalecerte”.

“Maya, ni siquiera para aplacar a la larga fila de madres judías de las que descendemos tú y yo, no puedo comer ni un bocado más”.

Maya podía ver la tensión bajo la que estaba, pero no podía hablar con él sobre eso porque sabía que rompería a llorar y lamentarse. No sería justo para él cargarlo con su dolor cuando ella quería apoyarlo con su amor.

Cada vez pasaba más tiempo fuera de casa. Había reuniones a las que asistir, capacitaciones que organizar, estrategias que decidir.

“A la izquierda, ustedes son soldados de la Mayordomía”, dijo la hermana Marie, dirigiéndose a dos largas filas de personas reunidas para recibir entrenamiento. “Están armados y les han dicho que vayan a las casas de la gente y les corten el agua. La línea de la derecha, ustedes son gente de la ciudad, y son sus casas a las que están entrando los soldados. ¡Háganlo!”

Se produjo el caos, cuando cincuenta personas se acercaron a sus compañeros y comenzaron a hablar, gesticular y gritar, todos a la vez. Bird y Marie observaron, al igual que pequeños grupos de transeúntes que disfrutaban del sol en el parque. La hierba era verde y los antiguos cedros vigilaban despreocupadamente. Era difícil de creer, pensó Bird, que algo malo pudiera suceder realmente.

“¿Crees que les hemos dado suficiente tiempo?”
–Preguntó María.

“Déjalos correr unos minutos más”, dijo Bird. “Recuérdame, ¿qué juego de roles haremos a continuación?”

“El corral de detención”, dijo Marie. “Para la gente sorprendida robando agua”.

“Bien. Esa es buena”.

“¿No crees que estamos exagerando el uso del agua en el entrenamiento?”

“No podemos enfatizarlo demasiado. El agua es vida. Es lo primero que intentarán controlar”.

“Creo que es hora”, dijo Marie. De repente su rostro se contrajo de dolor. Bird la tomó del brazo y la apoyó. Con unas cuantas respiraciones profundas, se estabilizó. “Lo lamento. Creo que el cáncer se me ha metido en la espalda”.

“Estás trabajando demasiado duro. Deberías descansar, intentar curarte”.

“Quiero ser útil, siempre que pueda. Será necesario que todos nos esforcemos bastante para que todos en la ciudad realicen uno de estos entrenamientos en las próximas dos semanas”.

“Tenemos que formar a otros formadores”, dijo Bird.

“Empezamos esta noche”, dijo Marie, “ahora que hemos elaborado algo de material y tenemos un poco de experiencia. Oye, este grupo se ha descuidado con el tiempo”. Tocó un silbato de arcilla que colgaba de una correa alrededor de su cuello. “¡Tiempo! ¡Detener! Ahora, piensen todos por un momento en cómo se sienten, qué funcionó y qué no funcionó. Soldados, ¿cómo se sintió estar en su posición?”

“Me sorprendió lo nerviosa que me sentí al entrar en una casa extraña. Tenía miedo, aunque tenía un arma”, dijo una mujer.

“Me sentí muy poderoso, como si todos debieran tenerme miedo y obedecerme. Pero la mujer que me enfrentó estaba tan tranquila y parecía tan segura de sí misma que no sabía qué hacer”, dijo el hombre a su lado, y continuaron respondiendo más adelante.

“¿Y del otro lado?” –Preguntó María. “¿Cómo se sintió al ser invadido?”

“Estaba aterrada. Tuve que detenerme y escuchar los latidos de mi corazón. Y luego, de alguna manera, me tranquilicé mucho y pude enfrentarme a esta persona y hablar con calma y no perderme”, dijo Sachiko del Gremio de Músicos.

“¡Lo perdí! ¡Simplemente no podía creer que un tipo pensara que podía entrar a mi casa y empujarme! ¡Empecé a gritar! dijo la mujer a su lado.

“¿Y cómo te sentiste ante eso, soldado?”

“Me sentí cómodo con eso. Era lo que esperaba. Sabía cómo manejarlo”, dijo su pareja.

“Continuemos”, sugirió Marie.

Un grupo de niños liderados por Rosa cruzó el césped y se acercó a ellos.

“¿Podemos unirnos al entrenamiento?” –Preguntó Rosa.

Marie y Bird intercambiaron miradas.

“Odio pensar en niños involucrados en estas cosas”, dijo Marie.

“Pero si realmente llega la guerra, así será”, afirmó Bird.

“Lo sé. Sí, Rosa, seguro que puedes unirte”.

Marcaron un área de césped para el corral y los alumnos esperaron mientras Bird y Marie conferenciaban. Luego, con gorras de soldado y garrotes hechos con paquetes de papeles, Bird y Marie entraron por puertas imaginarias, agarraron a uno de los hombres más grandes y más ruidosos y comenzaron a arrastrarlo fuera. El grupo, bien preparado,

los rodeó cantando y coreando y colocando sus cuerpos entre los guardias y las puertas.

Bird y Marie tiraron de su víctima y estaban a punto de liberarlo cuando Rosa y sus amigos se arrojaron sobre su pecho y se aferraron como monos, cantando todo el tiempo. Bird los golpeó con su garrote de papel, maldiciendo y jurando, mientras el grupo rompía en gritos y alaridos. Cuando Marie finalmente hizo sonar su silbato para dar tiempo, todos estaban empapados de sudor y bastantes moretones estaban distribuidos por todos lados.

“¡Rosa!” dijo Bird. “Cuando alguien te golpee así, ¡déjalo ir, por el amor de Dios! Si esto hubiera sido una porra de verdad, tendrías un brazo roto, una cabeza rota, o la espalda rota”.

“Pero pensé que la idea era no soltarte, sin importar lo que te hagan”, dijo Rosa.

“La idea es la supervivencia, no el martirio”, dijo Marie.

“¿Pero por qué, Bird?” –Preguntó Rosa. Sus ojos se elevaron hacia su rostro, pero se deslizaron hacia abajo involuntariamente para mirar sus manos. “Eso no fue lo que hiciste. No cediste ante ellos, a pesar de que te lastimaron”.

“Simplemente no me lastimaron lo suficiente”, dijo Bird. “Con el tiempo, lo habría hecho. Cualquiera lo habría hecho. Además, eso fue diferente”.

“¿Qué tenía de diferente?”

“Por un lado, ya era mayor. Todavía eres una niña”.

“Me dijiste que tenías diecinueve años. Eso no es tan adulto. Y ya tengo trece años”.

“No discutamos sobre esto”, dijo Marie. “La cuestión es, para todos, que no estamos en una competición de resistencia. Es posible que usted tenga que hacer grandes sacrificios, y es posible que todos lo tengamos. Pero parte de una lucha exitosa es también saber cuándo retirarse”.

Cuando terminaron los juegos de rol y las discusiones posteriores, el sol había recorrido un largo arco sobre la hierba y Bird ahora temblaba en la sombra proyectada por los edificios al otro lado de la calle.

“Es suficiente por hoy”, dijo. “Marie y yo tenemos trabajo esta noche, pero mañana volveremos al parque. Díganse a sus amigos”.

Marie se sentó en un banco mientras el grupo se separaba y se detenían en pequeños grupos para charlar. Rosa se puso de pie, mirando un tanto tímidamente a Bird, pero antes de que pudiera acercarse a él, Sachiko se acercó.

“No creo que, con tu apretada agenda, tengas tiempo de venir y prestarnos atención durante una o dos horas.

Estamos trabajando en la música para el Primero de Mayo y no está saliendo bien”.

“Eso es optimista”, dijo Bird. “¿Crees que tendremos un Primero de Mayo?”

“El día ciertamente llegará, pase lo que pase. Y queremos estar preparados para ello”.

Bird suspiró. Marie estaba sentada, exhausta, en un banco, con los labios grises. Realmente debería hacerla descansar esta noche y entrenar él mismo a los nuevos entrenadores.

“Simplemente no puedo pensar en eso ahora”, le dijo a Sachiko. “Cuando todo esto termine, tal vez”.

“¿Estás seguro?”

“No me presiones, Sacha. ¡Dije que no!” La voz de Bird salió más áspera de lo que pretendía y se alejó del dolor que vio en los ojos oscuros de Sachiko. Estoy siendo un idiota, se dijo. Debería darme la vuelta y disculparme. Pero su mala educación tuvo el efecto deseado. Ella se fue.

“¿Es no violencia o guerra psicológica?” –le preguntó Bird a Lily, que había abandonado el aislamiento de la isla y ahora pasaba la mayor parte del tiempo en el centro de la ciudad,

observando el entrenamiento, hablando con la gente, deambulando por los huertos y jardines.

Ella y Bird estaban sentados en el patio trasero de La Casa del Dragón Negro. Estaba sudoroso por su día en el parque y dolorido por haber sido abordado por un soldado demasiado entusiasta en uno de los juegos de rol. Marie estaba acostada y él se alegraba de poder sentarse en su hora o dos de tiempo libre. Últimamente se encontraba tan inquieto que sólo podía relajarse cuando su cuerpo había trabajado hasta el agotamiento.

“Es una cuestión que ha surgido en el entrenamiento. ¿Nuestro objetivo es convertir al enemigo, volverlo amoroso, pacífico y bondadoso, o simplemente mantenerlo continuamente desequilibrado?”

“Nuestra estrategia”, dijo Lily, “es negarnos a participar en los patrones que perpetúan la violencia. Si lo logramos, es probable que hagamos ambas cosas: desequilibrar a nuestros oponentes y convertir a algunos de ellos”.

Bird la miró. Parecía tan tranquila, tan segura de sus creencias, tan fresca y limpia con una camisa de seda blanca. Mientras que tenía tierra debajo de las uñas por haber arrancado algunas malas hierbas, y su mente estaba igualmente incrustada de dudas.

“Lily, quiero creer que podemos ganar de esta manera, pero debo decirte que se necesita un acto de fe de mi parte. Aunque hablé a favor de ello en el Consejo, y lo que dije es verdad: no quiero matar. Pero he estado allí y sé a lo que nos enfrentaremos. Todos los días me despierto tentado de rogarle al Consejo que reconsidere la posibilidad de fortificar las montañas de San Bruno y minar la autopista 101”.

“Esa tentación siempre estará con nosotros. La fuerza parece tan clara, tan simple y directa. Cuando era joven, uno de los amigos de mi hermano tenía una camioneta con una calcomanía en el parachoques que decía: ¡LA FUERZA FUNCIONA! Y nadie puede negar que así es. Pero enfrentar fuerza con fuerza no produce más que lo que ya se sabe y se espera. Es lo que ya se ha hecho, una y otra vez, durante miles de años”.

“Porque *funciona*”, dijo Bird.

Lily se sacudió una brizna de la manga de su chaqueta. “Solía haber un dicho: 'La locura es repetir los mismos actos y esperar resultados diferentes'.”

“Sí, pero la locura también es esperar resultados que son extremadamente improbables a partir de los actos particulares que realizas”.

Lily se puso de pie, se alisó la falda y miró a Bird, que estaba tendido en la hierba.

“Pájaro, tienes todo el derecho a tener dudas y miedos. Todos los tenemos. Pero si seguimos con nuestros planes, no para repetir los mismos actos sino para hacer algo diferente, ocurrirá un resultado diferente”.

“No sabemos qué será eso”.

“Sufrimiento, sin duda. Milagros, tal vez. Cambiar”.

Si bien Bird tenía poco apetito por la comida, ansiaba el sexo. La gran cama de la sala ritual se utilizaba todas las noches. Yacía acurrucado entre Sage, Nita y Holybear, absorbiendo el tacto. Aunque nunca habló del miedo, podían sentirlo escaparse de su piel. Quería cosas que nunca antes había permitido: manos sobre sus cicatrices, dedos masajeando los músculos tensos alrededor de sus viejas heridas.

Abajo, Maya dormía con el doctor Sam. Una noche apareció tarde y pidió pasar. En el horno había una nueva tanda de galletas que ella había preparado para Bird, sabiendo muy bien que él podría comerse, como máximo, una de ellas. Sam devoró un plato mientras permanecían sentados mirándose durante un largo rato. Su rostro se inclinó como el de un hombre agobiado por muchos años, y las líneas alrededor de sus ojos grises eran profundas y espesas. Sus cejas, tupidos brotes blancos que se elevaban y

se fruncían profundamente cuando se concentraba, todavía le recordaban a su padre. No es un hombre guapo, pero tampoco poco atractivo.

Él suspiró.

“¿Día duro?”, preguntó ella.

“Un día increíble. Estamos recibiendo refugiados del final de la península. Damnificados. Daría mucho por tener de vuelta a Madrone ahora mismo”.

“Todos lo haríamos. Sam, si no te importa que te pregunte, ¿por qué estás aquí?”

“Me necesitas, Maya. Soy abuelo, sé cómo te sientes de una manera que los jóvenes no pueden. Y te necesito”.

“Sabes que casi tengo edad para ser tu madre”, dijo, mordisqueando delicadamente el borde de una galleta.

Él le sonrió. “A nuestra edad, eso importa poco”.

“¡Sam, estoy prácticamente moribunda! ¿Eres una especie de necrófilo?”

Él se acercó a la mesa, le quitó la galleta de la mano y la sostuvo. “Maya, eres una mujer hermosa, poderosa y atractiva. Las líneas de tu rostro son la caligrafía de tu historia”. Sus pulgares acariciaron sus palmas y ella comenzó

a sentir el viejo pulso despertarse en su vulva, sus pechos estaban tan hambrientos de caricias como los gatos. “Por supuesto, tal vez no quieras a un viejo feo como yo”.

“No eres feo, Sam. Yo te llamaría... distinguido”.

“¿Toscamente atractivo?”

Ella frunció los labios pensativamente. “Bueno, resistente, de todos modos. Y siempre he admirado tus cejas”. Sintió la necesidad de tocarlas, de acariciar los pelos nervudos y rebeldes que adornaban sus ojos y, como no tenía nada que perder, apartó una mano de su agarre y le acarició la cara. Él cerró los ojos, disfrutando de su toque.

“Me gusta eso. Eres una mujer muy sensual”.

“Aún no sabes ni la mitad”.

“Tengo muchas ganas de aprender”. Él sonrió, abrió los ojos y la miró con tanta calidez y amabilidad que su buen juicio comenzó a desvanecerse.

“Pensé que todo eso había terminado para mí”, dijo Maya. “De todos modos, no estoy segura de recordar cómo”.

“Te recordaré cualquier punto destacado que hayas olvidado”.

“Pero no te amo, Sam”.

“Vas a hacerlo antes de que esto termine, Maya, nos necesitaremos tan desesperadamente que nos enamoraremos por defecto. Extendió la mano y le tocó la mejilla. Su mano era áspera, pero sus movimientos delicados, claro: la mano de un cirujano, pensó. En cierto modo le recordaba a Rio en su vejez, canoso pero todavía arrogante. Qué dulce había sido despertarse por la mañana acurrucada junto a él, con su espalda apoyada en la de ella, girarse y abrazarlo, oler su piel y sentir su calidez. Sí, sería bueno volver a tener ese consuelo.

“Tu piel es suave como la harina”, dijo.

“¿Qué tipo de flor?”¹¹

“No, harina, como harina para hornear”.

“¿Qué clase de símil es ese?”

“¿Se te ocurre algo más suave y sensual que sumergir las manos en un montón de harina blanca y fresca?”

“Tal vez una o dos cosas”. Ella pasó sus manos por el mechón de cabello a los lados de su cabeza y por su cuero cabelludo calvo.

“¿Por qué suspiras?” le preguntó a ella.

11 Sam ha confundido aquí la palabra flour (harina) que ha pronunciado Maya con flower (flor). [N. d. t.]

“Después de una vida tan larga y salvaje, pensar que terminaría con un médico judío”.

“¿Has tenido cosas peores?”, “¿Puedo besarte?”

“Te daré una oportunidad”.

Caminó alrededor de la mesa y ella se levantó para recibirlo mientras él deslizaba sus manos sobre su espalda, presionando sus labios contra los de ella. Sí, su cuerpo tarareaba y cantaba de una manera que creía que había terminado hacía mucho tiempo.

“He tenido cosas peores”, admitió.

“Vamos, vamos a la cama”.

Bird no hablaba de miedo, pero podía olerlo en su propio sudor. Al parecer tenía que actuar diez veces al día. Cuando se reunía con el Consejo de Defensa, o con Marie, Lan y Roberto, hablaba de forma tranquilizadora, en voz baja y tranquila. Cuando atendía a la hermana Marie durante una de sus malas noches, su presencia fue reconfortante, arraigada y tranquilizadora.

“Entiendo el dolor”, había dicho con los dientes apretados. “Eso no me asusta; Dios sabe que ya he vivido suficiente. Pero a pesar de todos los juegos de rol que hemos llevado a

cabo, Bird, todavía no puedo imaginar cómo es, enfrentarse a torturadores”.

“No pienses en eso”, dijo. “Puede que nunca lleguemos a eso. Quizás estemos cometiendo un error con todo este entrenamiento y anticipación. Quizás sería mejor esperar hasta que suceda y confiar en que tendremos la fuerza para afrontarlo cuando llegue”.

“¿Y si no lo hacemos?”

“Bueno, lo más probable es que en ese momento no tengamos muchas opciones al respecto”.

Había cosas de las que no podía hablar con nadie. No con Maya, cuyo propio miedo y dolor apenas podía contener. Sam pasaba su tiempo libre con ella ahora y Bird se alegraba porque eso disminuía la intensidad de su concentración en él. No con Marie, Roberto o Lan, por supuesto. No con Sage, Nita y Holybear. Estaban bastante preocupados por él y se sentían un poco culpables además, porque se estaban preparando para trasladarse a la relativa seguridad de las altas montañas.

“Odio dejarte”, dijo Nita, mientras los cuatro se empujaban para ocupar un lugar en la gran cama de la sala de rituales. Su cabeza descansaba bajo su barbilla, y él pudo mirar por encima de su cabello salvaje para encontrarse con los ojos azules de Holybear que miraban ansiosamente los

suyos. “Pero hemos invertido seis años de trabajo en esos cultivos. Las líneas celulares son irremplazables”.

“Lo discutimos con el Consejo de Tóxicos”, dijo Sage, acurrucando su largo cuerpo contra la espalda de Bird, “pero nos convencieron de no arriesgarnos en los experimentos. Si realmente pudiéramos criar un microbio que pueda descomponer los residuos tóxicos en el agua salada, podríamos recuperar la bahía”.

“Si todavía podemos reclamar la bahía”, dijo Holybear con tristeza.

“Tenemos que creer que así será”, dijo Bird. “Tenemos que actuar como si fuéramos a ganar o como si ya hubiésemos perdido. Los tóxicos tienen razón. Tenéis que proteger vuestro trabajo, porque eso es por lo que estamos luchando”. Podía sonar tan seguro, tan fuerte, como si creyera en la posibilidad de la victoria, como si no tuviera miedo. Mejor que gritar “¡No me dejes!” o, peor aún, rogarles que lo llevaran con ellos.

“No se siente bien”, dijo Nita. “Se siente como si te abandonaran”.

“Me estáis haciendo un favor”, dijo Bird. “Si os vais, no tendré que preocuparme por vosotros. Y nadie podrá utilizaros contra mí”.

“¿Realmente te sientes bien con que nos vayamos?”
–Preguntó Sage.

“Me siento bien con que todos nos vayamos a dormir. Tengo un entrenamiento mañana por la mañana temprano”.

A las tres de la mañana, Bird se despertó gimiendo por una pesadilla. Estaba temblando, empapado de sudor. ¿Dónde estaba? En la sala de rituales, con Sage, Nita y Holybear todavía dormidos. No recordaba el sueño, pero lo sintió, como un escalofrío en el aire, y silenciosamente desenredó una manta, se envolvió en ella y se sentó junto a la ventana mirando la luna. Debajo de la manta estaba temblando. Esperaba que el resto permaneciera dormido, pero entonces la mano de Holybear estaba sobre su hombro.

“Tienes que hablar con nosotros al respecto”, dijo. “Incluso si nos duele”.

Bird negó con la cabeza. Ahora estaban a su alrededor, los tres, sosteniéndolo en un abrazo de múltiples brazos. “No hay nada de qué hablar. Sólo tengo miedo, a eso se reduce todo”.

“¿Qué soñaste?” –Preguntó Sage.

Lo recordó cuando él habló y se estremeció. “Sigo soñando que me despierto en un lugar oscuro y frío. No puedo sentir la tierra, y el aire está viejo y viciado y huele a mierda. Y

entonces oigo pasos, en el pasillo, y el ruido de unas llaves. Y sé que vendrán por mí y que esto va a empezar de nuevo”.

No pudieron decir nada, pero lo abrazaron con más fuerza.

“Lo estoy esperando ahora. Eso es lo que es tan difícil. Cuando esto realmente suceda, todo estará bien. Quiero decir, será simplemente lo que está pasando. Pero odio la espera”.

“¿Es un miedo o un recuerdo?” Preguntó Holybear.

“No sé. Ambos, tal vez”.

“Lo lamento”.

“Me gustaría que pudiéramos hacer algo por ti”, dijo Sage.

“Habla con Maya por mí. Debería hacerlo yo mismo, pero no puedo mirarla a la cara en este momento”.

“Seguro”.

“Dile que si pasa algo malo, si parece que me va a pasar algo, que se quede en casa. No quiero que ella salga y mire”.

“Ella querrá hacerlo”.

“Puedo soportar muchas cosas, pero no puedo soportar eso. Tener su mirada”.

“Está bien”, dijo Holybear. “Se lo diré”.

Por la mañana se despidieron. Bird los acompañó hasta los muelles, donde abordaron un pequeño velero. Se dirigirían río arriba y, desde allí, a algún lugar. No dejaría que se lo dijeran; ya sabía demasiado. Observó el punto blanco de su vela hasta que desapareció al otro lado del puente. Y luego, durante mucho tiempo, observó el vacío donde había estado el barco.

Sus días los ocupaba en entrenamientos y reuniones, planeando estrategias, contando una y otra vez todo lo que sabía sobre las costumbres del Sur. El relato le trajo recuerdos que había tratado de reprimir. Incluso los años perdidos empezaron a arrojar incidentes y fragmentos de conocimiento.

Llegó a casa por la noche lleno de un dolor que no podía descargar sobre Maya. Todos los demás se habían ido. Sólo Rosa seguía viniendo a sus clases de piano, al final de la tarde, cuando terminaba el entrenamiento del día. A veces incluso olvidaba su miedo y la veía concentrarse mientras luchaba con una nueva pieza musical.

Una noche, después de que ella se hubo ido, se encontró tocando distraídamente las teclas del piano. Tenía los dedos

rígidos y le dolían, pero golpeó algunos acordes, un hilo de melodía. Luego tomó papel y bolígrafo y comenzó a escribir las notas mientras las escuchaba fluir por su mente. No, no podía tocar, excepto de manera incómoda y dolorosa, pero podía escribir la música y dejarla, y tal vez, algún día, alguien más la tocaría. Escribir la música fue como hablar con alguien que podía entenderla sin prejuicios. Se olvidó del tiempo y del miedo. Después pudo dormir toda la noche aunque durmiera solo.

Llegó a depender de la hora que pasaba cada noche solo, tocando en el piano las melodías que escuchaba plenamente plasmadas en su mente. La lucha por capturar su música lo mantuvo cuerdo, tranquilo y estable. Guardó ese tiempo celosamente, cerrando la puerta a Maya y Sam, negándose a distraerse. La música se había vuelto vital para él, necesaria como el agua.

Capítulo XXI

Las carreteras en ruinas de la Ciudad de los Ángeles todavía discurrían en línea recta a lo largo de la cuenca, kilómetro tras kilómetro, pero cada ruta estaba plagada de obstáculos, montones de escombros de edificios derrumbados por viejos terremotos y nunca reconstruidos. Alrededor de sus bases se amontonaban chozas construidas a partir de las ruinas recuperadas. Cadáveres de árboles asomaban sus cabezas en los bordes de viejos cruces de caminos, ahora tragados bajo los restos muertos de refugios de metal y cartón.

Madrone e Hijo John maniobraron para abrirse camino a través de los caminos atascados de basura. Los niños rebuscaban entre los escombros, guardando ferozmente sus colecciones de latas viejas y botellas rotas, mirando al pasar hacia arriba con ojos hambrientos. El calor primaveral que había sido feroz en los cañones sombreados y secos; aquí en

el asfalto fue brutal. Madrone empezó a preguntarse si había tomado la decisión correcta. Hijohn le había sugerido que pasara algún tiempo enseñando curación en el centro de la ciudad, donde, según él, había abundante agua. El plan le había parecido bueno, pero ahora no estaba tan segura. El cañón tenía su propia belleza, incluso en la austeridad; estas calles eran un asalto. Su mente de abeja hizo sonar la alarma ante el hedor, y sus instintos olieron el peligro por todas partes.

Bordearon un sólido edificio de hormigón donde una larga fila de personas esperaba bajo el resplandor del sol. Parecían hambrientos y el aire a su alrededor apestaba a desesperanza.

“La cola del agua”, dijo Hijohn. “Si tienes una libreta de racionamiento, puedes hacer fila todos los días y recoger agua. Medio galón”.

“Eso no es suficiente. Apenas puedes sobrevivir con eso con este calor”.

“Sí, pero lo haces, eso es lo que marca la diferencia. Los patriotas quieren acabar con el programa. Afirman que apoya la ociosidad en las clases bajas”.

Un monolito de hormigón sin ventanas se extendía a lo largo de la mayor parte de la siguiente manzana, y lo rodearon con cuidado.

“Una fábrica”, dijo Hijohn. “Estamos entrando en la zona industrial”.

“Parece una prisión”, dijo Madrone.

“Se siente así también. Trabajé una temporada en una, un verano. La Red pensó que podíamos organizar a los trabajadores”.

“¿Cómo fue?”

“Como el infierno. Fichar a la entrada, a la salida, descontar tu sueldo si llegas cinco minutos tarde. Luego diez horas bajo luces candentes, inclinado sobre una mesa jugueteando con cosas tan pequeñas que apenas se podían ver. Armábamos material electrónico a partir de piezas recuperadas. Mi trabajo consistía en desmontar radios y reproductores de cintas viejos. Nunca aprendí a armar nada”.

“¿Organizasteis un sindicato?”

“Lo que ellos llaman sindicatos codirigen las fábricas. Ellos apoyan la gestión”.

“¿No hay contrasindicatos? ¿Ningún movimiento para hacer huelga por mejores condiciones?”

“Intentamos hacer algo, pero la gente tiene miedo. Su salario es una mierda, pero es mejor que estar en la calle sin trabajo y sin agua. No. Conseguimos algunos reclutas para

las colinas, pero eso fue todo. Este sistema no se puede reformar. Tenemos que derribarlo todo, desarraigarlo y empezar de nuevo... Aquí es donde nos dirigimos. No queremos adentrarnos demasiado en la zona de las fábricas, porque la Guardia Corporativa controla los pases allí”.

Giraron por una calle y pronto se abrieron paso por un barrio de callejuelas sinuosas y chozas. Los rostros que Madrone cruzó estaban tan marchitos y secos como los suyos, y en ellos vio la expresión de demacrada resistencia que sentía en sus propios ojos. He empezado a sentirme como en casa aquí, se dijo.

Al cabo de un rato, los atestados caminos dieron paso a amplias extensiones de terreno abierto y polvoriento. Los ojos de Hijohn recorrieron con inquietud. La larga caminata empezaba a afectar a Madrone, pero se obligó a seguir el ritmo. A lo lejos se oyeron gritos y lo que parecían disparos, e Hijohn aumentó el paso hasta casi correr.

“Territorio de pandillas”, dijo. “La mayoría de las veces no molestan a la Red, pero también podrían dispararnos por accidente”.

Madrone intentó crear una red de energía de protección a su alrededor, visualizándola como luz y color, pero la imagen hizo poco para calmar su nerviosismo. Finalmente se refugiaron en la protección de los edificios.

“Ahora estamos en territorio que controla la Red”, dijo Hijohn. “La zona liberada”. Madrone pensó para sí misma que “zona descartada” podría ser un término más exacto. No podía imaginar por qué los Stewards querrían este lugar. En todo caso, la gente parecía más sucia, más delgada y más desaliñada. Las calles eran una confusión de caminos entre edificios que parecían levantarse más por inercia que por integridad estructural. Lo más probable es que los mayordomos estuvieran muy contentos de que este área estuviera ocupada por la Red. La caída de escombros probablemente mantenía alta la mortalidad y ahorrraba balas.

Siguieron caminando, hasta que las plantas de los pies de Madrone empezaron a arder en sus zapatos por el calor del pavimento. Estaba demasiado deshidratada para sudar. A medida que se adentraban más en la zona, empezó a oír un sonido en el aire, un ritmo palpitante como el de un tambor amortiguado. Por fin atravesaron una estrecha abertura entre dos edificios de estuco inclinados.

Madrone se detuvo, asombrada. Habían llegado a una plaza abierta donde el suelo estaba protegido de los fuertes rayos del sol por telas estiradas y vaporosas. Los edificios que delimitaban la plaza parecían bien cuidados, sólidos y relucientes de cal. Y alrededor de sus bases crecían plantas reales, cada una envuelta en plástico que conservaba la humedad, cercadas y protegidas pero vivas y verdes. Olía a humedad y dondequiera que mirara veía evidencia de

cuidado y atención. Había murales brillantes en las paredes y los postes de madera que sostenían las marquesinas estaban intrincadamente tallados.

A la luz difusa bajo los toldos se había reunido una pequeña multitud. En el centro, tres hombres y dos mujeres tocaban tambores. Otros se reunían a su alrededor cantando. La voz de una mujer se elevó por encima de las demás, descendiendo y brillando en armonía.

*Abre los ojos, amanece un nuevo día,
la libertad surgirá como el sol de la mañana....*

Era una vieja canción que Madrone había oído cantar a Johanna, y un pequeño escalofrío de energía recorrió su columna e hizo que se le erizaran las raíces del cabello. De aquí venía Johanna. Quizás ella había caminado por estas mismas calles; tal vez alguna de estas casas se encontraba en el gueto donde a ella le gustaba afirmar que había crecido, aunque Maya afirmaba que el gueto era puramente mítico. En ese caso, tal vez este había sido alguna vez el bonito barrio de clase media donde Maya y Johanna vivían una al lado de la otra. No importó. Lo que importaba era que algo en Madrone se hundió entre sus pies y reclamó la tierra. Esta también era su tierra. Esta era su pelea. Una chispa de esperanza dentro de ella se incendió y ardió. Cuando miró a los cantantes en la plaza, se volvieron incandescentes, mientras ella misma comenzaba a brillar. Fiebre de acción, solía llamarla Maya. Un tipo de locura, como enamorarse.

Cuando terminó la canción, la multitud se volvió para darles la bienvenida. La mujer que había estado cantando armonía se acercó a ellos. Tenía ojos marrones, un vientre redondo y embarazado y una piel del color de la miel oscura. Su largo cabello negro estaba recogido con alfileres, como el de la reina de España, pensó Madrone. Debería llevar peinetas de carey y rosas plateadas y rojo sangre como adornos en lugar de horquillas dobladas con alambres viejos. Pero aquí no había flores. La mujer sonrió a Madrone incluso mientras sus ojos buscaban a Hijohn, iluminándose al mirarlo. Un rubor subió por sus mejillas.

“Bienvenida”, dijo. “Mi nombre es Katy. Abreviatura de Hécate. Aunque en realidad es la abreviatura de Katherine, pero no lo digas”.

“Soy Madrone”.

“Tú eres la sanadora. Me alegro mucho que estés aquí. Hemos estado esperando y deseando”. Katy empezó a extender la mano, luego sacudió la cabeza, riendo y abrazó a Madrone. Madrone sintió que su cuerpo se ponía rígido y luego se relajaba.

Diosa, pensó, ¿cuánto hace que alguien no me abraza tan espontáneamente? Tenía tanta sed de ese contacto como de agua.

“Mi turno”, dijo Hijohn, y abrazó a Katy. Sus brazos la rodearon con más fuerza y Madrone vio una expresión de tanta ternura en su rostro arrugado que casi se sintió avergonzada. Era un aspecto de él que nunca habría sospechado que existiera, un grano dulce y húmedo escondido bajo la cáscara seca. Se besaron durante un largo momento y, de repente, Madrone se sintió invadida por la nostalgia. Sandy y ella se habían besado así, y Bird... apenas había empezado a sentirlo con él, esa sensación de estar en casa y completa. ¿Qué la había poseído para irse?

Finalmente se separaron el uno del otro. Katy le sonrió a Madrone, un poco a modo de disculpa. “Debes estar cansada de tanto caminar. Entra”.

Pasaron por una puerta y entraron en una habitación oscura que olía a tierra, aceite y harina de maíz. Katy mantuvo una mano sobre el brazo de Hijohn o simplemente rozando su cuerpo, como si necesitara la seguridad física de que él realmente estaba allí. Madrone se estremeció al sentir de repente hambre y sed.

“Siéntate”, dijo Katy, señalando un banco junto a una vieja mesa de plástico, reliquia de algún mundo anterior. Madrone se sentó agradecida, reclinándose y cerrando los ojos. Cuando los abrió, Katy había puesto un gran vaso de agua delante de ella. Madrone lo sostuvo en sus manos por un momento, su ligero temblor fue su oración de agradecimiento, y luego, lentamente, agradecida, bebió.

“Aquí tenemos mucha agua”, dijo Katy. “Abrimos un grifo ilegal a una tubería de la ciudad. Así que bebe toda la que quieras”.

Ésas eran las palabras en las que Madrone había dejado de pensar: *abundancia y agua*. Saboreó cada sorbo, haciéndolo durar, incapaz de creer que realmente pudiera tomar más hasta que Katy colocó una jarra frente a ella.

“Bebes como alguien de las colinas”, dijo.

“Ella es de las colinas”, dijo Hijohn. Él se había unido a ella en la mesa y estaba saboreando su agua mientras ella la suya. Pero sus ojos se posaron en el vientre de Katy. “¿Cómo estás? ¿Estás bien?”

“Bien”, dijo Katy.

“¿Es eso cierto?”

“Sí”.

Hijohn se volvió hacia Madrone. “¿Quizás la echarás un vistazo? ¿Sólo para estar seguros?”

Madrone sonrió. Parecía un papá nervioso tan improbable, pero ¿por qué no debería estarlo? ¿Por qué no debería tener él también un lado dulce?

“Por supuesto. No te preocupes, Katy, te cuidaré bien. Y si necesitas a alguien para el parto, esa es mi especialidad. Me encanta atrapar bebés”.

Una mirada pasó entre Katy e Hijohn, alivio y algo más profundo que alivio. Ambos son jóvenes, se dio cuenta Madrone. No mayores que yo, y aunque me siento vieja, en realidad no es mucho. ¿Quién tienen para apoyarse cualquiera de ellos? No es de extrañar que Hijohn me haya traído aquí.

“Esta vida debe ser difícil para ti”, dijo Katy. “No es a lo que estás acostumbrada”.

“No es una vida fácil para nadie”, dijo Madrone.

“No”. La mano de Katy se posó un momento sobre su redondo vientre, un gesto protector que Madrone envidió, de repente, de forma física. ¿Estaría alguna vez embarazada, sentiría la vida moviéndose dentro de ella, olería el olor lechoso de su propio hijo? ¿O también había renunciado a eso al venir aquí? La sensación de pérdida era un vacío hueco y doloroso en el aire frente a ella. Entonces, como si hubiera conjurado a un niño, uno apareció en su regazo y otros dos quedaron colgados de los brazos de Katy y la habitación se llenó de ellos. Ella miró hacia abajo. La niña que tenía en el regazo era pequeña, de unos cinco años y rubia, con el pelo amarillo como la seda del maíz, la piel como granos nuevos de maíz blanco, translúcida y suave, y los rasgos

delicadamente tallados. Grandes ojos azules la miraron fijamente, muy abiertos y, al mismo tiempo, de alguna manera protegidos, como si ocultaran heridas invisibles.

“¿Cómo te llamas, cariño?” –preguntó ella.

La niña no respondió.

“Ella no habla”, dijo Katy. “Tampoco tiene nombre. Los Ángeles la trajeron ayer. Puedes nombrarla si quieres”.

“Debería tener un nombre bonito”, dijo Madrone. “Algo delicado pero fuerte. Como una flor silvestre que parece frágil pero se extiende por todas partes. Poppy, Amapola, tal vez.

“Ese es un lindo nombre. ¿Es eso una flor?”

“Es una flor, como una pequeña copa roja, que crece silvestre en las colinas en primavera. Solía ser la flor oficial del Estado, antes de que los Stewards asumieran el control.

“Creo que la recuerdo”, dijo Katy. “Cuando era pequeña, mi papá a veces nos llevaba al océano y había flores creciendo junto al camino. Amarillas y sabían picantes cuando las mordías”.

“Eso es mostaza salvaje. Las amapolas son más anaranjadas y rojas y crecen cerca del suelo”.

“Es un nombre bonito”.

La sala se llenó de gente que se agolpaba alrededor de la mesa y se agachaba en los rincones del suelo, y Katy servía frijoles y tortillas, a las que llamaban galletas de maíz, y decía con una voz suave y clara, pero que de algún modo penetraba el estruendo: Cuéntanos de dónde vienes, Madrone. Necesitamos saber. ¿Es cierto que allí corre agua por las calles?

“Es verdad”, dijo Madrone, y volvió a contar su historia, aunque cada vez que la contaba parecía menos probable, incluso para ella. “Hay arroyos por todas partes y jardines, y todo el mundo tiene suficiente para comer y beber. Todos los niños van a la escuela”.

“¿Cada niño?” preguntó una joven. “¿Incluso los pobres?”

“No hay pobres”, dijo Madrone. “Oh, algunas personas tienen un poco más que otras, pero todos tienen suficiente”.

“¿Quién hace el trabajo si no hay pobres?” preguntó la niña.

“Todos lo hacemos. Todo el mundo trabaja y trabaja duro. Pero lo disfrutamos porque trabajamos para nosotros mismos, no para los comisarios ni los gerentes. Cultivamos muchos de nuestros propios alimentos, utilizamos toda nuestra tierra y nuestra agua con cuidado, y compartimos lo que tenemos para que todos tengan suficiente”.

“¿Qué tipo de alimentos cultiváis?” preguntó una mujer.

La pregunta provocó una larga discusión sobre jardinería y acuicultura orgánicas y los principios de la permacultura.

“No sólo plantamos jardines y huertos, creamos un ecosistema que puede sostenerse tanto como sea posible con un mínimo de energía externa, incluida la nuestra. Todo cumple más de una función. Por ejemplo, teníamos un par de gansos, que comían malas hierbas e insectos y ahuyentaban a los gatos callejeros. Sus desechos fertilizaban el suelo, comíamos sus huevos y usábamos sus plumas en edredones y chaquetas. O tomemos las corrientes. Recuperamos los cauces naturales de los arroyos, sacamos el agua de las tuberías de drenaje y la dejamos fluir libremente. Con el tiempo, esperamos restablecer los recorridos del salmón. Pero los arroyos proporcionan hábitat para todo tipo de insectos, aves y animales pequeños. Los abastecemos de peces y cangrejos de agua dulce, y desviamos parte del agua para riego. A los niños les gusta jugar en ellos y nadar en los estanques”.

Mientras hablaba, notó cuatro figuras altas paradas en las afueras del grupo. Tenían la misma belleza rubia, etérea, casi andrógina que Poppy, y parecían jóvenes, tal vez de catorce o quince años. No podía decir si eran niñas o niños. Todos podrían haber sido hermanos y hermanas, primos, gemelos; no sólo su color y forma delicada sino algo en su postura los unía entre sí. Un recelo animal. Como gatos, permanecían

apartados de la multitud en la habitación, observando. Pusieron nerviosa a Madrone. No participaron en la conversación, simplemente observaron. Sus ojos azules brillaban como piedras cuidadosamente pulidas.

Continuó hablando mientras consumían la cena, respondiendo preguntas, explicando todo, desde los acuerdos de apoyo mutuo en la cuenca hasta los métodos preferidos de abono. Los niños escuchaban con fascinación y los adultos con escepticismo.

“Lo que quiero saber”, dijo Hijohn, “es cómo salisteis de debajo de los Stewards”.

“Nunca se afianzaron”, dijo Madrone. “Cuando tomaron el poder en 1928, no les aceptamos”.

“Así de fácil, ¿eh?” dijo uno de los hombres. “¿Simplemente les dijisteis: 'No, gracias' y ellos dijeron: 'Oh, está bien, adiós'?”

Todos rieron.

“No fue fácil”, dijo Madrone. “Yo era sólo una niña, pero recuerdo el hambre que teníamos ese invierno. La gente pasaba hambre, porque los mayordomos, los Stewards controlaban nuestras líneas de suministro de alimentos, semillas y aceite. Y no todos estuvieron de acuerdo con el levantamiento. Muchos estarían felices de unirse a los Mayordomos”.

“¿Los matasteis?” –Preguntó Hijohn.

“No. Eso era algo que habíamos aprendido de la historia. Cualquier revolución que empiece a asesinar a su oposición se vuelve tan mala como aquello contra lo que lucha”.

“¿Qué hicisteis?”

“Hablamos, los persuadimos o los animamos a que se fueran. Muchos huyeron simplemente por miedo. Recogimos semillas y las compartimos y roturamos las calles para convertirlas en jardines y sobrevivimos sin derramamiento de sangre. O sin mucho. Nos dispararon a algunos de nosotros durante los cambios”.

“Me gustaría que esto sucediera así aquí”, dijo Katy. “En paz. Sin violencia”.

“Bueno, no lo hará”, dijo Hijohn. “Aquí no. Están demasiado arraigados y nadie que tenga poder estará dispuesto a renunciar a nada de él. Ni al más mínimo fragmento. No hasta que les explotemos en la cara o los quememos.

Un silencio se apoderó de la habitación. Poppy apartó su propio plato pero le arrebató la comida al de Madrone. Katy le sirvió una segunda ración de frijoles, lo cual Madrone agradeció. A pesar de la abundancia de agua, la comida parecía escasear.

“¿Y qué pasó aquí?” –Preguntó Madrone. “¿Cómo es que los Stewards se hicieron con el control tan completamente?”

“El colapso del 27 lo inició”, dijo Katy. “No sé cómo sería en el norte, pero aquí abajo era sombrío. Yo era sólo una niña, pero recuerdo el terremoto, lo asustada que estaba cuando la tierra empezó a temblar. Fue lo peor que he sentido jamás. El epicentro estuvo sólo a unos pocos kilómetros al norte de aquí”.

“Sentimos algunos temblores en toda la ciudad”, dijo Madrone.

“Pero el terremoto no fue el verdadero problema”, dijo Hijohn. “Destruyó muchas cosas, tuberías de agua, bombas de gasolina y carreteras, por lo que fue difícil llevar comida y agua a la ciudad. Pero gran parte de la ciudad ya estaba en ruinas tras décadas de disturbios, incendios y bombardeos. Y el Valle Central estaba casi muerto por años de abuso y por el cambio climático. La comida ya escaseaba. Lo que las moscas blancas y rojas no habían arruinado, las tormentas de polvo lo enterraron y la tierra quedó salada por el riego. Aun así, el peor problema eran los cabrones que dirigían la Corporación. Habían estado acumulando cereales, semillas y suministros médicos, esperando su oportunidad. El terremoto se la dio”.

“Los Stewards eran su frente político”, dijo Katy. “Declararon la ley marcial y la Corporación los respaldó. Las

personas que apoyaban a los Stewards eran alimentadas y atendidas; quienes se oponían a ellos eran considerados traidores y abandonados a morir de hambre”.

“¿Y la gente simplemente cedió ante ellos?” Dijo Madrone.
“¿No intentaron contraatacar?”

“Muchos lo hicieron”, dijo Hijohn. “Algunos de nosotros todavía estamos luchando”.

“Hubo disturbios por alimentos y por agua y bandas armadas que atacaron los almacenes de la Corporación”, dijo Katy. “En cierto modo, eso empeoró las cosas. La gente se asustó. Y, francamente, mucha gente estaba feliz de ver que alguien tomaba el control y establecía el orden, sin importar de qué tipo fuera. Tuvimos refugiados llegando desde el Valle Central, tiroteos noche tras noche en las calles, secciones enteras de la ciudad incendiadas. Los Stewards estaban bien organizados y eran eficientes, y parecían representar el tipo de seguridad que la gente anhelaba”.

“Pero nos defendimos”, dijo Hijohn. “No estábamos tan bien organizados como los Stewards, lo admito, pero estábamos construyendo una red sólida entre muchos grupos diferentes, incluso algunos de los refugiados”.

“Hasta la epidemia”, dijo Katy. “Los refugiados trajeron enfermedades consigo, decía la gente”.

“No toda la gente”, respondió Hijohn. “Muchos de nosotros pensamos que la Corporación inventó algún horror en sus laboratorios y lo soltó para librar a la región de opositores”.

“Bueno, los milenaristas decían que eran las consecuencias del pecado y la inmoralidad”, respondió Katy. “Y más gente les creyó que la que creyó a nuestro lado. Hubo conversiones masivas, a pesar de que la corporación desarrolló un medicamento para tratar la enfermedad con una rapidez sospechosa. Pero, por supuesto, los medicamentos, las vacunas y los refuerzos inmunológicos no se ofrecieron a los opositores”.

“Los milenaristas llegaron a un acuerdo con los Stewards”, dijo Hijohn. “Dieron respaldo religioso al nuevo orden y, a cambio, una vez que las cosas se calmaron, los mayordomos aprobaron leyes que hacían cumplir las Cuatro Purezas”.

“Primero estuvieron las leyes de Pureza Moral, que prohibían todo tipo de fornicación, violación, incesto y abuso infantil. La gente las aceptó; no parecían tan malas. Hasta que descubrimos que si las violabas, oficialmente perdías tu alma inmortal, lo que te convertía en presa fácil de violación y prostitución forzada, si eras mujer, y tus hijos eran presa de todo tipo de abusos”.

“Y la Corporación obtuvo ganancias de todo ello”, dijo Hijohn.

“Luego estaban las leyes de Pureza Familiar, que expulsaron a las mujeres de la mayoría de las profesiones. Las leyes de Pureza Espiritual prohibían el proselitismo de cualquier religión que no se opusiera firmemente a la adoración de Satanás, que se definía aproximadamente como cualquier cosa que no les gustara a los milenaristas, como otras formaciones cristianas. Especialmente los otros cristianos: eran una competencia reñida, y cualquiera que predicara el amor, la misericordia y la compasión de Dios era prácticamente un agente del propio Viejo Nick. Mi padre era ministro de una gran iglesia metodista y aguantó, a duras penas, durante un tiempo. Pero luego vinieron las leyes de Pureza Racial. Todo el mundo tenía que registrarse en una raza u otra. Fue entonces cuando mi padre perdió su congregación. Mi madre era mexicana, criada como católica, pero se había convertido. Murió en la epidemia. Mi padre se negó a registrarse como blanco, o a mí como latino. Predicó un sermón contra todo el programa en su iglesia y dijo a la congregación que tampoco se registraran. Esa noche los milenaristas quemaron su iglesia”.

Poppy se movió inquieta en los brazos de Madrone y se deslizó hasta el suelo. Se metió debajo de la mesa y salió de los pies de Katy. Alrededor de la sala, la gente apilaba sus platos, limpiaba las mesas y colocaba las sobras en tazones.

“Casi es hora de ponerte a trabajar”. Hijohn sonrió a Madrone. “Y es hora de que me vaya”. Él se despidió con la cabeza y salió por la puerta. Los ojos de Katy siguieron su

espalda hasta que desapareció. Luego dirigió su atención a la niña que se había subido a su regazo.

“¿Quieres más comida, Poppy?” –preguntó ella.

Uno de los rubios en la puerta habló.

“¿Le disteis un nombre?”

“Sí”.

“No es el nombre de un ángel. No proviene del libro”.

“¿Que libro?” –Preguntó Madrone.

“Toman sus nombres de la lista de Ángeles Caídos en el Libro del Repudio”, explicó Katy.

“Ella debería tener un nombre de ángel”.

“Tiene un nombre de flor”, dijo Katy. “Es un nombre hermoso. No la mantuvisteis con los Ángeles; la trajiste aquí. Así que déjala en paz ahora.

“¿Qué clase de nombre es Madrone?” preguntó un niño pequeño.

“Llevo el nombre de un árbol”, dijo Madrone, “un árbol muy hermoso que crece en las colinas y cañones de la costa, un madroño”.

“¿Crecen árboles en el lugar de donde vienes?” preguntó un niño pequeño a Madrone.

“Muchos árboles”, dijo Madrone. “Todos los años subimos a las montañas y plantamos miles de ellos. Plantamos árboles frutales a lo largo de todas las avenidas de nuestra ciudad, por lo que en primavera, cuando florecen, son hermosos con flores rosadas y blancas, y en verano, cuando maduran, puedes extender la mano en cualquier lugar y probar algo dulce. Y no, no nos preocupa que coman la fruta, todos lo hacemos, porque es de todos y hay tanta que nos sobra”.

Sus palabras cayeron en un doloroso silencio.

“¿Tendremos árboles algún día?” preguntó el mismo joven.

“Sí”, dijo Katy con certeza. “Tendremos árboles por todas partes y tanta fruta que tendremos que embotellarla para hacer mermelada. Eso es algo dulce que le pones al pan; Solíamos tenerla cuando yo era niña”.

En realidad, pensó Madrone, no era bueno recordar frutas, ciruelas dulces y jugosas, manzanas crujientes y albaricoques aterciopelados y chorreantes. Y fresas acurrucadas entre las hojas verdes al pie de los rosales. Mejor saborear los frijoles y el agua. Y se preguntó, de repente, por Katy, sufriendo el hambre feroz del embarazo.

¿Qué alimento estaba recibiendo ese niño en el útero?
¿Había alguna manera de conseguirle algunas frutas y verduras?

Cuando los restos de la cena estuvieron completamente retirados, todos se reunieron en una habitación interior. Madrone se enfrentó a una sala llena de ojos esperanzados, ojos oscuros, ojos claros, en rostros de todos los tonos, desde porcelana hasta ébano. De repente, el peso de sus expectativas se sintió casi demasiado pesado para soportarlo. ¿Se suponía que debía transformarlos a todos en sanadores? ¿Cómo?

Al fondo de la sala, los rubios estaban preparados para huir, las líneas de sus cuerpos sugerían un cinismo distante. Se negaron a sentarse, pero escucharon.

¿Por dónde empezar? A menudo había entrenado sanadores, pero partían de las mismas suposiciones y comprensiones del mundo. No tenía idea de lo que creían estas personas. Apenas empezaba a comprender el mundo en el que vivían. Pero la estaban esperando y tendría que empezar por alguna parte. Por el principio, diría Johanna. Respiró hondo y habló.

“Hay muchas maneras de ser sanador, pero esto es lo que creemos y lo que me enseñaron cuando comencé. Decimos que hay Cuatro Cosas Sagradas y la quinta es el espíritu. Y cuando vives en correcta relación con las cuatro, obtienes el

poder de contactar con la quinta. Las cuatro son tierra, aire, fuego y agua. Viven en las cuatro direcciones, norte, este, sur y oeste. Nadie puede poseerlas ni ponerles precio. Vivir en correcta relación es preservarlas y protegerlas, nunca desperdiciarlas, compartir siempre lo que tenemos de ellas y devolver todo lo que tomamos de ellas a los ciclos de regeneración. Juntas forman el círculo mágico, que es el círculo de la vida. Y la comprensión de ese círculo es el comienzo de toda curación.

“Así que comencemos por poner ese círculo dentro de nosotros mismos. Lo llamamos conexión a tierra, tocar las cuatro dentro de nosotros y a nuestro alrededor. Cerrad los ojos y sentid vuestra respiración. Eso es lo primero sagrado que hay en nuestro interior, la respiración, que abre los caminos de la mente y la imaginación. Dejad que entre y salga de vuestros pulmones, bajad el aire profundamente. No podemos vivir sin él, pero cuando está ahí, siempre hay todo lo que necesitamos. Ya sabes, es posible que no tengas suficiente para comer o beber. Pero todavía no han descubierto cómo cobrarle por el aire”.

“Dadles tiempo”, murmuró alguien, y todos se rieron.

“Eso es bueno”, dijo Madrone. “A los espíritus les gusta la risa. Y les gusta que respires profundo. Tu respiración es el comienzo del poder. Y cuando sea fuerte en ti, deja que despierte la segunda cosa sagrada, tu fuego, tu energía. Puedes sentirlo primero al notar cómo te *sientes*. ¿Fuerte o

débil, despierto o cansado? Imagina tu energía como una fuerza que fluye a través de ti, como si fueras un árbol y tuvieras raíces que se hunden en la tierra. ¿Todos pueden imaginarse un árbol?

“No”, gritaron varios de ellos. Madrone se detuvo un momento, conmocionada.

“Ven a las colinas, hombre”, gritó alguien más, y nuevamente hubo risas.

“Imagínate como una rata”, gritó otra voz. “Escabulléndote por las calles de la ciudad, viviendo de la basura”.

“Imagínate a ti mismo como un buitre, mirando hacia las colinas buscando algo para comer, y ves estos pequeños trozos de gente y pasas de largo, porque están tan secos y sin sangre que ni siquiera puedes olerlos”.

“¡Callate!” –gritó alguien más. “Déjala continuar. Si quieres discutir con ratas y montañeses, vete afuera”.

“Una planta, entonces”, dijo Madrone rápidamente. “Cualquier tipo de planta, con raíces que se hunden en la tierra. Y esas raíces son tu energía, tu fuerza vital, y descienden a través de la tierra, el polvo y la tierra, y a través de la roca, y descienden a través de la tercera cosa sagrada, el agua que está escondida bajo la tierra, y dejan que ellas fluyan hacia el fuego en el corazón de la Tierra. Y la tierra es

la cuarta cosa sagrada, y el fuego que es su sangre se convierte en la fuente de vuestra energía. Ese es el poder al que recurres y siempre está ahí. Puedes usar tu aliento para aspirarlo y fluye a través de ti, como agua...”

Ella continuó, guiándolos a través de la visualización del flujo de energía arbóreo en el cuerpo, enseñándoles a llenar las ramas y hojas de sus auras con fuego terrestre, para atraer el poder de las estrellas y volverse completos.

Después hablaron de lo que había sentido cada uno de ellos. Los puso a trabajar en parejas, sintiendo las auras de cada uno, y deambulaba entre ellos para responder preguntas. El proyecto que había emprendido parecía ahora desalentador. Había mucho que aprender; en realidad, cualquiera podía aprender. Sobre las energías, y luego sobre todas las cosas simples, físicas y prácticas: primeros auxilios, vendajes para heridas, hierbas. Quizás esa sería una buena manera de terminar esta noche, un equilibrio con las cosas esotéricas. Les enseñaría respiración artificial y, mañana, cómo detener un flujo de sangre. Mezcla lo espiritual y lo práctico, para que todos aprendan algo, sin importar sus talentos o deficiencias. Y los montañeses, al menos, podían aprender los usos de la salvia blanca y la salvia negra, la artemisa, el laurel y la corteza de manzanita.

Pero los grandes poderes, los poderes espirituales, ¿cómo iban a ser invocados aquí? Pensó en su propia búsqueda de visión, ese viaje a las escarpadas montañas cuando tenía

dieciséis años, tres días y tres noches sin comida ni agua. Ahora le parecía el colmo del lujo estar rodeada de la belleza de las altas montañas, abstenerse de beber porque había agua a tu alrededor cuando la necesitabas, manantiales, arroyos, estanques, lagos y ciénagas. Todas las cosas que había dado por sentadas como derecho de nacimiento de cada persona ahora parecían marcas de un privilegio increíble. ¿Qué búsqueda de visión podrían hacer aquí, en estas calles? Algunas de ellas tal vez podrían ir a las colinas, pero las otras, las ratas que nunca habían estado cinco millas al norte de los cinturones o diez millas al oeste del océano, que nunca habían visto un árbol vivo o un prado lleno de hierba verde o cualquier cosa que crezca silvestre excepto algunos cactus y arbustos de creosota perdidos, ¿qué pasa con ellos? ¿Y esos extraños rubios con auras impenetrables, como el hielo?

Finalmente terminó la sesión y luego tuvo que defenderse de las gracias durante otra media hora, hasta que pudo meterse exhausta en su saco de dormir en un rincón de la sala principal.

Se conectó a sí misma, aislando los sonidos de los demás mientras se acostaban para pasar la noche, y se limpió mentalmente, imaginando agua clara y tibia cayendo en cascada sobre su cuerpo y lavando las frustraciones y el dolor del día. Déjalo ir, esa sensación de un peso imposible sobre sus hombros. Déjalo ir, esta incredulidad en esperanza. Deja ir el impulso de gritarles a sus propios

alumnos, insultarlos, llamarlos estúpidos sólo porque la profundidad de su ignorancia la dolía mucho. Déjate llevar, déjate llevar y duerme un sueño curativo.

Estaba al borde del sueño cuando sintió un pequeño cuerpo acurrucarse contra ella. Era la niña, Poppy, y Madrone la acercó y la dejó acurrucarse en el calor de la bolsa. La niña se volvió y empezó a acariciar el pecho de Madrone con su manita. Al instante Madrone se despertó sobresaltada. ¿Dónde estaba ella? ¿Que estaba pasando?

La mano de Poppy se deslizó por el vientre de Madrone con un gesto experto y nada infantil. Los miembros de la niña temblaron.

Gentilmente, Madrone apartó la mano de la niña de su propio cuerpo. Se sintió enferma. ¿Cómo manejo esto? –se preguntó ella. ¿Qué digo? Esto no era algo que un niño haría por sí solo. Alguien le había hecho algo terrible a esta niña.

“No, cariño, no quiero que hagas eso. Eso es algo que deben hacer los adultos, no los niños”.

La niña soltó su mano del agarre de Madrone y la alcanzó de nuevo, un pequeño gemido de miedo saliendo de sus labios. Madrone volvió a tomarle la mano y olió el miedo de la niña, un perfume acre que se derramaba sobre ella. Estaba envuelta en el terror de la niña, como si todos los miedos que alguna vez había sentido se amplificaran: miedo al dolor,

miedo al abandono, al hambre y a la muerte, un anhelo que nunca podría ser mitigado y, todo ello, sin centro, sin nada que retener. Quería abrazar a la niña pero se sentía bloqueada. ¿Poppy lo sentiría sólo como otra violación más, una exigencia? *Diosa*, ¿qué le había pasado?

La niña comenzó a gritar fuerte y se alejó de Madrone, para correr por la habitación llena de gente y golpearse contra la pared. Madrone miró atónita, pero Katy se puso alerta al instante y se puso de pie. Arrojó a la niña en una manta y la envolvió con fuerza, como si fuera un pañal, tan apretada que no podía moverse, y luego la abrazó y la meció, canturreando suavemente: “Está bien. Todo está bien. Estás a salvo aquí, cariño. Estás segura”.

Poppy había despertado a toda la habitación, y Madrone escuchó los gemidos, crujidos y suspiros mientras todos volvían a dormir. Estaba demasiado conmocionada para relajarse. Katy se levantó y llevó a la niña afuera, al patio, y Madrone se levantó y la siguió.

Afuera, las marquesinas difundían la luz de una luna brillante, de modo que el aire parecía brillar con un brillo plateado. Katy estaba sentada en el banco, una Madonna en sombra, y Madrone se unió a ella. La niña había dejado de gritar y, mientras Katy la meció y la calmaba, su respiración se hizo más pareja y finalmente adoptó los lentos ritmos del sueño.

“Ella estará bien”, dijo Katy. “Éstos tienen pesadillas”.

“No fue eso”, dijo Madrone. “Ella comenzó a sentirme. Sexualmente. Y cuando la detuve, entró en pánico”.

“Ah, bueno, por supuesto que lo haría, ¿no es así ahora?” dijo Katy.

“¿Qué quieres decir?”

“Su vida le ha enseñado sólo una forma de conseguir afecto o atención para sobrevivir. Bloqueaste eso para ella”.

“Con toda la razón. Y lo volvería a hacer”.

“Bueno, tal vez ella aprenda que hay otros caminos para amar. Y, de nuevo, tal vez no lo haga. Quizás ninguno de nosotros tenga el tiempo, la energía o el optimismo para enseñarle eso. Es muy joven y parece que todavía debería haber algo de esperanza para ella. Alguna elección. Pero tal vez ya esté marcada para los Ángeles”.

“¿Quiénes o qué son los Ángeles?”

“Ya sabes, los rubios que rondan por aquí. Rafael, Ariel, Gabriel y Uriel. Su pandilla se llama Ángeles Vengadores. A veces los Ángeles de la Muerte”.

“¿Están separados de tu grupo?”

“Somos aliados incómodos. Son asesinos”, dijo Katy. “No te equivoques al respecto. Ah, entiendo por qué. Aún así me dan miedo. Son tan fríos. Es como si ningún calor humano pudiera tocarlos. Quizás nunca lo haya hecho. Hermosos monstruos, pero están de nuestro lado. Es peligroso generar tanto odio. Puedo entender por qué no dejan crecer a muchos de ellos. Aparte de lo excitante que es matarlos, por supuesto.

“¿De qué estás hablando?”

“Los rubios. Son juguetes para hombres ricos. Criados para ello. Criados y entrenados desde el nacimiento. Para el sexo y el dolor”.

“¿Niños?”

“Dicen que si te gusta, cuanto más joven, mejor”.

“Pero ¿qué... por qué?”

“Son pequeños, delicados y hermosos, y puedes hacerles lo que quieras. Cualquier cosa. Y cuando usas uno, bueno, hay otro, igual de pequeño, lindo y bonito que aparece detrás. Te lo digo, Madrone, los crían. Es una industria. Con catálogos y vídeos y accesorios. Instrumentos de tortura”.

“No puedo creer eso”.

“Es cierto. Y en venganza, nuestros Ángeles roban niños, destrozan casas y las queman. Matan gente. Probablemente también disfruten bastante haciéndolo. No me gusta, pero no puedo culparlos. Verás, ellos son los que de alguna manera lograron salir. Solo Dios (o la Diosa) saben lo que les pasó. No lo dicen. Simplemente te miran con esos ojos de mármol azul”.

Madrone permaneció en silencio por un momento, demasiado sorprendida para hablar. En los brazos de Katy, Poppy murmuraba y se retorció.

“No me criaron para creer en el mal, Katy. Pero no se me ocurre otra palabra para esto”, dijo finalmente.

“No hay otra palabra para eso. ¿De dónde vienes? ¿No tienen sex-shops ni clubes de sadomasoquismo?”

“No. Diosa, ¡no! Tenemos bastante sexo, en privado. Ciertamente nunca me faltó antes de venir aquí. Pero no se comercializa. Y eso es lo que no entiendo: ¿cómo pueden los milenaristas dejar que esto siga así? Son tan anti-sexo”.

“Los Millennials son la columna vertebral de la industria. Toda esa represión tiene que encontrar su salida en alguna parte. Y recuerda, no es fornicación si se hace con los que no tienen alma, convenientemente definidos como cualquiera que no sea un milenarista. Además, ayuda si genera ganancias”.

La luna asomaba por el borde del dosel. Madrone levantó la vista. Aquí, como en casa, *la luna* era redonda y blanca, marcada por las mismas sombras, cambiando con los mismos ritmos crecientes y menguantes. A Madrone de alguna manera le resultó difícil de creer. ¿Cómo podría brillar la misma luna en mundos tan diferentes?

“Hay tantas cosas aquí que simplemente no sé”, dijo finalmente.

“Puedes preguntarme cualquier cosa, Madrone. Quiero ayudarte en todo lo que pueda, gracias a lo que nos estás aportando”.

“Ni siquiera sé qué preguntar, porque es muy ajeno a todo lo que espero. Y me temo que no aportaré mucho. Katy, realmente no sé qué puedo hacer aquí. ¿Puedo realmente enseñarles a estas personas algo que valga el esfuerzo y el peligro de reunirse aquí? Aprender a ser sanador lleva años y eso te da ventajas que ni siquiera puedes concebir”.

“Ya has logrado más de lo que crees”.

“¿Qué? Si has notado algo, por favor dímelo”.

“En primer lugar, tienes a los montañeses, las ratas y los ángeles trabajando juntos en algo. Eso nunca había sucedido antes. Sí, hay algo de tensión, pero nadie se está lanzando al cuello del otro. Generalmente son tan territoriales como las pandillas. De hecho, no son tan diferentes de las pandillas

como les gustaría pensar. Así es realmente como empezó todo esto, ya sabes: pandillas callejeras y pandillas montañesas y unas pocas personas clave con suficiente visión para convertirlo en algo más.

“Y esa es la otra cosa que has traído: la visión. Habla del Norte, Madrone. Cuéntanos sobre los arroyos y los frutales y cómo organizas tus brigadas de plantación de árboles. Porque tenemos que saber que las cosas pueden ser diferentes, que son *diferentes* en alguna parte. Eso es lo único que realmente nos diferencia de las pandillas callejeras: la visión. Bueno, las pandillas probablemente estén mejor armadas. Pero eres una prueba viva y viviente de que ésta no es la única manera en que las cosas pueden ser. Todo lo que tienes que hacer es entrar a una habitación y, por la posición de tu cabeza sobre tus hombros y la forma en que te mueves en tu cuerpo, podemos ver que vienes de otro lugar”.

“¿Es tan obvio?”

“Te mueves como alguien que nunca ha cuestionado su derecho a tener un cuerpo. Existir, respirar, ocupar espacio. Te he estado observando toda la noche. No es arrogancia, como la de los ricos. No es el gesto duro y elegante, como el de los Ángeles. Es simplemente... sólido. Seguro. Como si nunca hubieras aprendido a menospreciar a nadie ni a doblegarte ante alguien que te menosprecia. Oh, estoy celosa. Cuando te miro, siento tantos celos que podría llorar

u odiarte. Pero no. Me gustaría, al menos una vez en mi vida, estar en un lugar donde todos estuvieran de pie, moviéndose y caminando como tú”.

“No quiero que la gente se sienta mal. Es curioso, casi odio hablar del Norte, aunque lo hago incesantemente. Se siente como alardear. Hacer alarde de algo que la gente no puede tener”.

“Alardea de ello. Haz alarde, atorméntanos con ello. Haznos comernos el corazón. Es mucho mejor tener envidia que estar desesperado”.

“Y me hace sentir nostalgia”, dijo Madrone.

“Has hecho un gran sacrificio para venir aquí. La mayoría de nosotros en esta lucha simplemente no teníamos nada que perder, pero tú sí. Y no creas que no lo apreciamos, incluso si algunos actúan como idiotas”.

“Pero no lo hice para ser apreciada. No quiero gratitud. Quiero decir, eso no tiene nada que ver con por qué vine o qué estoy haciendo aquí. Sólo estorba”.

“¿Por qué viniste aquí? Si viviera en un lugar donde el agua corriera por las calles, no me iría”.

Madrone se rió. “Tal vez simplemente no sabía en qué me estaba metiendo. Quizás sea nuestra maldición familiar. La Diosa se mete con nosotros, nos impone estas visiones. Nos

envía a hacer su trabajo sucio. ¿Pero qué puedes hacer? Si quieres ser fiel a tu propio ser, tienes que responder a la llamada cuando llegue”.

“¿Estas arrepentida?”

“En cada comida, o fuera de ella. Pero en serio, no, no lo estoy. Lo que está pasando aquí es real. No hay lugar para escapar de ello. Incluso en casa, la batalla está en camino. Así que no me importa estar en primera línea. ¿Pero qué hay de ti? Pareces diferente a muchos de los demás. ¿Cómo te metiste en esto?”

“Mi papá y yo nos mudamos aquí después de que los milenaristas quemaron su iglesia. Solía decir que, de todos modos, los pobres eran los que realmente lo necesitaban. Eso fue en el 32, cuando yo tenía once años, edad suficiente para ayudarlo. Comenzamos los cultivos aquí, antes de que fuera tan difícil conseguir agua. Y organizó a la gente. En realidad, mi papá dejó de hablar de Dios mucho después de que llegásemos aquí. Hablaba principalmente de comida y agua. Cuando le pregunté al respecto, simplemente dijo que la comida y el agua eran Dios para los pobres”.

“Amén”, dijo Madrone.

“Murió cinco años después, pero seguí adelante. No podía imaginarme unirme a los chicos en las colinas, corriendo por ahí con armas oxidadas y llamando a la revolución. Pensé

que teníamos que empezar a construir algo, para mostrarle a la gente cómo las cosas podrían ser diferentes. Así que aquí estoy. ¿Y tú? ¿Qué hay de ti que no sabemos?

“Estoy cansada”, dijo Madrone. “Estoy cansada y de mal humor y por dentro me quejo todo el día. Quiero ir a casa. Quiero darme un largo baño caliente, recoger tomates maduros del huerto y dormir en mi propia cama con sábanas. Pero no volveré a casa ahora. Estoy demasiado enojada, desconsolada y soy demasiado testaruda para irme a casa hasta que ganemos algo. Cualquier cosa. Y a veces desearía poder matar y disfrutar también de ello. Parece una solución muy sencilla”.

“Lo sé”.

“Tal vez Hijohn tenga razón. Tal vez sea mejor simplemente quemarlo todo, incluso si todos ardemos con éllo”.

“Esa es la tentación”, dijo Katy. “¿Pero es así como ganastéis vuestra revolución?”

“No. Lo hicimos por el camino largo y lento. Se necesitaron vidas para sentar las bases para ello. Algunos de los mayores pasaron toda su vida hablando, organizándose, probando una cosa tras otra, sin esperar nunca ver un cambio real. Algunos de ellos lo hicieron. El levantamiento pareció ocurrir en un instante, pero tardó medio siglo en gestarse”.

“Bueno, ahí está”, dijo Katy.

Se sentaron un momento, observando la luz plateada de la luna jugar sobre la gasa sobre sus cabezas. Es una mujer extraordinaria, pensó Madrone. En su presencia me siento reconfortada.

“Me alegro de haberte encontrado, Katy. Necesitaba tanto un amigo aquí. Alguien con quien realmente pudiera hablar”.

“Yo también”. Poppy estaba dormida y Katy la dejó suavemente en el suelo. “¿Sigues con hambre? Guardé un par de galletas de maíz”.

“Podría matar o morir por una, Katy, si la llamaras como es: una *tortilla*, no una galleta de maíz. ¡Diosa! Me hace fruncir la boca”.

“Torteeya”, dijo Katy. “Yo sé eso. Mi madre hablaba español, pero yo no aprendí mucho. Y lo que sabía lo olvidé a golpes de niña, después de que los milenaristas consiguieran que los Stewards aprobaran las leyes del idioma. Todavía es difícil sacar las palabras de mi boca”.

“Bueno”, dijo Madrone, “si quieres hacer *una revolución*, tendrás que recordar cómo sacar las erres”.

Compartieron tortillas y las sobras de la olla de frijoles. Katy tomó a la niña y volvió a dormir dentro, pero Madrone

ya no sentía su cansancio. Se sentó afuera, en el umbral, donde las marquesinas no llegaban del todo y podía mirar hacia un estrecho trozo de cielo abierto. Allí arriba brillaban las estrellas, fuera de su alcance. Quería que alguien la abrazara, la meciera y le dijera que todo iba a estar bien, pero no había nadie allí. ¿Mamá? ¿Johanna? ¿Por qué persigues a Maya y nunca vienes a mí?

Y entonces, de repente, ella estaba allí, sólo una presencia, como un vapor en el viento, algo cálido, oscuro, reconfortante y, al mismo tiempo, desafiante.

Johanna, aquí no vamos a ganar, susurró Madrone. Nos enfrentamos a un enemigo demasiado despiadado. Y si no podemos derrotarlos aquí, ¿cómo podremos derrotarlos en casa?

Silencio.

Johanna, voy a morir aquí abajo. Nunca me tumbaré en la menta del jardín del Dragón Negro ni haré el amor en la sala de rituales ni le llevaré a Maya su té matinal ni me sentaré al sol y hablaré de nuevo. Nunca tendré un bebé. Y lo que es peor, tal vez nunca veré estas calles transformadas en los campos y jardines que podrían ser, nunca veré los arroyos que corren libres desde las colinas a través de estas llanuras. Juana, ¿estás conmigo? ¿Alguna vez sentiste esta desesperanza? ¿La sientes ahora?

Más silencio. La oscuridad se intensificó, se congeló en una presencia casi sólida que, sin embargo, permanecía negra y silenciosa.

¿Qué tienen que decir los muertos a quienes se aferran con ambas manos a la vida precaria?

Espera. Déjalo ir.

Capítulo XXII

Maya le había preparado a Bird su almuerzo favorito, nachos con salsa picante y frijoles refritos. Él permaneció sentado mirándolos durante un largo rato, mientras ella rondaba ansiosamente.

“Tienes que comer”, dijo.

“Sé que debería comer. La tensión me está afectando, eso es todo. La espera. Casi desearía que hubieran venido, sólo para terminar con esto de una vez. Obedientemente, cogió un gran fajo de frijoles envueltos en queso y se lo llevó a la boca.

Oyeron la puerta abrirse abajo y un ruido de pies en las escaleras. Rosa irrumpió en la habitación.

“¡Están aquí!”, lloró. ¡Vienen por la antigua autopista, sobre la colina de San Bruno!

Bird dejó la comida, se levantó y, sin decir palabra, salió de la habitación. Maya lo escuchó agarrar su chaqueta y escuchó la cadencia desigual de sus pasos en las escaleras. La puerta se cerró de golpe.

Tiene mucho miedo, se dijo. Por eso no se giró y se despidió. No porque no me quiera.

Ella se sentó sola, mirando su silla vacía y el plato de comida que él apenas había tocado. Eso fue lo que le dolió, de alguna manera, que él no hubiera tenido oportunidad de terminar su comida. Hacía apenas unos minutos, cuando ella estaba calentando los frijoles y poniendo patatas fritas y queso en el horno, él estaba allí, vivo, libre. Podría haberle dicho lo que quisiera. Podría haber tocado su cálida piel o acariciado su cabello.

Siempre traté de ser muy cuidadosa, pensó. Dejé la cafeína cuando estaba embarazada de su madre. No toqué una gota de alcohol. Y Brigid, cuando lo llevaba en brazos, no comía nada que ellos no hubieran cultivado. Oh, había pasado años recogiendo gomas, chinchetas y cosas que podían dañar a un bebé. Habían instalado pestillos en todos los armarios inferiores para mantener a los niños fuera, y hasta el día de hoy resultaba incómodo abrir las puertas.

Pero no puedes mantenerlos a salvo, pensó. Tarde o temprano encuentran una manera de romperse.

Se giró, agarró el tirador del armario y tiró de él con tanta fuerza que el seguro se rompió. La cerró de golpe y le dio una patada. Ahora estoy empezando a llorar, pensó. Bueno, bien, está bien. Maldita sea, tengo algo por qué llorar.

Horas más tarde, cuando Sam entró, ella estaba sentada en el suelo, sollozando, con los pestillos de seguridad de plástico que había arrancado de las puertas de los armarios esparcidos a su alrededor.

La mayoría de las antiguas autopistas habían sido derribadas cuando los terremotos las debilitaron, o más tarde, después del Levantamiento, cuando los camiones fueron reemplazados por trenes solares. Pero quedaba un tramo, un antiguo segmento de la autopista 101 que venía desde el sur, transportando camiones eléctricos o impulsados por alcohol y carros tirados por caballos desde las granjas de la península. Ahora bajaba por una rampa de salida hacia Market Street, no lejos de la plaza abierta que daba al Antiguo Ayuntamiento. Bird reconoció a Marie, Roberto y Lan allí. Esperaron juntos. Era día de mercado y la plaza estaba repleta de puestos y toldos luminosos, contenedores de verduras, cereales y frutas maduras.

“Presentamos todo un panorama de abundancia”, comentó Roberto.

“No por mucho tiempo”, dijo Lan.

Mientras hablaban, quedó claro que se había corrido la voz. Los vendedores comenzaron a empaquetar sus productos con silenciosa eficiencia. Lentamente, una multitud iba creciendo, apagada y silenciosa. Marie tomó la mano de Bird y lo hizo formar un círculo con Lan y Roberto. “Respiremos juntos”, dijo. “Y rezad a cualquier dios en el que creáis”.

Se quedaron en silencio por un momento. Todavía no puedo creer que esto esté sucediendo, pensó Bird. La noche siguiente era la víspera de mayo, Beltane¹². No habría hogueras en la colina, ni bailes al amanecer a la mañana siguiente con dulce música, ni árbol de mayo. *Madre Tierra*, ayúdanos. Ayúdame. Déjame encontrar la fuerza que necesitaré.

Entonces oyeron un fuerte estruendo, seguido de un temblor que sacudió el suelo. Marie apretó la mano de Bird.

“Los puentes”, susurró. “Hemos volado los puentes”.

Siguió otra explosión, más fuerte que la primera. Las lágrimas caían de los ojos de Lan y Bird parpadeó para

¹² Beltane es la fiesta celta de la fertilidad y el verano y se celebra la noche del 30 de abril al 1 de mayo. [N. d. t.]

contener las suyas. Incluso ahora todos los barcos que quedaban en la ciudad estaban zarpando, huyendo hacia el lado este o norte de la Bahía. Ahora estaban aislando, separando.

“Bajemos por Market Street”, dijo Bird, rompiendo el silencio. “Quiero ver lo que se nos viene encima”.

Los cuatro bajaron hasta donde la plaza se unía a la calle y se pararon junto a la fuente, un edificio de bloques de concreto que se caía y que databa de la década de 1970. Allí tenían una vista clara de la rampa de salida construida para conducir directamente al mercado central. La superficie de asfalto parecía estar viva, hervida por un movimiento que se resolvía en fila tras fila de hombres con uniformes grises apagados, marchando a paso perfecto, como una máquina de muchas piernas, ordenada, regular, disciplinada.

Bird se sintió extrañamente tranquilo, como si su miedo se hubiera comprimido en una piedra dura como un diamante en algún lugar muy por debajo de la superficie de su mente. La espera había terminado. Estaban aquí. Eran reales.

La vanguardia de las líneas de marcha llegó a la acera cerca de la fuente. De entre las masas de hombres alineados, uno dio un paso adelante. Sus ojos eran invisibles detrás de unas gafas de espejo, y sus manos estaban tensas sobre la culata del rifle láser que sostenía apretado ante él. Bird observó que los hombres estaban clasificados por colores como una

caja de lápices de cera: la melaza y la caoba en un pelotón, el ocre y el ámbar en otro, el beige, el tostado y los tonos rosa juntos.

“Soy el comandante Pershing Nelson, comandante interino del Cuarto Ejército de la Mayordomía”, ladró. “¿Quién está a cargo aquí?”

Ahora viene, pensó Bird. Los cuatro dieron un paso adelante juntos.

“Estamos aquí para recuperar este terreno en nombre de la Mayordomía Corporativa, a quien fue robado”, dijo el comandante. “Si cooperan, estamos dispuestos a ser indulgentes. Resistid y podremos ser despiadados”.

Él esperó. Se hizo el silencio entre la multitud. Los miró a los cuatro y finalmente se fijó en Roberto, el hombre mayor.

“Tú. Estoy esperando una respuesta. Le ofrecemos la oportunidad de rendirse sin derramamiento de sangre. Estáis superados en número y en armas. Todo lo que pedimos a cambio es un poco de cooperación para que esta ciudad tenga una gestión adecuada. ¡Respóndeme!”

El rostro de Roberto estaba tranquilo y sereno. Miró al comandante a los ojos y dijo suavemente: “Hay un lugar reservado para usted en nuestra mesa, si decide unirse a nosotros”.

“¿Qué?”

“Hay un lugar reservado para ti en nuestra mesa, si decides unirte a nosotros”.

“¿Qué se supone que significa eso?”

María dio un paso adelante. “Soy Sor María Serafín, de la Orden de Nuestra Señora de las Aguas, y una de las representantes libremente elegidas de esta ciudad. Lo que queremos decir es que nunca cooperaremos con la violencia, ni sometiéndonos a ella ni usándola”.

“Tiene que hacer una cosa o la otra, señora”, dijo el comandante. “Te sugiero que te rindas y nos ahorres a todos muchos problemas”.

“Proponemos una alternativa”, dijo Marie, alzando la voz para dirigirla a las tropas clasificadas. “Vuestros ejércitos están llenos de pobres y desposeídos de vuestra propia tierra. Nosotros ahora somos una población pequeña, diezmada por el hambre y las epidemias, en una zona que alguna vez albergó y alimentó a cientos de miles más. Podemos encontrar espacio para aquellos que deseen unirse a nosotros, vivir como lo hacemos nosotros, con respeto a los demás y respeto por las Cuatro Cosas Sagradas, aire, fuego, agua y tierra. No somos un pueblo rico; todo lo que tenemos depende de nuestra cooperación mutua. Pero para

aquellos que deseen unirse a nosotros podemos hacerles un lugar”.

“Unirnos a ustedes no es el tema en cuestión”, dijo Nelson. “Estamos aquí para imponer el poder y la autoridad de la Mayordomía”.

“No reconocemos esa autoridad”, dijo Marie.

“No te estoy ofreciendo una opción en el asunto”.

“Sin embargo, hemos hecho nuestra elección, que es hacer esta ofrenda a cada uno de vosotros. Hay un lugar reservado para ti en nuestra mesa, si decides unirse a nosotros”. Su voz resonó entre las tropas reunidas y arqueó el cuello para encontrarse con los ojos de los soldados más oscuros que se encontraban muy abajo en las filas.

“No estoy acostumbrado a discutir con mujeres”, le dijo Nelson a Roberto.

Marie sonrió agradablemente. “Entonces tienes algunas experiencias nuevas que te aguardan”.

Nelson la ignoró y volvió a hablar directamente con Roberto. “Aceptad esto. Nos mudaremos aquí y tomaremos el control. Esto no es un juego. Ahora necesito su cooperación para alojar a mis hombres. Como dije, si mostrais el espíritu adecuado, esto puede resultaros

bastante fácil. Si no, pondré a mis hombres donde yo decida ponerlos, y puede que lo lamentéis.

“Hay un lugar reservado para ti en nuestra mesa”, dijo Roberto.

“La próxima persona que diga eso se arrepentirá de haberlo hecho”.

Lan, Roberto, Bird, Marie y toda la multitud corearon juntos: “Hay un lugar reservado para vosotros en nuestra mesa, si decidís uniros a nosotros”.

El comandante le dio una bofetada a Roberto con la mano.

“Dilo de nuevo, muchacho. Adelante, dilo de nuevo”.

Eso no fue inteligente, pensó Bird. Sólo lo hemos provocado para que pierda el control. Y si involucra a Roberto en este duelo, tendremos un asesinato aquí. Ahora llega mi turno.

Dio un paso adelante.

“No aceptamos su autoridad”, dijo Bird. “No haremos nada para ayudarlo de ninguna manera. No cooperaremos, les resistiremos en todos los sentidos, salvo la violencia. Pero nunca dejaremos de ofrecerles la opción de unirse a lo que hay aquí en lugar de intentar conquistarlo y controlarlo”.

El rostro de Nelson se torció con desdén. “Realmente no estoy acostumbrado a recibir consejos de negros”.

Bird no había oído ese término desde su fuga de la prisión de Southlands. Le pareció extrañamente arcaica, un arma salida de algún extraño pasado, como si el oficial se hubiera lanzado repentinamente hacia él con una lanza de bronce o un hacha de piedra. Una oleada de disturbios recorrió a las tropas. Era apenas audible, sólo un murmullo bajo en las divisiones más oscuras, como el gruñido de un perro al que perturbaran su sueño.

Aquí hay tensión, pensó Bird, una grieta, algo que podemos explotar. El control sobre este ejército es débil. Debo recordar eso.

Marie abrió la boca para hablar, pero Bird le hizo un gesto para que retrocediera. Necesitaba encargarse de esto él mismo.

“No estamos acostumbrados a escuchar esa palabra en esta ciudad”, dijo Bird, elevando su voz de cantante para que llegara muy lejos entre las filas de hombres. “Aquí no hay barreras de color. Les digo esto, hermanos, negros y latinos, chinos y blancos también, que estableceremos un lugar igual en nuestra mesa para todos los que decidan unirse a nosotros”.

Nelson blandió su rifle y aplastó a Bird en un costado de la cabeza. El impacto lo golpeó con una sacudida que ahuyentó el dolor. Se quedó quieto, inquebrantable.

Bueno, es mejor que estar muerto, pensó. La sangre corría por sus mejillas y mojaba el cuello de su camisa.

“No lo entiendes”, le dijo Marie al comandante. Bird sabía que estaba enojada por las brillantes manchas rojas que aparecieron en sus mejillas, pero su voz aún era baja y tranquila. “No entiendes el poder que tenemos en esta ciudad. Es un poder que nunca podrás destruir o conquistar, que no se doblegará a tu voluntad”.

El oficial le dio la espalda. “¡Prepárense para acampar!” les ladró a sus hombres. “Johnson, acordona el área. Levanta las tiendas”. Se volvió y se dirigió a la multitud. “¡Quiero que todos salgan de aquí antes de que cuente diez!”

Lan se sentó.

Estoy listo para partir, pensó Bird. Le empezaba a doler la cabeza. Podría ceder un poco, pero él también se sentó. Roberto, Marie y la multitud lo siguieron.

Nelson se volvió hacia su segundo al mando. “Despeja esta área, Jones. No me importa cómo lo hagas: llévalos a rastras, atropéllalos con camiones, dispáralos, ¡pero déjala limpia! Se alejó pisando fuerte, siguiendo las líneas, con el pecho adelantado y las cintas balanceándose.

“Ya escuchasteis al comandante”, ladró Jones, tratando de parecer seguro de sí mismo. Nadie se movió. “¡Hombres, deshacéos de ellos!”

Los hombres permanecieron de pie.

“Bueno, ¿a qué diablos estáis esperando?”

“Señor”, preguntó uno de los hombres en voz baja, “¿qué es exactamente lo que quiere que hagamos?”

“Arrastradlos. ¡Es una orden! ¡Y no seas demasiado amable al respecto!

Los soldados avanzaron, pareciendo asustados. Si tuviéramos armas, pensó Bird, escondidas bajo nuestra ropa o en nuestras botas, ésta sería una trampa muy eficaz. Pero no las tenemos. La multitud comenzó a cantar: “¡Manténganse firmes! ¡Mantengamos nuestra posición! Ahora le dolía mucho la cabeza, con un latido que se transformó en una llamarada de dolor cuando dos agentes lo agarraron por los tobillos y lo arrastraron por el suelo. Intentó volverse lo más flácido y pesado posible, pero su cuello se tensó a su pesar para evitar que su cabeza golpeará el asfalto. La camisa le subió por la espalda y su piel desnuda raspaba el pavimento. A su alrededor podía oír golpes y ocasionales gritos de pánico a medida que el cántico se hacía irregular.

Canta, pensó, deberíamos estar cantando. Tan fuerte como pudo, comenzó a cantar.

“Somos el poder en todos, somos la danza de la luna y el sol...”

A su alrededor, las voces retomaron el cántico, que fluyó sobre la multitud y los soldados, hasta que todos estuvieron unidos en las mismas armonías, el mismo ritmo, que no llegaba a través de los oídos sino directamente a través del cuerpo, o algo más profundo que el cuerpo, sosteniéndolos con el ritmo.

“Somos la esperanza que no se esconde, somos el cambio de marea...”

Esa noche las calles se llenaron de soldados. Parecían estar en todas partes, marchando arriba y abajo junto a los arroyos, vagando por los jardines abiertos, pateando el césped del parque, arrancando frutas inmaduras de las ramas. Bird maniobró para sortearlos, escondiéndose en las puertas de sus amigos y escondiéndose entre las sombras de los árboles. Sam le había vendado la cabeza; Maya lo arrulló, lo mimó, lo cuidó y trató de obligarlo a quedarse adentro, pero tenía que hablar con Lan, Marie y Roberto.

Una pasarela de madera cruzaba el arroyo que corría hacia el sur desde la colina. Decidió evitarlo y se dirigió hacia los

escalones de piedra, por donde siempre había preferido cruzar cuando era niño. Habían jugado interminables juegos allí, fingiendo que el río estaba lleno de pirañas, cocodrilos y peligros, mientras se tambaleaban de piedra en piedra. Ahora los peligros eran reales y pasó las piedras corriendo. Su pierna mala todavía le molestaba un poco, pero estaba mejor de lo que había estado; podía compensar su andar torpe con sólo un costo moderado para su equilibrio y algo de dolor. Pero resbaló en la última piedra, giró torpemente en el aire y se estrelló pesadamente contra la orilla opuesta, casi cayendo sobre una figura inmóvil que se agazapaba en las sombras.

“Discúlpame”, dijo Bird. *“Perdóname”*.

La figura no se movió. Bird contuvo el aliento y miró al hombre. Un soldado estaba arrodillado junto al río, con las manos en el agua y lágrimas en el rostro. Algo en él le recordó a Bird a Littlejohn, la misma constitución delgada y desnutrida, el mismo cabello fibroso.

“¿Estás bien?” Preguntó Bird. El hombre tenía un rifle láser a sus pies, pero de alguna manera Bird no sintió miedo.

“¿De dónde viene toda esta agua?” preguntó el hombre. Había un tono soñador en su voz, como si hubiera estado fumando por lo menos.

“De la colina, de las lluvias, del embalse de arriba, del escurrimiento del riego de los jardines”, dijo Bird.

“Pero aquí el agua simplemente corre por la calle. Cualquiera puede robarla”.

“Es gratis”, dijo Bird. “Aquí nadie tiene que robar agua. Nadie tiene que pagar por ello. Nadie se beneficia de ello. El agua es sagrada para nosotros”.

“A mi hermano le dispararon por robar agua. Me pusieron en el ejército”.

“Toma la que necesites aquí”, dijo Bird. “Báñate en ella, nada en ella, está limpia. Incluso puedes beberla, aunque generalmente la filtramos primero”.

“Pero estamos aquí para quitarles el agua”.

He estado yendo con Maya y Lily. He arriesgado mi vida por su visión, pensó Bird, pero este es el primer momento en el que siento un rayo de esperanza de que podamos ganar. Se puso en cuclillas junto al soldado y habló en voz baja, casi canturreando mientras hablaba.

“No se puede quitar lo que se da gratuitamente. Nunca nos quedaremos quietos viendo cómo nuestras aguas se dañan, se desperdician o se contaminan. Pero toma la que necesites, eres bienvenido”.

“No entiendo”.

“Hay un lugar reservado para ti en nuestra mesa. Te invitamos a unirme a nosotros. No es necesario que permanezcas en el ejército”.

“¿Quieres decir que podría unirme a tu lado y pelear contigo?”

“Luchar de nuestro lado, sí”.

“¿Pero qué pasa con los refuerzos?”

“¿Refuerzos inmunológicos?”

“Una vez que estás con ellos, dicen que morirás si no los consigues”.

“No siempre”, dijo Bird. “He conocido desertores que vivieron. Pero es un riesgo. Pero tenemos sanadores y médicos. Ellos pueden ayudarte”.

En ese momento oyeron un fuerte grito procedente del cruce de la calle detrás de ellos.

“Mi unidad”, explicó el soldado. “¡Tengo que irme!”

“Piénselo”, dijo Bird. “La oferta se mantiene”.

El soldado agarró su arma y salió corriendo.

Una extraña calma se apoderó de la ciudad. La vida volvió a tener un barniz de normalidad. La gente trabajaba en sus jardines y huertos, cocinaba y comía, cambiaba los pañales de los bebés. Pero se quedaron cerca de sus propias casas. Los mercados estaban desiertos, los cafés vacíos por la noche, las calles casi sin uso excepto por compañías de soldados que se abrían paso a través de la red laberíntica de senderos, sendas y corredores para vehículos que serpenteaban por la ciudad. Parecían perdidos la mayor parte del tiempo, atónitos y en silencio ante la abundancia de frutas y los coloridos bancos de flores.

Durante tres días Sam fue al hospital a su hora habitual, pero al tercer día regresó a media mañana. Los soldados se habían apoderado del hospital y echaron a las calles a los pacientes civiles. El Consejo de Sanadores había anticipado esta eventualidad. A cada paciente se le asignó una casa o familia, y Lou y Aviva se aseguraron de que todos llegaran allí. Sam había regresado a la Casa del Dragón Negro para pasear por la cocina, echando humo.

“Es la guerra, está bien”, dijo. “No pensé que reaccionaría de esta manera, pero cuando ese mocoso entró y me ordenó salir de mi propio hospital, donde he trabajado desde antes de que él fuera concebido lamentablemente, quise matarlo. Quería meterle un puño en el estómago y arrancarle las extremidades. Por cierto, ¿cómo está tu cabeza, Bird?”

“Bien”, dijo, aunque todavía le dolía. Se estaba sirviendo una taza de té de hierbas, preguntándose cuánto tiempo seguirían permitiéndoles estas sencillas comodidades.

“Siempre dices que estás bien, incluso cuando estás medio muerto”, se quejó Maya.

“Mi cabeza está bien”, dijo Bird. “Curiosamente, casi me siento mejor ahora que algo ha sucedido. Ya no estamos esperando. Por supuesto que estoy preocupado, como todos los demás. ¿Qué podemos hacer con los refuerzos, Sam? La mitad de este ejército se pasaría a nosotros mañana si no tuvieran miedo al síndrome de abstinencia. Todavía tendríamos que lidiar con la otra mitad, pero las probabilidades estarían un poco más igualadas”.

“Esperaba que Madrone ya hubiera regresado”, dijo Sam. “Aunque tal vez esté mejor donde está. Pero sin saber exactamente qué están usando, es difícil”.

“Tal vez podamos averiguarlo”, dijo Bird pensativamente. “Asaltarlos o atrapar a un soldado y drenar su sangre”.

“¿Eso es no violencia?” –Preguntó Sam.

“Lo haremos suavemente”.

Sam agarró su chaqueta del sofá donde la había tirado.

“¿A dónde vas, viejo?” –Preguntó Maya.

“Salgo a controlar a mis pacientes”.

“Ten cuidado”.

“Soy extremadamente cuidadoso. Tengo toda la intención de vivir para ver nuestra victoria”.

“Podríamos tener una”, dijo Bird. “Quizás lo hagamos”.

“Necesitamos algo más que una simple victoria”, dijo Maya. “Necesitamos ganar de tal manera que todo cambie, que no estemos amenazados nuevamente. Porque no quiero pasar por esto una vez más, ni que otros pasen por esto después que nosotros”.

“Veré qué puedo arreglar”, dijo Sam. La puerta se cerró detrás de él.

“¿Estarás bien sola?” –le preguntó Bird a Maya.

“¿A dónde *vas*?”

“Otra reunión”. Él se inclinó y la besó. “Sé las mil cosas que quieres decirme. No es necesario que digas ninguna de ellos. Seré cuidadoso”.

Maya levantó la mano y le tocó la mejilla. Se había ensangrentado las uñas al arrancar los pestillos de las puertas del armario, y la sangre seca coincidía con la que se filtraba a través de sus vendajes.

“Pero quiero ir contigo”, dijo. “Dentro de esta cáscara marchita vive una luchadora callejera de diecinueve años que no entiende por qué debería quedarse atrás”.

Pájaro se rió. “Para mantenerte fuera de problemas, por eso. Y preserva tu reputación. ¿Cómo sería después de ese gran discurso sobre la no violencia si te levantas y arrojaras algunas piedras a los soldados?”

Él estaba bromeando con ella, pero en lugar de reír, sus ojos se llenaron de lágrimas y sus labios temblaron. Es vieja, se dio cuenta Bird. Si muero, ella no sobrevivirá mucho tiempo. El conocimiento se posó sobre sus hombros como un peso más.

“¡Pero no puedo hacer nada!” –lloró ella. Bird se acercó y la abrazó, pensando todo el tiempo: No puedo quedarme para consolarla, tengo que irme.

“Haz algo de magia”, dijo. “Eso es en lo que eres buena”.

Ella asintió mientras él salía por la puerta. Más tarde, cuando trazó el círculo ritual y encendió una vela en el centro, ningún espíritu se acercó a ella. La cera chisporroteó y goteó. En el aire vacío, nada hablaba.

Capítulo XXIII

“Éste parece el lugar”, dijo Madrone. Estaba parada con Hijohn en una de las calles laterales que serpenteaban cuesta arriba junto a los terrenos de la gran universidad que se extendía sobre las colinas al borde de las montañas. Las calles circundantes estaban atestadas de estudiantes y profesores, sirvientes haciendo recados y mendigos con las manos extendidas vestidos con ropas manchadas y andrajosas como las que ella e Hijohn vestían. Madrone estaba observando una gran casa rosa, una de las muchas casas antiguas y confortables que bordeaban la calle.

“Tercera casa desde la esquina”, coincidió Hijohn. “Eso es todo”.

Un tramo de escaleras subía hasta la entrada principal, pero él los condujo por un lado hasta una puerta trasera y llamó suavemente. La puerta se abrió y una mujer joven con

un pañuelo azul los condujo a una gran cocina institucional, donde una mujer mayor con un delantal voluminoso estaba cortando verduras. Los miró, los evaluó cuidadosamente y luego reanudó el trabajo.

“Estamos aquí para ver a Beth”, dijo Madrone.

“La voy a llamar. Siéntate”.

Madrone e Hijohn tomaron asiento en una pequeña mesa situada bajo una ventana alta. La mujer del tocado les trajo a cada uno un vaso de agua y Madrone le dio las gracias. Después de su caluroso y polvoriento viaje desde el enclave de Katy a través de las calles calcinadas a principios de mayo, el agua fue bienvenida como amor.

“¿Qué es esta casa?” –Preguntó Hijohn. “¿Quién vive aquí?”

“Estudiantes de enfermería”, respondió la mujer. “La señorita Beth es su ama de casa”. Ella se dio la vuelta, volvió a sus verduras y se quedaron sentados en silencio. Madrone agradeció un momento de descanso. Caminar por la ciudad siempre la cansaba, mucho más que una caminata por las colinas. Ya debería estar acostumbrada, pensó, pero incluso con sus sentidos de abeja fuertemente cerrados, el aire en sí era un asalto, llevando los olores de la suciedad y el hedor del hambre a sus involuntarias fosas nasales.

Se preguntó qué quería Beth. El mensaje había llegado a través de la red, transmitido por uno de sus contactos en el hospital. Beth era la mujer de cabello gris en el almuerzo de Sara, la mujer que una vez había sido doctora. ¿Cómo fue para ella, se preguntó Madrone, que le quitaran ese trabajo? ¿Qué haría si me pasara a mí? Exactamente lo que estoy haciendo ahora, supongo.

Hijohn se había ofrecido voluntario para ser su guía. Estaba bajando de las montañas, en una de las misiones que inventó, sospechaba Madrone, en parte, para visitar a Katy. Venía a menudo y durante tres o cuatro días él y Katy permanecían juntos, mirándose a la cara con ojos tiernos y anhelantes. Luego peleaban por algo, estrategia, política o dónde poner sus escasos recursos, e Hijohn se iba.

Habían estado en uno de sus descensos y él estaba ansioso por escapar. “Te llevaré y en el camino de regreso podremos pasar por los campamentos de las colinas y ver cómo están arreglados”. Madrone había aceptado, aunque el «cruce» significaba una caminata de treinta kilómetros por un terreno accidentado en el calor sin agua de finales de la primavera.

“¡Usted vino!” Beth entró corriendo en la habitación, cerró la puerta tras ella y abrazó a Madrone. “¡Gracias por venir! Vayamos a la otra habitación, donde es más privado”.

La siguieron a través de una puerta y bajaron por una escalera que conducía al sótano, amueblado con alfombras y sofás viejos. Era cómoda, sin pretensiones, como la sala de estar de la casa que Madrone había compartido cuando estaba en la escuela en Berkeley.

“Ahora”, dijo Beth, “nadie puede interrumpirnos. Gloria y Marta vigilarán la puerta”.

Miró a Hijohn, sonriendo con curiosidad, mientras se sentaban en las sillas.

“Mi amigo Hijohn”, dijo Madrone. “Esta es Beth, una de las mujeres de las que te hablé, que conocí el día que nadé”.

“No estaba segura de que el mensaje te llegara”, dijo Beth. “Pero a veces presto un poco de atención médica a las personas que necesitan ayuda, y algunas de ellas tienen conexiones con la Red. Fue muy amable de tu parte venir sin dar explicaciones.

“Quería que ustedes dos se conocieran”, dijo Madrone. “Todos los grupos que trabajan por el cambio deberían tener algún contacto entre sí”.

“No estoy segura de que las mujeres que conociste estén trabajando para algo”, dijo Beth. “Hablar es más bien su línea, y me temo que también la mía. El cambio real podría aterrorizarnos”.

“Y puede que no sea así”, dijo Hijohn. “Toda revolución comienza con palabras. A veces la conversación genera acción”.

Beth lo miró fijamente por un momento, como si estuviera considerando cómo pensar en él.

“A veces es así”, admitió. “¿Tenéis la fórmula mágica para que eso suceda?”

Ella estaba medio bromeando, pero él le respondió seriamente. “No hay magia en esto, sólo paciencia. Lo haces paso a paso. Comience con algo seguro, pero que pueda hacer. Recolectar ropa para los pobres. Recaudar dinero” –le guiñó un ojo y le sonrió– “para nosotros”.

“Nos gustaría eso”, dijo Beth. “Una emoción revolucionaria de bajo costo”.

“No tendría por qué ser de bajo coste. Tomaremos todo lo que podamos. Y le daremos un buen uso, donde más se necesita”.

“Estoy segura de que lo haríais”. Cambió su atención a Madrone. “Probablemente te estés preguntando de qué se trata esto”.

Madrone esperó expectante. Beth estaba vestida con una sencilla bata azul cubierta con un delantal blanco, un pulcro gorro cubría su cabello gris. Parecía más suave de lo que le

había parecido Sara, más matrona, pero una tensión sumergida acechaba bajo la superficie de sus ojos.

“Necesito tu ayuda”.

“¿Cuál es el problema?”

Beth vaciló. Miró a su alrededor con nerviosismo, como si estuviera comprobando que nadie pudiera oírlos. Su voz bajó tan bajo que Madrone apenas pudo entender la última palabra.

“¿Qué opinas sobre... el aborto?”

Madrone se encogió de hombros. “He hecho bastantes, aunque no es un procedimiento muy común en mi país. Todas estamos entrenadas para controlar nuestros ciclos muy de cerca, desde el momento en que comenzamos a sangrar. Y sabemos cómo bloquear la concepción. Pero hay ocasiones en las que el aborto es necesario. Aunque siempre me siento un poco triste, especialmente hoy en día cuando tantas mujeres que lo intentan parecen no poder quedar embarazadas”. ¿Era eso lo que Beth quería que hiciera? Pero era un procedimiento bastante sencillo; Seguramente ella misma podría manejar eso.

Beth la miró larga y pensativamente y luego suspiró, como si hubiera tomado una decisión. “Ven”.

Movió una pila de cajas vacías en una pared del fondo, dejando al descubierto una puerta baja. Madrone dejó a Hijohn en la sala principal y la siguió hasta una habitación pequeña, casi sin aire, iluminada por una sola vela. Sobre un colchón en el suelo, yacía una mujer joven, gimiendo y retorciéndose, con el rostro enrojecido y febril, su largo cabello castaño húmedo y enredado.

Madrone se agachó y tocó el vientre hinchado de la mujer. Abrió su sentido de abeja y olió a putrefacción, a muerte.

“¿Cómo te sientes?” –le murmuró a la mujer. “Soy Madrone. Voy a intentar ayudarte”.

“No tan bien”, susurró la mujer.

“¿Qué pasó?”

La mujer cerró los ojos. Ella abrió los labios para responder y luego los volvió a cerrar.

“Algo salió mal”, dijo Beth. “Yo no lo hice, no sé quién lo hizo. Ella vino a nosotros, con hemorragias y fiebre, hace tres noches. Por supuesto que no puede ir al hospital. Quizás no sepas cómo tratan a las mujeres abortistas”.

“Puedo adivinarlo”, dijo Madrone con gravedad.

“Si sobreviviera con su útero intacto, se convertiría en criadora de Ángeles. Si perdiera el útero, la enviarían como entretenimiento para las tropas”.

“¿La has examinado?”

“Su útero parece estar intacto”.

“Gracias a la Diosa”.

Beth contuvo el aliento, sorprendida, y luego lo dejó escapar con un suspiro.

Madrone sonrió. “¿Algunas palabras en español te asustan más que la sangre?”

“Reflejo. Lo lamento. De todos modos, creo que el aborto fue incompleto. Todavía hay tejido allí, lo que provoca el sangrado y la infección”.

Madrone se balanceó sobre sus talones, reflexionando.

“Probablemente lo expulsará. O podríamos entrar y sacarlo, si tuviéramos los instrumentos y una habitación esterilizada”.

“Tengo instrumentos. Yo salvé los míos. Han sido hervidos y están listos si los necesitamos. Pero esta es la única habitación en la que podemos trabajar de forma segura. Arriba es demasiado público; las mujeres entran y salen todo

el día de sus clases y de sus turnos de trabajo. Algunos de ellos simpatizarían, pero no todos”.

“Esta habitación me preocupa”, dijo Madrone.

“Es imposible dejarlo realmente limpio, y mucho menos esterilizado”, coincidió Beth.

“Puedo trabajar con su *ch'i*, bajarle la fiebre, pero no puedo curarla si hay una fuente de infección continua. Ella recaerá tan pronto como me vaya. ¿Qué hierbas tienes en casa? Un buen estimulante uterino podría ayudar. ¿Tienes poleo o sello de oro?

“Nada”, admitió Beth. “Es muy peligroso”.

“¿Y supongo que no podremos conseguir antibacterianos, antivirales o refuerzos?”

“No, a menos que tengas algunos del mercado negro. Todas esas cosas están estrictamente reguladas”.

Madrone consideró lo que tenía en su bolso. Los medicamentos del asalto a la farmacia ya se habían acabado hacía tiempo, y aunque ella tenía un pedido permanente con los montañeses de antiinfecciosos, se agotaban tan rápido como podían ser suministrados. *Diosa*, si algún día volvía a casa, a sus estanterías bien surtidas de medicamentos y hierbas, cohosh negro y azul, bolsa de pastor, ruda... Bueno, tenía artemisa seca en el bolso; tal vez eso ayudaría.

“Tengo algo para el té. ¿Tienes perejil? Eso es bastante común. Y el ajo... el ajo podría ayudar a su sistema inmunológico”.

“Podemos conseguirlos”.

“Aquí”. Madrone rebuscó en su bolso y le dio a Beth el paquete de artemisa. “Prepara un poco de té con eso y otro té de perejil fresco remojado en agua hirviendo y luego tritura unos cuantos dientes de ajo. Quizás añadir un poco de miel para endulzarlo y darle algo de fuerza. Y si me traes un paño y un poco de agua fría, la limpiaré con una esponja y trataré de bajarle un poco la fiebre. Mientras tanto, veré qué puedo hacer con su *ch'i*”.

“¿Su qué?”

“Su energía vital”.

“Me gustaría mirar”.

“No habrá mucho que ver”.

Beth salió de la habitación y Madrone entró en su trance curativo, haciendo coincidir su respiración con la respiración superficial de la mujer, abriendo sus sentidos de abeja y su visión interior. Con el dorso de la uña levantó una gota de sudor de la frente de la mujer, se la llevó a los labios y la probó. Su mente de abeja aprendió lo que se estaba fermentando en el vientre de la mujer y cocinándose en sus

venas; su mente humana tenía nombres para estas cosas y, poco a poco, las estaba juntando, combinando sabores, olores, nombres y el juego de colores, energías y formas, sin cambiar nada todavía, sólo observando.

Beth regresó. Madrone podía oler las hierbas maceradas, la dulce miel. Llenaron la habitación con el aroma de la vida. Murmuró nombres para contrarrestar los sabores, los olores y el sabor químico de su lengua despierta. De repente supo lo que podía hacer por la mujer.

“Cariño”, le dijo a Beth. “Tráeme cariño”.

Cuando Beth regresó con un cuenco de miel y una cuchara, Madrone lo tomó en sus manos, acunándolo como si fuera un recipiente ritual. Contracciones, pensó, y visualizó un útero ondulándose, abriéndose y limpiándose. Reforzó la imagen hasta que pudo sentirla comenzar en su propio cuerpo. Respirando profundamente, se concentró. El tiempo se detuvo; no existía nada más que la imagen que ella creaba, que también era un sentimiento, un olor, un sabor en el fondo de su garganta. Lo sostuvo hasta que su propia sangre cambió, hasta que la imagen se convirtió en un sabor en su saliva, un sabor en su propio sudor que brotaba de la cicatriz en el centro de su frente. Una gota de ese sudor cayó en la miel, un catalizador que alteró sus patrones energéticos. Madrone insufló *ch'i* en el líquido dorado, alimentando el cambio, esperando hasta que se completara,

hasta que la miel misma se convirtiera en el brebaje que necesitaba.

Le dio una cucharada a la mujer, volvió a colocar la mano sobre el vientre hinchado y esperó. Gimiendo, la mujer cerró los ojos. Madrone volvió a centrarse en la miel, fortaleciendo su poder para contraer el útero. Una ola estremeció el vientre de la mujer y empezó a chorrear sangre, introduciendo un sabor a hierro en el aire. Madrone estaba lista con el elixir adecuado para cerrar el útero y detener el flujo.

Pidió más miel, miel con ajo remojado, y visualizó la sangre limpiándose, los glóbulos blancos rodeando a los organismos extraños, mientras invocaba el sabor de las drogas curativas. Una vez más convirtió su propio sudor en la gota homeopática que cambiaba y curaba.

“Sigue alimentándola con esto”, dijo Madrone. “Una cucharada cada hora. Creo que ella estará bien”.

“¿Qué hiciste?”

“Ojalá pudiera explicártelo. Ni siquiera estoy segura de conocerme a mí misma. Y ahora estoy demasiado cansada”.

“Has estado sentada aquí durante horas, no es de extrañar. Sal, déjala dormir y come algo”.

Salieron de nuevo a la habitación donde Hijohn estaba esperando.

“Te traeré algo de comida”, dijo Beth.

“¿Como te fue?” –Preguntó Hijohn.

“Bueno. Aprendí que podía hacer algo que no sabía que podía hacer. Una cosa de abejas”, dijo Madrone. “Pero estoy agotada”.

“¿Puedes viajar? Podríamos cubrir mucho terreno antes del amanecer”.

“¿Tenemos que hacerlo?”

“O pasar el día aquí. Pero no es demasiado seguro”.

“Si puedo comer primero...”

Beth trajo sopa, patatas y pan, y Madrone comió vorazmente. Hijohn había cenado una vez, pero no rechazó una segunda.

“¿Debes irte?” dijo Beth. “Podrías dormir todo el día aquí; después de eso, necesitas descansar un poco”.

“No es seguro”, dijo Hijohn. “No para nosotros, no para ti”.

Beth parecía angustiada. “¿No hay nada más que pueda ofrecerte?”

“Un baño”, dijo Madrone. “Sólo uno rápido”. En casa de Katy tenían mucha agua para beber y ella se mantenía limpia con baños de esponja, pero la inmersión total era un lujo jamás soñado.

Beth vaciló. “Eso es un poco incómodo”.

“Está bien”, dijo Madrone cortésmente, ocultando su decepción. “No te preocupes por eso”. ¿Había vivido realmente alguna vez en un lugar donde daba por sentado su derecho a ducharse a diario?

“No somos ricos, como Sara”, explicó Beth. “Los estudiantes aquí provienen de la clase media en rápida desaparición. La enfermería es uno de los pocos trabajos que todavía están disponibles para las mujeres, y las chicas que acepto esperan trabajar en lugar de casarse. A menudo sus padres no los apoyan o les envidian cada centavo. Por eso intentamos mantener los costos bajos. Eso significa que somos muy ahorradores con el agua”.

“Está realmente bien”, dijo Madrone de nuevo, arrepentida ahora de haber preguntado. “No tienes que disculparte”.

“Es sólo que mantenemos un estricto registro de agua, y si te preparara un baño tendría que explicárselo. Los baños son para ocasiones especiales, como cumpleaños o

graduaciones. Una ducha, ahora... podrías darte una ducha rápida.

“Amaría eso”.

Beth miró inquisitivamente a Hijohn, quien negó con la cabeza.

“Me lavé en el lavabo. Eso ya es bastante húmedo para mí”.

“Te pondré el medidor y te traeré una toalla”, le dijo Beth a Madrone. “Es tarde, así que las mujeres deberían estar en sus camas, pero déjame explorar el pasillo por si alguien regresa de un turno nocturno”.

“¿El ruido de la ducha no los despierta?”

“Están acostumbrados. Todos trabajan en horario nocturno de vez en cuando”.

El baño era blanco y limpio, con accesorios anticuados, incluido un inodoro que funcionaba con agua. Sin embargo, parecía descargar lo menos posible. Beth cerró la tapa y le mostró a Madrone cómo hacer funcionar la ducha.

“Presionas este botón aquí y retiene el agua. Así que puedes mojar te y luego detener el agua mientras te enjabonas, y luego deberías tener tiempo suficiente para enjuagarte. El agua se corta después de cinco minutos”.

“Soy una experta en duchas cortas”, le aseguró Madrone. “Mi abuela consideraba que una ducha prolongada era un pecado parecido a dejar comida en el plato”.

“Deja el tapón puesto, si no te importa”, dijo Beth. “Recogemos las aguas residuales y las utilizamos para fregar los suelos. Pero ten cuidado, el suelo resulta resbaladizo”.

“Estaré bien”.

El agua estaba caliente y Madrone dejó que su fatiga se desvaneciera con el rocío que jugaba sobre su cuerpo mientras contaba sesenta segundos. Luego cerró el agua, se enjabonó, se frotó la suciedad arraigada en los codos y las rodillas y se enjuagó. En casa se duchaban con cuidado y conservaban el agua voluntariamente porque era sagrada. Aquí hacían lo mismo, porque era cara, y el regulador te cortaba si transgredías. Quizás fuera mejor. Si hubiera tenido acceso ilimitado al agua, podría quedarse en la ducha toda la noche, arruinando su oportunidad de escapar antes del amanecer.

Se secó y se vistió, deseando poder lavar su camisa andrajosa y sus pantalones raídos. Tenían un desgarró en una rodilla. Tal vez Beth le prestaría hilo, una aguja y algo para ponerse mientras los remendaba.

Abrió un poco la puerta y revisó el pasillo. Todo claro. Rápidamente, corrió de regreso al sótano. Beth e Hijohn estaban inmersos en una conversación.

“Son los niños”, dijo Beth. “Muchos de ellos no están en las Listas y no pueden conseguir ni siquiera un analgésico si lo necesitan. Intento ayudar a todos los que puedo. Algunos de los estudiantes aquí trabajan conmigo. A veces pueden conseguir pastillas, recetas que sobran cuando alguien muere, suministros que un empleado se descuida. Pero el peligro para ellos es grande. Si los atraparan, irían a los corrales”.

“Podemos conseguirle refuerzos, antiinfecciosos, cualquier cosa que desee si sabemos reconocerlo”, dijo Hijohn. “Ningún problema. Realizamos redadas todo el tiempo”.

“¿Qué querríais a cambio?” –preguntó Beth.

“Un poco de tratamiento médico, de vez en cuando. Un lugar para esconderse de vez en cuando. Y podrías informarle a la gente quién te está ayudando. Con cuidado. Queremos que agradezcan a la Red por la vida de sus hijos y nos apoyen”.

“Creo que tenemos un trato”, dijo Beth. Se volvió hacia Madrone y sonrió. “Tenías razón al querer que nos

conociéramos. Podemos *ayudarnos* unos a otros. ¿Te sientes renovada ahora?

“Mucho mejor. ¿Si pudiera tener algunas cosas de costura para remendar estos pantalones?

“Te las traeré”.

Subió las escaleras y regresó con aguja e hilo y una falda para que Madrone se la pusiera mientras Beth reparaba los desgarros. Madrone se reclinó y cerró los ojos. Pronto, pronto deberían irse; ella no debería quedarse dormida. Es mejor estar despierta, hablar, hacer preguntas.

“Beth, mientras todavía trabajabas, debiste haber usado los refuerzos. ¿Qué son? ¿Cómo trabajan?”

Beth suspiró. “Mi especialidad era la ginecología. Algunos de nuestros pacientes recibían refuerzos, pero hace veinte años, esa aún no era la norma. Incluso entonces, la Corporación se mostró muy cautelosa acerca de su composición química precisa. Oh, sabíamos que actuaban estimulando el sistema inmunológico, posiblemente estimulando las células T a reproducirse más rápidamente. Al fin y al cabo, eran un subproducto de la investigación sobre las enfermedades de inmunodeficiencia. Y muchos de nosotros sospechábamos que podrían tener efectos secundarios adversos o, al menos, producirían dependencia”.

“Lo hacen”, dijo Madrone.

“La Corporación se mostró extremadamente reticente a divulgar esa información, excepto a sus propios médicos. Aquellos de nosotros que trabajábamos de forma independiente quedamos excluidos”.

“¿Cómo fue para ti perder tu licencia?” –Preguntó Madrone.

“Como una pesadilla. Oh, mi pareja y yo vimos los informes de la ley en las pantallas, pero realmente no podíamos creer que pudieran expulsar a las mujeres de la medicina, que pudieran salirse con la suya. Tuve una pequeña discusión con Mary, quien también fue mi amante durante quince años. ¿Eso te sorprende?”

“¿Qué me sorprende?”

“Que tuviera una amante”.

“¿Eso debería sorprenderme? Es bastante normal en casa. Mi abuela tuvo una amante durante la mayor parte de su vida. Y yo también he tenido algunas”.

Beth lanzó una mirada a Hijohn, pero su rostro permaneció neutral. “La Red no tiene ninguna posición sobre la homosexualidad”, dijo.

“Entonces ya es hora de que tenga una”, dijo Beth. “No se puede derribar este sistema sin destruir todas las formas de represión. Pero te estaba hablando de mi licencia. Tuvimos una reunión de la Asociación de Mujeres de Ginecología y todas decidimos por unanimidad ignorar las nuevas leyes de Pureza Familiar y continuar trabajando. Pensamos que no podríamos procesarnos a todas. Estábamos equivocadas.

“Las cosas fueron bien durante aproximadamente un mes. Y entonces, un día, en medio de la clínica, alguien llamó con fuerza a la puerta. Estaba examinando a una joven y le dije que se vistiera rápido. Cuando salimos a la sala de espera, estaba llena con una docena de policías y un número igual de mujeres que lloraban. Mary y yo no nos resistimos al arresto. Dejamos que nos esposaran y nos llevaran a su coche y nos llevaran a la comisaría, donde esperábamos que nos arrestaran y nos liberaran. Verá, todavía pensábamos como médicos, miembros de una clase poderosa, acostumbrados a ser tratados con respeto”.

Los ojos de Beth estaban centrados en su reparación y sus palabras siguieron los tirones de la aguja mientras la empujaba bruscamente a través de la tela.

“En lugar de eso, nos desnudaron y nos hicieron agacharnos para poder mirar dentro de las grietas de nuestros traseros. Nos vistieron con ropa de prisión y nos encerraron en celdas separadas, donde permanecemos durante una semana. Cuando nuestro abogado finalmente

se comunicó con nosotras, nos aconsejó que firmáramos una confesión, hiciéramos el juramento de repudio y nos retractáramos. Seguí su consejo. Hasta el día de hoy no puedo decir si lo siento o me alegro. Organizaron una gran ceremonia pública, mil mujeres profesionales desfilaron ante las cámaras para repetir como loros su juramento y mostrar su humillación. Encendieron una gran hoguera, estaba en el centro, justo afuera de la entrada del Centro Comercial, y cada una de nosotras caminamos y colocamos nuestras licencias y diplomas en el fuego. Luego sobrevivimos. Mary se marchó y nunca más la vi. Intento no especular sobre ello”.

No quiero oír más historias, pensó Madrone. No quiero cargar con el peso del fantasma de María, como el fantasma de mi madre, como los espíritus de cuantas mujeres curanderas, Brujas quemadas, sacerdotisas profanadas. De repente, Madrone quiso desesperadamente salir de la casa de Beth, fuera de la oscura habitación del sótano que en su mente apestaba a sangre de mujer y el leve y dulce olor de las flores tropicales.

Salieron dos horas antes del amanecer. La mujer que Madrone había curado, cuyo nombre nunca supo, descansaba tranquilamente, con la fiebre baja y el pulso más fuerte.

“Sigue dándole esa miel hasta que se acabe por completo. Y después, solo miel de ajo normal. Ella lo logrará. Volveré si puedo, pero eso es un gran si”.

“Vuelve cuando puedas”, dijo Beth. “Si alguna vez puedo brindarte ayuda, lo haré”.

Ya en mayo, la noche era el único momento sensato para viajar por las colinas abrasadas por el sol. Su ruta transcurría a través de la autopista, e Hijohn los apuraba, aprovechando al máximo cada minuto oscuro hasta que Madrone quiso gritar de cansancio. No mostró ninguna simpatía por ella.

“Has cruzado ese puente. ¿Quieres intentarlo a plena luz del día y que te disparen?”

No podía discutir su lógica, aunque se preguntaba si caerse del puente por fatiga sería mucho mejor. Pero lo lograron. El estrecho andamio se le había vuelto tan familiar que ya no la asustaba.

Hijohn la condujo por un cañón lateral y volvió a subir por el camino cortafuegos hasta la cima de las colinas, corriendo contra el amanecer. Justo cuando los primeros rayos del sol alcanzaron el borde de la colina, se deslizaron por un sendero sinuoso y oculto que serpenteaba como un túnel bajo grandes extensiones de maleza seca. Madrone se resbaló en el polvo y se raspó el trasero, pero Hijohn se

movía con seguridad, como si cada pie tuviera un contrato separado con la tierra para soportar su peso en movimiento. La plena luz los encontró en el fondo de un cañón, ocultos por los árboles de las casas que se alzaban encima. El aire olía a salvia y el lecho casi seco del arroyo se encharcaba ocasionalmente de barro. Doblaron una curva donde un grupo de plátanos pálidos y moteados arrojaban pesadas ramas en un abrazo al cielo con los brazos abiertos.

Madrone se agachó para hundir las manos en el barro frío. Donde el agua se acumulaba, a sólo una pulgada de profundidad, un grupo de espadañas gigantes elevaban sus orgullosos tallos a dos metros y medio de altura. Su presencia la sorprendió. ¿Qué estaban haciendo aquí estas plantas gigantes de los humedales, arreglándoselas con tan poco, sólo con recuerdos y promesas de agua?

“Aquí”, dijo Hijohn, señalando con un movimiento de cabeza la densa sombra bajo un arqueado roble, cuyas coriáceas hojas azul verdosas ocultaban los verdes brotes de las bellotas que estaban por venir. Ella lo siguió hasta acurrucarse en un claro parche que él hizo entre las hojas.

“¿Hambrienta?” preguntó.

“Siempre”, respondió Madrone.

Hijohn sonrió. “Prueba esto”. Señaló una hierba silvestre y pasó sus frondas plumosas entre el dedo índice y la uña del

pulgar para producir una ligera pizca de diminutas semillas. Madrone lo imitó y descubrió que crujían bajo sus dientes de una manera tentadora.

“¿Bien?” preguntó.

“Es como comer”, admitió Madrone. “Unas pocas horas de esto y tal vez será un bocado”.

“De esta manera se pueden obtener muchas proteínas buenas”, dijo Hijohn. “Y tenemos todo el día”.

“Que nunca tengas hambre”.

“¿Qué significa eso?”

“‘Que nunca tengas hambre’. Es lo que decimos en casa”.

“Bien”, dijo Hijohn. “Es un sentimiento agradable. Ojalá algún día se haga realidad”.

“Ese también es un sentimiento agradable”.

Madrone se tumbó en el suelo. Se sentía casi suave debajo de ella, abrazando, dando la bienvenida. Ahora podría dormir, descansar y luego, cuando volviera a despertar, pensar en lo que había hecho y lo que podría significar.

“¿Madrone?”

“¿Sí?”

“Tengo que decirte algo”.

“¿Qué? ¿Qué es?”

“Noticias. Beth me lo dijo; ella dijo que apareció en los vidnets mientras te curabas”.

“Dime, Hijohn”.

“El ejército en el Norte... dicen que han entrado en tu ciudad y han tomado el control. Están declarando una gran victoria”.

No, pensó Madrone. No es verdad. No puede ser verdad. Habían sabido desde el principio que la invasión debía llegar y, sin embargo, ella todavía no podía creerlo del todo. La Ciudad debe seguir siendo, verde y regada, su refugio, su hogar seguro.

“¿Confías en los informes de vidnet? ¿Crees que es verdad?”

Hijohn se encogió de hombros. “Podría ser. Podría ser verdad, podrían ser mentiras. Pero es probable que sea cierto. Lo lamento”.

Enterró la cara entre sus brazos por un momento. Su incredulidad se disipó, dejándola repentinamente enferma de preocupación. Maya, Lily, Bird... ¿dónde estáis? ¿Por qué no puedo comunicarme con vosotros? ¿Cómo sigo, débil de

miedo por ti? ¿Y por mí? Pero el mundo de los espíritus estaba en silencio.

“Tengo miedo”, dijo Madrone en voz baja, levantando la cabeza. “Tengo mucho miedo por todos ellos. Quiero ir a casa”.

Él se acercó y puso su mano sobre la de ella. Hacía calor y despertaba hambres olvidadas. Era consciente de su cuerpo maltratado y testarudo, respirando y sudando tan cerca del suyo, prueba ambulante de la tenacidad implacable de la vida.

“Aquí estás luchando por ellos”, dijo Hijohn. “Ayudarnos, trabajar con nosotros es lo mejor que puedes hacer por ellos”.

“Pero no puedo verlos, tocarlos, ni saber qué les está pasando. Oh, Diosa, ¿qué voy a hacer?”

“No hay mucho que puedas hacer, excepto lo que ya estás haciendo. Así que seguiremos adelante”.

“¿Nunca has tenido miedo?” –preguntó ella.

“Por supuesto. A menudo. Es normal tener miedo. Nadie quiere morir. Ni siquiera quiero que me den una paliza más, si tengo la opción de hacerlo”.

“Pero nunca actúas con miedo. Nunca lo demuestras”.

“¿De qué serviría actuar con miedo?” preguntó. “No cambiaría nada”.

“Me sentiría como si tuviera compañía. Tengo miedo todo el tiempo”.

“Eso es porque eres inteligente. Nadie en su sano juicio es valiente”.

“Tú lo eres”.

“No, no lo soy. Sólo hago cosas. Tener miedo o no tener miedo, no es importante. Simplemente haces cosas”.

Lo que ella quería hacer, de repente, era dejar que los dedos de su sanador trazaran sus cicatrices. *Diosa*, pensó, necesito consuelo. Ha pasado demasiado tiempo desde que me tocaron, abrazaron y amaron. Necesito que alguien más me abrace para evitar que me imagine el rostro de Bird contorsionado por el dolor, el cuerpo de Maya tirado roto en el pavimento. ¡Oh, para, para! Mejor pensar en Hijohn, vivo a su lado. ¿Estaba su mano sobre la de ella sólo para consolarla, o estaba preguntando, prometiendo más?

“¿Cómo haces las cosas?” –preguntó ella. “¿Cómo sobrevives a lo que te hacen? ¿Y luego sigues viviendo en este mundo?”

Él se giró y la miró. Sus ojos eran de color marrón oscuro y, cuando se encontraron con los de ella, sintió una oleada de

excitación por todo su cuerpo, resonando por todos sus lugares huecos como el sonido de campanas de bronce.

“Ha habido momentos en los que he querido morir”, admitió. “Del dolor, o la desesperanza, o el miedo. Miedo al dolor. Pero eso pasa. Al final el dolor no es importante. Vivir lo es”.

“¿Vivir en un mundo lleno de asesinos y torturadores?”

Hijohn se encogió de hombros. “No son tan diferentes a ti y a mí. Simplemente no tienen la misma visión a la que aferrarse. Sin visión, los seres humanos son criaturas desagradables”.

No era como Sandy o Bird o incluso Holybear, cuyas energías siempre chispeaban, volaban y jugaban con colores a su alrededor. Los suyos estaban contenidos, de un frío índigo helado como los grupos de tentadoras bayas no comestibles en la maleza. Ella no podía leerlo, no podía adivinar sus intenciones o deseos.

Él se inclinó y rozó sus labios con los suyos. “Por eso eres tan importante para nosotros”, murmuró. Había una sugerencia de calor en el milímetro de aire entre sus labios. ¿Qué pasa con Katy? Se preguntó Madrone, alejándose imperceptiblemente de Hijohn. Pero ¿cómo podría envidiarme este breve momento de consuelo? Luego los presionaron uno contra el otro, sus cuerpos se aferraron, se

amamantaron y bebieron el uno del otro mientras sus labios se fusionaban. Se separaron para quitarse la ropa. Madrone deslizó sus manos por su espalda, sobre sus nalgas, sobre los rastros de heridas curadas y las crestas endurecidas de viejas cicatrices, y luego hasta tocar su pequeña y orgullosa polla. Él gimió cuando sus dedos encontraron los labios de su vulva y luego, con un solo movimiento, se guió hacia ella. Estaba sorprendida, mojada pero aún no lista, todavía esperando más contacto, una ascensión más larga. Pero él estaba bombeando furiosamente y luego gimiendo, y en un momento todo terminó. Él gimió en voz alta y ella lo sintió brotar y encogerse.

Hijohn se apartó de ella y la miró ansiosamente a la cara.

“¿Estuvo bien para ti?” preguntó.

Ella yacía boca arriba, atónita y en silencio. ¿No lo sabía? ¿No podía sentir? ¿Era posible ser tan héroe y al mismo tiempo tan ignorante?

Evidentemente sí. Era de nuevo la brecha, el abismo que se abría continuamente ante sus pies cada vez que pensaba que se estaba acercando a alguien aquí abajo. Mundos diferentes, vidas diferentes.

¿Quién le habría enseñado cómo complacer a una mujer, respondido a sus preguntas, como Maya, Johanna y Rio habían respondido a las de ella? ¿Cuándo habría tenido el

lujo del año forestal que ella había compartido con Bird y los demás, el tiempo para experimentar, saborear y jugar? Y aunque ellos habían aprendido desde pequeños a abrirse, él había sobrevivido cerrándose.

“No fue demasiado bueno para ti, ¿verdad?” preguntó.

Ella suspiró. “Hijohn, hay algunas cosas que necesito enseñarte”.

“¿Te gusta más con las mujeres, tal vez?”

“No necesariamente. Lo que me importa es la persona, no la forma de sus genitales. Pero ayuda tener un poco de... bueno, técnica”.

“Muéstrame”.

Ella le dio instrucciones lenta y gentilmente. Tuvieron todo el día y un poco de agua, y la lección le impidió imaginar horrores que no podía evitar, heridas que estaba demasiado lejos para curar. Ella le mostró los puntos secretos de placer de su cuerpo y cómo aumentar la intensidad desde un toque ligero y delicado hasta la liberación de un animal salvaje. Aprendió con entusiasmo, aunque un poco torpemente. Los dedos de Bird alguna vez tuvieron el toque seguro de un músico, las manos de Sandy contenían el calor de un sanador, las de Nita se movían con la delicada gracia de un científico. Hijohn fue simplemente directo pero dispuesto. Aun así, el día pasó rápidamente.

“¿A Katy le gustaría esto?” –preguntó cuando yacieron, finalmente saciados, hirviendo en una mezcla de sudor.

“Pruébalo con ella y verás”.

“No sé. Seguramente se preguntará por qué de repente cambié mi estilo”.

“Dile que es mi regalo para ella”.

Él se apartó de repente y la miró alarmado. “No creerás que tengo intención de contarle sobre esto, ¿verdad?”

La brecha estaba allí de nuevo. De repente estaba a kilómetros de distancia, en algún otro mundo.

“¿Quieres decir que no se lo dirías?” –Preguntó Madrone.
“¿Lo mantendrías en secreto?”

“¿Por qué le diría? Sólo le haría daño”.

“¿De verdad?”

“Claro que sí”.

“¿Pero por qué?”

“¿A qué te refieres con por qué?”

“¿Por qué debería dolerle que disfrutáramos juntos, aquí donde hay tantas dificultades y tan poco consuelo que recibir?”

“Lo sería, créeme”.

“Entonces, ¿por qué lo hiciste si sabías que le haría daño?”

“No le hará daño si no lo sabe”.

“¿Pero cómo puedes ocultárselo? ¿No sabrá cuando te mire a ti o a mí, o cuando vea cómo ha cambiado la energía entre nosotros? ¿No lo sentirá ella?”

“No todos somos brujas como tú, cariño. Ella no lo sabrá a menos que tú se lo digas”.

“¿Pero cómo puedo mentirle y ser su amiga? Hablamos de ti... las mujeres sí hablan de estas cosas, ¿sabes? ¿Cómo puedes mentirle y ser su amante?”

“¿Quieres decir que nunca les mientes a tus amantes?”

“¿Cuál sería el punto? Sabrían que estoy mintiendo”.

“¿Irías a casa desde aquí y dirías: 'Oye, Charlie, estoy solo por ti, pero me follé a Hijohn, y aquí tienes algunos trucos que me enseñó'?”

“Sí”.

“¿Y él dirá: 'La próxima vez que lo veas, dale las gracias'?”

“Si, más o menos”.

“Ahora sé que estás mintiendo. Deberá ponerse celoso”.

“Por supuesto, lo hacemos. Yo también he estado celosa, como una vez cuando Bird estaba enamorado de otra mujer y dejó de prestarme atención. Pero no me hace daño pensar que él disfruta con otras personas ahora, cuando yo ni siquiera estoy allí. Supongo que es así. A menos que esté mortalmente enfermo, encerrado o gravemente herido, sé que es así”.

“Bueno, eso es lo que yo creo. Pero Katy lo ve de otra manera. Así que no se lo dirás, ¿verdad? ¿Promesa?”

“Hijohn, no puedo prometer eso. No sé qué haré”.

“Tienes que prometer”.

“Tengo que hacer lo que me parezca correcto en ese momento”.

“Mierda”.

Él se alejó de ella y miró hacia el cielo detrás de las hojas ahuecadas y espinosas.

“Entonces tendré que decírselo”, dijo. La energía entre ellos se había ido. Estaban uno al lado del otro, pero

separados por un vacío tan sombrío como el tono azul del roble.

“Eso podría ser una buena idea”.

“Oh, mierda”.

“¿Estás loco?”

“Nunca me enojo. Es un desperdicio de comida”.

“Lo siento si esto causa problemas entre Katy y tú. No me gustaría hacer eso”.

Él le dio unas palmaditas en la mano distraídamente, con el rostro cerrado y su tacto pesado como arcilla húmeda.

“Vamos a dormir un poco ahora, ¿de acuerdo?” –dijo él.
“Tenemos mucho terreno que cubrir esta noche”.

Se dio la vuelta, dándole la espalda, y se quedó dormido, pero Madrone permaneció despierta mucho tiempo, contemplando el sol abrasador moverse a través de un cielo blanco y vacío.

Capítulo XXIV

Un silencio desacostumbrado despertó a Maya en mitad de la noche. Al principio no pudo identificar qué estaba mal, sólo que, cuando salió de un sueño perturbado, se sintió desorientada, sin estar segura de dónde estaba.

“Sam”, dijo, empujándolo suavemente. “Despierta, Sam. Algo esta mal”.

Se despertó instantáneamente, un legado de sus años de entrenamiento en salas de emergencia. “¿Estás bien? ¿Dónde te duele?”

“No duele nada. Pero algo anda mal, algo no se siente bien. Escucha”.

El escuchó. “No escucho nada”.

“Así es. El arroyo... está en silencio”. Durante veinte años había dormido arrullada por esa música, desde que bloquearon la calle y liberaron el agua de sus tuberías subterráneas hasta su cauce restaurado. El sonido del agua era su seguridad, su curación. En la ciudad, decían, nadie podía estar completamente enfermo o triste cerca del sonido del agua corriendo, por lo que habían creado redes de arroyos, estanques y pequeñas cascadas que cantaban casi tan dulcemente como la lluvia que cae. Y ahora la canción había desaparecido.

“Sam, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está el arroyo?”

“Los soldados deben haberlo represado”, dijo Sam.

Maya se quitó las mantas. “Vamos a ver”.

Los pasillos que discurrían frente a la casa brillaban bajo la luz de la luna. La luna estaba menguando, la luna de Crone¹³, el tiempo de terminar y disolverse, pensó Maya. Los soldados habían impuesto el toque de queda después del anochecer. Durante una semana, la gente había obedecido. Pero esta noche Maya y Sam no fueron los únicos que salieron: otros aparentemente habían sido despertados por el silencio del sonido habitual o por las redes que hicieron sonar la alarma. Se abrieron puerta tras puerta y la gente se

¹³ La vieja bruja. [N. d. t.]

agolpó en los pasillos, dirigiéndose silenciosa y sombríamente hacia las laderas de la colina donde se encontraba el embalse.

Maya caminaba lentamente, apoyándose en el brazo de Sam. Estaba asustada. Esta era la confrontación; esto por fin era la guerra. Bird, pensó, ¿sobrevivirá a esto? No había estado durmiendo en su habitación. A menudo se quedaba toda la noche después de una reunión con el Consejo para evitar el riesgo de sufrir el toque de queda. Pero él vendría para esta batalla, estaba segura de ello.

La multitud que subía la colina creció, una marea oscura se elevó hasta la plataforma plana de tierra donde un estanque profundo contenía el agua de manantial que alimentaba los arroyos. Un grupo de soldados cerraba las compuertas con sacos de arena y cemento. Un pelotón mucho más numeroso montaba guardia, con rifles láser apuntando a la multitud. La vieja Salvia Westin, del Consejo del Agua, se dirigía a los guardias; su cabello plateado brillaba bajo la luna mientras sacudía la cabeza.

“No lo entiendes”, dijo. “He trabajado quince años perfeccionando esa corriente. No es sólo agua, es una comunidad viva de increíble complejidad y belleza. Los peces, los insectos, las plantas y los pájaros dependen de ello. ¡Contenerla es destruirla, quitarle la vida! Sois unos asesinos. ¡Asesinos! Su voz iba subiendo de tono y un joven dio un paso adelante, le puso una mano en el brazo y le

susurró algo al oído. Ella se liberó de su brazo, pero él volvió a hablarle y ella se alejó de mala gana. Los soldados permanecieron inexpresivos.

“Todavía hay un lugar para ti en nuestra mesa, si decides unirte a nosotros”, dijo el joven.

“Sí”, coreaba la gente, “incluso ahora hay un lugar para ti”.

Pero Maya pudo oír otros murmullos, e incluso algunos gritos y amenazas. La tensión recorrió la línea de soldados.

“¡Nunca les dejaremos tomar nuestra agua!” –gritó alguien, demasiado atrás para que Maya pudiera verlo.

“Intenta detenernos”, se burló uno de los soldados, y hubo una oleada en la multitud que podría haberlos empujado a todos hacia los rifles de los soldados cuando de repente Maya escuchó el sonido de un tambor. El sonido era suave, apenas audible para los oídos, más bien un pulso en el cuerpo, un latido del corazón, al mismo tiempo insistente y absolutamente tranquilo. Dos mujeres y un hombre caminaron hasta el borde de las compuertas y se sentaron, sus cuerpos justo en el lugar donde debía arrojarse la siguiente carga de cemento.

El comandante de la guardia se acercó a ellos. Era un joven que se pavoneaba con los hombros echados hacia atrás y el pecho hinchado.

“Muévete”, dijo. “O te haremos mover”.

Se quedaron sentados, impasibles, en silencio.

“Hemos sido suaves con ustedes hasta ahora, pero ahora estamos tomando medidas enérgicas. Se acabó el tiempo de juego”.

“Tendrán que quitarnos la vida para quitarnos el agua”, dijo una de las mujeres. El silencio entre la multitud era absoluto.

“Hay un lugar reservado para usted en nuestra mesa, si decide unirse a nosotros”, dijo el hombre.

El oficial hizo un gesto a sus hombres. “Seguir construyendo. Si no se quitan del camino, ciméntenlos”.

Los hombres avanzaron vacilantes con una manguera conectada a una máquina mezcladora. La máquina empezó a rugir. La multitud avanzó y, de repente, veinte o treinta personas se apiñaron alrededor de las compuertas, entre los soldados y su objetivo. En lugar de sentarse como los tres primeros, siguieron moviéndose como una masa retorciéndose. El plastocemento salió disparado de la manguera y la atravesaron para evitar que se endureciera.

“Te doy diez segundos y luego disparamos”, gritó el oficial. “¡Esto no es un juego! Diez. Nueve. Ocho....”

Hubo un repentino destello de luces y el chirrido de una falange de motocicletas que se detenían detrás de él.

“¡Atención!” –tronó una voz.

Un hombre corpulento desmontó del sidecar de la primera bicicleta. Al instante los soldados formaron una guardia de honor a cada lado de él. Llevaba un elaborado uniforme decorado con rayas y galones dorados y medallas colgadas de cintas de colores. El gris de su ropa le quitaba color a su piel pálida como los huesos, pero venas moteadas de rojo y azul teñían sus mejillas, nariz y frente. Su cuerpo era sólido, robusto, aunque llevaba una barriga que sobresalía del cinto y sus ojos grises brillaban como balas.

“¿Qué pasa aquí, Jones?” preguntó.

“General Alexander, señor, esta gente está obstruyendo el trabajo. Solicito permiso para ejecutar, señor”.

“¿Pedir permiso? ¿Para qué diablos crees que te entregamos rifles? ¿Es así como llevas a cabo tu mando?”

“¿Señor?”

Detrás de Maya la multitud se agitó y se separó. Por la abertura entraron Bird, Lan y Roberto, liderados por Marie. Bird parecía sombrío y remoto. Sus ojos no se volvieron para saludar a Maya.

“General”, dijo Marie, con su voz musical afinada, “como representantes electos de esta ciudad, estamos aquí para presentar una protesta formal”.

“¡Aloja tu trasero!” Vino una voz desde el fondo de la multitud. Alguien lo hizo callar y el redoble de tambores se intensificó.

“En esta ciudad el agua corre gratis”, prosiguió Marie, “y pertenece a todos. De hecho, el agua es una de las Cuatro Cosas Sagradas que nadie puede poseer ni profanar. Nadie en esta ciudad pasa sed. Nadie pide agua ni ha tenido que robarla jamás”. Maya se dio cuenta de que estaba hablando no al general sino a las filas de soldados ordinarios detrás de él. “Estamos comprometidos a velar por que esto no cambie. Debido a que preservamos nuestras aguas, hay suficiente para todos, incluso para usted. Viviendo a nuestra manera, ninguno de ustedes necesitará volver a tener sed. Hay un lugar reservado para ti en nuestra mesa, si decides unirte a nosotros”.

Bird estaba detrás de Marie para respaldarla. Habían acordado que ella hablaría primero. Todo parecía grabado en vidrio, translúcido, ya descolorido. Esto es exactamente como uno de los juegos de rol que organizamos en el entrenamiento, pensó. Tal vez cuando termine nos sentemos todos y procesemos juntos y le preguntemos al General cómo se siente. Casi quiso reír, pero se mordió los

labios. En algún lugar detrás de él se oía el tamborileo, y el sonido le tranquilizó.

El general Alexander los miró a los cuatro. Parecía inseguro de a cuál de ellos debía dirigirse. Marie era blanca, pero mujer; Roberto era el varón mayor y más grande, pero de color marrón. En el tiempo que pasó su dilema, más personas se unieron a las que se agolpaban junto a las compuertas.

Finalmente agarró a Roberto y lo miró a los ojos.

“Entiende esto”, dijo. “Toda el agua es de la Corporación por orden ejecutiva. El agua es un recurso natural escaso y precioso, que se hace aún más escaso por el despilfarro de los codiciosos y los ignorantes. Por ello, los mayordomos han asumido el control de todos los recursos hídricos, para su mejor conservación y distribución. Ahora, u ordenas a tus seguidores que dejen de obstruir nuestro trabajo legal aquí o, te lo advierto, habrá derramamiento de sangre. Y tú serás responsable”.

El rostro de Roberto estaba tranquilo y sereno. Miró al general a los ojos y dijo suavemente: “No lo entiendes. No podemos ordenar a nadie que haga nada. Somos los oídos y la voz del pueblo; expresamos su voluntad. No podemos ordenarles que hagan lo nuestro, incluso si quisiéramos cooperar con ustedes. Pero nosotros los de esta ciudad nunca cooperaremos en el robo de nuestras propias aguas.

El agua es sagrada, una de las cosas por las que arriesgaremos la vida. Y todavía hay un lugar reservado para ti en nuestra mesa, si decides unirte a nosotros”.

El general sacó su pistola y le disparó a Roberto en la sien.

Roberto no emitió ningún sonido. Sus ojos se abrieron de par en par; luego, mientras caía, la sangre brotó de sus fosas nasales, una mancha oscura en la noche oscura. La multitud se quedó sin aliento.

El general Alexander se volvió hacia Lan.

“¿Me entiendes ahora cuando digo que aquí no estamos jugando? No les estoy pidiendo cooperación, les digo que no tienen otra opción. Si quiere morir por su derecho a desperdiciar el agua, podemos brindarle la oportunidad. Ahora, muchacho, ¿qué dices?

Ahora llega, pensó Bird, y por extraño que parezca ya no tenía miedo. No le quedaba nada más que hacer, excepto quedarse allí y, cuando llegara su turno, decir una frase. Fácil, y entonces todo terminaría rápidamente. Sin largas esperas, sin agonía. Moriría allí afuera, a la luz de la luna, en esta perfecta claridad que se apoderaba de él. De repente le pareció que podía ver todos los rostros de la multitud, brillando plateados bajo la luna, podía sentir los verdes jardines aún vivos debajo de ellos y escuchar el canto del viento en las hilanderas de arriba y el tamborileo como el

corazón fantasma de la ciudad. Morir en este momento no sería tan malo. Maya estaba cerca; deseaba poder mirarla a los ojos y sonreír, pero no era tan valiente.

“Hay un lugar reservado para ti en nuestra mesa, si decides unirte a nosotros”, dijo Lan, y murió.

Ahora me toca a mí, pensó Bird, mientras el general se volvía hacia él. Apenas era consciente de lo que el hombre decía, mientras pensaba, uno por uno, en las personas que amaba. *Adiós*, Madrone. Ojalá pudiera haberte visto una vez más. *Adiós*, Maya. Lamento no poder darte un beso de despedida. *Adiós*, Sage y Manzanita y tú también, Holybear.

El general estaba esperando. Bird abrió la boca para hablar.

De repente hubo un revuelo entre la multitud. Una bandada de niños, liderados por Rosa, esquivó la masa de gente atónita. Antes de que alguien pudiera moverse, rodearon a Bird, Marie y los dos cuerpos en el suelo. Los oficiales retrocedieron sorprendidos, mientras Bird estaba atrincherado por un círculo de niños de cinco en fondo.

“Hay un lugar para usted en nuestra mesa”, le dijo Rosa al general, con su sonrisa más brillante y atractiva, “si decide unirse a nosotros”. Favoreció a toda la línea de hombres con una sonrisa amplia y amistosa. Algunos de ellos sudaban visiblemente.

Bird se sintió mareado ante el repentino ataque de terror. ¡Malditos niños! Maldita sea su emulación y su adoración a los héroes y esos estúpidos entrenamientos que les hicieron pensar que estaban preparados para esto. Si algo le pasara a Rosa...

El general pareció divertido.

“Está bien, Jones, se trata de tu velocidad. Veamos cómo manejas esto”.

Jones dio un paso adelante. “Ustedes, niños, salgan de aquí”, dijo. “No quiero lastimar a ningún niño, pero lo haré si es necesario”.

Permanecieron en silencio y sonriendo. ¿Cómo podrían sonreír? Se preguntó Bird. No podría, incluso si eso les hubiera salvado la vida.

“Estoy contando hasta tres. Uno dos ...”

Un niño que Bird no conocía se acercó a Rosa.

“Tres”.

Nadie se movió. Jones miró a los niños, luego a sus hombres y nuevamente a los niños.

“Te lo advertí. No quiero hacer esto, pero lo haré si no te mueves. Ahora te doy una oportunidad más. Uno, dos... tres”.

“Hay un lugar reservado para ti en nuestra mesa, si decides unirte a nosotros”, dijo el niño.

El soldado sacó lentamente su arma y apuntó a Rosa.

“Mover”.

La fila de niños se mantuvo firme.

Dio un paso adelante, le puso la punta de la pistola debajo de la barbilla y volvió a decir: “Mover”.

Bird sintió frío. Pudo ver los músculos tensos en el brazo del hombre, vio su ojo entrecerrado y su dedo comenzando a apretar. Si pudiera agarrar el arma, pensó, pero si hago un movimiento hacia él, ella estará muerta.

Luego se escuchó un fuerte ruido y el oficial se desplomó, con un agujero oscuro y sangrante en la nuca. En algún momento, un soldado arrojó su arma y comenzó a correr salvajemente alejándose del espacio abierto alrededor del embalse. Otros corrieron tras él, mientras la multitud se interponía entre el hombre que huía y sus perseguidores. La gente corría y gritaba, pero la multitud que rodeaba a Bird estaba demasiado apiñada para moverse. Su cuerpo quería correr pero su mente decía: No, espera. Para eso se había

ofrecido como voluntario. Luego se oyeron disparos contra la multitud y más gritos, y mientras la gente se dispersaba, un soldado clavó un arma en la espalda de Bird, lo agarró del brazo y se lo inmovilizó detrás de él.

“¡Tengo a la pequeña perra!” –gritó alguien detrás de él. Bird giró la cabeza para vislumbrar a Rosa, que luchaba, siendo registrada y esposada bruscamente. Luego le esposaron las manos y se lo llevaron a él y a la hermana Marie.

“¿Qué pasó?” Maya empujó a Sam. “¿Pájaro? ¿Está bien Bird? Había oído los disparos, pero la multitud que la rodeaba le bloqueaba la vista.

“Creo que tenemos un desertor”, dijo Sam. “Uno de los soldados le disparó al tipo que apuntaba con el arma a Rosa”.

La multitud volvió a moverse. Una fila de soldados pasó. Maya vislumbró a Bird entre ellos y a Marie, caminando. Rosa, pataleando y gritando, era llevada por dos hombres grandes.

“Vete a casa”, le dijo Sam a Maya, apretando su mano con fuerza. “No podemos hacer nada por ellos en este momento. Voy a quedarme y atender a los heridos”.

El cuerpo de Maya la llevó a casa, mientras su mente recorría la ciudad como un perro, tratando de seguir a Bird. Pero ya no estaba. No muerto, pensó, pero en ningún lugar donde pudiera alcanzarlo. Fue la voz de Rio lo que finalmente escuchó en su oído.

“Déjalo”, dijo. “No puedes ayudarlo a superar esto. Su terrible experiencia será mucho peor si te siente presente”.

“¿Puedes ayudarlo?”

“Tal vez. Estaré allí, en cualquier caso, para cualquier bien que un fantasma pueda hacer. Pero déjalo en paz. Déjale su dignidad”.

Sam se llevó al desertor a casa. El mayor de los Cooper lo encontró agachado detrás de su contenedor de abono, temblando de miedo y conmoción. Los Cooper le cambiaron el uniforme por una camisa y unos vaqueros y se lo llevaron a Sam, quien había instalado una sala de emergencias improvisada en una casa cercana. Varias personas resultaron heridas por las balas y un hombre recibió un disparo en el hombro, pero Lan y Roberto fueron los únicos muertos. Justo antes del amanecer, Sam llevó al desertor de vuelta por las calles vacías hasta la Casa del Dragón Negro.

Maya no había dormido. Había preparado los granos tostados que, según Sam, parecían café, y sirvió a los dos

hombres, moviéndose automáticamente, tratando de no pensar en Bird, tratando de no pensar en los cuerpos que caían y esperando que uno de ellos fuera el suyo. Las manos del joven temblaban, sus ojos oscuros recorrían nerviosamente la cocina y su piel morena tenía un matiz gris.

Maya se liberó de sus propias preocupaciones y le sonrió tranquilizadamente. “Todo estará bien”, dijo. “Hiciste algo bueno. ¿Cómo te llamas?”

“Larry, señora”.

“No tiene que ser señora. Sólo llámame Maya. ¿Qué te puedo preparar de comer? No tenemos la mayor variedad, pero podría freír unas patatas y creo que puedo ofrecerte un huevo”.

“Cualquier cosa, cualquier cosa estaría bien, señora”.

“Apreciamos lo que hiciste”.

“Tuve que hacerlo. No podía quedarme quieto y verlo matar a ningún niño. No soy de los corrales como algunos de ellos. Vengo de una familia. Tenía una madre, hermanas”.

“¿Qué son los corrales?” Preguntó Maya mientras calentaba aceite en una sartén. Ella atendería a este joven, que había salvado la vida de Bird, por gratitud y como un pequeño trato con el destino. Seré buena con él, Diosa; Sé bueno con Bird.

“Donde crían soldados, señora”.

“¿Criarlos?”

“Así es como obtienen tantos. La mitad de estos muchachos salen de los corrales”.

“¿Quieres decir criarlos como... ganado?” Preguntó Sam, sentándose junto a Larry con una taza de cerveza.

“No tienen alma, como la gente normal, por lo que no es pecado criarlos”.

“Tal vez será mejor que te expliques un poco más”.

“Digamos que una mujer pierde su alma inmortal...”

“¿Cómo haría ella eso?” –Preguntó Sam.

“Podría ser cualquier cosa. Robar agua. Violar las Purezas”.

“Me temo que somos bastante ignorantes”, dijo Maya.
“Tendrás que explicarnos todo. ¿Qué son las Purezas?”

“Ya sabes, Pureza Moral, Pureza Racial, Pureza Familiar, Pureza Espiritual. Digamos que se acuesta con un chico que no está autorizado para ella. O alguien la escucha cuestionar la Encarnación. Si es joven y guapa, la envían a entretener a las tropas. Si es un poco mayor, va directamente a los corrales y la crían para soldado”.

“No puedo creer eso. ¿Cómo lo justifican?” dijo Maya.

“Es su elección, señora, preservar su alma inmortal o desecharla. A menos, por supuesto, que salgas de los corrales y no tengas una para empezar. Pero si destruyes tu alma inmortal con maldad, entonces todo lo que queda de valor en ti es tu cuerpo, y tu única redención es dejar que el Estado use tu cuerpo como mejor le parezca, para un bien mayor.

“¿Crees eso?” –Preguntó Sam.

Larry se encogió de hombros. “Tiré mi alma robando agua para mi familia. El alma puede ser inmortal, pero el cuerpo no lo es. Tiene que beber. Así fue como llegué al ejército. Te pillan en tiempos de paz, te meten en la cárcel o te meten en uno de los diques de trabajo. Si te atrapan en tiempos de guerra, te unes al ejército. No sé si tengo un alma inmortal o no; supongo que, si eres pobre, para empezar, tu alma es bastante débil”.

“Creo que tienes alma”, dijo Maya, revolviendo los huevos con una cuchara de madera y levantándolos del fuego mientras se enfriaban. “Lo has demostrado esta noche”.

“Tengo algo dentro de mí que no soportaría ver matar a un niño”, dijo Larry. “No sé si eso es un alma. No sé si hay una Pureza que habla de eso. A decir verdad, no me importa

mucho. Él mostró una sonrisa tímida. Luego su rostro se ensombreció.

“Dicen que no tienes los refuerzos, ¿verdad?”

“¿Refuerzos inmunológicos? Me temo que no”, dijo Sam. “No durante los últimos veinte años. ¿Los has estado tomando?”

“Todos lo hacemos. Están en nuestras raciones. Nos mantienen vivos, nos mantienen en su poder. Sí, tienen miedo de salir corriendo, acercarse a ustedes. Dicen que moriremos sin ellos. ¿Es eso cierto?”

“Espero que no”, dijo Sam. “Soy médico y ciertamente haré todo lo que esté en mi poder para que usted no muera. Pero no tenemos mucha experiencia con ellos aquí en esta ciudad. He leído toda la literatura que tenemos, pero tiene más de veinte años. La generación actual de medicamentos podría funcionar de manera muy diferente. Querré echarle un vistazo a tu química sanguínea y hacer algunas pruebas. Sospecho que estarás enfermo por un tiempo, tal vez gravemente. Pero tengo esperanzas de que puedas capear el período de transición y sobrevivir”.

“Registrarán vuestras casas”.

“Tenemos un lugar para esconderte”, dijo Maya. “Cuando remodelamos la casa, hace años, instalamos algunos

escondites debajo de los aleros. No es lujoso, pero sí adecuado. Cuando estés listo para dormir, te llevaré allí”.

Los huevos estaban listos y Maya puso la comida frente a los hombres. Larry comió con ganas y de prisa, como un perro cauteloso, mirándolos de vez en cuando como si temiera que de repente se volvieran contra él y le arrebataran la comida.

“Esto es realmente bueno”, dijo. “Muy bueno. Esta es comida de verdad, no la consigues a menudo en el ejército. Comemos el material en polvo”.

“Disfruta”, dijo Maya. “Y relájate. Tomate tu tiempo. Podrás tener más cuando hayas terminado”.

“¿Por qué ustedes, los blancos, se toman todas estas molestias conmigo?”

Maya y Sam intercambiaron miradas. Los dos somos blancos, pensó, y yo nunca pensé en eso, lo cual es realmente impactante. Durante todos esos años con Johanna, la raza no nos dividió exactamente, pero siempre estuvo presente, de alguna manera, una conciencia que nunca podríamos perder porque era necesaria para sobrevivir. Pero desde hace veinte años no lo es. Hasta que llegaron los Stewards.

“En esta ciudad”, dijo Maya, “no juzgamos a una persona por su raza o color o por quiénes fueron sus antepasados.

Eso no es importante para nosotros. Es interesante saber y aprender la historia de tus raíces, pero eso no determina lo que puedes ser ni qué tan bien te tratan. Además, salvaste la vida de algunas personas a las que queremos mucho. Arriesgaste tu vida por la de ellos. Eso te convierte en uno de nosotros”.

Larry la miró pensativamente. Podía ver que él estaba tratando de entender sus palabras, pero no estaba segura de si realmente tenían sentido para él.

“El día que entramos aquí, vimos que tenían todos los colores diferentes que hablaban por ustedes”, dijo finalmente. “Hablamos de ello en la base. De donde venimos, eso no se ve. Es una violación de las Purezas”.

“Aquí no tenemos purezas”, dijo Maya. “Sólo las Cuatro Cosas Sagradas, aire, fuego, agua y tierra. Y la quinta, el espíritu, que al menos a veces es humano y no se puede perder”.

Lo instalaron en el espacio bajo detrás de los gabinetes en la gran sala de arriba. Maya le dio mantas, agua de sus reservas en la cisterna y una jarra para orinar. Abajo, Sam limpió con cuidado todos los restos de comida, lavó los platos, los secó y los guardó.

“Está arropado”, dijo Maya. “Pon la tetera a hervir, ¿quieres? Necesito un poco de té”.

“Deberías intentar dormir un poco”.

“En un rato. ¿Hay algo más de lo que debemos deshacernos?”

“Creo que estamos bien. Que busquen si quieren”.

Maya se sentó en el sofá. “Creo que todavía estoy en shock. ¿Ganamos o perdimos? Roberto y Lan y Diosa sabe cuántos más están muertos...”

“Bird está vivo”.

“Tal vez eso sea peor para él. Estamos en guerra abierta ahora. Nuestras líneas se rompieron, huimos de sus armas...”

“Uno de ellos también se quebró, por lo que Rosa está viva y saben que no necesariamente pueden controlar a sus propios hombres”.

“Oh, Sam, me siento responsable de ese sueño mío. No puedo evitarlo. Si nos enfrentáramos a un ejército de Larrys, no tengo ninguna duda de que al final ganaríamos. ¿Pero tropas de asesinos natos? ¿Cómo vamos a llegar a ellos? Ojalá esa visión hubiera llegado a otra persona. Ojalá estuviera muerta en lugar de los demás”.

“Realmente no lo estás”. Sam se sentó a su lado, la rodeó con el brazo y la besó en la coronilla. “Esto es duro, Maya,

muy duro, pero al final de la vida nos queda algo de dulzura. No te desesperes. Si creemos en lo que decimos que hacemos, en la humanidad esencial de cada persona, entonces tenemos que creer que incluso los psicópatas cultivados y criados son de alguna manera accesibles”.

“No estoy desesperada, sólo estoy muy preocupada”.

Ella inclinó su rostro hacia el de él y él la besó. Se sentaron juntos, esperando en silencio a que llamaran a la puerta.

Cuando llegaron los soldados, buscaron por todas partes. Es una forma de violación, pensó Maya, viéndolos hurgar en el cajón de la ropa interior de Madrone. Una violación de las posesiones de uno. Dejaron papeles esparcidos por el suelo, comida derramada de frascos, libros caídos de los estantes, muebles volcados. Registraron los armarios que daban al escondite de Larry, sacaron cajas y las abrieron, arrancando puertas de sus bisagras. Maya contuvo la respiración, deseando que siguieran adelante, rezando para que no empujaran demasiado los paneles de atrás ni los deslizaran hacia adelante. No salió ningún sonido de detrás de la pared.

Los soldados finalmente se marcharon y ella suspiró aliviada. Estuvo bien. No habían encontrado a Larry. Si tan solo Bird estuviera en casa, a salvo, bajo el ala de su cuidado.

¿Cómo iba a dormir esa noche, la siguiente y la siguiente?
¿Qué le estaban haciendo?

“Eres una bruja”, murmuró Johanna en su oído. “No vuelvas a esa cultura judía, tratando de protegerte de lo peor torturándote con preocupaciones. Piensa como una bruja ahora. Rodéalo de protección, de tu amor”.

Maya lo intentó. Ella yacía en la cama, sin dormir, visualizando el rostro de Bird con la luz a su alrededor. Pero la luz vaciló y titiló. Su amor y protección ya no parecían muy poderosos.

El lecho seco del río se abría como una cicatriz amarilla en la cara verde de la ciudad. Las truchas plateadas jadearon, cayeron y murieron para ser recogidas por los niños. Algunas fueron rescatadas, arrojadas a profundos estanques que aún no se habían evaporado. Los cadáveres de las demás fueron distribuidos entre la gente, consumidos para la cena de esa noche. Maya y Sam alimentaron con truchas a su desertor. A medianoche los despertaron un fuerte estruendo y el estallido de una explosión. Poco después, el arroyo volvió a fluir.

“Esos exaltados del Consejo del Agua”, dijo Sam. “Apuesto a que han volado la presa. Sabía que estarían tramando algo”.

“¿Qué piensas tú que sucederá?” Susurró Maya, con la garganta seca de miedo por Bird.

A la mañana siguiente, los soldados dispararon contra cinco personas tomadas al azar de las calles de la Plaza Central. El ejército reconstruyó la presa y comenzó a trabajar para secar los otros arroyos de la ciudad. Dos noches después, otra explosión sacudió el silencio y nuevamente el agua fluyó. Esa mañana diez personas fueron fusiladas.

“¿Cuánto tiempo puede durar esto?” –Preguntó Maya.

“Hasta que ellos se rindan, o nosotros lo hagamos”, dijo Sam.

“El Consejo del Agua no tiene consenso del pleno para seguir destruyendo las represas”.

“No, pero tampoco encontrarán mucha oposición”. “¿Qué pasa con los muertos?”

“Los muertos no tienen voz en el Consejo”.

“Eso es un descuido”, dijo Maya.

Capítulo XXV

Bird cerró los ojos. Sobre todo, prefería ver lo que se le venía encima, para conservar al menos ese control. Pero no podía soportar mirar a los ojos de sus torturadores, ver en sus rostros esa mirada seria, intensa e inquisitiva. Se parecía demasiado a la expresión del rostro de un amante o, se imaginaba, a la de sus propios ojos, haciendo el amor con Madrone, cuando ella se quedaba boquiabierta de éxtasis. Quizás los hombres necesitamos hacer esto, pensó, de una forma u otra, para saber que existimos. Necesitamos dejar nuestra huella en otro cuerpo, hacerle sentir nuestro poder. Cerró los ojos ante la mezcla de crueldad y sexo que vio en los rostros encima de él, para no quedar contaminado para siempre. Y, sin embargo, podía sentir que estaba siendo cambiado.

Había perdido la cuenta de los días, de cuantas veces habían ido a trabajarle, de cuantas horas había sufrido.

Ciertamente habían pasado semanas desde que lo arrestaron, pero ¿cuántas? No tenía idea. Al principio se sintió confiado. Puedo acostumbrarme a esto, pensó, puedo soportarlo. Las sondas neuronales que utilizaron con él no dejaron marcas. No causaron ningún daño físico; simplemente estimularon directamente las neuronas del dolor en el cuerpo. Incluso podría salir de esto sin estar más roto, tal vez. Una esperanza peligrosa, una esperanza que podría usarse en su contra, y Bird intentó sacársela de la cabeza. La esperanza lo haría vulnerable, manipulable. Como el miedo. Mejor resignarse a la muerte.

Pero la muerte estaba muy lejos. Ese era el truco. A medida que las horas se alargaban hasta convertirse en lo que parecieron días o eternidades, Bird empezó a comprender. Si simplemente lo hubieran estado golpeando, ya habría entrado en shock, tal vez muerto desangrado por heridas internas, o al menos entumecido. En cambio, su cuerpo parecía capaz de perpetuar nuevas respuestas al dolor, y estaba asombrado por la intensidad y variedad del dolor que el cuerpo podía producir. Lo que podrían hacerle a un dedo o a la piel sensible del interior de su brazo. Un párpado, un dedo del pie, un pezón, el prepucio que bordeaba su pene. Así es ser violado, pensó. Estaba expuesto, violado y parecía que no podía salir de su cuerpo, escapar, ni siquiera por un momento, de la conciencia abierta del dolor. Cuando empezó a debilitarse por la sed y el hambre, le metieron un tubo en la garganta y le echaron gachas. Cuando volvió a

vomitando, intentando, sin éxito, inhalar el vómito, asfixiarse y morir, le colocaron un tubo en el brazo y lo alimentaron por vía intravenosa.

Me están cuidando muy bien, se dio cuenta, y ese pensamiento le hizo sentir un nuevo miedo. ¿Por qué? ¿Para qué quieren usarme? Podía sentir que se acercaba al límite de su capacidad de resistencia. Podría aguantar mucho tiempo, pero ni siquiera él podría aguantar para siempre. Déjame morir, déjame morir, déjame morir, oró. Llamaban a la Segadora la Implacable, pero eso estaba mal. Ella era misericordia, gracia, la liberación que no llegaría a él. No, lo implacable era la vida, su vida, que mantenía sus pulmones respirando y su corazón latiendo contra su voluntad. Su cuerpo lo traicionó, respondiendo con una orquesta tan completa de agonías ¿a qué? A nada, un rayo de fotones, el cosquilleo de un láser de unos pocos átomos de ancho. Nunca volvería a confiar en él.

Llegó el momento en que no pudo tolerar un descenso más a las extremidades del dolor. Algo cambió en él, algo de sí mismo que pensaba que era sólido se disolvió y se derritió. Me voy a romper, se dio cuenta. Detrás de sus ojos cerrados vio un rostro, como el de una anciana con piel de serpiente. *La Serpiente, La Segadora, la Segadora.* Madre, hasta aquí puedo llegar. En un suspiro más, cederé, abriré la boca y me iré.

“Háblanos. Responde nuestras preguntas”.

No podía soportarlo. Cualquier voluntad propia que le quedara era contradicha por cada impulso de su cuerpo. Iba a hablar, a emitir algún sonido, a decir algo, cualquier cosa para evitar el dolor. Y una vez que comenzara, ¿cómo podría detenerse, forzar sus labios a decir ciertas palabras y no otras? Parecía que no podía morir, e incluso si lo hiciera, sólo arrastrarían a alguien nuevo a este dilema. Cualquier cosa que hiciera para escapar del dolor sólo afectaría a otra persona. No, tenían que quebrar a alguien. Que sea él, ya estaba medio arruinado. ¿O simplemente estaba poniendo excusas? Maya, *abuela*, Lily, Madrone, lo siento.

El habló. Una vez que comenzó, les dijo todo lo que querían saber. ¿Qué sentido tenía sufrir por una pregunta u otra, cuando sabía que al final las contaría todas? Sólo para ganar un poco más de tiempo... ¿para qué? Para nada. Les dijo que el verdadero Consejo de Defensa estaba formado por nueve ancianas escondidas en alguna parte. No sabía dónde, y todo el dolor que le aplicaron no pudo hacérselo saber, por lo cual se alegró porque si lo hubiera sabido seguramente se lo habría dicho. Les explicó la estrategia de no cooperación de la ciudad. Les contó cómo estaba organizada la ciudad, cómo se repartía el trabajo y se asignaban los créditos, cómo se operaban las redes eléctricas, cómo se criaban los peces en los tanques de acuicultura. Cualquier cosa, todo. Lo que sabía sobre la curación. Cómo la ciudad se había librado de la última epidemia. Nombre, nombres, le exigieron. Nombró

a Madrone; después de todo, ella se había ido y nunca la encontrarían.

Las preguntas seguían y seguían, y el cansancio, ¿después de cuánto tiempo sin dormir? Ya no lo sabía ni le importaba. Lo que importaba era complacerlos, lograr que le creyeran. A veces lo hacían; a veces, incluso cuando decía la verdad, no lo hacían.

“Habéis destruido vuestras bases de datos”.

“No, no hemos hecho eso”.

“Tu mientes. Nada funciona para nosotros. Ningún hardware responde a nuestras órdenes”.

“No, no, no funcionarán bajo estrés. No funcionan de esa manera”.

“¿Qué quieres decir?”

“Mira, no soy un técnico, realmente no puedo explicar esto muy bien. Tal vez si tuviera un poco de agua...” Antes, cuando todavía tenía su alma, había rechazado la comida y el agua, pero ahora rogaba como un niño por ellas.

“Simplemente responde las preguntas”.

“Un poco de agua...”

Le colocaron una taza en la mano. No podía ver nada, o tal vez sus ojos aún estaban cerrados, ya no estaba seguro y el agua sabía a sangre. Era fresca en su lengua y le dio un respiro; tal vez fue una mala idea porque le dio algo que podían quitarle, algo más a lo que temer.

“¿Las bases de datos?”

“Todas están basados en cristales”, dijo, apenas audiblemente, “y los cristales tienen conciencia propia. Cooperan con nosotros siempre que quieren. No les ordenamos”.

“¿Cooperas con las rocas?”

“Así es como funciona. Los técnicos pasan mucho tiempo meditando antes de intentar elaborar un programa. Es duro, créeme. Tuve que hacerlo en la escuela”.

“Tu mientes”.

“Es la verdad. ¡Te lo juro!”

Estaba más allá de lo que podía soportar, pero aguantó más, hasta que se cansaron de la pregunta.

“¿Cuál es el arma secreta?”

“¿Qué arma?”

“El arma secreta que te da tanta confianza”.

“No tenemos un arma secreta”.

“No mientas. Sabemos que sí. La propia anciana nos lo dijo.

“¿Qué anciana?”

“Tu amiga cancerosa que fue arrestada contigo. Aquí hay un poder que nunca derrotarás ni comprenderás”, dijo la primera mañana de la invasión. ¿Cuál es el poder que no entendemos?

“Ese poder no es un arma. Es una metáfora”.

“Mentiroso. Los ejércitos no son derrotados por metáforas”.

“Quiero decir que ella no quiso decir eso literalmente. Ella quiso decir... espíritu.

“¿El poder es un espíritu?”

“Correcto, nuestro espíritu”.

“¿Cómo manejas y dominas a este espíritu demoníaco?”

Le dolía tanto la cabeza que deseaba que le pusieran una bala.

“No ese tipo de espíritu. Un espíritu sentimental”.

“Los sentimientos no derrotan a los ejércitos. Díganos cuál es el arma”.

“¡No puedo!”

“Descubrirás que puedes”.

“Quiero decir que no puedo porque no es lo que piensas”.

Una buena bala rápida que lo detendría todo, como habían detenido a su padre, como él mismo había detenido a un hombre una vez. Pero tenía que pensar, pensar qué decir. No es la verdad lo que importa, reconoció una parte exhausta de su cerebro. No puedo satisfacerlos con la verdad, tengo que decirles lo que esperan oír. Lo que son capaces de creer. Había algo esperanzador en eso, pero no podía concentrarse en ello. Existía sólo para emitir sonidos que proporcionaran un breve alivio del dolor.

“¿Quizás necesita un recordatorio de lo que podemos hacerle si continúa con esta terquedad?”

Era casi divertido, pensó Bird, una hilarante comedia de falta de comunicación, pero ya no podía reírse y, al cabo de un rato, estaba llorando, suplicando y rogando que lo dejaran morir.

Pero él no murió. Se detuvieron, justo antes de que perdiera el conocimiento.

“Cuéntanos sobre el arma”.

Querida Diosa, *Diosa mía*, Mamá, Rio, alguien, cualquiera, no puedo soportar esto y no hay forma ni siquiera de romper. Les diría cualquier cosa si se me ocurriera algo que decirles. Mi lengua no funciona; Nunca volveré a estar completo.

“Estamos perdiendo la paciencia. Verás que hasta ahora hemos estado restringidos”.

Las voces que le llegaban eran las voces de los muertos. “Crees que no puedes soportar esto, pero hemos soportado cosas peores: el tormento, la hoguera, el Pasaje del Medio, la tortura de niños, el trabajo forzado, piedra sobre piedra, mientras la gente moría de enfermedades. Ya hemos soportado todo lo insoportable que los seres humanos pueden hacerse unos a otros, y ¿por qué deberías escapar o esperar el rescate que nunca nos llegó a nosotros? ¿Eres mucho mejor que nosotros?”

No, no, pero ayúdame, por favor, Diosa, por favor, por favor. Ya no estaba seguro de con quién estaba hablando, si estaba rogando en voz alta o mentalmente; los muertos se agrupaban y se arremolinaban en la habitación.

“¿Cuál es el arma?”

Gritó, o creyó gritar; ya no estaba muy seguro de lo que había dentro de él y de lo que había fuera. Algo le dolió los

oídos y pensó que era su propia voz. No quiero morir de miedo, pensó. Sólo quiero morir, unirme a los fantasmas que están a salvo, alados y libres de su dolor.

“¿De nuevo? ¿Necesitas más persuasión?”

“¡Los muertos!” gritó. “Lo juro por las Cuatro Cosas Sagradas, por la Diosa, ay, por Jesús, por quien quieras, nómbralo y te lo juro, nuestra arma son los muertos”.

“¿Qué quieres decir con eso?”

“Fantasmas, apariciones”, dijo salvajemente, desesperadamente, “duendes. Cosas que se mueven solas por el aire. No tienes que creerlo: la Diosa lo hace. El poder de Hécate está en nosotros. Cada uno de nosotros que matas se convierte en un fantasma. Te perseguiremos. Mata a una bruja y nunca volverás a ser libre”.

Incluso mientras hablaba, a sus palabras le crecieron alas oscuras. Soplaban un viento frío en la cámara y los muertos entraron en tropel como si realmente les hubiera abierto una puerta.

“Aún no las véis”, dijo Bird, “pero pronto, pronto. Y nunca seréis libres. ¿No lo véis? Es una trampa. Todo esto es una trampa que os hemos tendido para entregaros en manos de los muertos, quienes os llevarán ante Hécate, la Segadora, la Diosa de la Muerte.

Podía hablar una y otra vez con ellos, para siempre, siempre y cuando sus palabras le dieran un momento libre del dolor. En esto me he convertido, en un traidor, en un mentiroso, viviendo de momento en momento, de aliento en aliento.

Pero le creyeron.

“Cuéntanos más”.

“Agua, necesito agua”.

Le dieron otra copa. La saboreó en su lengua reseca; estaba fría en su garganta, casi como un perdón. Bebió lentamente; mientras bebía, nada era real para él excepto la taza, el agua y su propio cuerpo al tragar.

“Suficiente. Cuéntanos más y podrás beber más”.

Él asintió con la cabeza. ¿Qué más había que contar? Pero no en vano era nieto del narrador más destacado de la ciudad. Gran Madre, Madre Oscura, Madre del Renacimiento, perdóname por lo que estoy a punto de hacer. He visto tu rostro, y en tus ojos veo reflejados los límites de mis fuerzas. Respiró hondo y empezó a decirles lo que querían oír.

“Todos los niños de la ciudad están dedicados a Hécate al nacer. Y lo que ella nos ofrece es esto: cualquiera que nos haga daño, cualquiera que nos mate, le pertenece. Ella

tomará vuestra alma, la montará y la arrastrará al infierno para sufrir tormentos eternos que harán que esto parezca una fiesta de cumpleaños. Y los fantasmas os perseguirán. Por eso no hay violencia en esta ciudad; todo el mundo lo sabe. La Diosa de la Muerte mantiene la paz para nosotros”.

Lo metieron en un cuarto oscuro para que se recuperara. Durante mucho tiempo, sus propias neuronas maltratadas se activaron y fallaron al azar, continuando con el trabajo de los torturadores. El alivio cuando las tormentas de dolor finalmente se calmaron fue casi peor que el dolor mismo, porque a cada momento crecía su temor de que comenzaran de nuevo. Había una pequeña manta y se acurrucó debajo de ella, temblando. Estoy en shock, pensó, tengo que mantenerme caliente, tengo que no pensar en lo que pasó ni en lo que pasará. Este grupo eran sutiles expertos; no había nada roto, no había heridas exteriores. Todavía. Pero tengo que pensar qué hacer. Este es sólo el comienzo. Querrán más de mí.

Sus ojos fueron asaltados por un breve destello de luz, cuando se abrió una puerta y alguien fue arrojado al armario donde estaba encerrado. La puerta volvió a cerrarse de golpe. Bird extendió la mano y tocó un hombro desnudo. La voz de una joven gritó de pánico.

“Está bien”, dijo con voz ronca. “No te haré daño”.

“¿Bird?”

–¿Rosa?

Ella comenzó a llorar en silencio. La envolvió en la manta y la abrazó a través de su tela áspera.

“María está muerta”.

Él no sabía qué decir, así que simplemente la abrazó con más fuerza. Maria tiene suerte, pensó.

“¿Te lastimaron?”

Ella asintió, moviendo la cabeza arriba y abajo bajo su barbilla.

“¿Te violaron?” Tenía que preguntarlo.

“Luché contra ellos. Pero eran demasiados”.

“Lo siento bebe. Lo siento mucho”.

“Les dije cosas”, dijo Rosa.

“Por supuesto que sí, cariño, lo sé”.

“No pude evitarlo”.

“No, no podrías. Yo también les dije cosas”.

“¿Tú, Bird?”

De algún modo esa pregunta le dolió más que nada.

A la mañana siguiente vinieron a buscarlos a ambos. El propio general interrogó a Bird.

“Su destino está en tus manos”, dijo el general. “Coopere con nosotros y ella se quedará en paz. Si desobedece, la enviaremos a los corrales de delincuentes en busca de nuevas putas. Lo cual, dado que no fue criada para eso, será difícil para ella. Y tú observarás”.

“¿Cómo puedo creer que harás lo que dices?”

“Puedes verla todos los días. Habla con ella. Consíguela tú mismo, si quieres.

“¡Tiene trece años!”

“Para algunos, un poco pasada del mejor momento. No importa”.

“¿Qué quieres que haga?”

“Hay maneras en que podemos utilizarte. Necesitamos un enlace con tu propia gente, alguien que pueda inspirar su respeto y cooperación”.

“No están acostumbrados a que les ordenen de ninguna manera”.

“Entonces es hora de que se acostumbren”.

Se puso el uniforme y salió a la ciudad, flanqueado por dos guardias que permanecían con él en todas partes. Querían que usara su uniforme como señal de su derrota, para destrozar la moral de la ciudad y decirle al pueblo. Mira, aquí está uno de los tuyos que se ha vuelto. Lo usó como una advertencia para todos ellos, una forma de decir: Cuidado, ya no soy tu amigo, ya no soy en quien confiabas. No confíes en mí.

Bird caminó por la Plaza Central. Los puestos del mercado estaban cerrados y el lecho del río seco. La ciudad parecía como si se sintiera destrozada. Dos soldados caminaban con él, uno a cada lado. Su cadena de perro, su correa.

Lo flanquearon mientras se instalaba en el otro extremo de la plaza, cerca de Market Street, junto a la antigua fuente escultórica de formas de hormigón volcadas que ahora estaba seca.

Una mujer que reconoció se acercaba a ellos: Sachiko, del Gremio de Músicos. Era extraño que todavía pudiera recorrer esos senderos, los reflejos del arco iris en su cabello negro bailando a la luz del sol, mientras él estaba arruinado y Rosa... Mejor no seguir con esos pensamientos. Mejor simplemente hacer lo que tenía que hacer.

Ella desvió la cara de los soldados al pasar junto a ellos, pero él la llamó. “¡Sachiko!”

Ella se giró, vio su uniforme y se dispuso a correr. La llamó de nuevo.

“No tengas miedo, soy yo, Bird”.

“¡Pájaro!”

La primera alegría espontánea que saltó a sus ojos se congeló rápidamente en shock cuando comprendió el significado de su uniforme. Bird quiso darse la vuelta, pero se obligó a mirarla a los ojos, a pesar de que el esfuerzo provocó un tatuaje de dolor en su piel. Me han hecho algo, pensó Bird. Mis emociones están muertas; lo que queda es esta explosión aleatoria de neuronas, mi pelotón de fusilamiento interior.

“¿Por qué llevas su uniforme?”

Él no respondió a su pregunta. “¿Harías algo por mi?”

“Claro, Bird”.

“Necesito hablar con alguien del Consejo”. Los guardias grabarían todo lo que dijera y podrían sospechar si usaba señas demasiado abiertamente. Pero se giró ligeramente para ocultar su mano derecha de la vista y rápidamente sus

dedos deletrearon “Lily”. “¿Podrías encontrar a alguien del Consejo y traerlo aquí?”

Los ojos de Sachiko bajaron rápidamente a su mano y luego a su rostro.

“Voy a tratar de hacerlo .Bird, ¿estás bien?”

“Gracias”, dijo, y cerró los ojos, en señal de despido. Los pasos de Sachiko resonaron en el pavimento mientras ella se alejaba apresuradamente. Bird se reclinó en el banco y se hundió en el pozo de oscuridad que se cerraba sobre él, un cansancio tan profundo que el sueño no podía tocarlo, una sensación de caer y caer, caer sin fin, sin fondo donde tocar, sin suelo donde pararse.

No tenía idea de cuánto tiempo había pasado cuando levantó la vista y vio a Lily parada frente a él. No había notado su llegada. Iba vestida con una sencilla túnica verde, el pelo austeramente recogido hacia atrás y sus ojos amables. Quería mirar hacia otro lado.

“¡Bird!”

Habló rápidamente, para sacarlo y dijo antes de perder los nervios. “No soy un muy buen héroe, Lily. Hablé con ellos. Les conté todo”.

La bondad en los ojos de Lily no flaqueó. “Nadie espera que seas sobrehumano”.

Quería desesperadamente apartar la mirada de sus ojos, pero parecía que no podía moverse.

“Quizás lo sea. Tal vez todos necesitemos serlo, o perderemos. Lily, no veo cómo podemos ganar aquí”.

“No tienes que ver”.

Miró a sus guardias, que permanecían a su lado, impasibles como el asiento de cemento debajo de ellos. Sin embargo, tenían ojos y oídos y llevaban dispositivos de grabación.

“Les hablé del arma”, dijo.

“¿Qué arma?”

“Seguían preguntando por el arma secreta. En realidad, fue Marie quien les dijo, ese primer día, que había un poder aquí que nunca podrían conquistar. Ellos... ellos siguieron conmigo hasta que les dije cuál era el poder”.

Hubo un cambio sutil en el rostro de Lily, un destello de algo casi parecido al humor.

“¿Qué les has dicho?”

“Les dije que estamos comprometidos con Hécate y que podemos invocar a los muertos, y que los muertos perseguirán a cualquiera que mate a uno de nosotros”.

Creyó sentir algo recorriendo sus guardias, un escalofrío, sofocado antes de que se volviera perceptible.

“¿Les dijiste eso?” Dijo Lily, su expresión ilegible.

“Les conté todo sobre eso. Todos los detalles. No pude evitarlo”.

“Ya veo”.

“Finalmente me creyeron”, dijo Bird. “Lo lamento”.

“Pero quieren más de ti”, dijo Lily. “¿Qué?”

“Quieren que sea su enlace, para intentar conseguir más cooperación de la gente. A partir de mañana van a emitir cartillas de racionamiento de agua. Todo el mundo tiene que tener una si quiere conseguir agua”.

Sus ojos eran medias lunas oscuras sobre un horizonte sombrío. “¿Y qué tienen que hacer para conseguir una?”

“Firmar un compromiso de no oponerte a los Stewards y recitar el Credo Milenarista”. El pausó. Mejor decirlo todo. “Los estaré repartiendo, aquí en la plaza, a partir de mañana por la mañana”.

“Nadie vendrá. Seguro que lo sabes, Bird.

Claro que sí, quiso gritarle, ¿por qué crees que acepté hacerlo? Pero los guardias estaban escuchando y, además,

no era cierto. Habría aceptado casi cualquier cosa para proteger a Rosa. No, para ahorrarse más dolor. Ella lo estaba mirando tan fijamente que tal vez pudiera leer su mente.

“¿Harás algo por mí, Lily?” dijo al fin.

“Si puedo”.

“Pon una flor en la tumba de mi abuela. Dile que lo siento. Lamento no haber sido más fuerte”. Esperaba que la Diosa entendiera lo que quería decir. Les había dicho a los Stewards que su familia estaba muerta, que ese había sido un requisito previo para todos los miembros del Consejo, por lo que no habría rehenes contra ellos. Por favor, Diosa, deja que Maya se mantenga alejada. Si la encontraban, descubrirían quién era...

“La fuerza de nadie es infinita”, dijo Lily con voz suave. “Estoy segura de que soportaste mucho y soportarás más. Ojalá pudieras salvarte y curarte”.

Ella le estaba ofreciendo un perdón que él no merecía y no podía aceptar. No porque hubiera fracasado; cualquiera podía fracasar, sino porque iba a seguir fracasando, traicionando.

“Debí haber muerto con Roberto y Lan. Marie ahora también está muerta”.

“Deja que sean los conquistadores quienes inflijan el dolor, Bird. No te lo hagas a ti mismo”.

Bird deseó poder leer algo en sus ojos: lástima, juicio o compasión. Pero estaban tan vacíos como piedras.

“Hay un lugar preparado para ti en nuestra mesa, Bird, esperando que regreses a casa”. Se volvió hacia sus guardias y sonrió. “Y para ti, y para ti también”.

Ella se dio vuelta y se alejó. Sus palabras resonaron en él, como las oleadas de dolor de una patada en el estómago. Le convirtieron en lo que él mismo se había convertido: un enemigo, un extraño.

A la mañana siguiente, cuando llegó a la plaza, un pequeño círculo lo esperaba junto a la fuente: Lily, Sam, Cress del Consejo del Agua y una mujer que no reconoció. Abrieron el círculo a medida que él se acercaba, haciéndole un espacio.

Bird se detuvo. Estaba flanqueado por sus dos guardias. Les hizo un gesto para que retrocedieran unos pasos y se acercó al círculo, sintiendo una gran reticencia a entrar. ¿Cómo podía sentarse con ellos mientras vestía el uniforme del enemigo? Pero sabía que había ciertas cosas que tenía que hacer, que sólo podía hacer cerrándote, cerrándote. No pienses, no imagines lo que pensarán de ti, simplemente entra y siéntate, y no mires a los ojos que se vuelven hacia

ti, no notes demasiado de cerca cómo cambia la energía mientras te observan, comprado y roto.

“¡Bird!” dijo Sam.

“¡Sigues vivo!” dijo Cress. Sonó casi como una acusación. Cress parecía más delgado de lo que Bird recordaba; el gris rayaba su cabello oscuro y sombras azules se acumulaban bajo sus ojos negros.

“Estoy aquí representando a la Cuarta Fuerza Expedicionaria de la Mayordomía. Me han pedido que sea su enlace”. Su voz todavía era ronca, no estaba seguro de por qué. Probablemente de los gritos, tal vez simplemente seco por las escasas raciones de agua que le dieron en el cuartel donde lo habían trasladado dos noches antes.

“¿Estás cooperando con ellos?” –Preguntó Cress. “¡Has traicionado nuestra estrategia!”

“Lo sé”. No te disculpes, no expliques. Las disculpas no pudieron ayudar.

“¡Fuiste tú quien pronunció los gloriosos discursos sobre la no violencia en el Consejo! No querías matar, dijiste, y todos se ofendieron muchísimo cuando hice preguntas. ¡Y ahora llevas su uniforme!

“Ya te lo dije”, dijo Bird, con voz apagada, “estoy trabajando para ellos. No lo defienden, es simplemente lo que es”.

Hubo un largo silencio en el círculo. Los dos guardias de Bird observaban con cautela desde el banco detrás de ellos.

“¿Estás bien?” –Preguntó Sam. Las arrugas de su rostro se habían profundizado; había envejecido en las últimas semanas.

Bird no estaba seguro de cómo responderle. “Esta vez no rompieron nada”, dijo finalmente. Excepto yo.

“¿Te lastimaron?”

“Eso es lo que hacen, Sam. Hieren a la gente. Son buenos en lo que hacen”.

“Te ves bien”, dijo Cress con sospecha.

“Tú también”, respondió Bird. Estaba enojado, y eso fue un alivio para no sentirse simplemente desdichado. Pero ahora comprendió lo que lo había desconcertado en ese momento, por qué habían sido tan cuidadosos con él, sin dejarle marcas. No querían otra víctima visible. No, lo habían catalogado como un traidor.

“Déjalo en paz, Cress”, dijo Sam. “Confiamos en ti, Bird”.

Bird sacudió la cabeza y miró a sus guardias. “Estoy trabajando para *ellos* ahora”. No confíes en mí. Por eso llevo este maldito traje, para que recuerdes no confiar en mí.

“¿Estás de su lado?” dijo Cress. “¿Es eso lo que estás diciendo?”

“Escuchaste lo que dije”.

“Te derribaron y tú cediste ante ellos”.

Tenía que decirlo en voz alta, pensó Bird. Tenía que nombrarlo, frotarme la nariz con la mierda. Pero realmente no importó.

“¿Qué quieres, Cress?” preguntó.

“Dile a tus guardianes...”

“¡Cress!” –intervino Lily. “Si podemos practicar la no violencia hacia nuestro enemigo, al menos podemos mostrar un poco de cortesía común hacia los demás”.

“Pido disculpas, Lily. Simplemente no puedo generar mucha simpatía hacia un colaborador, especialmente uno que, para empezar, nos convenció de todo este miserable plan perdedor. ¿Cómo sabemos cuándo empezó a trabajar para ellos? ¿Cómo sabemos que no estuvo colaborando todo el tiempo, disuadiéndonos de abandonar la resistencia armada?”

“Cállate, Cress”, dijo Sam. “Esto no nos lleva a ninguna parte”.

“La mitad del Consejo del Agua fue arrestada anoche en la presa. Les dispararon esta mañana –le dijo Lily a Bird.

Pájaro no dijo nada. Podía oír un arroyo fluyendo en algún lugar detrás de ellos, pero imaginó que pronto sería detenido nuevamente.

“¿Estáis aquí para aceptar las cartillas de racionamiento?” –preguntó en voz baja, en beneficio de las grabadoras de los guardias.

“No”, dijo Lily.

“Nunca”, dijo Cress. Sam negó con la cabeza.

“Soy Ming Pei de Toxics”, dijo la joven. Bird no la reconoció y seguramente habría recordado esa cara triangular de gato si la hubiera visto antes. “Estamos muy preocupados por los sistemas de filtración. No funcionarán correctamente si los arroyos fluyen sólo de forma intermitente. ¿No puedes explicarles por qué necesitamos mantener el flujo de agua? Es para su propio beneficio”.

“No servirá de nada explicarlo”, dijo Bird.

“Seguramente algunos de ellos, al menos, deben ser seres humanos razonables”, dijo Ming Pei. “Inténtalo”.

“No lo entiendes”, dijo Bird. “Al general no le interesan los sistemas de filtración ni la ecología de los arroyos, lo que le interesa es tomar el control de la ciudad. Y él sabe cómo hacerlo. Créeme, es un experto. Un tercio de sus tropas son criadas y cultivadas exclusivamente para el ejército”. ¿Captarían la información de eso? “El Cuerpo de Élite, no sabe de nada diferente y no son susceptibles a la persuasión no violenta. Los demás, los que recogen de las calles, están muy drogados la mitad del tiempo y, de todos modos, todos están enganchados a los propulsores. No puedes contactar a ninguno de ellos con razón. O con cualquier cosa que se me ocurra”.

“Son seres humanos”, dijo Lily.

“Eso es discutible”, dijo Bird.

“Son capaces de transformarse”.

“Tal vez”.

Hubo un largo silencio. “¿Queréis las cartillas de racionamiento?” –preguntó Bird de nuevo. “Estaré aquí todas las mañanas. Decídselo a la gente”.

“¡Métetelas por el culo!” dijo Cress. Los demás guardaron silencio.

Finalmente Sam habló. “Aquí no llegamos a ninguna parte. Quizás sea hora de poner fin a esta conversación. Si quieres, Bird, le llevaré un mensaje a Maya de tu parte.

¡Oh, cállate, cállate, cállate! *Diosa*, Sam, ¿no sabes nada mejor que eso? Bird sacudió la cabeza y miró a sus guardias.

“Claro, llévale una ofrenda a Yemayá”, dijo Bird, pronunciando mal deliberadamente el nombre, acentuando la segunda sílaba para que sonara como “Maya”. “Dale una concha a la Diosa del Océano. No servirá de nada”. Tal vez eso lo cubra, tal vez no.

“Puedes volver a casa, ¿sabes?”, Dijo Lily. “Sabemos que estás tratando de hacer lo mejor que puedes en una mala situación, Bird, pero esto nos duele. Nos duele a todos”.

Pájaro negó con la cabeza. “No puedo. Si no fuera yo quien hiciera esto, simplemente lo harían hacer a otra persona”. Y enviarían a Rosa a los rediles y probablemente los matarían a todos.

“Eso es aceptar sus términos y dejarles definir la situación”, espetó Cress. “Aunque nos maten a todos, uno por uno, debemos seguir resistiendo. ¡Cualquier otra cosa es sólo una racionalización de la traición!

“Entonces soy un traidor, ¿de acuerdo, Cress? ¿Te gustaría dispararme tú mismo o llamar a la gente del jabalí para que lo haga? ¡Continúa, sigue adelante!

“No, Bird. No te dispararemos”, dijo Lily, poniendo una mano en el hombro de Cress para contenerlo, mientras él abría la boca para responder. “Silencio, Cress. Creo que esta reunión ha terminado. Bird, hay un lugar para ti en nuestra mesa cuando vuelvas a unirte a nosotros”.

No pudo contener las lágrimas que corrían por su rostro. De repente, se giró y se alejó, seguido por sus guardias como perros alerta. Apenas pudo evitar estallar en sollozos, y Sam y Lily lo habrían consolado y lo habrían llevado de regreso, y luego sus guardias les habrían disparado a todos. O peor. ¿Y entonces qué pasaría con Rosa? ¿Qué pasaría con ella de todos modos? ¿Se estaba engañando a sí mismo al creer que sus acciones tuvieron algún impacto en el destino de ella? Oh, era la trampa más antigua del mundo, y él lo sabía, pero no podía salir por sí mismo.

La gente pasaba a su lado; no los notó ni los miró a los ojos. Sus guardias lo siguieron pero mantuvieron la distancia, dejándolo caminar solo en una burbuja de aire inviolable.

Capítulo XXVI

“Hoy”, dijo Madrone, “vamos a trabajar en el anclaje”. Sus alumnos la miraron expectantes. Estaban esparcidos por el patio, y la gasa ligera los protegía del calor del verano que hacía insoportables las habitaciones interiores. La niña Poppy estaba acurrucada en un rincón, durmiendo la siesta con algunos otros pequeños.

El solsticio de verano apenas había llegado y pasado. Se estremeció al pensar en cómo sería el calor en agosto. Mejor no anticiparlo, sólo confiar en que aguantaría, como ya había soportado más de lo que hubiera imaginado posible. Habían celebrado la festividad, aunque Madrone había hecho uso de su imaginación para crear un ritual con sus escasos recursos. El solsticio era un momento para hacer ofrendas, para prender fuego a barcos espirituales adornados con flores mientras navegaban por la bahía, para hacer hogueras durante toda la noche, coronas de rosas y banquetes al aire

libre a medianoche. Aquí no podían correr el riesgo de sufrir un incendio y no crecían flores. En cambio, habían hecho un sol en el patio abierto con granos de maíz y lo ofrecieron a las aves merodeadoras.

¿Cómo lo habrían celebrado en casa?, se preguntó. Los vidnets informaban de la invasión como un éxito sorprendente, pero no se permitió a ningún periodista cubrir la guerra en persona, sólo los despachos de prensa del ejército. Madrone hizo todo lo posible por no creerlo. Sin embargo, temía que fueran, en esencia, ciertas. Sus sueños eran turbios y llenos de disparos y finales repentinos. El rostro de Lily parecía preocupado, cuando apareció, y no habló.

Debería irme a casa, pensó. ¿Qué les está pasando a Maya, Bird y los demás? Debería estar allí para compartir su sufrimiento, para cuidar de ellos. Pero aquí me necesitan. No puedo dejar este trabajo ahora, a medio hacer.

Durante las semanas y meses que Madrone había estado entrenando en esta reunión donde Katy, muchos habían abandonado. Pero otros, de un espectro de grupos permanecieron: pandillas de la ciudad, Ángeles y pandillas de las colinas que escapaban del calor del verano. Littlejohn bajó de las colinas, junto con Begood, quien demostró un gran talento para la curación. Rafe y Gabriel, fríos ángeles rubios, tenían manos sensibles y hábiles.

Madrone quedó sorprendida con lo que había logrado. Sus estudiantes entendían saneamiento básico y primeros auxilios, conocían los puntos de acupresión para aliviar el dolor y fortalecer *el ch'i*, cómo administrar muchos de los medicamentos que adquirirían en las redadas y cómo aliviar la abstinencia de los refuerzos. Ahora ella los estaba guiando más profundamente hacia los misterios de la curación, enseñándoles a sentir y mover las energías sutiles que subyacen al cuerpo físico.

“El anclaje es una forma de entrar y salir rápidamente de niveles particulares de trance”, continuó, “vincular cada nivel a su propia imagen y frase y a un toque físico en una parte del cuerpo. Así que buscaros una pareja ahora y tomaros un momento para familiarizaros con su patrón energético básico, su aura. Puedes utilizar cualquiera de los métodos que aprendimos antes, el que funcione mejor para ti: tus ojos o tus manos”.

Ahora trabajaban bien juntos y rara vez necesitaban su ayuda. Se puso en cuclillas contra la pared del edificio, con las rodillas pegadas al pecho y cerró los ojos. Katy estaba trabajando con Rafe al otro lado del patio, pero Madrone podía sentir su dolor y su ira como olas presionando su propio cuerpo contra el cemento. Deseó no haber tocado nunca a Hijohn, o haberle dejado mentirle a Katy, que ahora caminaba con una mirada afligida en sus grandes ojos oscuros.

Madrone había intentado hablar con ella al respecto y la había sorprendido afuera en el patio después de que los demás se habían acostado. “Katy, lo siento”, había dicho. “Realmente, de verdad, honestamente no sabía cuán herida te sentirías”.

“¿Es así?” Los ojos de Katy eran chispas negras en la oscuridad. “¿O no te importó?”

“Katy, soy de otro lugar. Un mundo diferente. Tal vez debería haberme detenido a pensarlo, pero nunca se me ocurrió que lo que hicimos podría lastimarte”.

“No me mientas, Madrone. Eso sólo lo empeora”.

“¡No estoy mintiendo!” Ahora no te enojas, se dijo Madrone. Si te dejas arrastrar por su ira, cortarás el último cordón que se balancea a través de esta brecha, y ella estará sola al otro lado con el bebé en camino, y tú estarás sola aquí con todas tus habilidades, incapaz de poder ayudarla. “Katy, por favor, te pido que intentes creerme o, si no lo crees, al menos imagina que te estoy diciendo la verdad. No lo sabía. Nunca habría hecho algo voluntariamente para lastimarte”.

Se detuvo porque había corolarios que no deseaba seguir. Hijohn sabía lo herida que estaría Katy y eso no lo había detenido. Madrone sospechaba que esa era la verdadera fuente del dolor de Katy.

“Hijohn es un hombre”, dijo Katy, como si estuviera siguiendo los pensamientos de Madrone. “Y los hombres son todos iguales cuando se trata de sexo. Pero las mujeres deberían permanecer unidas”.

Aquí hay toda una vida de suposiciones, pensó Madrone, suposiciones que no comparto y que ni siquiera puedo identificar. De pronto se sintió cansada, demasiado cansada para discutir. Ahora estoy sola, pensó. Katy era lo más cercano que yo tenía a una amiga aquí, y ahora eso ya no existe. Hijohn fue lo más cercano que he estado a un amante en mucho tiempo, y él también está desconectado.

“Ahora que sé cómo te sientes, nunca volveré a hacerlo”, dijo Madrone. “No es que vayamos a continuar con esto o amenazar lo que vosotros tenéis. Fue sólo... un momento. Un impulso. Tenía miedo, Katy. Necesitaba consuelo y él respondió”.

“Ese es tu problema, Madrone. Todo lo que necesitas, crees que tienes derecho a alcanzarlo y tomarlo. Cada impulso que tienes, lo sigues. Sigues el impulso de darte un baño a plena luz del día en la piscina de alguna mujer rica, por el amor de Jesús, y poner en peligro la vida de todos y todo lo que hemos construido aquí. Tienes el impulso de tener sexo, tienes sexo. ¡Eres como un animal! ¡Arrogante como los ricos!

“¡No es justo!”

“De todos modos, no me importa si continuáis o no. Ya terminé con él. Lo has cambiado y ahora has envenenado lo que teníamos. Siempre te sentiré en medio de nuestro acto sexual, si alguna vez lo volvemos a hacer”.

Ah, pensó Madrone, aquí hay una ligera contradicción. Ella ha terminado con él, pero todavía piensa en hacer el amor con él. Quizás haya esperanza. Porque se necesitan tanto en este lugar donde el amor es tan escaso como el agua. Realmente odiaría pensar que he arruinado lo que tenían juntos.

“¿Tienes que tomártelo de esa manera?” Preguntó Madrone, su voz muy baja y neutral. “¿No puedes aceptarlo como un regalo?”

“No seas condescendiente”.

“Solo quiero decir que cada nuevo amante amplía el rango de nuestras posibilidades”.

“Eso es increíble. El amor es un sentimiento, un compromiso, no un... un oficio”.

“Un poco de habilidad no hace daño”.

“Tal vez me gustaba tal como era”.

“Katy, honestamente no podría ser así”.

“¿Cómo puedes decir eso? ¿Qué sabes de mí o qué quiero?”

“Sé anatomía”.

“Solo estás siendo insultante”.

Lo intentaré una vez más, pensó Madrone, y luego lo dejaré pasar. “Katy, escucha la bendición que decimos a nuestros amantes en Beltane Eve:

*“Amor mío, eres un río alimentado por muchos arroyos.
Bendigo a todos los que te han formado,
a los amantes cuyos deleites aún bailan patrones en tu
espalda,
a los que tallaron tus canales más profundos, más anchos,
más anchos,
amantes de aguas bravas y remansas,
amantes de los pantanos, amantes de los estuarios
calentados por el sol,
amantes con tensión superficial,
amantes como cantos rodados,
como hielo formándose y rompiéndose,
amantes que se llenan y derraman con las mareas.
Bendigo a quienes te han enseñado
y los que te han agradado
y aquellos que te han hecho daño,
todos aquellos que te han hecho quien eres”.*

“Ahora sé que me alegro de ser cristiana”, dijo Katy.

Madrone se animó y condujo al grupo a la siguiente fase del ejercicio.

“Ahora encuentra un ancla para este estado, un lugar que puedas tocar, mientras respiras, para traerte de regreso, una palabra que puedas decir, una imagen para mantener en tu mente. Concéntrate, hazlo fuerte”. Les dio un momento y luego comenzó un suave canto susurrado para guiarlos al trance, hacia el nivel donde las emociones se traducían en juegos de color, sonido y energía. Sí, podía ver la ira de Katy allí, luces rojas parpadeando sobre una bola marrón de dolor. Podía oírlo, como una vibración, un zumbido que parecía penetrar desde fuera de ella.

Rafe estaba fuera del trance, alerta, preocupado. Algo andaba mal.

“Volved ahora”, dijo Madrone. “Usad las anclas. Así es. Subid y salid”.

Una sombra cayó fríamente sobre su nuca. “¡Helicóptero!” alguien gritó. Todos empezaron a correr frenéticamente por el patio. Una mancha roja floreció en el corazón de una niña, abrió la boca para gritar y la sangre brotó. Entonces Madrone escuchó los disparos, desgarrando las

marquesinas, desgarrando la carne, el estuco y los tiernos cuerpos de las delgadas plantas.

“¡Adentro!” –gritó alguien.

“¡No! ¡No os quedéis atrapados!

Pero ya estaban atrapados. Madrone pudo ver a las tropas salir de ambos pasillos hacia la plaza. Intentó correr, pero no había adónde ir. ¿Dónde estaba Katy? ¿Y Poppy? Los disparos resonaron con fuerza en sus oídos. Esperaba que, en cualquier momento, la flor roja brotara en ella. Un rayo láser golpeó las marquesinas y estallaron en llamas, llenando el aire de humo y trozos de ceniza. Estaba más allá del miedo, sólo entristecida, de alguna manera, mientras veía las balas atravesar las plantas que había a lo largo de la pared. Tanto trabajo, tanto cuidado. Todo se fue.

Entonces alguien la agarró del brazo y la obligó bruscamente a moverse. Era Rafe.

“¡Vamos!” gritó, agarrándola del brazo mientras la llevaba hacia el extremo más alejado del patio. La empujó detrás de él. Podía ver soldados armados en un pasillo tan estrecho que sólo podía pasar uno a la vez. Cuando emergió el primer soldado, Rafe dejó volar algo de su mano con un movimiento sutil, casi casual. Madrone escuchó un ruido sordo y el soldado cayó con un cuchillo en el corazón. Mientras ella estaba de pie, sorprendida, Rafe agarró el rifle láser que cayó

al suelo, disparó a los siguientes dos soldados que emergieron y arrojó un segundo rifle a las manos de Littlejohn, quien se arrodilló y comenzó a disparar contra el fuselaje del helicóptero.

“¡Vamos!” Rafe le gritó. Los soldados habían abandonado el pasillo.

“¡Katy!” –gritó ella, pero él la agarró del brazo y tiró.

“No puedes ayudarla. Y es a ti a quien realmente quieren”.

Detrás de ella, escuchó un gemido sordo y un crujido agudo. Se giró y vio a Littlejohn retorcerse y caer, con un costado de la cabeza destrozado y trozos de hueso y cerebro pegados a la pared.

“¡Vamos!” Rafe la agarró del brazo. Se metieron por el estrecho pasillo y emergieron detrás de una ráfaga de fuego láser del rifle de Rafe. Los soldados estaban apostados detrás de una barrera directamente afuera de la abertura, esperando para eliminarlos. Rafe se detuvo. En el interior de las entrañas de Madrone ardía un fuego líquido. Todavía estamos atrapados, pensó. Nunca saldremos de aquí.

Luego, detrás de ellos, oyeron un chirrido de metal en el aire y un estruendo atronador. El helicóptero cayó y se incendió en el patio. Podía sentir el calor detrás de ella y escuchar gritos.

“¡Fuera de aquí!” –les gritó a sus hombres el soldado líder. “¡Cúbríos antes de que explote el tanque de combustible!” Los soldados dieron media vuelta y corrieron hacia otra entrada. Rafe dejó de disparar y, cuando se fueron, Madrone lo siguió hasta la calle.

Se abrazó a los lados de los edificios, moviéndose casi corriendo, sus ojos buscando a su alrededor. Detrás de ellos oyeron un estruendo y una fuerte explosión. Katy y Poppy, todos los demás... ¿sobreviviría alguno de ellos?

Ante ellos se extendía un revoltijo de bloques de hormigón rotos donde se había derrumbado un paso elevado de la autopista, y Rafe condujo a Madrone de bloque en bloque, agachándose detrás de ellos para cubrirse. Casi habían llegado al otro lado cuando escucharon una voz que gritaba “¡Alto!”

A unos treinta metros más adelante, había cinco guardias apuntando con rifles láser directamente a ellos dos. Rafe la empujó detrás de un montón de piedras, se lanzó hacia un montículo de tierra cercano y disparó. Las balas rebotaron a su alrededor y un rayo láser levantó una fuente de polvo.

“¡Mover!” –grito él. “Mantente agachada”.

Corrió, agachada cerca del suelo, eligiendo una ruta por puro instinto. A su alrededor oyó más disparos y luego silencio.

“¡Vamos!”

Rafe estaba corriendo ahora y ella lo siguió, el terror la ayudó a igualar su velocidad. Un edificio se alzó ante ellos, con la entrada bloqueada por tablas claveteadas. Rafe las agarró, tirando con fuerza, y las hizo a un lado para revelar una puerta oculta. Rápidamente se metieron dentro, volvieron a colocar las tablas detrás de ellos y corrieron por un pasillo vacío y polvoriento.

Al final del pasillo, una estrecha escalera conducía al sótano. Se abrieron paso en la oscuridad hasta que llegaron a una trampilla. Rafe la levantó y le indicó que bajara. Buscó los peldaños de una escalera de metal y comenzó a bajar. Él la siguió de cerca, cerrando la puerta encima de ellos, cortando lo último de la tenue luz. Sintiendo su camino peldaño tras peldaño, descendió en la oscuridad, preguntándose mientras avanzaba qué tan profundo era este agujero, cuánto tiempo podría controlar sus brazos temblorosos.

Finalmente, su pie delantero tocó tierra firme. Con cuidado, soltó la escalera y retrocedió lo suficiente para dejar que Rafe descendiera. Ella agarró su camisa mientras, seguro como un murciélago, él encontraba su camino a través de los pasillos oscuros como boca de lobo.

Después de mucho tiempo, empezó a ver luz delante, un brillo tenue que brillaba alarmantemente en sus pupilas

dilatadas. Salieron a través de un arco a una amplia extensión de hormigón, sostenida por pilares de cemento y acero, alguna estructura del viejo mundo olvidada hace mucho tiempo. Madrone no podía imaginar para qué había sido construida. En algunas zonas, colgaban cortinas entre los pilares para delimitar espacios privados. En otros, se levantaban las cortinas y pudo ver pequeños campamentos, con alfombras, almohadas y mantas. En el centro ardía un pequeño fuego y el techo de hormigón de arriba estaba marcado con hollín. A su alrededor había zonas no mejoradas, vastas extensiones de suelo gris marcadas sólo por pintura antigua y salpicada en líneas diagonales paralelas.

“Bienvenida al cielo”, dijo Rafe.

La condujo hasta el fuego, donde había sillas y sofás dispuestos en un círculo tosco pero cómodo. Se unieron al grupo que estaba sentado allí, preparando una tetera sobre las llamas.

Madrone no podía decir con solo mirar si la persona que atendía la tetera era mujer u hombre, pero su voz era aguda y melodiosa cuando miró a Rafe y habló. “¿Qué está sucediendo?”

“Ahuyentaron a las ratas. Malas noticias”.

“¿Todas ellas?”

“Parecía que así era. Vi a algunos de los niños ser baleados, y a Littlejohn, el de las colinas; esparcieron sus sesos por todo el pavimento. Es posible que también hayamos perdido a Gaby”.

Littlejohn, pensó Madrone. Todavía no podía sentir su muerte. Parecía demasiado repentina. ¿Cómo podía *estar en* un minuto y no estarlo al siguiente, no estar vivo, no estar en algún lugar acechando los cañones sedientos? Maya, *madrina*, ¿hice algo mal? ¿No estuve lo suficientemente alerta como para mantenerme al margen de la Mala Realidad?

“Le dije a Hijohn que era una estupidez tener a toda esa gente reunida en el mismo lugar”, continuó Rafe. “Los peces gordos trajeron un helicóptero”.

“¿De dónde diablos sacaron un helicóptero?”, –preguntó alguien detrás de ella.

“Tienen un almacén en el Valle. Aunque no pueden volar a menos que el tiempo esté muy despejado”, dijo la mujer de la tetera.

“Ese no volverá a volar”, dijo Rafe. “Tampoco lo harán muchas ratas y montañeses, pobres cabrones sin alma. Pero salvé a la sanadora. Esta es ella”.

“Hola”, dijeron.

Los ojos de Madrone empezaban a acostumbrarse a la oscuridad. Estaba rodeada por un grupo de las personas más físicamente llamativas que jamás había visto. Todos eran jóvenes; dudaba que alguno tuviera más de veinte años, especialmente en este clima, que envejecía a la gente tan rápidamente. Casi todos eran tan rubios como Rafe, con las mismas extremidades largas y cuerpos esbeltos, y casi andróginos, los niños de piel suave y las niñas de músculos duros. Podrían haber sido primos. O, pensó, se parecía más a una raza de perros de exposición: galgos o afganos. Había unas cuantas pelirrojas y varias chicas de cabello negro suelto y piel dorada como el interior de ciruelas maduras. Tres o cuatro del grupo eran oscuros como sombras relucientes, con músculos esculpidos que le recordaban a Isis.

“¿Quieres algo?” preguntó uno de ellos. “¿Agua? Tenemos mucha, de una línea ilegal que manejamos. ¿Alimento? Tenemos cosas aquí que quizás nunca hayas probado. Chocolate. ¿Sexo? Alguien te lo hará felizmente. ¿Qué te gusta? ¿Hombres? ¿Mujeres? ¿Niños? Hay un joven estupendo corriendo por este lugar.

Madrone no estaba segura de haber escuchado lo que acababa de escuchar, así que fingió que no lo había hecho. Lo que quería era llorar, acostarse y no volver a levantarse, poder sentir la muerte de Littlejohn y llorarlo, estar en casa con Bird, Nita, Holybear y Sage, y Maya abajo escribiendo sus memorias. Quería que Katy y Poppy aparecieran de

repente, milagrosamente, en este lugar. Cielo. ¿Quizás ella, como tantos otros, ya estaba muerta?

“Agua”, dijo. “¿Estáis preparando té? Me encantaría un poco de té”.

Le trajeron té en una bandeja de plata, en una taza que, según observó, era auténtica porcelana Wedgwood, tan fina como cualquier cosa que Johanna hubiera coleccionado en sus días de opulencia. En algún lugar de la parte de atrás tenían un refrigerador de verdad, del cual le trajeron crema, y alguien sacó un plato con delicadas galletas mantecosas. El té era fragante y, mientras lo sorbía, reconoció un sabor que había olvidado de su infancia, cuando Maya solía darle un sorbo de su Earl Grey de la tarde. Té negro importado. ¿Con qué realidad se había topado?

Mientras levantaba la vista de su taza de té, notó que una multitud de niños pequeños se había reunido en los rincones del vasto espacio y la miraban con curiosidad. Al igual que los mayores, tenían ojos grandes y huesos finos, delicados, atractivos, como si los mejores ejemplares, mayoritariamente de raza blanca, hubieran sido recolectados para hacer juego con la porcelana.

“¿De dónde sacáis estas cosas?” –Preguntó Madrone. “¿Os gustan el té y las galletas?”

“Redadas”, dijo Michael, que podría haber sido el gemelo de Rafe. Había dejado de acudir a los entrenamientos, pero Madrone le reconoció de las primeras semanas.

“¿Pero de dónde viene? ¿Siguen los Stewards comerciando con Asia, Europa y África?”

“No lo sé”, dijo Michael. “Simplemente lo robamos”.

“Lo sé”, dijo una mujer joven. Tenía la piel más oscura que Madrone había visto jamás, teñida de violeta, aterciopelada en la penumbra, y sólo vestía una falda de seda blanca que apenas le cubría el trasero. Sus rasgos estaban perfectamente esculpidos y su largo cabello era rubio y sedoso. ¿Es real? Se preguntó Madrone. ¿Es una peluca o es el resultado de otro programa de clonaje?

La mujer echó la cabeza hacia atrás, haciendo que su cabello brillara en la penumbra, y sonrió sugestivamente a Madrone. “Yo pertenecía a un hombre en el negocio del transporte marítimo. Todavía vienen del extranjero los barcos grandes, cuando las tormentas no los alcanzan. Pero todo esto es muy raro y valioso ahora. No puedes comprarlo ni con la ración de agua de un año. Hace que robar sea más divertido”.

Madrone los escuchó charlar sobre los premios que habían recolectado en las redadas y sobre lo que más les gustaba comer. La distrajo del gran, vacío y terrible sentimiento

interior que amenazaba con brotar y ahogarla. ¿Katy estaba muerta? No, eso estuvo mal, mal. Ella debería estar lista para parir, para dar a luz la vida, no la muerte. Y le hice infelices sus últimos días y la separé de Hijohn. Quizás si hubiera estado con nosotros, podría haberla salvado. Tal vez....

Las cortinas se abrieron y entró Gabriel. Respiraba con dificultad, el sudor goteaba por los perfectos planos de su rostro y su piel de alcatraz estaba sonrojada de rosa.

“¡Lo lograste!”, dijo Rafe. “¡Celestial!”

“Déjame tomar un poco de agua”, dijo Gaby.

“¿Qué pasó después de que salimos?”

“El helicóptero explotó, quemó el lugar. Todo carbón, ahora. Mucha gente salió, otra no. A Littlejohn le dispararon. Muerto. Atraparon a Katy y a esa niña Ángel y los llevaron a alguna parte. A mí también me atraparon, pero me escapé de ellos”. Él sonrió.

Madrone permaneció sentada, en silencio. Le dolía por dentro. Littlejohn siempre había sido amable con ella, siempre había tratado de ayudarla. Y había conocido a Bird, era un vínculo con él. Ahora Bird parecía aún más lejano, tan remoto que tal vez nunca hubiera existido. Pero llorar la muerte de Littlejohn parecía un dolor placentero, un lujo apropiado para un mundo diferente. En este mundo, *El Mundo Malo*, ¿qué les estaba pasando a Katy y Poppy?

“¿No podemos hacer nada por ellos?” –Preguntó Madrone. “Hacéis redadas todo el tiempo, ¿no podemos recuperarlas?”

Rafe se encogió de hombros. “¿Dónde crees que estarán?”

“Quizás envíen a Katy a los corrales de cría”, sugirió Michael.

“No, no estoy listo para explorar como está ella. No quieren que salga nada de esos corrales. La llevarán al Centro de Investigación y harán algunos experimentos con ella”, dijo Rafe.

“¿Dónde es eso?” –Preguntó Madrone.

“Arriba en la universidad. En el Centro Médico”.

“¿Y Poppy?”

“Ella nunca volverá a los corrales”, dijo Gaby. “Ese gran garrote de mayordomo seguramente hará un trato privado en alguna parte”.

“¿Con quién?” –especuló Rafe. “¿A quién le gustan los peces recién pescados y tiene dinero para comprarlos?”

“Marichal, arriba en Spring Canyon. Stebner, junto a la playa. O cualquiera de los hombres de pantalla ancha.

“No, hoy en día todos están comprando temas estrictamente gubernamentales. Demasiada atención para ellos”.

“Podría ser cualquiera”, admitió Gaby. “Pero enviemos a los exploradores para que comprueben lo más probable. Simplemente estoy de humor para hacérselo a alguien después de eso”.

“Tenemos algunas armas nuevas”, dijo Rafe. “También podría usarlas”.

Los exploradores eran pequeños, morenos y de aspecto normal, y se alimentaban de la generosidad de los Ángeles por su utilidad. Fueron despachados y Madrone se sentó con los demás a esperar.

“Háblenos del Norte”, dijo Gaby. “Me gusta escuchar tus historias”.

“No estoy segura de poder hablar de ello ahora”, dijo Madrone. “Estoy demasiado preocupada”.

“¿Escuchaste que el ejército emitió una proclama de victoria?” Dijo Gaby.

“¿Les crees?” –Preguntó Michael.

Gaby se encogió de hombros. “Es lógico que ganaran si el Norte no tuviera ejército”.

“Nosotros no, no lo tenemos. No queríamos matar de hambre a la gente para poder tenerlo”, dijo Madrone.

“Cuéntanos tus historias de todos modos”, suplicó Gaby. “Aunque todo haya sido destruido y quemado, me gusta escuchar cómo era antes. Pasará el tiempo mientras esperamos que regresen los exploradores”.

“También dormiría”, dijo Rafe.

“Ah, vamos”.

No puedo soportar contar mi cuento de hadas ahora, pensó Madrone. Ya no lo creo. Pero Gaby parecía tan ansioso y tan joven, casi inocente por un momento, como cualquier niño que quisiera una historia. De mala gana, Madrone empezó.

“En el norte, el agua corre libremente por la ciudad en arroyos abiertos, donde los patos pueden bañarse y los niños nadar y pescar. Nadie es dueño de nadie y todo el mundo tiene suficiente para comer y beber...”

La mansión rosa estaba ubicada entre verdes jardines, rodeada por un alto muro de piedra, cercas eléctricas y un sistema de seguridad digno de un jefe de Estado impopular. Como asaltantes, consideró Madrone, los Ángeles carecían de la precaución y la delicadeza de los montañeses, pero lo

compensaban con puro valor y total crueldad. Después de que llegó la noticia de que se había comprado un nuevo niño, los ángeles Rafe, Michael, Gaby y Madrone habían caminado toda la noche por las calles desiertas, llegando a los centros turísticos de la playa justo antes del amanecer. Estuvieron fuera mucho después del toque de queda, pero Rafe simplemente disparó a cualquier guardia que los desafiara. Para desactivar el sistema de alarma, Michael arrojó un gato vivo a la cerca eléctrica. Mientras gritaba, escupía y se retorció de dolor, uno de los guardias salió para apagar el sistema y retirarlo. Tan pronto como lo desarmaron, Rafe le disparó.

“Espera aquí hasta que te llamemos”, dijo Michael. “Si no salimos, regresa a las colinas”.

Estaba muy feliz de esperar. La asustaban, casi tanto como los soldados y los mayordomos. Mataban con tanta calma, con tanta frialdad. Está bien, pensó Madrone, acurrucada entre la pared y un gran árbol de hoja perenne, es verdad que no quiero verlo. Soy una hipócrita. Quiero salvar a Poppy y no los desafiaré por su violencia, porque ¿cómo podría hacerlo? Su violencia me salvó la vida. Y mira lo que les han hecho: no es que apruebe el asesinato, pero sí explica su falta de empatía. Aún así, si es necesario matar, prefiero que ocurra fuera de mi vista, así puedo fingir que no tengo parte en ello.

Escuchó algunos disparos, pero mayormente silencio, y luego Gaby dio un breve silbido y la llamó por su nombre.

“Sobre el muro. Ahora está bien”.

Madrone se levantó y las piedras en bruto le sirvieron de apoyo para manos y pies. Se subió a la cima y saltó hacia abajo, aterrizando en cuclillas.

“Vamos”, dijo Gaby. Su rostro parecía sombrío y Madrone empezó a tener aún más miedo.

La sala de estar de la mansión era enorme, estaba alfombrada de blanco y tenía ventanas que daban al océano, brillando en rosa y oro y subiendo cuando la luz del amanecer brillaba a través de la niebla baja. Rafe parecía casi perdido en la extensión de paredes luminosas y sofás bajos. Estaba inclinado sobre algo y miró hacia arriba cuando entró Madrone.

“Es tuyo, Madrone”, dijo Rafe.

A los pies de Rafe yacía un hombre, atado, desnudo, con una mordaza apretada sobre la boca, y sus ojos la miraban aterrorizados. Se cagó de miedo y el hedor se mezcló con los demás olores de la habitación: sangre, orina y vómito. El cuerpo roto de Poppy yacía arrugado en un rincón, como una muñeca desechada.

Madrone se quedó en silencio, sorprendida, con los ojos distraídos por el panorama cambiante de luz y agua que jugaba en la distancia.

“Él es tuyo”, repitió Rafe.

“¿Qué quieres decir con que es mío?” –Preguntó Madrone.

“Para matar”, dijo Rafe. “Toma tu tiempo. Disfrútalo”. Sonrió y Madrone recordó de repente una gatita que había tenido cuando era pequeña y que solía traer a casa regalos en forma de ratones medio muertos, ladeando la cabeza con el mismo afán de complacer.

Quería vomitar.

“No”, dijo Madrone. “Uh, gracias, pero no. No, no quiero matarlo”.

“Echa un vistazo a Poppy, lo que queda de ella”, dijo Rafe. “Cambiarás de opinión”.

No quiero mirarla, pensó Madrone, o estaré atormentada por el resto de mi vida. Pero la habitación estaba llena de ojos de Ángel, fríos y azules, mirándola. Esta es nuestra vida, parecían decir. ¿Cómo puedes curarnos si no puedes soportar mirarlo?

Se obligó a arrodillarse junto al pequeño cuerpo y tocar la carne fría. La sangre manaba de las fosas nasales de Poppy y

de la carne desgarrada entre sus piernas. Había otras marcas en ella que los ojos de Madrone observaron pero su mente se negó a comprender. Ella iba a estar enferma. Algo se abrió en su mente, como la tapa que se deslizara de un pozo, y ella cayó a lo largo de los años hasta pararse sobre otro cuerpo femenino roto y ensangrentado. No, pensó, esto es lo que no quiero ver, lo que no puedo recordar y seguir viviendo: mi madre, después de que los hombres terminaran con ella, y yo salí sigilosamente al silencio y vi. Arrodillándose, tocó suavemente la piel fría de Poppy, como había tocado el rostro de su madre, pero no se movió. Ella no se movió.

Se metió el puño en la boca. De repente, se levantó.

“Los nervios cercanos a la superficie de la piel son los más sensibles”, dijo Gaby. “Pero por supuesto que lo sabes”.

No, quiso gritar Madrone, no sé nada de esto. No sé nada sobre la tortura, nada sobre la muerte.

“Deberíamos salir de aquí dentro de una hora para estar seguros. Debería ser tiempo suficiente para hacerlo bien”.

“¿Quizás quieras que uno de los chicos lo viole primero?”
–sugirió Gaby–.

Madrone estuvo a punto de decir que sí, sólo para ganar tiempo. El hombre estaba maullando detrás de su mordaza y todavía se le escapaba mierda por el trasero y ella no podía mirarlo a los ojos sin preguntarse si su madre se vería así.

Casi podía agarrar el cuchillo, cerrar esos ojos, detener la propagación de este dolor y la mancha de esta alfombra. Oh, eso no tenía sentido y tenía que pensar, pensar.

“No lo entiendes”, dijo. “No quiero matarlo. Nunca he matado a nadie”.

“Es divertido”, le aseguró Rafe. “Te llegará a gustar”.

“No, no puedo”.

No puedo dejarlo de lado ahora. Todos estos años lo he mantenido presionado, porque no quería recordarla así. Quería recordar su cara y no puedo. Nunca pude. Sólo que ahora la sangre y la terrible mirada fría de sus ojos...

Rafe se rió.

“Si lo dejas vivo, habrá más Poppys”, dijo Gaby. “Además él te identificará”.

Como los ojos de Poppy. Como podrían ser los ojos ardientes y temerosos de este hombre, en un momento. Vidrioso y ciego, su piel tan fría y húmeda. Y era justo, porque sus ojos habían visto, habían observado cómo sus manos... no, no podía pensar en eso.

“Si hay que hacerlo, hazlo”, dijo Madrone. “Pero rápido y limpio. No lo alargues”.

“¿Por qué no?” –Preguntó Rafe. “Esa es la parte divertida”.

“Eso es lo que le hizo a Poppy”, dijo Michael. “¿Quieres que te describa exactamente cómo consiguió esas heridas en particular?”

“No”, dijo Madrone rápidamente.

“Preferirías no saberlo”, dijo Rafe, con un tono en su voz que la asustó. “Preferiría mantener tus manos limpias. Sé lo que estás pensando: es lo que todos piensan. Déjalo en manos de los Ángeles. Déjalos hacer el trabajo sucio. Nacen con sangre debajo de las uñas”.

Pero sé demasiado. Es lo que no puedo ignorar lo que me está matando. Y me gustaría hacerle daño. Me gustaría que pagara por lo que ha hecho. Me gustaría que todos pagaran, todos los torturadores, violadores y escuadrones de la muerte. *Diosa, Coatlicue*, ¿debo convertirme en instrumento de tu justicia y limpiar el mundo para ti?

“Querías esta redada”, dijo Gaby.

Tomar el cuchillo de la Segadora, pero si tomo ese cuchillo y dejo que la ira en mí pruebe la sangre, ¿en qué me convertiré? ¿Cómo volveré alguna vez a ser yo misma?

¡Piensa, piensa, piensa! Usa tu mente, niña. Tierra. Recuerda quién eres y quién quieres ser.

Madrone respiró larga y profundamente.

“Poppy está muerta”, dijo. “Matarlo no la traerá de vuelta”.

“Eliminaré parte de la escoria de un mundo sucio”, dijo Michael. “Pero si no quieres hacerlo, tal vez quieras mirarme. Me dicen que soy bueno con mis manos. Mejor con un cuchillo”.

“Les pido que no lo hagan”, dijo Madrone. Estaba luchando por respirar y sus palabras llegaron entre jadeos. “No lo torturen, no prolonguen su muerte. Tal vez pueda ser divertido para vosotros, tal vez incluso sea justo, pero eso no significa que sea correcto”.

“No importa si es correcto”, dijo Gaby. “¿No quieres venganza?”

“Sí”, admitió Madrone. “Podría arrancarle el corazón. La tortura sería demasiado buena para él. Pero eso no es en lo que estoy pensando. Nos convertimos en lo que hacemos. Si hacemos estas cosas, ¿cómo llegaremos a ser algo mejor que lo que él es? ¿Cómo podemos construir algo todos juntos?”

“¿Quién dice que los Ángeles están interesados en construir algo con una manada de ratas y montañeses secos?” –Preguntó Rafe.

Ahora tenía mucho miedo, miedo de la forma en que la miraban, con ojos casi tan vidriosos como los de los muertos. Los había traicionado, juzgado. No la perdonarían.

¿Soy demasiado cobarde para matarlo? ¿Demasiado aprensiva, como aquellos que comen carne pero se niegan a empuñar el cuchillo?

A lo lejos sonó una sirena.

“Eso es todo”, dijo Gaby. “Se nos acabó el tiempo”.

“Fuera de aquí tú también”, dijo Rafe, hundiendo un cuchillo en el corazón del hombre. Se marcharon mientras él gorgoteaba, escupía sangre y moría.

“Dispersaos”, gritó Rafe cuando salieron a la calle, y de repente todos los que la rodeaban se habían ido.

Éste es mi castigo, pensó Madrone, mientras su corazón latía con fuerza por el pánico. No conocía ninguna de sus rutas secretas para entrar y salir de este distrito, ni escondites, ni lugares donde desaparecer.

Tenía que alejarse y rápido. Tenía que salir de esa calle, con sus fincas de paredes blancas por las que nadie caminaba nunca. A ciegas, se dio vuelta y echó a correr, alejándose del sonido de las sirenas.

Capítulo XXVII

Madrone se obligó a caminar con paso firme, como si tuviera perfecto derecho a estar donde estaba. Todos sus sentidos estaban alerta, sus ojos se movían nerviosamente de un lado a otro. Había salido rápidamente de los sectores acomodados, dirigiéndose al sur y al este hacia las calles llenas de escombros de los llanos y las llanuras aluviales, donde las crecientes aguas del océano se colaban por una grieta en los diques rotos para ahogar las calles y sumergir los edificios.

El sol de la tarde brillaba opacamente detrás de un banco de niebla gris que se posaba pesadamente en el horizonte. A su alrededor, los restos de altos edificios emergían del agua. Unas pocas personas desesperadamente pobres habitaban casas precarias en los pisos superiores de los rascacielos sumergidos. Iban y venían en barco o en el

laberinto de pasarelas medio podridas, sobrevivieron hasta que las mareas altas o las tormentas movieron los cimientos de los edificios y se desmoronaron en t́mulo funerarios.

Llevaba huyendo desde la mañana, sin nada que comer y empezaba a cansarse. Necesitaba un refugio. Necesitaba comida y sueño y los cálidos brazos de alguien que la albergara, la arrullara y la ayudara a olvidar; necesitaba tiempo y seguridad para sondear y liberar sus recuerdos.

¿Te sentiste así, mamá? ¿Cazada? ¿Asustada? ¿O todo sucedió demasiado rápido? ¿Por qué nunca puedo sentir una pizca de tu presencia, como a veces siento a Johanna o Sandy? ¿A dónde fuiste?

Algo cambió en el aire a su alrededor, un cambio sutil como si por un momento la presión cambiara. Una voz le habló, áspera y masculina, en el arrastrado español de Guadalupe. *“Cuida tus espaldas, hija”*. Cuida tu espalda, niña.

El agudo oído de Madrone captó el sonido metálico y chirriante de un dispositivo de comunicación detrás de ella. Patrullas. Estaba en una calle que conducía directamente al paseo principal, que pasaba por la playa; delante de ella no había nada más que agua y los muelles en desintegración que conducían a las tierras ahogadas. Pero ella no pudo retroceder.

“Sigue tu rumbo”. Sigue caminando. No lo dudes.

¿Quién era este antepasado que le hablaba? Salió al paseo marítimo y sus pasos resonaron en las tablas de madera. El agua le parecía siniestra. Las advertencias de Johanna resonaron en su mente: “No te metas en ese agua, ¿entiendes? No sabes lo que contiene”.

“¡Cuidado!”

Se oyeron pasos detrás y delante de ella, reverberando como el tatuaje de un tambor. Otra patrulla venía hacia ella.

¿Y ahora qué hago, seas quien seas? ¿Voy a morir ahora? ¿Es por eso que el velo entre los mundos se adelgaza de repente?

Delante de ella, el esqueleto de un viejo muelle se bifurcaba, cruzando el agua. Los soportes centrales habían desaparecido, pero los soportes laterales formaban un puente estrecho, y ella lo tomó, balanceándose ligeramente sobre los estrechos puntales. No era peor que cruzar la autopista, se dijo, aunque el agua la asustaba. Se estremeció al pensar en caer, no sólo por el frío y los posibles tóxicos sino por lo que había sumergido debajo, cadáveres de casas y huesos de ahogados, secretos, muerte. Un grito vino detrás de ella. Caminó más rápido, el agua lamiéndole los talones. Otro grito. Y ahora el muelle terminó, con los puntales rotos en el aire.

Entonces este es el final, papá. Debes ser tú, viniendo a la sombra del recuerdo de mi madre, hablando con *acento* guadalupano. Realmente nunca creí en ti, pero eras una especie de montañés, ¿no? ¿Qué hace al final un verdadero revolucionario?

“Haz lo que hay que hacer”. Haz lo que haya que hacer.

Temblando, se quitó los zapatos y se quitó la ropa. Este es el lugar oscuro, el lugar al que nunca quise ir. Pero no hay ningún otro lugar. El grito volvió a sonar, muy cerca de ella. Demasiado cerca. Ella se zambulló.

El frío la golpeó como una onda expansiva. Contuvo la respiración y nadó bajo el agua todo lo que pudo, hasta que finalmente tuvo que salir a la superficie para respirar. Los diques desmoronados formaban un rompeolas; dentro de su circuito las olas estaban tranquilas, pero ella estaba atrapada. Ya podía ver patrullas que se dirigían a la estrecha carretera que discurría a lo largo de la parte superior de los diques. Una llamarada de fuego láser dividió el aire. Respiró hondo y se sumergió de nuevo, entregándose a la corriente, que la sacó rápidamente a través de la brecha. La derribó y la llevó corriendo entre las rocas; comenzó a entrar en pánico mientras intentaba luchar hacia la superficie a través de remolinos que la hacían girar y caer.

Mantén la calma, se dijo a sí misma, tratando de frenar los latidos de su corazón. El miedo te matará ahora si lo

permities. Yemayá, Mamá Océano, llévame ahora. Soy tuya, no me hagas daño, mamá.

Había atravesado el rompeolas y ahora la corriente amainó y le permitió subir a la superficie para tragar aire. Estaba en mar abierto, donde se levantaban enormes olas, redondeadas y vidriosas, echando espuma. Recordaba los viajes a las limpias playas de la costa de Sonoma, cuando era niña. Enfréntate a las olas, había dicho Rio, no intentes esquivarlas, sumérgete directamente en ellas. Maya lo había convertido en una metáfora de la vida. Y podía hacerlo, deslizándose a través de cada rompiente que golpeaba, volviéndose elegante y delgada mientras las olas la golpeaban. Arriba para tomar aire y luego continuar con la siguiente, subir cuando la fuerza disminuía y respirar antes de la siguiente, una y otra vez, hasta que pensó que lloraría de cansancio.

Y entonces, de repente, los atravesó, más allá de la zona de impacto, hacia el suave oleaje. Ahora hacía calor y la niebla se disipó para permitir que un toque de sol transformara el día de gris a azul. Se sentía fuerte, regocijada. Lo había logrado y ahora podía nadar para siempre, dirigiéndose hacia el norte con la corriente hacia las bocas de los cañones que conducían a las colinas. ¿Cuán lejos? ¿Cinco millas? ¿Diez? ¿Qué tan lejos podría nadar? Si voy despacio, si me tomo mi tiempo, hasta donde sea necesario.

El océano era la madre de la vida. Recordó cuentos de mujeres medievales de Italia que se habían tomado de la mano, en masa, y habían caminado hacia el mar para ahogarse, escapando de las torturas de los quemadores de Brujas. En el peor de los casos, se uniría a ellas. ¿Pero tal vez algunas de ellas también habían escapado y nadado hacia un lugar seguro?

El sol viajó en un arco bajo, moviéndose hacia el oeste para encontrarse con ella.

Poco antes del atardecer, se dio cuenta de que estaba en problemas. Había nadado durante horas, pensó, y estaba cansada y helada. No tenía idea de cuántos kilómetros había recorrido, sólo que había llegado al norte, ayudada por la fuerte corriente, más allá de los altos acantilados de las empalizadas, hasta donde las montañas se elevaban abruptamente desde el fuerte oleaje. A lo largo de ese tramo de costa sólo había unas pocas playas, una o dos aberturas a lechos de arroyos secos que marcaban por dónde fluía el agua durante las breves lluvias. Si tan solo pudiera llegar a uno, desembarcar allí y subir a las montañas...

Caía la noche y, aunque llegara a tierra, la caminata hasta los campamentos sería larga y fría; estaría mojada y desnuda en la oscuridad. Pero ahora no debía ni podía pensar en eso; se concentraría en nadar y regresar a la tierra. A lo lejos pudo

ver una huella en los acantilados, una mancha más oscura contra las rocas que significaba la grieta de un arroyo, y reuniendo sus menguantes fuerzas, se lanzó.

Durante unos diez minutos, nadó a paso lento, lento pero constante, observando su respiración y dando instrucciones a sus cansados pies para que patalearan. Se detuvo por un momento, flotando en el agua y sacudiéndose el cabello de los ojos para ver hasta dónde había llegado.

El arroyo estaba más lejos. Incluso cuando se detuvo por un momento, la fuerte corriente la arrastraba hacia el norte y el oeste, siempre hacia el oeste, mar adentro.

No, pensó. Estoy cansada, mamá Oceano. Déjame ir. Antes de que pudiera entrar en pánico, se lanzó de nuevo, cambió ligeramente el ángulo de su dirección y nadó con más fuerza. Esta vez hizo algunos progresos, la orilla se acercó un poco más, a pesar de que todavía estaba a la deriva al norte de la desembocadura del arroyo.

Pero debo esforzarme más, pensó, incluso cuando sus piernas comenzaron a sentirse pesadas como piedras y su respiración entraba y salía con dificultad de su pecho. Siempre puedo esforzarme un poco más, ¿no? Porque no puede terminar así. No. No estoy lista para que esto termine.

Si el océano se detuviera tan solo por un momento, darle la oportunidad de descansar, de recomponerse. De repente

comprendió a todas las madres que alguna vez había oído gritar en medio del parto: “¡Detente! ¡No puedo seguir con esto! Pero estaban trabajando para llegar a la vida, y ella siempre había estado segura de que podían confiar en que sus cuerpos de mujer resistirían la llegada de la vida. Mientras confiaba en su cuerpo, pesado, cansado y frío como estaba, para superar esto.

Yemayá, soy tu hija. No puedes tener la intención de matarme ahora. No tiene sentido pasar por tantas cosas y morir en ti.

“Pero soy implacable, implacable. No soy tu cuerpo, pero soy más grande que tu cuerpo. Nunca paro”. Y mientras escuchaba las palabras en su mente, la corriente la estaba absorbiendo, bebiendo de un solo trago la distancia que había ganado con tanto esfuerzo.

Sólo estoy cansada, pensó. Pero soy fuerte. Puedo seguir. Siempre puedo seguir, mientras sea necesario. No puedo ceder.

En ese momento, una ola la alcanzó por detrás y le salpicó la cabeza, de modo que ella inhaló sólo un soplo de agua, como el vapor de una risa. De repente ella estaba jadeando. Sus pulmones querían expulsar todo el aire, pero no respiraban, y sus pies y brazos de piedra pesaban demasiado para moverse.

Tengo que seguir intentándolo, pensó. Pero debajo había otra voz que susurraba: “No puedo hacerlo. Necesito ayuda. No puedo regresar sola”. Desesperadamente, hizo un intento más de nadar. Si sigo la corriente, no intento luchar contra ella, tal vez me lleve a otro lugar donde pueda encontrar una manera más fácil de entrar.

Pero la corriente sólo la estaba sacando fuera, y después de tres golpes su corazón latía con fuerza y le costaba respirar.

Sólo tengo que parar y recuperar el aliento, pensó, rodando sobre su espalda. Debo recuperar el aliento, descansar...

Estaba tumbada boca arriba, el océano la llevaba con el agua azul a su alrededor, el cielo azul sobre ella mientras el sol se hundía ominosamente cerca de las olas. Estaba en el océano y el océano estaba en ella, fluyendo en el agua salada de sus venas, gorgoteando por sus pulmones con cada respiración silbante. Pero quiero vivir, pensó. Aquí está el momento de mi muerte, la puerta por la que todos pasamos, la puerta de la que he estado tan cerca antes, y que he visto a tantos cruzar. Y no estoy preparada para ello. Quiero vivir.

Quiero vivir. Y no hay nada que pueda hacer al respecto. No puedo salvarme. No hay nada más que pueda hacer ahora, excepto esperar, tener esperanza y respirar. Intenta ralentizarlo, estabilizar el corazón, respirar a través del agua

y el dolor. No pienses en el sol, que pronto se deslizará humeantemente bajo el agua. No pienses en el frío, en el calor del cuerpo que se escurre en este baño helado. Sólo respira y piensa en vivir. Bebiendo té caliente en el barco de Isis. Estar sucia y sedienta en los cañones, anhelar agua, orar por agua. El sol brilla y las abejas tararean, viniendo a extraer esa dulzura. Sí, puedo sentirlo perlando mi frente. Si hubiera abejas aquí, perdidas en medio de esta agua, todavía podrían ser alimentadas por mí. Soy tu flor de agua, Madre, sé amable conmigo. Viviré tanto como pueda, en ti, porque nada en mí realmente quiere morir.

Cerró los ojos, sintiendo un cosquilleo en la frente como los hilos de las patas de las abejas, pero sus oídos sólo escuchaban los sonidos del agua, y cuando abrió los ojos, no vio nada más que el azul del agua y el azul más pálido del cielo.

Y mientras tanto, el sol, como ella, cabalgaba sobre las olas hacia el oeste.

“Bueno, ahora estás en un lío, niña”, dijo Johanna. “¿Cuántas veces te dije que te mantuvieras fuera del agua? ¿De qué sirve darte un consejo si no lo sigues?”

Madrone había cerrado los ojos para no ver la puesta de sol y no podía decir dónde estaba Johanna. Cerca, sin duda. Yo también estoy a mitad del velo, pensó, tal vez más.

“¿No te dije que siempre buscaras a alguien que te cubriese las espaldas?”

Quizás debería abrir los ojos, pensó Madrone. Si esta es la última puesta de sol que veré, tal vez no debería perdérmela.

“Contéstame, niña”.

“Ayúdame, Juana. Sé agradable conmigo. Por favor”.

“¿Ayudarte? Lo he intentado, niña, una y otra vez, pero insistes en enfrentarte a fuerzas demasiado fuertes para ti.

Pero mis párpados son demasiado pesados. Aun así, puedo ver el sol a través de ellos, un brillo rojo a través de mi propia sangre.

“No te quiero, Johanna. Vete. Quiero a mi mamá, mi verdadera mamá. ¿Por qué no viene a verme?”

¿Por qué no puedo recordar su rostro, su voz viva, en lugar del tacto frío de su piel muerta? Mamá, ¿dónde estás?

Madrone no oyó más que el viento y el zumbido de sus oídos acunados por el agua.

¿Por qué me dejas sola aquí? Ni una palabra, ni un susurro de presencia. Mamá, ¿voy a encontrarte ahora después de todos estos años? ¿Y qué encontraré? No puedo recordar,

no puedo recordar tu olor ni tu tacto ni nada de lo que alguna vez me dijiste; es como si te hubieras desintegrado, como si nunca hubieras existido.

Pero ahora lo recuerdo, recuerdo que me dijiste que me escondiera. Y me escondí. Te oí gritar y no te ayudé. Te toqué y estabas toda fría y ensangrentada y pensé que te haría daño.

Quiero ser limpiada de esto. Mira, mamá, se me escapa agua de los ojos, nunca antes lloré por ti, y ahora las lágrimas son calientes en mi piel fría y saladas como esta agua que me lleva. Creo que estás ahí, en algún lugar, debes estar, no puedes no estar en ningún lado. ¿Cómo limpio este recuerdo para poder volver a ti? Estoy intentando alcanzarte, pero mi brazo es un peso frío en el agua, demasiado pesado para levantarlo. Sólo tendrás que creerme, te estoy alcanzando, me estoy abriendo.

Pero ella sólo se estaba abriendo al agua. Salió de sus ojos y lamió su cara y empapó los tejidos de sus pulmones, estaba en ella como ella estaba en él, y se imaginó que pasaba por su cerebro, empapando sus recuerdos. Limpieza. Se abrió, imaginándose que todo su ser se partía de par en par para que ya no hubiera ninguna separación entre ella y las olas. La bañaron mientras la brisa jugaba a través de sus pulmones empapados y el sol radiante y abrasador, en su descenso, iluminaba sus entrañas. Si esto es morir, pensó, no es tan malo. Es una muerte limpia, sin sangre, sin dolor,

sólo un paseo en la marea, mareas de vida, mareas de enfermedad y muerte, grandes corrientes de *ch'i* que refluyen y fluyen, un gran útero de vida que nace, traga y reclama incluso los recuerdos.

Esto es lo que significa volverse uno con la Diosa. Convertirse en agua, agua de vida, agua de nacimiento y muerte y todo lo que pasa en ti, alegría y dolor. Sí, el dolor de mis pulmones laboriosos y mi espíritu aferrándose a la vida con ambas manos mientras la muerte me afloja. Mi dolor, el dolor de mi madre, es todo lo mismo, el terrible dolor de un niño torturado hasta la muerte, el terrible dolor de cada célula de plancton que se fríe en el ozono lixiviado, el lamento de las ballenas desaparecidas hace tanto tiempo.

¿Por qué somos así? Tú, Yemayá, matriz de toda vida, ¿qué has parido y por qué? ¿Por qué, por qué, por qué?

“Bueno, me gusta experimentar”.

La voz era como la de Johanna, Maya o Yemaya, familiar, la voz más profundamente familiar que Madrone había oído jamás, como si sus células la hubieran conocido desde siempre.

“Y sí, siempre he tenido tendencia a ir a los extremos”, dijo la voz. “Soy un jugador que apuesta mucho. Y ningún juego es realmente emocionante a menos que exista la posibilidad de perder”.

No, no seas la Diosa, no me des filosofía, sé mi madre. Mi propia madre.

“Pero, niña, ¿qué otra cosa podría ser? ¿No soy yo la madre de toda vida? ¿No te di mi cuchillo y no te convertí en mi hija?

¿Esa eras tú? Pensé que era *La Serpiente*.

“¿De dónde surge la serpiente? ¿A quién sirve la partera sino a la madre y a la nueva vida? ¿Qué cuerda se puede cortar que no haya sido previamente tejida?

Pero sólo quiero que me mezan, me acunen y me abracen. El sol era un fuego rojo que lamía las olas.

“Pero te estoy meciendo en mi gran regazo. Las aguas del mundo entero son vuestra cuna”.

No puedo sobrevivir a tu amor, mamá. Es demasiado fuerte para mí. Me estoy disolviendo, perdiéndome en ti. Y te amo, pero me gustaba ser yo. Y no puedo salvarme ni a mí ni a nadie. Perdóname por fallarte, mamá.

El sol se había puesto y el cielo se llenó de un brillo anaranjado que empezó a desvanecerse.

“Pero no me has fallado, niña. Todo lo que prometiste ser fue mi instrumento”.

Su instrumento. Como una trompeta o un arpa o el sonido de una caracola. La música rugió a través de ella. Madrone escuchó la canción de Bird y luego música de alguna fuente más profunda. Las canciones sólo hacían eco, como el zumbido de mil abejas y el aroma real en el aire, como el momento justo antes de llegar cuando todo se comprime en un punto de placer incipiente, como la liberación de ola tras ola tras ola...

Así que, después de todo, no era un cuchillo, pensó Madrone, sino otro tipo de instrumento. Se sintió ligera, de repente, un gran peso que llevaba se disolvió, estaba flotando, ingrávida, y alrededor de su cabeza había miles y miles de abejas doradas, abanicando el aire con sus alas para que oliera dulce, dulce...

“Por allí”, gritó Melissa.

“Sé observadora, no le quites los ojos de encima”, indicó Isis. “¡Listo! Desechar. Recoge esa sábana. Aquí vamos”.

Debajo del enjambre en el agua había una forma humana. Las abejas se arrastraban arriba y abajo por un cuerpo inerte que flotaba como madera flotante.

“Está viva”, dijo Melissa. “Las hermanas cantan angustia pero no muerte. Apúrate”.

Isis maniobró el barco tan cerca como se atrevió de la figura flotante.

“No puedo acercarme más”, dijo. “¿Tú nadas?”

Melissa le dio una mirada sorprendida.

“¿Alguna vez has remado en un bote?”

“Nunca”.

Isis suspiró. “Está bien. Mira, siéntate aquí y toma el timón. Voy a dejar que las velas ondeen al viento y no iremos a ninguna parte. Así es, mantenlo así; si el barco comienza a moverse en esa dirección, tira de él en la dirección opuesta. Bien. Ahora, ¿puedes suspender a las hermanas? No quiero que me piquen hasta la muerte”.

Melissa cerró los ojos.

Madrone sintió que algo cambiaba. Era el zumbido, el zumbido había desaparecido. Lo lamentó, ya se lo había perdido. Quizás esté muerta, pensó y, con cautela, abrió los ojos. Si esto era muerte, se parecía mucho a la vida, una extensión de agua azul que se oscurecía rápidamente hasta tornarse índigo en el crepúsculo.

“¡Ey!”

Creyó escuchar un sonido y trató de responder, pero no salió mucho de sus labios. Luego había un rostro cerca de su rostro.

“¡Tú!” dijo Isis. “¿Qué diablos estás haciendo aquí?”

“Me estoy ahogando”, –logró susurrar Madrone roncamente.

“Puedo ver eso. ¿Puedes agarrar este anillo? Empujó un salvavidas blanco en la mano de Madrone, que se cerró sobre ella.

“¿Puedes agarrarlo fuerte?”

Madrone asintió. Su mano se cerró sobre el anillo como una garra. Isis desapareció y pronto Madrone se sintió arrastrada por el agua. Por un momento, sintió una sensación de pérdida. Ella había sido el océano, la Diosa, la vida misma. Ahora ella era un pequeño trozo de vida, moviéndose a través del agua, otra forma alienígena.

Al costado del barco, Isis cargó a Madrone sobre su espalda, la subió por la escalera y la depositó en cubierta. Madrone se dio la vuelta, intentó respirar y expulsó un chorro de agua con sangre de color rojo anaranjado.

Como un parto, pensó mientras vomitaba de nuevo.

“Tenemos que calentarla”, dijo Isis, tomando el timón de Melissa y atando la escota del foque. “Llévala abajo. Abrígala. Déjala beber un poco de agua con miel”.

Mi nacimiento. Nacida del agua, del océano, útero de vida. Renacida.

Supongo que voy a vivir después de todo.

Capítulo XXVIII

“¡Quiero verlo!” Maya se puso de pie, agarrando el borde de la mesa redonda de la cocina con las manos, con los nudillos blancos. Sam se sentó frente a ella, con el ceño oscuro fruncido y los labios apretados.

“Parecía indicar que debías mantenerte alejada. Es demasiado peligroso, Maya. Fui estúpido al mencionar tu nombre”.

“No me importa, es mi nieto. ¡Puedo correr algunos riesgos en esto también!

“Lo avergonzarás, Maya. ¡Tú pondrás el sello definitivo a su humillación!

“¡Mierda!”

Sam dejó escapar un largo suspiro y dijo en un tono más conciliador: “Tiene guardias con él todo el tiempo. Si se enteran de que eres su abuela, serás la principal candidata como rehén”.

“No me importa. Soy vieja, Sam, ¿qué me importa si muero? Hace mucho que debería haberlo hecho”.

“¿Qué?, ¿No soy razón suficiente para vivir? Pensé que disfrutabas nuestras pequeñas lecciones de anatomía”.

“No hagas bromas ahora, Sam”.

“Perdóname”. Él se acercó a la mesa y le acarició la mano. “Así es como lidio con el dolor”.

“*¡No es así como yo trato el dolor! ¡Quiero hacer algo al respecto! ¡Quiero a mi nieto!*”

“Déjalo en paz, Maya. No puedes hacer nada por él en este momento”.

“Tal vez podría ayudarlo”.

“Puedes ayudarlo manteniéndote alejada. Maya, eres una anciana, has peleado muchas batallas. ¿No puedes simplemente dejar esto fuera?”

“¡Siéntate! ¡Eres tan mayor como yo!”

“¡Soy quince años menor que tú!”

“¡Los hombres envejecen más rápido! ¡Se desgastan antes! ¡En lo que a mí respecta, no lo suficientemente pronto!

Pero ella se mantuvo alejada de la Plaza.

Nadie tomó las cartillas de racionamiento. Después del primer día, nadie habló con Bird cuando este aparecía cada mañana en la Plaza, flanqueado por sus dos guardias, sus sombras. Incluso se parecían un poco a él: la misma piel marrón tierra, el mismo pelo de lana muy corto y ojos negros. Todos los hombres de esta unidad lucían así; Pasaron días antes de que pudiera distinguirlos a unos de otros, excepto por los números estampados en sus uniformes grises. No es que importara: no tenían nombres; Por lo que él sabía, se hablaban entre sí mediante versiones abreviadas de sus números de identificación, Tres, Dos, Seis Cuarenta, mientras hablaban en la jerga que Bird recordaba de la prisión, el dialecto entrecortado de los rediles, recortado y abreviado como si quienes lo hablaban no tenían derecho a utilizar tantas palabras como otras personas.

El cuartel era una antigua oficina en un antiguo edificio gubernamental, con escritorios retirados y filas de paletas debajo de ventanas que no se abrían. En su primera noche, Ohnine, el tipo más grande de la unidad, de repente se

abalanzó sobre él, agitando los puños y dejando escapar un grito espeluznante. Bird suspiró: ya había pasado por esto antes; era la prisión de nuevo. Agarró el brazo derecho de Ohnine, lo giró y lo puso boca arriba. Ohnine se recuperó rápidamente, se puso de pie y atacó a Bird con un cuchillo. El pie de Bird conectó con el plexo solar de Ohnine, y en un momento le quitó el cuchillo de la mano, donde se deslizó por el suelo.

“Ni siquiera te molestes”, dijo Bird, mientras Ohnine comenzaba a levantarse de nuevo. “Me corté los dientes con tipos más duros que tú. No importa si vienes de los corrales. Yo vengo de la calle, hombre. Soy el hijo favorito de Satanás. Soy el hermano mayor de cinco mil demonios y como demonios en el desayuno”. De repente se dio cuenta de que se estaba divirtiendo. «Hasta aquí la no violencia», pensó. Si tuviera la oportunidad, nada le gustaría más que darle una paliza a todos los hombres de este lugar. Y si tuviera un arma, si pudiera apuntar con ella a la frente del general, apretar el gatillo y ver cómo sus sesos se desparramaban por el suelo...

Pero en realidad no quería matar a estos tipos. En realidad, eran bastante lamentables, y ahora que había golpeado a su líder, probablemente serían sus mejores amigos, en la tradicional tradición masculina.

Curiosamente, Bird se sentía como en casa con ellos. Había salido del círculo encantado de amor, amistad y comunidad;

nunca habían estado dentro de él. Los relatos de su crianza fueron desgarradores. Les gustaba alardear de los azotes que habían recibido y de las palizas que habían soportado cuando eran niños. Habían crecido juntos. Su unidad había salido de los corrales y había pasado por el entrenamiento como una sola, brindándose mutuamente su único sabor de afecto y lealtad.

“No confíes en nadie, fuera de tu unidad”, le dijo Ohnine. Después de que Bird pasó la prueba de iniciación de Ohnine, Ohnine lo adoptó y se acostó a su lado. Bird le enseñó algunos lanzamientos sencillos y, a cambio, el otro le contó cosas. “Será mejor que seas estricto con tu unidad, porque es en lo único en lo que puedes confiar. Tu unidad puede hacerte o deshacerte. Salva tu vida o te la quita. Estamos juntos y nadie se mete en eso”.

Pensó mucho en la discusión en la Plaza. ¿Tenía razón Lily? ¿Eran capaces de transformarse? La compasión parecía haberles sido arrancada o eliminada. Defendían hasta la muerte a cualquier miembro de su unidad desafiada desde el exterior, pero entre ellos, su mayor placer parecía provenir de golpearse, lastimarse o humillarse unos a otros en mayor o menor medida.

“¡Oye, cabrón desalmado, lámeme el culo!”

“¡Te voy a romper la cabeza, gordo!”

“¡Chúpame la polla!”

Sin embargo, no estaban completamente alejados de la bondad. Sintió en Ohnine una especie de simpatía. En los peores días de Bird, cuando el purgatorio diario en el parque lo había agotado y yacía acurrucado en su litera, enfermo de vértigo y odio a sí mismo, Ohnine venía y se sentaba a su lado.

“Déjame en paz”, decía Bird, pero Ohnine se quedaba.

“No te castigues”, le dijo una vez a Bird. “Los guardias se hacen mediante tortura, hombre. Todos hemos pasado por eso también. Tienes que llegar a ese límite en ti mismo, más allá de ese punto en el que crees que tienes el control”.

Bird lo miró asombrado. Sólo por un momento, en realidad se encontraron, alma con alma. Le estaban ofreciendo consuelo, absolución.

“Me rompí”, dijo Bird.

“Todos nos rompemos. Claro, hombre, sé cómo piensas, todos pensamos de esa manera, pensamos: Oye, soy yo quien puede vencerlo, pueden quebrarte a ti pero no a mí. Pero todos nos rompemos. Y una vez que sabes eso, te da confianza cuando llega tu turno de derribar a alguien más. Porque sabes que lo hará, sin importar lo que diga o piense. Puedes tener paciencia, puedes mantener la calma”.

¿Me pasará eso a mí? Pensó Bird. ¿Me convertiré en un rompedor, en un torturador?

“Te cuento cómo lo hacemos, hombre. Tienes un cliente (así llamamos al palo en el que estamos trabajando) y tienes que conseguir que te dé un poquito. Para empezar, no lo rompes con algo grande, pero eliges algo pequeño, algo que él pueda decir: Oye, ¿por qué no hacerlo, por qué no decirlo? No vale la pena aguantar. Acostúmbrelo a ceder, porque una vez que comience, dará y dará y dará. Luego le obligas a hacer lo siguiente, algo pequeño otra vez, moverlo gradualmente. Paso a paso. Hasta que al final lo tienes lamiendo tu mano como un perro. Y es una sensación muy buena llevar a un hombre fuerte por ese camino”.

¿Me está advirtiéndome? ¿Es esa la ruta trazada para que caminen mis pies? ¿Hasta dónde he llegado? ¿No siento ya que se muevan mis pies? Y Bird estaba cayendo, cayendo y cayendo otra vez, pero ya no del todo en el vacío. Había algo más allí. La unidad. En contra de su voluntad, era parte de algo.

Las preguntas que lo perseguían por las noches le impedían dormir bien. ¿Cuándo se cansaría el general de él y ordenaría que lo mataran? ¿Cuánto tiempo podría proteger a Rosa? ¿Qué cosas peores de las que ya había hecho podrían obligarle a hacer?

Luego estaban los sonidos nocturnos provenientes de la habitación al final del pasillo. Los hombres lo presionaron para que se uniera a ellos. “Tú en la unidad, tienes que probar la carne”, dijeron, riéndose de él cuando se negó. Podrían tener a Rosa allí. Quienquiera que tuvieran allí era la hija, la hermana, la amiga de alguien... no, él no entraría. Pero no los detuvo, no arrojó su cuerpo frente a ellos como lo había hecho Rosa con él.

“Carne fresca esta noche”, anunció Sixforty en la habitación donde estaban los hombres. “Tenemos a una chica de la ciudad en fila para entrar. Tan pronto como se abra la sala de recreación”.

“Dásela primero al chico Birdie”, dijo Ohnine. “Es hora de que pruebe algo crudo”.

“No”, dijo Bird, antes de que pudiera detenerse. Era peligroso oponerse a ellos de manera demasiado directa y demasiado honesta.

“¿No te gusta el coño?” Ohnine se burló de él, con un tono siniestro en su voz.

“Me gustan las mujeres”, dijo Bird en voz baja y seria. Mantén la calma, no te pongas a la defensiva. “Amo a las mujeres”. Y el pensamiento de la mujer que yacía en la habitación de al lado, atada como su víctima, le dio ganas de vomitar. No podría violar a una mujer. Sería una traición a

cada toque reconfortante que alguna vez había sentido, a cada aumento y derrame de placer, a algo tan profundo en él que todavía estaba intacto por debajo de todos los niveles de pérdida y traición. Eso lo sorprendió y volvió a asustarlo. Entonces todavía tenía algo que perder.

“Una esperándote en la habitación de al lado”.

¿Qué decirles? “Ninguna de las mujeres que amo volvería a tener nada que ver conmigo si violara a otra mujer”.

“¿Quién se lo va a decir?”

“Cuando amas a alguien, cuando realmente te abres a él, no puedes guardar un secreto como ese. Ellos lo sabrían. Me cambiaría”.

“Supongo que es bueno que no ame a nadie”, dijo Ohnine. Los demás se rieron. La tensión disminuyó ligeramente.

Debería dejarlo pasar, pensó Bird, pero tal vez, sólo tal vez, podría haber una oportunidad aquí.

“Es algo triste”, dijo Bird. “Amar a alguien es realmente hermoso. Hacer el amor con una mujer que realmente te desea, o con un hombre...”

“¿Lo haces con hombres?” Dijo Ohnine.

“¿Seguro. Por qué no?”

Se hizo el silencio a su alrededor.

“¡Eso es malvado! Así es como los demonios entran en ti”, dijo Sixforty.

“Vamos, ¿realmente crees eso? Todos ustedes aquí juntos todo el tiempo, ¿no me digan que ninguno de ustedes se lo hace alguna vez?”

La temperatura de la habitación pareció bajar de repente. El silencio se intensificó. Oh, oh, pensó Bird. Deberías haber mantenido la boca cerrada, muchacho.

“¿Nos estás llamando maricones?” –preguntó Ohnine.

¿Qué hago ahora? Se preguntó Bird. ¿Retroceder y humillarse o fanfarronear y seguir adelante? ¿Cuántos de ellos puedo tomar? Son todos fuerza, sin delicadeza, pero aun así hay quince o veinte de ellos, y yo soy uno...

“No”, dijo Bird. “No voy a llamar nada a nadie”.

–¿Entonces eres un maricón?

Mierda. Si se disculpaba y se humillaba, lo matarían. Pero esa parte de él que estaba rota gritó precisamente eso, caer al suelo y gemir, cualquier cosa, para evitar el dolor.

“No permitimos maricones en esta unidad. Tiene que ser un verdadero hombre para estar con esta unidad”, dijo Ohnine, y los demás expresaron su acuerdo a coro.

“Averigüemos”, dijo Bird con cansancio. “Averigüemos cuántos de ustedes, hombres reales, puedo eliminar antes de que me maten, veinte contra uno. Eso es muy varonil”. Pero su corazón no estaba en eso, y ellos lo sintieron, como perros salvajes que sienten la debilidad de su presa.

Pero Ohnine realmente no quiere matarme, pensó Bird. Probablemente tenga órdenes de no matarme. No, más que eso, le gusto. ¿Qué hará?

“Tengo una idea mejor”, dijo Ohnine. “Llévalo a la sala de recreación. Es un hombre, Pruébalo allí”.

Mierda, pensó Bird, mientras los hombres asentían ruidosamente y lo empujaban por el pasillo, creen que me está haciendo un favor.

La sala de recreación era una oficina sin ventanas, reformada con una cama baja con una rejilla metálica a modo de cabecera. Allí yacía una joven, desnuda, con los brazos extendidos sobre la cabeza y las muñecas agarradas a la rejilla. No era Rosa, vio Bird con alivio, y luego se sintió avergonzado de sí mismo, porque fuera quien fuera, su vida no valía menos que la de Rosa. Seguramente no menos que

la suyo. Podía ver sangre en su boca y moretones, y sus ojos estaban aterrorizados y desafiantes.

Ella lo reconoció. Tal vez lo había visto en el Consejo, tal vez había estado en uno de sus entrenamientos. Él no la conocía, pero ella sabía quién era él. Lo notó por la forma en que sus ojos repentinamente se suavizaron con alivio y luego se oscurecieron con un terror más profundo.

“Tómala, hombre”. Le estaban quitando la camisa y bajándole los pantalones, dejando al descubierto sus viejas cicatrices. “Tú puedes ver. Luego tallamos nuestros números en su trasero y en tu polla.

La chica transmitía terror con tanta fuerza que apenas podía concentrarse. No voy a hacer esto, pensó Bird, incluso si estuviera dispuesto a hacerlo, incluso si me convenciera de que podría romperla más suavemente que ellos, mi polla nunca se levantaría para esto. Pero ¿cuánto tiempo seguirá siendo así? Si permanezco con ellos el tiempo suficiente, si sigo cayendo y cayendo y cayendo, ¿caeré en algún lugar de mí que encuentre erótico este miedo? ¿O me llevarán a ello, como dijo Ohnine, gradualmente, paso a paso?

Ahora los hombres la agarraban de las piernas y ella lanzaba patadas de kárate con saña e inteligencia que hacían sangrar.

“¡Cuidado, ella está viva!”

“¡Mi maldita nariz, hombre! ¡Me rompió la puta nariz!

“¡Córtala, lamepecados! ¡Se mueve de nuevo y le cortas el pie diabólico!

“No, simplemente retrocede. Que Birdie se la lleve, si puede”.

Hubo, sólo por un momento, un respiro. Espacio para maniobrar. No mucho, no mucho. Ahora. Usa tu cerebro, muchacho. Piensa en alguna salida a esto o muere feo.

La habitación apestaba a miedo. Pero el miedo puede ser un arma. Recordó que su profesor de artes marciales decía eso una y otra vez. El miedo de tu oponente es tu influencia.

“¿Alguno de ustedes ha violado alguna vez a una bruja?”
–Preguntó Bird en voz baja.

De repente se quedaron en silencio.

“¿Porque preguntas?” Dijo Ohnine.

“No lo creo”.

“¿Lo que quieres decir?”

“No, no la voy a llevar. Yo se mejor”.

“¿Lo que sabes?”

“Adelante, mátame. Estoy seguro de que podréis hacerlo todos juntos. Por supuesto que podrían hacerlo todos ustedes juntos. Pero lo agradecería, hombre. Lo preferiría”.

Ohnine y los demás retrocedieron.

“No confíes en ti. ¿Lo que sabes?”

“Nada”.

“Somos tu unidad, hombre. Sabes algo, nos debes una.

“No os debo nada. Adelante, violadla. Mátame. Estoy feliz de morir”.

“Quieres volver y perseguirnos, ¿no, hombre? Entregas nuestras almas a los demonios”.

Estaba funcionando, pensó Bird. Tenían miedo de matarlo. Su mentira les había asustado.

“¿Qué sabes, hombre? Cuéntanos lo que sabes. Nosotros hermanos”.

“Sé lo que pasa cuando violas a una bruja”.

“¿Qué?”

“Preferiría morir”, dijo Bird. “Cualquier día”.

“Mierda”.

Vistieron a la niña y la enviaron a casa. Bird nunca supo su nombre. No importaba. Ella había escapado. Supuso que eso era una victoria, si no por la no violencia, al menos por medio del engaño. Estaba asombrado de haber ganado. Calcularon mal, pensó. Si esto era parte de su plan, arrastrarme, derribarme cada vez más, paso a paso, cometieron un error. No es de extrañar. En su mundo, la violación sería algo insignificante y no valdría la pena resistirse al dolor. Más que eso: un placer, una recompensa. ¿Cómo podrían saber que para mí sería lo peor, el paso al que no llegaré hasta el último y más amargo final? Pero todavía tenía miedo y seguía cayendo. No escaparía.

Capítulo XXIX

Madrone estaba sentada temblando en la litera del fondo, envuelta en todas las mantas del barco de Isis. Cada vez que respiraba le dolían los pulmones, pero se sentía bien respirar, incluso sentir dolor, sentir el corazón acelerarse en el pecho. Shock e hipotermia, notó una parte de ella. Su cuerpo se sentía completamente agotado. Había gastado hasta la última gota de energía. Pero ella estaba viva.

“Bebe”, dijo Melissa, llevando una taza de agua caliente con miel a los labios de Madrone. Ella tomó un sorbo, saboreando el líquido en su lengua, la dulzura.

“¿Está bien?” Dijo Isis, asomando la cabeza desde la cubierta.

“Lo estará, con descanso”, dijo Melissa.

“Aférrate”. Isis se retiró arriba y oyeron el sonido de la cadena del ancla al desplegarse sobre la proa.

“Estamos listas para pasar la noche”, dijo, entrando a la cabina y cerrando la escotilla detrás de ella. “Ahora, ¿quieres contarnos qué pasó?”

Madrone volvió a beber. Era difícil creer que ella estuviera realmente allí, en el barco de Isis, sin seguir flotando, un cadáver frío en un océano nocturno oscuro.

“Nos enteramos de la redada”, dijo Isis.

“Littlejohn está muerto”, dijo Madrone. “Y atraparon a Katy”. “Mierda”.

“Bebe”, dijo Melissa de nuevo.

“¿Escapaste?” dijo Isis.

“Los Ángeles me ayudaron”. Lenta y entrecortadamente, Madrone contó la historia.

“Así que se salvaron cuando llegó el ataque y te abandonaron”, dijo Isis. “¡Esos limos! No puedes confiar en ellos. Los odio como si fueran veneno”.

Madrone cerró los ojos. Estaba demasiado cansada para mantener los párpados abiertos.

“Debo ir a ver a los Monstruos mañana. Tardaremos dos o tres días ¿Quieres venir?”.

Madrone negó con la cabeza. “Necesito encontrar a Katy. Salvar a Katy. Es demasiado tiempo para esperar”.

“En el estado en el que te encuentras, no encontrarás nada ni a nadie más que tu propia tumba”.

“Creen que está en el Centro de Investigación”, dijo Madrone, su voz aún apenas audible. “En la Universidad”.

“Bien podría estar en la luna”.

Madrone negó con la cabeza. “Beth me ayudará”.

“¿Quién es Beth?”

“Una amiga. Una médica... solía serlo. Hace años que...” Madrone hizo una pausa, reunió fuerzas y luego explicó. “Me quedaré con ella, descansaré y descubriré cómo rescatar a Katy”.

No estaba segura de dónde había sacado la convicción de que podía rescatar a Katy, pero iba creciendo en ella momento a momento. Para algo se había salvado. ¿Por qué, cuando tantos otros habían muerto, si no para salvar a alguien más? No pude ayudar a Poppy, no pude salvar a mi propia madre de los hombres que la mataron. Tengo que salvar a Katy. Tenía que hacerlo, por lo tanto podía.

“Eres una loca. ¿Te apetece hacer una pequeña caminata de quince millas a través de los cañones ahora mismo?”

Madrone negó con la cabeza. “Necesito transporte”. Hizo una pausa, todavía jadeando. “Sara podría hacerlo”.

“¿Quién diablos es Sara?”

“Otra amiga. Una señora blanca rica, vive en una casa grande en el cañón. Donde tomé el baño. Ella ayudó antes”.

“¿Y cómo llegamos hasta ella?”

Madrone suspiró y se hundió nuevamente en las mantas. Estaba demasiado cansada para pensar más.

“Katy era una buena mujer”, dijo Melissa, “pero ahora está más allá de nuestra ayuda”.

“No”, dijo Madrone. “Se lo prometí”.

“¿Le prometiste qué?” –Preguntó Isis.

“Prometí que estaría allí cuando naciera su bebé”.

“Las circunstancias han cambiado”.

“Tengo que probar. ¡Tengo que hacerlo!”

“Está bien”, dijo Isis. “No te pongas nerviosa por esto. Dime cómo encontrar la casa de tu amiga y saldré corriendo para ver qué está dispuesta a hacer.

Cuando Madrone cerró los ojos, soñó que estaba de nuevo en el agua, flotando, esperando, saliendo de su cuerpo para volar. Ella quería volver a casa. Alguien la estaba llamando a casa. Bird... no, ella era el pájaro, volando hacia el norte a lo largo de la costa bañada por el sol, sobre las montañas y los últimos bosques de secuoyas y madroños. Y luego estuvo en casa, pero los arroyos estaban secos y los jardines marchitándose y Maya estaba sentada en la cocina de la Casa del Dragón Negro, completamente sola. “Estoy en casa”, dijo Madrone, pero era invisible, un fantasma. Los ojos de Maya eran antiguos y estaban llenos de antiguo dolor. Su rostro cambió, se movió y Madrone estaba mirando a Lily a los ojos.

“Todo salió mal”, susurró Madrone. “Todo lo que intenté hacer aquí ha sido destruido”.

“Vuelve a casa”, dijo Lily.

“Tengo que intentar salvar algo”.

“Ven a casa”.

“Lily, lo recordé. Recordé la muerte de mi madre”.

“Ven a casa”.

“Pero os han derrotado. Y no puedo soportarlo”.

“Tu perteneces aquí. Ven a casa”.

Se despertó, febril, para beber más agua con miel y un poco de caldo de bellota. Pero cuando durmió, volvió a estar en el agua, luchando con las últimas fuerzas contra una marea abrumadora.

Isis regresó una hora después del amanecer.

“Lamento que haya tardado tanto”, dijo. “Tuve que esperar a que su hombre se fuera. ¿Estás lista? Ha bajado unos cuantos kilómetros hasta el club de la playa y volverá a buscarte en media hora. Vamos, te llevaré remando si todavía quieres ir. Sabes que tu cara aparece en todos los vídeos desde aquí hasta la frontera, junto con algunas fotografías bastante sangrientas de un par de cadáveres. Chica, esos ángeles te jodieron.

“¿Qué quieres decir?”

“Debe haber habido una cámara de seguridad en esa casa. Por supuesto que no les importan cosas así, todos se parecen entre sí. Pero eres única. Y me temo que ahora eres una mujer marcada”.

Madrone estaba demasiado cansada para reaccionar, demasiado cansada para pensar. Siguió a Isis al interior del barco, obligándose a mirar el agua mientras se dirigían a la orilla.

“Escucha”, dijo Isis mientras ayudaba a Madrone a bajar del bote a la arena. “Tu amiga tiene la llave de la puerta del Yacht Club. Dentro de seis días, después del anochecer, te esperaré al final del Muelle C. Si necesitas escaparte, te llevaré a donde quieras ir”.

“Quiero volver a casa”, dijo Madrone, sin pensar.

“Quizás sea el momento”, dijo Isis. “Será mucho más duro aquí con tu cara en las pantallas”.

“¿Por qué el Club Náutico? ¿No es eso peligroso?”

“Es el amarre más seguro en este tramo de playa. El último lugar donde buscarían a un pirata. Ahora, ¿podrás seguir ese camino?”

“Tengo que hacerlo”.

El camino serpenteaba por el arcén de la colina y Madrone lo logró, a duras penas, esforzándose por seguir adelante con su cuerpo exhausto. Esperó, escondida tras una mata de mostaza silvestre, hasta que un elegante coche negro se llegó y se detuvo. Sara abrió la puerta y se apoyó en la azotea por un momento como si admirara la vista. Usando el coche

para protegerla de la carretera, Madrone corrió, se agachó y se deslizó en el asiento trasero.

“Cabeza abajo”, dijo Sara, deslizándose detrás del volante y arrancando el motor. Estaban fuera.

Condujeron en silencio, costa abajo y luego tierra adentro por el sinuoso bulevar que discurría al pie de los cañones.

“Gracias por venir a buscarme”, dijo Madrone después de un largo rato.

“Es un placer”, dijo Sara. “A menudo he pensado en ese día que pasamos juntas”.

“Sí, yo también”, dijo Madrone.

“Nunca regresaste”.

“Era demasiado peligroso. Tenía miedo por ti”.

“Fuiste a casa de Beth”.

“Una vez. Eso también era peligroso. Dos veces sería mucho peor”.

“Está bien, no tienes que mentir ni poner excusas. Soy consciente de que no estás enamorada de mí”.

Santa Madre de todos los dioses, pensó Madrone, ¿y ahora qué?

“Si lo estuvieras”, dijo Sara, “habrías arriesgado cualquier cosa para regresar. Como lo haría yo por ti –añadió en voz baja.

Estoy demasiado cansada para esto, pensó Madrone. Apenas puedo pensar, y mucho menos responderle. Pero tengo que decir algo. Todavía estaba agachada en el asiento trasero del auto y no podía ver el rostro de Sara.

“No sabía que te sentías así”.

“¿No era obvio?”

“Fue hermoso. Maravilloso. Pero no sabía que te lo tomabas tan en serio”.

“No me conoces bien”.

“No lo sé”, admitió Madrone. Y tú no me conoces en absoluto, quiso añadir, pero se contuvo. “Estás enamorada de tu propia fantasía”. ¿Por qué el sexo se volvía tan complicado aquí, cuando antes siempre había sido tan simple? ¿Cómo acabó utilizando a la gente, lastimándola? Porque ahora estaba usando a Sara y la usaría más, si fuera necesario, para rescatar a Katy. Tal vez eso estaba mal, pero estaba adquiriendo una ventaja aguda y despiadada al esforzarse demasiado. Estaban tomando una curva y de

repente sintió náuseas, sus sentidos de abeja ultrajados por los vapores y la velocidad.

“¿Realmente asesinaste a esa niña, como decía el vidnews?” –preguntó Sara abruptamente.

“¿Qué niña?”

“La pequeña ángel. Mostraron fotografías con todo detalle. Y el hombre. A los noticiarios vidnews les encanta ese tipo de cosas”.

“No”, dijo Madrone. “Ella quedó atrapada en el ataque: destruyeron una de nuestras bases. Fuimos a la casa para intentar recuperarla, pero ya era demasiado tarde. El hombre la había matado y los ángeles lo mataron a él. No pude detenerlos”.

“No creí que matarías a una niña. Al hombre lo podría entender. Podría hacerlo yo mismo si tuviera el valor suficiente”.

“Sara, nunca he matado a nadie. Espero no tener que hacerlo nunca. Me criaron para creer en la no violencia”.

“Pero ayudas a la Red. Y matan gente”.

Madrone no pudo responderle. Es verdad, pensó, y lo cuestiono todos los días, en cada redada. Pero ¿puedo imaginar honestamente que la no violencia transforme a los

Stewards del mundo? ¿O a los Ángeles para practicarla? Y, sin embargo, aquí tampoco estamos ganando con la violencia. El coche giró de nuevo y Madrone dejó escapar un suave gemido.

“¿Estás bien?” –Preguntó Sara.

“Sólo mareada”, dijo Madrone.

“Casi estamos allí”.

Sara condujo el coche por el camino de entrada y entró en el garaje abierto de la pensión de Beth.

“Espera aquí”, le dijo a Madrone. “Encontraré a Beth”.

“No voy a ir a ninguna parte”, dijo Madrone. Fue un alivio quedarse quieta, acurrucada en el asiento trasero, sin ningún movimiento que perturbara su cabeza palpitante. Después de un momento, Sara regresó.

“Rápido”, dijo.

Madrone salió por la puerta del coche y siguió a Sara. En la parte trasera del garaje, una puerta se abría al pasillo trasero, y desde allí una escalera conducía al sótano que recordaba.

Madrone se hundió agradecido en uno de los cómodos sofás destartalados esparcidos por la habitación. Ella empezó a toser.

“Le pedí a Gloria que preparara un poco de té”, dijo Beth, entrando. Las líneas parecían desplazarse un poco más profundamente alrededor de sus ojos, y su frente se arrugó al tocar la frente de Madrone con el dorso de su mano. “Necesitas algo de atención y algo de alimento. Sara me dice que casi te ahogas”.

Madrone asintió. Intentaba no toser, pero era imposible calmar sus ultrajados pulmones.

“Eso puede tener graves consecuencias, ¿sabes? ¿Estás desarrollando neumonía?”

Madrone finalmente logró respirar profundamente y con claridad. “Me parece que no”.

“Voy a buscar mi estetoscopio. Podría tener líquido en los pulmones. La sal lo atrae”.

Madrone se sometió a los cuidados de Beth. Sara sirvió té y sándwiches y comieron. Era agradable, pensó Madrone, ser mimada y cuidada un poco... por dos mujeres blancas, nada menos. *Diosa*, ella había cambiado, pensar en ellas de esa manera. Sí, las Tierras del Sur la habían cambiado.

Estaba cansada. Le habían sucedido demasiadas cosas en los últimos días, o tal vez era el cansancio de meses lo que por fin se había apoderado de ella. Qué bueno sería quedarnos aquí, descansar, no pensar en nada por un rato. Si no fuera por Katy...

“Necesito ayuda con algo”, dijo Madrone. “Para eso realmente vine aquí”.

“¿Qué?”

“Hay una mujer, una amiga mía. Ella quedó atrapada en la redada. Tiene casi nueve meses de embarazo y creemos que podría estar en el Centro de Investigación”.

“Pobrecita”, dijo Sara.

“Quiero sacarla. ¿Me ayudaréis?”

“No pides mucho, ¿verdad?” dijo Beth.

“Es importante”.

“Es imposible”, dijo Beth. “El lugar está fuertemente vigilado”.

“Pensaré en algo”.

“Será mejor que pienses en descansar, recuperar algo de fuerzas”.

“No puedo descansar, pensando en Katy en ese lugar”.

“Quizás tengas que hacerlo”.

Madrone se mordió el labio inferior. No quiero llorar, no quiero contarles a estas mujeres sobre mi madre o Poppy y que me tranquilicen con sus manos blancas. Diosa, ¿qué me pasa?

“¿Algunas de tus chicas no tienen asignaciones allí?”
–Preguntó Sara. “¿No podrías al menos averiguar si ella chica está allí?”

“Podríamos hacer eso”, admitió Beth. “Marcia haría eso por nosotros. ¿Pero cómo piensas entrar y sacarla?”

“Se me ocurrirá algo”, repitió Madrone. “Tal vez Marcia pueda contarme la rutina, cómo hacen sus procedimientos. Si pudiera conseguir un uniforme, podría trabajar como enfermera”.

“Nunca podrías ser enfermera. No permiten que personas de color entren en los programas de formación”.

“¡A la mierda eso!”

Beth la miró sorprendida. Estoy perdiendo el control, pensó Madrone. Estoy muy cerca del borde de perderlo.

“Lo lamento. Simplemente no estoy acostumbrada a esta mierda racial. Pero deben dejarnos a los negros hacer algo. ¿Quién diablos vacía los orinales?”

“Los negros hacen eso”, dijo Beth. “Tal vez podrías ser una asistente”.

“Eso es lo que seré”, dijo Madrone, sonriendo a Beth. “Ya se me ocurrirá algo. Tengo seis días”.

“¡Seis días!”

“Antes de que regrese mi amiga pirata. Esa es la única manera que se me ocurre de salir de aquí después.

“Entonces será mejor que descanses rápido”, dijo Beth. “¡Seis días!”

“Te ayudaré”, dijo Sara, sirviendo una taza de té y colocándola en la mesa baja frente al sofá donde yacía Madrone.

“Gracias, necesitaremos un conductor”.

“Necesitarás un coche fúnebre”, dijo Beth.

“Eres muy alentadora”, dijo Sara.

“Sara, ¿estás loca? No eres ninguna revolucionaria. ¿Qué pasa si te atrapan? ¿Qué pasa si tu marido se entera?”

“Él ya se enteró de lo de Ángela. Él cree que es hija de Mary Ellen y me ha dado un mes para deshacerme de ambos.

“¡Oh, no! ¿Cómo la encontró?”

“Bajó al sótano a buscar sus viejos palos de golf, Jesús sabe por qué. No es el tipo de cosas que suele hacer. Por lo general, simplemente me grita a mí o a los sirvientes para que le encuentren lo que sea. Estaba furioso, no sólo porque ella estaba allí sino porque yo le estaba mintiendo”.

“¿Qué vas a hacer?” –preguntó Beth.

“Quiero ir contigo”, le dijo Sara a Madrone. “Mary Ellen y el bebé también. Cuando te vayas, todos iremos contigo”.

“Sara, esto no es un serial televisivo”, protestó Beth. “No tienes idea en lo que te estás metiendo”.

“Pero sé de lo que me estoy saliendo. ¿Qué más puedo hacer? ¿Puedo tirar a la calle al hijo de mi hermana y a Mary Ellen, que me ha cuidado toda mi vida? Y aquí no hay vida para Angela, incluso si Lance no la hubiera encontrado. Puede que sea negra, pero también es de mi carne y sangre. Quiero llevarla a algún lugar donde pueda tener una oportunidad. Quiero llevarla al Norte”.

“Hay una guerra en el Norte”, dijo Madrone, cerrando los ojos.

“Aquí hay una guerra”, respondió Sara.

Si alguna vez regresaba a casa, Madrone juró que nunca más se quejaría de la insulsa arquitectura del Hospital General. Caminó por pasillos tan blancos y vacíos que podrían haber sido contruidos para un experimento de privación sensorial. La iluminación del techo no proyecta sombras. No se distinguía nada; sólo las placas cambiantes en las puertas le aseguraban que no estaba simplemente en una cinta de correr, caminando sin cesar en el mismo lugar.

Ella estaba asustada. Vestida de blanco, sosteniendo un puñado de impresiones en un portapapeles, trató de convencerse de que parecía pertenecer a aquellos pasillos vacíos. La gorra blanca de asistente cubría la mancha de abeja en su frente, pero su rostro, pensó, desgastado, secado al sol y expuesto en todas las pantallas de video del condado, era demasiado reconocible, estaba demasiado claramente fuera de lugar. Su propio miedo debía tener un olor que apestaría calles y colinas. Ella siguió caminando.

Tercer nivel abajo, había dicho Marcia. Cuarto pasillo, segundo pasillo a la izquierda, cinco puertas más abajo, a través de la puerta sin marcar que requería un acceso de seguridad. Bueno, ella se ocuparía de eso cuando llegara el momento, si llegaba el momento.

Sigue caminando, niña. Sí, papá, intenté que alguien me cubriera las espaldas, pero lo mejor que pude hacer fue la promesa a Sara de ser nuestra conductora. Y el robo de estos documentos y de esta tarjeta de identificación por parte de Marcia... Dios conceda que nadie lo controle. Papá, a pesar de tu sangre en mis venas, no nací para esto.

La escalera, ahora cuenta, un tramo, o no, cada giro y rellano debe estar a mitad de camino, sí, así que aquí está la primera puerta, bajando y bajando de nuevo, y el segundo nivel, bajando y bajando, ¿qué fue ese ruido? Una puerta que se abre arriba. ¿Me detengo? No, continúa, así es, firme, sin pausa en el ritmo de los pasos y *gracias a la diosa* esos pasos van subiendo, no bajando, suenan cada vez más débiles. Y aquí está la puerta. Abre al pasillo y camina hacia la izquierda, paso a paso. Es muy fácil confundirse entre estas paredes blancas y vacías. ¿No creen en las señales? ¿O cualquiera que se aventure hasta aquí debe conocer ya el camino?

Al final del pasillo se abrió una puerta. Tranquila, pensó Madrone, sigue caminando. Creyó oír un gemido, pero entonces el sonido se cortó y una figura vestida de blanco se apresuró hacia ella. Mantuvo los ojos fijos en su destino y pasó, sin siquiera notar si la figura era femenina o masculina. Su corazón latía con fuerza, casi audible, y lo desaceleró, desaceleró su respiración, manteniendo constante el ritmo de su caminata.

Ahora atravesaba la primera ala y, sí, aquí estaba el primer juego de puertas dobles. Estaban asegurados con una placa manual electrónica y se detuvo por un momento. El pasillo estaba vacío. Piensa, niña, recuerda esas largas tardes de práctica en el laboratorio de electrónica. La mente es un campo eléctrico, eso era lo que había dicho su instructor. La piel transporta corrientes eléctricas que pueden ser modificadas por el pensamiento. Madrone nunca había tenido verdadero talento para ello, no como Zorah, quien sin duda habría terminado como programadora de cristales si hubiera sobrevivido. Pero lo hice, pensó Madrone. Aprendí a hacer que las luces se encendieran y apagaran, y tuvo que ser fácil, solo un destello en la corriente que la mente puede generar, como ahora, así, y empujar, y dejarlo ir, sí, sin que suenen alarmas, solo un fallo en cualquier pantalla de monitoreo, tan leve y fugaz que nadie lo etiquetaría como algo más que una interferencia aleatoria. Estaba sudando.

Ahora bien, esto no servirá, se dijo a sí misma. Respiraciones profundas, calma. Fresco. Cierra los poros. Avanza, paso a paso, por otro pasillo interminable. Detén los pensamientos contraproducentes, deja que el miedo sea... ¿qué solía decir Johanna? Deja que el miedo sea una bocanada de diente de león y llévalo. ¿No descendía ella de una larga línea de guerreros? Esto no fue nada. Pedazo de pastel. Sigue diciéndote eso, niña, y sí, palmea la puerta de al lado y *haz clic*, y pasa.

Mira, se esta volviendo fácil. Nada de eso. Ahora, no te confíes demasiado, sólo mantente firme. Se oyó un portazo y unos hombres vestidos de blanco emergieron empujando una camilla donde una figura envuelta en un sudario gemía. Desaparecieron por el pasillo. Madrone siguió caminando, dejando sólo que un ligero zarcillo de su mente buscara los patrones de la figura boca abajo. No era Katy sino otra persona atormentada, y Madrone se retiró con un sentimiento de angustia y culpa. Alguien más a quien he fallado y abandonado, que algún día será otro cadáver sangriento en mi haber. Pero no puedo salvar a todos, pensó. Sólo si ganamos, si tenemos la victoria...

¿Y entonces qué? –susurró una voz. ¿Los Ángeles dirigirán los laboratorios de investigación? ¿Qué tan suave será la venganza de los montañeses? Ella alejó ese pensamiento. No puedo permitírmelo ahora, pensó, y de todos modos, existe la justicia, ¿no? Además, hasta el momento no damos señales de ganar. Aleja ese pensamiento también, y abre la tercera puerta, y sí, tal como dijo Marcia, una luz roja de advertencia sobre el segundo corredor, respira profundamente ahora mientras avanzas, cuenta las puertas, una, dos, tres, cuatro...

La quinta puerta se abrió justo cuando ella llegaba. Sin perder el paso, siguió caminando, con paso firme, sin variar el paso, reabsorbiendo ese sudor antes de que se notara. Escuchó voces detrás de ella y pasos que siguieron los de ella.

“Introdujimos X247 hace treinta y seis horas y tuvimos una fiebre satisfactoria, pero hasta ahora eso es todo. No puedo decir que estemos avanzando con el tema, pero nunca lo hacemos con los que se encuentran en estado salvaje”.

“Sí, prefiero las cepas creadas, hay mucha más coherencia en los datos”.

“Pero las observaciones de poblaciones diversas tienen valor, y entonces el efecto disuasorio presumiblemente cuenta para algo”.

“No lo sé, eso es una cuestión de seguridad. De todos modos, está a punto de estallar y luego veremos algo de acción”.

“Esperaba tener algo de tiempo libre esta noche”.

“Mala suerte. Yo digo que la revisemos nuevamente en una hora. Queremos observar cada etapa del progreso”.

Se acercaba el final del pasillo, bloqueado por otra puerta. *Diosa*, si me amas, sácame de aquí. Déjame quedarme en la Buena Realidad, mantén lejos *el Mundo Malo*. Había otra puerta a su derecha, y se giró, colocando la palma de su mano en la cerradura y abriéndola, mientras rezaba fervientemente para que no hubiera nadie al otro lado. Entró, dejando pasar a los médicos. La habitación estaba vacía. ¡Alabada sea la Tierra!

Hasta ahora he hecho un buen tiempo, se aseguró Madrone. No me han detenido, atrapado ni interrogado. Estoy casi allí. Puedo permitirme el lujo de detenerme cinco minutos, recuperar el aliento y calmarme. Dijeron una hora. Quizás mi *suerte* esté corriendo bien hoy; cinco minutos antes y los habría encontrado. Pero podría haber otros. Sólo necesito pensar por un momento. ¿Qué estoy dispuesta a hacer?

Estaba en una pequeña habitación llena de estantes, carpetas, montones de impresiones y computadoras zumbando. Una especie de almacenamiento de registros, pensó, y miró la última pila de impresiones. Al principio parecían simplemente cadenas de números, símbolos y patrones incomprensibles, pero cuando miró más detenidamente, empezó a reconocer lo que eran: patrones genéticos.

¡Santa Madre Tierra! pensó, ¿podría ser esto...? Hojeó las impresiones y miró los títulos. Podría. Lo era. Un gusano de repulsión recorrió su espalda. Estos eran los registros experimentales, los genotipos de virus y retrovirus y bacterias y espiroquetas.

Había venido a las Tierras del Sur en busca de refuerzos, con la esperanza de encontrar pistas sobre las epidemias. Y aquí estaban, un tesoro escondido de información, más de la que ella podía manejar, absorber o llevarse.

¿Qué podría hacer? ¡Si tan solo tuviera más tiempo! No estaba segura de qué sistema estaban usando y no se atrevía a tocar las computadoras; ¿quién sabía qué alarmas de seguridad ocultas podría activar? Las impresiones eran pesadas y voluminosas, ¿cuántas podría llevarse? ¿Las bases de datos? Sí, podría llevárselos, pero ¿si el robo se descubriera antes de que ella encontrara a Katy...?

¿Qué era más importante, la vida de Katy o esta información? Tal vez debería simplemente destruirla, pero no, eso seguramente sería descubierta y, de todos modos, debían tener copias de seguridad en otros lugares. No podía quedarse allí eternamente tratando de tomar una decisión. En cualquier momento alguien podría regresar. Piensa, niña. Piensa.

Elegba¹⁴, embaucador, Dios del acto aleatorio creativo del azar, Mercurio, Dios de los ladrones y de la comunicación, ayúdame. Guíad mi mano hacia la información correcta. ¡Protegedme!

Agarró un archivo lleno de registros de metal de los estantes de almacenamiento y los reemplazó con piezas en blanco que encontró debajo en una caja. Del fondo de la pila de impresiones, tomó media mano de papeles, los pegó a su

14 Elegua o Elegba es la protección primera, ya que es quien abre y cierra los caminos en la religión Yoruba. Es una deidad a la que se le asocian adjetivos como pícaro, travieso, tramposo, bromista y juguetón. [N. d. t.]

portafolios, se enderezó la gorra y salió con cautela. El pasillo estaba despejado. Contando cuidadosamente, regresó a la puerta por la que habían salido los hombres. Poniendo su mano en la cerradura, entró.

Estaba en un largo pasillo, bordeado por una red de jaulas y puertas con barrotes. Cada celda era lo suficientemente grande como para albergar una figura boca abajo y una pequeña unidad de eliminación de desechos. La luz era cegadora. En el frente de cada celda colgaba un gráfico similar al que llevaba en su portapapeles. Al final del pasillo había un guardia armado.

Todo estaba limpio, blanco, estéril y, sin embargo, lleno de un hedor, no tanto físico sino atmosférico, de terror, horror y dolor. Como el suyo. Querida Diosa, ¿qué iba a hacer ahora?

“¿Quién eres? ¿Qué deseas?” El guardia la desafió, apuntando con una pistola láser a su corazón.

“Oh, lo siento, ¿no te informó el doctor?” Intentó esbozar una sonrisa dulce y congradadora, pero sospechó que lo que logró fue más bien una mueca. “Estoy aquí para recoger a la hembra salvaje primapara para transferirla a observación quirúrgica”.

“¿Aquélla?” El guardia señaló con la barbilla una celda situada en el centro de la fila.

“Déjame revisar el cuadro y ver si el número de identificación corresponde”, dijo, poniendo cada gramo de glamour en su voz. Acepta. No cuestiones. Esto es normal.

“Ningún médico me dijo nada sobre esto”.

“¿Está seguro?” preguntó, en un tono calculado para despertar resonancias subconscientes de duda. Respira. Camina. Sin sudor, sin miedo; voz cálida y segura. “Oh, estoy segura de que te lo deben haber dicho. Quizás lo olvidaron. Quizás lo olvidaste”.

Un vistazo rápido al gráfico. Los hechos coincidían con Katy, pero no podía ver lo suficientemente bien el interior como para identificar quién yacía allí. Maldita sea, era una cerradura que necesitaba una llave; aquí no hay dispositivos electrónicos. Maldita sea y doble maldición.

“Estoy segura de que debieron haberte dicho que me abrieras la puerta”, dijo. Ella había igualado su lenguaje corporal y el ritmo de su respiración, se balanceaba ligeramente y entonaba su voz con su tono más hipnótico. Cogió las llaves y sacó una del anillo, pero al mirarla el hechizo se rompió.

“Espera un momento, déjame ver tus órdenes”, dijo con recelo.

Oh, mierda, esto fue todo. Vive o muere. “Aquí están”, dijo en voz baja, y cuando él se acercó y se inclinó para mirar su

portapapeles, ella levantó los brazos y golpeó el tablero contra el costado de su cuello con un repentino tirón, en el punto sensible que produce la inconsciencia. Él cayó. Esperaba que no estuviera muerto, pero no tenía tiempo de averiguarlo. Cogió la llave, abrió la cerradura y entró.

Al principio no reconoció a la mujer que estaba en la cama. Tenía el pelo pegado a la frente, gemía y se retorció, ardiendo por la fiebre y, sí, estaba en el inicio del parto. Pero era Katy. Los mismos ojos oscuros, las mismas mejillas elegantes ahora delineadas por el dolor. Tenía las muñecas atadas a los costados de la cama y Madrone se preguntó cómo podría sacarla alguna vez. Pero al mirar más de cerca, se dio cuenta de que la cama era en realidad una camilla móvil. Alabada sea la Tierra, por una vez esta eficiencia inhumana serviría para un buen fin. Abrió la puerta de la celda y la sacó.

Se oían gemidos y gritos provenientes de las otras celdas, pero ella no podía parar. Rápidamente, apoyó el cuerpo inerte del guardia en su silla. Él estaba vivo y sería capaz de identificarla cuando volviera en sí, pero si ella no se había ido hace mucho, entonces no importaría de todos modos. “Lo siento”, gritó a las almas que estaba abandonando, al universo al azar, apoyó su portapapeles en la camilla cerca de la cabeza de Katy y la movió.

Alabada sea Hécate, alabado sea Coatlicue¹⁵, no había nadie en el pasillo. Cuando pensó en todo el largo camino de regreso, se sintió débil. Su corazón latía con fuerza ahora, todavía estaba débil, y Diosa, no puedo seguir con esto, no puedo hacerlo. Pero por supuesto que lo haría. Respirar. La caminata lenta y constante, paso a paso, retroceder, girar, avanzar para *abrir* la puerta, meter un pie y maniobrar la camilla. Salir al pasillo.

Katy estaba retorciéndose y gimiendo. Madrone le susurró, pero ella deliraba. Esto no funcionará, pensó Madrone, no podremos superar todo esto sin conocer a nadie, y ella seguramente llamaría la atención. Presionó sus dedos contra el cuello de Katy, en el lugar que su profesora de defensa personal había llamado el punto del olvido. Katy suspiró y quedó inerte, inconsciente.

Johanna, dijo Madrone en silencio, si nunca te agradecí mi variada educación, te lo agradezco ahora. Cubrió la cabeza de Katy con la sábana y siguió caminando, custodiando un cadáver.

Habían regresado al primer corredor cuando Katy empezó a recobrar el conocimiento. Madrone la escuchó gemir y retiró la sábana. Un cadáver retorciéndose sin duda llamaría la atención. Tal vez si pudiera reducir la fiebre... cierto, tonta, se dijo a sí misma. Eres una sanadora, así que cura.

15 Coatlicue es la deidad mexicana de la tierra y la fertilidad. [N. d. t.]

Porque, de todos modos, ¿cómo diablos vas a subir las escaleras con esta cosa? Había un ascensor al final del pasillo, pero Madrone no podía arriesgarse a quedar atrapada en una pequeña caja, con médicos y técnicos y quién sabe qué, capaces de observarlas a ambas de cerca. Empujó la camilla hacia la escalera y colocó su mano húmeda sobre la frente de Katy. Por favor, mamá abuela, no dejes que nadie pase por aquí ahora mismo. Agua fría, muy fría: visualizó arroyos que fluían, charcos de hielo en lo alto de las montañas, corrientes de los glaciares que se derretían, inundando a Katy con tanto *ch'i que* Madrone se sintió agotada y mareada. Una vez más casi había ido demasiado lejos. Otra maldita *cosa* obstinada, esta enfermedad, lo que fuera, pero la fiebre disminuyó ligeramente y Katy abrió unos ojos que parpadearon con lucidez.

“Silencio”, susurró Madrone. “Te sacaré de aquí. Asiente si entiendes”.

Katy asintió y luego se mordió el labio cuando un calambre le recorrió el vientre.

“Odio preguntarte en un momento como este, pero ¿crees que podrás caminar si te ayudo?”

Los labios de Katy se torcieron pero no dijo que no, y Madrone desabrochó las ataduras que sujetaban sus brazos y piernas y la ayudó a bajar de la camilla. Estaba desnuda

bajo la sábana, por lo que Madrone la envolvió y la sostuvo mientras avanzaba tambaleándose.

“Débil”, susurró.

“Está bien. Apóyate en mí”.

Era más que inclinarse, más bien medio cargarla, pensó Madrone, mientras la conducía escaleras arriba. *Diosa*, nunca lo voy a lograr, yo todavía estoy débil por casi ahogarme. Pero no hay elección, ¿verdad? Simplemente ve, paso a paso, hacia arriba y hacia arriba, no pienses en cuántos más escalones vendrán y sigue respirando. Una vieja canción cantó en su cabeza,

*Paso a paso, podremos escalar la montaña más alta,
Paso a paso....*

Había más palabras, pero no podía recordarlas. No importa, sólo esa frase, repitiéndose interminablemente, idiotamente, de algunamanera la ayudó. Estaba sudando y jadeando. La sangre le palpitaba en los oídos. *Atrae chi*, viértelo en Katy, mantenla viva, encuéntralo en algún lugar de estos pasillos estériles. Juana, ayuda. Papá, ayuda. Yemayá, ahora pareces muy lejana. Arriba y arriba otra vez. Una planta dejada atrás y luego la mitad de otra. A mitad de camino. No pienses en eso, sólo en el siguiente paso, o en este, o en algo completamente distinto. Escalaba rocas con Bird cuando eran adolescentes, pensando que ella se

aferraría para siempre al costado de ese acantilado y de alguna manera encontraría la fuerza para subir y subir. Respirar. Aquí había aire, no había nada que le impidiera respirar. Fuera. Arriba, levantar. Que nadie se preguntase por qué una mujer obviamente enferma bajaba por la escalera. Otro piso, sólo media planta más por subir ahora, y tal vez debería detenerse y descansar, con la cabeza martilleando, pero en cualquier momento esta gracia del tiempo podría evaporarse, y todavía tenía que decidir qué hacer cuando llegara a la cima. Cinco pasos más. Cuatro. Tres. Dos. Uno. Sean bendecidos.

Arrinconó a Katy en una habitación. En *la Buena Realidad*, nadie entrará aquí mientras yo no esté, y en la *Siguiente Mejor Realidad*, no la notarán detrás de esta puerta. “Descansa un momento”, dijo. “Quédate callada, ¿de acuerdo?”

Katy asintió de nuevo. Madrone se secó el sudor de la cara, se ajustó la gorra hasta la frente, estabilizó su respiración no hasta donde se sintió descansada sino hasta donde podía controlar su ritmo, y salió.

¿Cómo la saco de aquí? pensó. ¿Como cesto de ropa sucia? ¿Dónde encuentro uno y por qué debería sacarlo al aire libre? ¿En una silla de ruedas? ¿Dónde consigo una? En la entrada principal, es probable que alguien la libere eventualmente y ¿por qué no debería hacerlo ahora? Sí, había alguien saliendo, ahora espera y observa el

procedimiento, oh, bendita santa madre de todos los vivientes –sin guardias, sin controles, simplemente sacada en silla de ruedas– y ahora, si mi suerte se mantiene y ningún tipo controla el *lugar*, las escaleras o los ascensores, y nadie se da cuenta de cómo he aminorado el paso por este pasillo si no está acechando... y sí, aquí está, ahora por favor, madre, solo ayúdame a superar esto último.

“Oh, oye, muchas gracias”, dijo, sonriendo y acercándose al técnico que llevaba la silla vacía. “¡Justo lo que necesito! ¿Puedo llevármela?” Ella parpadeó hacia él a través de sus pestañas, esperando parecer coqueta y no simplemente grotesca. Él sonrió y le guiñó un ojo.

“Toda tuya, linda mamá”.

Ella le devolvió el guiño, esperando no apestar a sudor y miedo, y regresó por el pasillo. Hubo un mal momento más, cuando tuvo que controlar la silla para despertar a Katy y guiarla hacia el pasillo, rezando para que nadie pasara. Pero su suerte continuó. Katy se desplomó en la silla y Madrone la cubrió con una sábana y la manta de la camilla del hospital.

“Intenta parecer feliz”, susurró Madrone, y siguió caminando por el pasillo a paso rápido pero constante. Su tiempo casi debía haber terminado. El viaje pareció tomar una eternidad, pero incluso en el tiempo objetivo tenía que ser cerca de una hora o más desde que se había escondido

de los médicos en el pasillo. ¿Habían regresado para ver cómo estaba Katy? Oh, Diosa, déjalos quedarse durante la cena, déjalos emborracharse, deja que mujeres hermosas los seduzcan por la noche, déjalos ahogarse con la comida y morir instantáneamente de insuficiencia cardíaca simultánea. Sí, la insuficiencia cardíaca sería un final poéticamente apropiado. Respira, ahora calma, ahora sonríe. Aquí está la entrada, con mucho ir y venir, y con el último poco de *ch'i* que pudiera reunir, envolverse en el glamour de que todo esto es completamente normal y esperado, simplemente están llevando a un paciente recién dado de alta a un hospital en espera de coche, tal vez, nada fuera de lo común, y, sí, ahí estaba, la puerta de afuera, abriéndose y cerrándose, abriéndose como en *El Mundo Bueno* se les abría, automáticamente, normalmente, y sí, sí, con otro suspiro, otro paso, lo iban a lograr, tres pasos más, dos, uno, pausa, dejó que se abriera la puerta, y ahora, alabada sea la Tierra, estaban saliendo.

Al cruzar la puerta, el aire se hizo añicos con el chirrido de las alarmas.

Sonaron las campanas, chirriaron las sirenas; detrás de ellos, Madrone oyó órdenes a gritos y pasos que corrían. No se detuvo a pensar, sino que se agarró a los barrotes de la silla de ruedas de Katy y corrió, ignorando la rampa sinuosa y bajando rebotando el tramo de escalones poco profundos.

Una voz gritó y un rayo láser de advertencia dividió el aire sobre su cabeza. Ella continuó. El viaje parecía a un millón de kilómetros de distancia. Pudo ver un coche negro allí, esperando. ¿Era el auto correcto? Para cuando cruzaran los quince metros de pasarela de cemento entre aquí y allá, podrían estar cruzando al reino de los ancestros. Estaba tan cansada que ya no le importaba mucho, mientras obligaba a sus pies a seguir moviéndose, esquivando, corriendo, mientras pedía ayuda en silencio.

Otro grito de advertencia llegó desde atrás. Un disparo sonó y se estrelló contra el suelo cinco metros más allá de ellos. Otro disparo y un arbusto estalló en llamas. Y luego fueron rodeadas por un enjambre de abejas. Las hermanas, pensó Madrone, y ella era parte de la masa que zumbaba, zumbaba y giraba, con todo su ser lleno de olores de alarma y rabia. Katy gritó y Madrone puso una mano en su hombro, reunió sus últimas fuerzas para protegerla, enviar un manto de *rectitud* sobre ella, incluso cuando una parte de ella sentía impulso del enjambre de matar lo incorrecto, la enfermedad, acabar con la enfermedad.

“Ella no, ella no”, les gritó Madrone, pero las palabras no eran la forma de llegar a ellas, sólo olores, energías e imágenes. Podían oler la enfermedad en Katy, y era más fuerte que la sensación de peligro de atrás. Ella gritó de nuevo y se cubrió la cara con las manos.

“Me están picando”, gritó. “¡Haz que se detengan!”

Madrone dejó de correr. Peligro aquí, peligro detrás, pero necesitaba un momento, sin importar lo que costara, sólo para detenerse, respirar, centrarse. Se arrojó sobre Katy, protegiéndola con su cuerpo, tratando de formar la imagen, el olor, de la cría de la reina, esa a quien había que proteger a toda costa, y detrás de ellos, de vuelta en el origen de los punzantes proyectiles, el peligro, ¡peligro! Intentó recordar el entrenamiento de Melissa. Respira, forma la imagen, huele el aroma y déjalo brotar como una gota de sudor en el centro de tu frente. Sí, ahora hubo un cambio; escuchó gritos desde atrás y pudo distinguir vagamente, a través de la nube de abejas que la rodeaba, formas balanceándose, golpeando y corriendo hacia atrás detrás de la seguridad de las puertas cerradas. Gracias hermanas. Nos habéis comprado un precioso momento de tiempo con vuestras muertes.

Volvió a agarrar las manijas de la silla de ruedas. Un coche negro con cristales ahumados los esperaba en el camino circular; sonó una bocina y Madrone corrió hacia él. No podía ver quién conducía, pero surgió una mano que llevaba el brillante diamante de Sara. ¡*Diosa*, que sea ella de verdad!

Madrone abrió de golpe la puerta trasera. Katy intentó entrar pero su volumen se atascó y Madrone la empujó bruscamente y se arrojó encima. El coche salió disparado del camino, con la puerta aún abierta y la silla de ruedas en medio de la calle y Katy gritando de dolor. De alguna manera, Madrone logró cerrar la puerta y desenredarlas a

ella y a Katy mientras Sara conducía frenéticamente más allá de los terrenos del hospital.

“¿Qué pasó?” –Preguntó Sara.

“Las alarmas se dispararon cuando salimos por la puerta”.

“Revísala en busca de un brazalete de identificación, un tatuaje o cualquier cosa que puedan haber codificado para activar una alarma”.

“Debería haber pensado en eso”, dijo Madrone.

“No se puede pensar en todo”.

Había una fina banda de plástico alrededor del brazo derecho de Katy. Madrone se lo arrancó con los dientes.

“¿Podría ser plástico blanco fino?”

“Esperemos. Podría ser algo implantado en sus órganos internos, para rastrearla si se escapa”.

Sí, el brazalete emitió un zumbido cuando Madrone lo *sintió*. Ella debería haberlo notado. Bajó la ventanilla y lo arrojó, dejándolo flotar detrás de ellos cuando Sara giró en una cerrada esquina. ¿Qué otra cosa? Respirando, *sintió* todo el cuerpo de Katy. Pero parecía libre de otros dispositivos. Sin embargo, todavía se encontraba en estado grave. El parto se había intensificado y la fiebre regresaba

rápidamente. Y la propia Madrone estaba exhausta. Pero habían llegado hasta aquí. Media docena de abejas quedaron atrapadas en el coche con ellas, y su sonido fue un consuelo, pero Madrone abrió la ventana de nuevo y las ahuyentó. Dulce, dulce, proyectó, gotas de sudor de miel, ofrendas, gracias. Sin vosotras, ambas seríamos harapos ensangrentados en la acera. Nos habéis dado la vida.

Capítulo XXX

“Si pudiera tener cinco minutos de tranquilidad y algo de beber”, dijo Madrone. O dormir, pensó, aunque sea media hora de sueño. *Diosa*, ¿cómo iba a seguir adelante, agotada hasta el punto de la furia sorda en que la adrenalina del miedo, ahora la había dejado varada, drogada y seca?

La cabina del barco de Isis estaba repleta de demasiados cadáveres. Katy estaba instalada en la litera lateral y sus contracciones ahora eran más rápidas. Ángela estaba llorando, Mary Ellen sostenía y calmaba al niño, e Isis estaba ocupada sacando chalecos salvavidas de los gabinetes y guardando suministros. Todos estaban nerviosos, esperando el regreso de Sara.

“O algo de comida”, continuó Madrone. “Agua con miel, sémola de bellota, no me importa...” Si se fueran todos, por

un momento, y me dejaran sin el peso de nadie más que arrastrar.

“Hmph” –resopló Mary Ellen. “Podemos hacerlo mejor que eso. ¿Dónde está esa bolsa de comida que traje de casa de la señorita Sara? Ángela cariño, cállate ahora. Siéntate aquí, estarás bien. Le traeré algo de comida a la señorita Madrone.

“Sólo Madrone”, dijo Madrone con los dientes apretados. ¿Cómo podía estar enojada con la pobre mujer?, pero le irritaba, como un insulto “Aquí no hay señorita, ni amante, ni sirvientes. Todos somos iguales ahora. Acostúmbrese a ello”. Así es, sé grosero con la mujer. Ella está tratando de ayudarte y tú estás actuando como una perra. Si tan sólo pudiera dormir una noche, un año, para siempre, antes de afrontar la siguiente tarea. Pero los gemidos de Katy le recordaron que no podía.

Mary Ellen le sonrió amablemente, insensible a las ofensas. “¿Quieres un poco de fruta, tal vez un poco de miel? Fácil de digerir. Te cortaré una manzana y traje un poco de jugo para el bebé”.

Eres un... Madrone se detuvo. Había empezado a decir “ángel”, pero la palabra le provocó náuseas. “Una diosa”.

Los gritos de Ángela continuaron contrarrestando los gemidos de Katy.

“Voy a subir a navegar”, dijo Isis.

“¿Necesitas ayuda?” –Preguntó Madrone.

“No. Descansa. En cuanto Sara vuelva, partiremos. Mary Ellen, hay chalecos salvavidas en el armario junto a la cabeza. Mejor ponle uno al bebé. Y tú también, a menos que sepas nadar. Madrone ya demostró que es una bruja. Tírala al agua y flotará como un corcho”.

“Come”, le dijo Mary Ellen a Madrone. Sobre la encimera había colocado fresas cortadas en rodajas, un cuenco de miel, tostadas, mantequilla y nata. Madrone comió mientras la tetera hervía. Mojó una cuchara en la miel y la lamió, sintiendo que recuperaba un poco de energía. Sara estaba tardando mucho en volver de dejar el coche.

“Déjalo lejos”, le había dicho Isis a Sara, “así, si lo encuentran, no vendrán inmediatamente a buscar un barco. Tíralo un poco a la basura, llévate los tapacubos y la radio, haz que parezca que los voladores lo levantaron y lo tiraron más tarde”.

Pero eso no significaba que hubiera que dejarlo a mitad de la ciudad, se dirigió Madrone a la ausente Sara. Esperaba por la Diosa que nada le hubiera pasado.

El llanto de Ángela realmente la iba a volver loca. ¿Qué le pasa a la niña?

“¿Está enferma otra vez?” –Preguntó Madrone. María Elena asintió.

Esto no tenía fin. Su fuerza apenas era suficiente para resistir la supervivencia de Katy y la suya propia; había que lidiar con la fiebre y cualquier enfermedad desconocida que representara, y el parto en sí no prometía ser fácil, después del trauma y el horror de los últimos días. Pero sí, los llantos de Ángela eran los de un niño que sufre. ¿Tenía suficiente fuerza para aliviarla?

Sintió una repentina necesidad de arrojar a la chica que gritaba por la borda. Un chapuzón y luego un bendito silencio. Lástima, pero era demasiado ruidosa.

Estoy perdiendo la compasión, pensó, y de repente y con fuerza deseó a Lou, Aviva y Sam y, sí, a Sandy, que se habría compadecido y habría dicho cosas cínicas y luego se habría reído. *Diosa*, los extrañaba, extrañaba *a compañeros* con quienes podía contar, que podían hablar con un guiño de ojo y una ligera inclinación de cabeza. Nadie aquí la entendía realmente, excepto tal vez Katy, que yacía allí sudando y gruñendo y posiblemente a punto de morir.

¿Que voy a hacer? Necesito que alguien me sane.

Ángela gritaba cada vez más fuerte. Está bien, pensó Madrone, al menos puedo hacerla callar. Puso sus manos sobre la cabeza de la niña y se sumió en esa quietud de

pensamiento donde sus manos se calentaron y parecieron nublarse y disolverse en el cuerpo de la niña. Diosa, estaba cansada. No podía pensar en nada que visualizar, no podía imaginar mover ningún poder a través de sus manos pesadas como piedras. Pero sus manos sabían qué hacer, simplemente se posaron sobre la cabeza y el corazón de la niña, tranquilizándola. Madrone decidió que el dolor era principalmente pánico.

“Duerme”, le murmuró a la niña. Eso era lo que ella más necesitaba y era poco probable que consiguiera. La respiración de la niña se volvió profunda, lenta y uniforme.

Madrone se lavó las manos en el fregadero de la cocina y luego examinó a Katy. Sólo tenía unos pocos centímetros de dilatación, ni siquiera el ancho de un dedo.

“Aguanta”, murmuró Madrone. “Ambas tenemos una larga noche por delante”.

Oyó voces arriba y crujidos de cuerdas. Sara debe haber regresado, gracias a la Diosa. Las velas ondearon y el timón golpeó su asiento. El barco se inclinó hacia un lado y ella sintió que se deslizaban fuera del amarre y se ponían en marcha.

“Pareces agotada”, dijo Mary Ellen. “Déjame hacer algo por ti”.

“Necesito unos seis meses de descanso”, dijo Madrone.

“¿Por qué no te acuestas? He visto nacer bebés; puedo sentarme con Katy un rato. De todos modos, todavía falta mucho tiempo para que pase nada”.

“No es sólo eso. Katy está muy enferma, tal vez muriendo. Lo que tiene es similar a algo que he curado antes, pero casi muero al hacerlo, cuando era más fuerte y estaba mucho más descansada de lo que estoy ahora. Tengo miedo, María Elena. ¿Cómo puedo sentarme y verla morir? ¿Pero qué pasa si no tengo la fuerza para curarla?”

Mary Ellen se sentó y rodeó a Madrone con sus brazos, quien se acurrucó en el cuerpo cálido y exuberante de la mujer y comenzó a llorar. Se sentía de nuevo como una niña, acurrucada junto a Johanna. ¡Oh, si pudieran abrazarla, mecerla y amamantarla durante una semana!

“Estás agotada. Descansa un poco y es posible que veas una respuesta que no ves ahora”.

“Ojalá pudiera creer que existe una”.

“No lo sabes”.

Obedientemente, Madrone se arrastró hasta la litera delantera, en la proa triangular del barco. Descansaré unos momentos, se dijo. Cuerpo, deja que una hora de sueño sirva como diez. Pero el sueño parecía muy lejano.

Se quedó tumbada observando su respiración, intentando practicar las técnicas de relajación que tantas veces había enseñado a otros. Músculo a músculo, miembro a miembro: tensar y relajar. Respira profundo. Pero en lugar de dormir, estaba a la deriva, de regreso a un camino familiar, el camino afuera de su casa en Guadalupe. Junto a la puerta florecía un arbusto con flores de color rojo brillante, *maravillosa*, solían llamarla, la flor maravillosa. Madrone no quiso entrar, pero no se resistió. Sé lo que hay aquí ahora; no hay nada que temer. Pero la habitación olía dulce cuando entró, fragante con el incienso que su madre, Rachel, solía quemar. Cuando sus ojos se acostumbraron a la tenue luz, Madrone vio a alguien en la vieja mecedora que solía estar en un rincón de la habitación. La silla se movía hacia adelante y hacia atrás, y sus patines emitían un sonido rítmico como el latido de un corazón.

Madrone se acercó. Su madre se levantó de la silla y extendió las manos.

Madrone dio un paso atrás. Por un momento quiso correr, temiendo que si tocaba esas manos serían manos frías de cadáver, miedo de que si miraba ese rostro aún vería las heridas de la muerte.

Su madre esperó. Madrone respiró hondo y se mantuvo firme.

“No puedes traerme de vuelta, ¿sabes?”, dijo su madre. “Curar es bueno. Rescatar a Katy también fue bueno. Pero no importa cuántas vidas salves o pierdas, la mía ya no existe. No puedes traerme de regreso”.

Las lágrimas llenaron los ojos de Madrone. “Yo sé eso. No soy un bebé ni una niña, mamá. Sólo quería recuperar tu memoria, sin mancha.

Su madre extendió las manos. “Ya la tienes”.

Madrone la alcanzó. Las manos de su madre estaban cálidas cuando colocó sus propias manos en ellas, manos de sanadora en manos de sanadora. El poder fluyó entre ellas, fuego, agua y el dulce olor a miel de flores maravillosas.

“¿Qué quieres para ti?” preguntó su madre.

“Nada, mamá. No para mí”.

“Entonces no puedes curarte. Un sanador debe tener un poderoso deseo por la vida y todo lo que ésta conlleva. Sólo entonces podrás estar segura a las puertas de la muerte”.

De repente, Madrone se quedó sola, de nuevo en otro camino, el camino de hielo, donde había permanecido tanto tiempo en los mundos *ch'i curando el virus*; y, sí, el cuchillo de *La Serpiente* estaba en su mano, y revolvía de nuevo los patrones del destino como líneas de una red de plata. Pero algo había cambiado, como si ahora estuviera en una

dimensión diferente a esas energías, y su cuchillo se deslizó a través de ellas sin perturbarlas. Ella era demasiado sólida; Eran como fantasmas, insustanciales. No podía liberarse de su cuerpo; los huesos y la sangre la sostenían en una red viviente.

Ella sí quería vivir. Esa era la diferencia; así fue como ella había cambiado. En estos últimos meses había luchado demasiado por la vida. Nunca más se precipitaría con los brazos abiertos hacia los brazos de la muerte. Recordó la fuerza con la que agarró el salvavidas que Isis le había arrojado. De ahora en adelante, todo lo que ella hiciera procedería de ese control, ya sea que tuviera éxito o fracasara. Algún día moriría, pero la muerte tendría que soltar cada dedo. Podría perder a Katy o salvarla, pero ya no podría utilizar su propia vida como moneda de cambio.

Entonces ¿ahora qué hago? ¿Cómo me curo? ¿Debo dejar morir a Katy? Madrone no estaba segura de a quién le preguntaba, pero de repente el rostro de su madre apareció en su vista interior. O tal vez no fue Rachel, tal vez fue *La Serpiente, La Vieja*, la Anciana, usando el rostro de Rachel como máscara, hablando con su voz familiar.

“En esta situación, no basta con ser sanadora. Necesitas ser una *bruja*”.

Rachel estaba hablando en español y la palabra que usó fue *bruja*.

“¿Qué quieres decir?”

“No se puede curar esta enfermedad. Así que cambia la realidad en la que existe la enfermedad”.

“¿Cómo hago eso? *Dímelo, por favor*”.

“Ya has comenzado. Adjunta tu voluntad a tu propia existencia. Entonces comienzas a reunir tu verdadero poder”.

“Por favor, mamá, nada de filosofía; solo dime que hacer”.

“Crea la *Buena Realidad* en tu mente, abrázala con la misma tenacidad con la que te aferras a la vida y salta a ella”.

“Oh, claro, eso está perfectamente claro”.

Pero Rachel ya no estaba y Madrone se despertó de repente, escuchando el chirrido de la cadena del ancla sobre la proa. Deben estar refugiándose para pasar la noche en una de las calas secretas de Isis. Madrone esperaba que estuvieran escondidos y a salvo.

Consideró las palabras de su madre. En *El Mundo Bueno*, lo que tenía Katy no era el viejo y malo virus que casi había matado a la propia Madrone, sino... ¿qué? Alguna nueva cepa experimental, aún no perfeccionada. Todavía vulnerable, frágil, pensó Madrone. Por supuesto que infectarían a Katy con algo nuevo, no algo que ya hubieran

usado. ¿Por qué no había visto eso? Y, sin embargo, su mente todavía estaba parcialmente en el mundo de cristal de hielo del trance, y estaba flotando en agua muy, muy fría, perdiendo calor, perdiendo vida rápidamente... no, ella no aceptaría esto. La *Buena Realidad* era como la costra de hielo en algún lugar sobre su cabeza, y ella levantó su cuchillo, el cuchillo de partera que corta el cordón, perforó un agujero en la superficie cristalina y se elevó. Ay mamá, déjame estar ahora en *El Mundo Bueno*. Déjame estar donde Katy y yo podamos vivir, donde lo que ella tiene sea curable. Y mientras sacudía la cabeza y obligaba a su cuerpo a sentarse recto, empezó a creer en sí misma. ¿Cómo supo qué estaba causando la fiebre de Katy? Había dejado que su propio miedo y desesperación la atraparan en una suposición que nunca había probado. Vaya, ella ni siquiera había *buscado* ésto todavía. ¿Por qué no debería resultar más susceptible que la última epidemia? ¿Y no había acumulado poder en todos estos meses? Tenía su mente de abeja con la que trabajar y algo más. Su madre tenía razón. De su propio control feroz sobre la vida surgió una fuerza sólida a la que podía recurrir.

Se dio la vuelta y sintió que algo afilado sobresalía de su cadera. Metiendo la mano en el bolsillo, sacó el puñado de bloques de datos que había robado del laboratorio. Los había olvidado, aunque no podía hacer nada con ellos aquí. En casa tal vez los técnicos podrían descubrir cómo leerlos. ¿Pero las impresiones? Había arrojado el portapapeles en el

coche, pero ¿se había acordado, en su cansancio, de subirlo a bordo del barco?

Se levantó laboriosamente y salió de la litera. El resto había venido bien pero todavía estaba cansada. Sentía la cabeza pesada y todavía le dolían los pulmones.

“¿Que quieres?” –preguntó María Elena. Estaba sentada en el borde de la litera de Katy, tomándole la mano. “Este niño aún no viene en horas. Pensé que ibas a dormir un poco”.

“Había un portafolios con algunos papeles. ¿Lo traje del auto?”

“La señorita Sara lo encontró cuando salió del auto. Está ahí en ese estante”.

Madrone lo agarró y se sentó en la litera lateral, junto a Ángela dormida, para mirarlo. Pero la larga serie de números y cifras resultaba incomprensible. Podrían ser registros genéticos. Estas letras podrían representar cadenas de aminoácidos, y si tuviera días o semanas para dedicar a la criptografía, y si pudiera recordar aquellos cursos de hace mucho tiempo sobre cartografía genética, que nunca fue su tema favorito... Será mejor dejar esto para otra persona, si alguna vez lo hace. Regreso a casa.

Katy gimió. Mary Ellen se estaba bañando la cara y los brazos con un paño frío, pero suspiró.

“Tiene fiebre. Y está aumentando”.

“La miraré”, dijo Madrone. Se acercó para sentarse encorvada al lado de Katy, frente a Mary Ellen. ¿A qué realidad me aferro? Se preguntó, y por un momento sintió una fría piedra de miedo en el fondo de sus entrañas.

Mamá, dudo de tu premisa. Si la voluntad puede hacer que el mundo sea como queremos que sea, ¿por qué el mundo es como es?

“No siempre podrás cambiar el mundo”, susurró Rachel en su mente, “pero seguro que puedes intentarlo. Recuerda la fuerza de tu control sobre la vida”.

Isis y Sara bajaron a la cabina. Estaban arrastradas por el viento y empapados de agua. Los músculos de Isis bailaron bajo su piel. La cocina era un escenario para sus movimientos hábiles, seguros y felinos. El rostro de Sara brillaba con manchas rojas, dos soles cálidos en un cielo perlado y brumoso. Su cabello sedoso caía en mechones irregulares sobre sus hombros. Había perdido el lustre y el brillo, pero no la belleza; era simplemente seda cruda, un poco más áspera.

“Está bien, mamá, no me quejaré”, le susurró Madrone a la voz en su mente. “Tal vez estemos patinando al borde de *El Mundo Malo*, tal vez estoy exhausta, Katy casi está muriendo, Ángela llorando, seis de nosotros atrapados en

este pequeño espacio, hay días de trauma no digerido detrás de mí, pero al menos dos de nosotras estamos entre las mujeres más ornamentales que he visto en mi vida”.

“Úsalas”, le dijo Rachel.

“¿Qué quieres decir?”

“Piénsalo”.

Pero ella ya lo había pensado; al menos había pensado en cómo respaldar sus propias energías debilitadas.

“Mary Ellen, quédate con Angie. Isis, Sara, necesito vuestra ayuda”.

“¿Qué quieres que hagamos?” –Preguntó Sara.

“Solo pararse y tocarme; eso es bueno, vuestras manos en mi espalda”, dijo Madrone. “Sí, así, detrás de mi corazón. Ahora respiren profundamente juntas e imaginen un flujo, de agua, tal vez, o de fuego, o de luz, la imagen que prefieran. Un flujo que sube desde la tierra, a través de vuestros cuerpos y dentro de mí. Tratad de mantener la imagen en la mente; probablemente pierdan la concentración de vez en cuando, pero está bien, simplemente recuperénela y sigan respirando profundamente. Todo lo que necesito de vosotras es energía pura”.

Estaban encerradas en silencio, las tres. Las manos de Madrone se cernían sobre el vientre de Katy mientras intentaba llenarse de la energía de las otras dos. Una fuerza vacilante la invadió, no la llama constante de concentración condensada que podría haber obtenido de Sandy, Aviva o Lou, sino un parpadeo como la llama de una vela en una ráfaga de viento. No estaban concentradas; no sabían cómo. Madrone suspiró. Está bien, ella lo haría lo mejor que pudiera.

Entonces, de repente, la energía cambió. Entre Isis y Sara el aire se volvió viscoso; retumbó un trueno subliminal. Madrone pudo sentir que la tensión se convertía en atracción. Lentamente sus manos migraron por su espalda hasta que sus dedos se tocaron; Una corriente eléctrica la atravesó.

“Úsalas”, susurró Rachel de nuevo.

La lengua de Madrone acarició la frente de Katy y saboreó su sudor. Sus manos buscaron, sintieron el núcleo del *mal* en Katy y lo sacaron para que sus ojos internos lo vieran. Sí, había algo que ella reconoció, un primo de la plaga anterior. El poder pulsante detrás de ella era como el oleaje del océano. Podía cabalgar sobre él, salir, romper conexiones, disolver un vínculo aquí, una proteína allá, y luego entrar, para crear algo nuevo, otro vínculo, de modo que la cosa cambiara de forma, signo y función, se derritiera y se volviera a formar, hasta que se convirtió en un trozo

inofensivo de proteína, apenas lo suficiente formado para aparearse con los de su propia especie, transformándolos y deshaciéndolos. Está hecho.

“Cariño”, susurró Madrone, y Mary Ellen le trajo un plato. Dejó caer una gota de sudor en el recipiente, para cargar el líquido ámbar con las energías de este cambio. Podrían dárselo a Katy en pequeñas dosis durante toda la noche. Quizás no fuera necesario; el cambio se sintió completo. Pero no podría doler.

Madrone estrechó sus manos y convirtió el poder que venía a través de ella en una fría corriente de agua que recorrió el cuerpo de Katy, aliviando la fiebre, limpiando, calmando, refrescando. Sus manos suavizaron el aura de Katy y el poder que fluía a través de ella era una luz dorada. Katy estaba durmiendo ahora, su respiración era rítmica y relajada. Madrone se sentía agotada, tan cansada que apenas podía mantener la cabeza erguida.

“Toma algo para ti”, susurró Rachel. Madrone asintió, respirando el oro, el fuego y la luz.

“Gracias, Isis, Sara. Sacudid vuestras manos ahora y podréis relajaros. Hemos hecho un buen trabajo aquí”.

Se separaron, pero cuando se enfrentaron, Madrone aún podía sentir la carga entre ellas. Tal vez esto distraiga a Sara de su enamoramiento por mí, déjame dormir un poco. Pero,

Diosa, ¿cuándo *he* sentido eso por última vez? Quizás cuando Bird regresó. Con Sandy era sólo dulzura y firmeza, no esa tensión eléctrica flotante. En cualquier momento un relámpago zigzagueaba por la estrecha cabaña y comenzaba el aguacero.

“¿Terminamos?” –Preguntó Isis. “¿Ahora podemos tirar a la rica perra blanca por la borda?”

Madrone escuchó la respiración contenida de Mary Ellen. Pero Sara se limitó a sonreír. Era una sonrisa increíble, lenta, cómplice, acogedora y segura.

“Sólo bromeaba”, dijo Isis. Lentamente, con un leve guiño, le devolvió la sonrisa a Sara.

Tiene mucho sentido, pensó Madrone. El lirio de flecos negros, el lirio blanco ahuecado, cultivados en el mismo suelo, familiarizados con los parámetros de los mismos lechos. Y yo soy una pequeña hierba silvestre, que no está hecha para este jardín en absoluto. Estaba demasiado cansada para sentir celos, demasiado cansada para sentir nada.

“Madrone, niña, ve a dormir un poco”, dijo Mary Ellen.

“Puedo acostarme aquí en el suelo y quedarme cerca de Katy”.

“No, no puedes. Ve a la cabina y descansa un poco. Me quedaré con ella y te llamaré cuando sea necesario. Ustedes dos” –señaló su barbilla hacia Isis y Sara– “es una noche cálida. Pueden dormir arriba”.

Varias horas más tarde, Mary Ellen despertó a Madrone. “Es el momento”, dijo. “Rompió aguas. Limpié la cama, pero creo que será mejor que vengas ahora”.

A través de la portilla de la cocina, Madrone podía ver salir la luna menguante. Todavía se sentía cansada, pero había regresado algún residuo de energía que podía aprovechar.

Katy todavía estaba fría y Madrone respiraba gracias a la Diosa. Olas de contracciones recorrieron su cuerpo. Sus ojos abiertos estaban lúcidos pero llenos de miedo.

“Katy, está bien. Estás segura. Estás a salvo aquí.

“¿Madrone?”

“Estoy aquí. No te dejaré”.

Katy levantó los brazos como una niña buscando consuelo y hundió el rostro en los hombros de Madrone.

“Está bien”, murmuró Madrone, dándole palmaditas y tranquilizándola. “Todo está realmente bien ahora”.

“Me siento tan temblorosa. Todo está oscilando”.

“Estamos en un barco, *querida*. Nos alejamos, navegamos a casa”.

“¿De verdad?”

“De verdad”.

Katy sonrió y luego hizo una mueca cuando otra contracción la atrapó.

“Me está haciendo daño”, dijo. “Me han hecho algo. Todavía duele, Madrone. Duele mucho”.

“No, Katy, ahora no te están haciendo daño. Vas a tener un bebé, eso es todo. Sé que se siente como dolor, pero no es un dolor al que temer”.

“No puedo evitarlo, Madrone. Me temo que tengo miedo”.

“Lo sé. Pero estoy aquí, he atrapado a cientos de bebés y no tengo miedo por ti”. Y eso, por supuesto, es sólo parcialmente cierto, porque querida Diosa, aquí estamos, sin maletín de partera, sin hierbas, sin medicamentos, sin pinzas, sin jeringas, sin refuerzos, sin ayuda si algo sale mal.

La noche transcurrió. Katy se esforzó pero no progresaba mucho y Madrone se sentó, reprimiendo la preocupación. Mary Ellen rondaba, bañando la cara de Katy con paños

suaves y dándole sorbos de agua y cucharaditas de miel de Madrone. Habían acostado a Ángela en la litera delantera. Sara e Isis todavía dormían en cubierta.

“No vendrá”, dijo Katy. “Madrone, quiero parar. Por favor, haz que esto se detenga”.

“No puedo hacer eso, *niña*. Esto es un nacimiento, toma su propio tiempo. Toma, toma mi mano. ¿Quieres un sorbo de agua?”

“Solo quiero que esto termine”.

“Déjalo ir. Ábrete”.

“No puedo. Me temo que...”

“Lo sé, habéis estado juntos en el infierno, tú y el niño. No quieres dejarla salir a enfrentar este mundo lejos de ti. Pero ya es hora. Ya no puedes mantenerla a salvo dentro de ti”.

“No puedo hacerlo. No soy lo suficientemente fuerte, Madrone.

“Confía en tu cuerpo, Katy. El cuerpo de la mujer ha dado a luz durante millones de años. Sabe qué hacer”.

“No. No se qué hacer. ¡Oh, Madrone, me alegro mucho de que estés aquí!

“Yo también”.

“Todas esas otras cosas parecen muy lejanas ahora. No importa”.

“Silencio, ni lo pienses. Sólo piensa en abrirte, como una flor que se abre al sol”.

“Mataron nuestras flores. Madrone, mataron a Littlejohn y...

“No, *querida*, no pienses en eso ahora. Sé lo que pasó. Ya habrá tiempo para hablar de eso mañana. Ahora mismo necesitas imaginar cosas hermosas, cosas esperanzadoras. Piensa en la luz, el sol saliendo de la Tierra. Sabes, en español, Katy, hay dos formas de decir “dar a luz”. Está *estar de parto*, que significa separar, partir, y *dar a luz*, que es dar luz. Y eso es lo que tienes que hacer: dejarlo ir. Entrega a tu hijo a la luz y dale la luz a él. Incluso en inglés, el nacimiento es algo que das”.

Katy soltó un nuevo llanto y Madrone revisó su cuello uterino una vez más. Alabada sea la tierra, por fin estaba abierta.

“Empuja, cariño. ¿Sientes esa necesidad de pujar? Mary Ellen, despierta a Sara e Isis, ya no pasará mucho tiempo. Y luego apóyala, ¿quieres? Sigue adelante, Katy. Siente venir la contracción, respira profundamente, contén el aire y empuja”.

Madrone le cantó mientras los demás se reunían.

*“Siente tu poder,
El poder de la mujer.
La madre primera,
Es la madre Tierra”.*¹⁶

“Eso significa 'Siente tu poder, el poder de la mujer'. La primera madre es la madre tierra.”

Katy se sentó, recargándose en los fuertes brazos de Mary Ellen, hundió los talones en la litera y empezó a empujar. Su miedo había desaparecido. En su rostro había una expresión de tremenda concentración; su piel brillaba por el sudor. Sara había bajado soñolienta por la escalera desde la cubierta y Katy agarró su brazo blanco con tanta fuerza que las venas se le marcaban. Isis estaba detrás de ellas, observando.

“Buen trabajo, Katy”, dijo Madrone. “Isis, Sara, toma sus pies para que pueda tener más influencia. Ahora, Katy, otra vez... ¡empuja!”

“Lo sé”, dijo Katy. “No me digas qué hacer”.

“No, *querida*, no hace falta que te lo diga. La sabiduría está en tus células, en tu útero, y están aquí con nosotros esta noche, las madres, todas las madres, cada mujer que alguna

16 En español en el original, como se indicó al principio para el texto en itálicas. [N. d. t.]

vez ha dado a luz, tu madre, mi madre también. Apóyate en ellas, deja que te apoyen, ellas te ayudarán”.

Pasó una hora, luego otra hora, casi sin que nadie se diera cuenta mientras se concentraban en Katy. Por fin, cuando Madrone revisó la vagina de Katy, pudo sentir la cabeza del bebé presionando contra los labios.

“¡Buen trabajo!” Madrone volvió a decir, sonriéndole a Katy mientras masajeaba y estiraba su perineo. “Me gustaría que tuviéramos un espejo para que pudieras ver el pelo negro y rizado de tu hijo. Vemos la cabeza ahora”.

Katy gruñó, contuvo la respiración y empujó con fuerza mientras Mary Ellen se secaba el sudor de la cara. Con un suave movimiento, emergió la cabeza del bebé. Una nueva persona estaba surgiendo a la luz, pensó Madrone, que en ese momento podría ser cualquiera o cualquier cosa. De un ser surge otro, de Todas las Posibilidades, uno. ¡Oh, sacratísimo misterio! Bendita sea la Creativa, Madre de las Sorpresas, fecunda, más tenaz incluso que la muerte.

Pero en la siguiente contracción, la cabeza del bebé se echó hacia atrás y su barbilla se presionó contra el perineo, sus labios se apretaron y comenzaron a oscurecerse.

“Manos y rodillas”, gritó Madrone automáticamente. “Mary Ellen, ayúdala a voltear. Apóyala, Isis”.

“¿Qué ocurre?” –preguntó Sara ansiosamente.

“Distocia de hombros. Ahí, tráela. No te preocupes, Katy, solo relájate”.

“¿Qué diablos es eso?” –Preguntó Isis.

“Hombros estancados. Necesito entrar allí y darles la vuelta”.

Deslizó una mano dentro de la vagina y deslizó dos dedos de la otra detrás de la cabeza del bebé. Requería un movimiento giratorio, como desenroscar un perno; lo había hecho cincuenta veces pero nunca sin tensión. Había tantas cosas que podían salir mal. Si le disloco el hombro al niño o le rompo el brazo, o si esto resultara imposible de mover...

Detén esos pensamientos. Siente el momento, las contracciones. Ahora.

“Empuja, Katy, empuja”. Podía sentir los músculos presionar hacia abajo mientras empujaba, tiraba y giraba en ese espacio estrecho y estrecho, hasta que de repente todo cedió y el niño se deslizó libremente.

Sus manos lo atraparon, sus ojos notaron que era una niña y colocó al bebé sobre el vientre de Katy. No había ninguna pera de succión para limpiarle las fosas nasales y la garganta, pero la niña abrió su boquita y comenzó a respirar y a llorar.

Katy colocó sus manos sobre la espalda de la niña y acarició su piel con asombro.

“Es tan viscoso”, susurró Isis alarmada.

Madrone se rió. “Esa es la vérnix que cubre la piel en el útero para mantenerla sana. En un momento la frotaremos. O frotaremos un poco en tu piel; no hay nada mejor para ella”.

Pero los comentarios de Isis le recordaron que un niño debe venir al mundo para recibir bendiciones y alabanza. Mientras ataba el hilo que había preparado alrededor del cordón umbilical, que aún se extendía hasta la vagina de Katy, indicó a las demás que se reunieran alrededor.

“Necesitamos darle la bienvenida y darle bendiciones. ¿Están vuestras manos limpias? Luego, una a una, acariciadla suavemente, frotad un poco de vérnix en la piel y pedir un deseo para ella, algo que provenga de vuestra propia vida. Entonces siempre tendréis un vínculo con ella”.

Madrone fue la primera, frotó un patrón en espiral sobre la piel de seda húmeda. “Deseo que siempre encuentres la curación que necesitas”.

“Deseo que siempre tengas suficiente para comer, beber y compartir con los demás”, dijo Mary Ellen.

“Deseo que encuentres el amor verdadero”, dijo Sara.

“Deseo que escapes de todas las trampas que te tiendan”, dijo Isis.

Katy se agachó y acarició los brazos y las piernas del bebé. “Te deseo la fuerza para sobrevivir”.

“¿Quién cortará el cordón umbilical y romperá el último vínculo entre el niño y el útero?” –Preguntó Madrone.

“Hazlo tú”, dijeron todos, y ella lo hizo, usando el cuchillo que Mary Ellen había esterilizado antes.

“Sé libre, sé fuerte, sé tú misma, ten suerte, siéntete orgullosa de ser mujer, sé amada y cariñosa; vive entre flores, rodeada de aguas que fluyen libremente; vive en el calor del sol, respirando aire puro, nutrido por la luz de la luna y las estrellas. Sabe que eres bienvenida, que eres un regalo precioso para nosotros; se bendecida”, dijo Madrone.

La niña lloró y Katy la levantó hacia su pecho para que chupara. Con un último gemido, expulsó la placenta y Mary Ellen la recogió en una palangana mientras Madrone masajeaba el útero de Katy para ayudar a que se contrajera. Había sangre por toda la litera, pero gracias a la Diosa, apenas se había desgarrado y no hubo hemorragia.

“Yo limpiaré”, dijo Mary Ellen. “Descansa tú, Madrone”.

Madrone finalmente se sentó. Su cuerpo estaba temblando; estaba tan agotada como si ella misma hubiera dado a luz. Lo cual ella había hecho, en cierto modo. Porque había rescatado a Katy del laboratorio, y si no lo hubiera hecho, esta niña ya estaría muerta, un espécimen útil para

datos y productos en los que no merecía la pena pensar. Oh, ya había salvado esta pequeña vida cinco veces, y *qué milagro* que viviera y respirara, que las propias manos de Katy pudieran consolarla, acariciarla y sostenerla contra su pecho.

Todavía había peligros, todavía había cien maneras en que *El Mundo Malo* pudiera alcanzarlos, agarrarlos y succionarlos. Pero ahora, sólo por un momento, podía saborear su triunfo. Algo había cambiado. Un nuevo niño ha llegado al mundo de la luz y de las tinieblas, y yo sigo viva, pensó Madrone, y el sol sale sobre las crecientes olas, y hoy, sí, hoy, volvemos la cara hacia casa.

Capítulo XXXI

A Maya le dolía la cabeza. La sala de reuniones era un garaje oscuro en un sótano, con gente apiñada y amontonada en el espacio. Apestaba a sudor y miedo, recubierto de un matiz de salvia. Las Voces con sus máscaras estaban apiñadas junto con todos los demás. La discusión fue acalorada, con matices desagradables y, en opinión de Maya, ya se había prolongado demasiado.

“El Pájaro se ha pasado al enemigo”.

Cress del Consejo del Agua se dirigió a la sala. Tenía los ojos rojos y una barba de tres días le cubría la estrecha barbilla. Parece demasiado estirado, pensó Maya, como todos nosotros. Aun así, no puedo evitar que me desagrade.

“¡No digas eso!” protestó Sachiko del gremio de músicos. “No sabemos qué le hicieron”.

“En lo que respecta a eso, no sabemos si le hicieron algo en absoluto”, dijo Cress. “¡No, no me grites! Tengo derecho a plantear esta pregunta. Desaparece en el Sur durante casi diez años, regresa unos meses antes que los ejércitos invasores, justo a tiempo para disuadirnos de construir armas o planificar una resistencia armada. Ahora les está repartiendo cartillas de racionamiento de agua. Es sospechoso, eso es todo lo que digo”.

Maya se levantó a medias para hablar, pero Sam la sujetó con el brazo. “No puedes defenderlo”, susurró. “Tú eres su abuela”.

Por un momento Maya pensó que nadie más hablaría. Entonces el hombretón sentado junto a Sachiko se levantó. Maya reconoció a uno de los viejos amigos de Bird, otro guitarrista. ¿Cual era su nombre? ¿Caminante?

“Conozco a Bird desde hace muchos años”, dijo Walker. “Puedo creer que podría ceder ante la tortura. Cualquiera de nosotros podría hacerlo. Pero nunca creeré que sea un traidor. Incluso si lo fuera, nadie debería ser juzgado en ausencia por rumores e insinuaciones. Sospechas como la tuya, Cress, hacen más daño que diez colaboradores. Especialmente si nos impiden apoyar a uno de los nuestros, que ha pasado por Diosa sólo sabe qué.

“No lo estoy condenando”, dijo Cress. “Personalmente, estoy dispuesto a creer que simplemente sobreestimó su

capacidad de resistencia. Pero ¿no lo ven todos? Eso prueba mi punto. Es un ejemplo de que cuando llega la prueba definitiva, no podemos resistir su fuerza”.

“Tal vez todavía se resiste, a su manera”, sugirió Walker.

“¿Cómo? ¿Está ejecutando su programa de racionamiento?”

“Nadie ha tomado ninguna de sus tarjetas todavía”, dijo Walker. “¿Por qué? Porque casi todas las casas de esta ciudad tienen un aljibe, que todavía está bastante lleno por las lluvias invernales. Si Bird es un traidor, ¿por qué no les ha hablado de las cisternas? ¿Por qué no han hecho nada al respecto?”

Una mujer mayor que vestía las prendas tejidas a mano del Gremio de la Seda se levantó. “Mi hija fue capturada por los soldados. Todavía está demasiado conmocionada y herida para contar su historia aquí en público, pero yo la contaré por ella. Iban a violarla, toda una pandilla de ellos. Ella luchó contra ellos pero la ataron a la cama. Entonces entró Bird. Ella hizo una pausa. En silencio, Maya apretó la mano de Sam con tanta fuerza que sus dedos cambiaron del rojo al blanco. “De alguna manera él los convenció para que no lo hicieran”, continuó la mujer. “Él hizo que la dejaran ir. No es un traidor”.

Maya dejó escapar un largo suspiro y Sam le dio unas palmaditas en la mano mientras ella soltaba la suya.

“Esa no es la cuestión que nos ocupa aquí”, objetó Cress. “No es Bird quien está siendo juzgado, es toda nuestra estrategia. Hemos sido demasiado ingenuos. ¿Qué será necesario para que admitamos que la no cooperación no está funcionando?”

“Esperábamos víctimas”, dijo Lily. Estaba vestida con una sencilla bata gris y también parecía cansada y demacrada. “Sabíamos que habría sufrimiento”.

“Tal vez es hora de que inflijamos algo”, dijo Cress.

En el silencio que siguió, Maya pudo sentir que las tensiones en la habitación se polarizaban. Sí, había muchos que estuvieron de acuerdo con Cress, y habría muchos más a medida que pasaran los días.

“La defensa no está de acuerdo”, dijo Lily.

“Eso es evidente, pero ¿qué sugieres? No podemos seguir tumbados y comernos sus quemaduras láser. No podemos permitir que nos conviertan a todos en pájaros, uno por uno”.

“No estoy proponiendo que lo hagamos”. La voz de Lily era tranquila. ¿Como lo hace? Pensó Maya. ¿Practica frente al espejo o le proviene de tantos años de meditación sentada?

“Entonces propón algo más”, la desafió Cress. “La gente del Bosque se ha apoderado del derecho de paso del ferrocarril. Los grupos de South Bay han volado las vías y cortado sus líneas de suministro”.

“¿Es eso cierto?” Salal, que era el Cuervo de la reunión del día, intervino. “¿Alguien puede verificar esa noticia?”

“Es verdad”, dijo Lily. “Los exploradores de defensa nos trajeron el mensaje hace dos días”.

“¿Y nosotros qué hemos hecho?” –continuó Cress. “¿Además de servirles como víctimas?”

“Algunos de nosotros, al actuar sin consenso, hemos volado sus diques”. Lou, del Consejo de Sanadores, se puso de pie y miró a Cress. “Sin eso, tal vez no habría habido tantas víctimas”.

“Sin eso”, respondió Cress, “es posible que ya hubiéramos agotado las reservas de nuestras cisternas”.

“Nos estamos alejando de la discusión”, dijo Salal. Ella también parecía cansada y carecía de su habitual comprensión de la reunión. Incluso su cabello rojo se había descolorido a un castaño opaco y sus raíces habían crecido. “¿Alguien tiene una propuesta?”

“Defensa sí”, dijo Lily.

“¿Qué es?”

“Marie, antes de morir, le dijo al ejército que había un poder en esta ciudad que nunca podrían conquistar. Aparentemente para ellos eso significaba que tenemos algún tipo de arma secreta. Así que torturaron a Bird hasta que les dijo lo que era”.

Maya hizo una mueca. ¿Cómo puede decir eso con tanta tranquilidad y naturalidad? Si fuera *su* nieto...

“¿Qué les dijo?” –Preguntó Salal.

“¿Por qué no *nos dice* qué es?” –murmuró alguien al fondo de la habitación.

“¡Orden, por favor!” –dijo Salal bruscamente.

Lily prosiguió. “Les dijo que nuestra arma eran los muertos. Que si mataran a alguno de nosotros, quedarían perseguidos. Nuestra propuesta es que hagamos realidad sus palabras”.

“¿Qué quieres decir?”

En la pausa antes de que Lily hablara, Maya creyó escuchar el sonido de un tambor.

“La defensa propone que persigamos a los asesinos”.

“¿Defensa ha estado reclutando entre los muertos?”
–Preguntó Cress. “¿Estás sugiriendo que realicemos sesiones de espiritismo?”

Varias personas alrededor de la habitación se rieron. Lily continuó, imperturbable. “No estoy proponiendo que resucitemos a los muertos. Sugiero que intentemos enfrentar a los asesinos con las consecuencias de sus acciones, hacer que sus víctimas sean reales para ellos. Que los sigamos, que les contemos historias de aquellos a quienes han derribado, sin dejarlos nunca solos y seguir ofreciéndoles un lugar en nuestra mesa”.

“Estás loca”, dijo Cress.

“¿No matarán a más personas?” –Preguntó Sachiko.

“Sí”, dijo Lily. “En cualquier caso, morirá más gente. Pero Cress tiene razón en una cosa: ha llegado el momento de que seamos más activos y más confrontativos”.

“Podría jugar con sus miedos”, dijo Salal, pensativa. “Si creen lo que Bird les dijo, podría enervarlos lo suficiente como para destruir su moral”.

“Eso puede suceder”, admitió Lily, “pero no es nuestro objetivo principal. Debemos seguir buscando su humanidad, creer que dentro de los peores asesinos se encuentra alguna chispa de la quinta cosa sagrada. Si podemos alcanzar eso, alcanzaremos la victoria incluso en la muerte”.

“Estás completamente loca”, dijo Cress de nuevo. Pero después de una larga discusión, el Consejo adoptó la propuesta de Lily. Cress y su facción se hicieron a un lado.

La mujer vestida de blanco se acercó al soldado apostado en la Plaza Central. Sí, él era el indicado. Ella nunca lo olvidaría, la mirada fría en su rostro cuando su mano levantó el arma hacia la cabeza de su hermano. Ella se acercó a él y lo miró a los ojos.

“Mi hermano Jorge, al que mataste ayer, era carpintero”, dijo la mujer. “Cuando era pequeña me hacía los juguetes más bonitos”.

“Sal de mi espacio”, dijo el soldado.

“Me hizo un perro de juguete que rodaba sobre ruedas; se podía tirar de él con una cuerda y su cabeza se movía hacia arriba y hacia abajo. Sin embargo, se metió en problemas porque cuando *tía* Anna le preguntó: '¿Qué estás haciendo?' él la miró directamente a los ojos y dijo: “Esto es una perra sobre ruedas”. “

Los ojos de la mujer estaban llenos de lágrimas y el soldado arrastraba los pies incómodo. “¡Dije que te alejes de mí!”

“Jorge nunca pudo resistirse a una broma. Me siento tan triste porque nunca volveré a oír su risa...”

El soldado miró hacia atrás. “Mire señora, no quería matar a su hermano, ¿vale? Lo siento, tuve que hacerlo. No tuve otra opción al respecto”.

“Pero tú elegiste; era tu mano en el arma. Terminaste con su vida sin siquiera conocerlo ni ver su sonrisa.

“Él o yo, señora. Si yo no disparo, el siguiente palo de la línea me dispara”.

“¿Como sabes eso? ¿No está también ese hombre tomando su propia decisión? Quizás él también decida dejar el arma”.

“No lo hará”.

“Nunca podremos escapar de la elección. Cada acto que tomamos o no tomamos. Cada vez que abrimos la boca o cerramos los ojos”.

“¡Que te jodan! ¡Aparta a Jesús de mí! Nunca tuve otra opción, ¿vale? ¡Nunca tuve hermanos ni hermanas! Nadie hizo ningún juguete para mí. Fui criado para el ejército; hago lo que me dice el ejército”.

“Eso es algo terrible que hacerle a un niño. Has sufrido. Estás sufriendo ahora, de una manera nueva. Porque ahora tienes que tomar una decisión. Y puedo ver en tus ojos que entiendes esto. Es el terrible regalo que has venido a recibir aquí y nunca más volverás a estar libre de él”.

El soldado que patrullaba la presa era una mancha de color caqui oscuro rodeada de figuras blancas en movimiento. Al principio se abrió paso implacablemente entre la multitud blandiendo su bayoneta, pero lo siguieron a través de la plaza.

“Mi hijo era jardinero”, dijo la señora Hernández, tendiéndole una canasta de tomates maduros. “Toma y come del fruto del hombre que mataste”.

“Fuera de mi camino, señora”. La empujó a un lado y se giró para encontrarse con una niña pequeña.

“Mi *abuelo* contaba buenas historias”, dijo. “Ésta es la historia que me contó sobre la mujer de la montaña...”

Se alejó bruscamente de ella, solo para encontrarse con un hombre alto, que sonrió y dijo: “A mi prima le gustaba el béisbol. ¿Practicar deportes? Nadie podía tocarle a la hora de batear, ni siquiera con su edad...”

“¡Dije que te alejes de mí!”

“¿Sabes cómo me sentí al ver a mi hijo derribado, esa bala entrar en su cabeza, ese querido rostro que había lavado tantas veces y visto crecer y cambiar?”

“¡Cállese, señora!”

“¡Prueba, prueba estas frutas para que sepas lo que destruiste!”

“Mira, me ordenaron que lo hiciera”.

“Siempre es posible elegir. Elegiste obedecer. Y ahora estamos aquí para enseñarte el significado de tu elección”.

“¡Despejar el camino!”

“Incluso ahora hay opciones. Todavía hay un lugar reservado para ti en nuestra mesa, si te unes a nosotros”.

“¡Dije que despejaran el maldito camino!” Movi6 violentamente la culata de su rifle y se la aplast6 a la ni6a en la cabeza. Ella comenz6 a llorar y alguien la levant6 y la calm6, mientras una mujer se acercaba.

“Mi hija, a quien usted acaba de herir, tiene seis a6os. A ella le gusta cantar. Desde que era una beb6, se pas6 a la m6sica. Desde que pudo ponerse de pie, intent6 bailar”.

“Os lo advierto, salid de aqu6 o matar6 a algunos m6s”.

“Entonces otros vendr6n en nuestro lugar para mostrarles las consecuencias de esa elecci6n. Pero, aun as6, d6jame contarte m6s sobre mi hermano...”

Dio media vuelta y huy6.

Ya fuera la superstición de los soldados o si los obstinados muertos de la ciudad continuaban luchando a su manera, las historias de otros fantasmas se multiplicaron. Se vio a Lan deambulando por el cuartel, buscando a su verdugo. Se escuchó a niños fantasmas llorar en la plaza. Por la noche se veían luces cruzando los puentes rotos, moviéndose sobre los huecos donde habían caído los tramos. Los soldados empezaron a susurrar entre ellos que lo que Bird había dicho era verdad. Matar a una bruja significaba estar perseguido para siempre.

Uno a uno, un lento goteo de desertores empezó a refugiarse en las casas de la Ciudad.

“¿Cuál es su recuento de células T?” –Preguntó Sam.

“No hay nada malo con el recuento”, dijo Aviva. “Es el nivel de actividad lo que parece estar comprometido. La producción de citocinas está disminuyendo.

Se reunían en la cocina de la Casa del Dragón Negro, que Sam había convertido en un hospital improvisado. Los primeros desertores habían sido enviados fuera de la ciudad, hasta el Delta, donde el ejército de los Mayordomos aún no había penetrado. Pero ahora que recibían una afluencia constante de soldados, el transporte se había convertido en un problema importante. Con los puentes caídos y sin barcos

en el lado oeste de la bahía, trasladar a un soldado río arriba requería una importante operación clandestina.

“Mmm”, dijo Sam. “Eso confirma lo que sospechábamos sobre cómo funcionan los refuerzos”.

“Estimulando la actividad celular, en lugar de inducir la replicación”, dijo Lou.

“Maldita sea, desearía que tuviéramos acceso a nuestros propios laboratorios”, dijo Sam.

“Si lo hiciéramos, tus amigables bioquímicos del Consejo de Tóxicos te prepararían algo para compensar”, dijo Nita. Había regresado la noche anterior para intentar reponer los suministros de ciertos químicos que necesitaban en el laboratorio que habían establecido río arriba. Su cabello revuelto estaba recogido en trenzas y dejaba su delgado rostro expuesto, vulnerable. “Tal como están las cosas, no sé cómo voy a conseguir lo que necesitamos. Supongo que el otro enfoque sería mantenerlos en estricto aislamiento hasta que sus sistemas inmunológicos se recuperen y comiencen a funcionar normalmente”.

“Si se recuperan”, dijo Aviva. Se había estado mordiendo los labios y estaban rojos y agrietados. “¿Y si no lo hacen?”

“El cuerpo es resistente”, dijo Lou. “Ya he visto algunas mejoras con la acupuntura. Las hierbas también ayudan. El problema es de lo que se contagian mientras tanto. Y no

tenemos instalaciones para mantener a un número creciente de hombres en un aislamiento estéril. Ya es bastante difícil mantenerlos ocultos a las Patrullas.

“Estamos empezando a ver gripe, hongos y aftas, y la Diosa sabe todo lo que están incubando”, dijo Aviva.

Sam cerró los ojos por un momento. Sentía la cabeza demasiado pesada, como si pesas de plomo le tiraran de la mandíbula. “Sabes, soy demasiado mayor para esto. Merezco una vejez tranquila”.

“Estás preocupado por Bird”, dijo Aviva. “Te estás agotando”.

“Estamos todos preocupados”, dijo Nita.

“Me preocupa retener a Maya”, dijo Sam. “Ella quiere perseguir al general”.

“Déjala intentarlo”, dijo Nita con gravedad.

“La mataré. Entonces podrá perseguir a quien quiera.

“¿Estás bien?” –le preguntó Bird a Rosa. Sus guardias lo habían llevado a su celda, una sala de conferencias sin ventanas y con la puerta cerrada, para su visita diaria. Mi recompensa por la traición, se dijo.

Rosa asintió. Parecía agotada, delgada y profundamente deprimida, pero Bird no pudo ver ninguna marca ni moretones en ella. No es que eso significara nada.

“¿Estás segura? ¿Te están alimentando lo suficiente? ¿Te están dando agua?”

Ella asintió de nuevo. No había hablado con él desde el día en que apareció con el uniforme de los Stewards. Ah, bueno, al menos *ella* todavía tenía su integridad.

“¿No te han hecho daño?” Ella sacudió su cabeza.

Soy yo quien la lastimó, quien le falló.

“Podrías seguir con tu práctica de piano, ¿sabes?” Intentó sonar alegre y cordial. “Por supuesto, habría que imaginarse el piano. Pero podrías trabajar en la sincronización de esa pieza de Mozart que te enseñé. No querrás quedarte muy atrás cuando esto termine”.

Ella lo miró con tal desprecio que él se quedó en silencio. Bien. La traición ya es bastante mala; no tengo que agravarlo siendo activamente estúpido. Saludó con la cabeza a sus guardias, pero antes de que pudiera salir, la puerta se abrió y entró el propio general, seguido por uno de los guardias que Bird recordaba de las sesiones de tortura. Una sonda neuronal colgaba de su cinturón.

Mierda. Oh, mierda.

“No estamos obteniendo resultados”. El general fue directo al grano. “Has estado sentado en la Plaza durante más de un mes. Nadie ha cogido cartillas de racionamiento. Nos has estado ocultando algo.

“No, no, te juro que no. Lo he hecho lo mejor que pude”.

“Quizás hayas olvidado el sabor de la sonda. Jordan, inténtalo”.

El dolor lo atravesó como si cada una de sus terminaciones nerviosas fuera un látigo. Se mordió la lengua para no gritar. *Mierda*, el cabrón debe tenerlo marcado al máximo.

“Tal vez la chica necesite probarlo”, sugirió el general.

“No”, dijo Bird, antes de que pudiera detenerse. “Prometiste que la dejarías en paz”.

“Denle un golpe”, ordenó el general. “Sólo para que podamos oírla chillar”.

Su grito resonó por la habitación.

“Tienes una oportunidad más. Piénsalo. Escuchamos tus cintas, muchacho. Sabemos que no has hecho nada en días excepto sentarte ahí sobre tu trasero de negro. Ah, y por cierto, ¿quién es Maya?”

Vete a la mierda, Sam. Oh, vete a la mierda, vete a la mierda, por mencionar ese nombre. “¿Yemaya? Ella es la Diosa del Océano, la antigua orisha africana”. Esta vez el dolor comenzó bajo, apenas perceptible, y fue aumentando y aumentando hasta que empezó a temblar y sudar y, contra su voluntad, empezó a gritar.

“Apenas has comenzado a experimentar todas las posibilidades de esta cosa”, dijo el general, mirando la sonda con admiración. “Jordan, ve a trabajar con la chica hasta que este pequeño demonio desalmado deje de intentar mentirnos”.

Tendría que mentir, pero tendría que encontrar una mentira que ellos creyeran, la mentira que lo salvaría, porque la verdad no lo haría libre. No, los gritos de Rosa eran insoportables pero los de Maya serían igual de malos. Le harían daño, y ella era vieja y frágil. Tal vez ella, al menos, podría morir. *Diosa*, Brujas de esta ciudad, ¿por qué nadie pudo sacarlas de esto? Mierda.

Rosa, Rosa, lo siento. Voy a tener que hablar, pero tengo que esperar un poco, no me creerán si es demasiado rápido, demasiado fácil, así que tendré que adormecerme ante tus gritos. Lo que oigo no es la voz de una niña, es el grito estridente de una gaviota, es un violín mal tocado. Diosa, si tan solo se detuviera. Me duelen los dientes por eso. ¿Cuánto tiempo debo darle vueltas a esto?

“Está bien, te lo diré”, dijo al fin. Jordan se separó del cuerpo tembloroso de Rosa y acercó la sonda a Bird nuevamente. “Maya es un demonio, el demonio principal de la Ciudad. Si le envías un mensaje, si le pagas con la sangre de un ser vivo, un ratón o una rata, ella te ayudará”.

Dolor de nuevo, acordes y armónicos y recorridos melódicos.

“No soy un soldado de infantería supersticioso”, dijo el general. “No intentes engañarme. Quiero la verdad. Y tengo edad suficiente para recordar los días anteriores a que la Stewardship llegara al poder. Había un escritor por estos lugares, uno de los principales apologistas de Satanás. Con el nombre de Maya Greenwood, creo. ¿Es ella la Maya en cuestión?”

Podría aguantar más, dejar que descubrieran cuánto podía aguantar de nuevo, dejar que torturaran a Rosa hasta llevarla a la locura, pero ¿para qué? Porque sé que se lo voy a decir. Él también lo sabe. Ohnine tenía razón, la primera ruptura es la más difícil; después de eso es cada vez más fácil ceder y cada vez más inútil resistirse.

“Sí”, admitió Bird. Y ahora he traicionado a alguien nuevo, he cometido un acto más impensable, he dado un paso más en el camino hacia lugares que todavía no puedo soportar imaginar.

“¿Qué relación tiene ella contigo?”

“Es mi abuela”.

“¿Y dónde está ella?”

“Río arriba”, dijo en el mismo tono plano y derrotado con el que la había identificado. “La enviamos a las Comunidades Forestales antes de que todo esto comenzara”.

“¿Entonces tienes formas de enviar mensajes a través de la bahía?”

“Palomas mensajeras”, dijo Bird. Y era una idea inspirada, ¿por qué no se les había ocurrido de verdad?

“Si ella está muy lejos río arriba, ¿por qué estabas tan preocupado por ocultarme su existencia?”

“Tenía miedo. Miedo de que la buscarías y la lastimarías cuando tomaras los bosques”.

“Ah, ¿entonces anticipas nuestra victoria?” –sonrió el general.

“¿Cómo puedes perder?” respondió Pájaro.

“Mi esposa era madre de cinco hijos”, dijo el hombre triste y fornido en la Plaza. “La amaba muchísimo. ¿Usted ama a

alguien? ¿Te imaginas lo que es que te la quiten por responder a los gritos de los niños?

Los fantasmas habían llegado a la fuente seca donde Bird mantenía su infructuosa vigilia, flanqueado por Ohnine, Threetwo y un escuadrón de otros. Bird se dio cuenta de que Ohnine estaba en su estado de ánimo más peligroso, con los ojos entrecerrados y la voz nerviosa. Ninguno de ellos dormía bien estos días. Noche tras noche los cuarteles eran despertados por gritos de miedo, por pesadillas.

Las figuras vestidas de blanco se acercaron. Bird sintió miedo. Eran sus antiguos amigos, sus vecinos, pero ahora estaban separados de él, como si él o ellos ya estuvieran muertos.

Ignoraron a Bird y convergieron en Ohnine. Bird reconoció a Rob Johnson y sus hijos, primos lejanos de la familia de su propio padre. Nellie Johnson había estado en el Consejo del Agua y Bird sabía que Ohnine había sido uno de los verdugos. ¿Fue su propia culpa? ¿La había nombrado él, causado su muerte? Espera, quería llamar a los Johnson, parad, no molestéis a este hombre, no hoy, no ahora. Pero ninguno de los fantasmas lo miró a los ojos.

“No estoy jodiendo contigo, hombre. Tienes hasta que cuente tres para salir de aquí, o puedes seguir a tu esposa Bruja al infierno”, dijo Ohnine.

“Aquí están nuestros hijos...”

El disparo sonó cuando una herida roja se abrió en la sien de Rob. Él cayó. El mayor de los Johnson dio un paso adelante. Parecía tener unos quince años, era alto y delgado, y su voz temblaba sólo ligeramente. “Mi padre era un buen hombre. Nos amaba y sabía cómo arreglar cualquier cosa...”

Ohnine le disparó al niño en la frente. Su hermana menor pasó por encima de su cuerpo que caía. Debería hacer algo, pensó Bird, pero estaba helado, inmovilizado por el horror.

“Mi hermano siempre trató de protegerme”, dijo Iris Johnson. “Mi madre y mi padre nos amaban. ¿Nadie te amó alguna vez? ¿Sabe tu madre que matas madres?”

Él también la mató. Su hermana de ocho años dio un paso adelante y Ohnine, ahora con los ojos desorbitados y fuera de control, le disparó antes de que pudiera hablar. Había otra niña, aún más joven, que sostenía la mano de un niño grueso de dos años. Ella se derrumbó, se arrojó sobre el cuerpo de su padre y lloró, lanzando sólo una mirada de reproche al hombre que le apuntaba con su arma. Bird contuvo la respiración. La mano de Ohnine estaba temblando.

“Todavía hay un lugar para ti en nuestra mesa, hermano, si decides unirme a nosotros”. Un anciano dio un paso adelante. Ohnine blandió su arma a ciegas, cuando una

mujer apareció detrás de él, y luego otra y otra, por todos lados, mujeres, hombres y niños, hasta que Bird apenas pudo ver a Ohnine entre ellos, todos diciendo en voz baja: “Ahora, incluso ahora hay un lugar para ti”.

Debería estar con ellos, pensó Bird. Debería haberlo detenido o morir en el intento, interponerme entre él y sus víctimas. Pero entre otras violencias, otras víctimas y *Diosa*, no soy lo suficientemente fuerte. Me estoy rompiendo y cayendo, cayendo y rompiendo.

Ohnine dejó caer su arma y comenzó a gritar. Los otros soldados observaron impasibles mientras Ohnine se acurrucaba alrededor de su propio vientre, vomitando sobre los adoquines y sollozando.

“Los demonios lo atraparon ahora”, dijo Threetwo. Los demás asintieron. Bird creyó oír un tambor tocando una marcha fúnebre. La niña lloraba y sólo los muertos permanecían en silencio, mientras una falange de fantasmas se llevaba a Ohnine.

Capítulo XXXII

A la luz de la luna, el puente Golden Gate proyectaba una sombra irregular cuando el barco pasaba por debajo. El cielo vacío se abría a través de las secciones faltantes y ninguna luz festiva adornaba los cables. Una advertencia, pensó Madrone. La ciudad de sus historias, sus fabulosos relatos de abundancia, libertad y magia, ahora se alzaba sobre colinas oscuras y siniestras. ¿Ya estaba destruida?

Tranquila, se dijo a sí misma. Lo sabrás muy pronto. Isis le había dado el timón para atravesar la bahía, y ella los condujo a través de los canales que conocía tan bien, alrededor de la isla Ángel, más allá de Alcatraz, alrededor de la curva de la península hacia la bahía abierta y hacia el sur bajo el Puente de la Bahía que se abría con metal retorcido y dentado.

Es como volver con un amante al que le han roto los brazos, pensó. Los puentes eran más que estructuras: eran símbolos de la ciudad misma, una peculiaridad tan característica del paisaje como Twin Peaks o el Monte Tamalpais al norte.

“Esto es lo que creo que deberíamos hacer”, dijo Madrone. “Anclamos un poco lejos de la bahía. Isis y yo llevaremos el bote a la orilla, exploraremos un poco y descubriremos qué está pasando. El resto de ustedes nos esperarán a bordo”.

El paseo marítimo sur siempre había sido uno de los lugares favoritos de Madrone, con sus muelles contruidos a lo largo de media milla de humedales recuperados. Por lo general, los muelles estaban llenos de actividad, de día o de noche. Los barcos saldrían a pescar en la bahía aquellas variedades de criaturas marinas que no concentraban toxinas en sus cuerpos. Las cuadrillas estarían trabajando en los gigantescos bancos de filtros que extraen metales pesados y neutralizan otras sustancias químicas, limpiando las aguas entrantes a medida que suben con la marea para llenar las marismas. Los mercados siempre estaban animados, llenos de camarones, cangrejos y ostras cultivadas en el agua filtrada, y pequeños lugares para comer ruidosos con las conversaciones y el zumbido de los molinos que convertían las conchas en tierra de diatomeas para los jardines. Durante el día, los niños aprendían a navegar en pequeñas embarcaciones o practicaron kayak y windsurf. En lo alto, grandes bandadas de gaviotas volaban

y giraban, mientras gráciles garcetas blancas y grandes zancudas azules acechaban en las sombras.

Los muelles siempre le devolvieron la emoción de su primer año en la universidad, antes de las epidemias, la emoción de vivir lejos de casa y luego volver a casa. Podría haber cruzado la bahía en tren o en bicicleta, pero siempre prefirió, cuando era posible, navegar. Llegar por agua parecía volver a casa después de un viaje largo y misterioso, en otro mundo. Y ahora ella *regresaba* de otro mundo. ¿Quedaría alguien en su casa para darle la bienvenida?

Madrone e Isis amarraron el bote a un pilote, subieron a los muelles y avanzaron rápidamente por ellos hasta llegar a tierra firme. Con cautela, se dirigieron a los senderos desiertos que serpenteaban hacia el oeste, hacia la ciudad. Eran expertas acosadores nocturnos, cautelosas como gatos, y desaparecían entre las sombras ante cualquier ruido inesperado. Estoy caminando por mi propia ciudad como si fuera la morada del enemigo, pensó Madrone, y así es. Las grandes casas colectivas y las pequeñas cabañas privadas todavía estaban rodeadas de árboles frutales y jardines rodeados por una red de canales de riego, pero por los lechos de los arroyos no corría agua. Madrone pudo ver que los jardines estaban deteriorados, que las malas hierbas crecían sin control, que las flores y las enredaderas estaban marchitas y secas.

Oyeron un estruendo lejano, como un trueno o una explosión. Siguieron caminando. Cada vez que daba un paso más hacia su casa, Madrone sentía cada vez más miedo de lo que encontraría.

De repente, por el arroyo seco empezó a brotar agua, haciendo espuma por la corriente. Como figuras en una danza silenciosa, la gente salía de las casas y, sin hablar, colocaban mangueras en la corriente, llenaban baldes y frascos de vidrio. Madrone vaciló un momento.

“Ladrones de agua”, comentó Isis. “También los tenéis aquí”.

“Nunca antes”, respondió Madrone. “Aquí el agua siempre ha sido gratuita”. Estaba exhausta, al borde de las lágrimas. Isis puso una mano sobre su hombro.

“Tranquila”, dijo. “Tal vez vuelva a serla”.

Siguieron caminando.

La Casa del Dragón Negro seguía en pie, su jardín delantero estaba tan marchito y abandonado como los demás, pero por lo demás lucía igual. Las ventanas estaban a oscuras y la puerta principal no se abrió ante el cuidadoso empujón de Madrone.

“Está cerrada”.

“¿Que quieres hacer? ¿Llamar y hacerles saber que estás aquí, o colarte de alguna manera?”

“No es una casa fácil para eso”, dijo Madrone. El piso inferior era el garaje cerrado, y la puerta del pasillo contiguo también estaba cerrada. Las ventanas delanteras, arriba, eran inaccesibles. “Tal vez por la parte de atrás. Vamos”.

Era una calle de antiguas casas victorianas apiñadas unas contra otras, rodeando sus jardines traseros comunes por los cuatro lados. Madrone condujo a Isis alrededor de la manzana, donde un estrecho camino separaba dos de los edificios y conducía a un garaje en la parte trasera. Estaba bloqueado por una valla alta, pero Isis levantó a Madrone hasta la cima y luego saltó ella misma, agarrándose al borde de la valla y tirando hacia arriba y por encima. Madrone se alegró de comprobar que los jardines traseros estaban en condiciones ligeramente mejores que los del frente: había lechugas todavía húmedas y verdes, y unas cuantas bolas oscuras colgaban de las plantas de tomate.

Se dirigieron a la parte trasera de la Casa del Dragón Negro. En la trastienda ardía una luz tenue y las cortinas estaban corridas. Madrone probó el picaporte de la puerta trasera; también estaba cerrado. La planta de aloe vera en maceta todavía estaba en los escalones traseros y, sí, la llave todavía estaba debajo. Deslizó la llave en la cerradura y la hizo girar con cautela. En silencio, dio un paso hacia el interior de la casa.

“¿Quién está ahí?” –preguntó una voz. Tenía una luz brillante a la altura de sus ojos. Isis se había ido, había salido por la puerta, pero Madrone pensó que la voz le sonaba familiar.

“¿Sam? ¿Eres tu? ¿Qué estás haciendo aquí?”

“¿Quién eres? ¿Qué *estás* haciendo aquí?”

“Vivo aquí, Sam. ¿No me reconoces? Soy Madrone.

“¡Madrone!”

“He vuelto a casa”.

“¡Madrone!” Dejó caer la luz y la abrazó con fuerza, pero parecía frágil, como si se aferrara a su fuerza. “No puedo pensar en nadie en la Tierra a quien preferiría que apareciera de la noche, ahora mismo”.

“¿Dónde está Maya? ¿Se encuentra bien? ¿Y Bird, Nita, Sage y Holybear?”

“Maya está arriba en la sala de rituales y Nita está durmiendo un poco. Sage y Holybear están río arriba, deberían regresar mañana o pasado. Tenemos aquí una casa llena de soldados enfermos y ninguno de nosotros sabe muy bien qué hacer con ellos. Desertores. Están empezando a acercarse a nosotros, de verdad, pero parece que no podemos mantenerlos sanos”.

“¿Bird?”

“Siéntate, Madrone”.

“Espera, déjame volver a llamar a Isis”, dijo, sintiéndose enferma por dentro porque estaba segura de que él le iba a decir que estaba muerto. Se asomó a la puerta y silbó, e Isis entró en el pequeño porche trasero donde aparentemente Sam había estado durmiendo en el catre que guardaban para los invitados que sobraban.

“Isis-Sam”.

“Encantado de conocerte”, dijo Sam, extendiendo la mano y mirándola con curiosidad.

Isis lo miró con cautela, ignorando su apretón de manos. “Lo mismo para ti”, dijo.

Cerró la puerta trasera y los condujo a través de la habitación contigua, que estaba llena de cuerpos, durmiendo o gimiendo y dando vueltas. Salieron al pasillo y llegaron a la sala del frente, la antigua oficina de Maya. Isis miró fijamente las estanterías y pasó los dedos por las encuadernaciones. Madrone se acomodó en el sofá.

“Está bien, Sam, cuéntame las malas noticias”, dijo Madrone.

“Está vivo”, dijo. “No sé cómo decirte esto. Fue arrestado cuando entraron por primera vez, junto con Marie y Rosa. ¿La recuerdas?”

“¿Pequeña Rosa?”

“Sí, la bonita”.

“¡Maldita sea!”

“Bird estuvo encerrado mucho tiempo, y cuando salió...”

“¿Qué, Sam? Sólo dímelo”.

“Él vestía su uniforme y trabajaba para ellos”.

“No lo creo”.

“Tampoco mucha gente. Algunos dicen que debe estar trabajando en algún plan propio. Otros... bueno, los ánimos están irritados y las sospechas aumentan. Ha habido acusaciones. Pero podremos abordar eso más tarde”.

“¿Qué tipo de acusaciones?”

“Bird fue una voz fuerte en el Consejo a favor de la resistencia no violenta. Algunos han especulado que estuvo a sueldo del enemigo todo el tiempo, que su trabajo era persuadirnos de que no tomáramos las armas”.

Oh, Bird, pobre Bird, pensó Madrone. No es de extrañar que no pueda comunicarme con él.

“¿Qué piensas, Sam?” –Preguntó Madrone.

“Lo vi y hablé con él. Viene a la Plaza casi todas las mañanas a repartir cartillas de racionamiento de agua. Nadie las acepta”.

“¿Y?”

“Creo que le hicieron algo terrible. Nadie es sobrehumano, Madrone. Todos tenemos un punto de ruptura”.

“Esa es la verdad”, dijo Isis.

Cuando Madrone intentó alcanzar a Bird, todo lo que pudo sentir fue una pared que bloqueaba un dolor que no podía ver. Pájaro, Bird, amor mío, en secreto te imaginé aquí para saludarme y amarme; ¿dónde estás ahora? ¿Qué te han hecho?

“¿Y cómo te fue en las Tierras del Sur?” –Preguntó Sam.

“Esa es una historia muy, muy larga. Aprendí mucho. Principalmente sobre mí. No sé si logré mucho, pero lo intenté”.

“¿Aprendiste algo sobre los propulsores?”

“Bastante. Tengo una buena idea de lo que son y con los Monstruos desarrollé un protocolo de retirada”.

“Nuestra mejor suposición es que funcionan como citoquinas sintéticas”, dijo Sam.

“Lo entendisteis. Tenemos algunas muestras escondidas en el barco y alguna otra información que puedes consultar. ¿Todavía tenemos acceso a los bancos de datos?”

“No, pero los Stewards tampoco. Los cristales se declararon en huelga y no funcionaron para ellos. Inteligentes, esas rocas. Pero Madrone, ¿cómo estás? ¿Estás bien, quiero decir? No estás herida, ¿verdad?”

“Estoy bien, Sam. Estoy exhausta en este momento, pero una noche de descanso debería curarme”.

“Bueno, me alegra oírlo, porque tan pronto como estés preparada, podremos ponerte a trabajar”.

Madrone miró alrededor de la habitación. “¿Qué tan seguro es aquí, Sam? ¿Esta casa, quiero decir? Tengo otras tres mujeres que vinieron con nosotros en el barco y una de ellas dio a luz hace unas noches. Además del bebé hay una niña enferma”.

“Nada en esta ciudad es seguro, amor, pero podrían quedarse en la casa de al lado con las Hermanas. Y envía tu barco a través de la bahía. Acordamos en el Consejo no

mantener ningún transporte acuático en este lado, para ayudar a contener la invasión. Hasta ahora esa estrategia ha funcionado bastante bien. Volamos los puentes antes de que llegaran, concentraron sus tropas aquí en la península y logramos aislar la infección”.

“¿Volasteis los puentes? ¿Fuisteis vosotros?”

“Hasta ahora no ha habido ningún bombardeo aéreo. Francamente, no creo que tengan tecnología funcional para ello”.

Madrone suspiró. Fue un gran alivio saber que los propios habitantes de la ciudad habían volado los puentes. Si los destruimos, algún día podremos reconstruirlos.

“¿Pero qué estás haciendo aquí, Sam? ¿Qué pasó con el hospital?”

“Los soldados se apoderaron de él. Y no podíamos poner allí a desertores. Cuando todo esto empezó... bueno, para ser sincero, Maya y yo vivíamos aquí y empecé a traer a algunos de los enfermos a casa y, bueno...”

“¡Sam, viejo perro!”

“La amo, Madrone. Sube a verla; ha estado muy preocupada por ti.”

La sala de rituales era otra sala de hospital improvisada. Madrone pasó cautelosamente por encima de los cuerpos dormidos y se dirigió al otro extremo, donde estaba sentada Maya, mirando por la ventana. La luna, justo después de su plenitud, se cernía sobre Twin Peaks, y bajo su luz, el cabello de Maya era de plata pura y su cara blanca como un narciso.

“No puedo comunicarme con él”, dijo. “Es como una puerta cerrada. Pero puedo sentir su dolor”.

“Soy yo, *madrina*”. Madrone. Estoy en casa”.

Madrone se arrodilló junto a Maya y le tomó las manos. Se sentían frágiles, temblando en las de ella mientras Maya se giraba lentamente para mirarla.

“¡Madroño!” Se le llenaron los ojos de lágrimas y Madrone se inclinó para abrazarla. Se abrazaron fuertemente y luego Maya se apartó y acarició el rostro de Madrone. “¿Qué te han hecho? En esas Tierras del Sur te han convertido en una anciana. ¡Tienes una cicatriz!

“Las abejas hicieron eso” –le sonrió Madrone. “Estoy bien, de verdad que lo estoy. Sólo un poco desgastada. ¿Y tú?”

La cabeza de Maya se sacudió, con tanta fuerza que apenas fue más que un temblor. “No puedo soportar esto, Madrone. Lo están lastimando, sé que lo están lastimando. Es peor que antes. ¡Y no puedo hacer nada! No puedo ayudarlo”.

Madrone dejó escapar un largo suspiro. “¿Nadie puede ayudarlo?”

“No lo intentarán. Creen que nos ha traicionado”. Maya sonaba casi como una niña. «Es realmente muy mayor», pensó Madrone. ¿Cuánto tiempo puede durar? “Quería perseguir al general, pero Sam no me deja”. Entonces se sentó y su voz recuperó algo de su habitual humor agrio. “¿Te das cuenta de cuánto tiempo ha pasado desde que dejé que un hombre me dijera qué hacer?”

Madrone sonrió. “Estoy feliz por ti y por Sam. Necesitas a alguien. Alguien que te mantenga a raya. ¿Pero qué quieres decir con “perseguir al general”?”

“Es parte de nuestra estrategia. Una de las ideas de Lily. Cada vez que los soldados matan a alguien, la familia se viste de blanco y lo sigue (al asesino, quiero decir). Le cuentan historias sobre sus víctimas, intentan hacerlas reales. La mayoría de las veces simplemente no se van, no dejan en paz a los soldados”.

“¿Y esto es efectivo?” –Preguntó Madrone.

“Te sorprenderías. Tenemos una casa llena de personas que se han puesto a nuestro lado. Dicen que los muertos también los persiguen”.

“Confía en los muertos”, dijo Madrone. Ella se levantó. “Tengo que encargarme de algunas cosas, pero quería verte primero. Ay, *madrina*, me alegra que estés viva”.

“Disfrútalo mientras dure”, dijo Maya.

Sam hizo arreglos para que un vecino regresara al barco con Isis. El plan era transportar a los demás a tierra y luego que Isis cruzara la bahía en el barco. Encontraría un lugar seguro donde anclar y alguien la transportaría de regreso la noche siguiente en un bote.

“¿Cuánto necesitas dormir?” –le preguntó Sam a Madrone.

“¿Que estas preguntando?”

“Hay un par de casos que me encantaría que vieras si estás a la altura”.

“Claro, Sam. Y también tengo algo que puedes mirar”.

“¿Qué es eso?”

“Impresiones de algunos registros informáticos que robé. Hay datos también, si podemos leerlos. No estoy segura, pero es posible que tengan alguna información relevante sobre las epidemias”.

“Echaré un vistazo después de mostrarte el lugar”.

“Bill, aquí presente, fue uno de los primeros... eso fue, cuándo, ¿hace unas dos semanas?” dijo Sam. “No le está yendo muy bien, como puedes ver”.

Había seis pacientes en la habitación de Sage y Madrone se arrodilló junto al más enfermo de ellos.

“¿Dos semanas? Su sistema inmunológico debería estar empezando a recuperarse”.

“Pero tiene gripe. Lo hemos mantenido con vida, pero apenas”.

“Déjame mirarlo”.

Respiró hondo y se dejó llevar por la mente de las abejas. ¿Funcionaría aquí, tan lejos de las colmenas? Ella inclinó la cabeza y probó una gota de sudor.

“¿Qué es eso? ¿Qué es eso que estás haciendo? –preguntó nerviosamente Sam.

Madrone sonrió. “Nueva técnica. Análisis químico instantáneo”. Luego se cerró a las distracciones y se dedicó al familiar trabajo de curación.

Se detuvo cuando empezó a sentir la carga gris del cansancio. Afuera, el negro cielo nocturno había adquirido la luminosidad azul del día que se acercaba. Sam ya se había vuelto a dormir, haciendo que Maya se acostara con él. Cansada, Madrone subió las escaleras hasta su habitación y se asomó. El suelo estaba cubierto de cuerpos que roncaban. Revisó otras habitaciones: todas las camas de la casa parecían ocupadas, pero en una de ellas reconoció la espuma oscura del cabello de Nita. Madrone se quitó los zapatos, pensó en desvestirse, pero decidió que era demasiado problema y se acostó junto a Nita.

“¿Quién es?” –murmuró Nita en sueños.

“Madrone. Ya estoy de vuelta”.

“Mmm”. Nita se dio la vuelta y luego se sentó, despierta.
“¿Madrone?”

“Soy realmente yo. No estás soñando”.

“¡Madroño!”

Se abrazaron, riendo y llorando.

“No puedo creer que realmente seas tú”, dijo Nita.

“Lo sé. No puedo creer que esté realmente aquí, en mi propia casa. Parece muy improbable”.

“Cuéntame todo sobre eso”.

“Oh, Nita, no tengo fuerzas en este momento. Fue difícil. Pero prefiero oír lo que te ha estado pasando.

“Poco. Sage, Holy y yo nos perdimos lo peor; tuvimos que proteger nuestras investigaciones sobre líneas celulares. De lo contrario, incluso si ganamos, podríamos retroceder décadas. Así que las llevamos río arriba antes de que llegaran las tropas. Ahora tenemos un laboratorio establecido allí y las cosas están relativamente bajo control, así que regresé para reponer nuestros suministros. ¿Has oído hablar de Bird?

“Sam me lo dijo”.

“He oído que torturan a los prisioneros”.

“Lo sé”.

Se sentaron juntos, abrazándose hasta que Madrone empezó a temblar.

“Tienes frío, *querida*”, dijo Nita. “Métete debajo de las mantas”.

“Simplemente estoy cansada”, dijo Madrone. “Muy cansada. Ojalá pudiera dormir una semana”.

“Me gustaría que pudieras, pero dudo que te lo permitan. De todos modos, me levantaré ahora y te dejaré la cama. *Diosa*, ¡me alegro que hayas vuelto!

“Cuarto día sin refuerzos, hombre”.

“Esta es la mierda”.

“Mierda es lo que tenemos que esperar, a menos que puedan pasar los trenes”.

“Mierda, hombre”.

“¡Come mierda!”

Estallaron en carcajadas. Bird estaba acostado en su litera, escuchando las voces a su alrededor, con los ojos cerrados, cayendo en el espacio vacío. Por momentos creía que estaba persiguiendo a alguien, Cleis que se convirtió en Madrone que se convirtió en Rosa.

“Te amaba”, dijo, pero ella se dio la vuelta y huyó, y él seguía cayendo.

“Una unidad no es nada sin su comandante. ¿Qué hacemos ahora que Ohnine se ha ido?”

“Nombrarán un nuevo comandante”.

“¿Quién tú?”

“¡Vete a la mierda!”

Bird se dio la vuelta y se cubrió la cabeza con la manta. La oscuridad era reconfortante. Deseó poder arrastrarse más profundamente y desaparecer.

“No puedes desaparecer, tienes responsabilidades”.

Era la voz de Johanna en su cabeza. Aunque no podía ver su rostro, se lo imaginó con desaprobación.

“Les estoy fallando a todos”, le dijo. “No confío en mí mismo”.

“Sin embargo, esto es algo que hay que superar, de principio a fin”.

“Entonces deja que esto termine ahora. Quiero que esto termine”, gritó Bird, pero todavía estaba cayendo.

“Tal vez deberíamos haber seguido a Ohnine. Él es el comandante”.

“¿Lo sigues fuera del ejército?”

“Hombre, si dejas el ejército, mueres”.

“Estamos muriendo aquí, sin los refuerzos”.

“Recibirán los refuerzos, espera. No te preocupes”.

“La unidad debería mantenerse unida. Deberíamos apoyar al comandante”.

Rio era un hombre blanco viejo y barbudo, como el Dios de los milenaristas. Bird quería confesarse con él.

“Simplemente me quedé allí y dejé que los mataran. No intenté detenerlos. Debería haber arrojado mi cuerpo entre ellos, salvarlos o morir. Ohnine no me habría disparado”.

“No apuestes por ello”.

“Y si lo hubiera hecho, habría sido mejor”.

“Oh, basta, Bird. Deja de intentar convertirme en un agente de tu castigo”.

“¿Qué quieres que haga?”

“Deja de compadecerte de ti mismo y empieza a pensar”.

“No me compadezco de mí mismo, solo tengo miedo, Rio. ¿Nunca tuviste miedo?”

“He tenido miedo”, dijo Rio, y ahora Bird imaginó una nota de compasión en su voz. “Miedo, vergüenza, culpa y humillación. Créeme, lo he sentido todo, peor que tú, porque en realidad tenía algo de qué sentirme culpable. Tú simplemente te has encontrado con un sistema de fuerza

que es más fuerte que tú. Eso no es nada de qué avergonzarse”.

“Me avergüenzo”.

“Por supuesto que sí, eso es lo que nos hace a todos la fuerza. Pero ahora mismo es una emoción inútil para ti. Te impide pensar y darte cuenta de lo que te rodea. ¡Escucha! Escucha lo que están diciendo. Están al borde de la rebelión. ¡Posiblemente estéis al filo de la victoria y hablas de querer morir! Sal de esa cama y haz algo útil”.

“¿Qué le pasa a Ohnine, de todos modos?”

“Se lo llevaron las brujas”.

“¿Qué le hacen?”

Bird se sentó.

“Oye, Bird, ¿nos cuentas qué le van a hacer a Ohnine?”

“Intentarán curarlo”, dijo Bird.

“¿Lo quieres decir?”

“Intentarán curar su mente, para evitar que vuelva a matar así”.

“¿Pero los muertos lo perseguirán?”

“Bien. Pero si se une a las Brujas, intentarán curarlo.

“Pero morirá sin los refuerzos”.

“Tal vez no. Conozco desertores que han sobrevivido. Y las Brujas intentarán mantenerlo con vida”.

“¿Por qué? Mató a toda una familia de ellos”.

“Aun así, intentarán mantenerlo con vida. No creemos en la venganza”.

“¿Por qué no?”

“Dejamos que los muertos se venguen ellos mismos”.

“Si lo curan, ¿entonces qué?”

“Entonces vivirá como el resto de ellos, si ganan. Libres e iguales. O morirá con el resto de ellos”.

“¿Qué quieres decir con libres e iguales?”

“Me refiero a que nadie te dice qué hacer, vestir o pensar. Quiero decir que tu color no importa y tus antepasados reciben respeto. Me refiero a tener suficiente para comer y beber, y un lugar para vivir que puedas considerar tuyo, y trabajar para todos con lo que te sientas bien”.

“¿Ohnine va a tener todo eso?”

“Tal vez”.

“¿Qué quieres decir con que el color no importa?”

“Mírame”, dijo Bird. “Soy tan oscuro como el resto de ustedes y estuve en el Consejo. Una vez fui músico y fui a la universidad. Podría ser cualquier cosa que quisiera ser”.

“¿No jodas, hombre?”

“¿Eso es en serio?”

“No jodas”.

“Hombre, entonces estamos en el maldito ejército equivocado”, dijo Threetwo, y una risa estridente resonó en el cuartel. Pero había algo en ello, un trasfondo de pensamiento.

A la mañana siguiente lo sacaron del cuartel y lo encerraron en un oscuro almacén subterráneo donde lo dejaron esperar durante mucho tiempo. Yacía sobre el suelo frío y desnudo, temblando, tratando de contener su miedo. Tenía que luchar para respirar, no paraba de jadear como un perro con la lengua fuera. Lento. Respira profundamente, inhala y exhala, cuenta: uno, dos, tres, cuatro, cinco... Su corazón latía aceleradamente. Y ni siquiera me han hecho nada todavía. Detente, no lo pienses. El miedo es peor que

lo temido; Rio solía decir eso y desearía poder creerlo. Donde hay miedo, hay poder. Maya dijo eso, pero te equivocaste, *abuelita*. Donde hay poder, hay miedo.

Lo que más lo asustó fue la sugerencia de Rio de que la victoria podría ser posible. Las líneas de suministro estaban caídas, los soldados desertaban todos los días; no muchos, pero otros estaban pensando en ello. Quizás la estrategia de Lily estaba empezando a funcionar. Si eso fuera cierto, su resistencia o sumisión aún podrían marcar la diferencia. La situación exigía cualidades que ya no poseía: coraje, resistencia, obstinación. *Diosa*, ya no le quedaba más. ¿Cómo podría resistir contra ellos cuando sabía que siempre podrían insistir más? A ellos no les costaba nada infligir dolor; a él le costaba todo resistir. ¿Y si trabajaran con Rosa? ¿Cuánto tiempo podría soportar eso?

Pero, que la Diosa lo ayudara, tendría que intentarlo de nuevo. Incluso si ya estaba en el camino que lo llevaría a cometer abominaciones, al final, todavía quedaba algo de honor en prolongar el viaje. Quizás incluso alguna esperanza peligrosa y seductora.

Pero cuando lo llevaron ante el General, no fue para interrogarlo sino para castigarlo.

“Nos has estado mintiendo”, le dijo el general. “Nos has estado ocultando. Eso no es algo inteligente, muchacho. No

eres nuestro único informante, ¿sabes? Tenemos muchas formas de recopilar información”.

Pájaro no dijo nada. Los guardias que flanqueaban al General no eran de su propia unidad sino de la Guardia Privada, y sus rostros blancos se volvieron rojos y brillantes bajo las luces calientes que brillaban en los ojos de Bird.

“¿Por qué no nos hablaste de las cisternas?” preguntó el general. “Todo ese tiempo te sentaste en la Plaza, riéndote de nosotros, sabiendo muy bien que nadie firmaría para recibir raciones mientras tuvieran un depósito lleno de agua en la trastienda. ¿Por qué tuvimos que descubrir esto nosotros mismos durante una búsqueda?

“No preguntasteis”, dijo Bird.

Entonces comenzó su castigo.

Capítulo XXXIII

“¡Lu!”

“¡Hola, Madroño!” Se abrazaron ferozmente y Aviva, al entrar en la cocina, los rodeó a ambos con sus brazos.

“¡Madrone! ¡Diosa, es bueno verte viva!”

“Nunca me di cuenta de cuánto te extrañaría hasta que te fuiste”, admitió Lou.

“Yo tampoco”, dijo Madrone. “Os deseé a ambos mil veces en el sur, aunque sólo fuera para tener a alguien con quien quejarme”.

“Bueno, esto es como en los viejos tiempos”, dijo Aviva. “Caos, muerte, personal inadecuado, todo sigue igual. Y, como siempre, pareces exhausta.”

“Porque no dormí mis tres horas habituales”, dijo Madrone. “Regresamos anoche y Sam me puso a trabajar directamente”.

“La guerra es el infierno”, dijo Lou alegremente.

Durante toda la mañana, Madrone entró y salió del trance, entró y salió de la mente de abeja que le permitía saborear la química en funcionamiento en los cuerpos febriles que encontraba. Alrededor del mediodía levantó la vista y vio a Sara observándola.

“Mary Ellen me envió para decirte que el almuerzo está listo y para que vengas a comer, quieras o no”.

“Obligarme, ¿eh? ¿Cómo vas a hacer eso?”

“Con fuerza y personalidad. Vamos”.

Mary Ellen miraba su casa detrás de la estufa, como si siempre hubiera vivido en la Casa del Dragón Negro, ayudando a Maya a preparar estofado para pelotones de soldados enfermos. Sara, vestida con una camisa sencilla y jeans, con el cabello rubio recogido claramente hacia atrás de la cara y trenzado, parecía sin embargo fuera de lugar balanceando torpemente bandejas de comida y regresando con platos sucios.

Lou, Aviva y Madrone estaban sentados alrededor de la mesa grande, trabajando en su segunda ronda de estofado cuando entró Sam.

“¿Cómo va?” preguntó. “¿Dormiste un poco, Madrone?”

“No lo suficiente. Así que sólo para demostrarles que soy un personaje reformado, después de comer voy a tomar una siesta”.

“¡Una siesta!” Lou arqueó las cejas. “¿No sabes que hay una guerra?”

“¿Cuándo podremos obtener una lectura de esos datos?” –le preguntó Madrone a Sam.

“No sé. Flore tiene que trabajar completamente encubierta y le costó muchísimo convencer a los cristales de su computadora personal para que funcionaran, incluso para ella. Pero ella está revisando las estadísticas y nosotros revisando las impresiones. Para decirlo de manera muy simple, parece que los refuerzos no funcionan aumentando el recuento de células T sino cambiando sutilmente el equilibrio de citoquinas, por lo que producen más anticuerpos. La retirada repentina hace que las células T entren en huelga durante un período que puede durar desde unos pocos días hasta algunas semanas. Después de eso, parecen reaparecer lentamente si el paciente aún no ha contraído algo mortal”.

“¿Que significa eso en inglés?” –Preguntó Maya desde el fregadero, donde estaba lavando una pila de platos en una frugal olla llena de agua.

“Si su sistema inmunológico fuera un ejército”, explicó Sam, “sería como alimentar a cada uno de los soldados con una dosis que podría mantenerlo activo día y noche, sin dormir. Sería un asesino mucho más eficiente. Pero si le quitamos la droga, colapsaría. Tal vez moriría; tal vez necesitaría uno o dos meses de descanso para recuperarse”.

“Eso es más o menos lo que calculamos empíricamente”, dijo Madrone. “En el sur, los manteníamos aislados tanto como fuera posible y utilizamos hierbas y puntos de presión para estimular el sistema inmunológico”.

“¿Exitosamente?” –Preguntó Aviva.

“No completamente. Alrededor del sesenta o setenta por ciento sobrevivió”.

“Ése es un buen precio, desde el punto de vista médico, pero no es un punto de reclutamiento”, dijo Lou. “No podemos atraer desertores con esas probabilidades”.

“Podemos hacerlo mejor. Tenemos recursos aquí que yo no tenía allá abajo”.

“Entonces debiste haber estado bastante mal”.

“En las colinas, Lou, ni siquiera tenía agua para lavar la mierda del trasero de mis pacientes. Esa es la verdad literal”.

Se hizo el silencio alrededor de la mesa. Madrone lo rompió.

“Hablando de recursos, Sam, ¿tenemos existencias disponibles de AL-431?”

“Sí, tengo algunas en el garaje. ¿Por qué?”

“Para la nieta de Mary Ellen, que es sobrina de Sara, es una larga historia. Está al lado, donde las Hermanas.

“Traeré algunas”.

“Bien. Pasaré por allí esta tarde, después de dormir un poco”.

Madrone acababa de cerrar los ojos cuando alguien entró y se sentó a los pies de su cama.

“¿Madrone? ¿Ya estás dormida?”

Ella gimió y abrió los ojos. “Ya no”. Sara la miraba con una sonrisa leve y vacilante.

“Sólo quería hablar un minuto. No te molestaré mucho, sé que estás cansada”.

“Claro”, dijo Madrone, apoyándose en las grandes almohadas de Maya. “¿Qué es?”

“Quería agradecerles, gracias por traerme aquí”.

“Eh, claro. Gracias por ayudarme a rescatar a Katy. Sara, ¿de qué es lo que realmente quieres hablar?”

“De nosotras”. Sara se acercó y tomó la mano de Madrone. “Todavía hay un nosotras del que hablar”

“¿No están tú e Isis...?”

“Eso es muy poderoso”, admitió Sara. “Pero pensé que ustedes no eran celosos”.

“No lo soy. Pero apuesto a que Isis sí. Mira, Sara, me alegro por ti si tú eres feliz. Francamente, estoy demasiado exhausto en este momento para siquiera pensar en sexo o amor”.

“No quería que te sintieras...”

“¿Seducida y abandonada?” Madrone sonrió.

“Algo como eso”.

“No te preocupes, Sara. Como dije, ahora mismo apenas tengo energía para seguir trabajando aquí sin derrumbarme. Si esta guerra alguna vez termina, ¿quién sabe?”

“¿Puedo ayudarte de alguna manera? ¿Puedo hacer cualquier cosa por ti?”

“Habéis estado ayudando, tú y Mary Ellen. Asumiendo la cocina, la alimentación y la enfermería en general. Es demasiado para Maya, pero nunca lo admitiría. ¿Cómo es para ti hacer todo este trabajo? Sé que no es a lo que estás acostumbrada”.

“Me gusta un poco”, admitió Sara. “Nunca antes había sido útil”.

“Si la guerra termina... no, *cuando* la guerra termine, si te quedas aquí, podrás hacer cualquier tipo de trabajo que quieras, ¿sabes? Podrías entrenar para algo, cualquier cosa que te interese. ¿Has pensado en eso?”

“No”, admitió Sara. “Nunca lo he hecho”.

“Bueno, piénsalo”, dijo Madrone. “Y ahora, lo siento, pero realmente tengo que descansar un poco”.

“Te dejo”, dijo Sara, inclinándose y besándola ligeramente en la mejilla. La huella de sus labios se sintió cálida mucho después de haber salido de puntillas y cerrar la puerta detrás de ella.

Katy estaba sentada al sol en el jardín trasero de la casa de las Hermanas. Los parterres estaban descuidados y llenos de maleza, pero aún estaban llenos de flores, cosmos rosados y morados, geranios rojos y hierbas aromáticas. Con su cabello oscuro colgando largo y suelto sobre sus hombros y su bebé acunado en sus brazos, Katy reflejaba la estatua de la Virgen y el Niño que se encontraba bajo el ciruelo.

“¿Cómo estás, Katy?” Madrone se sentó en la hierba seca junto a ella. “Me gusta tu cabello suelto. En algún lugar de mi habitación tengo un par de peines de carey que quiero regalarte. Tengo el pelo demasiado tupido para ellos, pero a ti, te harán parecer una auténtica noble española de otro siglo.

Katy sonrió. “Estoy bien”.

“Acabo de revisar a Ángela y le inicié un nuevo régimen de medicamentos. Las pastillas y las instrucciones están dentro”.

“Muchas gracias, Madrone”. Katy se giró y movió al bebé dormido. Sus movimientos eran inconscientemente gráciles, como si la niña todavía fuera parte de ella, y Madrone asintió con aprobación. Una señal de buen vínculo, esa facilidad. Los bebés sostenidos así prosperarían.

“Estoy muy feliz de poder hacer algo por ella, finalmente. Algo tan sencillo como recetar unas pastillas, para las que ni

siquiera tuvimos que asaltar una farmacia. Al menos todavía no, mientras nuestras tiendas aguanten”.

Katy suspiró. “Es tan tranquilo aquí bajo el sol. No puedo pensar en redadas ni creer que la guerra realmente esté ocurriendo. Nunca había visto un jardín tan hermoso”.

“Deberías haberlo visto en primavera, como estaba antes de la invasión, con todos los árboles frutales en flor y mucha agua”, dijo Madrone. “Pero estás realmente bien, ¿todo bien con el bebé?”

“Bien, muy bien”.

“¿Algún problema?”

“Madrone, no estoy familiarizada con los bebés. Aunque he atendido a docenas de ellos”.

“Lo sé. Pero el tuyo puede ser diferente. Y tuviste una terrible experiencia esos últimos días”.

“No tienes que preocuparte por mí ahora. ¿Y tú, Madrone? ¿Estás bien?”

“Estoy cansada. Estoy preocupada”.

“¿Tu familia?”

“Uno de ellos es un prisionero”.

“Lo lamento”.

“Dicen que Bird, mi *compa*, mi socio, supongo, dicen que se pasó al enemigo. Viste su uniforme y trabaja para ellos. Algunas personas piensan que es un traidor”.

“¿Tu lo crees?”

“No lo sé”.

“Tu gente aquí no sabe mucho sobre coerción. Ten un poco de tolerancia”.

“Sí”.

La bebé se removió y lloró, y Katy le ofreció el pecho, mirándola con amor mientras chupaba. “Estoy empezando a disfrutarla”.

“¿Ya le pusiste nombre?”

“Deberías darle nombre. Madrone, lamento esa estúpida pelea que tuvimos. Sé que no quisiste lastimarme. Y sé que si no fuera por ti...

“Ni se te ocurra, Katy, te cuajarás la leche. ¿Extrañas a Hijohn?”

“Sí. Ojalá pudiera ver a su hija”.

“Algún día lo hará”.

“Ojalá supiera que ambos todavía estamos vivos”.

“Beth le avisará, de alguna manera, que escapaste”.

“Las Tierras del Sur parecen muy lejanas, como otro mundo. Como si realmente hubiéramos muerto y hubiéramos ido al cielo”.

“Esto no es el cielo”.

“A mí me parece así si cierro los ojos y no pienso en lo que está pasando”.

“Cualquier lugar parece ser el paraíso si haces eso”.

“No. No cualquier lugar”. La voz de Katy era aguda, dolida, y Madrone guardó silencio.

“Entonces, ¿cómo vas a llamar a mi bebé?” –Preguntó Katy.

Madrone pensó por un momento. “Luz”.

“¿Perdida?”

“No, luciente”, *luz*, nacimiento, como en *dar a luz*. O Lucía, si lo prefieres.

“Lucía, eso me gusta”.

Madrone vaciló.

“¿Qué sucede?” –Preguntó Katy.

“¿La llamarías Lucia Rachel? ¿Como mi madre?”

“Estaría orgullosa de hacerlo”.

“Es gracioso, Katy. Murió hace mucho tiempo, en Guadalupe, y en todos esos años nunca pude recordar su rostro ni sentirla cerca de mí. Johanna, mi abuela, siempre me estaba dando consejos, viva o muerta. Pero no mi propia madre.

“Pero entonces, ese día con los Ángeles, cuando encontramos a Poppy, Amapola, y vimos lo que le habían hecho, la recordé. Mi madre también era sanadora, doctora. Dirigía una clínica para niños pobres en el más allá; vivíamos al lado. A los escuadrones de la muerte les gustaba atacar clínicas; pensaban que la atención médica gratuita era subversiva e impía. Por supuesto que yo no lo sabía en ese momento. Sólo sabía que había algo que preocupaba mucho a mi madre. Y luego vinieron. Ella me gritó que huyera y me escondí en mi lugar secreto, un pequeño cubículo en el fondo del armario. Creo que la oí gritar. Luego esperé y esperé a que ella viniera a buscarme y me dijera que había seguridad. Ella no vino”.

Katy deslizó su brazo alrededor del hombro de Madrone.
“¿Cuántos años tenías?”

“Acababa de cumplir siete años”.

“¡Dios! ¿Qué paso después?”

“Había mucho silencio. Después de mucho tiempo, tuve más miedo de quedarme escondida en la oscuridad que de salir, así que salí sigilosamente a la habitación principal. Mi madre yacía muy quieta. Por un momento, me sentí enojada y herida. Pensé que se había puesto a dormir y me había olvidado. Así que me acerqué a ella para despertarla y le toqué la mano. Su mano estaba tan fría. Entonces vi la sangre”.

Madrone estaba llorando. Por fin puedo llorar, se dijo, segura aquí en el jardín de las Hermanas, unas lágrimas cálidas por ti, mamá, mi primer amor, mi primera pérdida.

Katy acariciaba el hombro de Madrone y sostenía al bebé con el otro brazo. “Lo lamento. Lo siento mucho”.

“Sabía sobre la muerte. Simplemente no podía creer que le hubiera pasado a mi madre. Ella siempre daba tanta confianza; ella sabía mucho. Me quedé sentada con ella hasta que me quedé dormida, esperando que cuando despertara todo estuviera bien otra vez. Por la mañana vinieron a buscarme los vecinos. Luego mi abuelo voló y me trajo aquí”.

Tu madre era una buena mujer. Será un buen nombre para la niña”.

“Gracias, Katy. Necesitaba contarle esa historia a alguien”. Madrone apretó la mano de Katy y la soltó para que Katy pudiera pasar al bebé a su otro pecho.

“Me alegra que me lo hayas dicho”, dijo Katy, mirando los ojos azules oscuros de Lucía. “Siento un parentesco con tu madre. He estado sentada aquí preguntándome si debería volver a las Tierras del Sur. Y si lo hago, ¿qué pasará con ella? Miró al bebé, que agitaba su pequeño pie mientras la amamantaba.

“Tómame un tiempo antes de intentar responder eso”, dijo Madrone. “Ese es un consejo médico. Es una cuestión demasiado importante para abordarla ahora”. Ella cambió de tema. “¿Te gusta el nombre?”

“Es hermoso”.

Entonces es Lucía Rachel. Quizás en unos días tengamos tiempo para una ceremonia de nombramiento”.

“¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?” –Preguntó Katy. “Pareces cansada y sé que hay mucho que hacer aquí”.

“Solo asegúrate de que Ángela reciba sus medicamentos a tiempo. Y descansa”.

“Parece tan autoindulgente”.

“Katy, acabas de dar a luz hace menos de una semana y no fue un parto fácil. Y antes de eso lo pasaste fatal. Necesitas descansar. Aprovecha este tiempo para estar con Lucía, para vincularte con ella, darle un buen comienzo. Ella se lo merece”.

“Supongo que estas en lo correcto. ¿Cómo están los demás?”

Madrone sonrió. “Pobre Sara. La jerarquía se ha invertido. Mary Ellen le da órdenes, la hace atender a todos nosotros, nos trae comida y té, le dice qué hacer continuamente, día y noche: ¡Ahora no más 'Señorita Sara'!”.

“La admiro. Ella renunció a mucho. No estoy segura de haberlo hecho si alguna vez hubiera tenido algo que perder”.

“Lo harías, si sintieras que es correcto. Eres ese tipo de persona”.

“No sé. Si tuviera un jardín como este, una vida que sintiera a la que tenía derecho, sin lugar a dudas, de sentarme al sol con mi bebé y ver crecer estas hermosas flores, no estoy segura de que pudieras desalojarme”.

“Si lo tuvieras, estarías acostumbrada, como yo. Y estarías dispuesta a dejarlo todo por una aventura atrevida”.

“¿Arrepentida? De tu viaje al sur, quiero decir.

“No puedo arrepentirme, no. Me ha enseñado a apreciar todo esto. Pero lamento lo que todos tenemos que hacer para defenderlo, para intentar recrearlo a partir de esa fealdad que hay ahí abajo. Lamento que no tengamos paz. Estoy cansada, Katy, cansada de pelear y luchar”.

“Deberías sentarte aquí un rato con las flores, ¿sabes?”

“Probablemente tengas razón”. Madrone suspiró y guardó silencio, mirando las abejas en la planta de borraja. “Hay algo más que puedes hacer por mí”.

“¿Qué?”

“Ven conmigo a ver a Bird. Tengo miedo de ir sola”.

“Pájaro ha desaparecido”, dijo Nita. “Nadie lo ha visto en la Plaza desde hace dos días”.

¿Desaparecido? Madrone miró sombríamente a Nita. Pensaba que ella podría haberlo visto, haberlo tocado, tal vez, haber sabido por sí misma. Y ahora ya no estaba.

Estaban acurrucadas alrededor de la mesa de la cocina, bebiendo infusión de cerceta. Era tarde y los pacientes ya estaban acostados para pasar la noche. Sam yacía en el sofá, con los pies levantados. Mary Ellen estaba sentada en un rincón, con la cabeza echada hacia atrás, roncando. Sara

estaba lavando la última carga de platos y limpiando las encimeras, mientras Maya extendía una masa de pastel.

“Sara, siéntate”, dijo Madrone. De repente, la acogedora escena de la cocina la irritó. ¿Cómo estaba Bird ellos mientras tomaban té? “Te quedarán manos de fregona. Limpiaremos cuando hayamos terminado”.

“No me importa. Estoy tratando de redimir mi existencia previamente ociosa” –sonrió Sara. Cansada como estaba, con el cabello pegado por el sudor a la frente en mechones, con las manos enrojecidas y agrietadas, cuando favorecía la habitación con esa mirada larga y seductora todavía parecía dueña de tesoros y placeres secretos. La sonrisa de respuesta de Nita duró sólo uno o dos segundos más de lo necesario, observó Madrone. Oh, bueno, pensó. Tendré que enviar a Sara de regreso al sur o dejar que Isis luche contra todas mis antiguas novias.

Isis, entrando por la puerta trasera, interceptó la misma mirada. Se acercó a Sara, deslizó la mano por su espalda y su culo en un gesto de seducción y posesión, se inclinó y la besó en la boca.

“¿Cómo estás, cariño?”

“Lavando los platos”. Sara apartó la cabeza, un poco avergonzada.

“Deja eso, ven a sentarte conmigo”.

“En un minuto”.

“Dime cómo lo arrestaron”, preguntó Madrone.

“Fue una confrontación por el agua”, dijo Sam desde el sofá. “Cuando el ejército construyó represas para los arroyos por primera vez, un par de semanas después de la invasión, la gente intentó bloquearlos. Fusilaron a dos del Consejo de Enlace; luego Rosa y un grupo de niños se interpusieron entre ellos, Bird y la hermana Marie. Uno de sus propios soldados disparó al tipo que estaba a punto de matar a Rosa, pero la arrestaron junto con Bird y Marie”.

“Pobre Marie”, dijo Madrone. “Ella estaba tan enferma. No puedo imaginar que todavía esté viva. ¿Pero qué pasa con Rosa? ¿Alguien la ha visto?”

“No desde que la capturaron”, dijo Aviva.

“¿Sabemos dónde está detenida?”

“No. Mi temor es que la hayan llevado a lo que tan eufemísticamente llaman Centro de Recreación”, dijo Sam.

“¡Mierda!”

“La están usando para presionar a Bird”, dijo Maya. “Estoy segur de ello”. Giró la masa del pastel y golpeó la tabla con el rodillo.

“Sin duda”, dijo Isis, mientras Sara dejaba el paño de cocina y se acurrucaba contra su silla. “Son unos imbéciles despiadados, esos peces gordos”.

“¿El qué?” –Preguntó Nita.

“Los altos mandos del ejército”.

“Oh”. Dejó escapar un suspiro involuntario cuando la mano de Isis se deslizó por la parte exterior del muslo de Sara.

“Una de sus tácticas favoritas es encontrar a alguien a quien convertir en traidor y usarlo como ejemplo”, continuó Isis. “Y siempre lo consiguen”.

“No pensé que lo harían con Bird”, dijo Madrone.

“Todo lo que se necesita es el apalancamiento adecuado”, dijo Sara. “Para la mayoría de las personas, el dolor físico es suficiente. Para otros encuentran algo más”.

“Como Rosa”, dijo Maya. “Diosa, guárdala”.

“Estoy cansada, ¿lo sabíais?” Dijo Madrone. “Estoy cansada de todo este maldito lío. Aquí, en el Sur y en todas partes, no es que no tuviéramos muchos problemas que resolver simplemente sobreviviendo, incluso si no tuviéramos que lidiar con la guerra, la tortura y una crueldad increíble”.

“Espera hasta que seas tan mayor como yo. Entonces realmente te cansarás”, dijo Sam.

Maya resopló, dobló su corteza y la metió en su lata. “No estoy cansada. Sólo estoy enojada. Si no hubiera pronunciado todos esos conmovedores discursos en el Consejo sobre la no violencia, yo misma habría atacado al general”.

“No eres la única que se siente así”, dijo Lou. “He oído que hay mucho debate sobre nuestra estrategia. No estoy seguro de cuánto tiempo más podremos mantener a raya a la facción de los disparos”.

“Pero eso sería un error trágico”, dijo Maya alarmada. “¡Renunciar ahora!”

“Tú fuiste quien mencionó las armas”, señaló Sam.

“Dije *si* no hubiera pronunciado esos discursos”, respondió Maya. “Pero lo hice porque los creo. Me gustaría dispararle al General, sólo que a nivel personal. Pero eso no pondría fin a la violencia. Sólo sería reemplazado él. Tenemos que seguir luchando para encontrar un camino diferente, incluso si perdemos”.

“El problema es que perder en teoría es mucho más fácil que perder en la vida real”, dijo Lou.

“¿Quién supiera dónde tienen a Rosa?” Madrone cambió de tema.

“Uno de los guardias de Bird vino hace poco. Quizás él lo sepa. Pero hay un problema con él”, dijo Aviva.

“¿Qué problema?”

“Bueno, para empezar, él no desertó simplemente”. Sam le contó a Madrone la historia de la familia Johnson.

“¿Quieres decir que les disparó a todos?”

“Todos excepto a los dos más jóvenes. Luego se vino abajo. Lo trajimos de regreso a la casa de Lily, pero todavía no come ni habla”.

“Excelente”.

Isis levantó la vista. “Esos guardias son la élite. Criados para ello, no como “las ratas” de la ciudad, los ladrones de agua o los procedentes de las redadas de las colas del desempleo. Son soldados diseñados. Tienen que venir uno a uno, lo estáis haciendo bien. Quizás el resto siga”.

“Hasta ahora no”, dijo Nita.

“Dales tiempo”.

“¿Nadie puede llegar hasta Bird, soñar con él o con Rosa?”
–Preguntó Madrone.

“La gente lo ha intentado”, dijo Sam. “Está cerrado”.

“Lily no lo ha localizado”, dijo Maya. “Ni siquiera yo puedo”.

“Yo también lo he intentado”, dijo Madrone. “Pero lo conseguiré”.

En su sueño, ella estaba cayendo, sin nada debajo de ella, nada a su alrededor, cayendo a través de un espacio gris teñido de miedo. Entonces Bird estaba allí, cayendo con ella, y ella siguió extendiéndose hacia él, queriendo tocarlo, queriendo algo a que agarrarse, pero él caía, caía más y más.

“No hay terreno”, dijo. “No hay ningún lugar donde aterrizar”.

“¿Pero qué pasa con tus alas, Bird? ¡Vuela! ¡Vuela fuera de aquí!

Pero no voló. Continuó cayendo.

Capítulo XXXIV

Madrone estaba apretujada en un rincón en la parte trasera del sótano que servía como Salón del Consejo. La máscara de madera tallada color salmón del Portavoz del Oeste rozaba periódicamente la parte superior de su cabeza, y esperaba que el Portavoz no se sintiera impulsado a asentir vigorosamente ante algún discurso particularmente persuasivo. La habitación olía a sudor y salvia. Isis y Sara se agachaban entrelazadas a su lado.

“¿Cuánto tiempo continuaremos con esta estrategia?” Estaba diciendo Cress del Consejo del Agua. “Estamos perdiendo gente todos los días; la situación de los cultivos es crítica. ¿Cuándo admitiremos que necesitamos una acción más contundente?”

“Seguiremos adelante hasta que las limitaciones de la fuerza se vuelvan evidentes para ellos”, dijo Lily.

“¡No son evidentes para mí!”, gritó alguien desde el otro lado de la habitación y varias personas se rieron.

“¡Orden!” recordó Joseph, quien estaba moderando.

“La fuerza siempre se cree indomable”, continuó Lily. “Pero en realidad es un tipo de poder muy precario, porque para utilizar la fuerza se requiere el uso de recursos, energía y vidas humanas. El uso de la fuerza es extremadamente caro”.

“No lo sé, Lily”, dijo un hombre mayor. “Con el debido respeto, resistirse también es extremadamente costoso”.

“La fuerza funciona en un noventa por ciento a través de la intimidación”, respondió Lily. “Obedecemos no por lo que realmente nos han hecho sino porque tememos lo que harán y pueden hacer. Pero ningún sistema de dominación puede sobrevivir si realmente se le exige que utilice la fuerza cada vez que quiere ser obedecido. Si nos negamos a obedecer, si no hacemos parte de su trabajo por ellos, deben caer”.

“¿Pero realmente podemos hacer eso, Lily?” Dijo Lou. “Incluso Bird sólo pudo resistir hasta cierto punto, y ahora está trabajando para ellos”.

“Les habló de los aljibes”, dijo la mujer de cabello amarillo sentada junto a Cress. “Han estado rompiendo cisternas

durante los últimos tres días y hasta ahora han muerto cinco personas intentando bloquearlos”.

¡Ellos mismos descubrieron las cisternas el día que registraron la casa de Chen! Walker se puso de pie de un salto. “¡No se puede culpar a Bird de todo lo que sale mal!”

“Bueno, no ha estado en la Plaza desde que empezaron a trabajar en las cisternas”, dijo Cress. “¿No crees que eso significa algo?”

“¿Qué? ¿Qué se supone que significa? –replicó Walker–.

“Bird no es el problema aquí”, insistió Lily. “¿Por qué estamos obsesionados con Bird? Héroe o traidor, es sólo una persona”.

“Es un referente”, dijo Lou, en voz baja, tranquila y contenida. “Teniendo en cuenta que básicamente estoy de acuerdo con tu posición, Lily, todavía no podemos ignorar a Bird. Es un ejemplo vivo de lo que sucede cuando la fuerza se encuentra con la resistencia. Es un microcosmos de la lucha que todos enfrentamos. Nosotros necesitábamos que él fuera un héroe. Quizás eso fue ingenuo, poco realista. Incluso injusto. Pero es verdad. Su traición nos ha desconcertado. Sé muy bien que es más valiente y más duro que yo. Si él no puede resistirlos, ¿cómo puedo yo? ¿Como podremos?”

“¡No lo llames traición!” –protestó Nita.

“Así es como todo el mundo lo llama”, dijo Cress.

“Entonces todo el mundo es tonto”, dijo Lily.

“¡Cíñanse al punto, por favor!” –dijo Joseph. “Está bien, Lou, tu turno”.

“Tal vez seamos tontos, Lily”, dijo Lou, “pero eso es con lo que tenemos que trabajar, una población de tontos y gente corriente de reservas limitadas, no una ciudad de santos. Hay un límite a lo que podemos soportar, y ese límite casi se ha alcanzado. Así que es cuestión de quién va a romper primero. Y puede que seamos nosotros”.

“¿Que sugieres?” –Preguntó Lily con cansancio.

“Necesitamos escalar de alguna manera. La gente necesita alguna forma de expresar su rabia. No violencia, sólo ira”.

Se hizo el silencio en la habitación. Isis le dio un codazo a Madrone. “¿Puedo hablar aquí?”

Madrone asintió. “Simplemente levanta la mano. Y asegúrate de vez en cuando que quien toma el turno de palabra te sigue”.

Joseph indicó a Isis y ella se puso de pie.

“Ustedes tienen una hermosa ciudad aquí. He caminado por todas partes, buscando las zonas pobres, buscando los

lugares donde las casas están podridas y los jardines secos, y por fin creo lo que Madrone me ha estado diciendo todo el tiempo, que habéis construido un lugar donde todos tienen suficiente. Esto es algo diferente, esto no es a lo que estamos acostumbrados allí donde yo vengo, y tampoco es a lo que están acostumbrados los soldados. No me sorprende que estén empezando a desertar. Porque la mayoría de ellos son simples palos pobres que son recogidos en la calle y tienen que elegir entre el ejército y la cárcel. Esos no son vuestro problema.

“El problema es el Cuerpo de Élite, los que nacen, se crían y se educan para el ejército, y no sirven para nada más. Serán los últimos en girar, si es que podéis hacerlo. Y si no podéis convertirlos, quizás tengáis que matarlos. Sé que ese no es vuestro camino, pero hay que afrontarlo. Y no son fáciles de matar”.

“¿Tiene alguna idea sobre cómo llegar a ellos?” –Preguntó Sachiko.

“Todo lo que puedo decir es esto: se apegan a sus unidades. A eso es a quien son leales, en eso es en lo que creen. Así que si puedes expulsar a uno de ellos de cualquier unidad, hay muchas posibilidades de que los demás le sigan. Pero entender esto... no sé cómo deciros que lo hagáis. Quizás trabajando en el que tenéis, el que disparó a toda esa gente. Quizás podríais cambiarlo”.

“Quizás los cerdos puedan volar”, gritó Cress. Hubo una oleada de risas antes de que el tomador de palabras hiciera un gesto de silencio.

“El amigo Coyote tiene un mensaje para nosotros”. El Portavoz se inclinó cerca de la boca de la máscara del Coyote en el sur. “Coyote dice: 'Recordad vuestros poderes olvidados. Aférraos al embaucador, no al guerrero. No se desesperen'”.

“No responderemos a esta pregunta esta noche”, dijo Joseph. “Tenemos que terminar ahora si no queremos que las patrullas nocturnas nos pillen de camino a casa. Mañana por la noche volveremos a debatir esto. Id con seguridad. *Que les vaya bien*”.

Lily se acercó a Madrone cuando terminó la reunión.

“Ven a casa conmigo”, dijo. “Tengo un trabajo de curación para ti”.

Madrone dejó escapar un largo suspiro. “Lily, no te he visto en siete u ocho meses, he vuelto del mismísimo infierno y ¿ni siquiera puedes saludarme antes de ponerme a trabajar?”

Las cejas de Lily se arquearon. “¿Qué quieres decir con que no te he visto? Te he *soñado* una docena de veces. Luego se

apartó el pelo de la frente, en un gesto de cansancio. “Perdóname, niña. Me estoy obsesionando. Pero tienes razón, debería haberte saludado. Te saludo ahora. Bienvenida de nuevo”.

Agarró a Madrone por los hombros y la besó.

“Y ahora tengo trabajo para ti”.

“Lily, Sam tiene mucho trabajo para mí. ¿Es esto realmente vital?”

“Este es el trabajo más importante que puedes hacer”.

“¿Y cómo diablos curo esto?” –Preguntó Madrone. Estaban de pie en la sala de estar del pequeño apartamento donde Lily se había mudado durante la crisis. En un rincón de la habitación Ohnine estaba en cuclillas, con la cabeza entre las manos. Sus ojos, cuando levantó la vista, estaban vacíos. En silencio, Lily sacó a Madrone de la habitación y la sentó en una mesa de la pequeña cocina.

Pero Madrone se levantó y caminó por la pequeña habitación mientras hablaba. No podía quedarse quieta. “Muéstrame un virus, una herida bonita, una pierna rota, un niño atrapado en el útero, pero ¿cómo diablos puedo curar la mente de un hombre que mató a tiros a toda una familia a sangre fría?”

“Se *detuvo*”.

“Claro, le doy crédito por eso. Un niño de cinco años era demasiado para él. Podía asesinar a un niño de ocho años, pero...”

“¿Realmente no hay ninguna parte de ti que pueda entender?”

“No”.

“¿Absolutamente no?”

“Lily, me estás pidiendo que cure al asesino de mi madre”.

“¿Qué quieres decir?”

“Mi madre fue asesinada por un escuadrón de la muerte en Guadalupe. Por hombres como él. Yo estaba allí. Lo recuerdo”.

“Entonces tienes un vínculo con él”.

“¡No tengo ningún vínculo con él! No soy candidata a la santidad; no estoy obsesionada con el perdón. Ni siquiera soy una sanadora mental. ¿Por qué no encuentras a uno de ellos (debe quedar alguno en la ciudad) y me dejas volver a mis gérmenes y huesos rotos?”

“Los sanadores mentales han fracasado con él. Eres nuestra última esperanza. Has estado en ese mundo del que él viene”.

“Por eso te digo que es inútil. Conozco a estos tipos. No son como nosotros, Lily. Les falta algo. Es una raza diferente de ser humano, y lo digo literalmente”.

“¿Lo es? ¿Me estás diciendo que no pudiste matar?”

Madrone se sentó en la silla frente a la de Lily y la inclinó hacia atrás para que quedara apoyada contra la pared. “No sé. En el sur tuve oportunidades de matar. No pude hacerlo entonces. Excepto una vez. Tuve que lastimar a alguien para salvar a Katy. No lo maté, pero fue sólo suerte. En ese momento no me importó. ¡Pero eso es diferente de lo que él hizo, Lily!

“¿Lo es? ¿No estaba él también actuando según lo que su vida y su formación le habían enseñado a creer y defender? Imagínate el desgarramiento interno que debió haberle costado detenerse, dejar que todo eso colapsara cuando se encontró violando algo que era más profundo, algún instinto que tal vez nunca supo que tenía. ¿No puedes encontrar algo de compasión por él en tu corazón?”

“Tal vez una gota”.

Lily sonrió. La tensión desapareció de su rostro; volvió a su habitual máscara de calma, que de repente Madrone

encontró irritante. “Tendremos la victoria sólo si somos más fuertes sanadores que ellos guerreros”.

“Pero nadie puede curar a nadie más. Ya lo sabes, Lily. Nos curamos a nosotros mismos o no nos curamos en absoluto”.

“Sin embargo, trabajas como sanadora. Cambias energías. Se cambia el entorno a uno en el que se pueda producir la curación”.

“Pero no puedo cambiar su pasado ni su historia. No estás hablando de curarlo, estás hablando de convertirlo en alguien distinto de lo que es”.

“¿Quién dice que no se puede sanar el pasado? El tiempo es sólo una construcción. Todo lo que alguna vez existió existe ahora”.

“No me gusta pensar eso. Me gusta pensar que algunas cosas ya se acabaron para siempre”.

“¿Pero cómo puede serlo? La trata de esclavos, la matanza de las tribus de esta tierra y la quema de brujas siguen vivas en ti, y en algún lugar de mí vive un niño que muere de hambre durante la hambruna de patatas y una joven china encerrada en una jaula en Stockton Street y vendida a los transeúntes. Todo eso es parte de quiénes somos en este momento”.

“¡Entonces nada mejora realmente!” –protestó Madrone.

“De lo contrario. Si puedes sanar algo en este momento, en cierta medida sanas todo el dolor que alguna vez existió”.

“Eso es demasiado grande para mí, Lily”.

“Pruébalo de esta manera. Si de alguna manera puedes curarte a ti misma, ayudas a redimir a tus antepasados. Quienes fueron, por supuesto, también los torturadores, los asesinos, los violadores. Ninguno de nosotros somos completamente puro. Si puedes sanar a este joven, si en este momento presente tu compasión puede crear para él un nuevo canal para su mente, su corazón y su yo, entonces, en cierto sentido, curas su historia”.

“Lily, atrapé a dos de los niños Johnson cuando nacieron. ¿Cómo puedo curar a su asesino?”

“Inténtalo”.

Madrone se acucilló junto a la figura acurrucada en el rincón. No sé qué hacer aquí, pensó. No soy una sanadora mental, ni siquiera quiero empezar a sondear su *ch'i* o saborear su energía. Todo lo que puedo hacer es sentarme, aterrizar, respirar, tal vez.

Movió su cuerpo para sentarse con las piernas cruzadas y respiró hondo unas cuantas veces. Compasión. Diosa, si estuvieras tratando de desarrollar criaturas compasivas,

deberías haberte quedado con los perros. Los perros son mejores, más amables, a veces crueles, pero nunca metódicamente crueles.

“Prometiste ser mi instrumento”, susurró una voz.

¿Cómo puedo convertirme en un instrumento de compasión cuando estoy tan furiosa?

“Sentarse. Siéntate hasta que la energía cambie”.

Madrone se sentó. Pasó una hora y otra hora. Lily le trajo té, en silencio. Una vez se levantó y fue a hacer sus necesidades en el baño de Lily, pero volvió a sentarse.

Compasión. No, no podía encontrarla en sí misma, sólo dolor e ira por el desperdicio. ¿Qué pudo haber hecho su madre con los años que le quitaron? Ella podría haber estado allí para ayudarme, para colocarme el collar de cauri alrededor de mi garganta cuando mi sangre lunar llegó por primera vez, para escuchar mis visiones, mis primeras aventuras amorosas, para consolarme cuando Bird se fue, tener visiones, amantes y penas propias. ¡Los residuos, los residuos! Madrone miró los ojos apagados del soldado y pensó en la sangre. Coatlicue, me diste tu cuchillo y, por lo que sé, no eras una Diosa gentil. ¿No exigiste el sacrificio de que te arrancaran el corazón del pecho, o fue sólo una historia que los sacerdotes contaban sobre ti? Pero podría hacer eso. Si tu cuchillo fuera más que una forma de energía,

si estuviera hecho de acero, podría hundirlo en el pecho de este hombre y arrancarle ese corazón tan frío. Si pudiéramos hacer eso, madre, arrancar todos los corazones fríos, quitar la espuma de la tierra. ¿Quién dijo qué? Uno de los Ángeles, ¿no? Los entiendo ahora. Diosa, mantenme fuera de la mente de las abejas porque sentiría la enfermedad de este hombre y lo picaría hasta matarlo para proteger la colmena.

La rabia se agitó en ella, encendió un fuego en su vientre, estalló en llamas con su aliento. ¡Oh, estoy cansado de ser Sanadora! ¡Quiero ser Destructora, romper y desgarrar con las uñas, comer carne humana, decir no! ¡No! ¡No! hasta que todo se detenga y comience de nuevo, suave y nuevo. No he matado ni mataré, no con Lily en la habitación de al lado, pero, *Diosa*, sí quiero matar, limpiar, exigir algún pago por todo el sufrimiento, algo de justicia, alguna venganza.

Madrone sintió que su cuerpo cobraba vida. Apenas podía quedarse quieta, quería bailar y dejar que sus pies hicieran rodar civilizaciones, agitar sus manos en el aire para provocar truenos y huracanes, que gotease sudor de sus pechos para ahogar los campos. No me hables de compasión, háblame de incendios forestales, de erupciones volcánicas, del torbellino que se abre camino. Diosa, no has hecho el mundo correctamente; lo que has dado a luz se ha enfermado y envenenado. Derríbalo y comienza de nuevo.

Sentía las manos calientes. Ella era el volcán, la lava caliente brotaba de sus palmas. Si lo toco ahora, lo quemaré,

lo cambiaré, se lo merece. Extendió la mano y tomó la mano del soldado. Un aura, roja como una llama, envolvió sus manos entrelazadas.

Su carne estaba fría, pero le resultaba familiar, como tocar una parte de ella misma, como recordar algo que siempre había sabido. Somos parecidos, pensó, en cierto modo, carne de una sola carne. ¿Como puede ser?

La llama cambió. Creció hasta rodearla con un color aún puro, rojo en la corona y dorado por dentro y azul en el centro, como una gota de agua.

Luego cayó al agua y ésta creció hasta convertirse en un océano en el que flotó.

Las olas la llevaron, la sostuvieron, empaparon sus pulmones y su cerebro. La habitación pareció abrirse, blanca y dorada, y llena de una luz que sanaba y temblaba. La habitación, la pared, el hombre se disolvieron y sólo quedó el juego de colores y armonía, hermoso como un camino de hielo pero ahora cálido. Sí, todo estaba cálido, sus propias manos, su propio corazón; su rabia era un fuego a la deriva sobre el agua, un barco en llamas de ofrendas.

Su mano se calentó bajo su toque. Ella comenzó a sanar, que era sólo alcanzar y ofrecer, sin juzgar, dejar fluir ese poder.

Estuvieron sentados en silencio durante toda la noche, tomados de la mano. Exteriormente nada se movía. Interiormente, Madrone vertió colores sobre caminos de polvo gris, encendió lluvia sobre campos agrietados por el barro, lloró sobre cadáveres y excavó una piedra enterrada hace mucho tiempo que comenzó a batir y latir como un corazón.

La noche se convirtió en amanecer. El trozo de cielo enmarcado por la ventana de Lily cambió a índigo y luego a un azul brumoso.

Finalmente, el hombre miró hacia arriba. Su cabeza se elevó lentamente, como una bombilla que corre el riesgo de producir luz. Sus ojos se abrieron como pétalos inciertos y lentamente se centraron en Madrone. Rápidamente apartó la mirada.

“Mi nombre es Madrone”, dijo en voz baja. “¿Cómo te llamas?”

“No tengo uno”. Su voz era baja y apagada; habló de mala gana, como si las palabras estuvieran racionadas.

“¿No tienes un nombre?”

“Número Ohnueve cincotreintaytres milseiscientos, Unidad Cinco”.

“Oh. ¿Cómo te llama la gente?”

“Ohnueve”.

El color ardió entre ellos. De repente le pareció lamentable, un hombre sin siquiera un nombre propio. ¿Cómo podía temerle?

“¿Qué me vas a hacer?”

Él la temía. Madrone habló en voz baja, para igualarla a la de él, y habló lentamente. “Lo mantendremos aquí, aislado, durante una o dos semanas más, hasta que su sistema inmunológico tenga la oportunidad de regenerarse tras la retirada de las dosis de refuerzo. Y luego... depende”.

Vio el terror parpadear en su rostro y sus ojos se cerraron nuevamente.

“No vamos a hacerte daño, Ohnine”.

Él la miró con recelo. “¿Por qué no?”

“No es así como operamos”.

“Así es como opera todo el mundo”.

“Nosotros no”.

“¿Qué vas a hacer entonces?”

“Si puedes curarte a ti mismo, si puedes trabajar con nosotros, podrías ayudarnos”.

“¿Ayudarte cómo?”

“Ayúdenos a entenderlos a todos”.

“¿Para qué?”

“Para que podamos salvarnos a nosotros mismos, y a todos ustedes también, tal vez”.

“¿Lo que quieres decir?”

“Quiero decir que realmente hay un lugar para ti en nuestra mesa, si decides unirme a nosotros. Que podrías vivir en esta ciudad y el resto de tu unidad también, con suficiente comida y bebida y nadie te daría órdenes de matar gente. Habría trabajo que hacer, pero valdría la pena trabajar, hacer cosas, hacer crecer cosas. Y podrías tener un nombre propio, no sólo un número, y respeto, si te lo ganas”.

“No te creo”.

“Tienes que creerme, porque te voy a poner un nombre”.

“Yo vengo de los corrales. No tenemos nombres. Sólo los chicos blancos pueden ganárselos”.

“Pero ahora eres parte de nosotros. Todos nosotros en esta ciudad también somos como una unidad. Todos nosotros juntos. Y todo el mundo tiene un nombre”.

“¿Qué nombre me vas a dar?”

Ella pensó por un momento, mirándolo, sus ojos oscuros redondos y de repente casi infantiles. Esta es mi semana para poner nombres, pensó, primero a la bebé, ahora a él. Debería tener un nombre fuerte, no algo español que no supiera pronunciar, un nombre sencillo que significara algo. Tal vez debería ponerle el nombre de Río, quien también había matado y, según Maya, a menudo había estado fuera de control. Y Río había cambiado. Quizás este hombre también pudiera hacerlo.

“Río” estaba demasiado asociada con su abuelo. Ella no podía nombrarlo así. ¿Pero en traducción...?

“Río. Tu nombre será River. Eso significa una gran corriente de agua que fluye libremente sobre el suelo”.

“¿River? ¿Ese es mi nombre?”

“Te queda bien”, dijo Madrone.

“Me diste un nombre”.

“Es tuyo ahora. Nadie te lo puede quitar”.

“River”, dijo de nuevo. Sus labios se curvaron en una sonrisa vacilante y por un momento pareció joven, como un niño pequeño. Luego su sonrisa se desvaneció. Tenía los ojos abiertos, angustiados, vulnerables.

“¿Cómo sabes con quién apoyarte?” preguntó.

“¿Qué quieres decir?”

“¿Cómo sabes quién es tu gente? Bird... ¿conoces a Bird?”

“Él era mi amante”, admitió Madrone.

“Ese Pájaro habla mucho de su gente, de esta ciudad. Muchas tonterías, tal vez.

“Tal vez no”.

“Pero suena bien. Me gusta imaginarme cómo sería, si lo que dijo fuera cierto. Entonces ese día, ¿sabes a qué me refiero? Madrone asintió y prosiguió. “Teníamos órdenes de matar, matar a cualquier persona que se nos acercara así. No pensé nada al respecto. Nosotros en el ejército hacemos lo que nos dicen que hagamos. Disparo a uno, disparo a otro. Siguen viniendo. Estúpido, hombre, creo, la cosa más estúpida que he visto en mi vida. Disparo de nuevo. Puedo sentir a Bird detrás de mí; no le gusta. Bueno, ellos son su pueblo, pienso, y luego me viene este pensamiento: ¿Quién es mi pueblo? Nunca pregunté eso antes y tengo que detenerme a pensar en ello. Veo a esa niña, la pequeña, y pienso, ¿cómo sé quién es ella? Ni siquiera sé quién soy. Nunca antes había pensado que podría ser alguien, pero tal vez lo soy. Ella se parece a mí, tal vez sea mi gente y ni siquiera lo sé. No podría matarla”.

“No”, dijo Madrone en voz baja. “Me alegro”.

“Tal vez ya haya matado a mi gente, tal vez me persigan por ello. ¿Cómo puedo saber? Nunca lo había pensado antes, pero ahora no puedo dejar de pensar en ello. ¿De dónde vengo? ¿Qué me pasó?”

“Encontraste tu alma inmortal”, dijo Madrone. “Tus jefes decían que no tenías una. Pero se equivocaron”.

“Y ahora me diste un nombre”, dijo River. “Ustedes deben ser mi gente, ahora”.

“Seremos su pueblo”, dijo Madrone. “¿Nos ayudarías?”

“¿Lo que quieras?”

“Quiero salvar a Bird”.

“Sí. Es un cabrón de demonios duro, pero lo van a derribar”.

“Y los demás también. Hay una niña, una niña, una amiga mía y de Bird”.

“¿Esa niña flaca que le trajeron a ver?”

“¿Dónde la tienen?”

“No sé. La mueven todo el tiempo. A veces la mantienen cerca, al final del pasillo. A veces en otro edificio”.

“¿Podrías encontrarla? Creo que la están utilizando para controlar a Bird, para obligarlo a hacer lo que ellos quieren.

“La están usando, está bien. Quizás pueda encontrarla. Primero tienes que ponerte en contacto con la unidad. Mira lo que saben”.

Madrone suspiró. “Supongo que el primer paso es curarte. Entonces veremos”. Aún quedaba una cosa por hacer: sellar su confianza. Se levantó y fue a la cocina de Lily, donde la anciana estaba sentada a la mesa profundamente dormida. Cuando Madrone entró, se movió.

“Lo tengo hablando”, dijo Madrone, mientras llenaba un cuenco con miel de un frasco sobre el mostrador.

“¡Eso es maravilloso!”

“Tenías razón, Lily. No puedo odiarlo más. Lo siento por él”.

Lily sonrió. “Podemos ganar, ¿sabes? Esta mañana puedo volver a creer en los milagros”.

Lily la siguió a la sala de estar, pero se quedó junto a la puerta, dejando la amplitud de la habitación entre ella y River.

Madrone volvió a sentarse frente a River, sosteniendo el cuenco de miel en sus manos. ¿Realmente puedo hacer

esto?, se preguntó ella. ¿Tengo suficiente potencia? Cerró los ojos y de repente sintió como si un par de manos cubrieran las suyas. El poder la inundó, aumentando el suyo. Las manos de mi madre. Ella ya no está separada de mí y ahora mi propio poder está completo. Respirando profundamente, activó su mente de abeja y luego se dejó hundirse aún más en un trance, tan profundo que podía leer la química de River en su olor. Miedo, dolor y un sistema inmunológico que apenas funcionaba. Podía ver los patrones en los mundos *ch'i*, podía saborear lo que a él le faltaba y deseaba que su propio cuerpo se lo proporcionara, elaborado a partir de sus propias hormonas y proteínas, exudado en la gota de sudor que se formaba en su mancha de abeja. La dejó caer en la miel, colocó su mano sobre el cuenco para cargarlo con *ch'i* y dejó que se transformara. Allí se hizo. Ella le había preparado un elixir de vida.

River la había observado, paralizado por el miedo y la fascinación. Ahora tomó las respiraciones que la hacían volver a sí misma, lo miró a los ojos y sonrió.

“No tengas miedo”, dijo. “Te voy a dar otro regalo”.

“¿Qué?”

“Tu libertad. Prueba esta miel. Mira, es inofensiva, la probaré yo misma”. Dejó que la dulzura cubriera su lengua y enviara una ráfaga de energía por su columna. “Pero te

cambiará. Es magia, buena magia. Bebe esta miel y nunca más necesitarás los refuerzos”.

Con cautela, River metió un dedo y lo lamió.

“Sabe bien”.

“Es buena. Adelante, bebe más. Come todo lo que puedas”.

“Tenemos una herramienta para ayudar con eso”, dijo Lily desde el otro extremo de la habitación. “Se llama cuchara. También podría proporcionarle algo de pan. ¿Quizás unas tostadas? ¿Te gustaría eso, soldado?”

“River”, dijo Madrone. “Ahora tiene un nombre y es River”.

River asintió y Lily se fue a preparar comida.

“Si esta mierda funciona”, le dijo River a Madrone, “te conseguiré un ejército”.

“Es un trato”.

Capítulo XXXV

“No puedo soportar esto”, se dijo Maya. Ella deambulaba por la casa, incapaz de instalarse en ningún lugar, incapaz de cocinar, limpiar o atender a los soldados enfermos. De todos modos, entre Mary Ellen y Sara, realmente no la necesitaban. Era vieja e inútil. Sam tenía trabajo, Madrone estaba en algún lugar curando, pero todo lo que ella tenía era la conciencia de que estaban perdiendo, y su propia visión era la causa de su fracaso. Quizás la compasión no pueda vencer la crueldad. Tal vez se había equivocado al creer en esa posibilidad, pero ahora la estaban poniendo a prueba y allí estaba sentada, sin hacer nada. Nada más que estar sentada en estúpidas reuniones del Consejo, escuchando cómo los idiotas atacaban a su nieto. No, ella no podía (no quería) tolerarlo.

Se dirigió a su propia habitación, en la que no había soldados heridos. Sam se había quedado dormido en el catre

de abajo y Maya esperaba que no se despertara ni la buscara. Madrone había estado fuera toda la noche y Nita estaba trabajando en la sala de rituales. Sara y Mary Ellen estaban en la cocina; Lou y Aviva aún no habían llegado. Sí, ella podría hacerlo. Ahora era el momento y hoy era el día. Ella cerró la puerta.

Maya se puso un vestido blanco que había usado años antes en las ceremonias de los orishas. Era muy viejo, una falda gruesa de algodón blanco y una blusa de algodón arrugado que caía hasta un punto esbelto en la cintura. No es que ya necesitara adelgazar. Se cepilló su largo cabello plateado y lo dejó caer. Se envolvió en una capa blanca y descolgó de su percha su bastón con mango de plata, que parecía el accesorio apropiado, en todos los sentidos de la palabra. Le garabateó una nota a Sam, otra a Madrone y las dejó sobre la cama.

Ella se asomó cuidadosamente por la puerta. No había nadie en el pasillo. En cierto modo, esto era divertido, como escaparse de la casa de su madre cuando era niña. En silencio, bajó las escaleras de puntillas, metiéndose el bastón bajo el brazo y agarrándose a la barandilla para estabilizarse. Fue por la puerta principal y allí, lo había hecho. Ella era libre.

Por un momento Maya se quedó mirando la puerta de la casa después de cerrarla detrás de ella. Había subido esos escalones, muchos años antes, para encontrar un hogar con

Johanna cuando se cansó de México, de estar huyendo. Aquí ella había traído a Rio a casa. Dentro de aquellas paredes, le había contado historias a Rachel, la madre de Madrone, y había sostenido la mano de la pequeña Brigid en los escalones mientras aprendía por primera vez a subir y bajar. Tal vez no retorne a cruzar esa puerta, pensó. Quizás no lo haga. En cualquier caso, has sido una buena casa. Me has protegido durante mucho, mucho tiempo. Pero ahora no puedes protegerme.

Ella siguió caminando. Los jardines de verano estaban resecos por la falta de lluvia y el lecho del arroyo estaba seco. Los soldados debieron haber reconstruido la presa nuevamente. Oh, pase lo que pase, habrá hambre. Ningún niño jugaba entre los palos marrones secos. Nadie se movía en los pasillos, excepto, aquí y allá, una figura armada vestida de color caqui o un fantasma vestido de blanco como ella, con una misión inquietante.

El Colectivo de Transporte había inmovilizado las góndolas y los soldados hasta el momento habían ignorado el sistema de transporte aéreo. Maya tendría que caminar hasta el centro. Estaba bien, el ejercicio le vendría bien. Echaría una última mirada lenta a la ciudad que había amado durante tantos años. Todavía brillaba en su imaginación como un lugar mágico, de casas de pan de jengibre, colinas verdes y agujas de hadas. Adiós, laberinto de caminos sinuosos. Adiós arroyos y árboles frutales y jardines. *Adios*, niños alegres y confiados que ahora corréis a vuestras casas, asustados.

Quizás estéis esperando que os libere. Quizás ya sospechéis que fracasaré.

Ya había pasado la mañana cuando llegó a la antigua mansión de piedra en lo alto de Nob Hill, donde el general tenía su cuartel general. La casa había sido construida como monumento a la riqueza privada de uno de los barones del oro allá por el siglo XIX, se había convertido en un club exclusivo para hombres en el siglo XX y, después del Levantamiento, en un hogar para los más ancianos, donde podían ser cuidados en paz y dignidad. Maya se preguntó qué les había pasado, quién los había acogido, si alguno de ellos era tan viejo como ella, ¿por qué seguía viva?

El jardín del terreno todavía estaba verde y floreciente, observó. Los elegantes escalones de la casa estaban llenos de fantasmas, silenciosos y pacientes con sus capas blancas. Maya pudo discernir que en algunos de los observadores la paciencia se había endurecido hasta convertirse en apatía y desolación. Aún así esperaban. Nadie salió.

Ella no esperaría.

Subió los escalones, apoyándose pesadamente en su bastón. Los fantasmas le abrieron paso y una joven se levantó de un salto y le ofreció el brazo. Maya la miró a los ojos por un momento, sorprendida, pensando que eran los ojos de su hija Brigid. Pero no, Brigid no, sólo otra joven de cabello oscuro y ojos oscuros. Brigid estaba muerta de todos

modos, pero los fantasmas deberían estar muertos, y Maya vagaba en la confusión de lo viejo.

La pesada puerta principal estaba cerrada con llave. Levantó su bastón y la golpeó. Silencio. Golpeó de nuevo, más fuerte. La puerta se abrió un poco y un rostro oscuro la miró.

“¡Sal de las escaleras o te expulsaremos! ¡No puedes entrar aquí!

“No puedes dejarme fuera”, dijo Maya, deslizándose su bastón en la rendija y empujando la puerta con el hombro. Pero en realidad fueron sus ojos los que le dieron la entrada. Por ahora ella había salido de sí misma y algo más grande había entrado: la Parca, *la Segadora*, la Vieja Bruja, la Bruja de la Muerte. Ella se había convertido en la Implacable. Ningún niño soldado podría resistirla. Empujó al guardia a un lado y caminó por el pasillo. Él la siguió y trató de agarrarla del brazo, pero ella colocó su bastón entre sus pies y él tropezó y cayó con fuerza sobre el suelo de mármol. Estoy rozando el borde de la no violencia, admitió, pero mientras él se recuperaba, ella atravesó un par de imponentes puertas dobles y se encontró en la oficina del general.

La soleada habitación estaba llena de ventanales que daban al norte, al agua y al monte Tamalpais, al otro lado de la bahía. El general estaba sentado detrás de un gran escritorio de roble, con los pies sobre una alfombra oriental

descolorida pero aún hermosa. Tres miembros de su personal permanecían en actitud relajada a su alrededor.

Maya golpeó el suelo con su bastón y el general se volvió y se quedó mirando. Con su suave vientre escondido detrás del escritorio, parecía ser un sólido edificio de carne musculosa, rematado por un cabello color paja muy corto. Él la miró con ojos pequeños y duros como perdigones.

“¿Qué diablos es esto? ¿Cómo diablos entró aquí?”

“Señor...” comenzó el soldado sin aliento desde el pasillo, pero el general le indicó que guardara silencio. Se levantó de su escritorio y se acercó a Maya, que se elevaba por encima de ella.

“¿Quién Jesús eres tú?”

Maya abrió la boca para decir algo razonable, pero lo que salió pareció venir a través de ella desde algún otro lugar.

“Tu muerte”, dijo Maya. “Soy aquello a lo que siempre te has resistido y a lo que llegas al final. Yo soy tu destino”.

“Mi destino es exterminar a los pecadores que corrompen este mundo”.

Él era mucho más alto que ella, pero de repente sus ojos parecieron estar al mismo nivel que los de él. Una voz la atravesó y se derramó sobre él. “Tu destino está en tu sangre

y en tus huesos, donde reside el destino de cada persona. Tu destino está aquí, surgido ante tus propios ojos. Estoy cara a cara contigo”.

“¿Quién eres?” –repitió el general.

“Soy de lo que no puedes escapar, las canas de tu cabello, las líneas en el dorso de tu mano. Yo soy la Segadora, el ajuste de cuentas, las consecuencias de tus acciones. Aprieta con fuerza tus esperanzas. Yo soy tu destino”.

Ella era un recipiente para la voz, como el lecho de un arroyo canaliza el agua que proviene de una fuente mayor, alta y lejana.

“Soy el destino y la oportunidad, tu opción de aprovechar la gran oportunidad que tienes aquí. Sí, veo quién eres y quién podrías ser. Tus antepasados se agrupan a tu alrededor. Uno de ellos es un niño pequeño que observa cómo los Inquisidores se llevan a su madre, la desnudan en la plaza pública, la pinchan con agujas en busca de marcas del diablo, la violan y la queman viva. Sí, veo sus ojos mientras observa la carne que significaba su consuelo crujir y carbonizarse, mientras las manos que la calmaban se ennegrecen. La veo usar ese dolor como armadura, crecer en ella hasta convertirse en su piel.

“Y ahora es un hombre adulto en un lugar lejano, África. Aquí está en *La Gorée*, ¿conoces ese nombre? La Última

Puerta, la llamaban, una isla por la que pasaban todos los esclavos en su salida del continente. Y aquí está él, tu ilustre antepasado, en la sala de violaciones, violando a una mujer negra mientras su propio hijo pequeño se ve obligado a mirar. Quizás él deja en ella su semilla, semilla de dolor que crece en su vientre y de alguna manera sobrevive al Paso Medio por el infierno para nacer. No tu antepasado, sino el padre de padres de otras personas, uno de estos hombres de aquí, tal vez, o mi propio nieto. Y la mujer es capaz de amar al niño, como aman las mujeres, porque comprende que lo que ha sido sembrado en ella es el dolor de un niño, hasta que éste también le es arrancado. Oh, es asombroso lo que los seres humanos son capaces de hacerse unos a otros y sobrevivir. Tantas mujeres albergan semillas de dolor, las nutren, las dan a luz para que esa descendencia pueda representar su dolor en el cuerpo de otra mujer, y siempre, siempre con una esperanza: que de alguna manera, algún día, esto cambie. Alguien se negará a seguir transmitiendo el dolor. ¿Quién sabe? ¿Quizás eres esa persona?

El general la miraba fijamente, paralizado. “El dolor forma al hombre”, dijo.

“O lo rompe”.

“Un hombre no se hace hasta que es quebrantado”. Luego pareció despertarse de nuevo. “¿Cómo te llamas?”

Maya respiró hondo. La Parca la abandonó y ella volvió a ser sólo una mujer, vieja y pequeña. Se irguió en toda su altura y habló con dignidad.

“Maya Greenwood”.

“Ajá. ¿La escritora?”

“No sabía que mi reputación aún sobreviviera en las Tierras del Sur”.

“Una vez tuve el placer de quemar varios de tus libros”.

“Un fan entonces”, dijo Maya. “Me halaga”.

“Me intrigas”, dijo el general. “¿Qué esperabas lograr viniendo a mí así? ¿Esperabas conquistarme con tus balbuceos blasfemos? Habría pensado que Maya Greenwood era más inteligente que eso”.

“Vine a advertirte”, dijo Maya, aunque su voz se sentía vieja y trémula. “Aquí no se puede ganar”.

El general se rió. “Tu nieto no estaría de acuerdo contigo. Parece pensar que no podemos perder”.

Ahora, vieja perra, ahora sería un buen momento para que atacase la Posesión Divina. Pero Maya permaneció vacía. Aún así, no le rogaré ni le suplicaré que me deje ver a mi

nieto. “He venido a compartir su terrible experiencia”, dijo Maya.

“Eso puede ser organizado”. El general hizo un gesto a sus guardias. “Enciérrenla. Pero no la trabajes demasiado. Su corazón podría estar débil, y tengo un uso especial para ella”.

Maya se sentó en la alfombra. “Hay un lugar reservado para ti en nuestra mesa, si decides unirte a nosotros”, dijo mientras los soldados se la llevaban a rastras.

La habitación en la que encerraron a Maya había sido una vez una oficina. Todavía había un escritorio, aunque no una cama o una silla, y ella se sentó en él, balanceando las piernas. No había retrete, pero tal vez usaría uno de los cajones como cubo de basura, cuando surgiera la necesidad. Le habían dejado agua y un trozo de pan, pero ella no quería tocar su comida. No, simplemente cerraría los ojos y se quedaría a la deriva. Ahora estaba cerca de Bird; Seguramente ella lo alcanzaría ahora.

Pero no alcanzó a Bird, sólo a Johanna, que estaba de pie con las manos en las caderas, observando a Maya con desaprobación. “Es una situación muy delicada ésta en la que te has metido”, dijo Johanna.

“Tenía que hacerlo”, dijo Maya.

“No, no era necesario. Querías hacerlo, sólo la Diosa sabe por qué. Quizás algún complejo de culpa judío no resuelto”.

“No puedes esperar para venir a nuestro lado, ¿verdad?” preguntó Rio, quien apareció detrás de ella.

“Lamento que les hicieras derribar la cárcel después del Levantamiento”, le dijo Maya. “Me podrían haber encerrado en una celda real que tuviera una litera y un baño”.

“Si lo que te interesaban eran las comodidades, deberías haberte quedado en casa, donde tenías una cama cómoda y agradable y alguien que te la calienta”, dijo Rio.

“¿Celoso?” –Preguntó Maya.

“Ja”.

“De todos modos, ya sabes lo que es”, dijo Maya, “cuando estás entusiasmado por cometer algún acto político valiente y te sientes invulnerable por un tiempo, como si nunca más te importara la comida o el sueño. Pero luego pasa, dejándote de luto por tu bañera y una tetera caliente”.

“Maya, estamos contigo”, dijo Rio. “Pase lo que pase”.

De repente tuvo mucho miedo. Realmente, he tenido miedo todo el tiempo, admitió, pero qué buen trabajo he hecho para convencerme de que no lo tenía. Diosa, ¿qué me he hecho? ¿Qué le he hecho a Bird?

“¿Qué va a pasar?” –gimió ella. “¿Qué va a pasar conmigo?”

“Oh, vas a morir, por supuesto”, dijo Johanna, “con el tiempo”.

“Me refiero a ahora. ¿Qué va a pasar ahora?”

“Ahora vas a dormir un poco”, dijo Johanna. “Mira si puedes acurrucarte en ese escritorio y no permitas que tu complejo de Gandhi te impida beber un poco de esa agua”.

“¿Qué quieres decir con que se ha ido?” dijo Sam. “¿A dónde fue?” De repente parecía tener ochenta y tantos años. Su rostro se arrugó y agarró el hombro de Madrone con mano temblorosa.

“Nos dejó notas”, dijo Madrone, tratando de mantener su voz tranquila. “Supongo que se escapó esta mañana, mientras yo estaba en casa de Lily y tú dormías en el catre”.

“¡Pero eso fue hace horas!” –protestó Sam. “¿Cómo no me di cuenta de que ella no estaba aquí?”

Estaban en la cocina, donde Mary Ellen seguía cortando verduras para la cena.

“Yo tampoco me di cuenta”, admitió Madrone. “Llegué a casa y me quedé dormida. Había decenas de personas aquí; No me di cuenta de que ella no era una de ellas. No fue hasta que fui a buscarla para cenar que vi las notas.

“Déjame ver”, dijo Sam. Le quitó la nota a Madrone, pero le temblaba la mano y tenía los ojos llorosos. “Léela para mí”.

“Querido Sam”, leyó Madrone. “He ido a perseguir al General. No te metas en problemas: es lo que estoy llamada a hacer, para bien o para mal. Y lo peor será que me maten, y la verdad, Sam, a mi edad la muerte difícilmente puede considerarse prematura. Te amo. Has sido un gran consuelo para mí en un momento terrible y en cualquier mundo en el que esté, siempre te lo agradeceré. Lamento haberte dejado solo. Perdóname y por favor intenta comprender. Con amor, Maya”.

“¡Es un suicidio! ¡Un maldito y estúpido suicidio! Sam comenzó a llorar. Madrone lo abrazó y lo tranquilizó, pero ella también estaba llorando. “La amaba, Madrone. ¡Realmente la amaba!

“Lo sé. Lo sé, Sam”.

“Y si descubren que Bird es su nieto...”

“No lo pienses, Sam. No tiene sentido torturarse a uno mismo. Ella se ha ido ahora y vamos a tener que dejarla ir. O

seguirla con magia, no con preocupaciones”. Oh, ella podía sonar tan sabia y genial. “Acuéstate un poco, Sam. Descansa hasta la cena. Haré algo de magia para ella”.

“¿Quieres?”

“La haré ahora mismo. Descansa”.

Madrone salió al jardín trasero de la Casa del Dragón Negro. A diferencia de los jardines delanteros, la parte trasera todavía estaba mayoritariamente verde, aunque las malas hierbas ahogaban el huerto. Las abejas zumbaban alrededor de las estrellas azules de la borraja espinosa. Sólo el césped estaba muerto, y ella se tumbó sobre la hierba seca y marrón y cerró los ojos.

Concentrándose en su respiración, volvió a su mente de abeja. No vio el mundo de las formas visuales tal como lo conocía, sino un prisma multifacético de luces y sombras entrelazadas con vetas de color. La bombardearon rastros de olor: la embriagadora claridad de la borraja, el perfume de la rosa, la picante salvia de la piña. Podía perderse en los olores entrelazados y arrastrados, flotando a lo largo de millas: qué tentador elegir uno y seguirlo, rastrear una dulzura particular hasta su origen, regresar a la colmena para bailar direcciones.

Nada sucedió exactamente en palabras o incluso en imágenes, sino más bien como una superposición de imágenes, olores, movimientos y sentimientos, como la sensación corporal del norte magnético, sentimientos de lo correcto o lo incorrecto. Y sí, mientras se acercaba a la colmena, perturbación. Un zumbido de miedo y alarma; esto no era nada que hubieran sabido nunca. Madrone exudaba un olor calmante, no un olor de reina, que podría desencadenar una competencia con su propia reina, sino algo lo suficientemente parecido como para que las abejas se relajaran. Ella no era una amenaza.

Bajo su angustia inmediata había una sensación de alarma más profunda. Las cosas no estaban bien. Los jardines con los que contaban estaban muriendo. Muchas de las flores habían desaparecido, se habían marchitado temprano y se habían secado en la vid. Por todas partes olían miedo y dolor.

Madrone dejó que la miel de su cuerpo brotara hasta la mancha de las abejas y comenzó a hablarles, un discurso de visiones proyectadas y feromonas, olores moleculares en el aire. Lentamente se reunieron, tocándose, saboreando, hasta que su cuerpo estuvo cubierto de abejas reptantes. Ayudadnos, dijo, y volveremos a cultivar jardines verdes y bien regados, dejaremos que la borraja corra desenfrenadamente y bailaremos para vosotras en verano. Sois parte de nuestros poderes, nuestros poderes olvidados. Ayúdenos, por favor, hermanas, ayuden.

Bird había estado solo en la oscuridad con los muertos durante tanto tiempo que ya no estaba seguro de estar vivo. Lo habían llevado de regreso a una habitación oscura y desnuda, donde el tiempo ya no pasaba sino que lo dejaba abandonado en el vacío, sin gravedad. De vez en cuando su cuerpo se entrometía con su dolor, su hambre, su necesidad de hacer sus necesidades. A intervalos se abría la puerta, se metía algo parecido a comida y se volvía a colocar el cubo con sus excrementos. De vez en cuando, intentaba recordar sus músculos, mantenerlos funcionando y ejercitados, pero estaba demasiado débil para mantener la actividad por mucho tiempo. Básicamente vagaba, conversando con fantasmas hasta que el delgado cordón de energía vital que lo sujetaba a su cuerpo se estiró, se hizo frágil y se deshilachó.

Estaba perdido no sólo en su propio dolor sino también en el dolor sombrío de multitudes de otros, inundado de culpa, miedo y la desesperación de que ya no podría separarse. Los fantasmas le hablaban y le contaban historias de su sufrimiento. “Nos conjuraste”, parecían decir. “Ahora escucha, atiende. Así era cuando los esclavistas llegaron a mi pueblo, cuando los nazis derribaron la puerta y nos llevaron a los campos, cuando los blancos rompieron nuestras sienes y nos enviaron a las minas, cuando todo lo que teníamos y nos importaba fue destruido. Escúchanos, aliméntanos, lleva nuestro dolor”.

No, no tengo nada con qué alimentaros, no puedo cargar con mi propio dolor y mucho menos con el peso de todos los dolores. *Diosa*, tengo demasiados antepasados, una historia de opresión sería suficiente herencia. ¡Déjame en paz!

“Entonces escucha, escúchanos, nosotros también somos tus antepasados. Vendí a mi hija a los esclavistas, cargué los vagones de ganado, destrocé los templos de los paganos, apliqué el látigo, violé. Somos tus antepasados, somos los muertos inquietos. Aliméntanos, sánanos, escucha nuestras historias. O nos alimentaremos de ti”.

Adelante. Comedme, matadme, dejadme tener un poco de paz.

Tal vez ya estaba muerto, atrapado en el infierno del que advirtieron los milenaristas. Familiar, era tan familiar este lugar, como si ya hubiera pasado años y años aquí, la eternidad. A menudo no podía recordar claramente quién era y qué había hecho para merecer ese castigo. Había sido débil, había traicionado algo, pensó, pero no tenía claro qué, cómo, por qué, si podría haber resistido o en qué pesadilla estaba atrapado. Y había mundos infernales tras mundos infernales en los que perderse. Demasiados, la cara oculta de los últimos diez mil años de historia, y no podía encontrar salida porque había cedido y aceptado el poder de los asesinos.

“No, queremos que cantes por nosotros, que hables por nosotros, que redimas nuestras vidas”, clamaban los fantasmas, víctimas y victimarios, con las voces entrelazadas.

Pero ni siquiera puedo redimir la mía. No me queda voz y voy a morir derrotado.

“Entonces no tenemos esperanzas”.

Sin expectativas, sin esperanza, zumbaba su cerebro como una canción desafinada. Al no tener esperanzas, no sintió miedo, y eso fue un pequeño alivio. Incluso cuando pensaba en Rosa, ¿qué importaba, en definitiva, lo que le pasara a ella? Sería sólo una víctima más entre legiones de muertos.

Lo intenté, no soy lo suficientemente fuerte. Verás, Maya, no es la Buena Realidad o la Mala Realidad, es *El Mundo de la Fuerza*, la realidad de la fuerza bruta, que es más fuerte que toda nuestra magia. Oh, Lily, fue un intento noble. Luchar en el paisaje de la conciencia, dijiste, pero el cuerpo es demasiado vulnerable y no podemos ganar. No podemos ganar.

Capítulo XXXVI

“Tiene que comer, señora”, dijo el soldado, angustiado, recogiendo la fuente de pan que Maya había dejado intacta.

“No, jovencito, ahí te equivocas”, respondió Maya. “Tengo noventa y nueve años. No tengo que hacer nada. Ninguna cosa”.

“¿Verdadero?” respiró. A Maya le pareció muy joven; tal vez los recluten a los quince o dieciséis años en el Sur. Sus ojos estaban muy abiertos y redondos en su rostro cobrizo. “¿De verdad tienes noventa y nueve años?”

“Acabo de celebrar mi cumpleaños, en junio. Fog-Rolls-In Moon, la Niebla Rueda en la Luna, lo llamamos. No es que tuviéramos muchas ganas de celebrar”.

“¿Quizás te guste un poco de sopa? Te traigo un poco”, ofreció.

“Soy un pájaro salvaje. No como en cautiverio”.

“Si no come, se muere, señora”.

“Llámame Maya. Es mi nombre. ¿Cómo te llamas?”

“No tengo uno. Se lo llevaron cuando me metieron al ejército”.

“Ridículo. Nadie puede quitarte tu nombre. Todavía lo recuerdas, ¿no?”

Miró rápidamente alrededor del cuarto oscuro, como si le preocupara que alguien pudiera escucharlos, y luego asintió.

“¿Cuál es?”

“Tom”, susurró. Miró a su alrededor de nuevo. “*Tomás*, decía mi madre”.

“Tomás, ese es un buen nombre. *Mucho gusto*, Tomás. Encantada de conocerte. Eso, ese era tu nombre, y ahora lo tienes de vuelta. ¿Entonces tienes madre? ¿No fuiste clonado por el ejército?”

Él negó con la cabeza. “Nuestra unidad salimos de las calles. ¿Sopa, señora? ¿Qué dices?”

“¿Por qué estás tan preocupado por mí?”

“Si mueres, me persigues”.

“Lo consideraría. Al menos de forma intermitente. ¿Por qué te molesta eso?”

Se estremeció. “Salga a la sala de guardia, señora. Necesito limpiar este lugar”.

“Tendrás que cargarme”.

“¿Negar?”

“No, me niego a cooperar. Es una táctica política tradicional”.

“Está bien, te llevo” –dudó, y luego dijo su nombre– “Maya”. Dejó el pan, deslizó sus manos debajo de su cuerpo y la levantó, manteniéndola alejada de su cuerpo como si tuviera miedo de permitir demasiado contacto. La llevó al pasillo, donde estaban apostados varios soldados. Todos eran de piel bronceada y cabello oscuro y liso; todos le recordaban a Carlos, quien la había seducido hacía mucho tiempo y la había dejado embarazada de Brigid, la madre de Bird. Tres de ellos estaban jugando a las cartas en un escritorio que habían instalado frente a una hilera de ascensores. Tomás la sentó en una silla vacía al lado del escritorio.

“Mírenla”, dijo a los jugadores de cartas. “Tengo que limpiar su celda”.

“Átenla”, sugirió el soldado más cercano a Tomás, un hombre corpulento con antebrazos tan musculosos que sobresalían de las mangas.

“No la voy a atar. Tiene noventa y nueve años.

“¿Nada de mierda?” El soldado se volvió y miró a Maya.

“Por mi honor, como bruja y ex Girl Scout”.

Los soldados alejaron sus sillas de ella. Tomás sacó un balde con productos de limpieza de un armario y desapareció en la habitación donde habían retenido a Maya.

“¿Nos vas a hechizar?” preguntó otro de los hombres. Había perdido varios de sus dientes frontales y sus encías estaban casi negras.

“No lo necesito”, dijo Maya. “Ya estás bajo un hechizo, un hechizo del que me gustaría liberarte”.

“¿Quién nos hechizó?” preguntó el hombre que Maya consideraba Músculos.

“El general, por supuesto. Os tiene bajo un hechizo de obediencia. De lo contrario, ¿por qué estáis aquí? No queréis

estar aquí, ¿verdad? Cuándo podrías sentarte con nosotros en nuestra mesa, en el lugar que tenemos preparado para ti.

“¿Qué queréis decir con eso?” preguntó el tercer soldado, a quien Maya apodó Tiny. “¿Quieres decir que deberíamos ponernos de tu lado y ganar la guerra por ti? ¿Y qué? ¿Morimos sin refuerzos?”

“De todos modos, no hay jodidos refuerzos la mitad del tiempo, hombre, mientras sigan perdiendo trenes”, dijo Teeth.

“Estamos al borde de una solución al problema de los refuerzos”, dijo Maya, preguntándose si eso sería realmente cierto. “Ya casi lo hemos conseguido”.

“Di que sí”, dijo Músculos. “Digamos que pasamos, digamos que ganamos. ¿Y qué? ¿Qué haces con nosotros? ¿Cómo se alimenta a un ejército?”

“No queremos un ejército”, dijo Maya. “No podemos alimentar a un ejército. Pero podemos ofrecerles formas de alimentarse. Terreno, si queréis cultivar. Trabajar aquí en la Ciudad, si lo preferís. Una casa para vivir, grande si la compartes, un lugar pequeño o un departamento si quieres vivir solo”.

“¿Qué tipo de trabajo?” Preguntó Dientes con sospecha.

“¿Qué tipo de trabajo te gustaría hacer? Podemos capacitarte para lo que quieras o convertirte en aprendiz de uno de los grupos de trabajo. Podrías construir torres de transporte, ayudar a mantener los sistemas de agua o criar gusanos de seda. Es posible que algunos de ustedes incluso quieran estudiar en la universidad. Estamos escasos de personal aquí en el Norte; tenemos más cosas que hacer que personas para hacerlo. Así que todos trabajamos duro, no les mentiré. Tendrías que trabajar duro también. Pero nunca te faltará comida ni agua”.

“¿Por qué deberíamos creerte?” Preguntó Pequeño.
“¿Cuál es el truco?”

“Habéis visto nuestra ciudad”, dijo Maya. “¿Habéis encontrado barrios marginales? ¿Algún gueto? Habéis visto quiénes eran nuestros líderes antes de asesinar a la mayoría de ellos. Habéis visto que vienen de todas las razas, que ningún grupo nos gobierna. Es cierto que hay algunas cosas que no toleraremos aquí. Violación, por ejemplo. O violencia. Pero os ofrecemos una oportunidad de libertad. ¿No vale la pena apostar por eso?”

Ellos guardaron silencio. Detrás de las máscaras de sus rostros, los pensamientos se agitaban, incluso si Maya no podía leer lo que eran. ¿Ves, Juana? Rio, ¿entendéis ahora? Esto es lo que he venido a hacer.

Tomás salió con el balde de limpieza. “La habitación está limpia ahora. Puedo devolverla”.

Músculos sacudió la cabeza. “Déjala quedarse aquí con nosotros”.

“Sí”, dijo Dientes. “Me gusta oírla hablar”.

“Nunca pensé que llegaría a esto”, dijo Sam. “Todos esos años los pasé entrenando: Stanford, Johns Hopkins. Esos nombres significaron algo en mi época. ¿Quién hubiera pensado alguna vez que llegaría a depender de una bruja que preparaba pociones con miel y sudor?”

“¡Perros!” Dijo Madrone. Estaban haciendo rondas en la Casa del Dragón Negro, donde, después de una semana de su nuevo tratamiento, casi todos los desertores mostraron una marcada mejoría.

“No te quejes, Sam”, dijo Lou. Sostuvo la muñeca de uno de los hombres que había estado más enfermo y le tomó el pulso según la tradición médica china. “Sólo reza para que siga funcionando”.

“Las brujas no rezan, nosotras encantamos”, dijo Madrone.

Lou la ignoró. “Estás bien”, le dijo a su paciente.

“Me siento mejor”.

“Estarás lo suficientemente bien como para levantarte en uno o dos días”. Lou se levantó. “Eso cubre todo por hoy”.

Fueron a la cocina, donde Lily estaba sentada tomando té en la gran mesa redonda. Ella se levantó y los saludó. En el mostrador, River estaba ayudando a Mary Ellen a cortar verduras para la cena. Había empezado a seguir a Madrone, como un gran cachorro de labrador, pero ella no le permitía hacer las rondas. Realmente, estaba sorprendida de lo bien que parecía adaptarse. Estaba acostumbrado a seguir órdenes y todavía se sentía más cómodo haciendo lo que le decían, ya fuera ella, porque confiaba en ella, o Sam, el hombre más viejo y blanco del lugar. Y le encantaba ayudar a Mary Ellen.

“Lo entiendo a él y a los de su especie”, dijo Mary Ellen. “Sé cómo manejarlos. Con firmeza y no les des la espalda hasta que estés seguro de que te serán leales. ¡Entonces deja que tus enemigos tengan cuidado!

Las raciones empezaban a escasear, pero la gente de toda la ciudad contribuía a alimentar a los soldados enfermos, incluso cuando ellos mismos tenían escasez. Aun así, a menudo comían cosas raras. Hoy, señaló Madrone, Mary

Ellen parecía haber cosechado una hierba que crecía prolíficamente y sabía a una forma amarga de apio.

“Todavía te ves bien”, dijo Sam, señalando con la barbilla a River. “¿Cómo te sientes? ¿Aún no tienes fiebre ni dolores?”

“Me siento bien”, dijo River. “No te preocupes. Ella me arregló. ¿Cuándo se lo diremos al resto del ejército?”

“¿Cuánto tiempo ha pasado?” –Preguntó Sam.

“Para él han pasado diez días”, dijo Madrone.

“Sigo pensando que deberíamos esperar al menos dos semanas completas. Seis sería mejor. Sólo para asegurarnos de que no haya efectos secundarios ni recaídas”.

“No tenemos seis semanas, Sam”, dijo Madrone.

“Ya sé eso. Catorce días fue nuestro compromiso”.

“En este momento, cada día cuenta”, añadió Lily. “La gente está cayendo en la desesperación. Ha habido tantas muertes y pérdidas. Todavía no han recurrido a la violencia, pero a menos que podamos darles pronto alguna esperanza...”

“Pero si anunciamos que tenemos una cura para la abstinencia de refuerzo, debemos estar absolutamente seguros de que realmente la tenemos”, dijo Sam. “De lo contrario, terminaremos con un ejército de ex soldados,

enfermos, malvados, desesperados y creyendo que los traicionamos”.

“Hace mucho que no se ve a Bird en la Plaza”, dijo Madrone en voz baja. “No se puede encontrar a Rosa. La diosa sabe lo que les está pasando. Y Maya...

Sam la rodeó con el brazo. “Sé que duele. Pero son sólo unos días más. Tiene buena pinta, Madrone. No lo estropeemos apresurándonos”.

“¿Y el Consejo?” Dijo Lily. “Anoche casi aprobaron una política que legitima el asesinato. Varios de nosotros lo bloqueamos, por supuesto, pero ¿cuánto tiempo podremos retenerlos?

“¿No puedes decirles que estamos al borde de algo?” –Preguntó Sam. “Haz que aguanten un poco más”.

“Les he estado diciendo eso durante semanas, mucho antes de que fuera remotamente cierto. Tarde o temprano dejarán de creerme”.

“Probablemente tengas razón, Sam”, dijo Madrone, de repente al borde de las lágrimas, “pero no estoy segura de poder soportarlo. Todas las noches tengo sueños horribles sobre Bird, pero cuando me despierto no puedo recordarlos”.

Sam le apretó los hombros. “Cuatro días más, eso es todo. ¿No puedes hacer algo de magia con tus abejas y encontrar a Rosa? Entonces te sentirías mejor sabiendo lo que le está pasando.

“Quizá sea peor”, dijo Lou, “según sea el caso”.

“Sueña con ella”, sugirió Lily.

“No me queda nada claro. Sólo tengo pesadillas. Tal vez simplemente estoy perdiendo el control, corriendo con demasiada adrenalina y sin dormir lo suficiente”.

“Cuéntame algo nuevo”, dijo Lou.

“¿Tres días, Sam?” Dijo Lily. “¿Podemos llegar a un acuerdo sobre eso? Si estás seguro de que es necesario, esperaremos. Pero ya no. De una forma u otra, se avecina un cambio. No podemos seguir así para siempre”.

“Lo hemos hecho, en mi lugar de origen”, dijo Mary Ellen, levantando la vista de la tabla de cortar.

“No”, dijo Lily. “Incluso allí, esto no puede continuar para siempre”.

Las abejas estaban buscando. Madrone yacía en el jardín bajo el cálido sol, siguiendo su vuelo. A través de estrechas

grietas se colaban, arriba y abajo de fríos pasillos de estuco y cemento, detrás de las cerraduras de puertas cerradas y dentro de las rejillas de los sistemas de ventilación, volando rápidamente a través de cualquier puerta abierta. Regresaron, ansiosas por escapar del aire muerto, del olor químico y del dolor. No habían encontrado a Rosa. Ningún olor, ningún sabor del miedo o la esperanza de una joven. Nada. Sólo indicios de Bird, algo en su tarareo que cantaba la desesperación, un hedor a decadencia. Sigán eso, les dijo, cambiando algo en su sudor para que el hedor a podredumbre y miedo fuera etiquetado como algo deseable, un campo de flores cargadas de polen, una nueva fuente de miel. Encontradlo, quedaos con ello, cuidadlo como a una preciosa larva que hay que cuidar, limpiar y alimentar. Es nuestra esperanza, hermanitas. Vuestra y mía.

Sin reuniones, sin consensos, sin estrategias formalizadas, la gente empezó a llenar las calles. Durante el día, pequeños grupos se sentaban en las carreteras principales, impidiendo los movimientos de las tropas. Cuando fueron despejados, a golpes o disparos, otros ocuparon sus lugares. Por la noche, se reunieron marchas espontáneas, cientos y finalmente miles de personas, vestidas de blanco, rugiendo, cantando y marchando por las calles mientras sonaban los tambores. Madrone se unió a ellos cuando terminó su trabajo del día. Caminar en compañía de otros alivió una profunda necesidad en ella, se alzaron las voces. Los soldados se

quedaron de pie y observaron. Nadie sabía si les habían ordenado no disparar o si tenían miedo de los fantasmas. A Madrone a veces le parecía como si los muertos marcharan con ellos. Las voces silbaban en la atmósfera y los pies resonaban en las aceras donde ningún pie vivo pisaba. Espectros de niebla flotaban cerca del suelo y se movían contra el viento.

Pasó un día y otro día. River seguía bien. Él pidió marchar con ella y la detuvo en los escalones de la entrada cuando salía, pero ella temía que alguien de su unidad lo reconociera.

“Déjalo un día más”, dijo. “Entonces podremos decidir cómo hacerles saber que no tienen que temer la abstinencia si se acercan a nosotros”.

Río negó con la cabeza. “¿Qué estamos esperando? No voy a tener ninguna recaída. Te lo digo, me siento bien. Puedo sentir el cambio. Es como si mi cuerpo me perteneciera de una manera que nunca me perteneció”.

“Me alegro, River”.

El tamborileo la arrastraba, impulsándolos a todos al mismo ritmo; cantaban cánticos con una voz ronca, como si se hubieran convertido en un solo organismo, un animal incandescente de rabia. Algo estaba a punto de romperse aquí. Alguna marea estaba a punto de cambiar.

La reunión del Consejo fue pequeña y faltaba una de las Voces. Coyote, en su forma cotidiana desenmascarada, había recibido un disparo la noche anterior mientras intentaba impedir que un escuadrón de soldados destruyera una de las torres de transporte.

“No podemos reunirnos con una de las Voces desaparecidas”, protestó una joven.

“Tendremos que hacerlo”, dijo Joseph con cansancio. “Soy Cuervo por hoy; he tomado la decisión. No tenemos otra opción. No hay tiempo para elegir un sucesor y tenemos cosas que decidir”.

“No me gusta”, murmuró una segunda mujer. “Trae mala suerte ignorar al Tramposo. Pero supongo que tenemos que vivir con ello”.

“Es una señal”, dijo Cress, poniéndose de pie. “Les hemos dejado destruir demasiado, incluso una de las Cuatro Cosas Sagradas. ¿Cuándo vamos a contraatacar?”

“Estamos contraatacando”, dijo Lily. “Estamos a punto de ganar. Los soldados vienen a nuestro lado todos los días”.

“Unos pocos”, admitió Cress. “Y algunos de nosotros estamos desertando para pasarnos a su lado”.

“No quiero volver a hablar de Bird”, dijo Lily. “Hemos tenido ese debate”.

“No dije nada sobre Bird”, protestó Cress. “Tú eres quien lo hizo. La cuestión es que unos cuantos soldados vomitando en hospitales improvisados de nuestro lado no van a ganar esto por nosotros. Pueden formar miles de soldados, cientos de miles”.

“Otra razón más por la que no podemos ganar si luchamos en sus términos”, dijo Lily.

“Lily, no pareces entender que la gente está cansada de tus tonterías místicas. Hemos estado contigo hasta ahora, ¿y qué nos han aportado? ¡Balas en la cabeza, represas en los arroyos, gente muriendo en las calles! Ahora Cress estaba levantado y gritando. Joseph se levantó de un salto y pidió orden, pero Cress lo ignoró. “¡Ya lo tuvimos, Lily! ¡Una masacre más, una ronda más de muertes, y algunos de nosotros vamos a tomar medidas, con Consejo o sin Consejo!”

“¡Entonces ganarán!” Dijo Lily, poniéndose de pie y alzando la voz en respuesta. “¡Estás amenazando el corazón mismo de aquello por lo que luchamos! Lo que nos mantiene unidos en esta ciudad, lo que nos permite construir lo que hemos construido, es el respeto a este Consejo, a nuestro consenso mutuo. Si violas eso, los Stewards no tendrán que molestarse en hacerse cargo. ¡Seremos destruidos!

“¡Cuando el consenso bloquea la voluntad de la mayoría, se convierte en tiranía!” Gritó Cress.

“¡No tienes mayoría! ¡Tienes un bloque vocal!

“¡No, vosotros tenéis un bloque vocal que está bloqueando lo que la mayoría quiere hacer!”

“¡Orden!” –tronó Joseph. “¡Ustedes dos, cállense! Sólo aceptaré comentarios de aquellos que aún no han hablado hoy”.

Madrone se levantó. Estaba cansada, agotada y cansada de todas las discusiones. Una de estas reuniones era más agotadora que diez horas de curación. “Tengo buenas noticias”, dijo con voz llana. Entonces intenta sonar un poco alegre. “Hemos desarrollado un protocolo para la retirada de refuerzos que parece ser eficaz. Estamos listos para empezar a filtrar esa noticia al ejército”.

Cress abrió la boca para hablar, pero una mirada de Joseph lo silenció.

Sachiko se puso de pie. “Eso es maravilloso, Madrone. Entonces, ¿tal vez más soldados deserten ahora?

“Eso esperamos”, dijo Madrone.

“Eso es especulación”, dijo la mujer sentada al lado de Cress. “No lo sabemos con certeza”.

“¿Pero no podemos darle un poco de tiempo?” –suplicó Madrone. “¿Una semana o dos, al menos, para ver qué pasa, antes de que nos dividamos en facciones y rompamos el Consejo? Sería una pena empezar a disparar contra los soldados justo cuando podrían estar a punto de pasarse a nuestro lado”.

“Si vamos a montar una ofensiva, tenemos que hacerlo mientras todavía tengamos algunos recursos”, dijo Cress. Joseph lo fulminó con la mirada.

“Nunca tendremos suficientes recursos para derrotarlos con armas”, respondió Lily en voz baja.

“Dije que quería escuchar a aquellos que aún no han hablado”, dijo Joseph.

El silencio reinó en la habitación. Sachiko miró a Joseph. “Hablé antes, pero en realidad no había terminado”, dijo.

“Adelante”.

“Creo que Madrone tiene razón. Hemos invertido mucho en esta estrategia y ya se han perdido muchas vidas. Sólo tiene sentido darle un poco más de tiempo para que funcione, ahora que tenemos alguna esperanza real que ofrecer a los soldados. Me gustaría hacer una propuesta. Pero, Cress, escucho tus preocupaciones. No podemos impedir para siempre que las personas tomen las medidas que desean tomar”.

“No son preocupaciones”, dijo Cress. “No son amenazas. Simplemente voy a exponer aquí, de una vez por todas, lo que el Consejo del Agua y nuestros aliados pretenden hacer. A menos que se produzca algún cambio radical en la situación en los próximos días, pretendemos actuar de forma autónoma. No bloquearemos su propuesta, pero tampoco nos obligaremos a cumplirla”.

“Entonces harás el trabajo de nuestros enemigos por ellos”, dijo Lily.

“¡Orden!” Joseph dijo de nuevo. Pero el orden había fracasado.

En la oscuridad, Bird sintió un atisbo de movimiento. Por reflejo, abrió los ojos. Pensó que ahora estaba despierto y que había estado dormido antes, pero no estaba seguro. No importó. Los malos sueños lo perseguían mientras dormía, los fantasmas plagaban su vigilia.

La oscuridad a su alrededor vibraba y zumbaba, viva con un sonido que era curioso pero no extraño. Lo había oído antes; le recordó algo: la luz del sol y las flores, que había olvidado que existían. Luego reconoció el sonido como el zumbido de una abeja.

“¿Qué?” Dijo Bird, y saltó ante el sonido de su propia voz. ¿Había hablado en voz alta, por primera vez en cuánto

tiempo? “¿Qué?” dijo de nuevo, sólo para probar si realmente existía, si sus labios emitían sonidos que sus oídos pudieran escuchar. No estaba seguro, pero pensó que sí.

Estaba demasiado oscuro incluso para que sus ojos acostumbrados desde hacía mucho tiempo pudieran ver mucho, pero en su mente se imaginó una abeja, peluda y dorada. Algo aterrizó en su frente; cerró los ojos mientras caminaba delicadamente sobre su rostro. Su tacto era tan suave, tan gentil, como el toque de pluma de la mano de un amante, como los dedos de Madrone recorriendo sus pómulos y párpados, como el perdón. Casi lloró: hacía mucho tiempo que no lo tocaban de esa manera, y parecía milagroso que la propia Diosa se acercara a él para recordarle la vida. La oscuridad se desarrolló y floreció, una rosa negra, un lirio nocturno. Se sentía cálido, como si alguien le estuviera tomando las manos.

La abeja se quedó con él, y cuando se fue vino otra. Aún no tenía noción del tiempo, pero empezó a confiar en las abejas, en que sus idas y venidas medían intervalos. Parecían hacer turnos, tal vez ninguna de ellas podía soportar el hedor y la oscuridad por mucho tiempo, pero nunca más lo dejaron solo. Estaba agradecido. Su zumbido ahuyentó a los fantasmas de su cabeza; sus patitas sobre su piel le recordaron que el cuerpo podía sentir no sólo dolor sino también placer. No tenía nada que ofrecerles a cambio; la sopa fina y viscosa que aparecía periódicamente no era algo que las nutriera. Pero él les habló, las elogió y les cantó

cancioncitas que parecían gustarles, aunque no podía decir cómo lo sabía. Lo más probable es que simplemente estuviera loco, hablando con insectos, pero ya no le importaba. Su voz era ronca al principio, pero a medida que la usaba el tono mejoró. Les cantó todas las canciones que conocía y, cuando terminó, compuso otras nuevas, canciones que encajaban con los mundos infernales, canciones de los muertos inquietos, sus pérdidas, sus traiciones, sus derrotas. A las abejas no les importó. Escuchen espíritus, estoy cantando para ustedes, como ustedes quisieron. ¿Sois felices ahora? Nadie escuchará jamás estas canciones, pero yo las estoy cantando.

Los guardias vinieron a buscarlo sin previo aviso. La apertura de la puerta, el sonido de sus pesadas botas y sus manos agarrándolo y poniéndolo de pie enviaron tal oleada de terror físico a través del cuerpo de Bird que casi vomitó. Las abejas lo abandonaron y él sintió celos. Él también quería volar. Tenía las manos esposadas a la espalda y lo condujeron con piernas inestables por un largo pasillo hacia una nueva prueba. Pequeños cabrones alados, pensó. Ya había superado el miedo, me hicisteis volver a la vida y ¿dónde estáis ahora?

En la habitación a la que lo llevaron, Rosa esperaba, atada y tiritando.

“Esta noche te damos una opción”, dijo el guardia. “Podemos trabajar con ella mientras tú miras, o dejar que

ella mire mientras trabajamos contigo. ¿Quién será, tú o ella?

Apenas le quedaba voluntad para abrir los labios y pronunciar una palabra: “Yo”.

Se prometió a sí mismo que no gritaría delante de ella, pero gritó, se arrastró y se cagó en los pantalones. Iban a trabajar con él hasta que él les rogase que trabajaran con ella. ¿Cuánto tiempo tomaría? ¿Y importaría de todos modos? Si resistía esta vez, ¿cedería la siguiente? Ya estaba empezando a odiarla, a odiar sus gritos que le dolían los oídos, a quererla silenciosa, muerta, acabada, a querer verla sufrir como él sufría.

Entonces entró el propio general.

“¿Está listo?”

“No del todo, señor. Está aguantando más de lo que esperábamos”.

“Se nos acabó el tiempo. Dadle una oportunidad, no demasiada. No quiero que parezca drogado. Luego limpiadlo. Le tengo utilidad.

Durante todo el día la gente se había concentrado en la Plaza Central. Algunos se habían reunido temprano en la

mañana; otros llegaron en contingentes que se formaron espontáneamente en los barrios periféricos y se abrieron paso cantando y bailando por las calles, recogiendo a otros en el camino. Ahora parecía que toda la ciudad se había agrupado en este único lugar. La multitud seguía moviéndose, zigzagueando y dando vueltas, inquieta como un brebaje a punto de hervir.

El sistema de sonido instalado después del Levantamiento todavía funcionaba perfectamente, alimentado por células solares situadas en lo alto de las copas de los árboles. Cuando un orador se paraba en la plataforma elevada en el centro de la plaza, su voz se llevaba fácilmente hasta los límites exteriores, clara y audible. Ahora fueron los soldados los que aprovecharon la situación, reuniéndose en la plataforma del centro, advirtiéndole a la gente que se dispersara y volviera a casa. La multitud respondió con cánticos, tambores y aullidos como gritos de fantasmas en el viento.

Una falange de soldados se acercó desde la calle frente a la antigua biblioteca, golpeando y abriéndose paso entre la multitud. Hubo un momento de confusión cuando llegaron a la plataforma, luego despejaron un espacio.

Madrone levantó la vista. Isis y Nita estaban a cada lado de ella, y River estaba detrás de ella. Todavía estaba sano y los tres días que le habían pedido a Sam que esperase habían pasado. Había insistido en acompañarlos a la Plaza. “Tal vez

sea una oportunidad para hablar con el ejército”, dijo, y Madrone asintió y aceptó su razonamiento. Si pudieran llegar a la plataforma central, podría hablarle a toda la multitud a la vez.

Desde donde estaban podían ver al General, rodeado por los rostros blancos de su Guardia Privada. Estaba de pie en el lado este de la plataforma. Un escuadrón de soldados de color marrón cobrizo que llevaban un bulto blanco subió las escaleras y se paró en el lado oeste. Dejaron su carga junto al asta de la bandera donde la cruz estrellada de las Tierras del Sur ondeaba sobre sus cabezas.

“¿Qué están haciendo?” –Preguntó Nita. Más baja que Madrone, podía ver poco más que las espaldas de las personas que tenía delante.

“Están atando algo al asta de la bandera. O alguien”, les dijo River.

Los soldados retrocedieron, revelando a Maya, pálida y frágil con su andrajoso vestido blanco, atada al poste y con una mordaza en la boca.

“Oh, Diosa”, murmuró Nita. Madrone le tomó la mano.

Isis les dio un codazo. “Subamos allí, más cerca de ella. Quizás podamos hacer algo”.

Comenzaron a abrirse paso entre la multitud, pero se detuvieron cuando un nuevo grupo de soldados se abrió paso entre la gente y subió a la plataforma en el centro. Eran de color melaza oscura, con el pelo africano rizado, como River.

“¿Coordinan el color de todos los escuadrones?”
–Preguntó Nita.

“Evitan que las razas se mezclen”, dijo Isis. “Además, luce bien en el desfile”.

“Esa es mi unidad”, dijo River. “Tengo que hablar con ellos”. Se sumergió entre la multitud tras los soldados. Madrone se dispuso a seguirlo pero Isis la detuvo.

“Déjalo ir. Él puede cuidarse solo”.

La unidad de River se dispuso en dos líneas en los lados norte y sur de la plataforma. Una figura solitaria quedó parada en el centro. Era Pájaro. Madrone lo reconoció, aunque con su uniforme aparecía como un soldado moreno y anónimo más. Emitía un brillo rojo de dolor, rodeado por una película opaca y gasa que parecía envolverlo en una burbuja de aire separada. Aun así, parecía estar de pie y caminando.

El general Alexander dio un paso adelante. Su voz resonó entre la multitud.

“No os llamé aquí”, dijo. “Sin embargo, es oportuno que hayas venido. La Cuarta Fuerza Expedicionaria de la Mayordomía ha reclamado esta tierra en nombre de las Cuatro Purezas. Estamos encargados de limpiar esta tierra de toda forma de brujería y adoración de demonios. Ante vosotros se encuentra la principal bruja y demonio. Habéis venido a presenciar su ejecución”. Hizo un gesto hacia el oeste, donde Maya estaba atada.

Debería tener miedo, pensó Maya. Debería sentir algo. Pero nada le parecía del todo real. Ya estaba a mitad de camino, ¿por qué molestarse en apresurar lo inevitable?

Novia, siempre supe que terminarías mal, pero ¿te dispararán en la plaza pública en realidad?

Cállate, Johanna, o haz algo.

¿Que hay para hacer? Esto ha ido más allá de tu acción o de la mía. Todo lo que podemos hacer es esperar.

Bird estaba de pie en el centro de la plaza, sin estar seguro de cómo había llegado allí, sin tener claro qué estaba sucediendo a su alrededor. Todo parecía borroso, sus ojos no se enfocaban y la parte posterior de su garganta estaba seca y le dolía. Era como una resaca, una resaca de dolor, pero había algo que le impedía sentirla, ser capaz de enfocar sus ojos.

Uno de los guardias privados del general se acercó a él. Un rostro pálido apareció ante su rostro y habló. “Un movimiento en falso tuyo, rastreador de baba, y dispararemos contra la multitud”.

Sintió algo frío en sus manos. Parecían muy lejanas, como manos de otra persona. Miró hacia abajo. Los soldados le habían entregado un rifle láser.

“Uno de ustedes ha abandonado los caminos del mal y se unió a nosotros para recibir las bendiciones de Nuestro Señor”, prosiguió el General. “Cadete Cincocuatro Trestrescuatro, una vez conocido como Bird, hoy te honramos al elegirte como verdugo”.

Le llevó mucho tiempo comprenderlo. Allí, al otro lado del camino, estaba Maya. Ella lo miró con sus viejos ojos firmes. Se había encogido y envejecido durante estas semanas, había perdido esa cualidad atemporal y ahora simplemente parecía vieja, frágil, lista para morir.

Querían que él la matara.

Aquí estaba, pues, el final del camino. Lo habían guiado paso a paso, y ahora aquí estaba lo impensable que querían de él. Si se negaba, ¿qué harían? ¿Matarla ellos mismos, lentamente, con tortura, mientras él miraba? ¿O trabajar con él hasta que se rompiera de nuevo y les suplicara que le permitieran matarla? Oh, Diosa, él le había hecho esto, les

había hablado de ella, les había dicho su nombre. Su propia debilidad ya la había asesinado.

Si tan solo pudiera establecer contacto, hacerla comprender y perdonar. Miró a través del aire vacío entre ellos. Maya parecía tranquila, pero estaba sudando y respirando entrecortadamente. Si cerraba los ojos, seguía cayendo, ingrávido, incapaz de tocar el suelo. Le temblaron las manos. Pero él era el que tenía el arma. Podría, si así lo deseaba, girar y apuntar al general, pero antes de que pudiera girar y disparar, otras armas dispararían. ¿A cuántos de la multitud matarían en represalia? Y si lo mataban, ¿quién se interpondría entre Rosa y Maya y su destino?

Me han quemado antes, parecían decir los ojos de Maya, no es nueva para mí esta muerte. ¿A qué le temes?

La muerte no, *abuelita*, para mí no. La muerte es un acto de gracia, intentó decirle. Si pudiera administrármela yo mismo, lo haría. Pero no me atrevo, no con estas armas detrás de mí, listas para girar y disparar contra personas que no quieren morir todavía.

Pero la muerte es un regalo que puedo ofrecerte. Puedo liberarte. Puedo restaurar tus amores perdidos. Puedo ponerte a salvo.

Piensa, Bird. Escuchó la voz de Rio. Piénsalo detenidamente. Pero no podía pensar. Le pesaba demasiado

la cabeza; apenas podía sostenerla. Sus ojos se negaron a ver con claridad.

Maya se quedó mirando tranquilamente su propia muerte en el rostro de Bird. Tenía miedo, no por su propia vida, a la que se había aferrado durante demasiado tiempo, sino por él, por lo que ese acto le haría. Nunca estaría libre de ello. No había nada que ella pudiera hacer para ayudarlo. Ella ni siquiera podía hablar. ¿Qué diría ella? Bird, tu defecto es que eres simplemente mortal, susceptible a la presión y al miedo y capaz de cometer grandes errores. Te he fallado, Bird. Como buena feminista que fui, siempre dije que sí, que los hombres deben sentir, deben llorar, no deben tener miedo de mostrar su vulnerabilidad. Pero en el fondo de mi corazón lo que realmente quería de ti era el coraje impermeable del guerrero. Quería que fueras invencible, más grande que la vida. No te crié para que aceptaras menos de ti mismo.

Madrone se quedó quieta, apenas respirando. Si pudiera mirar a Bird a los ojos o tocarlo o hablar con él, incluso hacerle una señal, pero él estaba aislado, sus ojos se centraban sólo en Maya, quien de una forma u otra ahora iba a morir. Quería gritar, arrojar su propio cuerpo entre ellos, rogarle que no hiciera eso. Porque si lo haces, Bird, nos destruirás a todos. Nunca más podremos creer en nuestro poder de resistencia.

Al otro lado de la plaza, vislumbró a Cress, que estaba rodeado por un grupo de sus partidarios. *Diosa*, ¿qué iban a

hacer? Si Bird dispara, confirmará sus peores acusaciones. Romperán nuestra unidad, destrozarán el Consejo y se rebelarán, disparando a los soldados desde los tejados y emboscando a las tropas en la calle. Y los soldados no vendrán a nosotros, los que hubieran querido sentarse a nuestra mesa. Ellos responderán y perderemos.

¿Pero si se negaba? ¿Estaba a punto de verlo morir ahora, justo frente a ella, sin tener la oportunidad de saludarlo una vez más? Oh, Bird, Bird, te amo y no puedo ayudarte, ni siquiera sé qué esperar. Todo lo que podía hacer era alcanzarlo, alcanzarlo y alcanzarlo con su amor no atrapado.

Bird sintió un soplo de viento acariciando su mejilla como el roce de una mano, como un espíritu, como el recuerdo de la lluvia. Sintió una presencia, no una voz, no un fantasma, sólo la sensación de que alguien estaba allí junto a él.

Quienquiera que seas, vete, susurró. Nadie puede estar conmigo aquí. He caminado hasta aquí por mis propios pies. No encontraré ningún camino de regreso. Son demasiado fuertes para nosotros y ya no puedo pensar. Me duele el cerebro y me zumban los oídos.

Madrone esperó. Bird no la vio, no se giró para mirarla, y tal vez eso fuera mejor, pero no pudo evitar creer que, si él la miraba, podría salvarlo. Quizás eso fue una ilusión, como tantas otras. Con todo su poder y todas sus habilidades, sólo podía mirar y no protegerse del dolor, ya que ya no se

escondía de sus propios recuerdos. Mientras observaba, respiró larga y profundamente y comenzó a abrirse.

Capa tras capa, quitando todo lo que había construido para decirle quién era y separar lo que no era, se abrió. Sintió que estaba sosteniendo la mano de Maya, no una mano vieja sino una mano de piel suave con uñas mordidas de diecisiete años, y en su otra mano, los dedos de Johanna la presionaron, la tocaron, y luego todo se agolpó. El dolor con el odio, la fealdad, el vacío y el miedo, se lo tragaron todo hasta que le dolió el vientre, y gimió, se hinchó y lloró de rabia, pero siguió, siguió y siguió, moviéndose a través de los espíritus de la multitud. Todo estaba aquí, miles de años de azotes, estacas y bombas. ¿Podría tomar eso en sí misma para curarlo como había tomado otros tipos de enfermedades? ¿Podría curar no sólo el dolor de la herida sino también el placer de sufrir y el dolor peor y más profundo detrás de eso?

Los fantasmas de los muertos pululaban, revoloteaban sobre esta plaza como abejas, hordas de ellos, millones de ellos, legiones de víctimas, legiones de victimarios. Estaba estirada como un cable vivo entre dos manos fantasmales, claras y oscuras, y no podía soportar más, no podía curar esto ni con su amor ni con su rabia, no podía transformar la magnitud de esta historia. Estarían perdidos, perdidos para siempre, ella, Bird y todos ellos. Ella lo miró fijamente; estaba tan lejos y tan cerca de ella, él que había tenido el poder de hacerla feliz con sólo un toque, un encuentro de

ojos. Sin embargo, eso no estaba en él sino en su propia apertura, en su conexión juntos. ¿Nacimos para que pudiéramos hacer esto el uno por el otro y el uno al otro, tanta belleza, tanto dolor? Siempre había una opción: herir o sanar, pero ya no sabía qué era la curación o qué significaba estar completo si la totalidad incluía todo eso. Sintió la lluvia golpear su rostro y el viento sobre su carne desnuda, y escuchó una canción que no llegaba tanto a sus oídos sino directamente a través de su piel, como una corriente. Como si, de hecho, se hubiera convertido en un instrumento en una mano más grande, una cuchara para revolver el caldero, un cuchillo para cortar el tejido de este mundo y revelar mundo tras mundo de posibilidades y formas. Cerró los ojos y empezó a sudar miel.

Bird sintió un movimiento a su alrededor. Oyó vagamente la voz del general, gritando una orden. “Tienes diez segundos, muchacho. Diez ...”

No podía pensar y, de todos modos, su cuerpo parecía tener voluntad propia. Sus brazos respondieron a las órdenes; su lento cerebro había perdido su influencia.

“Nueve ...”

Levantó el rifle. Era pesado en sus brazos, pesado como un niño dormido. Miró hacia abajo.

“Ocho ...”

Todo nadaba y se balanceaba. Se sintió mareado.

“Siete ...”

Estable. Mantenga el rifle firme. El rostro de Maya estaba delineado en un círculo, marcado por la cruz, la cruz en el círculo, el mandala, las cuatro direcciones sagradas, las Cuatro Cosas Sagradas.

“Seis ...”

Aire, no puedo respirar, estoy cayendo más allá de los límites de lo que puedo resistir.

“Cinco ...”

Fuego, esto arde; *abuela*, mi alma se ha quemado, perdóname, perdóname.

“Cuatro...”

Agua, las lluvias nunca más volverán.

“Tres ...”

Tierra, esto es duro, duro como el rock, duro como tocar acordes rotos para Madrone para que tuviera una canción que llevarse consigo cuando se fuera. Estoy dando vueltas y dando vueltas y no hay tierra debajo de mí.

“Dos ...”

Empezó a escuchar esa canción en su mente; lo llenó con una sensación de su presencia y el recuerdo de amarla, un recuerdo que dolía terriblemente porque ya no era quien había sido, y ni siquiera ella podía curarlo de esto.

“Uno ...”

Abuelita, este es un regalo que te hago. ¿No es así? Si tan solo mi cabeza se aclarara.

“¡Listo!”

Pero él no estaba preparado, nunca lo estaría.

“Apuntar...”

Mi objetivo es evitar que sufras lo que yo he sufrido.

Una abeja dio vueltas, se posó en su frente y le picó entre los ojos.

“¡Fuego!”

Bird dejó escapar un pequeño grito. Un dolor dorado, un dolor agradable, lo atravesó como un rayo de sol atravesando la niebla. Una miríada de abejas volaban y bailaban ante sus ojos, pero cada una era clara y perfecta. Las abejas recorrían sus muñecas asesinas con pies de hilo y él quería acariciarlas. Lo habían alcanzado; no lo habían abandonado. No porque mereciera compasión, sino porque

por su propia naturaleza eran emisarias de un poder que siempre y en todas partes se ofrecía sin pedir nada a cambio, una fuerza que ponía en movimiento a las abejas, coloreaba las flores y las hacía dulces. Ése fue el verdadero regalo, la verdadera gracia: no la muerte, sino el amor, la quinta cosa sagrada.

“¡Fuego!” repitió el general, más fuerte.

El veneno de abeja corría por sus venas, disolviendo las drogas, disolviendo la neblina del dolor. De repente todo quedó muy claro. Cada rostro de la multitud parecía tener un contorno firme dibujado a su alrededor. Los ojos de Maya brillaron, grandes como lunas. Él no apagaría su luz. No, lo que le pasó a Maya, a Rosa, no estaba bajo su control, nunca lo había estado. No pudo salvarlas. No podía redimir las decisiones que había tomado antes, no podía garantizar que tendría la fuerza para resistir nuevamente. Pero nada de eso importó. Lo único que importaba era reunir el coraje para ese momento, salirse del camino.

Lentamente, como si estuviera acostando a un niño a dormir, Bird bajó el rifle y lo colocó sobre la plataforma.

“No mataré por ti”, le dijo al general.

“Entonces morirás”.

“Es una opción mejor”, dijo Bird. “Hay más esperanza en ello”. Levantó las manos por encima de la cabeza y esperó el

ruido y la explosión de dolor. Pero él no tenía miedo. Podía sentir el suelo debajo de él nuevamente.

La canción que había compuesto para Madrone resonaba en sus oídos. Había pensado que había perdido la música que había en él, pero ahora movió sus labios, abrió su boca y salió de ella con graznidos y jadeos. Intentó cantar para la gente como había cantado para las abejas, al principio con voz ronca, pero poco a poco su voz se fue fortaleciendo y el sonido se elevó y creció por encima de la multitud. Sus brazos alzados se convirtieron en un gesto no de rendición sino de invocación, porque nunca había amado su vida más que en este momento, amaba su propio aliento y el movimiento de la sangre en sus venas y el toque del aire en su piel y su propia voz reverberando.

Eso era todo lo que tenía que hacer: cantarle a su abuela, a su amante, a sus enemigos y a sus verdugos. Había encontrado un terreno en el que mantenerse y, sí, había un lugar en el fondo, un lugar donde quién era y lo que no podía hacer era más fuerte que el miedo e incluso más fuerte que la esperanza. Ahora comprendió que nunca podría perder la música. Creció en él a medida que el silencio crecía a su alrededor. Le habían quebrado las manos, pero no le habían quebrado la voz, le habían quebrado la voluntad pero no le habían quebrado los oídos, y si le quitasen los oídos, nunca podrían quitarle el oído interior, la voz interior. E incluso cuando su voz fuera silenciada, alguna voz seguiría

cantando. Porque ahora se daba cuenta de que se había equivocado al pensar que la música no estaba en él.

Él estaba en la música y siempre encontraría un instrumento.

“¡Unidad Cinco, fuego!” ordenó el general. “Matadlo”.

Los fantasmas daban vueltas y vueltas como gaviotas.

Ahora, pensó Bird. Ahora moriré y me uniré a ti.

Miró a los hombres que le apuntaban con sus armas. Era su propia unidad, y de alguna manera le parecía reconfortante morir a manos de amigos, no de extraños. Porque eran sus amigos. Se había convertido en ellos, se había convertido en uno de ellos, ya que ahora compartían una parte de él. Él sonrió y cantó más fuerte.

Pero él no murió. Uno a uno, los soldados bajaron sus armas.

“¡Fuego!” ordenó nuevamente el General. Permanecieron de pie, silenciosos, impasibles, desobedientes.

Bird casi quiso gritarles ¡Adelante! Terminad de una vez, hacedlo, no puedo mantener más esta tensión.

Dejó de cantar. Un silencio total y absoluto se apoderó de la plaza. Sólo podía oír las alas de un fantasma en el aire y un tamborileo, como el de un corazón, latiendo.

“Él está en nuestra unidad, hombre”, dijo Threetwo. “Nosotros no matamos a los nuestros”.

“¡Fuego!” El general rugió por tercera vez. “¡Fuego, reptadores de baba, o haré que les disparen a cada uno de ustedes sin alma!”

River saltó a la plataforma. “Unidad Cinco”, gritó, y todos en la Plaza pudieron oírlo. “¡Estamos en el ejército equivocado! ¡Sígueme y lucha por nosotros mismos! Las Brujas pueden arreglarnos para que no necesitemos los refuerzos. Ellos son nuestra verdadera gente. Apóyelos: no tenemos nada que temer. ¡Vamos!”

“¡Dispara a matar!” ordenó el General a su Guardia Privada.

River derribó a Bird y agarró su rifle desechado mientras se escuchaban disparos. Los soldados de la Unidad Cinco respondieron al fuego, saltando de la plataforma hacia la multitud aterrorizada. Los láseres brillaron, se escucharon disparos y la gente comenzó a gritar y a tratar desesperadamente de abrirse paso entre la multitud de cuerpos. El escuadrón alrededor de Maya se disolvió para unirse a los soldados dispersos de la unidad de River.

“¡Al suelo!” –gritó Madrone, empujando a Nita hacia abajo, porque estaban atrapados entre la Unidad Cinco y los Guardias del General. Los disparos volaban a su alrededor. En la plataforma, Maya todavía estaba atada al poste, expuesta, con láseres brillando ante sus ojos tranquilos.

“*Madrina*”, gritó Madrone, pero sus palabras se perdieron en el caos. Un láser salvaje golpeó algo eléctrico debajo de la plataforma y comenzó a elevarse humo negro.

“Vamos”, la llamó Isis y comenzó a arrastrarse hacia el lado oeste de la plataforma. Madrone la siguió, retorciéndose boca abajo entre el caos de disparos, humo y estampidas de pies. Nita estaba perdida detrás de ellas.

Bird yacía en la plataforma en estado de shock, tratando de decidir si estaba vivo o muerto. La guerra había estallado a su alrededor. El ejército del general luchaba contra sí mismo. Sabía que debía moverse, pero su cuerpo no parecía obedecer a su mente. Nubes de humo se elevaban a su alrededor, llenas de fantasmas. Cleis, Zorah y Tom pasaron; su hermano Marley tocaba un tambor que hacía que las nubes se acumularan y gotas de lluvia cayeran del cielo; Rio se paró al lado de él; había guerreros, ancestros y bandadas de pájaros extintos. Cada niño maltratado, cada esclavo magullado, cada campesino hambriento, cada mujer violada y asesinada, cada soldado que había muerto por el bien de otros, legiones y legiones de muertos venían marchando, aullando, gritando, azotando con sus dedos el viento frío

sobre la nuca y su cuello; alborotando su cabello hasta dejarlo erizado. Abrió la boca y trató de cantarles, pero el humo acre lo ahogó. Aun así, pensó que los muertos siguieran el coro, gimiendo, silbando y chillando hasta que tuvo que moverse, arrastrándose a lo largo de la plataforma mientras el lugar donde había estado acostado estallaba en llamas.

Aire. Podía respirar de nuevo. El viento apartó el humo y vislumbró a Maya, todavía atada al poste. Tenía que alcanzarla. Inclinado, agachado, corrió.

Isis y Madrone llegaron al borde de la plataforma cerca de Maya justo a tiempo para ver a Bird lanzarse a sus pies mientras una hoja de fuego láser pasaba por encima de su cabeza. El vestido de Maya estaba chamuscado, pero parecía ilesa.

“¿Estás bien?” –Bird tuvo que gritar para ser escuchado. Ella asintió. Buscó a tientas las cuerdas que la sujetaban, pero los nudos estaban tan apretados que se preguntó cómo podría soltarla. De repente sintió que alguien tiraba de su pierna y se acercaba desde el costado de la plataforma para colocarle una navaja en la mano. Abrió la hoja y cortó las cuerdas que unían a Maya al poste.

Liberada, ella se desplomó hacia delante, pero él la sujetó y la ayudó a bajar.

“Dámela aquí”, gritó una voz desde abajo. La entregó al fuerte par de brazos que la alcanzaron. Isis levantó a Maya, se la echó al hombro y echó a correr. En medio de las balas y los rayos de fuego láser, medio saltó y medio cayó, de la plataforma al suelo. Unos brazos familiares lo rodearon; los recordó de alguna parte cuando reconoció el cuerpo que se apretaba cerca del suyo. Parpadeó para aclarar su visión y vio a Madrone.

“¡Estas viva!” –dijo él.

“¡Tú también!” Durante un largo momento se abrazaron, mientras el fuego envolvía la plataforma y la multitud huía. Envuelto en sus brazos, se sintió completo otra vez, redimido, perdonado. Sosteniendo su cuerpo milagrosamente aún vivo, finalmente estaba en casa.

Él se echó hacia atrás, aunque todavía apretaba sus manos.

“Rosa”, dijo.

“¿Estás bien? ¿Puedes caminar?”

“Rosa, ahora que el poder está aquí”.

Ella asintió y se abrieron paso entre la multitud cada vez más escasa, llamando a la gente mientras corrían.

“¡Los prisioneros! ¡Tenemos que liberar a los prisioneros!

La multitud los siguió mientras corrían por el lado norte de la Plaza, por la calle que daba a la Antigua Biblioteca. Su número de seguidores aumentó a medida que avanzaban manzana abajo, elevándose como una marea que rompía contra las puertas de cristal del antiguo edificio federal, donde cinco soldados armados hacían guardia.

“¿Quién va primero?” Preguntó Madrone, mirando con recelo a los soldados.

“Los muertos”, dijo Bird, y volvió a cantar. Espectros grises surgieron de la multitud y se abalanzaron sobre los soldados que esperaban. Madrone cerró los ojos y envió una llamada. En unos momentos, fueron rodeados por una nube de abejas, revoloteando y zumbando y atacando a los soldados, volando hacia sus ojos. Los soldados soltaron sus armas y huyeron.

Encontraron a Rosa encerrada en una habitación del sótano. Tenía los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás en un ángulo extraño y, por un momento terrible, Madrone estuvo segura de que estaba muerta.

Otro más, pensó Madrone. Mamá, he intentado con todas mis fuerzas detener todo esto y he fracasado y fallado.

Bird se acercó a ella y la tomó en brazos. Tenía la piel fría, pero se movió cuando él la tocó y se estremeció.

“Está viva”, susurró. “Gracias a la Diosa”.

Ella abrió los ojos, lo miró y luego se alejó.

“Está bien, *querida*”. Ya estoy bien”, murmuró. No quería pensar en cómo la había visto por última vez y en lo que podría estar recordando. “Estás a salvo ahora. Mira, Madrone está aquí”.

“¿Madroño?”

Bird transfirió a Rosa a los brazos de Madrone. Abrazó a la niña con fuerza, cantándole y acariciando su cabello enredado. “Está bien bebé. Todo va a estar bien. *Diosa*, me alegro muchísimo de encontrarte con vida”.

Bird se recostó contra la pared de estuco gris. Su energía se estaba escapando, las lágrimas corrían por su rostro, los fantasmas lo estaban abandonando ahora. Estaba oscuro allí y sus ojos estaban tranquilos, todo su cuerpo se sentía extrañamente cómodo, como un animal regresado a una jaula familiar. En un momento iba a vomitar en el suelo.

“Salgamos de aquí”, dijo.

Llevaron a Rosa al aire libre y se sentaron a su lado, vigilando las escaleras. La multitud se había marchado, se dirigían al hospital, dijo alguien, y los soldados luchaban entre sí. River había liderado un escuadrón para tomar la armería. Muchos huían por la carretera hacia el sur o

entregaban sus armas y pedían asilo. La Plaza y las calles aledañas quedaron sembradas de muertos. Grupos de voluntarios registraban el edificio, derribando puertas para liberar a los prisioneros que encontraban dentro.

Los escalones eran fríos, de cemento y sólidos bajo Bird. El sol era cálido y la mano de Madrone que se aferraba a la suya también era cálida. Rosa se acurrucó en el hombro de Madrone, incapaz de hablar. La gente pasaba junto a ellos ondeando pancartas y cantando canciones de victoria.

“Supongo que estamos ganando”, dijo Madrone. “Casi no puedo creerlo. Deberíamos sentirnos felices”.

“En un momento lo haré”, dijo Bird. “Tiene que recorrer un largo camino para alcanzarme”.

Por dentro sentía frío como el vacío del espacio. La luz le lastimó mucho los ojos. Quería abrazar a Madrone, pero ni siquiera podía volverse hacia ella.

“Le estaba dando lecciones de piano”, dijo Bird. “¿Te acuerdas, Rosa? Quizás ahora aprendas a tocar esa pieza de Mozart”.

Luego se puso a llorar y Madrone le pasó un brazo por los hombros.

“Sanarás”, dijo. “Ambos se curarán. Todos lo haremos”.

Él la miró y se secó los ojos con el dorso de la manga. “Probablemente tendré que irme a vivir con el Pueblo Jabalí. ¿Toda la ciudad piensa que soy un traidor?”

“Después de hoy, pensarán que eres un héroe”.

“No. No quiero ser un héroe”.

“¿Qué quieres ser, *querido*? Esta es la victoria; puedes ser lo que quieras”.

“Un profesor de piano”, dijo, y se rió. De repente la felicidad lo golpeó. Estaba vivo, y Rosa había sobrevivido, y Madrone también, y ante ellos un niño izó una pancarta en el asta de la bandera, la doble espiral en el círculo en cuartos sobre un fondo de arcoíris. “Incluso si soy muy malo”.

Madrone se rió. Rosa levantó la vista y sonrió.

“¿Cómo voy a llevarlos a casa?” –Preguntó Madrone. “La Diosa sabe si hay algún transporte en marcha. No creo que pueda llevar a Rosa tan lejos, y Bird, tienes un aspecto terrible.”

“He estado allí”.

“Pero ya estamos fuera, ¿no?” Dijo Rosa.

“Sí”, dijo Madrone. “Fuera del infierno, libres y seguros como cualquiera puede estarlo en este mundo. Esto es real. Hemos regresado a *El Mundo Bueno*”.

“Abrazame y trataré de recordar eso”, dijo Bird.

Ella lo rodeó con sus brazos y abrazó a Rosa entre ellos. Él era cálido y vivo, al igual que ella, contra todo pronóstico, y habían regresado el uno al otro desde lugares terribles. El dolor y la alegría los envolvieron. A Bird todavía le dolían los ojos, pero cuando los cerró de repente sus oídos se llenaron de música. Sabía que con el tiempo la cantaría y le costaría tocarla y escribirla. Bien o mal, no importaba, sólo que cantaría lo que había en él. Canciones para los vivos, canciones para los muertos. Empezó a tararear. Madrone sintió la música a través de su piel, zumbando como las abejas, sonando como la voz de la que ella también era instrumento. Una canción de victoria. Hoy, recordó de repente, era el primero de agosto, o la Tercera Luna Brumosa, el Día de la Segadora, el vigésimo primer aniversario del Levantamiento. Pronto podrían subir a la colina, hacer las ofrendas y decirle a la Segadora: “Mira, Diosa, esto es lo que hemos hecho de nuestra ciudad. Así la hemos preservado, defendido y salvado nuestras propias vidas”. Los arroyos pronto volverían a fluir. Y este invierno llegarán las lluvias.

Capítulo XXXVII

Encendieron hogueras en las cimas de todos los cerros de la ciudad. Durante toda la noche, los tambores tocaron ritmos y la gente lloró y bailó. El ejército se había ido. Algunos habían huido por la antigua carretera, otros habían muerto en el fuego cruzado de los levantamientos, muchos simplemente habían depuesto sus armas y pedido que los acogieran. Las calles estaban abarrotadas de gente, los arroyos volvían a fluir y las luces se movían en la bahía mientras los barcos volvieron a casa.

El general yacía en una habitación de hospital y Maya estaba sentada a su lado, todavía vestida de blanco. Le habían dado un poco de caldo claro y una tostada; ahora se sentía más viva, casi sustancial, a pesar de que Sam le había gritado y le había dicho que se quedara en casa. Pero no

estaba cansada, sólo un poco mareada por el largo ayuno. Cuando se enteraron de que habían recogido a Alexander herido en la Plaza Central, con una quemadura láser atravesándole el pecho y el pulmón, supo que tenía que ir a verlo con sus propios ojos.

“Así que tú te estás muriendo y yo no”, le dijo Maya. Los ojos del general estaban cerrados; él no respondió. “Que irónico. Tus propios hombres te disparan y a mí me lleva un magnífico pirata amazónico. Nada mal para una mujer de mi edad”.

El general gimió.

“Estás sufriendo. Quizás deberías haber dejado que Madrone trabajara contigo. Ella hace milagros de vez en cuando”.

Le habían ofrecido curación, pero cuando Madrone llegó, con las manos extendidas hacia él, él sacudió la cabeza y susurró con dificultad: “¡Nada de brujería!”.

“Te estoy ofreciendo algo de curación”, había dicho Madrone. “Simple y puramente, sin ideología alguna”. Pero él volvió a negar con la cabeza, ella se encogió de hombros y se fue, no de mala gana. Porque ella también estaba cansada. Había logrado encontrar una carreta para llevar a Bird y a Rosa a casa, pero eso fue hacía horas y horas, y desde entonces no se había sentado ni se había detenido a comer.

Había muchísimos heridos que atender y demasiados muertos. Y éste era el hombre responsable, el hombre que había torturado a Bird y Rosa y asesinado a Marie y a muchos más.

Pero de todos modos lo habría curado, o lo habría intentado, pensó, y por eso hay aquí una pérdida, una pérdida de la posibilidad de alguna apertura. Tal vez lo he tenido al revés todo el tiempo. Pensé que sanar era derramar energía, pero no es así. Es abrirse, refinando cada receptor a cualquier posibilidad de esperanza, consuelo y cambio, absorbiendo y absorbiendo hasta desbordarse. Se sentía rica, incluso en su agotamiento. Ahora volvería a casa con Bird, que se habría quitado el uniforme, se habría bañado y se habría puesto su propia ropa, y se tocarían, su tacto le cantarían y ella, a su manera, le cantarían a él.

“No me importa morir”, susurró el general, en voz tan baja que Maya tuvo que acercarse a su boca para oírlo. “Mejor que vivir en la derrota”.

“Esa feliz filosofía, a lo largo de la historia, ha matado a más hombres que la gonorrea”, dijo Maya. “Aun así, tengo que admirar tu coherencia, si no tus ideales. A pesar de todo el sufrimiento que has causado, aliviaría tu dolor si pudiera”.

El general gimió. Estuvo en silencio durante mucho tiempo. Maya se sentó y esperó. No le importaba esperar con los casi muertos, ella misma era así. ¿Por qué estoy

aquí? se preguntó a sí misma. ¿Es esto un acto de compasión o simplemente necesito ver con mis propios ojos que el hombre está realmente muerto?

“Tú hiciste tu propia derrota”, continuó Maya, hablando tanto para sí misma como para la forma inerte en la cama. “Con vuestro propio miedo y con el odio que vosotros mismos habéis sembrado. De modo que, aunque parecías mucho más poderoso que nosotros, al final no pudiste ganar. Aunque tengo que admitir que hubo más de un momento en el que lo dudé”.

El general jadeó y se esforzó y finalmente logró escupir algunas palabras. “Otros me reemplazarán”.

“Tal vez. Tal vez no. Quizás nos hayas enseñado las lecciones que necesitamos saber para resistir a esos otros también”.

Una brillante burbuja de sangre estalló entre los labios del general. “La guerra nunca termina”, jadeó, en voz tan baja que ella tuvo que inclinarse para escucharlo.

Ella tomó su mano, fría incluso cuando la levantó. “Había un lugar para usted en nuestra mesa, general, si tan solo nos hubiera creído”. Pero él cerró los ojos y murió.

“Bueno, Lily, ¿y ahora qué?” –Preguntó Sam. La cocina estaba abarrotada y cálida con el olor a sopa hirviendo y ruidosa con cinco conversaciones a la vez.

“Ven al Consejo mañana”, dijo. “Todo será debatido. Qué hacer con los desertores. Cómo reconstruir. Si debemos anticiparnos o no a nuevos ataques”.

“¿Mañana?” Dijo Madrone. Ya era mañana, ¿no? Había trabajado toda la noche y había perdido la cuenta del tiempo. “¿No tenemos un día libre?”

“Estás cansada, lo sé. Pero éstas son cuestiones apremiantes; al menos deberíamos iniciar las discusiones. Por supuesto, nada se resolverá de inmediato. Pero vendrás, ¿no? Todos ustedes, ustedes también los del Sur. Necesitamos la información que nos puedan dar”.

“Estaré feliz de ir”, dijo Katy, cambiando a Lucía a su otro seno. “He estado deseando poder ver cómo funciona uno de sus Consejos”.

“Supongo que debería irme”, dijo Maya. Estaba acomodada en el gran sillón, arropada bajo una manta que Johanna había tejido hacía mucho tiempo. Todavía comía muy poco; realmente, parecía una vergüenza, ahora que estaba medio desencarnada, interrumpir el proceso de disolución. Todo lo que miraba vacilaba y brillaba. En el borde de su visión, formas fantasmales bailaban. Ahora, por

ejemplo, los brazos de Johanna la rodeaban. Rio se sentó a sus pies, con la mano apoyada ligeramente en su muslo.

“Supongo que deberías quedarte en casa en la cama”, dijo Sam con decisión.

“¿Es eso una propuesta?”

“Es una orden”.

“Entonces seguro que iré. Nunca obedezco órdenes”.

“¿Cree Defensa que existe la posibilidad de que se produzcan más ataques?” –Preguntó Nita.

“Nadie lo sabe con certeza”, dijo Lily. “Creemos que no, al menos no pronto. Necesitarán algo de tiempo para recuperarse de esta derrota y considerar qué pueden aprender de ella. Pero mientras las Tierras del Sur continúen con su sistema actual, debemos esperar ataques. Es por eso que queremos especialmente que ustedes, que han estado allí, Madrone y Bird también, sean parte de esta discusión. Necesitamos considerar una ayuda más activa para su Red”.

Bird estaba sentado en silencio en el sofá, acurrucado en un rincón. Le estaba costando mucho sacudir a los fantasmas; parecían seguirlo a todas partes. De vez en cuando tenía que salir de la habitación para ver a Rosa, que dormía en la cama de Maya, y asegurarse de que realmente estaba viva. Cuando cerró los ojos, Marie, Lan y Roberto lo

miraron fijamente. Sólo desaparecían cuando Madrone lo tocaba o cuando se sentaba al piano, como había hecho durante una hora esta mañana, seleccionando la música que escuchaba en sus oídos y escribiéndola. Ahora notó que los ojos de Lily estaban fijos en él.

“No, Lily, no voy a ir. No me busques en el Consejo. Todos ustedes pueden condenarme mejor cuando no estoy allí”.

“No vamos a condenarte, Bird. La gente lo entiende un poco mejor ahora. Creen que eres muy valiente”.

“Bueno, no lo soy. No soy más un héroe que antes un villano. ¡Ninguno de ustedes entiende lo más mínimo de lo que me pasó!

“Sabemos que lo hiciste lo mejor que pudiste, Bird”, dijo Lily en voz baja.

“Por supuesto que lo hice lo mejor que pude. Quizás hice lo mejor que cualquiera pudo. Ese no es el punto. El problema es que no fue lo suficientemente bueno. Considere esto antes de salir corriendo a liberar las Tierras del Sur”.

“Tal vez lo fue, Bird. Quizás fue exactamente lo que tenía que pasar. Porque si no hubieras trabajado para ellos, si de alguna manera no te hubieras convertido en parte de ellos, es posible que no hubiera habido oportunidad para que tu

unidad se pareciera un poquito más a nosotros. Suficientes como nosotros para cambiar el equilibrio y cambiarlo todo”.

“Ésa es una buena racionalización”, dijo Bird. “Ojalá lo creyera.”

“Creo que nunca dejaste de resistirlos, en todas las formas que pudiste. Esos métodos eran imperfectos, es cierto, pero no puedes culparte por lo que no pudiste hacer. El Consejo de Defensa planea pedirte que te unas a nosotros”.

“Estás loca. Cress hará que te saquen de la ciudad, a menos que ayer le dispararan.

“Tiene una grave quemadura de láser en el hombro”, dijo Madrone, “pero sobrevivirá”.

“Además, no soy viejo y no soy una mujer”, dijo Bird.

“Defensa coincide en que ha llegado el momento de cambiar nuestra política. Somos el único Consejo restringido por género y eso no está bien. Nos deja expuestos a ataques de personas como Cress. Pero tú, Bird, sabes más que nadie aquí contra qué estamos luchando. Podemos aprender mucho de tus experiencias, incluso de las peores. Especialmente las peores de ellas. Necesitamos que nos ayudes a planificar cómo lidiar con las Tierras del Sur”.

Bird no estaba seguro de creerla. Sin embargo, algo gris y pegajoso se levantó de sus hombros y se disolvió

parcialmente. Miró a Madrone, que estaba sentada al otro lado de la habitación. Estaba desgastada, seca, arrugada y envejecida. Eso fue lo que te hicieron las Tierras del Sur. Pero ella era hermosa para él, tal vez más que antes, tal vez porque ahora eran más parecidos, ambos heridos, ambos supervivientes. Ambos fuertes, se dio cuenta. Soy fuerte. Incluso si otras fuerzas a veces son más fuertes.

“¿Y cómo te fue en las Tierras del Sur?” –le preguntó a Madrone.

“Difícil”, dijo Madrone. Vaya, se dio cuenta, todavía tengo que contar mi historia a todos aquí. “Muy duro. Pero me alegro de haber ido. Aprendí mucho. No sé cuánto bien hice ni si volvería”.

“¿Pero lo considerarías?” –preguntó Katy con entusiasmo.

“¿Me preguntas eso, después de haber amenazado con no moverte nunca del jardín de las Hermanas?”

“Volveré”, dijo Katy. “Tal vez no de inmediato, por el bebé. Pero es mi hogar, es mi lucha. La de ella también”.

Madrone miró a Bird. “¿Lo harías?”

Miró alrededor de la habitación. Era cálida y luminosa, olía a buena comida y estaba llena de su familia y amigos. Ahora estaba a salvo; nadie lo lastimaría ni lo enfrentaría con opciones imposibles. Había recuperado su música, si no la

habilidad de sus manos, y Madrone, viva y de ojos dulces. ¿Volvería a arriesgar todo eso?

“Después de descansar”, dijo, “lo consideraría. Contigo”.

“Vuelve con la unidad, hombre”, dijo River, levantando la vista de la sopa que estaba tomando con entusiasmo. “Reúne un ejército allí, libre de los mayordomos, y podremos tomar el control”.

“No puede por sí solo liberar a todos los soldados de las Tierras del Sur de los Stewards”, dijo Madrone.

“Sin embargo, pronto volveremos a poner en funcionamiento los laboratorios y realizaremos un análisis completo”, dijo Sam. “Estoy seguro de que podemos encontrar un protocolo farmacológico que sea eficaz”.

“Si es así, cambiarás las probabilidades para la Red”, dijo Katy. “Tú puedes hacer posible nuestra victoria”.

“Considera esto también”, dijo Lily. “Ya no estamos sometidos al silencio de la radio. La interferencia de las ondas ha cesado. Ahora mismo tenemos operadores de onda corta buscando otros, intentando hablar con otras partes del mundo. Se acabó el tiempo del aislamiento. Puede que haya muchos lugares adonde ir”.

“¿Qué tipo de lugares?” Preguntó Isis, sentándose alerta.

“Todo tipo de lugares. Sobre las montañas al este, sobre el océano hasta las islas occidentales, tal vez incluso Asia y Japón. Es un mundo grande. Una vez todo estuvo conectado, y todavía las mareas y las corrientes de aire nos unen”.

“Iré al oeste”, dijo Isis. “Navegaré sobre el océano, encontraré esos lugares. Con tu bebé”. Acarició el brazo de Sara.

“No voy a volver a las Tierras del Sur”, dijo Sara. “Pero yo iría a Hawaii. ¿Crees que podrías encontrarlo?”

“Creo que sí. Eso me atrae. ¿Quién más?” Isis le guiñó un ojo a Maya. “¿Y tú, bisabuela? ¿Quizás un hermoso pirata te arrebate a ese viejo peludo?”

Maya sonrió. Sí, todo se estaba desvaneciendo, ensoñador. Ya podía sentir cómo se balanceaba a bordo del barco. Estaba cansada, muy cansada y, sin embargo, la idea de ese viaje la atraía. Zarparían sobre el océano moribundo de color gris acero, en rumbos en zigzag contra los vientos predominantes. Buscarían las tierras antiguas, las tierras salvajes y las islas, y allí ella haría lo que siempre había hecho: hablar con quien quisiera escucharla, contarle historias, tirarle de la cola a la bestia y, cuando ésta gruñera, aguantarla. Allí serviría a lo que siempre había servido, lo verdaderamente sagrado: aire y fuego, agua y tierra, y en ese servicio creía que siempre encontraría compañeros.

Y tal vez en el camino encontrarían el viejo mar, el mar limpio, donde los poemas oníricos de las ballenas todavía resonaban en los lugares profundos, donde los delfines se arqueaban y corrían cerca de los lugares secretos de encuentro del sello dorado.

Oh, el mundo era un lugar muy grande; había viajado lo suficiente cuando era joven como para saber que aún podía haber algo escondido en los vastos espacios del oeste. Podría haber islas de veraneo donde encontraría pájaros cantores que desaparecen y bancos de salmones de aguas profundas que se concentran para regresar a los grandes ríos y desovar en arroyos de montaña.

Oh sí. Sí. Ella creería, siempre había necesitado creer, que al amanecer en algún océano cálido, los caballitos de mar todavía se levantaban para saludar a sus parejas con una danza circular, con sus colas en espiral entrelazadas alrededor de agujas de hierba marina. Nunca los había visto, pero iría a buscarlos, más extraños que cualquier bestia mítica, las criaturas vivientes de la Tierra antigua e ilesa.

Los encontraría, yendo hacia el oeste, flanqueados por fantasmas, acompañados por sus amados muertos, por heras, héroes y villanos caídos y las filas de los extintos, al oeste contra el viento para traerlos a casa, al oeste hacia la luna y la estrella vespertina, al oeste contra los brillantes rayos oblicuos del sol y el reloj de la Tierra que giraba, hasta que el oeste se convirtiera en este, hasta que el ocaso se

convirtiera en amanecer, hasta que el tiempo se tragara su propia cola y el día que terminaba se convirtiera en un día que apenas comenzaba a amanecer.

EXPRESIONES DE GRATITUD

Muchas personas me han brindado su ayuda y apoyo mientras trabajaba en este libro. Isis Coble leyó borrador tras borrador del material original, ofreciendo críticas perspicaces y entusiasmo alentador. Marie Cantlon, que editó mis tres libros anteriores, también fue de un valor inestimable para mí al ayudarme a concebir y estructurar esta historia. Fue un placer trabajar con Linda Gross en Bantam; sus preguntas y sugerencias ayudaron a refinar y aclarar la historia. De hecho, ha sido un placer trabajar con todos en Bantam y aprecio profundamente su apoyo y profesionalidad.

Mi agente, Ken Sherman, también me animó durante los primeros borradores. Wendy Williams ideó el título. Susan Sedon-Boulet creó la portada original. David Abram fue conmigo a merodear por las montañas de Santa Mónica y me sugirió que usara abejas en la historia. Arisika Raszak, Marina Alzugaray y Arachne ayudaron con información

sobre partería y sugerencias en las escenas de parto. Patricia Witt me brindó conocimientos sobre biología y el funcionamiento del sistema inmunológico, y Rafael Jesús González profundizó mi conocimiento de Coatlicue. Charles Dabo hablaba español conmigo a diario y siempre estaba dispuesto a traducir. Michael Shapiro de *Libros Sin Fronteras* también fue consultado sobre el español. William Doub proporcionó las frases en chino citadas aquí.

Muchos de los cánticos y canciones citados en esta historia se utilizan en realidad en rituales. El canto “Libera el corazón, déjalo ir” fue creado en una clase de ritual que impartí en un taller de verano sobre Espiritualidad de la Creación en el Instituto Omega, por una mujer cuyo nombre lamentó decir que he olvidado. “Si tenemos coraje” fue escrito por Rose May Dance y yo. El cántico “La tierra es nuestra madre” utilizado como contraseña en la Red es nativo americano. El canto “Silver Shining Wheel” cantado por Madrone es de Sparky T. Rabbit. “Yemaya Asesu” es un canto tradicional yoruba que me enseñó Luisah Teish. La invocación que comienza: “Por la tierra que es su cuerpo” proviene de la tradición de la brujería de las hadas y me la enseñó Victor Anderson. La canción a Elías es del Seder judío.

“Ojalá fuera un pequeño gorrión” es una antigua canción popular inglesa. “Mi mamá hace whisky falso”, es una variación de la vieja melodía “My Bonnie Lies Over the Ocean”. No tengo idea de dónde viene, pero Rose May

Dance me la enseñó y es excelente para calmar a los bebés inquietos.

La cita de Diane Di Prima es de un poema que escuché leer en una velada de música y poesía para poner fin a las pruebas nucleares, el 5 de diciembre de 1990, en la Primera Iglesia Unitaria de San Francisco. Todas las demás letras de cantos y poemas son míos.

Ch'i, la palabra china para energía sutil, se escribe más correctamente *qi* en la ortografía fonética revisada de hoy, pero me he quedado con la versión anterior porque es más fácil para el lector de escuchar correctamente.

Al inventar el futuro, me he basado en muchas fuentes. Mark Shoenbeck me ofreció hospitalidad en el New Alchemy Institute de Cape Cod, donde se inspiraron muchas de las técnicas de cultivo de alimentos que se describen en este libro. Las Voces en el Consejo se inspiraron en una práctica iniciada en el Quinto Congreso Biorregional de América del Norte en 1989. El movimiento de permacultura también ha sido una rica fuente de ideas. Muchos de los rituales se parecen mucho a los creados por Reclaiming, el colectivo con el que trabajo y enseño, y especialmente a las Celebraciones para los Ancestros de Muchas Culturas que hemos comenzado a realizar cada temporada de Halloween. Agradezco a los miembros del grupo de planificación por dar vida a una visión multicultural como la expresada aquí. La frase “Que nunca tengas hambre; que nunca tengas sed”, es

parte de nuestra bendición ritual de comida y bebida. Muchas de las estructuras políticas y sociales se inspiraron en años de organización y participación en acciones directas no violentas contra diversas guerras y armas.

Esta es una obra de ficción y todos los personajes que la componen son inventos míos. Como dice el refrán, cualquier parecido con personas vivas o muertas es pura coincidencia. Sin embargo, realmente vivo en una casa colectiva, que en estructura física se parece a la Casa del Dragón Negro. Agradezco a mis compañeros de casa por brindarme la combinación adecuada de afecto, estimulación, irritación, entretenimiento y humor. Mi *compañero*, David Miller, entró en mi vida en medio de este trabajo y me sostuvo con más amor y apoyo del que había imaginado que fuera posible. Florence Ida Dabo Kemp es mi recordatorio diario de lo que está en juego. Este libro está dedicado a ella, a su nueva hermana, Aminatou Kaira Dabo Kemp, a mis nuevas ahijadas, Casey Cooper Quirke y Emily Sunrise Iverson, y a todos aquellos que deben vivir en el futuro que creamos o destruimos con nuestras opciones hoy.



SOBRE LA AUTORA

MIRIAM SIMOS, llamada comúnmente Starhawk (Saint Paul, 17 de junio de 1951) es una escritora y activista anarquista y autodenominada bruja. Es conocida como teórica del neopaganismo y del ecofeminismo. Es columnista de Beliefnet.com y On Faith (el foro de Newsweek.com y washingtonpost.com en internet).

Nació en Saint Paul, EE. UU., y vive en San Francisco, en donde trabaja con Reclaiming, una tradición de brujería que ella cofundó en los años 1970.

Es internacionalmente conocida como entrenadora en no violencia y acción directa, y como activista en el movimiento pacifista. También actúa dentro del feminismo y del movimiento antiglobalización.

Escritos

(2004). *The Earth Path*.

(1982, 1988, 1997). *Dreaming the Dark: Magic, Sex, and Politics*.

(1988). *Truth or Dare*.

(2003). *Webs of Power: Notes from the Global Uprising*.

(1979, 1989, 1999). *The Spiral Dance: A Rebirth of the Ancient Religion of the Great Goddess*.

Ensayos

Escribió el ensayo How We Shut Down the WTO y otros escritos disponibles en su sitio web.

Escritos de ficción (El universo de la Quinta cosa Sagrada)

(1993). The Fifth Sacred Thing.

(1997). Walking to Mercury.

(2015). City of Refuge

Coautorías

Con M. Macha NightMare y Reclaiming Collective (1997). The Pagan Book of Living and Dying.

Con Anne Hill y Diane Baker (1998). Circle Round: Raising Children in the Goddess Tradition.

Con Hilary Valentine (2000). The Twelve Wild Swans: A Journey Into Magic, Healing and Action, un libro de recursos para paganos.

Filmes y música

Starhawk contribuyó a las películas Signs Out of Time: The Story of Archaeologist Marija Gimbutas, Goddess Remembered, The Burning Times y Full Circle.

Participó en los CD de Reclaiming Chants: Ritual Music, and recorded the guided meditation Way to the Well.

CRÍTICA

Memorable primera novela”.

–Locus

“Totalmente cautivadora... una visión del cambio de paradigma que es esencial para nuestra supervivencia como especie en este planeta”.

–Elinor Gadon, autora de *La diosa antigua y futura*

“Este sólido debut encaja bien entre obras feministas futuristas, utópicas y distópicas de artistas como Charlotte Perkins Gilman, Ursula LeGuin y Margaret Atwood”.

– Library Journal

“Una historia convincente e ingeniosa sobre dos futuros potenciales en competencia”.

–Ernest Callenbach,
autor de *Ecotopía* y *Ecotopía emergente*

“Testamento urgente y visión fervientemente esperanzadora a partes iguales... Una valiosa contribución a la literatura ecotópica”.

– *San Francisco Chronicle*

“Un himno de esperanza. Las generaciones venideras bendecirán el nombre de Starhawk”.

–Daniel Quinn,
autor de *Ismael*, ganador del premio Turner Tomorrow

“Un libro que quiere cambiar el mundo... Starhawk ha retratado vívidamente su visión de un futuro mejor”.

–*El Correo de Denver*